AMIEL

DIARIO INTIMO



Henri-Frédéric Amiel: he aquí un filósofo que, después de haber permanecido sumergido en su labor docente durante casi cuatro décadas, siente de pronto la necesidad de comunicar al mundo el resultado de sus meditaciones, y con un solo libro, su «Diario íntimo», alcanza fama universal.

Se trata de una obra autobiográfica, en la que Amiel, con meridiana plasticidad, anota las sensaciones experimentadas por su propio ser en relación con el mundo aparentemente tranquilo que le rodea.

Su estilo conciso es de una belleza emotiva, que tiene la virtud de situar al lector ante un espejo en el que mirarse tal cual es en el ambiente que le toca vivir.

Traducida a todos los idiomas del mundo, esta obra nos permite saber hasta qué profundidades puede llegar el análisis lúcido y desapasionado del alma humana.



Henri Frédéric Amiel

Diario íntimo

ePub r1.0

Titivillus 11.03.2019

Título original: *Fragments d’un journal intime*
Henri Frédéric Amiel, 1884
Traducción: Gonzalo Torrente Malvido
Edición digital: ePubLibre
Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0
Conversión a pdf: FS, 2019



H.-F. AMIEL

EL escritor y filósofo ginebrino Enri-Frederic Amiel tuvo un extraño destino literario. Este hombre, nacido en 1821, murió ignorado y casi desconocido a los sesenta años de edad, en 1881, después de haber explicado durante más de treinta estética y filosofía en la universidad de Ginebra. Pero en 1882-84, Fanny. Mercier, amiga de Amiel, y Edmond Scherer, el célebre crítico, que asimismo había mantenido estrechas relaciones con el escritor ginebrino, publicaron fragmentos extraídos de su Diario íntimo *que, de manera intermitente desde 1839 (Antecedentes), y de forma regular desde 1847, el filósofo había ido escribiendo hasta su muerte.*

Amiel, en virtud de semejante publicación —y de los escritos de Scherer, Caro, Renouvier y Renán—, queda rescatado de su oscuro destino. Posteriormente prestan atención a su gigantesco esfuerzo Bourget, Brunetière, Arnold, Pater, Brunschwicg y Thibaudet. El penúltimo, sitúa a Amiel, filosóficamente, entre Maine de Biran y Bergson. El último, considera el autor del Diario *como «el tercero de los grandes valores que Ginebra dio al mundo, después de Rousseau y Madame Staël». Muchos otros escritores, como Mauriac, Du Bos, Seillière, etc., han celebrado también sus páginas. Sabiéndose que León Tolstoi, prologuista de la correspondiente traducción rusa, tenía la obra de Amiel como libro de cabecera.*

Ahora bien, de las diecisiete mil páginas manuscritas de esta obra, sólo quinientas fueron tenidas en cuenta por Scherer en

la edición mencionada. Y por ello que Bernard Bouvier publicase otra más fiel y completa en 1922-23. Desde entonces, y dada la importancia del original, se pensó en la completa, en la edición absoluta de la más impresionante confesión de todos los países y de todos los tiempos. Dándose a la imprenta con amplitud suficiente, el período transcurrido entre junio de 1839 y diciembre de 1850, que hoy traduce «Biblioteca EDAF», con cierto carácter de homenaje.

Entre los incondicionales y los enemigos de los «diarios íntimos», debe escucharse la defensa de quienes reconociendo que las obras inmortales de Rabelais, Cervantes o Montaigne no son un prodigio de «construcción» precisamente, disculpan los obligados defectos de composición de los «diarios» por cariño a su verdad, calor y autenticidad indiscutibles. Lo que se pierde en valor artístico en esta clase de obras confesionales, se gana en valor documental. En su desorden, en su desorden siempre bello, hubiera dicho quizá Boileau, el diario íntimo traduce de manera incomparable el movimiento de la vida espiritual, de la vida humana o de la historia, sus alternativas de evolución e involución, de progreso y de regresión más o menos discontinuas, más o menos previsibles. Porque si hay algo innegable es que el diario íntimo, en su sinceridad, en su realismo psicológico, excede, desborda lo bello, el bien y la verdad —como se ha escrito—, que de cualquier manera que se les considere o se los defina, nunca han constituido por si solos toda la vida. Y que el Diario *de Amiel, concretamente, representa un ejemplo de acogida, de tolerancia y de grandeza magníficas.*

En la cubierta de uno de sus cuadernos, el mismo Amiel, tratando de justificar el «aparte» que supone este tipo de obras, definió «el diario como una confesión que apacigua el corazón, como un trabajo que ayuda a tomar conciencia de la propia vida, y permite hacer luz en el pensamiento». ¿Por qué

razones, en definitiva, lo escribió…? Porque se sentía demasiado solo. «Es mi diálogo —confiesa—, mi sociedad, mi compañero, mi confidente. Es también mi consuelo, mi memoria, mi paño de lágrimas, mi eco, el depósito de mis experiencias intimas, mi itinerario psicológico, mi protección contra él óxido del pensamiento, mi pretexto para vivir, casi la única cosa útil que podré dejar después de mi muerte». Y como para acallar las razones de los enemigos de este sangrante, confidente género literario, completó las anteriores palabras con estas otras: «Vivir es curarse y renovarse cada día, y es también volver a encontrarse y reconquistarse. El diario nos devuelve el equilibrio. Es una especie de sueño consciente, en el cual, dejando de obrar, de querer, de estar tensos —y en sus últimas palabras destacamos el antecedente de una expresión muy al uso en nuestra época—, volvemos al orden universal y buscamos la paz. De esta manera escapamos a lo finito. El recogimiento es como un baño del alma en la contemplación, y el diario es un recogimiento, pluma en mano».

Como es lógico, nada de lo mantenido por los defensores de los «diarios íntimos», presididos por las palabras pertenecientes al autor cuyo famosísimo publicamos desde 1839 a 1850, tendría el menor interés en el caso de que su contenido no supusiera un complemento, un afán de perfección dignificador de la propia existencia. La propensión a aislarse, cuando no es sino cobardía por una parte e inseguridad íntima por otra, debe ponerse en tela de juicio. Pero es que Amiel —parafraseando palabras de alguno de sus comentaristas— nunca vivió en estrecha armonía con su tiempo, o con las corrientes filosóficas y literarias de su época, ni con su patria, su familia y sus amigos. Y cuando esto ocurre, el gusto y necesidad de independencia, el horror por el «bluff» social, justifica un afán de aislamiento que se entronca con un afán de totalidad y de absoluto. En las épocas críticas,

principalmente en una época de transición como la nuestra, es cuando más se comprenden los «diarios». Puesto que en semejante caso, comprometerse con lo que generalmente mediocriza justifica sus páginas recatadas y secretas como un afán de ser más digno, más auténtico, menos culpable, pretensiones todas ellas evidentes para amigos y enemigos en el de Henri-Frederic Amiel.

Los amantes de la primada de la acción están en él derecho de asegurar que Amiel fue hasta cierto punto un fracasado. Pero a tales oponentes cabe preguntarles: ¿Se puede obrar, crear, actuar simplemente, cuando el complejo social dentro del que el hombre vive machaca los sueños, ridiculiza los ideales, hace que el mismo se convierta, por desgracia, en una síntesis caricaturesca y de circunstancias…? Amiel, en tanto autor de su Diario íntimo *y por encima de sus reconocidas limitaciones, opuso la vida como rectificación a esa vida activa que hace… lo que desgraciadamente la sociedad permite. Por lo que en vez de convertirse en un cómplice de realidades con las que se sentía radicalmente en desacuerdo, prefirió acordarse, agudizarse, mejorarse. Brindando a los insospechados lectores de su esfuerzo un ordenamiento, una arquitectura intima, una confesión informal y espléndida, capaz de convertirse en estímulo de conductas y en tensión de posibles desmoralizados.*

Defender el constante apartamiento, la renuncia a actuar, no es admisible. Soñar que la vida recomendable es aquella que, después de depurarse o de rectificarse en las páginas de un «diario íntimo» actúa con mayor nobleza y amplitud de miras, resulta él implícito consejo que se desprende del Diario *de Amiel.*

GINEBRA. Lunes, 24 de junio de 1839.—La mejor manera de trabajar sin aprender nada consiste en revolotear de obra en obra, o leer demasiado de un tirón. Yo examino rápidamente, bojeo veinte veces un volumen de historia, cuando en realidad deberla leerlo, y hubiera podido, con atención. De esta manera, encontré la fórmula para tener siempre que volver a empezar. Hay que arreglar esto. Me gustaría leer y aprender tantas cosas a la vez, que los brazos se me caen dé pura impotencia, y permanezco delante del libro que sea sin poder resolverme a limitarme a un tema único, y sin atreverme a empezar. Grave defecto: una cosa más que corregir. Y me parece que también tengo el defecto de André Roux[1], que me decía que frecuentemente había dejado un trabajo o una lectura por creer que éstos no parecían caer dentro de un todo completo, sino que resultaban ser más bien una pauta de espera que dejaría en el espíritu una laguna más molesta o un pesar más hondo que si no hubieran sido emprendidos nunca. Hoy he tomado la resolución de estudiar seriamente mis cursos del auditorio; aún no he tenido la firmeza de obligarme a hacerlo, a pesar de que con frecuencia hice proyectos a este respecto. Veamos si esta vez sale mejor. De otra manera, a la hora de los exámenes tendré que agotarme estudiando, peor que un forzado; rehacer, en una semana o dos, la tarea de seis meses, o de tres, según los casos, es demasiado penoso y de poquísimo provecho para la instrucción.

Jueves, 27.—Desde las seis y diez de la mañana, toma de posición con el coronel Dufour en Saint-Antoine.

Viernes, 28.—No sé por qué Raisin me trastorna de este modo. Cada día se aleja más de mí, sin que ello le cueste esfuerzo alguno, para vivir con Cougnard, Galloix, Trembley, Duchosal[2]. Nunca le he dicho la pena que ese

alejamiento me causa. Cómo lo amaría si lo adivinase: ni se imagina que él es la única causa de este vacío. Me cree completamente indiferente y frío, porque no soy demasiado expansivo en compañía de nuestros amigos, pero me parece que no tiene por qué quejarse, pues es el único compañero a quien me he abierto, y en mayor medida que él respecto a mí. Pero lo que me molesta es que no puedo soportar todos esos excesos, bebidas, pipa, charlas, que ellos encuentran tan divertidos, y que en secreto se reprochan. No encuentro placer en ello, y siento que mi conciencia los condena. No es puritanismo. ¿Se tratará de honestidad o de virtud? Creo más bien que es algo natural, y, por consiguiente, menos meritorio; y, además, cualquier obscenidad me ha disgustado siempre, y a menudo hecho enrojecer. Esto me recuerda esa boba facilidad para ponerme colorado a la menor burla, incluso indirecta, y esa otra, mucho más asombrosa, de enrojecer por otro. Es ridículo, y, sin embargo, «en la mesa, cuando riñen a mis vecinos, me ocurre refrenarme a mí mismo, como si la cosa estuviera destinada a mí».

Felizmente he llegado a dominar (un poco) esta estúpida timidez. Pero me doy cuenta que entre la gente de mundo, en sociedad, por ejemplo, sería un torpón. Ante cualquier burla mordaz sólo sabría callarme, para no convertirme en un sujeto amargo y ultrajante. Ocurre como en los juegos, que cualquier provocación me excita; y no digo una palabra, ni muevo un dedo, para no aplastar al que me ha atacado. Sólo el silencio puede dominar el furor. Si la chispa brota, todo es inútil, y hay que proseguir ciegamente y con los dientes apretados. Al menos esto es lo que he observado.

Domingo, 7 de julio.—He oído predicar al señor Chenevière; se trataba de un sermón que ya conocía de otra vez. Comida en casa del tío, en la Paumière. A las dos vino a buscarme mi pariente Laurent. Hemos estado bebiendo con

el tío, discutiendo sobre la libertad y la civilización. A las tres y media nos separamos, cada uno por su lado, el tío y su familia para ir a merendar a casa de los Petit, en Mont-Brillant, y nosotros para ir a escalar el Salève.

Laurent y yo fuimos primero a tomar el fresco echados bajo los árboles de las orillas del Arve, cerca de Sieme. Luego, pasando por Veyrier, y bordeando el gran Salève, llegamos al pie de la garganta llamada el Entonnoir. Eran las cinco y media: esperábamos llegar a los Trece Árboles a la puesta del sol. Pero no sabíamos que la subida es impracticable y que sólo es posible la bajada. Por último, después de haber recorrido varios farallones y caminado constantemente siguiendo el sentido de la izquierda sobre las piedras y con la ayuda de algunas matas de hierbas, llegados ya a unos dos tercios de la cumbre, el sol traspuso el horizonte. Cansadísimos, temerosos de caer si seguíamos el camino en el crepúsculo por aquellos parajes peligrosos, decidimos acostarnos sobre una plataforma rocosa, a un metro del precipicio, con los riñones sobre duras piedras puntiagudas. Mientras, en casa, nadie durmió, pues nos esperaban con angustia, pensando que quizá alguno de los dos había sufrido un accidente. Nosotros, con frío en las piernas, no lo hicimos mucho mejor. Cada media hora había que espabilarse para apartar una piedra que se había incrustrado en nuestras costillas.

Lunes, 8 de julio.—Por su orientación hacia poniente, aquella parte de la montaña no empezó a estar clara hasta las cuatro de la mañana. Tras un intento de escalada que nos hizo perder más tiempo aún, decidimos volver a casa, adivinando los temores que allí estarían padeciendo: en efecto, una hora antes mi tío había ido ya a la Paumière, para informarse. El descenso fue más rápido gracias a las piedras, y allí quedó casi toda la suela de mis zapatos. A las

cinco y media estábamos abajo. (Coincidencia con la hora de llegada). En el primer arroyo que encontramos nos entraron ganas de meternos en el agua para beber más de prisa. Desde la noche anterior estábamos sedientos. Hambre, en cambio, no teníamos, sin duda a causa del burdeos, y el mismo exceso en su consumo había además hecho desaparecer mi tendencia. Por lo demás, la sed hace desaparecer cualquier otra necesidad, y ni siquiera teníamos cantimplora.

Después de haber bebido en todos los manantiales, y picado aquí y allá el fruto de los cerezos que bordeaban el camino, regresamos por Troinex y Carouge. A las siete y cinco llegamos a casa, donde encontramos todas las caras enrojecidas por el insomnio y la inquietud. El relato de nuestra aventura sirvió para animar un desayuno sólido, y prometimos no intentar próximamente la proeza, al menos durante la ausencia de los dos jefes de familia, que en breve partirán hacia Neuchatel.

Miércoles, 7 de agosto.—He completado algunas lagunas gracias a los cuadernos de Tissot[3]. Visita a André Roux, por la mañana. Después de comer he repasado algunas páginas de literatura, y a las dos y media fui a la sala del museo, donde me enteré que está cerrado hasta las cuatro. Fuimos a pasear a los Bastiones, Trembley, Cougnard y yo. Trembley tenía que hacer un recado y se reunió con nosotros a las tres.

«¿Estás preparado?» «No. ¿Y tú?» «Bastante». Yo no sabía una palabra de historia. La había estudiado a una media de nueve páginas por hora, es decir, que ni me habían quedado las ideas generales. Me hicieron algunas preguntas sobre diversos puntos y no pude responder. Echamos a suertes con pajas…, y perdí de nuevo. Ya iba a resignarme a

un hundimiento radical en este tema, cuando tuvimos la idea de repasar todo con los cuadros de Trembley, y en media hora lo aprendí todo. Cuanto había leído ayer, y luego olvidado, se refrescó, se reavivó; y marché hacia la sala de torturas con menos terror.

Sin embargo, al entrar, empecé a sentir calor, a estar inquieto, sudoroso, incómodo; mis ojos se enturbiaron; malísimos pronósticos. Felizmente, hay para esto un remedio infalible: cuando uno se sienta en el banquillo del acusado, junto a la tarima, los profesores lo devoran con el fuego de sus miradas. Entonces, por la ley de la homeopatía, el fuego interior que nos abrasa se opone a ese fuego exterior, y el conjunto produce frío, sangre fría. Esto me salvó. Cuando parece que deberla estar aterrado, me vuelve el aplomo. Es una mezcla de dos esencias inflamables que forma un precipitado. Este problema psicológico no deja de tener interés.

Y no es eso todo. En esos momentos, mi espíritu adquiere una lucidez singular, y comprendo tres veces mejor que en el estado ordinario y tranquilo. Las páginas de mis cuadernos se me aparecen entonces en la imaginación, y giran delante de mí. Hasta el punto de que el señor Roget (historia) y Topffer (literatura) me fastidiaban con sus interrupciones, y me cortaban el hilo, creyendo ayudarme, siendo así que yo sabía lo que me preguntaban mucho mejor que ellos mismos, y, sobre todo, con más orden. Esto se debe probablemente a un estado de excitación muy particular, a que toda la atención (cosa rara) está puesta en un punto, y quizá también a otra cosa. En efecto, estos últimos días he comido poco, y estoy convencido de que esto, por su parte, influye lo suyo. El espíritu juega con más libertad, se siente menos agarrotado por el cuerpo. La dieta y la frecuentación del agua influyen mucho en la imaginación. Balzac lo hace

notar en *Peau de Chagrin*, y dice en el prefacio que sin sobriedad no existe fecundidad de espíritu.

En cuanto a la atención, de la que hablaba hace un momento, de ordinario sólo empleo una ligera dosis para lo que sea, y basta. Asimismo, cuando concentro mis facultades en una sola dificultad, es raro que no la venza. Siempre es ventajoso arrastrar una carga, pues esto posibilita siempre una ayuda repentina. Sin embargo, quizá habría que emplearlo con más frecuencia. ¿Quién sabe? Puede que con la atención ocurra como con la memoria, que cuanto más se emplea menos se gasta; de ser así, la gimnasia, el ejercicio, el roce le serían tan necesarios como al cuerpo. En todo caso, esto debe ahorrar mucho tiempo. Tendré que probar.

Viernes, 6 de marzo de 1840.—Casi todo el tiempo libre lo empleé en redactar una pequeña nota de cuatro pulgadas donde están encerradas todas las reglas a adoptar en mi conducta: me he estrujado para redondear y completar las tres referentes al estudio. He encontrado un cuadro en el que podría hacer entrar la totalidad: «Cómo retener lo que hemos aprendido; cómo aprender nuevamente; cómo estar seguro de que se sabe».

Sábado, 21 de marzo de 1840.—Lección de filosofía con el profesor Choisy; lección de electricidad con el señor Delarive. Se acercan los exámenes. Otra vergüenza para mí. Me he tropezado con una cuartilla donde había escrito la decisión de aprender durante cada semana una asignatura: este plan debía durar ocho semanas, y así habría aprendido todo sin esfuerzo. ¿Qué he hecho? Sólo faltan dos. ¡Y si al menos hubiera sido para trabajar sólidamente en otra cosa! Pero no recuerdo que haya sido así. ¡Ah! Estos últimos tiempos me siento cansado de mí mismo: veo el poco resultado de mis dos años y medio de auditorio; siento cómo

mi vida transcurre sin proporcionarme fruto alguno, sin emplearla; derrocho mis fuerzas en algunas lecturas sueltas que no dejan huella duradera. La pereza lo ha invadido todo. Me mata. Pero no, yo la mataré. Desde esta noche voy a dedicarme a un examen de mi vida. Lo pondré a punto y lo escribiré. Me orientaré, desde el pasado, hacia el futuro, y humillado por aquél estableceré una forma de renovar la vida, elegiré por fin una vocación, determinaré la obra que quiero realizar, y, a partir de esto, organizaré mis planes para el año próximo y los siguientes, dirigidos todos hacia este fin idéntico. No acuciaré demasiado mi libertad, pues es la manera de no conseguir nada; pero me trazaré un itinerario general. Y después hará falta que vuelva a menudo al fin propuesto, y que todos los meses, e incluso cada semana, haga irrevocablemente un examen de mis progresos, ya sean intelectuales, ya morales, o incluso físicos.

Jueves, 8 de octubre de 1840.—¡Pobre diario! Hace tanto tiempo que lo he abandonado… Desde luego, sigo siendo el mismo, olvidadizo y ligero. Desde la última vez han sucedido muchas cosas, y sobre mi cabeza han pasado meses: he madurado. Ya tengo diecinueve años. Una de las cosas que más siento es el no saber dónde estaba hace un año, para poder comprobar el progreso que la vida me depara.

Un punto aún no logrado es la elección de una vocación. Incertidumbre. Habría que saber con exactitud cuáles son las facultades más desarrolladas en mí. Maldita frenología, ¿por qué no serás cierta? ¡Cuántos trabajos nos ahorrarías!… Sin embargo, comienzo a darme cuenta de que el orgullo me ciega, sin saberlo. Me gusta demasiado pensar que estoy igualmente capacitado para todo, y no debe ser así, y me engaño a mí mismo. A pesar de todo, la materia a elegir es aún demasiado amplia para mí, y estoy confundido, y no sé

si vale más una rama especial o un gran conjunto, con vistas a un fin, quizá demasiado alejado.

Ayer he sentido una profunda emoción en los últimos capítulos de *madame* Necker[4]. El desprendimiento, los hielos de la edad avanzada, el aislamiento y la solemnidad funeraria que de ellos se trasluce se apoderaron de mi ánimo. La pobre madre vieja ve alejarse todos los intereses terrenales; los hijos, cada uno por su lado; solitaria la casa, mudo el hogar, y su corazón se siente oprimido, y los miembros desfallecen: el invierno llama a la puerta, todo está frío y descolorido. Esta tristeza me ganó; hice un examen involuntario de mí mismo y me vi solo, perdido, sin una madre, sin un amigo íntimo, sin un hermano, siguiendo la vida día a día sin saber hacia qué futuro voy, y me sentí mal. Tuve ganas de ir a arrojarme a las rodillas de mi tía y pedirle que se convirtiera en mi madre. Y se hizo clara en mi mente una idea: «Cada día dejamos una parte de nosotros mismos en el camino». Todo se desvanece a nuestro alrededor; caras, parientes, conciudadanos, las generaciones discurren en silencio; todo cae y se va, el mundo se nos escapa, las ilusiones se disipan, asistimos al fin y a la pérdida de todas las cosas, y, por si no fuera esto bastante, nos perdemos a nosotros mismos; resultamos tan extraños para el yo que ha vivido como si no se tratara de nosotros; todo lo que yo era hace años, mis placeres, mis sentimientos, mis pensamientos, ya no lo soy; mi cuerpo ha pasado, y mi alma; el tiempo se lo ha llevado todo. He asistido a mi metamorfosis; ya no soy lo que era; no puedo comprender mis placeres de niño, ni mis observaciones, mis esperanzas y mis creaciones de muchacho; todo eso se ha perdido, y lo que sentía, lo que pensaba, mi único cargamento valioso, la conciencia de mi antigua existencia ya no existe, es un pasado absorbido. Este pensamiento es de una melancolía

sin igual. Recuerda la frase del príncipe de Ligne: «Si pudiéramos recordar todo lo que en la vida aprendimos u observamos, seríamos bastante sabios». Este pensamiento bastaría para alimentar asiduamente un diario. Hoy, al caer la tarde, me puse a reflexionar, como antes de mi viaje, sobre un sistema de vida, sobre un plan inmenso de trabajo, tal como nos sentiríamos tentados de realizarlo si no supiésemos la medida limitada de las fuerzas humanas. Naturaleza, humanidad, astronomía, ciencias naturales, matemáticas, poesía, religión, bellas artes, historia, psicología, todo debe entrar en la filosofía tal cual yo la concibo; y olvidaba la fisiología, la medicina, todo el lado mixto del hombre y del mundo.

«Y después, los escrúpulos me atenazaban la garganta». ¿Es útil estudiar lo que existe, comprender e incluso encontrar la razón de todo lo que se hace? ¿No sería un gozo egoísta, un fin personalísimo, extender, ampliar mi inteligencia y llegar a comprenderlo todo? ¿Acaso no se sirve mejor al mundo encontrando una idea nueva que removiendo las ideas ya creadas? Y a esto respondía yo diciendo: una vez comprendida la idea de Dios, una vez establecido el panel de la humanidad, mi obra tendría que consistir en hacerlo comprender, «y mi deber me impelería a decir al poeta, a la ciencia, a la música, a la medicina, a la filosofía, a todo lo que los hombres hacen: ésa es vuestra tarea; ése vuestro destino».

«¿Y qué camino seguir?» ¿Tengo que situarme en el momento de la creación, ver cómo Dios hace el mundo y, después, al hombre; analizar el porqué del mundo, el porqué del hombre, y seguir a la humanidad, verla inventar la vida, el pensamiento, la literatura, el comercio, la industria, las bellas artes, el derecho, las ciencias, la religión? Pero esto sería quedarse en los hechos. De esta manera vería lo que ha

sido hecho, que es cosa bien distinta de saber lo que hubiera debido hacerse: o bien, probar que ambos son la misma cosa.

¿O acaso debiera ponerme a estudiar la humanidad de hoy, las ciencias, la civilización, las artes, los problemas, y preguntarme adónde lleva todo eso y adónde hay que dirigirse?

Estos y otros mil planes se entrechocan, se cruzan. Es una maravilla ver cómo se puede trabajar de prisa, sin tener en cuenta si, mientras corremos hacia ese fin, atropellamos quizá tres vidas humanas que se pierden en lo que no son más que medios.

Mientras esperamos, tomemos nota de este principio: «Para agrupar los estudios hay que proponer un fin determinado y más bien algo amplio a los esfuerzos y a los trabajos».

«Cada rama especial debe ser fecundada y animada por la idea de ese conjunto más amplio al que pertenece». Es el único método de que sea estudiada con fruto.

Un fin grandioso es sin duda el comprender el conjunto de la ciencia humana. Pero para mí esto no es bastante: queda el complejo de la voluntad, y el de la moralidad humana, conjuntos también grandiosos; y el de la creación, y el de la poesía, y el de las artes. Ciencias, moralidad, arte; la verdad, lo bueno, lo bello: he aquí tres grandes temas. En ellos se agotan el hombre espiritual, el espíritu, el alma y el corazón; la inteligencia y la sensibilidad.

Viernes, 9 de octubre.—Creo que esta sorda inquietud que me consume se debe al confuso sentimiento de una actividad que no recibe suficiente alimento; no trabajo bastante; las lecturas no bastan. Lo que me hace pensar así es que después de haber distribuido mis horas, y haber hecho un poco de griego y de italiano, me siento más contento; cuanto

más se acerca el trabajo a un interés serio, más me alivia. Debo tener esto en cuenta. Es una advertencia.

Pero esto está en contradicción con lo que la medicina me ordena, prohibiéndome trabajar seguido; Pugnet sólo admite que lo haga durante una hora, y después un trabajo manual… He conseguido una victoria logrando superar mis repugnancias y preguntando a mi tía. Le he confesado mi estado, y el régimen a observar, sin ocultarle la inmensa gravedad de esta situación. Lo más agotador es que mi vista ya no resiste el trabajo de las noches, ni de las vigilias. Sea lo que Dios quiera; mi carrera está diezmada, siento que las energías se debilitan y que la actividad espiritual se atenúa: y mi orgullo también se esfuma.

¿Es esto un bien? Veo mi porvenir empequeñecido, sondeo toda la locura que había en mi ambición precoz, y toda la orgullosa presunción de mis esperanzas. Me veo reducido al nivel de muchos otros, o por lo menos forzado a reconocer que la ciencia, en todas sus esferas, es demasiado vasta para mí, y que requiere toda una vida para determinadas especialidades que antaño me parecían cosa de meses. Mis planes de generalidad me parecen impracticables.

Pero al menos mejoro en un sentido. Mi corazón se ensancha poco a poco: amo y soporto mejor. En mi viaje he sentido por primera vez el vivo sentimiento de gozo del que da; he sentido profundamente que es más dulce dar que recibir.

Martes, 13 de octubre.—Decididamente, me cuesta un trabajo horrible seguir el horario que me he trazado. Y sin embargo hace falta. Porque aunque ello no signifique que pase, el tiempo ocioso, evidentemente saco mucho menos provecho de mi tiempo, y sobre todo me doy menos cuenta del que pierdo.

«Se me ha ocurrido dividir mi mañana en medias horas», bien para variar con más frecuencia de tema, bien para obligarme a activar más el trabajo, viendo llegar al galope el momento del final. De siete a doce y media hay once medias horas, de las que tengo que quitar dos, para recreo y descanso. Las nueve restantes quedan distribuidas como sigue: lectura, historia de la sección Zofinga, alemán, griego, una hora de descanso, italiano, física y alemán.

Después de comer, paseo; y de las dos hasta la merienda, italiano y lecturas. De cinco a siete, visitas, compras, etc. De siete a ocho, relación de mi viaje. Después de cenar, escribir mi diario.

Este es el itinerario trazado, pero me cuesta mucho trabajo cumplirlo. Es un ideal, y mi destino consistirá en acercarme a él lo más posible…

Los planes de filosofía no siempre me sonríen. ¡La inteligencia! Cosa bien estéril. Me gustaría emplear todo mi ser. Lo que siento en mí mismo de sensible, de religioso o de imaginación, sería casi eliminado. También tengo una lógica, una inclinación a la argumentación sutil, a la dificultad vencida, que me gustaría emplear. Quizá lo más conveniente sería una dialéctica apasionada sobre temas al mismo tiempo dependientes de la inteligencia, de la deducción rigurosa y de la parte estética y sensible. A veces he creído sentir, dentro de mí, elocuencia, habiéndome parecido, al escuchar ciertos sermones, sin embargo no exentos de mérito, que yo podría hacerlo mejor. ¿Es esto presunción? Antes, debo luchar contra un defecto capital, «la falta de naturalidad», debida a varias causas:

1.ª «El temor a la opinión», el miedo al desdén, a la burla, a la sonrisa del prójimo, todo lo cual me impide manifestar con franqueza mis buenas maneras. Hay que dominar esa

falsa vergüenza, buscar su motivo y su fuerza en uno mismo, y burlarse del resto.

2.ª «El exceso de atención hacia uno mismo», que impide la espontaneidad, frena el impulso, al hacerse ver siempre uno a si mismo objetivamente, no dejándose nunca en completa libertad o impulsivamente y sin vigilancia. Esta causa está en relación con la primera, pues sólo se está pendiente de uno mismo, sólo se somete uno a observación para prevenir la observación del prójimo, y para abstenerse a tiempo ante él. Tengamos, por consiguiente, menos temor a la opinión, y seremos más naturales. Pero este temor se deriva de la desconfianza en uno mismo, en el talento o en las maneras propias. Sólo se trata, pues, de ver claro, de estimar justamente a los otros y a uno mismo, de estimarse suficientemente para mantenerse en el lugar debido con firmeza. «Atrévete a ser tú mismo». Convéncete de que vales como los otros, y si tienes una idea, una opinión, una resolución razonada, no las ocultes. Obra con franqueza, ve «abiertamente a tu fin», sin misterio, con la cara alta. Te harán sitio, y tú te respetarás más. No tergiverses, no obres indirectamente nunca. «Ve derecho a tu enemigo, y derecho también hacia tu amigo»; sé franco y decidido.

Volvamos atrás: la «naturalidad» permite la elocuencia. Con estas necesidades espirituales, la carne podría ser un fin noble, pero la obra del pastor es completamente diferente. La acción apenas me tienta: podría decir que mejor así, y ello significaría otra victoria. ¿Pero quién sabe? Quizá Dios me preferiría siguiendo otra carrera; quizá mi destino esté en componer una obra útil.

Estos diarios son una ilusión. No contienen ni la décima parte de lo que se piensa en media hora sobre el mismo

tema. «¡Si al menos pudiesen ser un programa, sería estupendo!»

«Cuando oímos hablar bien de nosotros a los amigos o a los conocidos, sentimos vergüenza», pues ponemos el dedo en la llaga: vemos todo lo que hace falta que sea cierto. Así, por ejemplo, dicen de mí: trabaja como un desgraciado. ¡Qué secreto reproche! ¡Si sabré yo bien cómo desperdicio y malgasto el tiempo...! ¿Quién puede saber mejor que yo cuántas horas pierdo y cuántas empleo mal? «Nada mejor para aclararnos las ideas».

	D	L	M	M	J	V	S
1. Piedad				—	—	+	—
2. Bondad				0	+	+	+
3. Franqueza				+	0	+	+
4. Resolución				—	—	—	—
5. Orden				—	—	—	—
6. Diligencia				—	+	—	—
7. Perseverancia				—	—	+	+

Nota.—El signo + indica la ausencia de reproches; el signo – indica lo contrario. Un cero quiere decir que no ha habido ocasión de experimentar la cualidad de que se trate.

Jueves, 15 de octubre de 1840.—Hace tiempo que estoy preocupado por mi vocación. Es el planeta, como dice Goethe, a cuyo alrededor gravitan por el momento mis reflexiones y mis lecturas. Sufro crueles incertidumbres. «Se trata, quizá, de que el orgullo me ciega y que nunca me parece encontrar un sitio lo suficientemente alto y lejano para mí». ¿Dónde terminará todo esto? Vivir para ver.

Viernes, 16 de octubre.—No hice ninguna de las visitas previstas, y me fui a pasear a la isla Rousseau; allí he podido verme bajo un aspecto completamente nuevo, y, desgraciadamente, poco favorable. Me encontré frente a un

individuo, el cual, imaginando que tenía que hacerlo todo, perdía el tiempo de momento; y creyéndose con grandes facultades, no las ejercitaba, y con todo esto trazaba proyectos de trabajo para el futuro, en lugar de trabajar un poco más ahora.

Vi claramente mi profunda falta de energía, sin preceptor, sin un padre vigilante, o émulo excitante. Estudio idiomas con pereza; las ciencias las trabajo para pasar los exámenes; ataco inútilmente la música; ignoro las artes y el dibujo. Desconocimiento del mundo, de los recursos sociales, de la forma de agradar; conocimientos demasiado dispersos y superficiales; saber muy poco sólido, inseguro, mal fundamentado; progresión vacilante, sin grandeza, sin unidad; educación por rehacer siguiendo una pauta más sólida, y toda una carrera de trabajo y de negaciones que recorrer, fundamentando las ciencias en sus bases, y el sentimiento, al principio de esta carrera, de una salud gravemente comprometida, gastada a medias ya la vista, con prohibición de trabajar continuamente, tocada toda la constitución en los principios vitales; nada hay, pues, para alegrarse, ni por lo que lanzarse, gozoso y seguro del porvenir, como debiera ser lo propio de la juventud.

Domingo, 18 de octubre.—No salimos de la Paumière hasta las tres. Eugéne[5] quería a toda costa ir a Saconnex, y yo no, pero sin pretender en absoluto hacerle cambiar de idea. Es un defecto, se trate o no de pereza, que tengo que evitar, esto de dejar ir a cada cual a su antojo a mi alrededor, sin tomarme el trabajo de persuadirlos o de intentar influir en ellos. Inconscientemente, es una manera de evitar el roce social, es perder la costumbre y el medio de realizar mi función en mi esfera de actividad. Es mucho más cómodo tirar sencillamente por su lado, y dejar que el prójimo haga lo propio; pero es precisamente este epicureísmo, esta

tendencia de aislamiento, de absoluta independencia, lo que hay que combatir. Quizá en esto haya un profundo egoísmo; ¡atención! Tanto más, cuanto que a mi edad hay que cultivar la «receptividad» en todos los sentidos. Nociones sobre todas las cosas, práctica de la vida, usos, ocupaciones diversas, precios del trabajo, de los empleos, rentas, especulaciones, agricultura misma, hay que ver como se hace todo esto, y por qué se hace así, ya sea bordar o aprender a cuidar gusanos de seda, ideas, modos de hacer, recursos, necesidades, prejuicios, vicios, cualidades, siempre y en todas las ocasiones.

«La receptividad activa y la productividad activa son la base de la juventud»; productividad de ideas, de discursos, de acciones, intercambio de pensamientos, discusiones, aclaraciones, etc.; adquisición de conocimientos, por una parte, y reproducción, por otra, de las fórmulas que han sugerido; tragar y digerir pensamientos extraños; llevar a la forja hierro bruto para devolverlo forjado, martillado, trabajado; productividad de buenas acciones, apertura de corazón, servicios, dedicación, obras de caridad, todo un lado del ser. «Hay que interesarse por todo, darse a todo, multiplicar la inteligencia y el sentimiento». Pero adoptemos como dirección algún principio sólido:

Es necesaria una cierta dignidad por uno mismo; sentirse a sí mismo y hacer sentir a los otros que se es una persona moral, una entidad con la que hay que contar, un todo pensante en posesión de convicciones, y responsable de sus actos para su conciencia.

Resumiendo: 1. «Un hombre joven debe tener conciencia de su fuerza, confianza en sí mismo»; de otra manera, no tendrá la de nadie. 2. «Una dosis determinada de unidad que sirva para agrupar todas sus adquisiciones» y todo el

movimiento de su vida. 3. «Una receptividad universal, pero razonadora», que se dé cuenta de las cosas y de las gentes.

Martes, 20 de octubre de 1840.—«Velada en casa del amigo David», el nuevo ministro, domiciliado entre cuatro paneles egipcios, en su cuarto piso de Saint-Gervais. Leí un capítulo de *madame* Necker acerca del espíritu de la educación de los ocho a los doce años. Estuvimos discutiendo. Yo no dejé de hacerle objeciones acerca de la humildad, como principio de estancamiento y de antiéxito en toda carrera brillante. Había que verlo cómo se manejaba. Por mi parte, discutí mal y puse poco calor en la búsqueda de la verdad; simplemente le exponía argumentos. Esto no es irreprochable.

Miércoles, 21 de octubre.—He empleado la mañana entre ese Silvio (Pellico) y José de Maistre. Ni griego, ni las lecturas habituales; estoy descontento. Me quedé helado, tieso de frío. Durante la comida estuve sombrío, taciturno, y los pies me dolían de frío. Salí rápidamente. Este carácter taciturno me hace temer. «Estoy hecho de una manera tal que los antecedentes me atan de forma insuperable». Una vez que he estado moroso, salvaje, ya no puedo librarme de esto. Mi cara se petrifica, mi voz deja sentir el esfuerzo, y si quiero poner un tono más alegres mis respuestas resultan, a mi pesar, secas, insociables, rudas; mi lengua, mis ojos, mis ademanes son pesados, torpes, incómodos; no me atrevo a respirar, me siento bajo una máscara de plomo, y ante la incapacidad de quitármela de encima me encuentro de mejor humor de lo que puede parecer, pero mientras no digo nada.

Hay una manía de «taciturnidad». Me dejo llevar de ella sin quererlo. Cuando he trabajado, mi cara está preocupada; en seguida me doy cuenta que al entrar, por ejemplo, no me he mostrado alegre, no he saludado, charlado; y cuando me doy cuenta, continúo haciéndolo casi sin notarlo, y durante

toda la comida continúo tal como empecé. ¿Cómo explicarlo? ¿Acaso me creo obligado a ser consecuente consigo mismo? Creo que sí, es el temor instintivo a tener que justificar ante si mismo o ante los otros mi primer impulso. En fin, no sé absolutamente nada de esto. El hecho es que conviene vigilar esta tendencia, tanto más cuanto que el aburrimiento o la tristeza de la cara se apodera rápidamente del interior, frustra vuestras alegrías, corrompe vuestras entrañas, obstruye las relaciones con el ambiente; en una palabra, daña el interior y el exterior de cada uno. Manía maldita ésta, que se apodera de nosotros sin saber de dónde procede. El momento más natural para alegrarse es la vuelta del trabajo, y también para charlar con intimidad, con abandono, con amistad. Esto reanima, levanta el espíritu, devuelve el empuje y la vitalidad, mientras que la disposición contraria enerva, entristece, marchita. Y el trabajo ulterior y la salud sufren las consecuencias. Por lo demás, se trata todavía de concentración, de egoísmo en germen. Al dejarnos dominar por este sentimiento de taciturnidad, negándonos a interesarnos en cuanto a nuestro alrededor se dice, se corre el riesgo de adquirir la costumbre y de concentrarnos sobre nuestra propia persona. Y lo más curioso es que parece como si te forzase. Sientes que te anula, que te impide al placer, que te aparta de las cosas vivas; te molesta tanto como a los otros, a tus familiares (que piensan que te complaces en esa actitud, y bien sabe Dios lo falso de esta suposición), y, sin embargo, te domina. ¡Oh! ¡Es una vergüenza! Quiero ser el dueño único de mí mismo. Si tomo la cosa en serio lo conseguiré fácilmente: «Es un reto a mi poder sobre mí mismo, y ya veremos» (taciturnidad).

En fin, dos días morosos que me han hecho perder mi posición. Entre mi tía, mis primos, mi casa y yo había empezado a brotar cierto abandono, más familiaridad,

facilidad. Y he vuelto a caer en mi postura extraña. ¿Quién siente esto mejor que yo? Un argumento más para luchar…

He visto «los horarios de las clases» para este invierno. Tendré treinta horas de lecciones regulares y académicas: nueve horas de literatura, veintiuna de ciencias; además, un curso de Ferrucci sobre Dante, de dos horas por semana, y una historia de la electricidad (por Delarive), también de dos horas. «Ciencias» (astronomía, anatomía comparada, química, matemáticas superiores, mecánica, geografía, botánica, filosofía moral y social). Como para mí el curso Diodati no empieza hasta enero, será remplazado por la enciclopedia teológica de Cellerier, cuatro horas por semana. Desgraciadamente, una de las horas no la tengo libre.

Esta tarde, Pérusset, Rivoire[6] y yo intentamos algo importante: nada menos que hacer cambiar los dos cursos Roget, «Historia de los emperadores» y «Tácito». Visita: yo serví de orador. Nada mal para un principiante. Enunciada la primera de las dos peticiones (la historia), vi como Roget se ensombrecía; pensé que la segunda estaba definitivamente perdida. Él pretendía que este curso de historia sería algo completamente distinto del antiguo… Pero hablamos tanto y tan bien, que terminó diciendo que pensaría las posibilidades de cambiarlo por una serie del siglo XVI. Y después se hizo un gran silencio. Era evidente que lo habíamos puesto de mal humor; el momento era poco propicio para continuar con nuestras reclamaciones, aparte de que es duro decir a un profesor: «Usted quiere dar estos y aquellos cursos, y nosotros no los queremos; cámbielos». Entonces me arriesgué a iniciar una conversación. Gran circuito. Hablé de los cuadernos de latín, y después del señor Cherbuliez, y de Lucrecio, sobre el cual trabajaríamos este verano. A este respecto, deploré nuestro escaso conocimiento de los poetas latinos, y terminé con estas palabras: «ni siquiera Horacio».

Mordió el cebo. Habíamos arreglado precisamente nuestras frases para llevarlo a trabajar sobre Horacio, pues sabíamos que algún tiempo atrás había explicado un curso sensacional. En fin, que tuvimos éxito; o por lo menos obtuvimos la promesa de que meditaría sobre los dos puntos. Ni siquiera le ahorré una amenaza velada: este año muchos alumnos se echaron atrás a la vista del título de sus lecciones; le hacía falta cambiar. Por lo demás, ambas cuestiones dependían directamente la una de la otra, y, eliminada una, la otra desaparecía.

Sábado, 24 de octubre de 1840.—«Chenaud[7] posee una actividad notoria». Se trata de una especie de absorción universal. Está al corriente de todo el que llega o se va, se ha convertido en punto central, hace visitas a todo el mundo, mantiene a flote todas sus relaciones, intriga un poco en todas partes, se acuerda de todo, pregunta todo, quiere conocer y ser conocido. Emprendedor, impetuoso, pero no perseverante. Intenta comprenderlo todo, desarreglado, estudioso a veces, siempre activo. Está hecho para la acción. Facilidad prodigiosa para retener, sed de explorarlo todo, observador, gran memorión, incluso analítico, camina a pasos gigantescos. Sin embargo, le falta un lastre. No tiene unidad, ni convicciones definitivas. Su vida se extiende en todas direcciones, como una llama, pero la derrocha, a falta de un plan previo. Tiene una vista rápida, penetrante, pero no lo bastante paciente; removerá gran cantidad de cosas, pero quizás nunca tendrá fuerza para detenerse y concentrarse. Una lástima. ¿Y quién sabe? Si lo hace una vez, irá lejos, y todo con gran facilidad. ¿Quizá el destino de estos caracteres consiste en consumirse sin fructificar? ¿Es una ley de compensación?

Cuánta vitalidad, al lado de mi soledad, de mi lentitud, de mi blandura. Pero hagamos al menos como la tortuga con la

liebre. Vayamos derechos hacia una meta, reflexionemos con frecuencia y divaguemos poco: quizá así también lleguemos lejos. No podemos ser universales. De modo que hay que elegir. Releamos a Fitche (*Destino del sabio*).

Asimilemos nuestros conocimientos. Trabajemos interiormente este invierno.

Domingo, 25 de octubre. «He leído el Oberman» y le encuentro demasiadas relaciones conmigo; su desgana amenaza con resultar contagiosa. «He deseado a menudo algunas biografías de hombres ilustres y animosos», para templarme con su lectura, viendo que la perseverancia, el vigor y la esperanza los llevan a un fin honorable; que el trabajo no es cosa ilusoria, que la laboriosidad no es un error de razonamiento, una vanidad, una sombra. Me hace falta esta convicción, pues siento tentaciones de abandonar los trabajos serios, como si de vana empresa se tratara, de no ver en ellos más que una creencia infantil, o un orgullo ridículo; pobre gusanillo, que se imagina que alcanzará la gloria, que cree que debe inventar, crecer y escuchar su nombre entre la lista de los inmortales… También me gustaría ver cómo se han desarrollado estos hombres, sus medios, sus obstáculos, y sobre todo sus opiniones sobre ellos mismos, sus principios de conducta… A veces he creído en mí, pero esto nunca dura mucho. El contacto con extraños me hace recaer en el prosaísmo; olvido mis esperanzas, y no veo manera de distinguirme de, los otros, al menos de forma duradera.

Lunes, 26 de octubre de 1840.—«Audacia, buen humor, receptividad». He aquí tres cualidades que me faltan sobremanera. De momento, poseo las dos primeras, pero los celos y la contradicción son en mí tan fuertes que si me tropiezo con gentes que me superan o que por lo menos

rivalizan conmigo, les cedo todo el lugar, me borro, me apago. E incluso afecto instintivamente los contrarios: indolencia o aburrimiento, si son emprendedores; taciturno, si pretenden brillar o agradar, etc. El hecho es que me dejo suplantar sin resistencia, me retiro, no intento la menor competencia, la más ligera rivalidad. O son celos, o es ambición desenfrenada; no puedo compartir; necesito dominar solo, o cedo la totalidad. Por lo menos así sucede con aquellos respecto a quienes me siento celoso, que me hacen sombra, con los que me comparan. Si son amables, en la misma sociedad, de seguro que callaré; no tendría arrestos para hablar o hacer. Temo ser terriblemente celoso. Tengo celos de los éxitos, de los elogios brillantes hechos a los demás. Horrible defecto que espero podrá ser dominado.

Miércoles, 28 de octubre de 1840.—Hace tiempo que busco qué es lo que me falta y necesito adquirir. Hasta hoy no se me había ocurrido la simplísima idea de trazar el retrato ideal de un joven de mi edad.

Religioso, sensible, partícipe de todos los acontecimientos, con interés y ansia por todas las empresas nobles, para los infortunados, para los oprimidos; deseoso de aprenderlo todo, interesado en todo, siempre en busca de la razón, del principio de las cosas; aceptando sobre todo la parte buena de cada uno, sin despreciarlo por lo que le falta.

Generoso, dispuesto a socorrer, a ayudar a sus amigos, a sus rivales; dispuesto a compartir sus éxitos, sus placeres y también sus penas. De gran corazón, desprendido.

De carácter elevado, con repugnancia por las bajezas, por la mezquindad; con amor viril por lo bello. Siempre huyendo de las pequeñas sospechas, de las cosas a medias, de las sinuosidades vergonzosas. Seguro de su franqueza con los otros y consigo mismo. Capaz de confesar sus errores,

imponiendo siempre comodidad y franqueza en todas sus relaciones.

En cuanto a los estudios, marchará, como en todo, derecho a su meta, sin disfrazarla, sin hacer misterio, sin temor a dejarse ver. No tendrá orgullo, desdén ni timidez; osará fijar su mirada en todos. Dará a todos la mano. Respetará el fin de cada uno; considerará hermanos de destino a cuantos le rodean, y les hará cuantos favores le pidan, pero sin dejarse influir para nada, a su pesar, y respetando sus propias voluntades. En general, tendrá que mantenerse en una voluntad tranquila, apoyada en la conciencia de principios y de resoluciones firmes y seguras.

Religioso, sensible, generoso, viril, franco, natural; emprendedor, perseverante, activo, reflexivo; que se diera cuenta de todo, siempre buscando instruirse; cultivador de todas sus facultades; solícito, complaciente, amante; con sentido del humor y humorista a su vez; respetuoso con los ancianos; considerado con la mujer, con la muchacha; con fe en la pureza, en la ternura; imaginación pura, placeres sencillos; que comprendiera el mal y supiera excusar al desgraciado, y sobre todo a la desgraciada; bueno y dulce con los niños, amable con su familia; siempre en su lugar respecto a los criados, firme y tranquilo, pero con formas corteses, con humor moderado, muy observador, interesado en todo, siempre con ganas de conocer los hombres y la vida, antes de dominarlos, y partícipe en todo lo que los hombres esperan y en sus sufrimientos.

Está bien por esta noche. Son las once y media. Hora de acostarse.

Viernes, 30 de octubre.—En adelante necesitaré cinco cuadernos para notas íntimas: 1, moral. 2, intelectual. 3, físico. 4, hechos externos interesantes. 5, proyectos, planes.

Programación de horario para este invierno: acostarse a las diez, levantarse a las cinco y media. Levantarse a las cinco y media, aseo, etc. Encender la estufa. De seis a siete y media, repasar las seis lecciones de la víspera, un cuarto de hora cada una. De ocho a tres, clases en el auditorio. De tres y tres cuartos a cinco: lectura poética, un cuarto de hora; alemán, media hora; italiano, media hora. De cinco a siete, danza, esgrima, ejercicios físicos, sociedad. De siete a ocho, música. De ocho a nueve, dibujo. De nueve a diez, diario.

Lunes, 2 de noviembre.—Por fin se han reanudado las clases; pero me van a resultar muy pesadas. Llevo todo el segundo año de ciencias, el año correspondiente de letras, y dos cursos de la facultad de ciencias; de tercero, geología y mecánica.

Hoy debía tener siete clases consecutivas, y sólo ha habido cinco, felizmente, pues sentía la cabeza cansada, débil como estoy en la actualidad. Inmediatamente después de cenar salí de paseo. Recorrí toda la gran vuelta de Chambesy. El paseo me hizo mucho bien, al cuerpo y al espíritu, sobre todo a este último. El espectáculo de este bellísimo otoño, los melancólicos matices verdes, la paz de los campos y la naturaleza, el cielo tranquilo y dulce, la vista medio borrosa, todo me reanimó, me templó, y aspiré poesía en cualquier cosa donde resultaba posible hacerlo; observaba, quedaba extasiado, miraba todo con interés; gocé, en una palabra. Tras de un seto cantaba una sirvienta, y me emocioné, no sé a ciencia cierta por qué; me imagino fácilmente una vida apacible, transcurrida en el olvido, en un claustro.

Visita a Bordier[8]. Conversación interesante.

Martes, 3 de noviembre.—Ayer quedó patente «mi tendencia al sofisma», en la medida en que la dialéctica, el

razonamiento sagaz y bien llevado me placen en sí mismos, independientemente de la verdad. Yo sostenía, en mi conversación con Bordier, que deberíamos ejercitar el razonamiento y la impresión primera sobre las cosas mediante discusiones, atacando o defendiendo una tesis cualquiera, que por mi parte preferiría que fuese absurda y fuera de toda discusión, a fin de evitar la influencia perniciosa de la voluntad de engañar al prójimo, del deseo y de la posibilidad de paralizarlo, de cegarlo, de llevarlo a creer vuestra paradoja, en la que no creéis; esto sería falso y peligroso. He reconocido, no obstante, que incluso así se adquiere el hábito fatal de evitar, de esquivar la verdad, de jugar con el error, el sofisma y la mala fe. He resuelto «marchar siempre en dirección a la verdad, en todas las cuestiones, en la medida de mis posibilidades».

Miércoles, 4 de noviembre.—Larga conferencia con el amigo Bordier. El tema a tratar fue «la poesía épica». Intentar definir sus caracteres, y encontrar su futuro en Europa. ¿Es aún posible; bajo qué forma? ¿Qué tendencias del siglo, sobre todo, le perjudican? (Se trata del análisis eterno, tan opuesto a la espontaneidad del sentimiento creador). Y, sin embargo, ¿no es el análisis una parte esencial del artista? ¿Hasta qué punto? Debiendo mi utopía sobre la epopeya futura representar el mundo moderno, en toda la amplitud de la humanidad, todo deberá confluir en ella: filosofía panteísta y de las otras, religión, arte, industria, ciencias de todas clases, psicología y cosmología, para renacer de esta absorción.

Una segunda parte de la conversación giró en torno al «temor a los otros» que impide hablar; sobre la embarazosa «timidez» que os cierra la boca, sobre la «modestia» que os mantiene silenciosos en presencia de gentes superiores a las que respetáis. Bordier sólo ve en ello un orgullo que hace

temer la burla o la comparación; no cree que la timidez baste jamás, ni siquiera para un joven en sociedad; creo que se equivoca.

Viernes, 13 de noviembre.—Estoy pasando una crisis; dudo de mí mismo. Estoy lleno de defectos; temo ser un imbécil, un cerebro vulgar. Mi corazón es desesperadamente malo; soy celoso, personal, vanidoso, frío, reservado. Mi carácter es irresoluto, tímido, cambiante, sin perseverancia. Mi cabeza es sofisticada, guiado siempre por la contradicción, y me consumo por triunfar y no considero la verdadera realidad. En resumidas cuentas, todo, en mí, es pequeño, mezquino, por rehacer. Y además de todo esto, una salud calamitosa, una vista gastada; prohibición, bajo serio peligro, de cualquier pensamiento o trabajo tenaces. Esto es como si a uno le cortaran los brazos; la sangre se hiela, y la esperanza y la juventud destrozan el corazón. Y este mismo abatimiento es una gran enfermedad. ¿Acaso no nos realizamos según lo que decimos ser? Pues creyéndonos sin fuerzas, poca cosa vamos a lograr. Y es el orgullo el que soporta este sufrimiento. Pues hay que mantener el pabellón, y apagar esos ramalazos de orgullo. Tú no vales más que los otros, no los dominarás, como esperabas; ésta es la causa de tu desesperación. Pero si sabes aprovechar tu situación y decirte: pues bien, vamos a cumplir nuestro pequeño cometido, o nuestro cometido, cualquiera que sea, serás feliz, y lograrás la tranquilidad del espíritu. Repítete el siguiente principio: Dios hará de mí lo que juzgue conveniente; mi deber consiste en desarrollarme todo cuanto mi posición me lo permita, sin compararme a los demás. Mi divisa ha de ser la línea recta. Caminar derecho, sin vergüenza, sin celos, sin misterios. Caminar derecho con perseverancia, sin cansarme, sin temor a servir a los otros, ni a ser descubierto por ellos, envidiado o burlado; seguir nuestro camino con

firmeza, pero dulcemente. La orden del león, otorgada a Muller en Holanda, llevaba esta divisa: «Doe wel, en zio nit om» («Thue wohl, und sehe nicht um»). «Age bene et non conspicias circum».

Sábado, 14 de noviembre de 1840.—Visita a Bordier. Conversación llena de intimidad. Hemos hablado de la poesía interior, de esa flor de entusiasmo joven por todo lo noble y bello, y que se mustia tan pronto en contacto con la burla, el interés, o el provecho árido y desecador. Todo esto, a propósito de la crónica de la sociedad (Zofinga), que tiende a reírse de todo, de los príncipes y de la seriedad de sus viejos miembros entre otros, cosa que me aflige. Hemos hablado de la necesidad de reír, lado mezquino e imperioso de nuestra naturaleza, y que hay que desviar hacia las cosas infantiles, reír de naderías, mejor que emplearla en la irrisión, la burla del prójimo, por atrayente y espiritual que parezca. Después de éstas, nos sentimos incómodos con nosotros mismos. Nos volvemos niños.

Poco a poco nos fuimos expansionando. Bordier me habló de su infancia, de sus amigos, de su madre, de su hermana, de sus deberes actuales, que le han obligado a quedar junto a su anciana tía, en lugar de ir a Odesa a fundar una iglesia protestante. Yo le correspondí hablándole de mis hermanas, de la unión fraternal, de mi soledad sin padre ni madre, etcétera. Bordier apuntó mis futuras responsabilidades; cree que quizá debería quedarme en Ginebra a causa de ellas. Es un sacrificio duro; pero los deberes engrandecen al hombre, y los deberes humildes, secretos, en mayor medida que los otros. Son apreciados solamente por Dios.

Hablamos de Lecoultre[9], del próximo matrimonio de Adert[10]. Le hablé de mi violencia de carácter; surgió una pregunta sobre la amistad; ¿puede uno confesarse con

alguien que no sea mujer, es decir, una madre? Siempre existe el temor de enfriar al amigo con confesiones de miserias del espíritu, de tibieza, de vanidad, de egoísmo. Una madre, en cambio, no se puede enfriar; su vínculo es sagrado, nunca se rompe. Además, las relaciones entre hombres deben tener más virilidad, y estas debilidades son algo que más bien conviene ocultar, incluso a los amigos.

Domingo, 22 de noviembre de 1840.—Esta semana he contratado mis lecciones de esgrima en casa de Renevier hijo, en la plaza Nueva, y mis lecciones de danza en casa de Honoré, a diez centavos lección; horario, a voluntad. Renevier pide doce francos por mes, diez si se le contrata por semestre, y nueve por un año. El par de floretes me cuesta diez francos; las sandalias, de ocho a doce, y la máscara también entre ocho y doce, y tres francos los guantes; aún no los tengo.

Martes, 2 de marzo de 1841.—«Durante los últimos meses he hecho muchos progresos»; por lo menos he cambiado. Siento en mi interior que he madurado. Los asuntos de Zofinga me han modificado por completo, me he perfilado con más timidez. Bordier me anunció que dos miembros (R. y T.), después de un segundo acto, se habían llevado allí a Gredig y a Steiner sin prevenirlos de qué se trataba. Esto me trastornó. Me pidió que escribiera en la sección acerca de la «Pureza del hombre joven». Mis reflexiones sobre todo esto me han envejecido, y he hecho un brusco progreso. El discurso de Wolf contribuyó a inflamarme; mis deberes de estudiante, de zofingio, de ciudadano se me presentaron bajo una nueva luz; ciertos días he tenido una energía sorprendente, lo cual ha dejado trazas más duraderas. Veo con más claridad en los otros; «mi individualidad se perfila»; soy menos temeroso, voy haciéndome independiente. Para ejercer influencia, hay que ser fuerte, apoyarse en uno

mismo; y hay, además, que amarlos; y hace falta, por último, saber prescindir de ellos, no temer sus burlas, y vencer su resistencia. Estoy definitivamente separado de R.; es estupendo que se haya ilusionado con algo exterior. A propósito de los asuntos de Comte hijo (palmas blanquísimas), y de las citaciones delante del rector, simplemente estuvimos en discordia, y ése es el motivo aparente de nuestra ruptura.

El domingo pasado, después de un paseo por las Trinche ras, llenas de gente, como correspondía al delicioso tiempo primaveral, sentí una tristeza horrible. Aislado, sin experiencia de la vida, ignorante de los placeres, sin amigos, sin amiga, me encontré en un espantoso estado de desesperación. Sentí con espanto que no tenía ancla alguna contra estas desolaciones y estos tormentos. Siempre he sentido gran compasión hacia quienes sólo pueden vivir en la pasión, en el amor; pues bien, encontrándolo todo inútil, ridículo, vacío, sentí una necesidad devoradora de vida y de amor; todo lo demás me parecía un juguete para engañar a los niños. Dos conclusiones: estos días son de tentaciones físicas; en realidad, llevo una vida demasiado apartada; no conviene negarse a los placeres y a los sentimientos propios de la edad.

«Amistad». He intimado bastante con el bueno de Charles Heim, nuestro presidente en la sección. Carácter lleno de dedicación, lealtad y pureza; va con plena conciencia tras de lo que está bien; sin altanería, sin celos, sin acritud; excelente individuo, una de esas calidades profundamente buenas y fieles a lo que existe o es más seguro que uno mismo. Desgraciadamente, es algo apático, sin gran energía, lento en sus concepciones y en su trabajo; pero es paciente y avanza con regularidad constante. Empujándolo, estimulándolo, se lograrían de él maravillas. Nos queremos

bien; hemos tenido dos días de expansionamiento casi completo, en su pequeña habitación bajo los tejados, en la parte baja de la calle de la Fontaine. El tiempo pasaba tan rápidamente que llevábamos hablando desde las siete, eran ya las diez y creíamos que aún serían las ocho. Para la dirección de la sociedad (Zofinga) nos apoyamos el uno en el otro, pues dentro de la misma hay individuos desoladores.

He sabido «el regreso próximo de nuestro primo Fritz Lyanna», ex soldado al servicio de Roma, y licenciado. Hay que cotizar, para vestirlo y mantenerlo mientras encuentra sitio como joyero. Mi tío ha dado por nosotros tres, (mis hermanas y yo) 30 francos; yo he añadido otros 20, de mis ahorros (para libros). Me ha sorprendido sentirme interiormente capaz de compartir mis bienes, sin pena, con un pariente desgraciado; la ironía me había ido haciendo demasiado roñoso e incomunicativo. Me alegra sentir que mi corazón está aún vivo, que podría aún alcanzar la virtud del sacrificio, llegado el caso; el hecho de privarme para ayudar a otro; si hiciese falta, lo haría hoy mismo. Si creyesen en mi sinceridad, si me dejasen obrar, jamás sería avaro ni duro con los demás; puede que entonces lo fuese para conmigo mismo.

Domingo, 13 de junio.—El cambio de régimen no me promete nada bueno. Pugnet, conocedor de la debilidad de los órganos, intentó reforzarlos con algunos tónicos (tisanas), y evitar toda excitación con un régimen dulcificador y vegetal, además de recomendar poca fatiga intelectual o física. L'Hotelier es de opinión que, sobre todo, hace falta «reparar». Receta carnes alimenticias, y, para compensar, remedios debilitadores, baños tibios, mucha agua fría, simientes frías, etcétera. No sé, pero esto me parece peligroso: receta los métodos para debilitar y relajar los órganos genitales, y por otra parte les suministra jugos

nutritivos, como si pretendiese que la fuente manase. Abre el gollete y vierte alimento.

Viernes, 18.—Tertulia y merienda en casa de los Roux. La señora apenas ha experimentado una ligera mejoría. Hablé sobre la costumbre, sobre la falta de iniciativa de nuestra voluntad, etc. Él está igualmente desolado y sólo desea la muerte, para poder cultivarse a gusto y vivir espiritualmente. Luisa ha venido al sofá y hemos hablado mucho tiempo en la penumbra, de la educación, de su pequeña Enma, etc. No sé cómo, pero en la mesa se trató de mí casi todo el tiempo, y estuve confidencial, y nos divertimos mucho. En mi actitud había una especie de egoísmo, me daba cuenta, pero esos exámenes de conciencia me son tan útiles, y estos amigos son tan buenos, que no lo tuve en cuenta. El tema principal fue mi organización. «Mi estado natural es el reposo»; mis facultades no tienen movimiento por sí mismas, sino que duermen dentro de mi potencialmente, y ninguna me impulsa; esperan, en cambio, que yo las despierte, que las ponga en movimiento. Son potencias mecánicas que obedecen, pero que no quieren. Yo no soy el fértil suelo que produce por sí mismo árboles y flores, sino el «instrumento», la lira silenciosa que sólo suena cuando una mano la toca. Nada me atrae ni me interesa si previamente yo no lo he querido así. «Para encontrar atractivo a algo tengo que pasar por un acto de inteligencia», y me digo que aquello es interesante. Para estudiar algo, para obrar, necesito estar en pleno dominio del principio; nunca hago nada antes de tenerlo; para cualquier otro esto es precisamente la «recompensa» del trabajo, y para mí es la «condición». Mi método de aprender es la síntesis, avanzo desde la unidad hacia los detalles, persigo la pluralidad a partir de la simplicidad, actúo sobre todo deductivamente. Y sólo me ocupo de algo cuando tengo

la esperanza de lograrlo plenamente. Si el final no se presenta claro, no empiezo.

En resumen, creo que estoy bien dotado, pero mi estado natural es el reposo.

Todas mis facultades requieren, para su puesta en marcha, un acto formal de voluntad: la voluntad me resulta mucho más necesaria que a cualquier otro, pues mis facultades carecen en sí mismas de impulso vital. Son servidores completamente puntuales, pero pasivos.

Con estos medios, una voluntad enérgica podría llegar lejos, pues estaría maravillosamente servida. «Si no logro mayor voluntad, nada conseguiré».

La conciencia del éxito duplica mis fuerzas. Nunca empiezo si no tengo la esperanza de triunfar. Me desanimo en seguida: necesito triunfos, me hace falta tener confianza en mí mismo. «Jamás, sin fe en mí mismo, emprenderé cosa alguna».

Jueves, 24 de junio.—Estoy triste porque, en sueños, he destrozado un recuerdo amoroso. Mi imaginación (nocturna) es, pues, bastante indigna de mí; sin duda la iniciativa es de los sentidos, que hacen nacer imágenes análogas a sus apetitos, pues cuando pienso, cuando estoy despierto, sólo pretendo el amor sin mancha, al menos para mi amor privilegiado; por nada del mundo lo mancharía con la posesión; guardo mi tesoro para una llama espúrea, para un corazón, y no para un cuerpo. Perdóname, ángel profanado, perdona, pues mi castigo es doble: por una parte, un recuerdo que se marchita, y por otro lado mi vida que huye. Perdóname, pues no soy culpable, y sólo mi cuerpo de barro puede ultrajar tu imagen; mi corazón ha conservado el altar y su llama está aún virgen en el sagrario.

Este desdoblamiento me recuerda lo que nos decía el doctor, una vez que D'Abauzit había salido: «Es un corazón demasiado puro; aunque se dedicase a prácticas solitarias, nunca perdería esa juventud, esa lozanía de corazón». Esto es todavía más cierto en mi caso, a ser posible. Mi imaginación y mi inteligencia, además, no son tan liberales, tan poco castas, pues él lee esas infamias (Faublas) que me repugnan a distancia; y sin embargo su corazón sigue estando intacto, joven; sólo el espíritu es impuro. Y yo, que en sueños llego en seguida a lo peor, tiemblo de placer ante el menor favor, soy tan feliz como un niño por cualquier bagatela, tímido y novicio, joven en todas las moradas de mi alma, y puedo saltar de alegría por una mirada, por una nadería. Apenas lo creo yo mismo, y de todas maneras se trata de una bendición de la que no me canso de dar gracias al cielo. ¿Acaso no será que mis sueños funestos, y esos goces que me exasperan, han dejado completamente a un lado el ámbito del corazón? El libertino se debilita en todas sus potencias, en corazón y alma, física y moralmente. Yo puedo considerarme feliz en mi desgracia, pues solamente una de mis vidas se ve afectada, la menos importante de las dos, la de los sentidos. Todo lo que al sentimiento se refiere está aún intacto, y la mina nueva y entera. Pero incluso esto sufro desgraciadamente, pues mis sentidos son muy irritables, y vienen a turbarme en los momentos más dulces, a interrumpirme, ¡malditos! ¡Ah, qué dura es la expiación! ¡Me daría con la cabeza contra las paredes: nada, nada bueno, una condenación terrenal!

Pero el furor me vuelve loco, pierdo la razón. Si la medicina, con la ayuda del cielo, me devolviera a la existencia normal, nada de lo que he dicho sería cierto. Podría lanzarme a la vida con la confianza que he perdido, aprovechar los dones que el cielo me ha prodigado, dilatar el

alma que Dios me ha dado, prepararla para su estado de ángel, purificándola, ennobleciéndola, clarificándola, agrandándola con el pensamiento y las virtudes. Podría dedicarme al servicio de Dios, o al de los hombres, lo cual viene a ser lo mismo siempre, pues lo primero lleva implícito lo segundo. Podría influir en la sociedad, remover todo cuanto está a mi alcance, llevar a la verdad y al bien a muchas almas que se alejan de ellos, plantar incluso mi antorcha en el ámbito del pensamiento, dejar mi huella entre las glorias literarias, entre las virtudes ciudadanas, en la gloria y en la piedad. ¡Qué porvenir! Y sólo me faltan dos cosas: salud y voluntad. ¿Quizá nunca recobraré la una ni adquiriré la otra? Dios mío, de quien tantas veces me olvido, que en mí sólo tienes un hijo ingrato, tibio, indiferente, cámbiame, socórreme, ayúdame, protégeme. Sin ti nada puedo, y ni siquiera tengo fuerza para querer el bien. Quiere que yo quiera, permite que nunca me olvide de ti, que puedas estar siempre presente en mi espíritu, para alejar de mí las tentaciones, o hacer por lo menos que no sucumba ante ellas. Soy orgulloso, egoísta, colérico, envidioso, vano, carnal, malo, ingrato, pecador impenitente y olvidadizo. ¡Oh Dios mío! Sé bueno, sálvame, o, mejor, cámbiame. Soy inconstante, no tengo caridad, ni devoción, ni abnegación; perdóname. Soy irritable, susceptible, mi amor propio nunca perdona; ayúdame a vencerme; ayúdame cuando te rece, y ve aún más lejos, hasta conservarme la voluntad de rezarte; y cuando me veas desfallecer, cuando mis sentidos estén ciegos y no sepan pedirte con fervor, cuando no sienta lo que me falta, ábreme los ojos, reanima en mi las necesidades interiores, excita mi hambre y mi sed morales, para que pueda beber y sentarme a tu mesa, para hacerme crecer ante ti y ante los hombres en bondad y en justicia, en nobleza y en pureza.

Viernes, 27 de agosto de 1841.—Los veinte años rugen en el pecho del huérfano. Mi juventud solitaria se despierta; la ausencia de familia, la privación de afectos naturales reivindican una compensación. Mi herida es ésta. Necesitaría un corazón que me amase, al que pudiera llorar a mi antojo, que me consolase llorando conmigo. Necesitaría, necesito tener a alguien a quien apretar contra mi pecho, alguien cuyos latidos se encontrasen con los míos y que batiesen al unísono. ¡Ay, una madre, mi madre! ¿Seré como el leproso de la ciudad de Aosta, condenado a ver pasar la felicidad por delante de mi puerta, a contemplar las delicias del amor correspondido, puro, confesado ante Dios, y a no abrazar más que los barrotes de mi prisión? No son los sentidos los que gritan, no; mis noches solitarias se pueblan a veces de sueños de este género, y de día me dan miedo; se trata de una expiación de la época anterior en que no sucedía así. Necesito ternura, amor casto y puro. ¡Madre! No pediría otra; en ella habría encontrado simpatía, expansión, ternura; me habría comprendido, ayudado, amado; me habría identificado con ella, y tomado fuerza del mismo seno que me dio la vida. Pero ya no está junto a mí, y en cambio la sed que quizá sólo ella podría apaciguar continúa abrasándome: Dios no me ha librado de ella. El amor fraternal, la amistad no pueden nada en esto. A mis hermanas les debo la fuerza, el ejemplo y el sostén; y a mis amigos, cierto pudor por el cual no se muestran al desnudo todas las debilidades; entre hombres siempre existen normas; la amistad simpatiza con los dolores, pero no con las debilidades; sentiría vergüenza de tener que llegar a eso. Y, además, por qué ocultarlo, un amigo nunca puede reemplazar el puesto de una mujer amada. A cada cual lo suyo, y ella es bella para ambos.

Noto que con estos discursos me calmo. Es como si pusiera agua fresca en mis sienes. La fiebre intermitente

desaparece por momentos. Mejor así, hay que aprovecharlo.

Me voy al campo a reflexionar sobre mi vocación. Como mi bachillerato de ciencias físicas y naturales estuvo aplazado hasta el diecisiete del corriente, llevo pocos días de vacaciones. Por fin tengo el título de doble bachiller, y soy independiente. Hemos discutido en casa la vuelta de mis hermanas. Dejarán el pensionado de Montmirail por Ginebra.

La cosa no deja de ser problemática, y no sabíamos dónde colocarlas. Laura nos inquieta, y Fanny necesita una instrucción más completa, y sobre todo ver de cerca la vida real, la vida práctica, las cosas y la gente. Todo esto nos hizo rechazar la idea de un internado, lo cual hubiera sido una inútil sustitución del que han dejado. Por último, tuvimos la suerte de instalarme en casa de *madame* Bremond, una verdadera segunda familia, donde las adoran desde su infancia. Las desgracias traen siempre algún beneficio: sin la cruel situación que sus negocios atraviesan, nuestros amigos no las habrían aceptado como pensionistas. Si no fuese una alegría cruel, habría incluso que alegrarse de esta desgracia y agradecérsela al cielo. En realidad es más de lo que podíamos haber esperado. Laura estará cuidada por una madre, con todas las asistencias de un médico hábil. Nosotros vigilaremos directamente su educación, y podremos influir en ella, dirigirla día a día. Pronto borraremos las huellas de la vida de internado, la ignorancia de las cosas de la vida, los temores por el prójimo, etc. Sin dejar su formación religiosa (hablo sobre todo de Fanny), empezaremos su educación social y doméstica. Las costumbres, la contención en sociedad, la conversación son cosas que aprenderán en las reuniones y en los paseos en familia. En cuanto a la instrucción propiamente dicha les pondremos profesores y darán clases. Clases muy bien

enfocadas, sobre todo, para que aprendan gran número de cosas que no pueden ignorar: nombres, hechos, monumentos curiosos del arte o de la naturaleza, etc. Yo mismo dirigiré algunos resúmenes. Naturalmente, el peso de la parte intelectual recaerá sobre mi. Me hace feliz pensar que no seré inútil en este caso. Laura y Fanny volverán a finales de octubre.

Libre ya de la preocupación de mis hermanas, ahora debo concentrarme en mi mismo y considerar mi porvenir.

Domingo, 21 de agosto de 1842.—Ayer, 20, dicté a Fanny una larga carta para la prima Julia. Es mi primer ensayo de este género. La cosa marchará. He conocido a la maestra de Laura: *madame* Darier me ha gustado enormemente; es una mujer llena de bondad, de firmeza y de sagacidad moral. Me ha hecho saber, o confirmado, que «Laura carece de sentido moral», que la idea de deber o de obligación moral no tiene para ella significado alguno, y no creyendo conveniente emplear el móvil del amor propio, que es la única parte verdaderamente sensible de Laura, la maestra ha puesto todas sus esperanzas en la viva amistad que Laura siente por mí. Intentaré emplear esta influencia en su provecho. Laura, además, aborrece el esfuerzo: rechaza con furor todo lo que exige atención y razonamiento (ortografía y aritmética); dice que es incapaz y no hace el menor esfuerzo.

Berlín. Martes, 8 de abril de 1845.—Horribles noticias del país. La expedición de los cuerpos francos contra Lucerna (31 de marzo) terminó en una derrota, con 1000 muertos y 900 prisioneros, según el *Diario de Francfort.* Rothpletz, mayor, el jefe Steiger, el profesor Herzog, y muchas personas notables se cuentan entre los prisioneros; y otros han muerto. Hubo reunión en casa de Andrie[11], después de cenar, de casi todos los suizos franceses. Se discutieron las

consecuencias de esta derrota, el lastimoso estado de los asuntos de Suiza, del plan de ataque de Francia, que sin duda en seguida enviará sus tropas de intervención, etc. Todo esto me afecta en lo más íntimo. Está visto que no tenía idea, opinión alguna clara sobre lo que el país debe hacer contra el extranjero, o Ginebra en relación con los demás cantones, ni yo mismo respecto a mi país. Por milésima vez ha quedado patente mi indecisión, mi carácter enervable, mi falta de energía. Y una nueva vergüenza que añadir: me he sentido casi cobarde. Es el triste resultado de este escepticismo flotante en que mi torpeza me deja sumido. Ya no sé cuál es mi deber; no creo en nada, ni en la inmortalidad del alma, ni en las verdades de la revelación, ni en la redención; estoy inseguro de todo. Dios, el mundo, yo mismo, de nada tengo ideas propias. ¿Cómo avanzar, en este estado, con brío, francamente? ¿Cómo desafiar la muerte? Lo que pasa es que la muerte me da miedo, eso es. Con una conciencia clara y una fe religiosa inquebrantable, no sucedería lo mismo.

Hace tiempo que mi mal está en esto: malestar universal sin esfuerzo alguno por salir de él; acumulación de dificultades, sin la menor acción encaminada a destruirlas; torpeza moral, progresiva parálisis de la voluntad y la inteligencia, afeminamiento del carácter. Ni un impulso que valga la pena encaminado hacia la verdad, hacia el bien; nada más que una blanda y vaga aspiración, un semblante de actividad destinado a engañarme a mí mismo en primer lugar, agitación superficial, con aire de trabajar, de leer, de pensar, y en el fondo nada que no sea tiempo perdido, viento, ruido. Aplazamiento sucesivo de un día a otro, pautas de espera en todas las cosas por hacer, en todas las decisiones por tomar, en todas las resoluciones que abordar; debilidad, siempre debilidad. Si pudiese sumar todas las

horas perdidas en cavilaciones, en cálculos, en tergiversaciones de toda índole, qué inmensa suma… Y las perdidas en intentar algo luego no continuado (lectura, plan, idea, etc.); falta de perseverancia. Nada de lo que hago, siempre a saltos, aislado, lleva a algo sólido, a algo real.

«El malestar es una voz divina, e indica una posición falsa, desviada, mala». En mi caso, esta posición falsa consiste en estar Inmerso en la confusión, en lugar de ver claramente mi camino, de saber adónde voy y lo que quiero, y de sentirme avanzar, en la incertidumbre, en lugar de poseer un número de convicciones, de puntos sólidos en lo concerniente a religión, conducta, negocios; vivo meciéndome en vagas, improbables e imposibles quimeras, en lugar de saber mirar de frente el futuro real; en la inutilidad, en lugar de cumplir una tarea sustancial, de hacer algo que sirva a alguien, de formular una idea, un sentimiento, o siquiera de hacer un servicio; en fin, hacer algo más que manosear los libros, que este saltar continuo de un título a otro, de un periódico a un libro, siempre entre papel, pero sin la más mínima acción, sin contacto alguno con la realidad.

Y a este respecto, acabo de caer por vez primera en la cuenta de lo que hay de falso en la vida de los libros, por oposición a la vida real. Reconozco, con una especie de terror, la enorme ilusión irrazonable sobre la que hasta ahora he apoyado mi vida; pensar que todo estaba en los libros, y que en ellos se aprendía más rápidamente y mejor. Temo haber perdido mi vida. He vivido apartado del mundo real, soy torpe, ignorante por lo que se refiere a los intereses reales, de las leyes, los negocios, las industrias, los hombres y los objetos sociales. No comprendo ni la bolsa, ni el comercio, ni la jurisprudencia, ni la iglesia, ni el estado; en una palabra, desconozco lo práctico, lo positivo. No he

respirado el ambiente real. ¿Acaso es éste el camino para encontrar la verdad? ¿No corro el riesgo de encerrarme así en un mundo ficticio, imaginado, fantástico, en lugar del mundo verdadero? ¿Acaso todas mis afirmaciones son el resultado de experiencias incompletas, convencionales? Después de estudiarme y de leer libros, sólo conozco el hombre posible, pero no el hombre real. Y de esta forma nunca se encuentran las verdaderas raíces, y éste es el precio de la originalidad, y también el de la utilidad. ¿Estoy todavía a tiempo? Pronto tendré veinticuatro años, con los sentidos y la vista fatigados. Quizá es algo tarde.

Ciencia, vida, y, en medio, arte. ¿Para cuál de las tres estoy hecho? (La ciencia se subdivide en ciencia de la naturaleza y ciencias del espíritu).

Berlín. 4 de febrero de 1846.—No creo equivocarme diciendo que mi serenidad, mi beatitud, estarían en esa comunión permanente, profunda, exaltadora con la idea, la belleza y el amor; contemplación, expresión, efusión, ciencia, talento, santidad, filosofía, arte, religión; aspirar a ello: ésa es mi naturaleza, mi vocación.

En el fondo, siempre lo he sentido confusamente, siempre lo he esperado; he oscilado brutalmente en torno a este punto de reposa que es en realidad mi centro. En él está la armonía, la calma, lo completo; y lo completo ha sido y es mi necesidad y mi sueño. En mi primer periodo de adolescencia, último punto de vista, la salud era el solo, el más importante fin de mi destino. Sin embargo, la necesidad de conocer me desvió en seguida de esta línea; renuncié a una inclinación poderosa hacia el ministerio porque ello restringía mucho el campo de mis estudios; esto me costó dolor y remordimientos. Después vino la insaciable necesidad de conocer la verdad. Y luego los gozos puros de lo bello. Y hoy

quiero todo: siento que la armonía sólo está en la felicidad. Y se la pido a Dios, pues no creo ir contra su voluntad, dado que me permite aspirar a ella. Su bondad me ha regalado con unas facultades en equilibrio; sé muy poca cosa, pero al menos nada me resulta completamente inalcanzable; soy esencialmente educable, como hace tiempo reconocí. Ni siquiera me están prohibidos los gozos del arte, y puedo crear algo…, mi estilo. Mis lados débiles son muchos, pero ninguno irreparable, y mis facultades imperfectas, mis defectos, mis malos instintos pueden ser modificados, cambiados, mejorados. Ahora estoy lleno de esperanza: me parece que esta inquieta melancolía, este temperamento sombrío que siempre me han minado, tienden a desaparecer. El futuro ya no me espanta, sobre todo desde que veo la posibilidad de realizar mis sueños, a medida que mis incertidumbres disminuyen y crecen mis fuerzas y me hago hombre. En mi adolescencia, no he tenido el consuelo de un amigo, superior a mí, que me comprendiese y me diese ánimos. Siempre he dudado de mí mismo, y a mi alrededor no encontré más que voces que me halagaban, o amigos más débiles que yo mismo y compañeros que no me comprendían. Nadie me ha dado directrices duraderas, consejos confortantes o empujes decisivos. He andado de acá para allá, soñador, desafiante, concentrado, débil para conmigo mismo, intentándolo todo, avanzando en continuos giros alrededor de mí mismo, es decir, haciendo frente a todo pero sin variar apenas de sitio, y siempre bajo la amenaza del aturdimiento.

Consideración: Bautain y los psicólogos señalan como trayectoria de las inteligencias la seducción, en primer lugar, por lo bello (adolescencia); por lo verdadero, después (madurez), y, finalmente, por el bien (edad avanzada). Mi camino ha sido precisamente a la inversa. Mi primera

preocupación fue el bien (diecinueve años), después la verdad (veinte a veintitrés), y luego lo bello. Éste ha sido mi orden de revelación. De modo que el aspecto más profundo es el que me ha atraído en primer lugar, y desde él remonté hacia la superficie; y en verdad que no he gustado de las formas hasta estar convencido de que a través de ellas se revelaba el fondo. Y las ramas del saber sólo me interesan en cuanto me apercibo de las leyes. Primero empecé por la religión, después la naturaleza, luego las matemáticas, la métrica (versificación), la medicina, el arte; hasta el año pasado no comprendí la jurisprudencia y la historia; y este año le tocó a la lingüística… ¿Por qué? Porque he ido viendo desvanecerse poco a poco lo arbitrario, y desaparecer lo verdadero. De modo que lo que siempre he perseguido es la esencia, la idea, la revelación del ser, en primer lugar en la moral, en la fe, en la psicología; y luego en la naturaleza y las ciencias exactas, y sólo al final en la sociedad y en los negocios humanos, que antes me parecían atiborrados de arbitrariedad y de convencionalismo… E idéntica progresión en las ciencias sociales, el derecho, la historia, el lenguaje. Lo que más me falta ahora es la sistematización de todas estas ramas, la metafísica.

Creo que el hombre que se acercó más a mi tipo es Krause, porque en él, idea, belleza y amor están en armonía, equilibradas, coordinadas, y no absorbidas en la inteligencia pura.

Berlín. Domingo, 8 de febrero de 1846.—… Solianikov vino uno momento; deliraba de entusiasmo por la belleza de las italianas; piensa morir joven, pero le gustaría estar casado por lo menos dos días con una de esas bellezas devorantes (es su frase), y tenerla a su lado para poder escribir: «¡Abajo las mujeres rusas, alemanas, inglesas, francesas; sólo valen las italianas!», etc. Este Solianikov es un volcán, y su

imaginación lo abrasa, siempre apasionado por todo. Larga melena rubia con raya al medio, amplia como sus hombros, rasgos finos, frente graciosa, ojos azules claros llenos de pasión y de impetuosidad, mezcla de feminidad, nerviosismo, fiebre, sensiblería y energía viril. Por lo demás, vida pura. Entusiasta de la filosofía, inflamable con una sola mirada de mujer, vela cada noche hasta las dos, y ahora estudia cuatro idiomas (español, italiano, inglés y sueco), además de trabajar asiduamente en la estética; en una palabra, se consume. Es benevolente, sincero, leal, ardiente; singular para un ruso. Huérfano, como yo. El año pasado, al salir de una reunión en casa de Schelling, donde lo conocí, se echó, por así decirlo, en mis brazos; temeroso de que se tratara de una comedia rusa, yo corté por lo sano. Mi desconfianza era injusta, pero también aquel abandono era demasiado precipitado. Me gustaría que estuviésemos más ligados.

Berlín. 10 de febrero.—Necesito frecuentar más la sociedad de los camaradas de mi edad, émulos, rivales, círculos de sabios. Noto que me voy aislando, mantengo pocos contactos.

Para la elocuencia, o, más generalmente, para la' influencia, hay que mantener abiertos los poros magnéticos de comunicación con nuestros semejantes. Ahora bien, cada vez que hablo, me aisló con orgullo y no intento persuadir, sino vencer. Éste es un modo aristocrático, nada democrático. Debo aprender el arte de influir y de persuadir. Tengo que flexibilizarme. Estoy casi desprovisto del sentimiento de reconocimiento y respeto por las otras individualidades. Si me parecen rivales, paso por su lado ignorándolas, o empujándolas con cortesía si son inferiores. En el fondo, poseo un instinto despótico del que debo preocuparme. Las mediocridades tienen derecho a existir; los

seres superiores no tienen derecho a mandar, sino simplemente la candidatura, y de ellos depende hacerse aceptar. Pero una vez que las mediocridades los han aceptado, deberán ser tratadas con estima y circunspección. Hay que respetar en cada hombre al hombre, si no el que es, por lo menos el que podría ser, el que debería ser.

¿Te gustaría que un ser superior a ti te aplastase? Más bello, más útil, y sobre todo más humano es el papel de llevar suavemente hacia el propio punto de vista a los que están por debajo, en lugar de atronar desde lo alto de su nube sin haber fecundado ni iluminado. Creo que mi inclinación me llevaría a envolverme orgullosamente en mi abrigo y esperar, sin dar un paso, una sumisión incondicional de lo que está (o a mí me lo parece) en grado inferior de desarrollo. Esto es más bien orgullo que dignidad. La verdadera dignidad consiste en ser hombre, es decir, en amar y respetar a los semejantes, en elevar a los inferiores hasta el sitio de uno, y en hacer todo para todos. Como dijo Gervinus[12], el que quiere ser útil a nuestra época debe impregnarse del espíritu de todos y aprender de ellos, más que influir en ellos o señalarlos con su sello.

No discutir más que con iguales (del mismo grado de desarrollo), mantenerse más tranquilo cuanto mayor distancia de cultura exista; no hacer hincapié en los argumentos poco comprendidos. Usar la mayor simplicidad con los cerebros limitados. ¿De qué serviría una discusión? Firme con los iguales, pero modesto.

Deferencia respetuosa con los superiores, pero independencia.

. Conviene buscar iguales y superiores intelectuales mejor que evitarlos. La modestia, la independencia y la claridad sobre la propia naturaleza se forman en contacto con ellos.

Hay que introducirse más en la vida del prójimo, relacionarse más con los jóvenes. Conocer, si es posible, los círculos literarios, antes de dejar Berlín, así como las sociedades teológicas, musicales, populares, etc., y los hombres de todo tipo.

Berlín. Domingo, 22.—He pasado la tarde en casa de los Schulz... Generosas, buenas, amantes y laboriosas alemanas, dedicadas a los trabajos de casa, fáciles de comprender, amantes de la lectura, pero dadas sobre todo al dibujo; resignadas, tolerantes, fáciles en su vida; sin orgullo, sin gran inteligencia, pero de buen sentido, buen corazón, francas y cordiales. Sin la distinción de las inglesas, ni el ingenio de las francesas, ni al ardor italiano, ni el carácter de las suizas, pero de espíritu sumiso, abnegadas, buenas y fieles. El teniente Hermann (hermano de Emma) resultó tener una inteligencia más desarrollada de lo que me había figurado. Tiene opiniones sanas sobre la libertad intelectual, considerada como finalidad de la vida. La conversación ha sido interesante: Des Tagebücher; acerca de las mujeres sabias, de los deberes de las mujeres, de su libertad con relación a la de los hombres; hablamos de las americanas, de las inglesas; de por qué los sabios escogen siempre mujeres limitadas («es su domingo»), de la educación de los hijos o de los pueblos en la libertad, del orgullo y de la vanidad.

Berlín. Miércoles, 6 de abril de 1846.—He pasado una jornada solemne y tranquila. Hoy fue el entierro de Rossell (de Aix-la-Chapelle), y he vivido la más profunda, la más emocionante y saludable impresión sentida en mucho tiempo... En la parroquia había un grabado: «La despedida de Romeo y Julieta». Qué contraste, o qué asombrosa asociación de ideas, o qué misteriosa alusión, quizá. Porque se decía en voz baja que Rossell había expirado en brazos de su novia. La habitación del muerto, llena de flores; su rostro

pálido y tranquilo, entre los cirios y las coronas; la inmensa, y, sin embargo, tan corta oración del predicador junto al lecho de muerte, o de triunfo: la semblanza de esta vida bella y fuerte, pura, ardiente, amante y profunda, entregada primero a la naturaleza y después a lo bello, y que por último encontró, en contacto con Neander[13], su camino en la religión, combatiendo desde entonces por elevarse desde el rango de lo carnal, y más tarde del de lo terrestre, a la esfera de lo espiritual; esta naturaleza enérgica, sincera, clara, que aspiraba al cristianismo como fin último, a la ciencia en la fe, y que murió llena de serenidad, segura de una carrera celeste y luminosa, me hizo un bien difícil de explicar. Cada palabra del discurso caía en mi corazón como agua fresca. Jamás la muerte se me pareció más transfigurada, más grande, más radiante; y el canto a la resurrección entonado con tanto énfasis y tanta esperanza religiosa; y luego el coro, al que mi débil pecho me permitió, sin embargo, unirme, por un feliz milagro. Nada, nada faltó en aquellos momentos para convertirlos en uno de los recuerdos más emocionantes y piadosos de mi memoria y de mi corazón. El cortejo a pie, favorecido por un sol interrumpido de vez en cuando por nubes sombrías, era largo. Delante del ataúd, magníficamente rematado en relieves y adornado con guirnaldas frescas, y que llevaban a hombros doce estudiantes, en relevos, marchaba la música fúnebre, cuyos amplios acentos velados y melancólicos expresaban dolorida tristeza. Alrededor del ataúd iban catorce mariscales de honor, con las bandas de duelo y el negro crespón. Detrás iba el amigo del difunto, descubierto, la espada en el costado, portador de un cojín de satín blanco de flecos sobre el que descansaba la corona del poeta y del elegido. Después, todo el acompañamiento, a pie, encabezado por el rector. Y por último, una fila de dieciocho

coches, que iban vacíos para volver llenos. En la fosa hubo bendición del pastor, discurso emocionadísimo de un amigo, sentimientos por la pérdida de un alma tan distinguida, lluvia de flores sobre la caja, y nuevo coro con acompañamiento de instrumentos de cobre. Incluso la naturaleza parecía acompañarnos en la fiesta; dulce y tranquila la atmósfera, con un sol de primavera iluminando la tumba. Morir así me pareció facilísimo y bellísimo. No era la muerte; era un despertar, una aurora, una primavera. Una magnifica melodía, un canto de estudiantes que cerró…, yo diría la fiesta, mientras unas manos piadosas arrojaban los primeros puñados de tierra, añadió una última nota de juvenil ternura, de entusiasmo, de esperanza y de poesía, que embellecía más aún la fe, o al menos me la mostraba bajo su más arrebatadora imagen. Nuevamente doy gracias a Dios por habernos permitido, a mí y a otros, esta bellísima y bendita mañana. Gracias a estos momentos he visto, puro y sin nubes, el verdadero fin; y se me ha renovado la energía, gracias al contacto con todas las ideas grandes y nobles. Ojalá no lo olvide nunca.

Ojalá esta jornada me venga a la memoria cada vez que, con el corazón abatido o cansado el espíritu, pierda de vista mi camino. Celestial distribución ésta, que permite que la muerte de uno beneficie la vida de otro; ojalá podamos aprovechar este fruto divino. ¡Ser bienaventurado, al que tan poco he conocido, y que ya te has liberado de los enigmas y las dudas que me cercan, protégeme también si te es posible, desde la esfera en que ahora vives suspendido; ayúdame, si puedes! Me hacen gran falta los pocos espíritus hermanos que he encontrado…, demasiado tarde. ¡Pobre *lèbre*[14]!. Vosotros, los que llegasteis —más felices que yo, o más constantes, o más sinceros— al final y pudisteis morir en

paz, guardadme en vuestra memoria, y ayudadme, dadme ánimos. Que yo aprenda también a morir.

Esta tarde he terminado un libro que me ha hecho mucho bien, a la vez que me ha causado placer: *La casa*, de Frédérika Bremer. Es la sencilla historia de una honrada familia burguesa de Suecia. Lo que me hizo bien fue la naturalidad de toda esa existencia. Durante la lectura, he vivido en compañía de una docena de vidas, desde su infancia hasta su fin, y he recibido una gran lección. Ayer, después de la primera mitad, experimenté una gran necesidad religiosa, esa misma sed sin tregua que ya he sentido otras veces, y busqué en vano en mi memoria un lazo que le correspondiese, que me aportase amor, contemplación, pasión, dedicación, profundidad, fe, lo que le falta a *Fausto* y antaño me producía tanto malestar respecto a él. Imagino que la mística me prestaría algo en este sentido; lo intentaré. Santa Teresa debía estar en esta línea. Hoy, tras la segunda mitad, he sentido claramente el vacío cotidiano en el que me muevo, la real pobreza de mi existencia y la riqueza de la vida. ¡La vida! Pero hasta ahora ha pasado por encima de mi cabeza. No he tenido infancia, y ahora no tengo juventud. Aún no he comprendido la vida. Es necesario que ahonde esta idea. Es la más rica, la más urgente para mí de todas cuantas existen. Pensar que he gastado veinticuatro años, quizá los mejores de mi vida, y que no he vivido, resulta espantoso. Vivir es obrar. He sentido, he pensado, pero perezosamente, sin orden, sin voluntad. He acumulado poca experiencia, y no he utilizado ninguna. Se puede obrar sobre y para los otros, pero en primer lugar hay que hacerlo sobre y para uno mismo; yo no he obrado, pues no he querido con constancia, con perseverancia, con claridad. Vivir es ser útil. ¿A quién o para qué he sido yo útil? Vivir es reconocer el lugar de cada uno,

fijarse un fin, trabajar en una tarea. Yo no hice nada de esto. Vivir es asociarse con la plenitud de sentimientos, de esfuerzos, de esperanzas, de trabajos de todo cuanto nos rodea. Vivir es hacer bien, vivir es amar y querer.

¿Qué has amado tú? «Wenige und wenig».

¿Qué has querido? Nada más que una negación: la independencia, la ausencia de freno, la divagación; nada positivo.

Vivir es orar, amar y querer.

El otro día encontré la forma de la vida (idea, belleza, amor), y hoy he hallado su fondo: la acción. Vivir no es concebir lo que hay que hacer, sino hacerlo; no es entrever, sino realizar.

Para obrar hay que salir de la vaguedad, proponerse una meta, tener una vocación, tener ideas claras sobre uno mismo, ser sincero con las intenciones propias; y una vez convencido de lo que debe hacerse, de lo que se puede, o simplemente de lo que queremos, quererlo.

Para escribir sobre el hombre hay que haber vivido. Pero leer no es vivir. Ver, oír, observar, experimentar, amar, socorrer, sentir y querer, esto es vivir, o, por lo menos, una parte esencial de esa cosa inmensa: vivir.

De modo que, junto a idea, belleza, amor, no hay que olvidar la vida.

La vida exige acción.

La acción pide claridad, sinceridad y voluntad.

Viernes santo (Chasfreytag). 10 de abril de 1846.—Ningún acto es religioso, ni el más bueno, si no lo relacionamos con Dios. Relacionado con Dios, todo acto, incluso el más indiferente, puede convertirse en religioso.

El trabajo es un medio de ahuyentar los malos pensamientos, y también la manera de disipar los buenos. Y el corazón avisado del hombre lo sabe muy bien. Escudo contra las tentaciones del exterior, puede servir muy bien como amortiguador de las advertencias interiores. Lo mismo que los cuerpos químicos infermentables, evita la putrefacción, pero también la germinación: conserva (momifica)…

Hoy, a las once, asistí al culto, en la catedral. Toda la familia real estaba allí: el rey y cinco príncipes de Prusia en uniforme militar de gran gala, en el palco frente al púlpito; en otro palco, todas las princesas (y quizá la reina, pero mis gafas no eran bastante fuertes para permitirme reconocerla). Cuando llegó el rey, sonó una magnifica música coral con orquesta, a tres voces: bajo, tenor, soprano (cantado por un niño). Nada de mujeres. Ejecución perfecta. La música religiosa es, con mucho, la más bella. Sermón: Strauss. Sobre las siete palabras de Cristo. Calor, sinceridad patética, más que estilo oratorio o majestad. Es impresionante ver a la realeza inclinarse, a su vez, ante la palabra divina (Dios es el único que no tiene señor), escuchar a su voz, que fuera del templo está por encima de todas las voces, unida aquí y confundida con la de todos los fieles, y verlos sin más puesto que su pequeño sitio de cristianos. Esta impresión es sobre todo evidente cuando el rey desciende de su tribuna, después de haberse despojado de la espada, y va, el primero, a recibir al altar la copa en la que todos los asistentes posarán sus labios después que él. He aquí un saludable e impresionante ejemplo para el pueblo. La conducta de un rey es una alta predicación, más alta que la del pastor. Creo, por esto, que el rey se ha equivocado no levantándose para la bendición; los príncipes, a pesar del respeto, no se han atrevido a imitarlo, salvo los dos primeros, los más cercanos a él. En el altar,

bajo los órganos, elevada sobre diez escalones y colocada entre dos candelabros, reposa la *Biblia*, dominada por un crucifijo. En uno de los extremos de la mesa, Strauss daba el pan; al otro lado, Theremin y Snethlage ofrecían la copa. El oficiante decía, a su vez, pasajes de la *Biblia* mientras tendía el sagrado símbolo a los comulgantes. La liturgia, interrumpida por numerosos cánticos, es un poco larga. Pero me gusta más este culto en que el elemento expansivo, lírico, de poesía religiosa ocupa su lugar, que el nuestro, tan completamente espiritual que resulta frío e inanimado. Lutero era poeta y músico; Calvino era pensador puro. Y sus cultos se han teñido con sus respectivos coloridos.

He leído algunos capítulos de la *Teoría de la música*, de Krause. Este hombre ha racionalizado el misticismo. Es profundo como un neoplatónico y positivo como un matemático. Afirma y establece científicamente lo que otros han entrevisto como sueños, como esperanzas. Demuestra la intuición; cifra lo que otros llaman indefinible; calcula el sueño y formula algebraicamente las más incaptables vibraciones del alma. Empieza por sentirlo todo, y después penetra la razón y da el porqué. La plenitud, el equilibrio, la profunda armonía de esta vasta naturaleza penetran en el lector. En él no hay sorpresa, ni emoción, ni descubrimiento; posee y emite, está en el centro de las cosas y de las esencias, y le basta mirar lo desconocido para conocerlo. Es una naturaleza olímpica. Es el más analítico de cuantos pensadores conozco, y al mismo tiempo el más sintético. Es todo idea y todo amor. Es geómetra en la misma medida que algebrista, «anschaulich» a la vez que abstracto, hombre de Sein tanto como de Werden. Juzga el tiempo desde el centro de la eternidad; para comprender el universo se sitúa en Dios. Totalidad, armonía, profundidad, son su ley. Su pasión ha sido la música; reúne los contrarios, lo más riguroso y lo

más suave, el álgebra inflexible y las ternuras del corazón; en ella, el amor se columpia con los cantos de los números; las leyes del universo, las esencias divinas se revelan al sentimiento y al pensamiento. Krause ha recomenzado en Pitágoras. Su mundo descansa sobre el número. Su sistema es la teoría de la música del universo.

Berlín. 18 de mayo de 1846.—Revisión del mes transcurrido. En general, descontento de mí mismo, malestar. Siento cómo los días fluyen y postergo todo para el siguiente: tesis, preparación de examen, visitas (a Schelling, Trendelenbourg, Gabler, etc.). Vivo en una blanda modorra, evito las decisiones, escapo a las resoluciones, todo lo cual entreveo como necesario. A veces pienso que no vale la pena decidir, y que la vida pasa tan rápidamente que no vale la pena hacer nada. Me he dejado arrastrar a ese abismo de inconstancia en el que agoniza Chenaud, viviendo al día, sin acumular y sin centralizar. Pero ¿es posible decidir sin querer algo concreto, algo particular, es decir, sin restringirse? No, y en esto consiste mi falta. Vaguedad, independencia, posibilidad de todo, y por esto mismo realidad de nada. Esta indeterminación es mi más viejo enemigo. Tengo dos necesidades igualmente acuciantes: la de la totalidad y la del detalle. Pero como no sé conciliarlas, sacrifico constantemente lo último, y de ello se deriva un sufrimiento. No he resuelto el problema pedagógico de la armonía de los estudios. Corro de uno a otro, como el perro pastor tras los corderos dispersos; pero su marcha armónica, simultánea, orgánica se me escapa. ¿Por qué? Porque no sé cómo emplear el tiempo.

La vida está hecha de tiempo; y no saber disponer del tiempo es malgastar la vida. Yo soy mi fantasía, y de ahí mi falta de orden. Al no estar el trabajo fijado por el orden, recomienzas, haces incursiones, diversiones,

reconocimientos, escaramuzas, pero nunca una campaña ordenada. Y eres un guerrillero, pero no un general; mariposa arrastrada por el viento, distraída por las flores, y finalmente ahogada por la lluvia; pero no un águila de vuelo firme, que remonta los vientos, hiende la niebla, capea la tormenta y llega a su meta.

Encontrar el método de la vida; el arte del estudio.

¿Vale más dedicarse por entero a una cosa, agotarla, y después pasar a otra? ¿O dedicarse a la vez, asignándoles tiempos diferentes, a varias ocupaciones? El primer método se acomoda mejor con la impetuosidad, y el segundo con la perseverancia. Ahora bien, precisamente lo que me falta es perseverancia. Me gusta ver pronto el contorno y el fin de las cosas, y esto aboga por el primer procedimiento. Por otro lado, la necesidad de variedad, la necesidad de equilibrio, la memoria, exigen una simultaneidad. Hay, por tanto, que encontrar un arreglo.

Berlín, 9 de enero de 1847.—... Después de todas estas distracciones agradables me siento horriblemente vacío. Estoy descontento de mí. ¿Por qué?

1. Pereza, apatía, disipación.

2. Inconstancia. Falta de hábitos y de perseverancia.

3. Irresolución. Falta de confianza en mí, falta de energía, vaguedad en la voluntad, vaguedad en las convicciones, derrumbamiento del carácter, embotamiento del espíritu, pérdida de toda originalidad.

4. Manía de los aplazamientos.

Concentración de la voluntad y de la acción. Intensidad, unidad, de plan y de vida. Claridad de fin, simplificación de los medios, tenacidad de voluntad. Estos son los remedios. Energía, unidad, método.

Saber lo que se dice.

Querer lo que se sabe.

Claridad. Resolución. Vigor. Originalidad. Independencia. Recogimiento.

Pensar por sí mismo.

Aforismos.

Definiciones.

Diario regular.

Berlín. 12 de mayo de 1847.—La página que precede da muy buena idea también de mi estado de ánimo de hoy. El provecho de mis consejos ha sido corto.

Me ha asombrado la importancia del orden; el orden es multiplicador del espacio y del tiempo; elemento de claridad, de satisfacción, apoyo de la memoria. Alivia las preocupaciones y da libertad de acción. Es una ventaja moral.

Lo que siempre me ha detenido en mis proyectos de trabajo, en la regularidad del diario, en las lecturas, es el sentimiento de la confusión, la falta regular de encasillamiento, la organización de mi vida y de sus productos. Para terminar con esto, he construido estos días un edificio regular y sistemático para mis futuras notas sobre la vida (general, particular y personal), y sobre la ciencia (naturaleza y hombre): 35 apartados, aproximadamente. He abierto cartillas de direcciones, de bibliografías, etc., para comenzar mi vida útil, que deje una señal regular de ella misma. He clasificado mis folletos, mis carpetas, mis cartas.

Hay que soltar el lastre del pasado, y mantenerse libre y activo.

Berlín. 13 de mayo de 1847.—(Día de la ascensión). Falsedad del *Diario íntimo.* No dice toda la verdad. Refleja en mayor medida los abatimientos, los defallecimientos, las molestias y las debilidades que los momentos de felicidad, de vida elevada, de contemplación. Es confidente del sufrimiento, pero no de la felicidad, testigo de cargo, no de descargo.

Arte y método de la vida. Me ha preocupado mucho estos últimos tiempos. Es el arte más grande y el más difícil. Sin él, todo es confusión.

Saber lo que se debe: fin.

Fijar como se debe: método.

Querer lo que se conoce: principio.

El principio es la voluntad: energía, consecuencia, resolución, valor, perseverancia, pureza, sinceridad, caridad, santidad.

El fin es la vocación.

El método es el plan de vida, la serie de los fines intermedios, el empleo del tiempo, la disposición artística de la actividad propia.

Acabo de leer este diario. El 8 de abril de 1845 y el 4 de febrero de 1846 he expresado perfectamente mi meta. El fin consiste en realizar mi yo ideal, mi tipo interior. La felicidad es el criterio de la vocación. Mi felicidad seria la armonía en la idea, la belleza y el amor: filosofía, arte y religión, y su realización por la vida. En otros términos, la vida divina, la vida eterna. Serenidad en el total despliegue de mi naturaleza, en la concordancia fundamental conmigo mismo, en la comunicación con la esencia divina, en el amor por los hombres y por la creación. Ver siempre el detalle en el conjunto; dar su valor sustancial, desde lo alto de la esencia

inmutable, a cada momento de la propia evolución, a cada aspecto de su manifestación.

Cultivar cada sentido, cada fuerza, cada potencia interior y exterior. A cada cosa su lugar, su medida, su derecho. Individualidad en la totalidad (Krause).

Reconocimiento. Apreciar cada sentido, cada goce, como si fuese a perderlos mañana.

Celo. Todos los esfuerzos del espíritu te son consanguíneos, son momentos de tu propia sustancia. Profundiza en las varias filosofías, en los poetas, en todos los que han trabajado con la cabeza, con la imaginación o con el sentimiento, es asistir a tu propio drama, multiplicar tu vida, reconocer rincones o momentos inexplorables de tu evolución.

Eres consanguíneo de la naturaleza; ella es hueso de tus huesos. Estúdiala como la historia de tus abuelos, con respeto y ternura.

Tu cuerpo es el templo de la naturaleza, y del espíritu divino. Consérvalo sano; respétalo, estúdialo, concédele sus derechos.

Cada hombre es imagen de Dios, cada hombre es una forma de la humanidad, tu hermano, tu símbolo. Cada uno representa una de las posibilidades de vida que tú hubieras podido vivir. Cada hombre es una parte de tu yo, y debe interesarte tanto como tú mismo.

Estás hecho a imagen de Dios (*Génesis*), eres hijo de Dios y participas de Dios en Cristo (*Evangelio*). Por consiguiente, vives la vida universal, pues Dios está en todas partes; y debes amarlo todo, lo mismo que él lo ama todo; debes llevar a tu seno su universo con sus leyes, sus criaturas con sus destinos, su eternidad con su tiempo. La vida eterna, la

felicidad, están en la comunión universal en espíritu, en amor y en vida; ésta es la meta.

¿En qué consistiría una bella tarea, una vida bella? Establecer la vida universal, representar uno mismo su papel divino, en el pequeño lugar que se ocupa en el concierto universal, educarse uno mismo y educar a los otros, invitando a nuestros hermanos a esta cena divina de verdad, de belleza, de santidad; concebir, sentir, realizar la armonía, el equilibrio; ver en cada minuto uno de los momentos de la revelación espiritual, vivir con toda intensidad cada instante sin dejar de estar fuera y en su unidad suprema; cumplir los deberes como hermano, amigo, padre, consejero, consolador, miembro de la familia, o de una asociación espiritual, o de una patria, como hombre completo; realizar lo que hemos concebido, expresar lo que sentimos, exteriorizar lo interior; en una palabra, producir. (Goethe, Krause, Schleiermacher).

Combatir el mal por doquier, pero con mansedumbre, cual médico compasivo, y no duro: ser firme con los demás, pero no áspero, y también para con uno mismo. El mal es una enfermedad ligada a la criatura; no obligar odio, ni antipatía, ni disgusto hacia ellas. Cristo no evitaba a los leprosos, ni a los vagabundos, ni a las mujeres de mala vida. El mal es un liquen parásito, un veneno extraño que degrada y devora. Ver en el culpable y en el malo, en ti mismo, más de lo que sois, que lo que podríais ser, la naturaleza humana de la que sois portadores, incluso en sus alteraciones. Hay también una patología de las almas.

Esta meta la he reconocido con frecuencia, pero también a menudo la olvido. ¿Por qué? Porque no veía los medios de alcanzarla, y porque la inconstancia se mezclaba en todo ello. El medio es el plan de vida, el método impulsado por los

detalles. Hace un año (18 de mayo de 1846) que llegué ya a esta necesidad: encontrar el método de vida.

Falta capital: antes de obrar, buscas siempre el precepto, de manera que te retrasas y lo remites para más tarde. Es inútil encontrar la regla si no es posible seguirla, y esta posibilidad sólo viene determinada por la experiencia. Así pues, hay que comenzar por obrar activamente, por fijar lo posible y deducir después la regla. Ejemplo: quieres estudiar inglés, leer un sistema filosófico. Abre los libros, mira lo que eres capaz de hacer en un día, y calcula después el tiempo necesario. Vivir «a posteriori», y no «a priori».

Regla de vida: ir a lo más importante (distinguir y deducir lo esencial). Gracias a este principio que tú has olvidado, todo se simplifica. El fin último impone condiciones, o fines intermedios, y determina la jerarquía de los grados. Eliminar todo lo que es de segundo o tercer orden, lo mismo para los temas de estudio que para las lecturas, los deberes sociales o las relaciones a cultivar. Unidad y graduación se desprenden de esta norma.

(Sujeto). Estudio: 1.ª regla, simplificación; 2.ª regla, continuidad; 3.ª regla, independencia; 4.ª regla, reproducción.

(Objeto). 1. Determinar las posibilidades; 2. Distribuir el tiempo.

Vida: 1. Jamás inactivo. Sacar el mayor partido posible de cada momento.

2. Resolución. «¡Gedacht, gethan!» Celeridad. Cada momento se va para no volver.

Desprenderse sin pena del pasado, y poner todas las fuerzas en el presente; dedicar a cada cosa su tiempo, y después de esto, adiós.

3. Intensidad de la acción. Anstrengung. Sin ella, todo resulta pálido y vago.

4. Presencia de espíritu. Es esencial ser siempre uno mismo, independientemente de los libros, de la pluma, de las notas. «Omnia tecum porta».

5. Costumbres. Adquirir costumbres sin dejarte encadenar. Hábitos de pensamiento, de lectura, de vida.

6. Dominio de sí mismo, libertad. En general, no hacer nada sin voluntad. No dejar que ningún apetito o hábito, ni siquiera el deber, te enseñoreen: mantenerte libre frente a todos y a ti mismo (principio de la ética).

La libertad debe crearse sus leyes, pero moverse entre ellas con independencia absoluta.

Berlín. 29 de julio de 1847.—Este mes he vivido en una felicidad casi continua. Me he ocupado sobre todo de teología, he releído todo el *Nuevo Testamento*, estudié las obras de Nietzsche (*Teología fundamental, dogmática, bíblica*), he leído Gelzer (*Religion im Leben*), Hagenbach (*Encyclopadie der Theologie*), y he tenido conversaciones diarias con Prey[15], de Zurich, cuyo conocimiento me ha hecho mucho bien. La vida contemplativa, los temas eternos de la religión, el recogimiento práctico me han hecho participar en esa beatitud en que vive Prey. He tenido días de intuitiva clarividencia en los que el fin de la vida, la religión, el deber, Cristo, la vida divina se me aparecían con total transparencia; y mi amor por toda la creación era mayor. Me he sentido órgano de lo absoluto, he sentido la profunda voluptuosidad de renunciar a mí mismo, de verme sometido a una voluntad divina, de comprender y realizar momentáneamente el amor sin límite, la plena dedicación, el sacrificio del yo. Mi alma se llenó de una luminosa serenidad. Toda la felicidad consiste en querer lo que Dios quiere. Asimismo, he sentido un reconocimiento infinito por el enorme e inmenso privilegio de vivir la vida universal y

poder sumirse en los mundos del espíritu y de la naturaleza, de lo inmutable y del movimiento, de poder comprenderlo todo. He sentido que nada me era extraño de hecho, sino en posibilidad. Puedo comprender todas las actividades, todas las ciencias, todas las almas; simpatizar con todo lo grande, lo bello, lo verdadero, con todo lo divino, en una palabra. Y para colmo, tener la esperanza y la convicción de deber ampliar perpetuamente esta posesión espiritual. La seguridad de Prey en un Dios personal me ha conmovido y hecho reflexionar. Sus cualidades dominantes me han parecido ser la profundidad, energía, indomable espíritu de ordenación, poder de contemplación y rigor de pensamiento. Este vigor flagela mi inconstancia y me resulta saludable. En revancha, creo que no le he sido del todo inútil, en primer lugar por haberle comprendido (me han dicho que era el primero), y, además, el arrollar su fe imperturbable en sus conclusiones primeras, e impulsarlo a la consideración histórica y evolutiva de la verdad. Las cartas recibidas anteayer de tía Franchette y de Heim me han emocionado por el afecto y casi el respeto que me demuestran. Qué pronto encuentran eco los buenos sentimientos, y qué pronto he visto los frutos de mi abandono. Pero si me hace falta que me ayuden a conocer mi valor relativo, o mejor aún, si puedo ser útil a los demás, debo sin embargo saber lo que valen las apreciaciones de los amigos. Creo que sólo a Heim le conté toda mi felicidad. Se ha convertido en mi confidente. Moralmente, es digno de ello en todos los sentidos. Lo que siento es que adolezca de cierta falta de carácter y que sus conocimientos no sean muchos, porque de otro modo su amistad darla mayores frutos. Pero es simpático, sensible, generoso, sincero, atento, puro: es una noble naturaleza de mujer. Le falta espontaneidad, elasticidad, claridad, productividad y fuerza. Sería el polo

opuesto a Prey en cuanto a inteligencia, con una semejanza notable moral y religiosa.

Berlín. 16 de diciembre de 1847.—¡Pobre diario íntimo! Estás esperando hace siete meses, y sólo ahora, en diciembre, se produce la primera aplicación de una resolución tomada en el mes de mayo. O mejor, ¡pobre de mí! «No soy libre», pues no tengo fuerza para ejecutar mi voluntad. Acabo de releer mis notas de este año. Todo ha estado visto, previsto, me he dicho las cosas más bonitas, he entrevisto las perspectivas más seductoras, y hoy he vuelto a caer, he olvidado. Lo que me falta no es la inteligencia, sino el carácter. Cuando le hablo a mi juez interior, ve muy claro y habla con propiedad. Me adivino, pero no me hago obedecer. E incluso en este momento me doy cuenta que encuentro placer en descubrir mis faltas y sus motivos, sin que por ello me haga más fuerte contra ellos.

No soy libre. ¿Y acaso no debiera serlo más que el resto de la gente? No tengo ninguna traba exterior, gozo de todo mi cuerpo, y soy muy dueño de plantearme una meta cualquiera. Pero huyo durante semanas, durante meses enteros; cedo a los caprichos del momento, sigo la dirección de mi mirada.

Terrible pensamiento: Cada uno es artífice de su propio destino.

Los indios decían: el destino no es una palabra, sino la continuación de las acciones realizadas en otra vida. No es necesario ir tan lejos. Cada vida se labra su propio destino. ¿Por qué eres débil? Porque has cedido mil veces. Y de esta manera te has convertido en juguete de las circunstancias; eres tú quien les ha imbuido fuerza, y no ellas las que te han hecho débil.

Acabo de hacer pasar nuevamente ante los ojos de mi conciencia toda mi vida anterior: infancia, colegio, familia, adolescencia, viajes, juegos, tendencias, penas, placeres, lo bueno y lo malo. He intentado separar la parte de la naturaleza y de la libertad, y encontrar en el niño y en el joven los rasgos del ser actual. Me he visto en relación con las cosas, con los libros, con los padres, con las hermanas, con los amigos y con los compañeros. Los males contra los que lucho vienen de muy antiguo. Es una larga historia que tendré que escribir algún día.

Si el antagonismo es la condición del progreso, yo he nacido para hacer progresos.

¿Por qué no eres libre? Porque no estás de acuerdo contigo mismo, porque te ruborizas de ti mismo, porque sucumbes ante tus curiosidades, ante tus deseos. Lo que más te cuesta es renunciar a tu curiosidad.

Has nacido para ser libre, para realizar valerosa y plenamente tu idea. Sabes que en eso consiste la paz. Equilibrio, armonía: saber, amar, querer; idea, belleza, amor; vivir la voluntad de Dios, la vida eterna: estar en paz contigo mismo, con el destino; sabes perfectamente, has reconocido y sentido muchas veces que en esto consiste tu deber, tu naturaleza, tu vocación, tu felicidad. Pero, por debajo de tu deber general, no has precisado lo suficiente tu vocación especial, o, mejor, no has creído seriamente en el resultado al que habías llegado; te has distraído. Renunciar a la distracción, concentrarte en tu voluntad, en un pensamiento; esto es lo que te cuesta tanto.

Hay muchos otros aspectos que no van bien. No llevas equilibradamente tu vida interior, pues tu voluntad está en constante sufrimiento. Careces de resolución, de perseverancia, de rapidez.

Vida interior: *Inteligencia*: desorden, falta de conclusión, falta de crítica. *Voluntad*: inconstancia, aplazamiento, subordinación constante de lo menos importante a lo más urgente. *Productividad*: aplanada, sin reacción; terminar, dar forma.

Vida de relación: Tampoco está en condiciones normales. Falta de expansionamiento de corazón: falta de confianza, hermanas, parientes, amigos no correspondidos. *Sociabilidad*: te vas haciendo salvaje, por celos de los jóvenes; pereza, desdén, indecisión respecto a los ancianos; cada vez te resulta más difícil vivir con los hombres; atención a esto: no sabes ni hacerte amar, ni hacerte obedecer, ni hacerte considerar; eres envarado, torpe, sin presencia de espíritu, sin deseo de agradar; tu voz es cavernosa, forzada tu sonrisa; te sientes incómodo y provocas incomodidad.

Expresar, realizar, acabar, producir: preocúpate de este pensamiento. Es el arte. Busca su forma en cada cosa. Procura que tu pensamiento vaya hacia su conclusión, que tu palabra exprese tu pensamiento; termina tus frases, tus gestos; tus lecturas. Los medios pensamientos, las medias frases y los conocimientos a medias son cosas muy tristes. Esto quiere decir que hay que precisar, circunscribir, agotar, o bien renunciar a la curiosidad. Orden, energía, perseverancia, es lo que vengo pidiendo.

El escollo para tu vida interior es la disipación. Te pierdes de vista, junto con tus planes, y fijas tu interés en lo que no corre prisa. Y ceder a esta clase de pereza es dar nuevas fuerzas al tentador; es pecar contra tu libertad, es encadenarte para el mañana. La fuerza física sólo se adquiere con ejercicios graduados, continuos y enérgicos.

Graduación, energía y continuidad son también las condiciones de la vida intelectual y moral.

Graduación (método de Descartes): simplificación; simple ante lo compuesto; cumplir las condiciones antes de querer el resultado.

Energía: Intensiva: seguir una idea hasta el final, aceptando toda la serie de consecuencias, y también sus fórmulas. Extensiva: completo, terminar, agotar. Continuidad: alternar, pero volviendo con regularidad.

¿De dónde viene este singular defecto de tirar siempre por el lado más largo, de preferir lo menos importante a lo más importante, de ir siempre a lo menos urgente; este celo por lo accesorio, este horror a la línea recta? ¿De dónde viene este placer de empezar, entre varias cartas que leer, por la menos interesante; de preferir la visita menos necesaria; de elegir, entre varios estudios, aquel precisamente más fuera del camino natural; de hacer siempre la menos urgente de las compras? ¿Acaso se trata de la tendencia a comer primero el plato peor? ¿Un refinamiento del gusto?

¿O será quizá el deseo de lo completo, la prisa por aprovechar la ocasión que puede escapar, dado que lo necesario debe venir siempre? Extraño celo.

¿O una manera de eludir el deber, ingeniosa astucia para aplazar lo importante y lo que de ordinario resulta más penoso: astucia del yo indócil y perezoso?

¿O se trata de irresolución, falta de coraje, remisión del esfuerzo a otro momento? Las dos últimas explicaciones, que vienen a ser una misma, me parecen las verdaderas. «Tiempo ganado, todo ganado», dicen los diplomáticos. Y el corazón, diplomático sutil, hace lo mismo. No rechaza, sino que aplaza solamente. El aplazamiento, si no procede de una

resolución, es una derrota de la voluntad. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Enemigos de la voluntad: 1. *En la resolución*: Indecisión: volver cien veces sobre las mismas consideraciones; pesar, sopesar; decisión. Turbación: perder la cabeza; presencia de espíritu. Timidez: retroceder ante una solución reconocida como buena y necesaria; coraje.

2. *En la ejecución*: Aplazamiento: remitir. Pereza: hacer mal. Disipación: olvidar. Inconstancia: cambiar. Resistencia: rechazar.

Considerando todo esto, el tribunal decide: 1. Como garantía, escribir todas las noches algunas palabras en el diario, y repasar el domingo toda la semana; y los primeros domingos de mes volver sobre todo el mes, y a fin de año sobre el año. 2. Conclusiones positivas: especificar lo que debo hacer aquí, con el tiempo y los medios establecidos. Sobre esto volveremos.

Berlín. 31 de diciembre de 1847. Necesito cariño. Aparentar ser un amigo y no serlo en la realidad es algo que ofende mi franqueza. La ausencia de seriedad me repugna, decididamente. Aún no sé vivir con los hombres, sobre todo con mis contemporáneos. ¿Por qué? Porque eres despótico. Tienes celos de tus iguales. No, no es eso, sino que sólo admites la superioridad de los que amas.

Necesitas amar para no estar celoso. Y, sin embargo, la justicia debe estar por encima del amor. Darías gustoso todo al agradecido, pero no ayudas a subir al que nada te pide. Tienes que hacer justicia a los demás. La manera de conseguirlo es pensar siempre que cada uno es superior a ti en algo, y reconocerle esta ventaja, de buen grado, disipándote, cediéndole su terreno. Interésate verdaderamente en los otros; éste es el único medio de

inspirarle interés. Sin altanería, sin tirantez, sin orgullo. Agárrate a lo bueno de cada uno, y no a su lado débil. Intenta procurar placer, felicidad a los otros; haz las cosas para que se encuentren a gusto en tu presencia; la amabilidad es un reflejo del amor.

Sé justo. Es decir, respeta la individualidad de cada uno; respeta sus opiniones, sus ideas; escucha con interés, consulta, no te impongas.

Sé bueno. Procura hacer el bien, imponer claridad, interesar, aliviar, ayudar, etc.

Sé flexible. No pidas a nadie lo que no tiene. Acepta a cada uno como es; no busques amistad en quien sólo tiene espíritu, ni espíritu en los que sólo tienen conocimientos. Aprende a doblegarte ante los caracteres. Esto es saber vivir. Resígnate y flexibilízate. La flexibilidad, que procede de la bondad, y no de la astucia, no es un defecto, sino una cualidad.

Sé sincero. Lo eres un poco en exclusividad. No sabes disimular una contrariedad. Pero sé sincero en tus maneras, es decir, simple. Sé, en lugar de parecer. Intenta no parecer más tonto o más burlón de lo que eres. Comedimiento, naturalidad y conveniencia son cualidades importantísimas; sobre todo conveniencia, pero la verdadera, la que está fundada en las verdaderas relaciones de las cosas. Conveniencia en el estilo, en el lenguaje, eh las acciones, es la proporcionalidad constante con los lugares, los tiempos, la edad, el sexo, las circunstancias, etc. Es la expresión de la verdadero, el tacto de lo justo.

Berlín. 15 de marzo de 1848.—A quince dé marzo, ya. ¿Qué has hecho en dos meses y medio? Como siempre, los has vivido al día, remitiendo constantemente todos tus problemas para el día siguiente. Sin embargo he hecho dos

trabajitos: uno para el *Semeur* (en enero), una crítica literaria sobre Fournel[16]; y el otro para la *Biblioteca universal* (en febrero), sobre Berlín, «Primer esbozo Berlinés». En el primer trabajo quedaron determinadas las ideas sobre la poesía francesa, el estilo, la rítmica, las poesías populares, la balada, etc. En el otro, tu espíritu se ha definido, y formado tu opinión, sobre Berlín como capital, desde el punto de vista científico, moral y religioso. No ha sido, pues, tiempo perdido. Has leído, además, el *Infierno* y el *Purgatorio*, de Dante; los dos *Faustos*, de Goethe; la *Psiché*, de Carus. Pero todo esto ha sido algo provisional. Te has dispersado. Los grandes acontecimientos políticos, la tercera revolución de Francia y sus repercusiones en toda Europa, te han consumido este mes tres o cuatro horas diarias, entre lecturas, conversaciones, visitas a las asambleas peticionarias (a los Zelter y a la universidad). Parte de la última semana la has malgastado por culpa de una jaqueca horrible. Tiempo perdido, también, en consultas con París y Ginebra sobre la conveniencia de reanudar la idea del doctorado. Nuevamente has concedido importancia a lo accesorio, con el consiguiente aplazamiento de lo esencial. Cada vez resulta más evidente tu incapacidad práctica, tu falta de inteligencia para los intereses positivos. Te hace falta, necesariamente, estudiar economía política, comercio y finanzas. Las cuestiones capitales del momento son precisamente las relacionadas con esta esfera.

¿Qué quieres hacer?

Hay que terminar con la vida de estudiante y hacerse un hombre.

Hay que terminar con Alemania y crearte un lugar, un punto de apoyo.

Hay que acabar con la vida de receptividad exclusiva, y producir. Concluir y realizar, es decir producir y especializarse: esto corre prisa. Pronto harás veintisiete años. Tu juventud, tu fuerza debe servir para algo. Si no quieres que tu vida se evapore inútilmente, necesitas concentrarte sin tardanza. Debes imponerte una obra. ¡Una obra! Éste debe ser tu pensamiento de cada día. Trabaja mientras dura la claridad; eres responsable del talento que te ha sido confiado.

Cada uno a su tarea. Todos nosotros trabajamos en la tarea de nuestra especie, en desvelar la misión de la humanidad y realizarla. El zapatero que remienda un zapato sirve, a través de un sinnúmero de intermediarios, para ensalzar la vida de Dios en el hombre. Metamorfosis ascendente de la vida, espiritualización progresiva; he aquí nuestro deber. Ayudar al hombre a ser cada vez más divino; en su inteligencia, en su sentimiento, en su acción. Éste es el fin. ¿Cuál es la creación que tú debes elegir, entre todas las posibles? ¿Aquélla en la que puedas realizarte mejor a ti mismo? ¿Y realizarla lo mejor posible? La ciencia de la unidad, la filosofía, la filosofía de la vida.

Berlín. 31 de marzo de 1848.—Plan de educación personal: lado formal:

Soledad: lo antiguo: conservarlo. Lo nuevo: adquirir: hechos, ideas o teorías. Producir: para sí mismo, estudios; para el público, artículos.

Sociedad: diversión, amigos, relaciones. Utilidad: conocer círculos: salones, costumbres, vida social. Individuos: sabios, artistas, celebridades, corazón humano. Obrar: aprender a mantenerse en su lugar, espontaneidad, carácter, elocución.

Primera sonda, incompleta. Falta el lugar de la vida moral y religiosa. Está hecha al desgaire. Quizás el lado sustancial,

el ámbito de las diversas facultades y potencias del alma (inteligencia, sentimiento, voluntad) cae fuera de esta división. Cada una de ellas tiene que ser cultivada en la soledad y en sociedad, etc. Tendría que empezar por estratos más básicos. La pedagogía reposa sobre la salud del ser, y la salud en la armonía de las funciones.

Encontrar el organismo ideal o simultáneo de la salud física, y el organismo sucesivo de su desarrollo.

Éste es el fin de la «psicología especulativa» y de la «psicología pedagógica». Por consiguiente, la clasificación de más arriba sólo puede realizarse sobre la base de estas dos ciencias.

Berlín. 29 de abril de 1848.—He sostenido algunas conversaciones intimas con el licenciado en teología Trottet, valdense, discípulo de Vinet y de Secrétan, y me ha leído un trabajo de teología filosófica acerca del estado actual del problema cristiano; yo lo he informado sobre mis dos artículos, el de Fournel y el de Berlín, y he pasado unas horas agradables y provechosas. Desde la partida de Frey no había podido abrir un poco mi corazón y hablar de cosas serias con nadie. La opinión del señor Trottet sobre mi estilo me ha sido útil. Separación de la iglesia y del estado, refundición de la teología, muerte del catolicismo, metamorfosis del protestantismo; proceso de insensibilidad de la nacionalidad ginebrina; originalidad especial de la literatura francesa y la verdad nacional de su desarrollo (paradoja de Trottet); fundación de una literatura francesa no parisina (éste es el punto de partida de mi tesis de marzo de 1849) con más colores individualistas, y en particular de una literatura suiza-saboyana cuya base nacional estaría formada por Ginebra, Vaud, Neuchatel y Saboya, dando en su interior cabida a polaridades diversas, a atracciones y

complementos varios, pero con un parentesco nada despreciable (mi tesis) que los Maistre, Benjamin Constant, Rousseau, Töpffer, Sismondi, *madame* de Saussure, la escuela ginebrina y los valdenses Vinet, Olivier, Secrétan representan ya de hecho, asociando de este modo la exactitud sólida, la ciencia de observación y de experiencia (Ginebra), con la especulación y la poesía (Lausanne), la gracia y la sensibilidad (Saboya), las ciencias naturales y exactas (Neuchatel, Reugemont, Agassiz, los mecanicistas), las artes (paisaje y pintura, grabado, etc.), y una naturaleza magnífica. Éstos han sido los principales temas de nuestras conversaciones. También nos ha preocupado la búsqueda de una posición social para Trottet, en sustitución del perdido puesto en casa del ex ministro de Bodelschwing.

Ayer oí *Norma*, en la clausura de la temporada de teatro italiano. Tardini, la Fodor y la Dugliotti estuvieron perfectamente de voz. El órgano de Fodor es de una pureza, de una exactitud cristalina y de una potencia de acero. Ella teje y borda y acaricia el sonido, con la vivacidad de un colibrí. Es una deliciosa voluptuosidad oírla en esas pirámides de encajes sonoros, ligeros como una pluma y sólidos cual hilos de oro. Ha encarnado muy bien la rival y la amante, mejor que la madre, y sobre todo que la sacerdotisa. Su talento, por supuesto, es admirable, pero puede ganar aún en poesía. La grandeza, lo sublime, la idea están aún delante de ella, más que dentro.

Correspondencia desagradable con la redacción de la *Biblioteca universal*. Se han permitido «retocarme» y quitar de mi trabajo sobre Berlín la *Teoría de las capitales*, precisamente lo más original, y me piden mi consentimiento cuando ya no hay remedio, pues a mi negativa responden diciendo que la Impresión está ya terminada. Pero el artículo ha esperado un mes, o sea que la excusa es, pues, una

derrota. Y la respuesta del señor Adert tiene toda la apariencia de acusarme de ingratitud.

En cuanto a mi tesis y a mi doctorado, parecen haberse olvidado. Vivo al día. Mi habitación puede ser alquilada cada semana. Tengo dinero y pasaporte (molestias por ambos lados, en Leipzig cerca del cónsul suizo, y aquí con el banquero Mendelssohn). Mis maletas están listas hace un mes. Los días pasan en una despreocupación absoluta.

Salud. Hace cinco semanas que estoy nuevamente muy inquieto por mi pecho. He consultado al doctor de Abauzit, señor Lauer. Una vez que me hubo auscultado, me aseguró que los pulmones no estaban todavía afectados, que se trataba del viejo mal, irritabilidad de la mucosa bronquial, que había vuelto, a pesar del calor, a causa probablemente de la llegada de la primavera (los pasos de los equinoccios, y los solsticios favorables a las revoluciones psicológicas), como en noviembre pasado. Me ha recetado unos remedios medicinales. Para este verano me aconsejó leche caliente y aire puro. Lo cual equivale a desaconsejar Berlín. Por esta razón tengo un pie en alto, dispuesto a partir, y deseando quedar. Ahora que me encuentro bien, las ganas de partir aumentan proporcionalmente a la mejoría. Los catálogos de lena, Erlangen, Leipzig, Halle, que he hojeado, no me atraen en lo que concierne a las universidades. Y no mucho más Gottinga, Bonn o Marbourg. Sobre todo en este momento en que los destinos de Alemania se están debatiendo en los grandes centros.

Berlín. 5 de mayo de 1848.—Ayer, 4, fue una jornada dulce y penosa. De nuevo ha vuelto a visitarme la melancolía primaveral, como no recuerdo desde hace mucho, tiempo. He sentido cómo despertaban dentro de mí necesidades adormecidas, la necesidad de afecto, de felicidad. Me he visto

helado como un viejo, sin esperanza, sin deseo, sin ardor. Mi vida se me apareció vacía, sin color. Leer, cargar la memoria, existencia languideciente, egoísta, solitaria, inútil. Vacío, hastío, egoísmo, aislamiento, debilidad, todos estos fantasmas se han aparecido dentro de mí.

Las ocasiones de este sufrimiento son varias: pero se resumen en el contacto con la poesía. La poesía consuela, y al mismo tiempo resulta desoladora. Ayer pasé la tarde en la pensión Lambrecht: baile, juegos inocentes (mal llamados así) de prendas con desprendimientos de besos. ¡Que el diablo los lleve! Por un momento de placer os inoculan veinte de tristeza. Por la mañana, paseo por el parque con dos tomos de poesía valdense (Olivier y Monneron) bajo el brazo. Encuentro con mis dos compatriotas señoritas V. y W. Lectura del poema de los Alpes. Tiempo espléndido y fresco.

¡Jugad, jugad, muchachas;
jugad con el amor!

Estos versos de Blanvalet son singularmente ciertos, y ciertos para los dos sexos. Gracias al cielo, no estoy enamorado, y ya esas vagas aspiraciones que al contacto con la juventud, con la poesía y con la primavera suscitan bastan para turbarme y entristecerme.

La causa secreta de este sufrimiento es que me falta un polo, un amor sustancial y constante, un fin desinteresado y grandioso para mi vida. Un gran amor es la única defensa contra todos estos diferentes ataques al corazón por parte del sol, los pájaros, las muchachas, los poemas y las canciones. ¿Y qué amas tú? Las frías sombras de la inercia, de la atonía, del egoísmo rodean tu alma. No te has entregado, dedicado a ningún pensamiento único y grande; revoloteas, picoteas y permaneces roto, sin amor. Amor a la ciencia, a la patria, a una mujer, a la belleza, a Dios; nada ni

nadie te posee por entero. Tu vida es insípida, y pálida porque no pertenece a idea ninguna. La felicidad seria de la vida consiste en la dedicación a un gran amor.

Tú ya has sentido la paz que esta idea o este acto destilan: dejar de ser uno mismo para ser en Dios; absorber la libertad en la necesidad; reconocer la propia misión y vivirla: vivir la vida eterna, ser todo en todos, llevar todo el tiempo a la propia eternidad de su ser; querer lo que Dios quiere, ser un hombre libre, puro, liberado; pertenecerse para darse, dominar los instintos, las malas inclinaciones, y llevar en el corazón el brillo constante de la luz, el fuego siempre vivo. Todas estas formas son sinónimas y se reemplazan.

Santidad, amor, libertad, paz del corazón, serenidad, vida divina: ¡oh ángeles protectores, ideas tutelares del alma! ¿Por qué os olvidamos con tanta frecuencia, tanto tiempo? Siento mi corazón frío, enturbiado. Mi voluntad está infinitamente por debajo de mi conocimiento…

Gratitud: nuevamente me encuentro con tiempo libre. Hay que aprovecharlo para madurar mis convicciones, mis hábitos científicos, a fin de poder aplicar en seguida toda la intensidad de mi voluntad sobre la acción. Hábitos de pensamiento, de trabajo; proyectos de trabajos, principios. Planteo resuelto de todas las cuestiones para probarme por las respuestas. Acumular fuerzas antes que llegue el momento de gastarlas. Precisar, centralizar, organizar: construir, producir: he aquí lo que corre prisa.

Deber. El deber es lo que da sabor a la vida. Buscar tu deber, cumplir tu deber y tus deberes. El deber es la necesidad voluntaria, el título de nobleza del hombre.

Pobres hijos, ¡qué amargo dolor!

Los santos deberes cumplidos no apaciguan.

Deberes para con tus hermanas, tu familia, tu ciudad, tu patria, para con Suiza, para el mundo entero; deberes también respecto al arte, la ciencia, la religión, todas las esferas morales, en su universalidad y en su individualización para ti. La vida es bastante rica, si tú no la empobreces con tu culpa. Siento cómo se borran estos pequeños dolores que me asediaban. Sé generoso, activo, trabajador, interesado, profundo, y ese vacío del que te quejas dejará de existir. Contempla cómo la naturaleza renace y celebra la vida, cómo busca cada ser su ley, cómo se extiende la felicidad, cómo la sociedad camina en busca de nuevas organizaciones; sal de ese abatimiento enfermizo y culpable. Cada hora de abatimiento (decía Chen) es un robo que le haces a tu misión, una deserción. Si da contigo en el suelo, que sea como Anteo, para allí hallar una nueva energía. Has recibido mucho, facultades educables, independencia, buena posición, ocios; has podido aprender a conocer los hombres, los países, las ciencias. Todos estos dones son un préstamo. Tienes, pues, una gran deuda. Hay que rendir cuentas de tu talento. Olvidas excesivamente que no has sido creado para ti, que no eres irresponsable; que, por el contrario, deberás dar cuenta de tus ocios, de tus conocimientos, de tus aptitudes, de tu edad, de tus experiencias. Debes hacer aprovecharse a tus hermanos de lo que a ti te han dado. Debes y puedes ser útil. Pero ¿a quién y cómo?

¿A quién? A todos con los que la providencia te pone en contacto, desde el círculo más pequeño hasta el más grande; tu mundo está trazado por las circunstancias mismas. Tu libertad no se pierde en el vacío. El pobre con el que te cruzas, el afligido al que conoces, el espíritu joven al que puedes ayudar a entender, todos a los que puedes hacer uno u otro servicio, agradar o salvar de una desgracia o un error;

el compatriota que te busca, la familia que te llama, el país que necesita de todos sus hijos, aun sin parecerlo, todos ésos tienen derecho sobre ti. Dondequiera que puedas ser útil, debes serlo; y para ayudarte a elegir, utiliza esta norma: debes obrar allí o en aquello en que puedas ser de más utilidad.

¿Cómo? De todas las maneras. Con dinero, consejos, escribiendo, hablando, gestionando. Si deseas hacer bien, no te faltarán ocasiones. Pero, sobre todo, por medio de tu carrera. Enseña y practica. Persiguiendo la verdad con ansia y fuerza, haciéndote soldado del bien. Recogiéndote en la conciencia, siendo todo lo que puedes ser. Encontrando la paz y enseñando la manera de encontrarla. Intentando fortalecer a las nuevas generaciones iniciándolas en la verdadera poesía, en la verdadera piedad, en la verdadera libertad, en la verdadera ciencia. Encontrar la misión de Ginebra y revelársela; introduciendo en nuestro país la filosofía, la literatura, la crítica, creando un estilo; dar a conocer Alemania: crear un criterio elevado y sólido de las nacionalidades que nos rodean. Justificar las actuales conquistas sociales; pero mostrar su insuficiencia. Combatir, apoyado en una metafísica, una lógica y una psicología serias, todas las teorías falsas y frívolas. Tomar parte en la reconstrucción contemporánea de la religión y de la sociedad, de la ciencia y de la literatura. Filosofía, en una palabra: filosofía del pensamiento, del arte, de la naturaleza, de la religión, de la historia, del lenguaje. Filosofía de la vida: esto es lo que debes aportar. Y es el trabajo de toda una existencia.

1. Lo que ahora debes hacer es plantar los cimientos. Ya has reunido suficiente número de hechos; hay que concluir, pararse, construir. La historia de la filosofía debe conducirte

a un principio, a un método, a una metafísica, a una lógica, a una psicología, a una moral, etc.

2. Lenguaje. Hay que estudiar la gramática indogermánica (Bopp y Grimm). Repasar las lenguas clásicas y estudiar inglés y sueco.

3. Arte. Estética. Teoría de lo bello y de las bellas artes. Historia de las artes.

4. Literatura. Historia literaria griega, latina, alemana, inglesa, italiana, francesa, etc.

5. Ciencias exactas.

6. Ciencias naturales.

7. Ciencias morales.

8. Ciencias sociales.

9. Historia general. Historia de Francia, de Inglaterra, etcétera. Y, sobre todo, historia de la cultura, de las ciencias y de las costumbres, del bienestar, de las modas, etc…

Buscar sin descanso la unidad de la historia y la historia de la unidad; o bien, en la evolución el principio y el principio en su evolución, es decir, unir la realidad y la idealidad, la convergencia y la divergencia, la simplificación y la ramificación; relacionar la planta con su germen, y el germen con la planta; en una palabra, mostrar científicamente la identidad de la identidad y de la diferencia.

Para poner una meta concreta a tu actividad, debes reanudar el proyecto de doctorado, incubado y abandonado desde hace semestres y años.

Una vez doctor, es decir, provisto de un título, podrás hacerte conocer: 1.º, por uno de los concursos de París o de Berlín, etc., en el mundo científico; 2.º, en Ginebra, dando un curso libre.

Una vez trazada una carrera, hay que buscar una forma de sustento. Queda por hacer: Viajes (España, Oriente, Inglaterra); matrimonio, si llega el caso de que te apeteciera y encuentras con quién; producción anual; enseñanza.

Oración y trabajo te defenderán contra las tentaciones.

Deber y amor, contra el vacío y la inconstancia.

Coraje y serenidad, contra las inquietudes y reveses del presente.

Paz y poco: recogerse en la soledad. La sombra y Dios: y expandirse en la acción; intensidad-extensividad.

Darse y reanudarse es rehacer la historia del mundo y de la vida.

Conveniencia de reservarte una vida interior, la vida de gabinete, para el caso probable de que tu acción se vea Impedida o aplazada. Para la opinión nos gastamos en seguida, de forma que conviene crearse una existencia menos expuesta a la evaporación. Las metamorfosis se continúan en la meditación y el estudio. Conservar toda la vida la facultad de metamorfosis, de crecimiento, de perfeccionamiento.

El medio de hacerlo es el estudio. Cualesquiera que sean tus ocupaciones, deberás buscar un número de horas para dedicar al estudio serio: el estudio es la fuente de Juvencio.

Berlín. 13 de mayo de 1848:—Sábado, once de la noche. Vengo del parque, misterioso y simbólico, dulce claro de luna. Encrucijada simbólica: con la voces y los cantos a lo lejos; el rocío resbala de hoja: en hoja: ¿No es como esa tristeza que se oye crepitar y gemir incluso en las almas felices? Toda la vida sentimental ha hecho girar su rueda ante mí. Amor, piedad, esperanza, emoción, rezo, resignación, poesía, etc., especie de lengua materna olvidada y que, sin embargo, nos hace temblar cuando sus notas

suenan en nuestro oído o afloran a los labios. Me he visto en mi soledad, sin amor, sin un fin enérgico y…[17] de vida, azotado por cualquier viento, infeliz y sin hacer feliz a nadie. Mi vida transcurre amontonando uno sobre otro los sistemas y las cosas contradictorias. Todo esto cohabita. ¿Es que no tengo energía para sintetizarlo? ¿Para resumir mis contradicciones sobre todas las cosas? Sentimiento de vacío y de derroche. Vivo superficialmente; enorme dispersión; los periódicos y la política me aplanan con su exceso de consumo.

Proudhon (*Filosofía de la miseria*). ¡Libro soberbio! Lo más bello que he leído desdé hace tiempo. Lleno de ciencia alemana, tanto en lo que se refiere a lógica como a metafísica y a teología. ¡Qué dialéctico! El libro me reconcilia con el espíritu francés científico. Y me inspira una simpatía y una admiración sinceras: Intentaré hacer una crítica de su metafísica, de su dialéctica, dé la teología, la economía y la filología que contiene. Me ha hecho mucho bien, en correspondencia directa a una necesidad que yace en mi interior. ¡Qué nitidez mordaz e intrépida; qué audacia, qué lección de inexorable consecuencia! Y cómo me humilla, cómo me siento confundido, pesado, débil de espíritu y de carácter junto a un hombre de acero como Proudhon. ¿Qué son pues el alma, Dios, el deber, la felicidad? Abstráete, y saca las conclusiones.

Berlín. 31 de mayo de 1848.—… He experimentado un doloroso vacío. La necesidad de amor se alza y conspira contra mi reposo. Nunca había pensado seriamente en el matrimonio y hace varios días que este pensamiento me persigue. Empiezo a ser impresionable en la misma medida que antes me resultaba imposible dejarme impresionar por nada. Vigílate. Corres el riesgo de ser sorprendido de

improviso. En este estado, estás completamente desprovisto de tu penetración, de tu facultad de apreciar sin vicio.

Para cubrir tus flancos, conviene ir hasta el fondo de las cosas, ejercitar la crítica, afinar tus impresiones y captar él lado débil e imperfecto de las cosas. Protegerte con el atrevimiento.

Clasificar tus ideas sobre la materia: Psicología femenina; el matrimonio en general; el matrimonio para ti: posibilidades (financiera, moral, física, social), probabilidad personal: ¿Qué te haría falta? ¿Existen posibilidades de encontrarlo? ¿No es un obstáculo la movilidad de fu carácter? Conviene considerar tu ausencia de posición, el estado precario de cualquier posición por adquirir. Y después, dando por supuesto el feliz resultado del matrimonio, ¿no corres el riesgo de ser apagado, absorbido, neutralizado completamente por esa felicidad familiar? Ante todo y sobre todo, hay que situarse en el punto de vista real y verdadero. No partir del amor por uno mismo, del bienestar personal, sino considerarlo desde el punto de vista del propio destino. Un matrimonio que no te ayudase a hacerte mejor, a ser más útil, más concreto, más tenaz; que no lograse en primer lugar la felicidad de tu compañera, y después la de todos, no sería bueno. Para evitar desilusiones, sería bueno ir eliminando en lo posible tus motivos, analizar y sondear tu corazón, despojarlo de todo egoísmo y llenarlo de divino amor, de serenidad. Buscar, a través de todos los espejismos engañosos, de todos los aspectos pasajeros, el alma misma de las mujeres. Situación social, edad, origen, maneras, tratos, son simples criterios provisionales destinados a circunscribir las investigaciones. Dijo san Pablo que el hombre no está en el señor sin la mujer. Los colores complementarios se necesitan. El matrimonio es una necesidad semejante. Las almas están hechas en parejas, dijo

el poeta. La esperanza de correspondencia perfecta, de complemento adecuado es buena para la poesía. En la vida, lo único que importa es la correspondencia fundamental; en ella, como punto de apoyo, la unidad de desarrollo se conquista sin dificultad.

El matrimonio debe ser una educación mutua e infinita.

Para esto tiene que existir una verdadera atracción. Y para ser posible una verdadera atracción es necesario que el amor dominante y la proyección central sean las mismas. La inclinación superficial es un mal y un peligro. El punto capital consiste en la proyección de la voluntad. El grado de inteligencia de esta voluntad poco importa siempre que aspire a la verdad y al bien con desinterés.

De modo que tu primera requisitoria deberá ser la aspiración al infinito. Cualquier mujer ebria de su ambiente o de sí misma no te interesa ni te conviene. Lo que necesitas es:

1. Una mujer religiosa.

2. Pero de una religión educable, susceptible de metamorfosis ascendentes, no reducida a unas pocas formas; definitiva en su dirección, indefinida en sus transformaciones.

3. De educabilidad no exclusiva. Amante de la eternidad y del tiempo, capaz de amar el bien y lo bello, la religión y el arte, enamorada de la vida, percibiendo lo divino en los detalles mínimos, inclinada a lo verdadero tras conocer los errores; capaz de disfrutar el pensamiento y el arte, la naturaleza, la sociedad, el campo y la ciudad, la actividad y el reposo.

4. Profunda y serena como un lago en el cual se reflejan la creación y las estrellas, como el firmamento que envuelve la vida universal con su reposo inmutable. Pero no una

cenobita. Deberá ver el ideal a través de lo real, a Dios en el mundo, y no solamente fuera del mundo. No una soñolienta contemplativa.

5. Armónica, equilibrada. Deberá reunir naturalmente los contrarios, y poseer por sentimiento lo que la ciencia persigue, la certeza de la unidad. Lo mismo da que haya entrado en la vida divina a impulso de la piedad, de la poesía, de la música o del sufrimiento. Grave y alegre, tranquila y movible, profunda e infantil, pura e indulgente, valerosa y dulce, fuerte y tierna.

Alma profunda (religiosa); alma armónica (serena); alma educable: creo que éstas son las condiciones de una atracción verdadera y fundamental.

Pero estas tres cualidades deberán presentarse bajo su aspecto femenino, de sentimiento, de intuición, de ternura. La independencia, el orgullo, todo el lado masculino del amor a uno mismo no le convienen. El proceso de mi educación ha de ser exclusivamente por amor. Tendrá que aliviar mis celos, ayudar mi firmeza, animarme a una ambición legitima, ser mi consejera secreta. Mi carácter desafiante ha quedado siempre desarmado ante un poco de afecto. La pasión ardiente y pasajera, el egoísmo a dúo me da miedo. No me conviene una mujer vampiro. La pasión ciega no me atrae. Quiero un amor poderoso, pero clarividente, consciente de su valor y, por consiguiente, de su duración; no la erupción de un volcán, sino la límpida e inmortal irradiación de una estrella. La seducción de que sería objeto me haría sufrir si careciese de luz. Más que de seducción se tratará de sinceridad. El amor no debe ser una farsa por ninguna de las dos partes.

Partiendo de la idea de complementaridad, me haría falta:

1. Salud sólida, sobre todo, pecho robusto, sentido poco ardiente.

2. Variedad rubia, flexibilidad, gracia, ternura, delicadeza. Rubia ceniza, colorido suave.

3. Carácter resuelto, sentimiento, espíritu administrativo y positivo; vivacidad.

4. Educación artística y conocimientos prácticos. Elegancia innata, sin vanidad. Modales delicados.

5. Ocho o diez años más joven que tú.

6. Posición social, fortuna. Éstas sólo ofrecen posibilidades de educación y de mérito personal. No casarte, desde luego, antes de haber estabilizado tu posición. Una mujer no puede transformarse tanto; y además te clasifica. Evidentemente, tú nunca serias más que un sabio, un hombre de estudio, y aunque llegases a ministro de la república francesa, tu carácter primitivo seguiría siendo el mismo. Sin embargo, tu elección deberá hacerse entre la clase media, acomodada y no rica.

¿Y por qué no ser elegido? Como Río[18], Naville, Lamartine, Balzac, etc.

7. Nacionalidad. Has conocido mujeres de muchos países: Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Francia, Italia, Grecia, Rusia, Alemania, Suiza. ¿Qué te conviene? Conviene excluir a las católicas griegas y romanas, *a)* Las inglesas me atraen mucho, han andado mucho camino moralmente y se han sacudido sus numerosos prejuicios, *b)* Lo mejor sería una protestante con sangre católica en las venas, una muchacha del norte, sueca, inglesa (o incluso alemana), pero nacida de madre española, italiana o griega; todo lo septentrional posible; modosa, rubia, con el elemento generoso, plástico artístico, coloreado del sur, un ópalo con reflejos de fuego de la tonalidad soñadora de una perla, *c*) A falta de esto, una

protestante del sur de Francia, o de los valles valdenses, podría acercarse a este equilibrio, *d)* Y si no, una suiza, ginebrina o valdense, entre las dos regiones, podría ofrecer idéntico balance. Una valdense no exclusivamente poética, con el elemento ginebrino por correctivo, ofrece muchas posibilidades a su favor. Tú has conocido las cuatro clases de ejemplos. No hay, pues, razón para no encontrar una. La ventaja de una elección en las dos clases intermedias es social; serías más libre, así, de montar o cambiar de residencia. La ventaja de una elección en la última clase es, por el contrario, doméstica; te crea una nueva familia y te enraíza en un suelo determinado. La inclinación aconseja el primero, y el buen sentido el segundo partido.

Pero no puedes pensar en el matrimonio antes de tener un porvenir asegurado contra cualquier revés de fortuna, antes de poder garantizar el pan de cada día incluso en la hipótesis de perder tu pequeño patrimonio, para ti y para los tuyos. ¿Estás en condiciones? No.

Aparta pues esta idea de la cabeza, pero al mismo tiempo no dejes de observar, ni de frecuentar las sociedades, para estudiar a las mujeres, para aprender a penetrarlas. Estas relaciones son buenas y provechosas desde muchos aspectos, siempre que el comercio de los hombres, que forma el carácter, la energía, la resolución, sea mantenido al mismo tiempo.

Berlín. 9 de junio de 1848.—Final bastante estúpido de novela. Ayer hice un desagradable descubrimiento. Las institutrices tienen unos sentimientos terribles. Parece que la señorita X… ha cometido la tontería de mirarme con buenos ojos. Esto me ha dado lástima, y ganas me entraron, para evitarle mayor pena, de cometer alguna descortesía poco perdonable. Pero ahora está enferma, y hay que aplazar lo

que sea. Me he portado con ella servicialmente, pero de la manera menos graciosa y seductora posible, incluso brusco y duro, para evitar las posibilidades de este inconveniente, y por lo demás, con excepción de su buen corazón, el resto de su persona me choca. Es una lección. Con las personas sentimentales y de poco espíritu hay que ser circunspecto y sobrio incluso en las manifestaciones de cortesía, puesto que puede ser interpretada de manera tan singular. Una frase medio vista involuntariamente en una carta de ella que me había encargado de remitir a Ginebra me abrió los ojos; y una serie de insignificancias adquirieron entonces un sentido desgraciadamente equivocado. ¡Vaya lata! No tengo valor para ser brusco en los negocios afectivos, ni la suficiente destreza táctica; y no es posible emplear la franqueza, pues mi conocimiento del asunto se debe a un azar indiscreto; la frialdad indiferente sería un mal medio, dado que ella no ha prevenido el inconveniente; emplear directamente el procedimiento de los celos es cruel, y además yo no sé mentir. Intentemos una retirada completa, sin más visitas ni cartas: de negocios. No creo haber dejado suponer un inexistente deseo de llegar a la intimidad donde no había más que reconocimiento y cortesía. Pero puesto que me asignan un papel nuevo, habrá que retirarse.

Berlín. 10 de junio de 1848.—Esta mañana di un largo paseo por el parque, hacía tiempo olvidado. Su frescura, los pájaros, el cielo puro, la soledad acribillada de sonidos lejanos y de rayos tímidos me han afectado. Me sentía ligero, alegre. Dios es bueno y yo un favorecido por la vida. Sin embargo, me persigue constantemente un reproche secreto: soy vanidoso y cobarde; me complazco en mí mismo y retrocedo ante mi deber, ante el doctorado. ¿Por qué? También por amor propio. La prueba demuestra el valor, y tú no te atreves a probar tu debilidad y tu ignorancia.

Vanidad y cobardía son dos formas del egoísmo. Adáptate a lo que debes y puedes ser, y serás humilde.

Berlín. 12 de junio.—Me levanté muy tarde. Recibí un gran montón de cartas de Ginebra (de mis hermanas, Guillermet, Julia y Adert). El segundo artículo sobre Berlín gustó mucho y me han felicitado por mi pretendida enmienda. Laura se vuelve cada día más altanera, temible y solitaria. En su carta intenta ganarme con la idea de una alianza entre nosotros dos. Su afecto es sobre todo imaginativo; pero todavía parece que es por mí por quien siente mayor interés. La perspectiva y la ausencia, el prestigio de la poesía, la esperanza de la seducción me permiten esta ventaja, que quizá se desvanecerá al primer contacto, con ocasión de la primera severidad positiva.

Berlín. Viernes, 16 de junio.—Esta tarde leí (en la *Zeit Halle*) los dos inmensos capítulos del «Crédito» y de la «Propiedad», en Proudhon *(Contradicciones económicas).* ¡Qué maravilloso talento de elucidación, de fórmula, de crítica y de dialéctica! ¡Qué energía indomable! Sin embargo, hoy he encontrado algunos fallos: como únicos métodos, enuncia el silogismo, la inducción, la antinomia y la serie (la suya); ahora bien, ésta aún no es necesaria, y por consiguiente no es válido el método dialéctico que avanza por sí mismo. La propiedad hace el número siete u ocho de los términos económicos, cosa que no concuerda con la realidad, en la que es de primer orden. Proudhon maneja el sarcasmo de una manera aplastante. Es la ciencia apasionada. «Llama a cada cosa con su nombre más enérgico», tal cual ha prometido. Apartándose por completo de los términos cuya insuficiencia le resulta clara, trabaja a continuación con un entusiasmo extraordinario en pro y en contra. Es la pasión subyugada y a las órdenes de la razón. Hacía tiempo que no lela nada que me cautivase, me diese

nuevas luces, me asombrase incluso tanto como este libro. Hace tiempo que dije que Proudhon está llamado a jugar uno de los primeros papeles en la república. Ahora es representante de París.

Berlín. Lunes, 19 de junio.—Visita al profesor Michelet[19]. Había varias personas extrañas, y algunos parientes, entre otros el viejo pastor Schumacher, de Prusia occidental. Cuanto más frecuento estos espíritus huecos, fanáticos, declamadores, más antipáticos me resultan; es la imprevisión y la impotencia práctica mismas. Siempre toman las palabras por las cosas. Este doctrinarismo me resulta repulsivo. Nunca he visto con tanta exactitud la diferencia entre un filósofo y un político, el uno con sus fáciles postulados, el otro con sus exigencias. Creen poder prescindir de la originalidad, la espontaneidad, la creación; del genio, en una palabra. Las generalidades, vagas, abstractas, absolutas, me resultan odiosas cuando encubren la ignorancia de los detalles. La filosofía que no está saturada de hechos y de ciencia positiva es una vejiga. El señor Michelet me impacienta lo mismo que Trottet; dan la impresión de no tener nada que aprender, y saben poquísimo. ¡Con qué inmenso desdén trataría Proudhon a estos parlanchines, convencidos, sinceros, pero vacíos!

Hoy he terminado Proudhon. Su capítulo sobre la población contiene una psicología deliciosa del amor y de la felicidad. ¡A qué distancia está de esos socialistas que sólo conocen el hombre sensual y egoísta! Las condiciones de un escrito filosófico han de ser: rigor, solidez, precisión, crítica, totalidad, profundidad, sustancialidad.

Berlín. Viernes, 23 de junio.—Esta mañana he recibido los cinco primeros números de la *Biblioteca universal* (enero-mayo, 1848). Los he leído con hastío y una falta de ganas

inesperados. Casi todos están llenos de vaciedad, tibieza, pesadez, término medio entre moral y literatura, lentitud, torpeza; en una palabra, todos los atributos que provocan el bostezo. Faltan artículos de fondo, y las noticias literarias son de una vulgaridad increíble. ¡Qué desencanto! Revista para tenderos, honesta, moral, atenuada, filistea hasta la médula, de insípida oposición al movimiento actual, sin llegar al corazón de nada, sin fuerza y sin sustancia, carente de profundidad. La impaciencia gana al lector. ¡Qué falta de vida, de energía, de entusiasmo, de profundidad; qué pobreza de sangre! Me acordé de la cruda polémica de Schelling y de Hegel contra los honestos moderados, los pesados filisteos de la crítica.

Lo que les falta es, en cuestión de estilo, precisión, mordiente, elegancia. El estilo suizo, salvo en los maestros, es pastoso, vulgar, inexacto, confuso. Y después, sobre todo, el arte de caracterizar es oscuro y débil, no tiene trazos vigorosos e incisivos, ni pintoresquismo, ni gracia, ni atractivo. Su único mérito es la razonable sencillez, la honestidad burguesa, o sea, la falta de talento.

Y lo que es peor, poco pensamiento. Nada que pueda considerarse filosófico, amplio, profundo, nada arriesgado. Siempre el nivel raso sin posibles calda ni bruscos ascensos. La base religiosa y filosófica sobre la que descansan estos juicios carece de valor; «aurea mediocritas». El ingenio ginebrino tiene algo de reacio y de apagado, de frío y desafiante que me atrae. Naturalmente, me explico que los hombres más atrevidos y cultos hayan quedado al margen (André Cherbuliez, A. Pictet, Secrétan, etc.). Una categoría de honestos pero estrechos conservadores han invadido la plaza (M. Adert, Turrettini, Colladon, Sayous, Roget, Joël Cherbuliez). ¿Qué hacer? Presentarles batalla con sus propias armas, reformar la B. U. orgánicamente, por si

misma. Queréis la moderación, la imparcialidad: muy bien, yo también; queréis juzgar los movimientos de Alemania, Francia, Inglaterra: yo también; defender la causa del espiritualismo, de la civilización: yo también; continuar una tradición honorable: muy bien.

Pero creo que realizáis de muy mala manera vuestro deseo. Vuestra moderación resulta vulgaridad; vuestra crítica, verborrea sin valor; vuestra defensa, un escudo de papel y una espada de paja; vuestra continuación, una degeneración, porque se trata de un combate nuevo en el que no habéis renovado el ornamento. Precisamente, para realizar lo que pedís, debéis dejar sitio a las nuevas ideas, a una ciencia más enérgica, a un partido menos vejestorio que la edición borrosa del conservadurismo decrépito. ¡Id, y que Dios os bendiga! Pero para intentar esa renovación, esperad a poder hacer algo mejor, ya sea por vosotros mismos, ya mediante aliados.

Hasta que llegue ese momento, predicar y protestar con él ejemplo. Sustituir el boletín literario malo por uno bueno; los insípidos artículos de fondo por otros más sustanciales. Conquistar el derecho de atacar y de desaprobar haciendo al mismo tiempo algo positivo. Apoyarte en Sayous, Roget, Naville, Hornung. En las polémicas, combatir científicamente, es decir, con razones, y sólo contra las opiniones.

Es más bello y más agradable convertir que aplastar.

Mi artículo, en concreto, ha sido sensiblemente modificado:

1. Por numerosos errores tipográficos, unas palabras por otras, subrayados ingenuos, apartes eliminados: divisiones (V. VI) arbitrarias.

2. Por los cortes operados en las ideas, mientras que la excesiva estadística no ha sufrido la menor disminución.

3. Por adiciones y enmiendas atenuadoras del contenido, destinadas a hacer trivial, vago, evasivo, un término o el sentido. Han eliminado el estilo de carta, lo cual justificaba la negligencia; y la fecha, que fijaba el valor de las consideraciones; y la introducción, que explicaba la brevedad aforística del estilo; el método. El título quedó reducido a algo muy vago («Berlín antes de los últimos acontecimientos»), incomprensible ya a fin de año: ¿qué acontecimientos? Y, además, añadieron una introducción infantil de cuatro líneas.

4. Cambio total de la finalidad del artículo: yo habla querido dar una fisiología general y comparada de las capitales, y aplicarla a Berlín. Han suprimido todo lo que tendía a generalizar el estudio, es decir, lo mejor de mi pensamiento, la idea nueva. Por lo demás, el artículo no me ha gustado. Hay demasiada estadística, y su estilo es demasiado seco y recuerda los anuarios. Prosa Sin fluidez, entrecortada, penosa, y sobre todo monótona. Casi todas las frases están escritas con idéntica pauta, rígidas como barrotes. Tres defectos a evitar en el futuro han de ser, pues, la aridez, la estadística, el penoso entrecortamiento de los frases y la fatigante monotonía de la sucesión. He pretendido contentar a la vez a los que piden pensamientos y a los que piden hechos concretos. Ser más instructivo que literario, más sólido y riguroso que agradable. No lo he logrado del todo. Quizá a ello haya contribuido en buena medida la falta de tiempo.

Pero aun reconociendo mis faltas y encontrando malo el artículo, no puedo aceptar la crítica tal como me ha Sido hecha, porque esos señores no comprenden mi punto de

vista, y el suyo me parece estrecho, vacilante, arbitrario; y mucho menos puedo aceptar las tachaduras o las modificaciones hechas con una idea completamente distinta a la mía. Quizás yo trabajo plomo, aceptado, pero las enmiendas de cobre sobre mi material son una blasfemia. Por Dios, no limpiarme, no revestirme, no suavizarme. Al querer hacerme agradable, me hacéis infantil. Abajo los restauradores torpes.

Berlín. Domingo, 25. *de junio de 1848.*—Como mejor se aprende a conocerse es leyendo la correspondencia de hombres que alcanzaron la celebridad, por comparación, restricción o contraste. Las cartas de Benjamin Constant, de Schiller y Fitche, de G. de Humboldt me han interesado enormemente, y he sacado buen provecho de ellas. Con la extrema facilidad que poseo para comprender las más divergentes personalidades, con todo lo que estos estudios me interesan, verdaderamente es un error que dedique tan poco tiempo a la lectura.

No aprovechas tus posibilidades.

Esta mañana, releyendo el mes de junio del *Laienbrevier*, me topé con una serie de sensaciones, de resoluciones anteriores (vida eterna, serenidad, valor divino de cada individuo, de cada instante, lecciones profundas de la naturaleza, ser uno mismo, ser libre, amar y adorar, etc.). He vuelto a hallar arrebatos, alegrías olvidadas. En suma, no encuentro nada nuevo; casi siempre reencuentro (reminiscencia platónica).

El estudio de tu estilo (*Biblioteca universal*, mayo de 1848) me demuestra que: te falta encadenamiento, abandono, fluidez. Es rígido, quebrado. Se trasluce la propia conciencia personal, el esfuerzo empleado en retener los sueños, el orden forzado, más que voluntario. En fin, la tensión

científica gesticulante, en lugar de la plenitud grave, o del abandono límpido.

Tu ingenio no es fácil, ni abundante, ni pegadizo, ni divertido. Pero puede derivar hacia la austera energía, o al brillo, a la precisión tajante, a la profundidad, a la riqueza, al rigor. Siempre te resultará más fácil el estilo trabajado, difícil, que el sencillo. Pero puedes dedicarte a cultivar al mismo tiempo el estilo literario y el científico. Salvo los géneros graciosos, alegres y amables, puedes intentarlo todo. La objetividad, de la que tanta necesidad sientes, te ayudará a librarte de todo manierismo. Trata la especulación como tal especulación, el relato, la crítica, lo característico, cada objeto según su naturaleza. Si te sitúas en el centro de su vida, podrás reproducirla tal cual vive (literatura), o reproducirla en sus leyes (ciencia). Vida, génesis, es el punto de partida común; el arte consiste en expresar la vida; la filosofía, en explicarla. Cada cosa en su lugar, cada objeto en su estilo; ésta debe ser tu ley directriz. Ir del centro a la periferia, o de la periferia al centro; pintar por medio de la imagen y del detalle o simplemente por medio de la idea, analizar o sintetizar, igual da, siempre que conserves abiertos todos los caminos especializando claramente la esfera y el tono.

Cada género tiene su ley, sea la didáctica, la oratoria, narrativa, etc. La condición para hacer vivir cada uno de los géneros, lo mismo que cada individualidad, y de hacerlos comprender, es asimilarte a ellos. Así resultan la poesía y la filosofía.

Como tu pensamiento necesita recorrer toda la gama de las ciencias, si quieres, si sabes ser armónico y poner tu facultad productora (talento) al nivel de tu inteligencia y tu sentimiento, tendrás que intentar de manera sucesiva

diversos géneros: biografías, crítica, historia, filosofía, viajes, etc. La musa de Béranger es la dificultad (dice Vinet). La frase es perfecta, y yo lo experimento en mí. Cuando dejo de sentir las fronteras, el límite, pierdo la confianza. El ritmo, la métrica, el proverbio, la estrofa, el límite, la dificultad me inspiran y me contienen. Anhelo la belleza, matemática, por así decirlo, necesaria, cuyo contorno esté perfectamente determinado. Amo el impulso y la fuga en el rigor (prosa de Hugo, de Proudhon, Rousseau, Lamennais, Vigny), el cálculo en el entusiasmo, la libertad en la necesidad, la conciliación de los contrarios, en una palabra.

La prosa blanda, inexacta, arrastrada, el pensamiento trivial, me resultan odiosos. La ausencia de carácter, de sabor, de originalidad, de profundidad, me produce una impaciencia sólo calmada por la aversión.

Me gusta la individualidad, la originalidad, el vigor y el rigor, la objetividad. Quiero ser un hombre, ser yo plenamente, libre de influencias, de materia neutra; quiero estar seguro de lo que hago y digo, producir de mis reservas, con la inteligencia y la posesión totales y transparentes de mis términos, de mi estilo, de mi pensamiento, de mi fin y de mis medios.

En ser hombre armónico, individual, objetivo, consciente, debe consistir tu punto de vista. Cuando pienso en lo que debiera ser, siento conmoverse algo dentro de mí. Un hombre es infinito, y la contemplación de este microcosmos carece de término de referencia. ¡Privilegio maravilloso el de la vida interior! Hombres, épocas, mundos pasan a veces por un alma contemplativa que exteriormente apenas ha vivido. ¡Qué serie infinita de apariciones he visto yo desfilar ante mí, indigno! ¿Qué no habré sido, sin haber sido y sin ser nada? Imaginemos lo que sería Goethe, alumbrando durante

setenta años, cada mañana, una nueva intuición en los abismos de su pensamiento.

El alma —ya lo he escrito— es el universo vuelto hacia dentro, de la misma manera que el universo es un alma vuelta hacia fuera. Por esto el alma nunca será más conocida que el universo. Todas las partes, sistemas, leyes del universo tienen sus correspondientes jerárquicos en el alma. Y lo que es aún más, cada individuo es el universo bajo otro formato. Cuanto más grande es el formato, más cómodo es el estudio; también la astronomía está más avanzada que la psicología. La psicología es la psicología visible. Ley de condensación indefinida; el hombre como condensación del planeta, el alma, condensación del organismo; la vida del alma, condensación perpetua de sí misma; un individuo, condensación de un pueblo. Esto solamente resulta materialismo para el dualismo, para una pobre teoría de las relaciones del espíritu y de la naturaleza. Anticipo las objeciones y las respuestas.

Cuidado; descuidas demasiado los medios de expresión, el ejercicio de los órganos del espíritu: el arte de la palabra, del estilo, de la versificación, el arte de influir sobre los otros y del bien hacer. Olvidas la práctica, la realización, y existe cierto peligro de que no puedas poner nunca de acuerdo tu fuerza con tu voluntad, equiparar tu manifestación a tu intención, tu acción a tu deseo. Es el escollo de los impotentes, la suerte de mil orgullosos. Calcula, prueba, ejercita tu fuerza. Pero temo que abuses. Y sin embargo, más que fuerza te falta energía, continuidad, confianza. Continuamente malgastas y aplazas.

Energía, continuidad, método. Hace muchísimo tiempo que vienes enunciándolo, pero nunca lo llevas a cabo. De los mil planes y horarios que has elaborado, ¿has seguido

alguna vez uno más de un día, o ni siquiera un día? Te dejas mecer por todas las corrientes, te das a cualquier lectura que se ofrezca, a las seducciones momentáneas.

Vencerse, y concentrarse son los deberes de quien quiere tener éxito y hacer algo grande…

Pero una vez que has visto y diagnosticado el mal, decretado el remedio, te paras. Eres un analista, un contemplador, pero no un hombre decidido y fuerte.

Video meliora proboque deteriora sequior. Obrar es, para ti, una inquietud, un tormento, incluso intelectualmente; es decir, llevar adelante un proyecto, limitarte, trabajar en un tema sin distracción. Avanzas bien en un sentido único, siempre que sea girando como una rueda. El horror instintivo a la línea recta, la falta de resolución y el terror a lo irreparable, a lo decisivo, son síntomas de debilidad. Todos ellos te han afligido y dominado hace mucho tiempo. Combátelos abierta y continuamente.

Conocer el propio mal es ya una curación a medias…

Berlín. Martes, 27 de junio.—Humildad. Repítete con frecuencia, y siempre esta frase: ¿qué eres en comparación a un gran hombre? ¿Y en comparación con los tontos, qué tienes que no sea heredado? Y luego piensa: ¿qué tienes propio? Aparta con el pensamiento todo, lo que has recibido, viajes, lecturas, facilidades, en una palabra, todo tu ambiente y tus circunstancias todas, lo que te ha hecho como eres desde el nacimiento hasta hoy. ¿Qué queda? Tu naturaleza, dirás tú, que ha asimilado todos estos elementos de una manera específica. ¿Pero acaso tu naturaleza no es algo dado? ¿No has nacido? ¿Dónde está, pues, tu obra personal? Puedes reclamar como tuyo el mal que hayas hecho, primera posesión auténtica.

¿Dónde comienza la libertad? No es primitiva, ni dada. Es un devenir. La libertad está contenida en la necesidad, como el globo terrestre en el cielo, como los peces en el océano. No podemos detener la vida que transcurre en nosotros, ni la sangre que late, ni el organismo que envejece, ni el juego de los pensamientos y las facultades, ni la historia que nos arrastra. Estamos inmersos en la corriente divina. Nuestra libertad intelectual consiste en dominar el cambio y el tiempo, encaminándonos a la eternidad, y nuestra libertad moral en restringir cada vez más las oscilaciones de lo posible y de lo arbitrario, a recomendar el bien y a identificar con él nuestra voluntad, es decir a vivir la vida eterna. E inmersos en Dios, nuestra grandeza consiste en comprender al hombre y en querer al hombre.

Sentimiento. Es la posesión viva de la verdad. Lo verdadero solamente concebido, formulada, pero no inmediatamente experimentado es una falsa verdad. Hay, que vivir (sensación para el mundo sensible: sentimiento para el mundo espiritual) lo que queremos comprender. Hay que incorporar lo comprendido a la posesión viva. Cada vez que discuto la filosofía comprendo mejor la necesidad de hacerlo. Las fórmulas deben dejar sobreentender una suma de experiencias, sensibles o internas; si tú o tu interlocutor sólo conocéis el signo, y discutís sobre el signo, la discusión será hueca y sin sustancia.

Sinceridad. Decir lo que piensas, y todo lo que piensas. Hay dos maneras de conversación: entrar en el sentido del prójimo, o, por el contrario, situarse polémicamente. Ambas son incompletas e insuficientes. Cuando se tiene poco tiempo y con las inteligencias poco desarrolladas conviene emplear el primero. Con los espíritus dialécticos o con aquellos a quienes queremos espolear resulta más provechosa la segunda. Pero mejor sería aún una

reconciliación: La conversación es una dialéctica en pequeña escala; y debe: 1.º, partir de la base consentida; 2.º, desarrollar las diferencias de las dos (o más opiniones); 3.º, a completarlas y concluir en una totalidad. Ante los que no te inspiran simpatía, o a los simples, debes aparecer distinto a como eres. Tú eres sincero con ellos, pero siempre mostrándoles el lado agresivo, negativo, y todo lo demás escapa a su apreciación. Y cuando se trata de cualquier tema de religión, de moral, etc., la impresión habrá de ser más desagradable. Conviene, antes de separarse, dejar entrever los límites de la discusión, y no autorizar conclusiones más allá de esos límites.

Pudor. Es siempre el indicio de la salvaguardia de un misterio. Y se explica con su contrario, la profanación. El principio del pudor es el sentimiento inconsciente de un secreto de la naturaleza o del alma, demasiado íntimamente individual para ser dado y entregado. Se intercambia. Entregar lo más profundo y lo más misterioso del ser propio a cualquier precio menor que la reciprocidad absoluta, es profanación. El derecho, la bondad, la virtud se deben y se dan a todo el mundo, y asimismo la belleza, cuando está concebida como impersonal, como del bien común. El pudor; por el contrario, se vela. La generación, este misterio de la naturaleza, es la pauta a la que se limita, en la que se realiza el pudor. Pudor de los animales, de las hembras, etc. Pudor virginal. Pudor parcial, singular es el que se refugia en un solo punto y abandona el resto. A las negras les basta un trapo. A las criollas de la isla Bambú un taparrabos. En los Alpes, el pudor comienza en la rodilla. En el *ballet* llega hasta la cintura; en el baile desciende hasta la mitad del pecho. En algunas modelos no va más allá de las caderas. En China lo prohíbe todo. En Egipto (Wattembach) muestra todo el cuerpo, pero vela la cabeza. En la estatuaria, el pudor

cubre todo el cuerpo, y Grecia ha podido tolerarlo gracias a la belleza. Idéntico principio para el pudor moral. Idéntica exclusión, idéntica necesidad de correspondencia absoluta. La mujer se abandona por completo a su marido, y sin embargo es casta, es púdica, porque se entrega al precio debido y no pierde dignidad; al precio del abandono de la otra personalidad.

Hay un pudor del bien y un pudor del mal. Este es el que el pecador siente ante Dios, ante la pureza y la inocencia. Aquél impide echar perlas a los cerdos. El pudor es el preservativo puesto por la naturaleza alrededor de lo que, siendo precioso, debe sin embargo perderse, pero perderse volviéndose a encontrar… en el amor. El pudor es un fénix que se consume en el amor, pero para renacer de la hoguera. El pudor es la esfinge que guarda los tesoros de (reservados a) el amor (verdadero), y sólo éste conoce las palabras mágicas que le pondrán en posesión del tesoro prohibido.

Pudor del alma. Temor a profanarse y a profanar. Hacerse puro, casto, santo, para entrar en relación con lo puro y divino. Existe indignidad en el hecho de hablar de Dios sin sentir a Dios en sí mismo, en hablar de santidad, de resignación, de amor, de éxtasis, de oración, de todas las relaciones orgánicas, íntimas, misteriosamente personales del hombre con Dios, del alma con las otras almas, sin estar uno mismo en ese medio. Indignidad e inutilidad. Impudor y audacia. Por lo menos hay que haber pasado por ello, sentir dentro de uno los vestigios de un estado abandonado; ser primero eso antes de rechazar ese punto de vista. La crítica, sin el sentimiento, es superficial, ociosa y penosa. *Ne sus Minervam.*

Humildad, pero con energía. El destino hace al hombre, decía yo. Pero también he reconocido que él hombre labraba

su destino. Necesidad y libertad son los dos términos de un binomio que el desarrollo en serie reproduce perpetuamente, pero con distintos exponentes. ¿Cuál es la noción superior de la que derivan? El bien. El ser a la vez necesario y libre es el ser bueno; es Dios. La cuestión es, pues, solamente saber si existe antes o después de este desarrollo, antes sólo por el concepto, después por la realidad. Cuestión de la inmanencia y de la trascendencia, del teísmo o antropoteísmo.

Ciencia y fuerza. Sólo conocemos completamente aquello que podemos reproducir. Cuando comprendemos la química, hacemos productos químicos. Sólo comprenderemos a fondo el organismo, la vida, la vegetación, cuando podamos formar organismos. La creación de las cosas es la medida de la ciencia de las cosas. Saber es reproducir con todas sus condiciones el objeto sabido, ya en la naturaleza, ya en el espíritu. Comprender el pasado, la historia de las religiones, de las artes, el estado, una civilización, es reconstruirla vitalmente en uno, revivirla espiritualmente. Por esto los juicios y las críticas de quienes están fuera de la vida del objeto que juzgan me resultan odiosos. Hablar de una estatua, de un cuadro, de un drama, de un libro, de un hombre al que no se pueda reproducir o comprender en su energía vital y principal, es una intolerable impertinencia. Y casi todos los juicios que se oyen son así: el *Boletín literario* (de Joël Cherbuliez) me viene a la memoria. «No juzgues, si no quieres ser juzgado». *Ne sutor ultra crepidam.*

Berlín. Miércoles, 28 de junio. Constanza.—La idea hace al gran pensador. Perseguir una idea, una sola idea, desarrollarla en todos los sentidos, expresar su contenido, explorar todas sus ramificaciones, en esto reside la fuerza de una cabeza, la capacidad, el genio especulativo.

Vista. La vista de genio, y el método de la ciencia, por consiguiente, consiste en ir derecho al centro de un tema, aislar la fórmula, transformarla después en todos sus equivalentes, y luego discutir su base y sus consecuencias. Formular, transformar, deducir (o bien), desprender, convertir, desarrollar. Simplificar, modificar, ramificar.

1. Formular resume el tema, lo hace claro y manejable, y claro para sí mismo.

2. Transformar lo relaciona con otras nociones, lo encadena y ayuda a la asimilación.

3. Deducir, sacando las consecuencias, mostrando la encina salida de la bellota, permite compararlo con la realidad y juzgarlo. Combinar, agrupar o aislar. Reducir o ampliar. Relacionar o excluir. Adivinación. Hipótesis. Calcular los límites del error posible.

Creo que me acerco a Herbert, que pide tantos métodos como objetos o materias (Mager). Tendré que estudiar la escuela de Herbert (psicología, moral, método, en Hartenstein).

La vista es una facultad preciosa. Ayuda a conservar el trabajo, ve con más precisión y más rápidamente que el examen. Hay que ejercitar la vista, esa lucidez penetrante y viva que capta al mismo tiempo el principio y la extensión, el fin y el medio, la noción simple y el desarrollo, que ve el germen en el árbol y el árbol en el germen, la idea en el hecho y el hecho en la idea. La vista, indispensable para los hombres de acción, el artista, el orador, el especulador, lo es asimismo para el sabio, para el inventor de todas clases. La superioridad consiste en ver con precisión, lejos y rápidamente.

Invención. Invención es lo más precioso de la vida, y la potencia más descuidada en el sistema de nuestra educación.

Ejercitar la facultad de invención debiera ser un cuidado capital, y a ti te hace gran falta. La receptividad amenaza con apagarte. Debes repetirte sin cesar que la espontaneidad, la creación, la invención es el punto culminante de la vida intelectual. Observar, combinar, descubrir por ti mismo, suponer que no puedes recibir ayuda de nadie; descubrir el uso de las cosas, su sentido, su fin; inventar en matemáticas, en estilística, en todos tus estudios. Vivir vale la pena para aportar algo nuevo. Graduar el ejercicio: inventar en las esferas inferiores antes de aventurarse a inventar en teología o en filosofía. Probar. Comprobar. Conforme, por medio de este ejercicio graduado, se adquiere fuerza, se adquiere asimismo autoridad.

Aprendizaje. No pretender lo más antes de haber realizado lo menos. Ir de los rudimentos a las partes más complicadas. Tú, ordinariamente, atacas el vértice antes que la base. Así, por ejemplo, has aprendido el alemán de arriba abajo, y dueño de las dificultades, no posees sin embargo los conocimientos simples de la gramática. Juzgas los cuadros y no conoces la técnica. Intentas hacer gramática comparada, y no sabes a fondo ninguna gramática especial; estudias el holandés, el danés, el sueco, y no sabes el inglés. Esto desemboca simplemente en conocimientos superficiales. En filosofía, pretendes comprender la metafísica antes que la psicología y la lógica. Tu aversión, y sin embargo tu defecto, es el examen superficial. Antes de ser maestro hay que saber ser alumno. Y tú no te has portado así. Hay que ser humilde, asimilar, escuchar, discutir, obedecer; has olvidado esto. Tu amor propio te ha impedido aceptar el papel de escolar aprendiz; tu presunción te ha hecho subir de tres en tres los escalones del estudio. De ahí tu vaga inquietud en cuanto se acerca una prueba; entonces sientes tus pies de barro. Como ya no sabes apenas latín y griego, y olvidadas ya las

matemáticas, la astronomía y todos los elementos, temes un fracaso completo humillante. Poco a poco te pareces más a Avizard y a Trottet, de los que interiormente te burlas. Y sin embargo hay que hacer ese esfuerzo, consolidar nuevamente la base y sufrir la prueba. En Ginebra hay que convertirse en escolar, no sólo en el lenguaje sino también en la improvisación y en las enseñanzas. «El que no obedeció no sabrá mandar».

¿Dónde está tu fuerza? Quizás en la simpatía, la penetración y la imaginación. Me parece que tu naturaleza es más literaria que científica. Y en literatura careces de profundidad, de impulso, de plenitud. Eres más bien un pensador desigual, no sistemático (Baader, Hamann), un teósofo. Necesitas la unidad y admiras la consecuencia, pero no tienes fuerza para lograrlas. Me temo que sólo dejarás fragmentos; muchos ensayos, esbozos felices, pero no obra. Eres demasiado inconstante para lograrla. Deberlas intentar hacer pequeñas obras completas, acabadas, relacionadas entre sí como *Los diálogos* de Platón. Haz mónadas, monografías, agrupadas en un sistema. Pero es difícil conocerte; en la historia de la cultura, encuentras una serie de tipos que se atraen, y de los que sin embargo te desentiendes. Dirígete a lo más espiritualizado, a lo más íntimo, a lo más profundo de todo cuanto hay para el hombre, es decir, a la conciencia, al espíritu. Encontrar el secreto del hombre, de la vida. Sondear todos los misterios me parece tu deseo. Deducir, también, el sentido de la creación desde todos los puntos de vista es tu deber de hombre. Lo expresarás como puedas, por medio de la poesía, de la literatura, del fragmento o el análisis, la síntesis, sistemáticamente o en monografías, es secundario. Tu divisa, coincidiendo con tu aspiración, deberá ser: vivir en lo divino, comprender lo divino, expresar lo divino. *Schaufühl-*

wollen im Wesen-innesein, como dice Krause. Pero ¿coincide tu tendencia con tu fuerza? Tu fuerza es la elasticidad ondulante que te hace volver al equilibrio a pesar de los cambios. Tu fuerza está en el equilibrio de las necesidades. Tu fuerza, para el prójimo, deberá consistir también en el equilibrio, en la ponderación de las facultades, en lo completo. Busca esta ponderación, no en la debilidad de cada facultad, sino en la enérgica tensión del conjunto de ellas. Tu fuerza deberá consistir en conocer al verdadero hombre, todo el hombre, en asignar a sus opiniones y tendencias diversas su lugar exacto; y por consiguiente, deberás husmear todas las clases, las edades, las nacionalidades, las individualidades. Y sin embargo, esto es menester de la filosofía. Tener conciencia de la totalidad y de su sistema interior, ser transparente a los otros y a uno mismo, clasificarlo todo para no repudiar nada o caer en la exaltación excesiva. La imparcialidad suprema. La sabiduría consciente y religiosa.

Pero quizá se trata de filosofía inmediata, no científica, en el estadio de intuición, y, por consiguiente, literaria o religiosa, pero no severa o demostrativa. Aquí volvemos a encontrarnos con tu punto débil. Sin embargo, podemos asignar un lugar al presentimiento y a la intuición, y a la demostración (Krause, Goethe). La filosofía francesa ha sido sobre todo literaria (Rousseau). Dominar la mala democracia por medio de la buena, el falso socialismo por el verdadero, encontrar la religión del siglo XXX (¿es el humanismo?) y la reforma de la teología, la política, el arte, el culto, las costumbres, la sociedad; esto sería una hermosa tarea.

Los dos extremos de la historia son abismos que atraen: el origen de los pueblos y su futuro. Ambos problemas están íntimamente ligados.

Tú has sido y eres el equilibrio en la pereza y en el desorden.

Y debes ser el equilibrio en la fuerza, el orden y la serenidad.

No tienes la presencia de ánimo, ni el carácter, ni el talento para influir sobre los hombres: te faltan todas las cualidades del hombre que triunfa e influye. Tu vida solitaria y blanda te ha enervado. Sin luchar no se hacen músculos.

Berlín. Jueves, 29 de junio.—La horrible y sangrienta batalla de París ha terminado, por fin, el 26 (despacho telegráfico). Los detalles son desgarradores. ¡Cuatro días de cañoneo encarnizado en las murallas de una ciudad! He estado angustiado. ¿Qué va a pasar con la victoria? Espero que no vayan a suponer aplastada la cuestión social, y que no alimenten nuevas tormentas con medidas reaccionarias. La prensa tiene mil veces razón en su desprecio por el formalismo, por las promesas vacías, por las discusiones constitucionales. Hace tiempo que me he librado de esa fiebre infantil que hace delirar y gastar saliva a tantas gentes en Europa. Los sarcasmos de Proudhon sientan como plomo fundido a todos esos escandalizadores del *Nacional*. La dificultad está ahora en el problema económico. Diez mil cañonazos no la hacen retroceder un solo milímetro.

Los franceses no tienen respeto al derecho.

No tienen respeto a las individualidades (personas, provincias…).

Conservan todavía demasiado instinto de centralización, de despotismo, de supremacía.

Desprecian en demasía la industria, el trabajo paciente, el comercio que produce la riqueza, la cual es la base de la fuerza de los estados modernos, de la supremacía de la paz.

Están poco hechos, poco maduros para la república.

Si no pueden resolver el problema económico, tendremos una guerra universal, aplazamiento de la barbarie por la ferocidad; o bien el giro completo de la sociedad por obra del proletariado, una noche oscura mientras no llega la aurora.

Indudablemente, está por venir una nueva sociedad. ¿Llegará por metamorfosis o por un cataclismo? Este es el problema. ¿La actual sociedad se alumbrará sola? ¿O desgarrará el embrión el seno materno? He tenido esperanzas de que el nacimiento siguiese el menos doloroso de los dos caminos. Pero ahora temo que a pesar de los progresos de la razón general, el egoísmo, aún mal convencido, haga inevitable el segundo.

Proudhon, apresúrate a salvar a la sociedad del comunismo por la destitución de la propiedad abusiva (Krause, *Derecho natural*), o de otra forma serás devorado con la ciencia y las artes en el torbellino que nos arrastrará a todos.

La victoria de los obreros no resolverá el problema.

La victoria de la sociedad puede ser su ruina; si pretende convertirla en un trofeo, la sociedad deberá emplear el tiempo ganado en disolverse regularmente, o mejor en metamorfosearse. ¿Lo hará?

Berlín. Viernes, 30 de junio.—Esta tarde oí nuevamente *Fidelio* (Mme. Koster). He comprendido las dos oberturas: la primera, la grande, significa melancolía, y la segunda, esperanza. Ambas apuntan al centro del tema, en el corazón de Leonor, pero lo toman bajo dos aspectos diferentes, conciben dos Leonores. Una dice: ¿Triunfaré? Y la otra: ¡Triunfaré! La primera, replegada en sí misma, oprimida por el destino, es visitada por tres o cuatro pensamientos inquietantes, interroga la suerte y se refugia por último en la convicción de la justicia de Dios. La segunda está alegre

desde el principio; Dios está ahí; la providencia vela por la inocencia; podemos ser probados durante un cierto tiempo; pero estamos seguros de la victoria: se deja mecer también un momento por la fantasía, pero esta fantasía es adoración, armonía de la naturaleza. La primera encierra sus evoluciones de inquietud y de esperanza fugitiva en el tono fundamental de la melancolía; la segunda encierra la melancolía dentro de la alegría. Son dos naturalezas diferentes, ambas celestiales e ideales: pero más profunda la primera.

Berlín. Sábado, 1 de julio.—He leído en la *Litteratur des Auslandes* (red. Lehmann) una crítica de mis artículos sobre Berlín antes de su revolución. Es benevolente y honorable: *Geistreiche Feder, aufmerksamer Beobachter* son los epítetos atribuidos. Se me felicita por no haber seguido el amplio itinerario *marcado* por los franceses Alex. Thomas, Nic. Martin, etc. Me encuentran muy ginebrino y felicitan a Ginebra por seguir conservando su independencia de carácter. Traducen, además, algunas páginas del artículo. Por lo demás, la crítica es superficial, y no aporta nada característico sobre el método ni sobre la concepción del tema. Sólo este punto sobre la tónica general: que es suiza-francesa. Al principio esto me ha sorprendido. En efecto, formado en Alemania, desconfiado de nuestro carácter, estilo y espíritu ginebrino, gran viajero, no pensaba ser tan ginebrino. Ahora me he habituado a esta idea, e incluso me arreglo con ella. Sí, no soy alemán, ni francés, ni italiano, ni inglés. Siento que no me basta ninguna nacionalidad. Aspiro al hombre más completo. Pero por lo que se refiere al color específico, pues sí, ¡soy suizo! Purificar y ennoblecer el espíritu ginebrino, aislar en él el tipo original, conciliarlo con la tendencia especulativa y poética de los valdenses, es una hermosa y buena tarea. Lo mejor que puedo ser ahora es

ginebrino, pero ginebrino idealizado (Rousseau, *madame* Staël). Corregir nuestra tendencia de espíritu positiva, precisa, analítica, por medio del impulso, la poesía, la idea. Evitar la aridez dogmática, la frialdad, el puritanismo. Librar nuestro estilo de su pesadez confusa, de su inexactitud filosófica, de su inelegancia. Aliar los contrarios: introducir la plenitud en el rigor, el auge en la reserva, el sabor en la austeridad, la riqueza en la simplicidad. Ser claro, vivo, flexible, elegante, sólido y brillante a la vez. Ser tú mismo, en una palabra. Puesto que eres ginebrino, liberar tu individualidad de pensamiento y de estilo, sin modificar tu condición intransferible.

Como decíamos al tratar de Trottet, el principio ginebrino parece haberse petrificado. Sólo queda de él el cultivo exterior de las ciencias exactas. Ha desaparecido una vida sustancial, soporte de una existencia nacional: el protestantismo reside ahora en todas partes. Nuestra vida ya no es profunda. Por eso los ataques del exterior la amenazan en su centro. La nacionalidad ginebrina es sobre todo negativa. Habría que insuflarle un nuevo principio de vida. En el buen sentido reacio y refractario, habría que inyectar la necesidad filosófica, el instinto de la unidad, de la vida, del entusiasmo. Ya lo intenté, de estudiante joven. Sería, pues, ser consecuente conmigo mismo. Evidentemente, es una carrera, una vocación. Pero proceder a este apostolado pedagógico, no por el humor, por el sarcasmo, sino por la persuasión y, sobre todo, por el ejemplo. Transformar, despertar, incitar y, sobre todo, mostrar. («Muestra lo que se puede hacer, haciéndolo tú mismo» A. Chenier). Producir literariamente, filosóficamente. Crearte un sistema, un estilo, una *Weltanschauung*, una originalidad, una autoridad. Es el mejor camino para convencer.

Berlín. Lunes, 3 de julio.—La carta de Henri Bordier me ha tranquilizado. Su opinión acerca de mis artículos me ha causado gran placer. Encuentra que mi solidez germánica, mi vigor filosófico, en una forma y con un aire franceses, tienen originalidad y fuerza. Apunta dos escollos: la retórica y la sutilidad. Los remedios son: contra la retórica, la simplicidad austera y contenida; contra la sutilidad, la nitidez vigorosa. Tengo que pensar en ello.

Las críticas de Trottet, de H. Bordier, del *Litteratur des Auslandes*, combinadas con mis propias reflexiones, y sobre todo con el estudio de las correspondencias de Fitche, Schiller, Humboldt, Goethe, me han aportado nueva luz sobre mí mismo. Hace diez días que veo salir poco a poco mi verdadera individualidad de entre la bruma que la rodeaba. Reconozco que tengo cierta fuerza, y tengo derecho a realizarme yo mismo. Todo me empuja en esta dirección. Lo que me haría falta es una correspondencia intima científica, tener un juez, un crítico, un consejero, un aguijón, un superior. Pero estoy solo, nadie espanta mi apatía diciéndome lo que valgo, lo que puedo, lo que debo. Chenaud habría podido hacerlo; ¿por qué no escribirá a nadie? Heim es demasiado fantástico. Trottet está demasiado encerrado en su propio mundo. H. Bodier no es bastante profundo. Ader, F. Bodier, no comprenden lo que me preocupa. ¿Por qué no consultar directamente a los señores Cherbuliez (André) y Diodati? Es lo que debes hacer.

1. Probarte a ti mismo para el ensayo.

2. Dirigirte a jueces competentes.

Escribe sobre materias de estética, de moral, de metafísica, de literatura: fórjate un pensamiento, un estilo, una fuerza. Intenta incluso la poesía. Y cuando sientas que te crecen garras y alas, vuélvete hacia los jueces y pídeles su opinión y

su parecer. La primera condición es doble: ser y ser fuerte. Todas las precauciones, direcciones, esperanzas, son máscaras. ¿Eres o no eres? En esto está la cuestión. ¿Eres independiente? ¿Puedes crear? La fuerza consigue siempre situarse: la retirada en la categoría de los genios incomprendidos es el refugio de la impotencia.

Nuestra enfermedad es la impotencia, el parloteo, el crearse una fecundidad, un centro, una personalidad rica, educable, pero enérgica, es ya un refugio en la tormenta. Nuestros vicios son, sobre todo, la superficialidad, la dispersión, la presunción.

La plaga de nuestro tiempo es el juzgar lo que no se comprende, la ignorancia de uno mismo. Nos lanzamos con furia sobre las formas vacías, sobre las condiciones exteriores de la verdadera humanidad, de la libertad, y olvidamos el fin, entretenidos con los medios.

Presunción: si cada uno supiese de lo que es capaz…

Ilusión: cuántos males evitaríamos no tomando los medios por el fin… En política, la ignorancia y la ilusión producen el vértigo. La ciencia y la purificación de la voluntad deben ser nuestras anclas de salvación.

La falta capital de los revolucionarios socialistas y otros es el tomar, en el hombre, el *sollen* por el *sein*: confundir el concepto con la vida, hypostasiar el desideratum. De esta manera, todos los hombres son iguales en el concepto, y deben llegar a idéntica bondad, a una misma felicidad, al mismo grado de cultura. Pero, de hecho, no basta decretar la igualdad para que ésta quede implantada, decretar el trabajo, la virtud, la riqueza, para que existan. Se toma la libertad de ser libre por la libertad misma. La ley no crea los hechos, sino que da fe de ellos, expresa y sanciona una relación; es la secretaria de las costumbres, más que el pedagogo que las

enseña. Sed morales, republicanos, libres, y podréis tener una república. Se quiere creer en *von aussen herein* en lugar de *van inhen heraus.*

Ocurre a la inversa que con el cristianismo. ¿Acaso es éste necesario? El antiguo cristianismo no pudo reformar nuestra sociedad egoísta. Ahora la reformamos con el derecho y los derechos. No es asunto de fraternidad, sino de justicia, habría que gritar. La fraternidad no se impone, pero la justicia si, y bien (Proudhon).

El problema está en encontrar la justicia social, el equilibrio económico. Y se renuncia a la persuasión: el egoísmo es declarado incurable por el amor, y únicamente por necesidad.

El fin ha de ser formar individuos libres, inteligentes, felices; en una palabra, hombres. La sociedad, el estado se cambian después del individuo; ahora el orden es inverso: el estado se cambia antes. Cuando todas las garantías, las libertades y las posibilidades estén constituidas, entonces habrá que ocuparse de la libertad del individuo. Antaño había que hacer el estado digno de sus miembros; ahora hay que hacer que los miembros sean dignos del estado. Es natural tal tentativa; pero el egoísmo, ¡el egoísmo va creciendo!

Conocer el mal, la libertad, la naturaleza humana, el fin de la vida; tener una moral seria y verdadera en la base de toda política y toda economía es la más reciente de las preocupaciones de los reformadores. Es la revancha contra el cristianismo; y no puedo quitarle toda la razón.

Berlín. Martes, 4 de julio.—Me empleado mi día en leer Schiller (correspondencia con Humboldt) y Goethe (correspondencia con Zelter, los tres primeros tomos, hasta 1824). Me ha asombrado la ausencia de religión en los

grandes poetas de Weimar. Schiller está falto de instrucción. Goethe es ajeno a la historia, a las luchas de su país, y todas las desgracias ocurridas entre 1800 y 1815 no le arrancan un solo lamento, ni una reflexión. Es de una aridez repelente. Se trata, incluso, de una estrechez de este gran espíritu; el egoísmo lo restringió en esta vertiente, justo castigo. Iniciado en la vida de la naturaleza, en la vida del individuo, Goethe no comprende la vida histórica, la evolución de las naciones.

¡Cuánto ha cambiado el punto de vista espiritual y cuánto se ha ampliado desde el cenáculo de Weimar! ¡Cuánto han avanzado las ciencias cosmológicas y noológicas! ¡Y, sobre todo, los pueblos! El interés se ha desplazado y extendido enormemente. Es Schiller el que mejor nos habría comprendido. Me encuentro gran semejanza moral con Humboldt, en sus aspectos débiles. Las críticas de Schiller me caen a plomo sobre la cabeza. Y sin embargo, reconozco que soy aún diferente a todos: aim tropezándome por doquier con fragmentos de mí mismo, sólo yo me parezco de verdad a mí mismo. Tengo pues una originalidad que desarrollar.

Berlín. Viernes, 7 de julio.—Ayer estuve, por la noche (de 7,30 h. a 10,30 h.) en una asamblea en la *Sebastianstrasse*, convocada por Held, con la finalidad de fundar un club exclusivamente destinado a la cuestión social, o a la reforma radical de las relaciones industriales, es decir a la extinción del proletariado. Volví bastante triste, con el espíritu sitiado por una serie de pensamientos. Elocuencia popular; inconveniencia de la libertad absoluta de palabra y de prensa para las masas; ¿cómo refutar los sofismas y los errores que abundan en estos discursos? Encuentro dos errores:

1. Mala crítica: por falsa clasificación, enumeración insuficiente (así, en la lucha de París del 23-26 de junio, solamente vieron proletarios contra burgueses, y olvidan que la guardia móvil y la mitad de los obreros estaban con los del orden). Falsa apreciación de los hechos, por mala fe o por prejuicio.

2. Falsa creencia: tienen la superstición del estado, lo convierten en un ser todopoderoso, omnisapiente; creen en la magia gubernamental; piensan que el poder lo puede todo, pero que no quiere nada.

El fondo común de estos errores está en la ignorancia de la necesidad objetiva, de las leyes de la posibilidad, sin preocuparse por las contradicciones. Creen que basta decretar con la mayoría de los votos la construcción de un edificio empezando por el tejado, o la felicidad universal, para que sean así. Creen en el triunfo del mal todo a lo largo de la historia, y no ven el mal en ellos mismos. Es el error de Louis Blanc: si vuestra sociedad está mal hecha, rehacedla. Lo mismo que si os dijeran: tienes los ojos grises, la nariz algo corta, pues rehazlos. El radicalismo cree en la omnipotencia subjetiva. Es el fitcheísmo práctico. Creo que la refutación de los discursos de Held anoche está en una frase del mismo dicha de pasada. La sala estaba llena, los pasillos llenos de voces; alguien gritaba: «No oímos, dejadnos sitio», cosa que resultaba materialmente imposible. Entonces el presidente, reclamando silencio, gritó: «No ganaréis nada con impedirnos continuar: la sala está llena, y no podemos conseguir otra. Someteos a lo inevitable (*manfuge sich dem Unvermeidliehen*)». Un oyente consecuente hubiera podido gritar: «Tanto peor. Vamos a destrozar la casa, y luego nos arreglaremos como podamos». El radicalismo decreta ministros de genio, la abolición de la pobreza, la omnisciencia de las masas, y monta en cólera si

todo esto no resulta al final del decreto, clama al cielo y a la tierra, grita traición, y no ve que en primer lugar hubiera debido votar lo posible. Es el mismo delirio insensato de los déspotas antiguos, que no querían reconocer nada fuera de sí mismos, furiosos porque la primavera traía las flores sin previa orden por su parte, o de que la montaña no obedeciese su orden de allanarse. ¿Puede votarse el paraíso sobre la tierra? Sí. ¿Se conseguirá por el hecho de votarlo? En este sentido, significará un gran avance el día que sea decretado que el triángulo tiene cuatro lados.

Se me objetará que no se trata de hacer naturaleza, sino sociedad. Verdad incompleta; es decir, error. La sociedad no es nuestra obra, sino que somos nosotros mismos. Sin duda, nos modificamos, pero no nos hacemos. Tenemos que aceptar nuestro cuerpo, nuestro clima, nuestro país, etc., todas las condiciones dadas, y trabajar sobre esta base. Hay leyes objetivas, a las cuales nuestro orgullo revoltoso puede negar obediencia voluntaria, pero que nos aplastan bajo su peso. Proudhon lo reconocía así, y es ésta la razón por la que está cien leguas por encima de los socialistas, que piensan que la historia es estúpida y su estupidez digna de ser histórica.

Es ahí adónde conduce la apoteosis del hombre (Feuerbach), y dónde se mide. El hombre se cree Dios, y no reconoce ley alguna fuera de él. La prueba es poco satisfactoria.

Conclusión: estoy perfectamente de acuerdo en que el fin de la sociedad es hacer a todos los hombres libres y felices; de acuerdo acerca del fin (que yo llevo más arriba, pues me gustaría que la vida artística, científica, religiosa estuviese abierta a todos), pero no sobre los medios. La ciencia debe ser nuestra antorcha; la ciencia del hombre y de la sociedad,

de las leyes objetivas de la naturaleza, y de nuestra especie. Guerra al egoísmo (la antigua sociedad), pero guerra también a la ignorancia (los socialistas). Ya veo que llego a la postura de Proudhon, que desea también la historia, el arte, la virtud, la filosofía, la libertad, todos los nobles intereses humanos, aunque él rechaza la religión. La consigna: justicia, y el guía: ciencia. Ya veo los errores de Proudhon; tendré que hacer una crítica; pero es el mejor libro que he leído desde hace mucho tiempo, y el autor va a ser puesto a prueba.

Guerra al egoísmo (mala fe, hipocresía, celos, odio); guerra a la ignorancia (sofisma, presunción, impotencia); hay tanto egoísmo en los pobres como en los ricos, y tanta ignorancia en los ricos como en los pobres. Esto, en cuanto al exterior.

Pero deberás empezar por ti mismo: guerra a tu egoísmo, guerra a tu ignorancia. Cuando sólo anheles el bien, cuando hayas comprendido y encontrado un remedio, obra y desaprueba. En una palabra, ejerce en igual medida la producción y la crítica, y la crítica personal y la del prójimo, la de las cosas o la de las opiniones.

Sinceridad, honestidad, vigor, coraje, claridad, calor.

Estilo. La objetividad debe variarlo. Buscar, para el género didáctico, un estilo lapidario militar: concisión, mordiente, solidez, nitidez. Ni una palabra superflua, ni vaga, sin el peso suficiente. Relieve y sobriedad metálicos, como una reja a la vez elegante, ligera e inflexible. Que todo sea breve, nítido, sonoro, flexible y firme. Dominarte tú y el tema, ser comedido, fuerte, sin pedantería, ni estrépito, ni presunción. Apuntar al corazón, no dejar ninguna posibilidad de escapatoria; agotar, con brevedad. Ser, al mismo tiempo, luminoso e incisivo, metódico y nervioso.

Berlín. Domingo, 9 de julio.—Conversaciones. Las hay de dos clases: profundas, en las que se busca ampliar el conocimiento, o se discute la propia opinión, y formales, en las que se ejercita la facultad dialéctica, justa en la que se mide la destreza.

Conversaciones: de sentimiento: 1, subjetivo: confidencias, expansionamientos, consuelos, etc.; 2, objetivo: estética, literatura, gusto, relatos. De inteligencia: 3, de fondo: cuando el espíritu quiere conquistar algo; 4, de forma: cuando el espíritu se ejercita a sí mismo (gimnasia).

La intensidad de interés y de intimidad van remontando 4, 3, 2, 1; los números 2 y 3 son fácilmente intercambiables. Pero hay muchas otras divisiones.

Intento clasificar las especies de las conversaciones. (Noción). La conversación es un cambio, un trueque espiritual operado por medio de la palabra; supone por lo menos dos personalidades, y sólo es posible conversar consigo mismo haciendo un esfuerzo de desdoblamiento; y dos personalidades iguales, pues no puede darse una conversación con un doméstico, o bien, por la misma, lo sacamos de su rango inferior. El[1] objeto del trueque es una posesión espiritual contra otra posesión espiritual. (Limitación). La conversación difiere, pues, del monólogo, del discurso, y también de la improvisación, aunque siempre sea improvisada, etc. (Especificación); las conversaciones se diferencian:

1. Por la forma: a) punto de partida: 1.°, fortuito, nacido de las circunstancias: de tiempo —generales (naturaleza, sociedad); individuales; alusiones, etc.— 2.°, premeditado, con gentes conocidas.

b) Fin que se proponen: 1.°, descanso: poner en relación personalidades completas; abandono, alegría. 2.°, ejercicio:

de palabra: talento de dicción, descripción, narración; de espíritu: esgrima o gimnasia desinteresada, tema elegido o defendido por honor; ejercicio dialéctico, crítico, para agudizar la penetración, aumentar la flexibilidad y la rapidez; es la conversación brillante, fina, estética (griego). 3.º, instrucción: persecución de un fin positivo, pretensión de aclarar o de ver con más claridad, ampliación de conocimiento, convencer o refutar seriamente.

c) Actitud: 1.º, sin conducir a nada: la mayoría de las veces, siguiendo capciosa y destruida, tomando un punto cualquiera de la cuestión, y después una tangente, y luego una tangente de la tangente; 2.º, encaminada a un fin: metódicamente, discusión en regla, allanando el terreno, definiendo sus términos (diálogo), libremente, por la dialéctica múltiple de una sociedad en acción.

2. Por el fondo: a) Objeto: 1.º, hechos positivos, a indicar, comprobar o discutir. 2.º, espíritu: inteligencia: opiniones: sobre los individuos, las cosas; convicciones: políticas, científicas; sentimiento objetivo: arte, literatura, lo bello; subjetivo: impresiones, confidencias, esperanzas; voluntad objetiva: moral, principios religiosos, morales; subjetiva: fondo del corazón, intimidad. 3.º, unión de los dos: por ejemplo, impresión de un viaje, b) Sujeto: 1.º, cantidad: número de interlocutores; conversación a dos, a tres, general. 2.0, calidad: según el sexo, la edad, la vocación, el carácter, la nacionalidad, etc.

Esto nos lleva al punto de partida, fortuito (1.º a); el fondo, aquí, da y prescribe la forma.

Nuestra conversación de ayer con Tottet era de ejercicio. A él no le gusta este género. Y sin embargo es muy provechoso. Trottet tiene una seguridad imperturbable en sus propios resultados; la discusión lo impacienta, lo irrita y

lo cansa, y a mí me da fuerzas y me descansa. Generaliza demasiado y muy aprisa; adolece de falta de realidades.

... Influencia de la mala vista. Intimida. Cuando tengo las gafas, no soy el mismo hombre. Sólo temo lo que no veo, lo desconocido. Y lo que veo no es nada, comparado con lo que me muestra mi imaginación. Cuando recupero la confianza en mí, cuando siento mi fuerza, soy ligero, elástico, penetrante. Y me noto más poderoso, sin vanidad.

Vanidad. Tienes mucha; pon atención. Un traje bien cortado, una mano o un pie pequeños, cualquier detalle exterior ejerce gran influencia en tu sentimiento interior. Purifícate de esta pequeñez. Cuida las apariencias, el exterior, pero por respeto al interior, y por conveniencia, pero avergüénzate de atribuir a esas naderías superficiales un tiempo o una importancia muy por encima de su valor real. Debes respetarte a ti mismo y a los otros en lo que concierne al arreglo personal, pero el principal aseo consiste en lavarse de tus sentimientos vulgares, de los instintos mezquinos, bajos. Imagina que tu pecho es transparente, y obra de manera que la mirada del prójimo y la de Dios puedan atravesarlo sin hacerte ruborizar.

Respeto. Seguramente has herido a Trottet y a la señora Jordan con tu falta de miramientos, tratándolos con una especie de condescendencia hiriente. Respeta, para ser respetado; o mejor, respeta, porque todos son tus iguales. El respeto es la esencia de la verdadera cortesía. Y tú no eres verdaderamente cortés, pues no concedes a los demás todo su valor, e incluso achicas o aumentas el tuyo propio. Saber ocupar su puesto en la sociedad es un deber incómodo: y también en esto, cuanto más nos olvidamos de nosotros mismos para apreciar la edad, la dignidad, el carácter, los gustos de los demás, más sociables somos. Acoger y dar, ser

uno mismo y sin embargo tener en consideración todas las personalidades, escuchar y hablar, estar dispuesto a dejarse convencer pero tener la propia convicción; en sociedad hay que ejercitar una función doble. La sociedad es un intercambio, es decir que hay que poseer (individualidad) y ceder (receptividad).

Nocturno. Volví a las once y pasé una hora, a oscuras, cantando todas clases de aires melancólicos. Me sentía con una limpidez poco corriente, y me daba la impresión de estar dentro de mi corazón, iluminado con un resplandor mortecino, como en mi habitación. Soledad, aislamiento, esperanza: es un poco como el alma en la tumba, examinando de nuevo la vida interior y murmurando en el vacío alguna melodía incomprensible. ¡Oh santo recogimiento, silencio de todo ruido exterior en la vida del alma, santuario de emoción, de espera y de ternura, cuánta felicidad me causa conocerte, aunque sólo muy raras veces te visite! Estos momentos líricos, hijos de la muerte y de la música, de la oración y del descanso, tienen un perfume suavísimo, una delicadeza fugitiva. ¿Por qué no fijarlos por medio de la poesía? Ejercita esta fuerza, y acaso vuelvas a encontrarla.

Berlín. Martes, 11 de julio.—Falta de amigos. Me doy sobre todo cuenta por las tardes, o los domingos, cuando se hace sentir la necesidad de descanso. He sido tan perezoso este año en conservar mis relaciones y en procurarme otras nuevas, que ahora me encuentro solo: habiendo interrumpido todas las visitas de cortesía, o las que hacía con gusto, o por instrucción, o amistosas, me encuentro olvidado. Mis compatriotas me aburren, y sin embargo vuelvo siempre a ellos por costumbre y por desesperación...

… Por la tarde he dado un pequeño paseo con Rivier[20], que ignora todo lo que pasa en el mundo y vive como Epiménides en su quimera teológica. Siento poco atractivo, y casi una secreta antipatía por los honestos teólogos ortodoxos. ¿Por qué? Creo que porque son incompletos: la ciencia a medias no sirve para nada. Me gustan las gentes sencillas de corazón piadoso, y los filósofos de espíritu atrevido, pero el teólogo no filósofo me inspira una especie de desdén.

Berlín. Viernes, 14.—He leído *La Ilíada* (traducción de Jacob), casi entera. Se me ha revelado bajo una luz completamente nueva: más histórica y más naturalmente verdadera que en mi recuerdo. En contacto con hombres jóvenes, se rejuvenece. ¡Hay que ver en qué grado son sencillos y verdaderos, y sobre todo religiosos! Cada uno de sus actos tiene que estar guiado, autorizado, legitimado por los dioses para tener valor y alcance. Aquellos hombres valían más que sus dioses, todos caprichosos, celosos, camorristas. Etnografía, geografía, civilización, costumbres (familia, amistades, etcétera), estado político, situación de las artes y los oficios: Weltanschauung ingenua y religiosa, hospitalidad, relaciones con las mujeres; la dinastía olímpica, respetuosa ante la noche y el destino, divirtiéndose sobre el abismo de lo desconocido. He entrevisto cómo el filósofo, el arqueólogo, el mitólogo, el filólogo, el historiador, el artista, pueden estudiar y explorar *La Ilíada*. El canto más bello es el sexto, los adioses de Héctor a Andrómaca. Me ha causado una profunda impresión. Héctor tiene la personalidad moral más rica de todo el poema. Posee la melancolía de un alma grandiosa, que conoce por anticipado el final de su patria y de sus dioses, que exigen su muerte, y no por ello deja de cumplir su deber, y anima a todo el mundo, y consuela a Andrómaca, y se compadece de Helena, y perdona a Paris;

una sensibilidad semejante, viril y resignada, es atractiva. También el fiero Aquiles, impetuoso, generoso, amigo y amante apasionado, el más bello y el más fuerte, sabe que su muerte está próxima y ofrece asimismo el interés del sufrimiento y de la resignación: pero no en el mismo grado que Héctor, que vive una vida mucho más profunda y engloba en la suya muchos destinos (virrey, capitán, aliado, hermano, cuñado, marido, hijo, padre), y que incluso sucumbe por el crimen de otro, de Paris. En Héctor no hay un solo rasgo que no sea noble y atractivo: es un héroe completo y sin mancha. Su recto entendimiento del honor le hace ceder incluso a veces en la batalla. Pero se trata de la verdad antigua; no querían desafiar la voluntad de los dioses y en todo buscaban señales.

Berlín. Domingo, 16.—La muerte. ¿Por qué retroceder ante este pensamiento? ¿Por qué sólo ves en ella un desgraciado avatar, y no un regalo divino? ¿Por qué dudas acerca de la inmortalidad del alma? ¿Quizá porque aún no has hecho nada sólido en la vida? ¿Por egoísmo? ¿Por pena? ¿Miedo? ¿Escepticismo? ¿Acaso por disposición, por sentimiento de tu fuerza?, etc. El sabio debe resignarse con calma a lo necesario y divino. Tienes que morir un día; la vida es un préstamo, y tienes que conservarla, protegerla, pero cuando una fuerza superior te la retira, pues bien, se trata de la voluntad suprema. Existes en Dios; tu vida y tu muerte existen asimismo en Dios; el medio de no morir es llevar en uno el cielo, incluso en el lecho del dolor, considerarse no en la propia particularidad, sino en el centro de la vida universal. Ponte en lo peor, imagínate la verdad de la fe panteísta, el anonadamiento de la personalidad; pues bien, también esto es divino. Has hecho repercutir y reproducido en ti muchas esferas de la existencia; en la tierra has sido un favorecido. Ni siquiera habrás sido completamente inútil,

puesto que habrás contribuido a la educación de muchas personas. Tu sitio en la tradición humana, por imperceptible que haya sido, no habrá resultado inútil. En la fe teísta ordinaria, de una inmortalidad individual y de un juicio objetivo, puesto a repasar tu vida en tu corazón, te queda el consuelo de no haber causado mal al prójimo a sabiendas; y no estás perseguido por el remordimiento de haber enseñado el mal, corrompido la infancia o la inocencia, gracias al cielo. Tu pecado ha sido, más bien, contra ti mismo y contra Dios, ¡y cómo! Y sin embargo puedes arrepentirte, enmendarte, sentirte perdonado y vivir la vida eterna. Has sucumbido a la tentación, pero no has ocultado tu falta y tus debilidades. No has combatido bastante tu egoísmo y tu orgullo. Pero el yo malo no ha ahogado al bueno. No has sido digno de las gracias que te han sido concedidas, en talento, salud, libertad, fortuna; has sido débil, perezoso, olvidadizo, egoísta; pero no has querido salvarte por tu sola fuerza, y te has dirigido a Dios, le has rogado, lo has glorificado. Nunca has tomado una decisión fundamental sin consultar tu deber, es decir la voz de Dios. Y Dios, que te ha ayudado, te seguirá ayudando.

¿Qué se haría de ti, en la fe teísta más elevada (la de Swedenborg, por ejemplo), en la que el hombre tiene que juzgarse a sí mismo, y su corazón y su voluntad le sugieren su cielo y su infierno? ¿Cuál es tu amor fundamental? ¿Por qué cosa te sacrificarías, o a qué subordinarlas todo? A la vida divina. Sólo que no has depurado bastante esta idea; estás demasiado ligado aún a las cosas perecederas, comodidades, salud, éxitos de vanidad, independencia inquieta; no te resignarías a perder un sentido, tus rentas, tu salud, una o varias facultades, sin gemir. Eres prodigiosamente vulnerable en tu cuerpo, tu alma, tus amistades, tus esperanzas, en una palabra, eres aún

demasiado mundano. Y sin embargo sólo hay una cosa necesaria; poseer a Dios. Todas las formas variables en las que se divide esta posesión, deben ser poseídas como si no se las poseyese. Los sentidos, las fuerzas del alma y del espíritu, los recursos exteriores son otros tantos escapes abiertos a la divinidad; otras tantas maneras de gustar y adorar a Dios. De ello su valor infinito, De ello su valor infinito, pero relativamente infinito. Y sin embargo hay que saber desprenderse de todo lo que podemos perder, no comprometerse de manera total más que con lo eterno y lo absoluto; y saborear el resto como un préstamo.

Tu ley, tu deber, tu felicidad, tu cielo deberán consistir en encerrar el tiempo en la eternidad, los amores parciales en el amor supremo, la variedad humana en la unidad divina; adorar, comprender, recibir, sentir, dar, obrar. Que venga lo que fuere, incluso la muerte. Ponte de acuerdo contigo mismo, no tengas nada que reprocharte, vive en presencia y en comunión con Dios, y deja que guíen tu existencia las potencias generales, contra las que nada puedes. Si la muerte te deja tiempo, tanto mejor, pero deberás dar cuenta de tus días. Y si te lleva, mejor aún, pues has vivido una vida dulce y te llevan antes de haber tenido ocasión de conocer sus amarguras. Y si te mata a medias, tanto mejor, te cierra el camino de los éxitos para abrirte los del heroísmo, de la resignación y de la grandeza moral. Toda vida tiene su grandeza, y como te es imposible salir del camino de Dios, puedes elegir voluntariamente tu morada en él…

Berlín. Jueves, 20 de julio.—He escrito a mi hermana Fanny: «Juzgar nuestra época desde la perspectiva de la historia universal, o la historia desde la de los periodos geológicos, y la geología desde el punto de vista de la astronomía, es una liberación para el pensamiento. Cuando la duración de la vida de un hombre se nos aparece tan

microscópica como la de un moscardón, y, en revancha, la vida de cualquier insecto tan infinita como la de cualquier cuerpo celeste con toda su polvareda de naciones, nos sentimos muy pequeños y, al mismo tiempo, muy grandes, y dominamos desde la altura de las esferas nuestra propia existencia y los pequeños torbellinos que agitan nuestra pequeña Europa».

Berlín. Domingo, 23 de julio.—1. Debilidad. Ayer experimenté toda mi debilidad ante la tentación. Perdí más de medio día ante un tablero de ajedrez. Comprendí todo el vacío y el encarnizamiento de la pasión, que atrae sin encantar siquiera. Vi claramente la garra de la pasión, sus colores en el juego, la degeneración, la avaricia, etc...

2. Arrebato. Un folletón de J. Janin sobre Proudhon ha venido a descubrirme mi fondo oculto de desprecio y cólera contra esos bufones ladradores que hablan de lo que no saben, que imitan la fe y la generosidad. Y puesto a analizar qué era lo que tanto me rebelaba, me encontré, a la vez, la impertinencia y la bajeza. Y sentí todo lo que tiene que sufrir un hombre de genio insultado por los eunucos de espíritu y los impotentes de inteligencia. Sentí un inmenso desdén hacia todo ese populacho folletinista, ignorante y presuntuoso. Y después me apacigüé pensando que todos los hombres son Jules Janin para Dios. Y sin embargo nos tolera y nos rodea con su inefable piedad. El gran hombre tiene que ser misericordioso. El hombre bien puede desconocer al hombre, claro, puesto que desconoce a Dios.

3. Pasión. Soy muy apasionado, pero virtualmente. Pienso que, colocado en un medio inflamable, hubiera podido llevar una existencia singular. Siento rugir dentro de mí el furor y el amor, conservados a lo largo de los años bajo las cenizas, pero nada han perdido esperando. Hasta aquí habla sentido

espanto por las mujeres meridionales: ayer mi fantasía las llamaba; estas muchachas del norte, pálidas, tibias y blandas me aburren. Y pasando a la poesía, a la energía, a la impulsividad de las españolas y de las italianas, sentía cómo recobraba mi simpatía. Bien podría tener razón Sallanikov. Una italiana, austera y ardiente, puede perfectamente compartir con su fogosidad la austeridad y la seriedad: romanas. Mi vida aislada, provisional, siempre metido en los libros, me resulta muy pobre. Me atraen los tesoros de la vida.

Berlín. Jueves, 27 de julio.—Töpffer (*pequeños aforismos*, volumen 2, 1848). Encantador y penoso a la vez. Encantador por lo que tiene. Penoso por lo que le falta. Entre lo positivo destacan un vivo sentimiento de la naturaleza y de lo bello, sobre todo en las menudencias: siente lo gracioso y lo elegíaco con una vivacidad deliciosa. Talento original, imprevisto, a veces un poco rapaz y teatral, ingenuo y astuto, sabroso y refinado, pero de trazo feliz, amable y gentil. Hay, por lo demás, dos estilo en el libro: su estilo humorístico original, y el estilo dialéctico, que resulta monótono y aburrido. En el lado negativo, como defectos, señalaremos: Mínima cantidad de realidades, salvo en las impresiones y observaciones menudas de la naturaleza visible y psicológica. Escasísimas ideas. Vive sobre un fondo singularmente pobre. Incluso en estética, le hacen falta doce años para poner en claro su teoría de que el arte es la expresión del espíritu haciendo uso de la imitación de la naturaleza. Infantilismo y prejuicios, en lo concerniente a todas las cuestiones filosóficas, religiosas, políticas, incluso literarias (tropieza siempre contra los románticos, y predica por una parte las retóricas, a la vez que rechaza maestros y reglas para la pintura, etc.). Narrador amable, contemplativo, observador minucioso y agudo, escritor picante, sensible,

alegre, delicado; carece de toda fuerza, profundidad o pensamiento, y no es en absoluto instructivo, aunque lo pretenda. Espíritu encantador, caprichoso, artista e infantil, sus obras tienen un gran interés y atractivo literarios, un perfume de sincera honestidad, de poesía fresca, de originalidad graciosa, pero carentes de envergadura, variedad y profundidad. Es un flamenco, un pintor de paisajes original, ingenioso, diestro, sensible, gruñón y bonachón. Sus ironías contra la metafísica, los filósofos, Lamartine, Victor Hugo, los alemanes, la estética, son inocentes a fuerza de estar fuera de la crítica seria. Muy en relación con la naturaleza, Tröpffer lo estaba muy poco con el mundo de las ideas, y lo mismo que niega la posibilidad de hablar de arte a quien carezca de aptitud artística, se le podría negar a él el derecho a hablar de ciencia, de filosofía, a pensar en general, dado que no es ésa su aptitud. En una palabra, no se le puede tomar en serio más que en un ámbito muy reducido, pero allí es delicioso y provechoso. Y demuestra el gran valor del sentimiento de la naturaleza y de la originalidad individual, puesto que con su escaso equipaje ha adquirido con todo derecho una celebridad. Crear un estilo es un mérito suficiente para la inmortalidad…

Diapasón. ¿Estaré viejo y por eso mi corazón no siente? ¡Oh, no! La simple visión de una muchacha agarrada del brazo de su amigo me hace vibrar. Me basta tararear cualquier aire melancólico, y las quimeras de la aspiración imprecisa, las lejanas resonancias de la felicidad, las notas del infinito se despiertan y hablan a media voz en el fondo de mi pecho. Siento pasar el soplo de la poesía, de la música, del amor, del, entusiasmo, de algo sin nombre, indefinible, más bien dulce que doloroso. ¿Cuándo, gran soñador, vas a vivir positivamente? Lo que pasa por tu lado es la sombra de

la ternura, de la gloria, de la creación interior, de tu destino. ¿Vas a dejarlo volar, sin agarrarlo con mano firme? Singular descomposición, esa tu madurez de previsión, tu vejez de preconocimiento, con una real existencia positiva tan joven. Conozco sin haber vivido. Virgen de experiencia personal, has en cambio acumulado intensa experiencia impersonal. Desafiante, negativo a ciertos aspectos, eres en realidad cándido y admirablemente engañable en muchos otros. Decididamente eres un soñador: ese corazón virgen es un tesoro, pero también un peligro (frente a los mentirosos y a las mujeres), y además una debilidad (frente a la vida y los hombres). Felizmente tienes otras salidas espirituales, y las exigencias de amistad y de amor no te persiguen con demasiada frecuencia ni con ahínco. Sufres menos, eres menos dependiente, y puedes dedicarte más a la vida objetiva, al arte, la política, la religión, la ciencia. Amar y ser amado. ¿Encontraré este maravilloso y profundo manantial? Estoy dividido entre el deseo de acercarme a las muchachas y el temor de aproximarme para no obtener más que sufrimientos. Y sin embargo, la profesión ideal del amor infinito (conyugal de Swedenborg), debe servir también de talismán contra las afecciones del amor pasajero. Y sin embargo desconfío de mi fuerza, y a causa de ella.

Berlín. Domingo, 30 de julio.—Siento llegar con terror el momento de volver. ¿De dónde procede este alejamiento instintivo? Presiento decepciones de todas clases, y no sé con quién simpatizaré. No puedo pensar en nuestra sociedad sin que inmediatamente se apodere de mí el temor a la vulgaridad, a la estrechez de costumbres de las ciudades pequeñas, a los cuchicheos, a la insoportable manía de criticar. Me aterran y me molestan por anticipado toda esta marea de prejuicios y de mezquinería, los enojos de las relaciones inevitables y que no beneficiarán ni a mi espíritu,

ni a mi gusto, ni a mi corazón. Las institutrices ginebrinas conocidas aquí me han inspirado una extrema repugnancia por nuestro acento, nuestras trivialidades de forma, de conversación, de puntos de vista. Nuestra iglesia, nuestra teología y nuestra filosofía me hacen el efecto de un árido desierto. Apenas veo otra cosa que nuestros físicos, nuestros químicos y nuestros artistas que puedan servirme de punto de apoyo.

Para mantenerte en contacto con los grandes intereses, con la vida en general: frecuentar poca gente y elegir bien. Producir literatura, estética, filosofía, viaje, características, religión, ciencia y arte, en una palabra, estudiar inglés y sánscrito. En resumen, crearte un santuario como medio de preservarte de toda esa atmósfera desagradable, un santuario-laboratorio.

No propagar tu secreto; hacerte conocer solamente por los efectos, como la naturaleza, y como el arte. Probar tu fuerza y no discutirla.

En cuanto a las gentes, pedir poco, respetar las individualidades, ser sobrio de palabras y sobre todo no discutir. Reservar tu fuerza para la acción. Para con la sociedad, buscarte un círculo de relaciones convenientes, conocer los salones ginebrinos, las mujeres cultas.

Modestia. Reserva. Prudencia. Claridad. Firmeza. Todo esto tiene importancia. Caer bien, empezar bien es esencial. Sin aturdimientos, ni arrebatos, ni desdén; estudiar el terreno antes de violentar las ideas o las gentes. Ser conciliador, y no intransigente y gruñón. En el fondo, en lugar de desdeñar, de rechazar, de ceder a la irritabilidad, procura e intenta hacer el bien. Todo individuo es superior a ti en algo; descubre sobre todo ese algo.

Todo individuo puede llegar a ser lo que tú eres: y si vuestras situaciones resultasen invertidas, tú te encontrarías siendo lo que él es.

La superioridad es un préstamo y un deber, no un privilegio.

A esa presunción de incompetencia que sobre todo te irrita, hay que saber oponer la suprema paciencia, la dulzura, y desde luego intentar la convicción mejor que la violencia.

No exigir la autoridad, sino conquistarla: demostrar, y no asegurar. Y cuando no puedes demostrar, callarte.

No dar tu opinión si no te la piden.

Combatir cualquier antipatía. Aislar cuidadosamente la opinión del hombre mismo.

Depurar tus motivos; guardarte de la vanidad, del orgullo, de los celos, de la cólera, de la tiranía, de la marrullería. No buscar tu triunfo, sino el interés de la verdad, por una parte, y por la otra el de tus hermanos. Tendrás que luchar mucho, precisamente porque, encontrándote desplazado, sentirás tentaciones de violencia, de disgusto, de amargura, de desdén. Dios no desdeña. Extiende el bien, la verdad, haz resplandecer tu luz; no pidas recompensa, ni honores, ni autoridad. Sé sencillo y bueno, sé lo que puedes y debes ser, y deja que el mundo camine; si nada pides, te ofrecerán, y si eres desinteresado no pasarás privaciones. ¿Para qué, además, sirve herir a los otros? ¿Para qué el celo amargo? Lucha, ¡ay!, contra tu corazón: el egoísmo y el orgullo lo amenazan.

Estas reflexiones han hecho renacer mejores inspiraciones. Me siento mejor dispuesto a encontrar de nuevo sin antipatía la familia, los amigos, los compatriotas. Otra cosa has de tener en consideración: debes empezar a actuar: tomar Ginebra como primer campo, sino como

campo definitivo. Iluminar las mentes acerca de la literatura, la teología, la filosofía; reanimar la vida, aumentar, ampliar, elevar la vida; éste ha de ser un punto de mira. Concentrar tu acción alrededor de un principio único: la vida, vida en todo, vida de todo, vida espiritual, histórica. ¿No es un fin noble el despertar la vida, asociarte a los hombres de buena voluntad, fundar una filosofía ginebrina menos simple que el baconismo, poniendo en relación las ciencias naturales y exactas con la lingüística, las artes, la historia, la filosofía de la naturaleza y del espíritu, la teología, la metafísica? Pero nuestra nacionalidad huye, y nuestra academia también. Tienes que aunar tus esfuerzos en una tarea de más envergadura, independizar del futuro la religión, y de la historia la filosofía.

Alegría burlona. Deberías adquirirla, pues es una buena coraza contra las ridiculeces y vulgaridades que hacen perder la paciencia en la vida. Tomas todo demasiado en serio. La burla y la risa ligera facilitan singularmente el viaje. Saber reír de la tontería y de los contratiempos, en lugar de consumirse. La risa es un paliativo, un lenitivo, un emulsivo; la alegría es una buena disposición que conserva la elasticidad de espíritu y la salud del corazón. En lugar de ofenderte por un incivilismo, una descortesía o una bobada, ríete. Es un medio fácil de desinteresarte y de ponerte por encima. Pero para reír tienes que flexibilizar tu feroz susceptibilidad, tu timidez de apariencia majestuosa; aprende a ser bonachón, a deslizarte por el camino áspero de la vida; de lo contrario, estás expuesto a continuos choques o a encontronazos dolorosos en el trato con los hombres. Toma solamente en serio los hombres serios y las cosas serias. Respecto a lo demás, deslízate y revolotea. Contigo mismo, sé serio, profundiza, sondea, pregunta sin cesar. Con los demás pórtate con indulgencia, muéstrate fácil, alegre, y

deja vivir a las gentes a su modo, en lugar de presentarte como el don Quijote querellador de lenguaje purista. Toda tu crítica, ocasionada por el contacto con el prójimo, vuélvela hacia ti, aplícatela a ti mismo.

Enseña lo que puede (debe) hacerse haciéndolo tú mismo (A. Chenier).

Proyecto: Intentar un característico estudio psicológico de los gritos de los animales y de las voces humanas.

Berlín. Lunes, 31 de julio.—Petrarca. Me gusta poco. Poesía artificial. Modula hasta el infinito un tema dado, con mucho arte y una gracia formal inagotable, pero, más que sentirlo, imita el sentimiento. Y lo imita hasta el punto de confundirlo. Esta falta de sustancia y de verdad me hacen sentir un vacío o una saciedad apenas atenuado por los encantos de este estilo tan finamente trabajado, esmaltado, pulido y matizado. No le encuentro vigor ni franqueza, sino una especie de sutil afeminamiento, y cierta gracia sentimental. Petrarca es el poeta de los amores transidos, de las almas blandas y delicadas, y sobre todo de los cortesanos y buenos decidores. Ni estoy en el momento, ni en disposición adecuada para gozarlo.

Berlín. Viernes, 4 de agosto de 1848.—Ayer, 3, solemnidad. Aniversario de la muerte del rey. Riñas en la ciudad, en Charlottenburgo. Querían hacer una demostración prusiana, pero la muchedumbre es partidaria aún de la bandera tricolor. En la universidad, el senado hizo poner una bandera negra y blanca, y los estudiantes, en revancha, izaron dos grandes banderas de color negro, rojo y (amarillo) oro, y la doble águila sobre el balcón, y una bandera nacional en la verja. A mediodía, en el aula magna, desfile de las cuatro facultades en traje de gala, con asistencia de pocos profesores, caras preocupadas, melenas en desorden; el coro

desentona en la galería; la juventud charla, ríe, murmura: el contacto habitual con el aula pone a los estudiantes de humor y se hacen dueños del lugar. La oposición de esta mitad animada, burlona, viva, con el cuerpo de profesores, apagados, inquietos, embarazados por su personalidad y sus trajes, traducía el contraste entre el astro en declive y el astro ascendente. La vieja ciudadela universitaria me pareció desmantelada y perdida; el aire del presente, las trompetas revolucionarias han hecho caer las murallas, y la guarnición tiembla por su porvenir. El *magnificus* Müller, sombrío y altanero como un Catilina, pronunció un buen discurso en alemán. Desde su punto de vista de naturalista ha demostrado: 1.º, la necesidad de un nuevo régimen, la contradicción latente del protestantismo y la inteligencia crítica con el absolutismo del estado, ha mencionado la comparación de Prusia: escuela y cuartel (yo lo he hecho sin tomarlo de nadie); 2.º, la relación de la filosofía con la empírica: ésta vale sin aquélla, y la sirve. Atacó el empirismo malo y la especulación pretenciosa; 3.º, historia de las colecciones académicas de Berlín. Esto es al menos lo que yo oí, pues salí del aula antes que acabase.

Carta a Hornung. Me hace apreciar todo el placer de estar fuera de nuestro agujero ginebrino, en donde todo se ve a través de una lente estrecha y lejana. Esto me confirma la falta de atmósfera y de horizonte en nuestra jaula. Lo que me hizo pensar es el hecho de que el consejo de estado vaya a presentar un segundo proyecto de reconstitución académica, y declarará todas las plazas sometidas a reelección. Veamos, razonemos. La discusión tendrá lugar en agosto. En octubre estará instaurado el nuevo régimen. ¿Quieres o no quieres intentar colocarte? Tu edad, la ventaja de un trabajo fijo, el ejercicio de la palabra y del estilo, la concentración y digestión de tus numerosas experiencias y

contradicciones, todo te obliga a quererlo. ¿Puedes hacerlo? Es esencial que vuelvas con un diploma; es natural que así sea, y además te lo han dicho (Heim, Bordier, tu familia) y lo sabes. Imagínate doctor y volviendo con un conocimiento serio de Alemania, habiendo recorrido y estudiado una buena parte de Europa, formado en la metrópoli de la inteligencia, en posesión de la llave de los movimientos del pensamiento, de la ciencia y de la vida de la época, con aptitud para el estilo, con individualidad, conocedor de toda la gama científica, lenguas, literatura, ciencias físicas, lógica, metafísica, estética, psicología, filosofía de la religión, de la historia, etc. Estarías en excelentes condiciones para presentarte a una cátedra de literatura comparada, de estética, de filosofía, de pedagogía. 2000 francos es poca cosa, pero además escribirás en algunas revistas y prepararás algunas publicaciones.

O sea, que lo único que te corre prisa es hacer tu doctorado. Tu indolencia es vergonzosa. Siempre te das cuenta que hay que hacer las cosas cuando es demasiado tarde. En tu continuo aplazamiento, nunca realizas nada. Si fueras doctor, ahora podrías elegir entre ir a París a perfeccionarte o hacer el viaje a Viena; todo sería fácil y sin pegas. Podrías intentar hacer una obra. Empiezas a sentir el remordimiento, pero es demasiado tarde; el verano es la estación para viajar. El cólera hace de Berlín un lugar inquietante; distracción, revolución, etc.; no podrás estar listo en agosto, tal como habías determinado y todo está retrasado. ¿Quieres arriesgar tu porvenir descuidando esta última oportunidad?

El viaje al sur de Alemania sería, no obstante, útil (Eslavia, Austria y Baviera) e instructivo, actualmente.

Un mes de viaje, o cinco semanas; septiembre y octubre de trabajo activo en Tubinga y Heidelberg. Berlín ofrecerla más ventajas: 1, en primer lugar, conoces a todos los profesores y has estudiado con ellos; 2, puedes pedir consejos, encontrar libros mejor que en otra parte; 3, es el lugar donde el doctorado es más estimado.

¿Por qué partir? ¿Es suficiente la única razón de la seguridad? ¿Partir, trabajar en el desierto y volver? Si continúas en las cercanías de Berlín, la familia se inquietaría demasiado.

Berlín. Domingo, 6 de agosto.—Ayer el doctor Pinder nos ha hablado del proyecto positivo del *American Pulte* (wesfaliano), de un telégrafo eléctrico alrededor del mundo por América, Siberia, Rusia e Inglaterra. Mi pensamiento se realiza antes de lo que yo pensaba. Aboliremos el espacio, y nuestro pensamiento estará presente en cualquier parte de nuestro planeta como lo está en nuestro cuerpo: primer paso decisivo en esta sumisión a gran escala de la naturaleza.

Berlín. Jueves, 10 de agosto de 1848.—Soy débil y nada consecuente. La carta (a C. Vignier) que tardé en redactar toda la mañana me preocupa ahora. Encuentro que he sido muy duro para con una pobre chica cuyo único error consiste en ser demasiado sensible. Sin embargo he escrito guiado por un buen fin. Habla que desilusionarla radicalmente sobre la naturaleza de nuestra relación, y desarraigar con una sacudida brusca un afecto cuya vivacidad habla dictado esa carta desesperada del 7 de agosto. Para ella no puedo ser más que un consejero y un compatriota benevolente. A pesar de todas mis preocupaciones y toda mi frialdad, ella quiere a toda costa transformarme en amigo exclusivo, y no puede mantenerse en la única línea en que podíamos navegar juntos. Me he

visto obligado a romper del todo. Esta fatalidad me aflige. Nada, desde luego, ayuda a esta pobre chica: su falta de experiencia del mundo le impide apreciar siquiera los matices evidentes y las indicaciones algo mitigadas; su naturaleza apasionada la empuja invenciblemente al extremo, de forma que me he visto en la necesidad de poner los puntos sobre las íes hasta aparecer incluso cruel, y a negar todo en vista de que no se conformaba con un poco. Creo que la forma hubiera podido ser más preparada, con un tono más benevolente, pero la carta no podía decir más que lo que dice. Vale más ser ignorado que favorecer un error semejante. Aunque me llamen duro, pero así no tendré que reprocharme el haber destruido la paz de nadie. Mejor la soledad que los remordimientos.

27 de septiembre de 1848.—Me levanté a las 4,30 h. Angustiosa turbación al no encontrar mi segunda cartera y mis veinticinco *gulden* en mi maleta. Crepúsculo matinal. Partida a las 6, en el tranvía de caballos: dos caballos, uno delante de otro, para dos vagones.

Tubinga. Domingo, 15 de octubre.—1.º Has decidido hacerte doctor. Es necesario, cueste lo que cueste. Y urge realizarlo, además, lo antes posible.

2.º ¿Quieres hacer tu doctorado en Tubinga?

Poca gente saca su título de filosofía en Munich o en Heidelberg. Tubinga ofrece: ventajas: 1. Facultad de filosofía bastante estimada. 2. Conocer a los suavos, los visionarios, la filosofía mística y religiosa. 3. Escuela de Fichte, de Baur y de Reiff. 4. Teología católica.

Inconvenientes: 1. Aburrimiento de pequeña ciudad. Ni posibilidades de diversión artística, ni sociales. 2. Ausencia de fuentes de información, pocos periódicos y pocas revistas.

3.º ¿Estás decidido a quedar aquí? Sí.

4.º ¿Dónde quieres vivir? En cualquier parte con orientación al mediodía.

Tubinga. Lunes, 23 de octubre.—Gran paseo por Niedernau, a tres buenas leguas más allá de Tubinga, al borde del Neckar. Con el señor Peschier. Tiempo admirablemente bello, una vez disipada la neblina matinal; carretera aún muy embarrada. Dos leguas de valle amplio, con las pendientes llenas de vides rosadas sobre la orilla izquierda del Neckar, cultivada la llanura central y una línea de bosques al otro lado del horizontes. En la última legua el río se encajona más profundamente, la pendiente de las viñas se empina casi hasta la vertical y luce hileras de piedra calcárea amarilla. La otra orilla abraza el río y proyecta sobre él la sombra helada de los bosques que crecen en sus flancos elevados. Pintoresca perspectiva del molino de… El agua fluye tranquila, pero turbia. El sol de mediodía caía oblicuamente desde la cresta de los bosques, a nuestra derecha, hasta el río, y nos dejaba en el triángulo de sombra diáfana, dibujado en la ligera bruma que subía del rio, de blanquecina luz.

Niedernau, encantador vallecito lateral, a la derecha del Neckar; tiene una docena de casas agrupadas bajo el establecimiento de baños fundado por el doctor Reit, hoy en la infancia, ya con ochenta y dos años. Recinto de pintorescas pendientes salpicadas de bosque, perfumadas con el olor reconfortante de los pinos, recorridas por mil senderos serpentinos, estos baños saludables y tan cercanos a Tubinga suelen estar muy frecuentados. Su excelente aire, sus variados paseos, sus panoramas alpestres y su cocina estimada reúnen todo lo que gusta a los alemanes, y curan el domingo las fatigas de la semana, o en otoño el agotamiento del año.

El profesor pensativo, la mujer joven sufrida, el estudiante amigo del placer, el sibarita, el amante de la música, del baile y de la gente, todos encuentran allí lo que les conviene; la pequeña explanada que hay delante de la casa se llena a veces con más de ochenta equipajes, y unos sesenta huéspedes permanentes se alojan en el establecimiento. Cuántos matrimonios se habrán arreglado en aquella sala de bañe, cuántos cuerpos se habrán fortalecido y cuántas horas felices habrán transcurrido sobre la hierba de los alrededores, en los pabellones, en los bosques verdes. Produce placer pensarlo.

Empleamos tres horas y cuarto cada vez que recorremos el trayecto.

Al ir, la conversación se dividió en dos mitades, una internacional, sobre los errores de Suiza en la expedición de Estruvia[21], y otra literaria, sobre los libros parisinos y las celebridades del momento. A la vuelta hablamos exclusivamente de la vida conyugal, de su carga de amargura, de sus constantes desilusiones; de los inconvenientes del matrimonio en el extranjero, de las diferentes cualidades de las mujeres de nacionalidades diversas, etc. De estas conversaciones han resultado reflexiones muy instructivas para mí:

Antes: 1. Riguroso examen de salud de la joven esposa y de toda su familia.

2. Examen imparcial y prolongado de su carácter, pues verla solamente arreglada es prepararse amargas decepciones.

3. Pensarlo mucho antes de renunciar a tu independencia, pues si te equivocas la desgracia es irreparable.

Durante: 1. Cuidar esmeradamente los grandes principios de conducta y educación.

2. Preservar cuidadosamente la llama delicada de la simpatía, pues una vez que hace irrupción la frialdad todo ha terminado:

a) Por una mutua libertad todo lo grande posible.

b) Por un delicado respeto, incluso en la intimidad; evitar todo lo que acarrea molestia, aseo aparte, miramientos recíprocos.

c) Por una gran nitidez de funciones.

La gran cantidad de anécdotas y detalles surgidos en la charla me han convencido de la terrible escasez de matrimonios felices; de la fragilidad de cualquier base que no sea la religiosa, de la educación moral mutua guiada por la simpatía; y la cosa es bien sencilla, pues la felicidad ligada a lo que pasa (placeres, voluptuosidad, entusiasmo, posición social, satisfacción de vanidad, etc.) es pasajera. Pedir menos que un alma es prepararse para los dolores de la esclavitud.

Tubinga. 24 de octubre de 1848.—Paseo matinal sobre la parte levante de la arista que divide los valles del Neckar y del Ammer. Tiempo dulce, restos de vendimiadores. He cantado todo el tiempo a pleno pulmón. ¿Por qué mi voz tiende a subir, si los tonos altos me fatigan? ¿Por qué me falta, en cambio, el timbre grave, tranquilo?

Mi voz indica a la vez timidez, falta de virilidad, falta de confianza y flexibilidad, irritabilidad, y con frecuencia aridez. Es penosa y no traduce un carácter formado, un corazón tranquilo e igual. La voz revela más el carácter que el espíritu.

Tubinga. Lunes, 30 de octubre de 1848.—Estoy inquieto por mi familia; hace tres meses que no recibo carta. ¿Es por decisión, descuido, castigo, o quizá una desgracia? Lucifer me ha impedido escribir en Berlín a los Jourdan. Si mis ojos resistieran, sería feliz pudiendo trabajar por las noches. Por

las tardes, a pesar de la mala iluminación de una vela, no siento sueño ni escozor de párpados, y eso que me levanto a las seis de la mañana. Éste es el momento de trabajar vigorosamente, ahora o nunca; siento que mis cosas y mis cuadernos no hayan llegado aún. El remitente en Heidelberg (Mays) ha sido de una negligencia desesperante, pues lo avisé el 18 y guardó diez días más las cosas en su casa.

Anteayer leí un cuarto de mi Horacio, odas, sátiras, arte poético, etc. Gran talento, pero muy poco poeta para el criterio actual. Hoy pedimos que el poeta tenga un gran corazón, un carácter generoso y simpático. El talento literario sólo no hace al poeta. La primera máxima de nuestra poética es que el escritor sólo puede dar lo que tiene.

Y puesto que el escritor sólo se da él mismo, debe empezar por purificar su alma. A tal hombre, tal poeta. Chateaubriand dice: la nobleza del pensamiento hace el estilo noble.

Los grandes hombres son los hombres verdaderos, los hombres que triunfan. No son extraordinarios, están dentro del orden. Son los demás los que no son lo que deberían ser. La medida habitual de comparación es un envilecimiento del bello nombre de hombre. No podemos llegar a ser más que hombre, pero se puede ser mucho menos. Alégrate, ¡oh hombre, pues lo más grande que ha tenido la historia, los César, los Platón, los Shakespeare, los Rafael, los Napoleón, los Hegel, los Moisés y los Buda, todos los genios, todos los caracteres, todos los heroísmos, son solamente ejemplares parciales de lo que está encerrado dentro de ti! Y más aún, todo cuanto la historia pueda aportar en los tiempos, todos los grandes hombres del futuro, todas las glorias futuras son sólo la realización de unas cuantas fuerzas ignoradas de tu alma. Todo el género humano no es sino la evolución del

hombre, y ese hombre eres tú, si lo sabes y lo sientes. Y si te asimilas al alma humana, vivirás por todos los hombres que han vivido y por los que han de vivir, cantarás por boca de todos los poetas, meditarás por el órgano de todos los pensadores, actuarás con los brazos de los héroes de todos los tiempos, inventarás con todos los inventores, crearás, descubrirás, renovarás con las fuerzas todas de todos los siglos. Y harás la vida infinita en riqueza, en profundidad, en duración. Y no serás solamente blanco, sino que te revestirás con los signos de las demás razas. Porque toda la naturaleza vive en ti, y llevas en ti no sólo la humanidad, sino también el universo. Giras con los planetas, resplandeces con los soles, y el espacio te sirve de manto y la vía láctea de diadema. Estás presente en todas partes, y toda la creación está en ti; vives la vida universal, sumido en el océano divino de la poesía, de la belleza, del amor.

Y más aún: todo está en ti, pero además tú estás en el todo. Por la contemplación, posees; por la acción, te das. Cada acto realizado en función de la totalidad, sin egoísmo, es una manifestación, una reproducción particular del infinito.

Tubinga. 1 de noviembre.—Compras: una bonita lámpara de mecha redonda. Empiezo a sentir las comodidades de una casa propia, el bienestar de tener una provisión de leña, buena luz, etc. Y sin embargo este sentimiento choca muy frecuentemente con el sentimiento de independencia.

Sólo deberás casarte cuando te fuerce tu corazón, pues de otra manera serás desgraciado.

Tubinga. Domingo, 5 de noviembre.—Tengo que hacerme algunos reproches. He sido poco amable; he contrariado abiertamente a mi huésped, y con una rudeza muy poco conveniente. Pon atención, eres irritable al discutir, difícil y

exclusivista. No te vendrían mal mayores dosis de modestia y de dulzura. Busca la verdad, y no tu propia victoria. Persuadir es más difícil y más bonito que derribar. Procura persuadir y hacer que los demás estén contentos consigo mismos, mejor que querer imponerte. Preocúpate de lo que hay de verdad en la opinión del prójimo y apoya ese lado en lugar de atacar la parte incompleta o errónea. Modestia y persuasión, y combatir tu tendencia brusca y polémica.

Tiempo. Ha caído la primera nieve del año. Impresión extraña. Como si un hombre que se acostase con los cabellos negros se encontrase a la mañana siguiente, en el espejo, con una cabeza blanquísima. Torbellinos de nieve, barro; de noche, cielo despejado, claro de luna y hielo. No es posible calentar mi habitación.

Tubinga. Miércoles, 15 de noviembre.—Ayer, 14, recibí carta de Guillermet, bastante importante. La reelección en principio admitida para la academia eliminará con toda seguridad a los señores Choisy, Naville, Sayous-Pascalis, Roget y Adert. Las tres primeras cátedras serán transformadas en 1) Cátedra de filosofía (e historia de la filosofía); 2) literatura francesa; 3) ciencias políticas y economía social (nueva creación), cátedras que me ofrecen. Los nombramientos los hará el consejo de estado. ¿Qué partido tomar? Has escrito a Bordier (de París) y a Prey para saber su opinión; quizá hubiera sido mejor la de Trottet, pero llegaría con demasiado retraso para poder influir en mi decisión, y tengo que resolver en un plazo de cinco días. Pero uno es todavía su mejor consejero; reflexiona y decide.

Preguntas: A) ¿Un puesto de profesor en general? 1) ¿Es tu vocación? 2) ¿Quieres aceptarla en Ginebra? 3) ¿Quieres aceptarla del partido y de las circunstancias en este momento?

Consecuencias. 1. Si, o, al menos, debes intentarlo. Aparte escritor, es tu única posibilidad de éxito. Eres joven, aún educable, puedes adquirir lo que te falta y trabajar. Pero no olvides que no se puede saber sin aprender, no te avergüences de ser aprendiz antes que maestro. 7 sobre todo hazte una idea clara de la profesión y los deberes de un profesor, en una democracia. El profesor no puede ser solamente un sabio; tiene además que ser un hombre, pero un hombre iluminado por la ciencia, más tranquilo, más dueño de si, de un carácter más irreprochable aún que cualquier otro, pues antes de enseñar a los otros hay que enseñarse a sí mismo. Sobre todo filósofo. Y no se trata solamente de enseñanza oral, sino que debe también llegar a la acción. El talento, sin el carácter, no tiene autoridad, sobre todo en las ciencias morales. Debes situarte en el punto de vista de la iniciación universal, y de la enseñanza desde todas las esferas de la vida, y no solamente desde el punto de vista de la teoría intelectual. La suerte del destino te ha puesto en comunicación con todas las fuentes de vida superior; debes introducir en ellas lo antes posible la mayor cantidad de semejantes que te sea dado. Debes hacer de tu posición un sacerdocio, una carga de almas, una función santa. Hazte puro, generoso, inteligente, para ser digno de guiar a los demás en la búsqueda de la verdad y del bien; para merecer recibir tú mismo los rayos divinos. Las afrentas, marrullerías, contrariedades y calumnias deben ahogarse, en la amplia y profunda serenidad de esta bella tarea. Arroja de tu corazón los motivos vulgares, las pequeñeces, y podrás soportar con valor y buena conciencia los aguijonazos o las desgarraduras que te aguardan.

2. ¿En Ginebra? Sí. Has pensado muchas veces, y en tu diario íntimo queda constancia, con una bonita actividad en Ginebra. Nuestra vida carece de centro, y nuestros estudios

también: inyectar la necesidad científica, el deseo de poesía y filosofía, preparar para la metamorfosis religiosa del futuro, aproximarse a Alemania; despertar la originalidad suizo-francesa, trabajar en un centro de vida intelectual que tenga como base la Suiza francesa y Saboya, según el proyecto que ya he descrito en otra parte; dar una base a nuestra teología, a las ciencias naturales, a la crítica literaria, a la producción literaria; demostrar la génesis y el apoyo de las ciencias entre sí. Enciclopedia; propedéutica. Encontrar una desviación de las incesantes querellas políticas y darles más sustancialidad haciendo más popular la ciencia del hombre. Crear una escuela viva y activa que reavive el lustre del nombre ginebrino. Encontrar nuestra originalidad y desarrollarla (cartas sobre Ginebra), pues sólo así será posible nuestra conservación. Hay que ser fuerte para tener derecho a serlo; si estamos en trance de desaparecer es porque nuestro principio de vida se nos escapa. La vida calvinista…, atención, estás en la llaga. Si el elemento fundamental y característico de la nacionalidad ginebrina es el protestantismo, el remozamiento de Ginebra sólo será posible con una revolución del protestantismo, es decir, restaurándolo o metamorfoseándolo. La cuestión está en saber si, en la historia de Ginebra, el protestantismo no es una escuela de tres siglos, si no hay Ginebra posible antes y después de este brillante periodo. El protestantismo ha sido una poderosa garra que nos ha hecho dar frutos; pero su influencia no es exclusiva, e incluso está en decadencia. El estado protestante ha concluido definitivamente, pues Ginebra es mixta. La nueva Ginebra no puede ser la antigua. ¿Cuál será su religión? ¿Y su principio? Sin fantasear. La intolerancia se encuentra siempre en las fronteras de las religiones; la necesidad de conservación hace más polémicas las actitudes. Esperar una conciliación del protestantismo y

del catolicismo en Ginebra seria engañarse. Pero la misma parte protestante está en cisma. Están los inmóviles, los indiferentes, los tibios, la iglesia nacional y los disidentes, los libertinos y los rígidos. Metamorfosear nuestro protestantismo, que no está de acuerdo con nuestra vida y con nuestra ciencia, debe ser la meta. El resultado sólo es posible con una educación, y esta educación habrá de ser radical, filosófica y teológica.

Pero oculta tu plan, mide tus fuerzas y no portes todos los árboles del bosque a la vez.

Por tanto: encender el fuego sagrado en los jóvenes. Agrupar las cantidades alrededor de una bandera. Influir sobre la predicación y sobre el periodismo. Sobre la juventud, en la escuela; sobre la literatura y la vida, con capacidad; ganar gentes y aliados en Lausana, en Neuchatel. Formar un público y una opinión.

Impulsar a la vez la ciencia independiente y superior a toda especialidad, y a la realización original; incluir la meta nacional en la finalidad humana, y la finalidad política dentro de la nacional. Conservar en cada esfuerzo particular el sentimiento de conjunto. Y ya es bastante sobre este punto.

3. ¿En este momento?

a) Si no aceptas la actual candidatura, pierdes una ocasión que quizá no se te vuelva a presentar en mucho tiempo; los conservadores no suelen destituir así como así. Cierto que un día vendrá la universidad federal; pero no veo desventaja en presentarse entonces a ella con antecedentes. Continúas metido en esa vida blanda en la que te consumes hace tanto tiempo; y corres el riesgo justamente de perder los años de más efectividad. Tienes que decidirte: ¿elegirás un porvenir en Francia o en Suiza? Son las dos posibilidades únicas.

En Alemania sólo te espera un futuro de hombre de laboratorio, ratón de biblioteca, es decir inútil y aburrido (la suerte de Monnard o de Peschier no me tienta). Este examen forma realmente parte de la pregunta arriba planteada, pero puesto que lo había olvidado, bien está aquí.

¿En Francia? Desde que Libri[22] y Rossi[23] han cerrado el camino, los extranjeros tienen pocas posibilidades. Hay una competencia enorme. ¿Cómo hacerse conocer? ¿Por la librería? Nadie lee. 7 usar la crítica es ponerse al pairo (en la prensa o en la *Revue des Deux Mondes*). Sin talento oratorio no se llega a ninguna parte, y este talento me falta. Y luego, la inseguridad; las convulsiones no se apaciguarán durante algún tiempo. Y como contrapartida, tenemos la participación en una existencia nacional de primer orden, la asistencia a las erupciones del volcán del futuro, y el estudio del terreno sobre el que vas a trabajar, pues escribiendo en francés es el público francés el que debes tener presente. A pesar de otros atractivos, Francia tiene aún más parentesco con nosotros que los suizo-alemanes. La literatura y la lengua, es decir, la cultura, nos atrae hacia el oeste, lo mismo que a ellos hacia el nordeste. ¿Para qué puedes ser útil? Para poner en claro la religión del futuro; para popularizar el conocimiento de Alemania; para elevar la crítica; filosofía del lenguaje, etc. Pero todo eso difícilmente, considerando la dispersión inevitable, tu timidez, la dificultad ordinaria para abrirte camino, la triple dificultad dados los tiempos que corren. En Francia estarás reducido durante mucho tiempo al papel de espectador, papel que ofrece muchos atractivos, es cierto, pero que no puede bastarte, ni contentar tus ansias y tu conciencia.

¿En Suiza? La primera meta puede ser Ginebra, y si no tienes éxito o si no te encuentras con fuerzas, te servirá de medio para alcanzar la universidad federal. Es una gran

ventaja empezar en un conjunto limitado, más conocido, donde después de todo están afincadas tus raíces (familia, amigos, recuerdos de juventud y de estudios); y donde puedes ser de utilidad más rápidamente y de modo más completo. Necesitas levantar tu vida a la altura de un deber; tu deber inmediato ha de ser consagrar tus esfuerzos al bien de tu país. Sólo poco a poco puede llegarse a intereses más generales. Si no puedes ser útil en Ginebra, no lo serás en ninguna parte. Necesitas escuela para la palabra, la pluma y la acción. Si Ginebra no puede ser un anfiteatro, será en último caso una escuela. Tu acción, pues, está en Ginebra.

¿Qué ocurrirá si no aceptas la actual candidatura? ¿A quién vas a resultar agradable cerrándote por largo tiempo tu carrera? Cuando te hayas convertido en profesor particular y tengas que dar cursos libres te encontrarán ingenuo.

b) Y si aceptas, ¿qué puedes esperar? No dejarán de calificar de villanía la acción de aprovechar la desgracia del prójimo. Quizá eso te ofrezca la distracción de verte en disensión con todos tus conocidos, con los hombres instruidos, aquellos con quienes pensabas relacionarte, la mitad de tus amigos, con todos aquellos, en fin, que son hostiles al gobierno actual y que, desaprobando sus medidas, no perdonarán a los que acepten puestos del mismo. Te harán pagar caro lo que llamarán un favor, te harán la vida amarga y pesada, y neutralizarán, paralizarán tus esfuerzos. Esta es la ventaja de una elección con color político. ¡Dios te guarde de los odios de pequeña ciudad! Ver cómo se cierran ante uno las puertas de la buena sociedad, y quedar reducido al círculo circunstancial de fulano y zutano; estar sin saber nada y a disgusto, encuadrado por adelantado en un partido del que se ignora todo, clasificado entre los animales dañinos, es envenenar el corazón con alegría, o, mucho peor,

golpear con todas las fuerzas impotentemente en las puertas del bien. ¿Vale la pena, por una miserable posición y por el placer de dirigir unas docenas de jóvenes ya politiqueros, maliciosos y penosos, atraerse tantos inconvenientes, sobre todo teniendo en cuenta tu carácter susceptible y fácil de herir? ¿O quizá tu imaginación exagera y aumenta las consecuencias y pinta al diablo más negro de lo que es? Los eliminados no te verán con buen ojo, es natural; ahora bien, tú estás en buenos términos con Sayous, Adert y Naville; es ponerlos en contra, y al mismo tiempo, también, la *Biblioteca universal*. Sus amigos y sus círculos, los partidarios de la antigua academia, o incluso los que no la querían, pero que son aún menos partidarios de la manera de reformarla y de quienes lo hacen, es decir, a fin de cuentas, todo el partido conservador, las gentes honorables, todos aquellos hacia quienes se inclinan tus simpatías y con los que siempre has estado en relación, te echarán en cara el haberte afiliado al orden de cosas que ellos critican resueltamente; y vigilarán tus palabras y tus actos, explotando tus errores de una manera quizá acerba. Hacerte una faena significará hacérsela a los reformadores de la academia. Si vales, te echarán en cara haber prestado tu valía a un mal sistema; y si no vales, te atacarán como a un indigno sustituto, como a un intruso ávido e incapaz. ¿Y tus nuevos colegas? ¿Quiénes son? ¿Qué dirás si te ponen al lado de tales o cuales, recién venidos, cuyos únicos títulos provienen del favoritismo; si la nueva academia despierta la cólera política y si, como en Lausana, se forma una academia libre, o si se fundan otras facultades como la escuela de teología, independientes del estado? ¿Quieres exponerte a tener que avergonzarte de tu posición? ¿Correr el riesgo de avergonzarte en secreto del cuerpo en el que te has comprometido y tener, por conveniencia, que defender lo que condenas? Es cierto que

mi cuñado dice que, de los seis eliminados, sólo ha parecido mal lo hecho con dos de ellos, Naville y Pascalis; aunque así fuera, Naville, uno de los dos, hombre de gran capacidad y excelente improvisador, sería el que me tocase sustituir... Necesitas...

Conocer mejor el terreno y saber a qué te expones.

¿Hay que partir?

Entrar por la puerta del mérito, y no por la del favor; solicitar un concurso, pues más te vale fracasar en oposición que resultar nombrado por favor. Este favor sería tu ruina. Si, por el contrario, sales elegido por tus méritos, la mayor parte de las dificultades desaparecen. No darás que hablar a tus amigos, y tendrás derecho a caminar con la cabeza alta, y a buscar las personas que te convenga, ignorando su color político. Esto será dar buen ejemplo. 7 si tus colegas son débiles, tanto peor para ellos, pues no tendrás que cargar con sus faltas. Y puedes incluso hacerte perdonar por los profesores destituidos hablándoles con franqueza y diciéndoles: deploro su eliminación, y me siento poco digno de reemplazarlo; pero nuestra enseñanza no puede quedar interrumpida, y por esto me he presentado.

Consecuencia: te convendría cerrar cuanto antes la boca de los honderos, mostrando tu valía con una obra, ganándote tus espuelas, para justificar el botín.

B) ¿Qué plaza, en concreto?

1. ¿Cátedra de economía política y ciencias sociales? No, no es ése tu sitio. ¿Historia? Tampoco. ¿Cuáles quedan?

2. Literatura francesa (cátedra de Topffer, y después de Sayous): alumnos de dieciséis a diecinueve años (si suponemos que empiezan a los siete y que el colegio y el gimnasio duran nueve). En cualquier caso, es evidente que no se puede poner gran fuerza en la enseñanza, pues los

oyentes son muy jóvenes. Hace falta, a la vez, la carrera literaria y cursos para hombres. (¿Qué ha sido de la cátedra de literatura comparada de Ad. Pictet y Rilliet? ¿La suprimen? Me ocuparía y me gustaría mucho más). Ventajas de la cátedra: fácil y agradable. Me serviría, además, para mis estudios de lengua y de estilo; lado filológico, literario, etc. Y siempre se le puede aplicar el punto de vista comparativo. Vinet sería un excelente prototipo, ampliando más su horizonte. Historia de las costumbres, de las ideas, etc., toda la historia a través del prisma de la literatura; historia, además, de esta literatura a través de las otras, en las que a veces se sumerge, y que la inundan, otras. Lengua francesa, su formación, sus dialectos, su genio, sus tesoros futuros. La lengua *doppelganger* del pueblo, etc. En este terreno neutral todo sería un placer; afinaría, además, mi sagacidad y aprendería a hablar y a escribir. En una palabra, esta cátedra me conviene y me sugiere proyectos. Estoy seguro de mi aptitud, y la confianza me facilita los medios.

Entre los inconvenientes está lo atractivo del tema, que me alejaría demasiado de las meditaciones en distinta medida profundas y del recogimiento que exige el fin que me he planteado en la vida. ¿Tendré la fuerza de reservarme tres horas de filosofía al día y trabajar constantemente y en secreto temas más profundos que la historia literaria? Podría dar, al lado de los cursos obligatorios, cada año, un curso filosófico para los hombres, historia del arte y de las artes, historia de las literaturas extranjeras, filosofía del lenguaje, de la literatura: psicología; estado de la ciencia en Alemania (las diferentes esferas, antigüedades, lingüística, etcétera), filosofía de la religión, psicología, enciclopedia, etc. Un curso sobre la literatura suiza (francesa) serviría para sondear la opinión y prepararla a este respecto, para mí mismo y para agrupar amigos en torno a esta bandera. Obrando así, sólo

ampliaría mis tentativas en razón de mis fuerzas, y abordaría las dificultades gradualmente. Exponer una vez el sistema de Krause, otra vez el de Hegel-Espinosa-Kant. Hacer crítica y especulación, tanto para mí como para los demás. Vivir activamente y despertar la vida superior, un mundo interior. Es la mejor manera de olvidar nuestras soserías políticas, la mejor defensa contra la absorción extranjera, la fuente del rejuvenecimiento y de la paz.

3. ¿Cátedra de filosofía?

Ventajas: carencia de dispersión; estás en el centro mismo de tu actividad; espoleado por la necesidad, tendrás que llegar a un punto, concluir. Podrás empezar por la historia de la filosofía, o sea, situándote como investigador, excitar el pensamiento y hacer trabajar. ¿Es posible? Así sucede en la escuela normal, donde uno cualquiera inventa delante de sus iguales. Con jóvenes de dieciséis a diecinueve años hay que disponerse a aportar más soluciones que problemas. Existe un gran inconveniente en destruir sin reconstruir; entre nosotros, sobre todo, donde a los veinte años ya se toma parte activa en la vida política, si al cabo de dos o tres años los jóvenes sólo terminaran con dudas y negaciones, se crearía un gran peligro. Tus ideas sobre Dios, el hombre, el cristianismo, no están aún muy claras. Si empiezas demasiado pronto, te expones a que te juzguen mal y a una serie de contradicciones: y eso mata a los filósofos. ¿Qué medios hay de evitarlo? ¿Evitar toda afirmación prematura y limitándose a la parte crítica e histórica? Pero entonces me llamarán disimulado, o impotente, pues, de hecho, de un profesor de filosofía se espera otra cosa. Precisamente porque has elegido como fin la filosofía, has de madurar antes de alcanzarlo. Una equivocación prematura te comprometería en contra de tu voluntad, haría que fueses mal apreciado, y echaría a perder la causa y a ti mismo. No

debes aceptar esa cátedra, a no ser que te den el invierno por delante. Por lo demás, en medio de los cursos facultativos (¿y tu pecho?, olvidas esta consideración), puedes siempre filosofar, a tu gusto, sin escrúpulo, sin responsabilidad. Evidentemente, esto vale más. ¿O acaso estoy hablando por boca de mi indecisión, de mi tendencia a retrasar? ¿Quizá no sea sostenible la actitud independiente, crítica, histórica y, en lo positivo, la investigación, y sólo la profesión de las soluciones? ¿Acaso no busca todo el mundo, en filosofía? ¿Y no es mucho más importante la apertura del espíritu filosófico que la exposición de las soluciones halladas? La necesidad actual y el papel que tú debes jugar ahora es excitar el espíritu de invención (justamente lo que nunca han hecho Pascalis, Choisy, etc.) Los alumnos jóvenes e inexpertos no pueden abordar a la primera vuelta las dificultades centrales: hay que dirigirlos por medio de la propedéutica y de la historia, y de la psicología, para comenzar. Iniciando gradualmente a los alumnos, te das tiempo a ti mismo; y se estudia con ellos, claro que en el papel de pionero, de jefe de escuadra en el campo de la verdad: la filosofía no se profesa, sino que es algo que hay que practicar, y es necesario tender una mano a los más jóvenes para ayudarlos. La filosofía no es una suma cualquiera de hechos; su elemento, su principio y su medio es la conciencia personal y la espontaneidad de pensamiento. Así considerada, la cátedra me da menos miedo, pues podría hacer frente a sus exigencias.

C) Resoluciones: 1. ¿Rechazar? 2. ¿Ir a ver? 3. ¿Aceptar, y en qué términos? 4. Direcciones de conducta.

1.ª respuesta: rechazarlo, simplemente, sería bastante absurdo.

2.ª ¿Partir? ¿Es indispensable, útil o indiferente? Veamos, se trata de algo importante para tu carrera, que puede causarte muchas molestias, agudos remordimientos si te equivocas. ¿Puedes decidir sinceramente desde aquí, juzgar la situación, saber si esta reforma está considerada como una cosa de partido, si caerás en los inconvenientes analizados más arriba, qué colegas te tocarán en suerte, qué actitud deberás tomar, puedes saber todo esto sin estar ahí? Creo que no. Por lo demás, y recíprocamente, nadie querrá aceptar una mercancía desconocida, y la presencia, la conversación ayudan a saber a qué atenerse. Lo mismo para ellos que para ti es conveniente tu viaje a Ginebra. Y además, mostrándote dispuesto a partir de nuevo, apuras un poco el trato. Si no te ven, no sabrán qué pensar de ti, lo cual no sería un mal, pues la distancia ayuda al prestigio; pero tú no podrás apreciar con exactitud la situación. Si Bordier, mi tío, André Roux, Cherbuliez u otros hubieran tenido el detalle de darme su opinión, no estaría sumido en esta incertidumbre. ¿Tengo tiempo aún para informarme? Guillermet quiere una respuesta para antes del 25. Estamos hoy a 16. Las cartas tardan cuatro días. Tengo el tiempo justo para recibir respuesta a una carta mía desde Ginebra, pero no para contestar seguidamente a Guillermet.

3.ª Esta pregunta está de más.

4.ª Evitar, desde el principio, cualquier ambigüedad. La manera de empezar influye en el resto de la situación. Situarme francamente, no depender más que de la ciencia, mantener mi independencia de relaciones y opiniones. Mantener la dignidad del puesto. No tienes antipatías ni prejuicio alguno de partido. No situarte como adversario de nadie. Conservar la neutralidad de la ciencia, defender solamente sus intereses, y obrar en consecuencia.

Imparcialidad. No juzgar nada sin motivos. Dejar libertad de opiniones y de convicciones; reclamar solamente reciprocidad. Zafarte cuando pretendan cogerte en la trampa de un dilema: estás aún poco metido en la vida de los partidos, de los hombres o de las cosas para poder emitir un parecer sin ligereza. Tienes mucho que aprender, antes de pronunciarte. Pedir que te dejen tranquilo con sus querellas personales; tus preocupaciones están al margen.

Ser modesto, pero decidido, sin excusas ni servilismo. Imbuirte bien de la idea de que los partidos deben convivir y equilibrarse, que tienen un fin común (o deben tenerlo), el bien del país, pero que difieren en los medios. No exigir más que sinceridad y moralidad, y respetar todas las opiniones combatiéndolas, o intentando convencerlas. Recordar que la moralidad de un hombre es un secreto, y ponerla en duda una ofensa mortal.

Vigila tu tendencia a divagar, a defender el partido opuesto.

Sé cortés, e incluso previsor, y no te crees enemigos inútilmente.

Respeta a los otros y respétate a ti. Supón siempre en los demás una excelente intención, e intenta sólo modificar su manera de ver.

Busca lo que te simpatiza, y no lo que rechazas; busca continuamente el punto en el que más o menos coincides con el prójimo, y no aquellos en los que difieres.

Ten muchas consideraciones, y marcha avisado entre las vanidades.

Suaviter in modo, fortiter in re.

Muéstrate fácil en tu trato, ni parlanchín, ni altanero, ni pedante. Escucha en vez de hablar; más que enseñar, procura aprender por doquier. Recuerda que todos son

superiores a ti en algo, y que ese algo es lo que tienes que descubrir, lo mismo para tu modestia y respeto que para facilitar la convivencia con el prójimo. Procura convencer y ganar, en vez de vencer en dura lid y humillar.

Ama a los otros, procura su bien y no tu éxito, tu pequeña aureola, y todo irá bien. Sé indulgente: recuerda lo de tal por cual. No desapruebes e intenta enmendar; es la única refutación útil.

Para poder hacer bien hay que aproximarse y no herir.

El tipo que me baila en el cerebro es un joven sencillo, grave, modesto, clarividente, sobrio de palabras, comedido pero participante de todo, meditativo, dueño de si, de natural dignidad apoyada en una conciencia pura, por encima de las pasiones vulgares, imbuido en la nobleza de la vida humana, y que ve las almas de los demás marchando hacia su misma meta e iniciándose mutuamente. Que el pensamiento de los altos designios de nuestra época te mantenga siempre en un nivel elevado. No aflijas por tu culpa a Dios con palabras indignas o con cualquier acción de la que tengas que arrepentirte. No lo aflijas en los demás. Recuerda el valor divino de cada hombre, de cada hora.

Pero al mismo tiempo tienes que mostrarte fuerte, y hacer respetar tu honor. Hoy, esta tarde se me ha aparecido por vez primera el valor objetivo, no egoísta del honor. Una de las causas de mi timidez respecto a los hombres estriba en que el duelo me parece un crimen; y al no poder batirme con la conciencia tranquila, retrocedía ante la sola idea de\ un conflicto. Esta aparente cobardía nace de mi escrúpulo. Ahora me doy cuenta de que mi honor no me concierne sólo a mí; es de mi familia, de mis amigos, es la condición de toda mi carrera, de todo el bien que tengo que hacer; y debo defenderlo, debo darle mi vida, incluso, debo hacerlo

respetar a toda costa, incluso compadeciéndome de aquel que me fuerce al sacrificio. Ya respiro más libremente; me siento fuera de la esfera innoble del interés y del bienestar. Puedo tener valor sin condenarme interiormente.

Atención. Si el honor es cosa tan grave como para deberle tu vida y la de quien pretenda robártelo, con más razón deberás cuidar no mancillarlo nunca. Pues después de cualquier bajeza, un duelo para defenderlo sería un crimen.

Que el honor te guarde de toda bajeza; defiende tu honor contra cualquier ataque. Ahora que puedes erigirte en campeón de tu palabra, responder de tus actos hasta el final y ofrecer satisfacción a quien hayas ofendido, puedes ocupar tu puesto entre los hombres. El lado serio de la vida, la dignidad personal ya no te resultan extraños. Ahora puedes seguir, con la cabeza levantada, una línea de conducta, pues ya no puedes tolerar una afrenta; siempre que estés de acuerdo contigo mismo, que no tengas de qué avergonzarte, puedes hacerte respetar por y contra todos. Te queda por conquistar todo el terreno del derecho. Conocer tus derechos y los de los demás, saber prevalerte contra la mala fe, el código, los tribunales, las relaciones civiles: una razón más para entrar en la vida positiva. Toda la vida civil y política, la forma de ganar el pan, compromiso, queja, compra, venta, testificación, voto, charla en público, influencia sobre los demás, y el resto de estas prácticas son para mí país nuevo. He vivido cual sombra sin cuerpo, y necesito ahora hacerme sitio en el mundo de los vivos, palpar la realidad, solidificar mi naturaleza cartilaginosa, luchar, obrar. El deseo de Fausto, al abandonar la celda contemplativa, se apoderó de mí. Quiero conocer el aliento cálido de la vida; imponerme una tarea, y tener el placer del triunfo. ¡Qué diablo! Sibarita, la virilidad sólo se consigue luchando. El gozo de una obra realizada, gozo profundo y sereno, sólo se gana con el sudor

de la frente. Esa afeminada timidez es una vergüenza, a tu edad, con pelo en la barba; deberías haber cambiado hace tiempo. La fuerza te dará calma, en vez de ser impetuoso. La fuerza nace de la resistencia. Hay una esfera de sentimientos y de actividad que ignoras por completo. Recuerda: el equilibrio en la fuerza y en la claridad. Hazte hombre de una vez. ¿No sientes tu pecho inundado por un aire reconfortante, por una nueva energía, una noble resolución? El contacto con el honor te ha levantado. Y a ese contacto se ha despertado en ti una fuerza viril y benevolente, una nobleza humilde. Este sentimiento será de mucha utilidad para tus facultades: la intensidad de la vida, su plenitud derivan de la voluntad.

Feliz resultado de este largo examen: has alcanzado el diapasón conveniente para operar una crisis, o al menos un cambio, en tu existencia. Pero ello no excluye la necesidad de recogerse y aprestarse para dar el salto desde el apacible y poético jardín de la despreocupación y los dulces estudios al torbellino de las pasiones y de la acción viril. Has errado, te has divertido por todas las orillas de Europa, y en los campos sinuosos de las artes y de las ciencias has succionado mil flores diferentes, has vivido una juventud larga: ha llegado el tiempo de la realización, de la acción. Debes cuentas de tu talento, de los veintisiete años que te han prestado. El mosto lleva mucho tiempo removiéndose; es hora del vino. Tan grandes simientes deberán dar su cosecha. Jamás podrás devolver todo lo que te han prestado; este pensamiento debe volverte humilde; ya has derrochado bastante, en tu papel de hijo pródigo; ahora te toca recoger y no derrochar. 7 haz que los demás aprovechen en lo posible toda tu abundancia.

Tubinga. Viernes, 17 de noviembre.—La suerte está echada. Emprendo la marcha. Una carta del profesor Cherbuliez (del 14 del corriente) me hace saber que habrá concurso para las dos cátedras: de esta forma no deberé nada a nadie: esto es lo que me hace falta. Al mismo tiempo me manifiesta una esperanza halagadora y deja entrever cierta fama; a lo que parece, soy menos desconocido de lo que esperaba, y no estoy muy olvidado. Esto resulta embarazoso, pues de un hombre joven que ha viajado por media Europa y estudiado seis años en los centros científicos más importantes deberán esperarse maravillas, y me atosigarán con mi propio ideal. No te acalores. Está bien eso de irse; ¿pero cuándo? Hagamos cálculos. Franki me escribió el 10, a punto de ser tomada la decisión. Y Cherbuliez el 14, y ya estaba decidida la destitución y abierto concurso para dos cátedras. Mi cuñado me hablaba de quince días de plazo para la inscripción, o sea, del 12 al 27. Sin duda la oposición será inmediatamente después. ¿Cómo será? ¿Lecciones de ensayo? ¿Una disertación? Si se trata de una disertación, y con un plazo de dos o tres semanas, sería ventajoso escribirla aquí, y presentarla además como tesis en la facultad de Tubinga, y matar dos pájaros de un tiro. Pero si han de ser lecciones, cuanto antes debo estar allí, para tomarle el pulso a las cosas y conocer a los concurrentes, y ganarse a la gente, mejor. E incluso si la prueba reúne las dos circunstancias, mejor es estar presente.

Tubinga. Jueves por la mañana, 23.—Largos paseos. Ayer, por el valle del Neckar, bajo la ciudad. La nieve ha llenado de agua todos los arroyos que había conocido secos. Panorama de Tubinga desde abajo, antes de la aurora; haciendo coro con el torrente, lluvia de sauces; el riachuelo llega desde la derecha y desemboca en el Neckar. En esta gran llanura que sirve de fondo al valle principal hay

inmensos vergeles. Esta mañana escalé los picos al oeste del valle del Ammer. La topografía de los alrededores es menos sencilla de lo que imaginaba. Alrededor de Tubinga irradian seis derivaciones de valles o valones, sin contar las gargantas o las entradas laterales secundarias. Desde lo alto, la vista es muy amplia, y los valles resultan pequeñas hendiduras. Al alba, el rojo cobrizo del sol naciente dibuja en el horizonte largas líneas horizontales interrumpidas por los quebramientos del Rauhe Alp. Dentro de este horizonte, los perfiles serpentinos de las laderas surcadas de torrenteras ondulantes que forman la red de los valles. Cerca de mí, a derecha e izquierda, el paisaje era desolador, frío, árido, pedregoso, helado de tristeza, con algunos restos de nieve en los bordes de los senderos y en los ángulos de los torrentes. Algunos árboles escuálidos y sin hojas, viñas a ras del suelo junto a los soportes blancos de rocío, cual cadáveres derribados junto a sus lanzas. En la parte baja, Tubinga, frotándose los ojos en medio de una niebla grisácea hendida por el castillo, destacaba la alta iglesia negra y picuda sobre el fondo claro. Este panorama invernal, a pesar del cielo puro, resultaba extrañamente triste y mate. La salida del sol la revistió de matices más cálidos, acusando sombras y brillos, y le dio un poco de vida y color. Este paseo hizo renacer en mi alma antiguas impresiones: volví a encontrar el bienestar de las alturas, ese sentimiento de liberación que se experimenta dominando la parcela personal de tierra, y reduciendo a un punto lo que a nosotros mismos también nos reduce y limita; e idéntica impresión con los horizontes espirituales. Reducir, condenar, delimitar lo que nos delimita es una conquista que ensancha el pecho como la vista. Además, los mismos rincones, a la vuelta de un escarpado, en el fondo de una torrentera, me han reavivado mil confusos recuerdos de nuestros Alpes. Pero aquí la

atmósfera y los contornos tienen cierto aire vulgar, sin elegancia, transparencia ni nobleza. Las formas están diluidas, y el aire resulta brumoso incluso sin bruma. Por todas partes encontré campesinos cargados con cestos de estiércol maloliente.

2. Sueños. Al despertarme los olvido por completo. Esta mañana, sin embargo, recordaba haber estado en Viena, en sueños, y conservaba imágenes de los destrozos de las descargas, una bandera de Latour, proletarios que casi me estrangulaban, etc. Ayer compuse un discurso a lo Victor Hugo, pero usando solamente las palabras corrientes del lenguaje; sugerido por las *Memorias de ultratumba.*

Tubinga. Viernes, 24 de noviembre de 1848.—… Al ser el individuo profundamente igual en toda la especie, en todas las realizaciones humanas, puede por tanto haber el hombre-Dios y la humanidad-Dios. No encuentro diferencia específica entre Jesús y cada hombre; sólo hay una diferencia de hecho. Jesús es sólo un hombre, pero el hombre-tipo. Todos los hombres deberían ser cristos. Pero aunque llegasen a serlo, seguirían fieles a Jesús, porque sin él no lo serían, y el primer inspirado deviene por siempre el fundador y la fuente de la inspiración. El problema es el de la relación del individuo con la especie, y la relación de la idea con el hecho (como dice Nietzsche). De momento, no estableceré diferencias entre Jesús y Cristo, y diré como san Pablo; «Jesucristo es el nombre que les ha sido dado a los hombres para su salvación». Es el primer nacido entre las criaturas, hijo de Dios que nos ha enseñado que nosotros éramos hijos de Dios y partícipes de la herencia, etc. Él nos ha enseñado que Dios estaba cerca, que Dios era amor. Y ha predicado la solidaridad de la especie humana: está en nosotros lo mismo que nosotros en él y él en Dios; ha sufrido por nosotros, rogado por nosotros, muerto por

nosotros. Ha aportado la idea y el hecho, el precepto y el ejemplo, ha fundado el reino de Dios, que es una democracia en la que el más avanzado en el conocimiento de Dios inicia a sus hermanos, y el más fuerte está más obligado a los otros; donde los dones espirituales son un deber, y no un privilegio, y la única superioridad es la del sacrificio; y el primero, aquel que ama más y mejor. Así pues, creo también en la humanidad-Dios, pero por esto pido el hombre-Dios. La diferencia entre Jesús y los demás hombres está sobre todo en el grado; la única diferencia cualitativa estriba en que Jesús es el primero, el fundador, el inspirado. Jesús ha sido el hombre-tipo. Esto es todo. Nada de lo que ha hecho o sido le pertenece propiamente. Hay que elevar la medida del hombre, y no reducirla: sólo los hombres tipos son hombres; los demás somos simples esbozos. ¿Y qué es eso de la inspiración religiosa? ¿Acaso toda inspiración no es divina?

Sólo la que tiene por objeto a Dios lo es a título doble. La regla es lo extraordinario; lo ordinario es el grado inferior. El deber de cada ser consiste propiamente en lo que éste puede; el ideal es sencillamente la verdad de cada vida, y no le es en absoluto superior. El ideal es la verdadera trascendencia; está antes y dentro de cada ser. El hombre religioso no llena toda la esencia del hombre, aunque sea su núcleo; el ideal humano no es más profundo, pero es más amplio que Cristo religioso. Cristo es el hombre-principio; pero el principio desarrollado es más que el principio-germen, aunque no contenga nada más. El hombre ideal es Cristo desarrollado. Cristo es el embrión del mundo nuevo, divino, espiritual, del mundo de la gracia o del Espíritu Santo; lo contiene en principio. El hombre ideal es igual a la humanidad; pero cada individuo continente en principio del hombre ideal es, realmente, en principio y en germen, la humanidad. El individuo es, en idéntica medida, la especie en uno de sus

momentos y un momento de la especie. La especie es el desarrollo en grande de un individuo en la misma medida que el individuo es una de las caras de la especie. Una y otro son recíprocamente continente y contenido. Realistas y nominalistas tienen razón a la vez, pues con igual justicia puede negarse la especie (como fantástica) que el individuo (como nulo).

Si el ideal fuese la verdad, el arte que realiza el ideal sería más verdadero que la naturaleza. Esto es justo, pero, por otra parte, descompone el ideal, y es superior en un aspecto para ser inferior en todos los demás. Por ejemplo, el escultor de talento modela hombres más verdaderos, solamente de forma, que los que miran su estatua. Aísla la forma, y la creada por él es, en cuanto ideal, más verdadera que la natural. Pero la forma visible es sólo un elemento del hombre. Y en consecuencia, la naturaleza está más cerca del ideal que el arte, pues éste se le aproxima más en ciertas partes aisladas. Un hombre vivo cualquiera está más cerca de ser un hombre (ideal) que el Apolo de Belvédère.

Si el ideal es la Verdadera trascendencia, la trascendencia será pues inmanente, dado que cada ser lleva su ideal en sí, y no fuera de sí; lo descubre, lo reconoce, pero no lo Inventa ni lo encuentra. El ideal es, pero no existe. Depende de la existencia, y atrae a él la existencia. La existencia es más que el ideal que no existe, pero menos que el ideal que le muestra que aún no está realizado.

¿Acaso el ideal del mundo es Dios? ¿Lo es, y no existe? Y un Dios inferior, puesto que está en oposición con el mundo. Lo absoluto concilia a Dios con el mundo, y establece un Dios cuyo ser consiste en existir, que es en sí mismo su propio ideal, es decir trascendente-inmanente, o más bien ni lo uno ni lo otro; que se antinomiza para la creación

trascendiendo e inmaniendo, trascendiendo en cuanto fin que resplandece ante la creación, e inmaniendo en cuanto fuerza que la empuja y la lleva. Pero ¿y la libertad?

Reproches. No aprendes a conocer Tubinga, ni estudiantes, ni clubs, ni familias, ni la situación política, ni las librerías, etc. No hablas de filosofía con Schewegler, Fichte, Reiss. No frecuentas la biblioteca. Sigues siendo tímido, silencioso, cohibido e insociable. La mala vista y el amor propio te vuelven tímido, y la timidez te hace taciturno y salvaje. Resígnate a hablar mal, a aprender, a hacer reír. Esta rigidez tímida es tan nociva para tu alegría como a tus facultades y a tu instrucción. Tienes aire de no interesarte en nada, para no verte humillado, y muestras tu ignorancia por preguntas, o recibiendo respuestas de mal humor para tu curiosidad. Aprende a ser alegre, a agradar. Para ser amable, hay que amar y hacer de manera que deseen volver a verte, y no evitarte; abrirse, ser alegre, benevolente, dispuesto a todo.

Hoy, en la mesa, he quedado muy descontento de mi vecino Pressel. Me falta. Puedo comer solo, pero no me gusta hacerlo con un sentimiento desagradable. La conversación y la alegría me son saludables, y no quiero privarme de ellas. El señor Pressel nunca me habla, y me responde con la mínima cortesía, y su manera de hablar a media voz con su otro vecino y de burlarse continuamente me disgusta. Es un muchacho excelente, pero me gustaría estar apartado de él.

La sociedad de las mujeres me excita a la alegría y redobla mis medios. Esta tarde el profesor Warnkönig se ha dado cuenta de sus efectos por el modo brillante y cerrado con que lo he fustigado en el ajedrez. Creía que había bebido vino. Yo creo que fue simplemente por haber visitado a la segunda familia Bruns (del jurisconsulto), donde estuve de

conversación con las dos gentiles damas, la señora de la casa y su cuñada, la señorita Bruns, a la que había visto hace dos años en Berlín, en casa de la señora Clermont. Para tener confianza en mí y para triunfar necesito un poco de éxito. Decididamente, soy un hombre de imaginación y no de carácter; impresionable como una mujer. Basta que un solo individuo, en una reunión, me sea hostil, despreciativo o irónico, para que el malestar me convierta en lo qué ese individuo debe pensar de mí. La burla, sobre todo, me hace recogerme de manera total; no tengo ninguna fuerza contra la ironía y la frialdad. Para que mi psique despliegue sus alas, necesito prevención y simpatía, lo mismo que cualquier artista o cualquier mujer. O bien tener éxito en el juego, en una reunión, en una frase con los hombres.

Tubinga. Domingo, 26 de noviembre, de noche.—El discurso de Lamartine en Macon, el 20 de noviembre, acerca de la consagración de la constitución, es de una elevación sublime y religiosa, cargado de un hálito profético. Pythia inspirada de la república, pronuncia en él el horóscopo divino de la democracia; describe, en líneas generales, sus fundamentos y sus contornos. Intenta infundirle un alma divina y asentarla sobre la base eterna de la naturaleza humana. Es un discurso de una grandeza bíblica. Lamartine parece el pontífice de la idea nueva, y este bautismo de la recién nacida constitución tiene algo de sacerdotal.

Tubinga. Lunes, 27 de noviembre.—... El asunto de las cátedras vacantes. Heim me ha comprometido a aceptar, en todo caso, bajo las condiciones que sean, para ser útil, aunque sólo sea por poco tiempo. Me fuerzan un poco desde todos los lados. Lecoultre, Oltramare, Heim, Cherbuliez, mis parientes, el canciller Viridet, y mi familia recibe ya felicitaciones, y los estudiantes me llaman. Desde luego no me falta el ánimo de los demás, y los buenos bocados sólo se

pierden abriendo la boca y dejándolos caer. Pero todas estas llamadas se apoyan en la suposición de que hace seis años que me ocupo de filosofía, de que estoy especializado. Unos, apoyándose en mis antecedentes conocidos, me suponen conservador; otros, sabiéndome en contacto con las nuevas ideas, esperan de mí un tipo libre e innovador. Y yo soy de un color neutro. Me atribuyen mucha capacidad y conocimientos, y cada cual me espera para su partido. Y están hambrientos y sedientos de ciencia nueva; aguardan una iniciación en la vida espiritual de Alemania, y yo les resulto pintiparado para esa función, después de tan larga ausencia, con tantas facilidades siempre a mi alcance, y con la aptitud que me atribuyen por ahí. Pero precisamente porque necesitan tantas cosas y porque esperan mucho de mí, me siento intimidado. El ideal con el que comparan amenaza con aplastarme. Me han inscrito para las dos cátedras, y lo increíblemente extraño es que no habrá concurso, como yo esperaba y creía; al menos no lo decidirán hasta el 13 de diciembre, fecha en que termina el plazo de inscripción.

Ginebra. Viernes, 29 de diciembre de 1848.—Interesarte individualmente por cada miembro de la familia, intentar ganártelos para quedar bien. ¿Cómo debes actuar con cada uno? Ponerte en su terreno, descubrir sus gustos fundamentales, sus quimeras o su idea favorita, teniendo en cuenta lo siguiente: el talento de ganarse a los hombres consiste sobre todo en convencerlos de su relieve, en ponerlos contentos consigo mismos. Para ganarlos con determinada eficacia hay que halagarlos; si la finalidad es impersonal, entonces conviene buscar con cuidado el lado común, y sobre todo la parte en la que son superiores a nosotros, comprenderlos y revelarles su propia naturaleza, su talento, su individualidad, su valor. Esto, para lo

concerniente al fondo; respecto a la forma: la manera más eficaz y más amable es la vía indirecta, delicadamente desviada. Vamos por edades (el explorador busca el lado débil, y el amigo el lado fuerte). María[24], de naturaleza robusta, activa, independiente. Entrarle por el lado alegre e impulsivo. Luisa[25], nerviosa, sensible, impresionable, pasiva, amante, debe ser ganada por la vivacidad y el afecto; hay que manejarla con delicadeza y ayudarla a desplegar sus alas doloridas. Cecilia[26], curiosa, ardiente, fuerte, romántica y ambiciosa, necesita quedar asombrada y deslumbrada por la imaginación y la inteligencia; hay que abrirle nuevos horizontes y reducir su orgullo precoz mostrándole los limites estrechos de su propio horizonte. La mejor manera será comenzando por apreciar sus actuales conocimientos (lecturas, lenguas, música), y después darle lecciones de composición (sobre la felicidad, la esperanza, el destino de las mujeres, la poesía, la novela, etcétera). Laura[27], pereza, tendencia comodona, tenacidad recia en forma de indolencia acariciante y sumisa; su ideal consiste en realizar su voluntad y tener el mínimo trabajo posible. Desconoce cualquier esfuerzo, con una finalidad objetiva. Oculta sus medios para librarse de toda responsabilidad respecto a los mismos, y simula continuar en la infancia para conservar los privilegios inherentes. Habrá que intentar atraerla por el lado honorable, ya que carece de sentido moral y religioso. Obligarla a ceder; adquirir ascendiente sobre ella es el punto esencial para lograr su ventaja moral. Carolina[28] es una buena chica, honesta; no será difícil abrirse el camino hasta su corazón alabándole su talento con el piano, y animándola. A Laurent Custot hay que consultarlo, hacerlo hablar, reconocer que enseña; creo que esto es lo que procede. El ideal de Julia[29] es la liberación religiosa, con malicia y sensibilidad; el de tía Fanchette[30] es dejar hacer a la

naturaleza bajo el cuidado de la providencia, o intentar solamente comprenderla y adivinarla: penetrar, y no influir; el de tío Federico es la probidad; el de tío Jacobo, las ocupaciones; el uno es débil, concienzudo, tímido, resignado, paciente y bueno, y el otro enérgico, diestro, testarudo y flexible. La manera de ganárselos es la decisión y el éxito, a uno con afecto y al otro con miramientos y atenciones. Alix[31] es el orden, la encarnación del reglamento, el horror a lo inusitado y a la paradoja. Hay que desentenderse de su falta de sagacidad, de perspectivas y de verdadera, benevolencia, y agradarla con la observación estricta de las conveniencias, consultándola. No discutir con ella, pues no puede comprender que se dude de las máximas sobre las que ha vivido instalada toda su vida. Franki[32] es cordial, alegre, servicial, pero al mismo tiempo práctico, calculador, caminando derecho a sus fines, confiado en sí mismo, franco, abierto, sin ceremonias, un excelente muchacho. Conviene regular su susceptibilidad, atacando sus ideas en los demás, y sin ahondar inmoderadamente.

Ginebra. 1 de enero de 1849.—Cecilia[33] es una bonita muchacha de quince años, romántica, desdeñosa, lenta y majestuosa, que sólo por condescendencia se interesa en las cosas que ocurren a su alrededor; adolece de una prematura altanería y es muy puntillosa acerca de la calidad de las personas que tienen el honor de acercarse a ella. Se trata, después de todo, de un instinto desviado; esta bonita cara de ojos más soñadores que profundos, de abundante y rizada cabellera negra, busca en el fondo la belleza, la poesía. Debo aclarar este curioso enigma. Me da la impresión de que lo que Cecilia tiene no es vanidad, ni complacencia en sí misma, sino idealismo; pero creo también que posee más apasionamiento e imaginación que sensibilidad, de forma que no me conviene; pero me interesa y me atrae. Me

sentiría feliz encontrando en mi familia una muchacha con entusiasmo, aunque de espíritu grave y abierta a las consideraciones generales, a las curiosidades de la inteligencia. Existe, sin embargo, una objeción. Si cultivo su espíritu y la guío hacia los reinos soñados por ella, corro siempre el riesgo de inspirarle un afecto demasiado vivo que le haga apreciar mal la realidad, y confundir, quizá, una atracción parcial con una atracción central y definitiva. Pero, sin embargo, si su inteligencia evoluciona como yo supongo, no sería nada difícil encontrar una posición cómoda; y suministrándole aclaraciones acerca de ella misma, la salvaría, de paso, de una penalidad semejante. El sentimiento que me inspira es una mezcla de curiosidad y respeto, y también cierta esperanza de que bajo su adolescencia pueda despertar un alma de cierta envergadura. Quizá en la impresión que me produce influye bastante el pensamiento de que su madre solía provocar su inclinación hacia mi cuando era más niña. Mi actitud futura es muy sencilla: tengo que empezar intentando conocerla, para después serle útil, dirigiéndola, pues creo que está sin guía espiritual. Trata a su hermana de ingenua, y a su vez su madre la cree ingenua a ella; Eugenio[34] parece tener un temperamento dominable, y su mismo padre debe ignorar el secreto de sus pensamientos. Para estudiar sin peligro personal este atractivo fenómeno psicológico deberás recordar ante todo tu propia necesidad de un alma amante, profunda, armónica y educable, y cuyo equilibrio esté precisamente en la serenidad del amor, mientras que Cecilia anda muy lejos de esta esfera y quizá sólo esté llamada a obtener la serenidad del orgullo y el bienestar de la fuerza. Y además, es sólo una niña, aunque pensativa y seria, y no hay que confundirla con una mujer, aunque tenga suficiente cuerpo. Físicamente tiene algo distinguido, pero si Laura[35]

se comportase con más seriedad y no tuviese tanto aire infantil sería de una belleza mucho más elegante, más exuberante y más apasionada. A Cecilia nadie la quiere, me han dicho; es tajante, desdeñosa, fría, orgullosa; devora los libros, y sólo encuentra placer leyendo no velas. Todo esto es susceptible de diversas interpretaciones: es posible que tengan razón; puede ser también que su desarrollo particular la aísle y la haga momentáneamente poco amable. De momento, observa y categoriza cuidadosamente esa especie de atracción que experimentas. En todo caso, aleja tus ideas. Tienes que hacer lo siguiente: 1, crearte un rango científico, vivir solo bastante tiempo; 2, crearte una posición. Si lo de la cátedra de estética te cae en suerte, deberás sumirte en la filosofía y dedicarle tres horas diarias.

2 de enero.—Salud. Desde anoche, la humedad ha cedido súbitamente el puesto a un frío intenso acompañado de viento del norte. Este viento muerde mis bronquios como si fueran hojas de afeitar. Dentro, tengo una impresión de completa desnudez, y siento un inquietante dolor que llega hasta casi el diafragma. Me pregunto si podré soportar el invierno en Ginebra, y temo a veces que me resulte imposible.

4 de enero.—He hablado también de la *Biblioteca universal*, cuyos soportes principales y casi únicos son Sayous, Joël, Ch. Yadert; tiene la revista 300 abonados, de los cuales un tercio están en Italia, un tercio en Francia, y el resto diseminados de Nueva York a Moscú. Público, en su mayoría, formado por gente ya mayor y sensata, timoratos, circunspectos, conservadores, enemigos de cualquier novedad o atrevimiento, amantes de lo instructivo y lo útil, de lo conocido, y poco curiosos por los nuevos intentos literarios, sociales, políticos o religiosos. Es la revista del buen sentido (Ponsard), con su vulgaridad, su solidez, su

lentitud, su sabia mediocridad, su honesto bienestar conseguido a base de privaciones, su carencia de talento, de audacia, de brillo, de creación, de espontaneidad; pero con paciencia y tenacidad de tortuga.

Subsiste desde hace cincuenta años, y ha capeado el temporal de 1848, en el que, salvo la *Revue des Deux-Mondes*, naufragaron todas las revistas literarias francesas. Buen sentido y desconfianza, solidez de prosaísmo, resistencia a la seducción, oposición instintiva a los deslumbramientos producidos por la esperanza o el talento; tiene, en una palabra, buenos elementos negativos, que sólo necesitan ser completados positivamente para resultar útiles.

Estilo descriptivo; estilo filosófico, amplio, dialéctico, vigoroso, preciso, sin imágenes; estilo literario, poético, animado, pintoresco, vivo; estilo oratorio, seductor, cálido, persuasivo; tienes que intentar todo. Plegarte a las necesidades del objeto, metamorfosearte con él. Manejar, agrupar o aislar todas las fuerzas espirituales a voluntad, lo mismo que un general hace con sus tropas. Combinarlas de dos en dos, de tres en tres, o todas juntas, según las conveniencias objetivas. Tener siempre a mano la totalidad, para emplear solamente lo necesario. Ser objetivo, y ceder únicamente al subjetivismo de la intensidad de la forma, la facultad de metamorfosis, el equilibrio constante e inmanente, bajo la especialización momentánea del espíritu. Bajo la forma local hay que reconocer la idea; bajo el hombre de una sola cara, el hombre armónico. Debes reducir todas tus fuerzas al estado de órganos, desarrollar cada una como si se tratase del todo, y emplearla como si no fuese nada. Jugar todas las posibilidades, pero poner tu yo solamente en la armonía total, y precisamente en el punto de la totalidad donde esta armonía brota. Tu especialidad deberá consistir en la armonía, en el equilibrio, en la

conciencia, en la reducción perpetua de lo diverso en lo uno, y de lo uno en lo diverso.

Lunes, 8 de enero de 1849.—Salud. Visita al primo Gosse[36]. Después de auscultarme y conversar, llegó a las conclusiones siguientes:

a) Enfermedad. La sustancia pulmonar no está afectada; no presenta aspecto de tuberculosis. Lo que sí está débil son los nervios pulmonares (pneumo-gástrico). Todas mis debilidades nerviosas tienen un mismo y único origen, en la médula espinal (la óptica, la pulmonar y la genital).

b) Tratamiento. El punto fundamental del tratamiento ha de consistir en evitar las congestiones, y fortificar sin excitar. Necesito medicación resinosa aromática-astringente. Evitar alcoholes y aguas cálidas, y también los enfriamientos de pies y los catarros, lo mismo que las transiciones bruscas de temperatura (particularmente del frío al calor). Procurar los ambientes luminosos, soleados, las alturas; escapar del frío húmedo. Té frío y agua de goma; sirope de quina, excelente (durante el frío); agua de alquitrán (durante las épocas húmedas); contra los constipados, pastillas de ruibarbo (de tres granos) en la primera cucharada de sopa. Trabajar de pie. Guardarme de excesos con las mujeres, cuidar la fatiga de la voz. Mejor el calor de chimenea. Nada de trabajar por las noches, sino, por el contrario, de mañana, todo lo temprano que quiera. Con bata, y los pantalones debajo. Vivir en lugar soleado, evitar la cercanía del Ródano. Régimen: preferible la cerveza qué el alcohol; combatir la predisposición a los forúnculos con ruibarbo y quina. (La quina despeja la cabeza, es tónica, sin excitar, y me conviene en todos los sentidos).

Martes, 16 de enero.—1. Costumbres. Empiezo a hacerme a mi nueva vida, al menos en lo que concierne a la familia,

pues mis demás relaciones aún no están muy sentadas, salvo con Heim, Naville y Lecoultre. Noto, en la casa, el bienestar del hogar: buen fuego, buena luz, alfombras bajo los pies, salud. Veo a Fanny y a su marido a diario, dos veces, e incluso tres, y a Laura tres veces por semana, y a las dos familias cada domingo. Poco a poco voy entrando en estas existencias, estos caracteres, estas individualidades. El 10 de enero, el departamento de instrucción pública decidió que habría concurso para la cátedra de literatura francesa y estética. Las condiciones serán las siguientes: 1. Memoria, impresa para finales de febrero, sobre el movimiento literario en la Suiza romana. 2. Examen sobre dos preguntas a indicar media hora antes de la prueba. 3. Tres lecciones públicas, dos de literatura y una de estética, sobre temas señalados con tres días de anticipación. Ya tengo reunido bastante material y suficiente cantidad de nombres para la memoria. Hay una enorme cantidad de cuestiones secundarias que surgen de repente: literatura provinciana, la descentralización francesa, etc…

2. Conducta. Te adormeces por inercia, y te buscas una serie de dificultades y sospechas que con el tiempo se convertirán en un gran obstáculo. Ya se ha comentado en el jurado que eras comunista. Y tus antiguos conocidos (Roget, Munier, etc.), sorprendidos de no verte de nuevo, van a pensar que tu situación es equívoca. Los señores De la Rive y Viridet, y todo el mundo, después, sondearán tus opiniones políticas, o las supondrán. ¿Cuál ha de ser tu actitud frente a todo esto? No puedes permanecer indiferente o ignorante. Más vale la claridad, dentro de una actitud circunspecta. Deberás dejarte ver como extraño a las querellas, por tu larga ausencia, alejado de todo juicio precipitado y temerario, por carácter y por principio; y siempre sin salirte del terreno científico, y esto sin

favoritismo por un lado y sin motivos interesados por otro. Te reducirás a afirmar una sola cosa: la necesidad de una enseñanza viva y tu deseo de participar en ella, para hacer aprovechar a los demás tus pequeñas experiencias acumuladas en los países extranjeros; como medio de llegar a ello, te mostrarás únicamente partidario del concurso, del mérito; te abstendrás de la política y te interesarás en que te pongan al corriente de los proyectos de cada partido; tú solamente deseas la gloria y la felicidad de Ginebra, pero en una metamorfosis; cuál de los partidos sea el más idóneo para acelerar este futuro es cuestión sobre la que no puedes de momento pronunciarte en absoluto. No juzgues los hombres ni las cosas, sino sólo las ideas, y pide a todos sus opiniones sobre el porvenir de Ginebra.

Las posiciones claras son mucho más fáciles, pues de esta forma vas directo contra los que sospechan; no provoques explicaciones, pero no te niegues a darlas. No te muestres muy abierto, pero tampoco rígido. Piensa que aquí casi nadie comprende la imparcialidad, la necesidad relativa del antagonismo, el bien del partido contrario.

Deberás combatir el exclusivismo, pero también el doctrinarismo. Las fórmulas nunca salvarán a un pueblo. No se pueden implantar leyes, ni siquiera excelentes, prematuramente; las naciones, lo mismo que los individuos, son asimilables sólo por medio de su cultura; y más allá de sus necesidades, las mejores medidas o determinaciones de gobierno les resultan del todo inútiles. No se logrará que beban más de lo que lo hace un asno sin sed, y todo el trabajo empleado en ello es superfluo. Las revoluciones tienen el defecto de pasar primero por alto su finalidad, antes de volver a tenerla en cuenta, y hacen pagar prodigiosamente caro cada progreso; también es cierto que, debido a las malas pasiones y al egoísmo de todos, hay que

exigir mucho para obtener algo. En los revolucionarios, lo mismo que en los revoltosos, veo unos hombres que mezclan en proporciones diferentes el error y la verdad, el egoísmo y la justicia, impulsados por móviles morales bastante confusos, y guiados por maneras de ver imperfectas; y todos ellos trabajando, cada uno por su lado, en un fin común, superior a su alcance y a sus deseos. Lo que me interesa y me ocupa es la vida nacional histórica, que agrupa todos esos antagonismos interiores. Aquí soy observador, y no agente, limitándome además al terreno científico y moral, fuera del campo odioso de la política; no debes dejarte arrastrar y desviar, antes que te llegue el momento. Tienes que agrupar y ampliar el partido de los independientes y del futuro.

3. Tía Fanchette. El domingo por la noche he tenido una conversación muy interesante sobre su incapacidad pedagógica, sobre la del tío, y sobre las causas de su abatimiento; también hablamos acerca de Luisa, María, Laura y Franki, y de mi infancia, mi educación interna e independiente, y mi presente. La buena de mi tía pretende que yo soy «peligroso» para las mujeres, que tengo «dulce mirada», y que ejerzo un gran atractivo. Me ha aconsejado un comportamiento circunspecto y frío, para poner orden en todos esos corazoncitos inflamables, tanto los frívolos como los profundos. Mi madre no creía en la amistad entre mujer y hombre. La tía no cree en la facultad de análisis de las mujeres en lo que concierne al afecto; no pueden dar sin darse; no distinguen esferas y grados de afecto, y juegan a un todo o nada; aman o no aman. De ser cierto esto, sería triste, pues significa la condenación irremediable a la ilusión y a la pena. En amor, la mujer es fatalista, y por lo mismo está condenada a equivocarse frecuentemente, a pesar de su

instinto; y si es virtuosa, a sufrir; y si no lo es, a la coquetería.

La mujer así concebida es menos amplia y metamorfoseable que el hombre; su totalidad, trasladada al hombre, resulta sólo una parte. Pero mi tía se equivoca con su sexo; desconoce sus más bellos expansionamientos; su juicio es verdadero, pero no del todo. Generaliza su experiencia personal y toma una mujer, o incluso muchas mujeres, por toda la mujer. Yo tengo pruebas de lo contrario.

4. Laura. Ayer lunes he comenzado mis lecturas con Laura, por el *Retrato de Vigny* (Saint-Beuve *fecit*); estoy asombrado de la impotencia de abstracción que caracteriza a Laura. No puede analizar, encontrar la regla, la ley, la abstracción. En la esfera intelectual, se ahoga en los hechos; en la esfera moral, no conoce ni la reflexión sobre uno mismo ni la libertad. Desconoce la liberación de pensamiento y de voluntad, porque no aísla la idea ni el yo. Es esclava del hecho y del instinto. Tiene mucha imaginación, adivina y combina rápidamente, pero no tiene facultad filosófica y queda impotente ante cualquier razonamiento; en cambio capta al vuelo las imágenes. Naturaleza singularmente incompleta, y que costará mucho trabajo completar; pereza, tenacidad, escaso sentido moral e interés. Prácticamente, inexpugnable. Ni comprende a los demás ni se comprende a sí misma; su voluntad sin brillo, que ni quiere saber ni ceder, que sólo pretende dominar sin comprender, es una facultad de doble vertiente, despótica para los demás, relajada y perezosa para ella. ¿Cómo serle útil? 1. Amándola. 2. Forzándola a ceder. 3. Imponiéndole la liberación intelectual (por medio de la reflexión). 4. La liberación moral (por medio de la conciencia).

Miércoles, 17 de enero.—Sociedad literaria (casa Marin). Primera sesión del año. Me he encontrado con algunos viejos conocidos, Sagadien, Rivoire el mayor, Goetz el pequeño, etc. Los mecheros de gas sin protección y la necesidad de usar mis lentes me han fatigado los ojos. Asistencia demasiado numerosa; temperatura de baño de vapor. Música instrumental y vocal (violón, Eichberg; contralto, Srta. Tosio; soprano, Srta. Paquet, alumna del conservatorio de París, de voz emocionante y sencilla, pero de cara descompuesta y horriblemente arreglada. Tenor, M. Ferrero, genovés; bajo: un italiano de grandes bigotes) alternada con dos intervenciones consideradas literarias, la una del abogado Cougnard (Le Rentier), y la otra del señor Lacour (Les Musiciens), y con una escena de Molière: Sganarelle, Gerónimo y los dos filósofos en *El matrimonio a la fuerza* (Monnier y tres jóvenes de La Sociedad de Instrucción Mutua). Más de 200 señor ras, tanto madres como muchachas; algunas caras bastante lindas.

Aunque las sesiones sean poco entretenidas, tienes que frecuentarlas: 1, para observar; 2, para instalarte a gusto y perder tu vanidad personal, para aprender a ser sencillo y natural, sin pretensiones, y resultar agradable a los demás, siempre halagadores o malignos. He sufrido la provechosa humillación de sentirme inútil y afectado. Hay que combatir con brío esta pequeñez, sobre todo en vista de que mi mala vista trabaja contra mí haciéndome creer qué me miran cuando nadie lo hace. De vuelta, comprobé que estaba feo, lo cual no deja de ser un buen auxiliar y un alivio.

Jueves, 18 de enero.—He pasado la velada en casa de tía Alix. Dos mujeres, cuatro muchachas y tres jóvenes, Eugenio, Franki y yo. Poco divertido. Laura estuvo desagradable y exagerando a placer los defectos que allí molestan: voz gruesa, malos modales, reprochando defectos,

etc. Yo mismo estuve torpe, mitad por preocupación y sobre todo por vergüenza de mi propio embarazo. Guárdate de un amor cerebral, que son los peores, porque no son aceptados por el corazón. Ten más firmeza en tu actitud y menos transparencia para con los demás. Ve derecho al enemigo, y desafíalo; es mucho más cómodo que esperarlo. Creo, el cielo me perdone, que me he hecho notar lanzando profundos suspiros, y me he reído a gusto de ello; pero mucha atención, pues eso mismo te crea una situación que no te agrada. Manifestando exteriormente algo que no sientes, lo haces creer a los demás, y molesto por la sospecha creada, y que tú notas, te convierten en lo que imaginan. El engorro de luchar contra una sospecha con la idea de parecer querer hacer una gracia, te hace ceder. Y temeroso de parecer falso, te vuelves falso. Es una timidez ridícula, a tu edad y con tu carácter.

Viernes, 26 de enero.—El señor Petit-Senn sigue siendo el mismo: cambiante, listo, sensible, febril, quisquilloso hasta el máximo y ávido de pequeños piropos; de naturaleza coqueta, blanda, impresionable, femenina: un pájaro-mosca, alegre, presto, vivo, brillante, flexible, impresionable, de una finura cercana al refinamiento, de talento exclusivamente literario, ingenioso, y de consumada destreza, pero en definitiva superficial, más gracioso que fuerte, más deseoso de aparentar que de ser, más deslumbrante que luminoso. Su cuerda grave es ficticia; se hace más grave de lo que es. El fondo no le interesa, pero sí la manera de utilizarlo, la forma; ésta, para él, es lo esencial. Y más artista que poeta. Pero sólo pretendo hablar del hombre. Su mujer es una estupenda gobernanta; su hija, bonita y agradable madre de familia, vive con ellos; su hermana (o cuñada) y su sobrina, deliciosa jovencita de ojos negros, estaban también allí; acompañé a

estas últimas desde Chêne hasta su casa, en el Bastion des Terreaux.

Sábado, 3 de febrero de 1849.—Estoy descontento de mí mismo; en sociedad, me muestro vanidoso, inútil, desagradable, intransigente, por lo menos esta tarde. Siento orgullo en llamar la atención, en prevalecer gracias a mi palabra, en brillar en detrimento de otros; orgullo torpe, contraproducente, chocante, y además sin ilusión y sin seducción, pues empiezo por resultarme desagradable a mí mismo desde el momento en que la cosa comienza. Procura hacer bien; es decir, en lugar de negar, simpatiza; en lugar de querer figurar en primer puesto, hazte valer; en lugar de poner un tono seco y presuntuoso, habla con dulzura y conveniencia; persuade, educa, gana, sal de ti mismo, date, en lugar de intransigir y permanecer tieso.

Intimidad. Ten cuidado con la aridez, con la negación, pues estás muy expuesto a ellas. La aridez es la antipoesía, el egoísmo, la fealdad, el aislamiento, el aburrimiento, la angustia. Ama, consuela, llora, ríe; no permitas que los hielos del desencanto de la infecundidad, de los celos, enfríen tu corazón. Llevas dentro de ti la levadura del orgullo, de la cólera, de los celos; vigílalos. El odio sólo se supera con el amor. ¡El egoísmo, el egoísmo! Serpiente enroscada en el corazón, víbora que albergamos en nuestro seno, súbitamente desarrollada en cuanto la temperatura del alma baja.

Es horrible. Reflexionando un poco, no encuentro dentro de mí un solo buen pensamiento, un sentimiento generoso en las cinco semanas que llevo en Ginebra. Y no he sido feliz, claro. Ser feliz es creer, dar, producir, hacer bien. Y no he sentido ningún impulso de admiración, de simpatía, amor o voluntad. He sido protestón, vanidoso, hiriente,

susceptible, orgulloso, indolente; he dejado subir hasta mi la suavidad del abatimiento y el frío del egoísmo.

Atención: purifica tu corazón: amor; templa tu voluntad: concentración; espolea tu inteligencia: fecundidad.

Necesitas conservar, despertar, cultivar, aumentar tu pureza y tu fuerza. Busca tu deber, sondea tu vocación, y piensa en tu enorme responsabilidad. Ningún motivo vulgar de vanidad, de éxito. Sé humilde, atento, enérgico, y serás fuerte. No quieras lo que está fuera de tus posibilidades; mide tu deber, y te serán dadas fuerzas para cumplirlo. Nada de falaz ilusión, mentira o reticencia contigo mismo. Rectitud, verdad.

Domingo, 4 de febrero.—Merendé y pasé la velada en casa de los Bremond. Después de la crema y la tarta tomé parte en varios juegos de sociedad, ruidosos o no, hasta las diez y cuarto. Los tres Custot, mis dos hermanas, dos de los Amiel-Roux (Cecilia sigue malucha, y si no es un catarro fuerte, es la garganta, o debilidad, u opresión), las señoritas Bey, Coulin, Bremond y yo, once en total, de los cuales sólo diez solteros y más o menos casables, pues estaba la señora Guillermet. Entre los besos intercambiados en los juegos inocentes, tuve la suerte de conseguir las únicas mejillas que me agradaban, las de las dos últimas nombradas.

Eugenio baila este invierno por lo menos dos veces por semana; quizá la semana próxima yo haga otro tanto, pues he recibido una invitación del señor y la señora De la Riva para el sábado 10 de febrero, y la señorita Petit da su velada el miércoles: lo divertido es que Eugenio ha tomado la invitación de esta última para él. Con todo esto, mis asuntos no avanzan, ni la memoria, ni la preparación de los exámenes.

¿Por qué Ginebra es antipoética? ¿Es científica? Lo cree así, pero se engaña, por falta de profundidad. Las ciencias exactas y de observación acostumbran a encontrar la ley, pero no la causa; al establecer como base lo incomprensible, el calvinismo ha limitado el pensamiento y le ha prohibido los principios, al mismo tiempo que le ha prestado ese carácter austero, rígido y seco. Rigidez lógica: casillas negras y blancas, condenados o elegidos; sin matices, sin dialéctica posible. El dualismo ha matado la filosofía: lo útil y la cifra han secado la fibra poética. Antipatía por los principios, horror a la metafísica, medidas a medias, medios pensamientos, reticencias, retención, resistencia, tendencia indomable. Carácter bronco, sarcástico. Buenos lados, espíritu positivo, solidez, gravedad, conciencia, sentido moral, exactitud. Omnipotencia de las palabras (como panteísmo, socialismo, metodismo, etc.), consecuencia del espíritu poco científico y filosófico. Juzgar una obra por un detalle, y un hombre por un solo acto; no se tiene en cuenta el conjunto, el fondo y la idea. Aislamiento de las cualidades; lógica y no dialéctica. Ignorancia de la evolución, la metamorfosis, la mezcla, la alternancia.

Poesía y filosofía tienen una fuente común, la identificación, la asimilación, la consustancialidad del espíritu y del objeto. El espíritu que se precia de sí mismo, que se siente constantemente distinto, separado de las cosas, que no siente simpatía, *innigkeit*, no puede ni reproducir la vida (poesía), ni explicarla (filosofía). Sin abandono e inspiración, el hombre sigue estancado en lo finito, lo cambiante, lo falso; no desciende a la morada del héroe; ignora lo absoluto, lo infinito: ignora el hombre, es decir todo, Dios y el universo. La religión, el arte, la filosofía lo rodean entonces de misterios impenetrables.

Producción y reproducción, esto es, literatura y ciencia.

El espíritu ginebrino no reside en el centro, ni tampoco en la superficie; ni tiene profundidad de principios, ni elegancia formal. Nace confusa y torpemente entre dos aguas. Bajo pretexto de preferir el fondo a la forma, no tiene ni lo uno ni lo otro. Se queda en lo parcial, la observación, y, como mucho, en la ley y las relaciones; no llega al meollo, a la vida.

Despertar el sentido filosófico. Carecemos de idea y de ideal.

El señor Pons[37] y otros proponen una serie de remedios superficiales, inútiles, exteriores. Pretender hacer beber sin sed.

Nuestras actuales cualidades son secundarias; nos faltan las primarias.

Lunes, 5 de febrero.—Humildad. ¿De dónde ese derecho a hacer objeciones, a criticar, a condenar, si no has producido nada? Demuestra lo que se puede hacer, haciéndolo tú mismo. Es precisamente esa presunción lo que más caracteriza la impotencia.

La cólera del hombre no sustituye la justicia de Dios.

La elocuencia es una virtud (Theremin); en el fondo, lo más precioso que un autor puede dar es él mismo. Para ser útil hay que amar y persuadir. Para escribir hay que tener el ánimo sereno, tranquila la conciencia, hay que tener un parecer y habitar la tranquila región del desinterés y de los altos pensamientos. Un libro debe tener un alma moral que haga nacer una forma bella. Sólo el abatimiento puro permite el goce de todas las facultades. «Los grandes pensamientos vienen del corazón». Sé grande, para hablar de cosas grandes; y patriota, para hablar de la patria. Arroja de tu seno el amor propio, el rencor, las impresiones pasajeras y personales; edúcate en la imparcialidad, en la

objetividad, en la serenidad, antes de coger la pluma, o de otra forma tu pluma sólo contará las bajezas y las vulgaridades de tu corazón.

Vuelve a la serenidad, por la esperanza y el ideal; combate las impaciencias de tu naturaleza cambiante; la aridez de tu corazón en seguida decepcionado; los celos de tu amor propio irritable; la torpeza de tu inercia; los humos de tu orgullo, la amargura, los arrebatos.

La fuerza está en la serenidad. El orden; la firmeza; la modestia; la precisión y el movimiento; el impulso y la medida; el fuego y el cálculo; la impetuosidad dueña de sí misma. Exactitud psicológica, pintoresquismo en el estilo; unir el análisis a la realidad plástica. Transformarme al ritmo de las necesidades de la cosa, de las exigencias del objeto. Brevedad, vigor, brillo, nitidez mordiente.

Construcción. Encadenamiento, progresión; transiciones.

Ejecución. Precisión; energía contenida, pantera al acecho y ávida. Sinónimos: la imagen contenida; unidad de estilo y de tono. Rectitud de trazo. Prioridad de lo necesario sobre lo agradable. Lo bello debe ser la perfección de lo bueno, «el esplendor de lo verdadero»; no hay que buscarlo, sino que debe resultar obvio. Forzar la corrección hasta llegar a la pureza; y la claridad, hasta la luz; y la luz, hasta la llama. No agotarse con un sofisma, ni cubrir tampoco con el manto real un muñeco deforme. La única finalidad ha de ser la totalidad; el medio es el detalle; pero la serie de partes encajan concéntricamente unas en otras y son medios para quien las domina, y fin, naturalmente, para quien está dominado por ellas.

Miércoles. 7 de febrero.—Baile, o velada bailable, de 16 parejas en casa de la señora Petit (en Los Terraux, 42), cuñada del poeta, de 8 a 2,30 h. de la madrugada…

La mayor de las Boyer es una muchacha atrevida, de labios un poco grandes; la pequeña, linda como una imagen de cera, de color magnífico, me pareció vacía y sin gran contenido espiritual; la señorita Bailan, deliberada, un poco ruda y franca, entiende de música. La señorita Petit baila como un pájaro, pero resulta mucho menos bonita a la luz que de día; es flexible, de talle fino, y de carácter sencillo y recto. La más amable, a mi gusto, era la señorita Guignard; dulce, espiritual y delicada; de corazón indulgente, y sensible a las bellezas de la naturaleza; reservada, pero sin afectación; gana de cerca, a pesar de no tener nada brillante; algo delgada, cuello un poco largo, pero de rasgos finos; se le nota, tanto en la cara como en el espíritu, un misterio discreto y velado. Creo que nunca claro de luna tan poético rodeó el lago con su ensueño; esplendor dulce y penetrante, azul tierno de las aguas y del cielo, calma aterciopelada, serenidad casta y profunda. Al pasar el puente, a las ocho, apenas me sentía con fuerzas para abandonar aquella contemplación. A las dos y media de la mañana la luna estaba en su cenit, y el cuadro era quizá más asombroso, pero menos impresionante; algo así como lo que promete más encantos de los que en realidad posee; la rosa completamente abierta nunca tendrá tanto valor como la que oculta aún el misterio en su seno.

Mi vista es un obstáculo continuo en sociedad. Me quedo siempre en la superficie, e intento entretenerme con naderías, ante la dificultad de ir más lejos. Con las gafas puestas me siento como en posesión de una linterna mágica, y puedo coger los lazos por el nudo y descubrir a las personas bajo sus rasgos aparentes. El baile es la vida poética, la vida desembarazada de sus lenguas, de sus accidentes y de sus necesidades, e intentando elevarse hasta el ideal en la belleza de las formas, de los movimientos, de

las relaciones entre los sexos, de la libertad en la ley, del respeto en la atracción de la seducción en la decencia. Comprendo la pasión por el baile, tan frecuente en las mujeres, sobre todo en las mujeres ligeras, que apenas tienen otro ideal.

Viernes, 9 de febrero.—Día triste; triste de vergüenza por la mañana, y de melancolía por la tarde. Corro el riesgo de no estar alegre mañana en el baile, pues además de mis preocupaciones de pensamiento, estoy descontento de mí en el aspecto moral, y reblandecido por todas las novelas que leo esta temporada…

He rezado con fervor para obtener el arrepentimiento y la humildad.

«El yo me aburre», decía Dumont. También a mí. No tengo gusto ni aliciente para vivir, obrar, amar por mi cuenta. No siento ambiciones de gloria, ni de carrera, ni de riqueza, ni de felicidad. No tengo gana ninguna de casarme, ni de adquirir una posición, o unos hábitos. La necesidad de definirme, de conservar un puesto, de fijarme, me aterra. Soy indolente y orgulloso, indeciso y desafiante, tímido e inconstante. Por todas partes veo gentes que ganan, se sitúan, se casan, compran, mejoran, etc.; todo esto me resulta completamente extraño; los miro con curiosidad, pero no creo que eso tenga nada que ver conmigo. Y precisamente por comparación con las actitudes de mis contemporáneos, me doy cuenta de mi extraño carácter. Y sin embargo soy orgulloso, y necesito afecto; y no sé preocuparme seriamente de mí bajo ningún aspecto. No siento mi propia edad, ni necesidad alguna acuciante, ni un deber positivo. Haría falta que alguien me inspirase ambición, para ennoblecer mis esfuerzos. Me afecta, sí, el dedicarme a cualquier cosa de gran interés, pero no creo ser

necesario, y no veo que mi celo o mi inercia puedan tener la menor importancia. Para adquirir energía necesito confianza, y un austero control que me revele mi fuerza y mi responsabilidad. El deber..., palabra imponente, pensamiento reconfortante. Descubrir el deber, cumplir el deber; vida sabrosa y viril. La dignidad humana, la majestad viril, la felicidad del corazón sólo se consiguen a ese precio.

¡Pobres hijos! Todos los amargos dolores serán apaciguados con el deber cumplido.

En la patria encontraréis una madre, y su bandera os cubrirá con sus pliegues.

Descubro, con dolor, que carezco del sentimiento de patria; este nombre ya no despierta en mí aquel sentimiento filial, noble y entusiasta, que ha inspirado tantos cantos. ¿Quizá podría reavivarlo con el recogimiento y la concentración, por el reconocimiento? ¿Por el contacto con los hombres y las instituciones? Me he acostumbrado demasiado a juzgar mi país, a analizarlo, a tratarlo con el distanciamiento y la imparcialidad de un extranjero; y me he convertido en extranjero. ¿Pero es que hay algo respecto a lo cual no me sienta extranjero? En parte, mi familia, mis amigos. ¡Qué existencia de secano, árida, vacía, flotante! No me creo indispensable para nada, para nadie, ni encuentro a nadie que me sea indispensable —para el amor es necesaria cierta simpatía, y yo no simpatizo aquí casi con nadie. Estoy lleno de prevenciones y presunciones que hay que combatir. Deja de hacerlo todo con carácter provisional, precario, fugitivo; funda algo sólidamente, sobre roca, un deber, un afecto.

Haz bien a alguien; instruye, consuela, ayuda, educa algún alma, y saldrás de ese reposo egoísta y doloroso. Haz de tu pluma, de tu palabra, de tu bolsa, de tu persona otros tantos

instrumentos de verdad y de caridad. Tu vida, entonces, adquirirá un sentido.

¿Qué tienes que hacer mañana en ese baile? Dos cosas: ser agradable con los demás e instruirte. Para ser agradable, has de saber ser natural, alegre, modesto, espiritual, benévolo, hablador y bailarín. Para instruirte, observa; adivina los caracteres, las fisonomías, el lenguaje de los ojos, de los ademanes y los trajes; estudia a todos esos candidatos a la vida, esas almas que buscan su felicidad a través del placer, esas mariposas que corren tras sus flores, esas preguntas sin nombre brotadas de ojos brillantes, esos oídos a la escucha, esos corazones latentes. Descubre los atractivos, las antipatías, las relaciones de las muchachas con sus madres; y busca la clave de toda esa comedia velada y activa que se va montando bajo las luces y los ramilletes.

Alegría. Nace del gozo de vivir, del bienestar interior; la alegría es un instinto, pero puede convertirse en virtud; pero esto es más bien el gozo («Estad siempre gozosos», sermón de Vinet). La alegría es, sobre todo, un temperamento. Y sin embargo, si no eres alegre es por tu culpa. Y el camino de alcanzarla es el reconocimiento y la benevolencia. ¿Reconocimiento? ¿Quién debería tenerlo en mayor medida que tú? ¿No tienes cuanto podías desear? ¿Salud, juventud, fuerza, talento, libertad, ocios, porvenir, parientes que te quieren? ¿Con quién querrías cambiar tu suerte? Lo único que te falta es una madre en cuyos brazos pudieses dar rienda suelta a tus esperanzas, a tus proyectos, a tus involuntarias tristezas; que te comprendiese y te animase. ¿No tienes dos amigas de tu madre, Julia y Fanchette, que están ahí para reemplazarla? La felicidad sólo depende de ti; está a tu alrededor, y sólo tienes que aprender a verla, alargar el brazo. Tienes amigos, Heim, Lecoultre, Cherbuliez, y puedes hacerte otros (Naville, Secretan), simplemente con

vencer tu amor propio. Puedes influir en la juventud (Sociedad de las Bellas Letras y de Zofinga), puedes escribir, pensar, perfeccionarte. Dios no te impone más obstáculo que tu voluntad. Tu enemigo eres tú mismo. Tu vanidad, tu indolencia, tu desgana, tus tentadoras inclinaciones que te anonadan. No hay felicidad sin paz interior, y esta paz no llega mientras no se renuncia a uno mismo para entregarse a un noble deber, a un gran amor, a la misión divina. Tu enemigo es tu capricho, la inexactitud, la libertad. La única verdadera libertad está en la vida eterna, en la energía desinteresada, en la consagración divina. *Libertas, Ubet, lieben.*

¡Volved, jornadas de entusiasmo y de serenidad, cuando sumido en la vida universal, en la vida eterna, me olvidaba de mí mismo, pero no de mi deber, y no pensaba en mí, pero glorificaba la existencia, Dios y el universo! ¡Cuánta beatitud, en aquel reposo en la eternidad de mi tiempo; cómo sentía palpitar dentro de mí toda la historia! ¡Volved, horas de éxtasis, de contemplación, de santa avidez!

No ha habido alegría profunda que no haya disfrutado; y ahora parece como si una imposibilidad de retenerlas me las hubiera hecho olvidar para siempre. ¿No han visitado mi espíritu los más bellos sentimientos? Arrebato de lo bello, felicidad pura de la santidad, serenidad luminosa del genio matemático, contemplación simpática y apasionada del historiador, apasionado recogimiento del erudito, culto respetuoso y ferviente del naturalista; inefables ternuras de un amor sin límite, gozo del artista creador; vibraciones al unísono de todas las liras. ¿No he recorrido, con ala venturosa, todo nuestro mundo conocido, desde el centro de nuestro globo hasta las profundidades del firmamento? ¿Es que no puedo hacer revivir en mí toda la naturaleza? ¿No he visto a los hombres más ilustres del siglo? ¿No he podido

acaso estudiar todos los libros, todos los museos, todos los aspectos del cielo y las costumbres de una gran parte de nuestra Europa? ¿Es que no sé perfectamente que puedo adquirir todo lo que me falta? En una palabra, ¿me ha sido negado algo? ¿Te atreverás a decir que la fuerza, el genio, el coraje? ¿La amistad, el amor? Siempre tendrás fuerza para cumplir tu deber, porque la medida de éste la da aquélla. Tu sufrimiento y tu descontento proceden de tu ansia de otra cosa, de algo más de lo que está en tu poder, y quizá sobre todo de que no quieres todo lo que está dentro de tus posibilidades.

Sé fuerte contra ti mismo, y serás lo suficientemente fuerte. No sigas la dirección de tus miradas, las sugestiones del espíritu de sofisma, las tentaciones del momento; aprende a respetar y a hacer respetar tu voluntad; educa esa débil voluntad; en eso consiste la fuerza, la paz, el fin.

Educación de la voluntad por los sacrificios, las costumbres, la renuncia a los goces frívolos de la distracción, de la dispersión; por el trabajo serio y constante, por el examen severo, continuo de tus jornadas y de tu espíritu; por la humildad y la vigilancia. Direcciones:

1. No hacer nada sin finalidad concreta, sin consentimiento, sin método. Unidad de plan.

2. No abandonar un proyecto sin serias razones para hacerlo. Continuidad.

3. Gimnasia severa; eliminación de la indolencia: producir, formular, concluir. Producción.

De forma que nada de lecturas al azar, sin notas, sin proyecto.

Economía del tiempo, ciencia necesaria y prodigiosamente útil. Es decir, una disposición de las horas, y darse cuenta cada noche.

No abusar con complacencia; no descuidar el control; no cerrar los ojos ante lo posible para soñar lo imposible. Tener constantemente presente el sentido de responsabilidad; pero compensarlo con la habilidad de sacar partido de lo imprevisto. Lo imprevisto es la educación providencial; no hay que provocarlo, pero tampoco rechazarlo cuando se presenta.

Actividad del espíritu; esto es lo esencial, tanto en la vida prevista y querida como en las circunstancias no calculadas.

Todo es instructivo, significativo, edificante, moralizante, para quien sabe mantener abiertos los ojos del cuerpo y los del espíritu. La gran desgracia del tiempo presente es la superficialidad; la atención mantenida es una cualidad que va desapareciendo; la facultad filosófica, creadora, de invención, consiste en seguir una observación, un pensamiento, e ir hasta el fin en sus consecuencias. ¿Por qué? ¿Por qué? Ésta es la pregunta eterna.

Invención es alcanzar el centro de un objeto, aislar lo esencial de lo accesorio, simplificar, y luego seguir, proseguir el pensamiento, deducir todas sus consecuencias. El genio consiste en hacer todo rápidamente.

Domingo, 11 de febrero. 2,30 h. de la madrugada.—Respecto a las dos normas de conducta que me impuse ayer, diré:

1. He tenido poca, poquísima, necesidad de mostrarme amable, pues nadie se ha ocupado de mí.

2. ¿Qué he aprendido? Cómo se recibe en una gran casa de Ginebra. Ocupábamos tres grandes salas, y dos más pequeñas, dos de ellas para bailar y la biblioteca del señor De la Riva como saloncito, una para los hombres, una para el juego y una para los refrescos. En el vestíbulo y sobre las chimeneas, magnificas camelias naturales. Necesito acostumbrarme al gran mundo, pues me comporto con

rigidez, sin presencia alguna de ánimo, tonto y afectado. No tengo conversación, y no sé hablar de cosas ligeras; ignoro el secreto y no estoy en absoluto ejercitado en la justa de frases, viva, burlona, fina, elegante. Quizá soy incapaz de seguirla; necesitaría modelos. El arte de decir cosas amables y agradables me resulta totalmente desconocido; necesito aprenderlo.

* * *

El mismo día. Las moscas volantes son cada vez más visibles y numerosas en el campo de mi visión. Las mil luces desnudas de la sala de baile hacen siempre su efecto, aunque en el baile mismo no lo note. Una velada me resulta, siempre un dilema: ¿el placer o la ventaja que saque de ella vale el precio que pago? Compro con mi salud un poco de conocimiento de mundología, de la misma manera que compro el conocimiento de los museos.

Paseo con Laura después de la cena, por los Bergues, Puerta Nueva, Tranchées y puerta de la Rive. Admirable día, cálido, límpido, brillante y primaveral. En las Tranchées pasean las muchachas casaderas, me contó Laura. Recibió bastante bien cierto número de consejos y de críticas que le apunté sobre su falta de tacto, y su inercia moral: no es bastante respetuosa con los demás, ni bastante exigente consigo misma. Velada con los Amiel-Joly, y consideraciones de ocasión con Andrienne y Jenny.

He leído y estudiado con admiración la *Carta de Rousseau a Beaumont*. Su apasionada dialéctica, su perfección, su tenacidad y su sensibilidad llegan a desesperarme. Razona con la rigidez de un lógico, y al mismo tiempo se altera, se inflama, pinta, colorea. Su fuego no lo atasca, y su rigor no lo enfría. Es la pasión en el cálculo, el cálculo en la pasión, una fusión maravillosa de los contrarios: ironía, bondad,

elevación, emoción, indignación, severidad, todo ello asombroso. ¡Y qué estilo! ¡Qué habilidad de transición, qué brillo y qué precisión de términos! ¡Qué vigor y qué armonía! Es una obra maestra de elocuencia, homogénea de un extremo al otro del libro.

Jueves por la mañana. 15 de febrero.—1.º Trabajo. ¿Cuántas horas vienes trabajando, en realidad? Ayer, todo lo más, diez horas, interrumpidas de 9 a 11 por una salida y de 1 a 3 por la comida y un paseo; de 7 a 8,30 por la lección de Naville y la cena. Te dormiste en el sofá de 11 a medianoche, y después escribiste hasta la 1. He escrito a Hornung para pedir un aplazamiento al señor Chenevière[38]. Todo el mundo (Basset, Chenevière hijo, Lecoultre, David, etc.) creen que llevo mi trabajo muy adelantado, y todavía no he escrito una sola línea de este trabajo.

2.º Sentimiento interior. Me nota cada vez más seguro, con los niños de colegio, con los jóvenes, con los edificios y conmigo mismo. La efervescencia de irritación, de arrebato, de despecho y de polémica va apaciguándose y calmándose. Soy más comedido, más modesto, menos altanero, menos irresoluto. El pasado y el presente de Ginebra me imponen cada vez más, me van ganando, y nuestra majestuosa naturaleza penetra en mí y me dulcifica. La perspectiva de trabajar aquí y de consagrarme al trabajo en totalidad o en parte me espanta cada vez menos. Voy acostumbrándome a mi posición, y acomodándome a mis amigos. En revancha, cada vez me encuentro más ingenuo con las muchachas jóvenes y bonitas, y me dejo embarazar superficialmente sin estarlo en absoluto en el fondo; pienso en la cruz que me ha caído al tener unos parientes como los[39]…, y no dudo que esta cualidad de sobras conocida impedirá cualquier alianza; considero con ojo avizor el espacio sembrado de obstáculos que me separa de nuestras familias llamadas de arriba,

donde sin embargo encuentro gentes que me convienen por la educación, los modales, el tono y la experiencia. El medio que me atrae me lo niegan, y este otro en que vivo repugna a muchos de mis instintos. Fr[40]. es un excelente muchacho, de buen corazón, despierto, resuelto, pero no tiene ningún parecido espiritual conmigo, y su manera de cogerle a Fanny la nariz me choca. Lo estimo y lo quiero, pero no puedo tener intimidad con él. Laura se hace sus planes, su manera de vivir, sin consultarme; sigue en su independencia; si al menos tuviese algún contrapeso (principios, dignidad, piedad, o temor a apenarnos), pero no veo nada en ella que pueda librarla de las tentaciones. En resumen, no puedo traer la familia a mi nivel, ni ponerme yo al suyo. En la Monnaie me han acogido con los brazos abiertos: allí puedo hacer algo útil y ellos pueden servirme de mucho. En Fort de l'Ecluse, me llevo bien con el tío y con Carolina, indiferente con Eugenio, fastidiado con la impertinente y poco atraído por Alix. ¿Es imbecilidad y orgullo? Quizás. Simplemente me doy cuenta de que no puedo subir allí sin afectación, cuando tengo un momento; las muchachas casaderas son una peste.

3.° Enseñanza. Naville habla como un libro; es perfecto, pero deja frío y no anima. Creo que un profesor que buscase, encontrase, caminase en unión de sus alumnos les sería más útil. Él expone y desarrolla su tema delante de los espectadores. ¿No valdría más brindar sus ideas y arrastrarlos? Su lección es un monólogo, y no un discurso. Pero salvo este punto de vista, todo es ejemplar: claridad de resumen y de condensación, sobriedad de imagen, encadenamiento riguroso y previsto de todos los pensamientos, elegancia y precisión de palabra, seguridad de método, talento de análisis, modestia, lo reúne todo.

Viernes, 16 de febrero.—Naville. Ha combatido con razón la idolatría de la inteligencia; la inteligencia, dice, es la

necesidad; no lleva a la libertad, ni al deber, ni a la creación, ni al Dios de la santidad: conduce sólo a la idea. La filosofía cristiana pone la libertad por encima de la idea. Y vuelve a encontrarse en Descartes, que libera a Dios del yugo de la idea, y en Kant, que establece la supremacía del deber sobre las ruinas de la razón pura. Errores: la idea de creación no es propia del cristianismo, sino del monoteísmo en general, y en primerísimo lugar del judaísmo. Si la libertad es superior e inaccesible a la idea, la voluntad a la inteligencia, la virtud a la ciencia, no hay filosofía de la libertad (Secrétan). La voluntad sin inteligencia, lo mismo que la inteligencia sin voluntad, no sólo son malas, sino que no existen. Una voluntad ciega, como un conocimiento involuntario, en el sentido estricto de la palabra, son imposibles. Toda voluntad tiene una finalidad, es decir una idea; y en toda idea concebida como idea hay un acto de voluntad; es la diferencia entre mirar y ver. Un pensamiento involuntario es un pensamiento inconsciente, un pensamiento no pensado. La aparición espiritual espontánea que llamamos pensamiento sólo lo es en propiedad en el instante en que la atención la hace consciente, es decir que la acepta, la quiere: antes, es sólo una cosa sin nombre, un rayo inmovilizado que busca un ojo. Pensamiento y voluntad son las dos caras de una misma vida, los dos elementos de un producto único, o, mejor aún, los dos órganos complementarios, la polaridad fundamental de la energía espiritual cuya indiferencia es el sentimiento. El sentimiento aún no quiere, y tampoco ve; se convierte en pensamiento o en voluntad, o en los dos. Y completa a los otros dos, de los cuales es el radical, el monocotiledóneo. La mujer, menos desarrollada que el hombre, más central, vive sobre todo de sentimiento. El hombre llega con frecuencia a polarizarse por entero en pensamiento o voluntad, e incluso, a veces, a atrofiarse

parcialmente y a ser hombre de pensamiento sin acción, o hombre de acción sin pensamiento. No hay libertad sin pensamiento ni sin voluntad.

Toda vida comienza con la espontaneidad. La espontaneidad se convierte en libertad. Y de esta manera aparece la libertad, lo mismo que aparece el pensamiento, e igualmente la voluntad. Cada energía espiritual hunde su tallo en el organismo, y sus raíces en la animalidad.

Heim. El sentimiento que me impulsó a confiarle las mejores páginas de mi diario íntimo es poco encomiable; en el fondo fue por vanidad. No pretendía hacerle un bien, ni hacérmelo a mí mismo con un expansionamiento o pidiendo un consejo, sino halagar mi amor propio: gozar con su análisis, con el análisis de sus defectos o de sus faltas. ¿Por qué? Porque cuando somos juzgados nos sentimos superiores, y hay una elevación proporcional al rebajamiento.

Necesidad de la acción. La meditación perpetua afemina al hombre, de la misma manera que la inacción ablanda su cuerpo. La virilidad del hombre exige energía, acción, lucha. Ni el espíritu ni el brazo ganan lo más mínimo en estado cartilaginoso. La inutilidad no es sólo una carga, sino también un peligro, y es además una vergüenza.—Consecuencia: Ponte a la obra inmediatamente, trabaja para esa cátedra, sé serio, vigoroso, consecuente.

Hoy has estado disipado, indolente, vacío. Las preguntas que debes hacerte cada noche son las siguientes: 1. ¿Qué adquisición ha hecho tu cabeza y cuál tu corazón? ¿O qué has recibido? —2. ¿Qué has dado? ¿Qué obra buena realizaste?

Sábado por la mañana. 17 de febrero.—Ayer me costó mucho trabajo dormirme. Mi conversación con Heim me

había excitado, y tenía el espíritu tan lúcido que las horas pasaban sobre mí como las nubes delante de las estrellas, sin mermarles brillo. Ten cuidado, estás lleno de narcisismo, te complaces tontamente en ti mismo. Y sin embargo has comprendido perfectamente que verdaderamente tuyo sólo tienes lo malo, pues lo que en ti hay puro, grande, bueno, no te pertenece, sino a Dios; y sólo tienes el poder de darlo a aquel a quien haga falta; fecundarlo y darlo al prójimo; poder es deber.

Cuanto más hayas recibido, más te será exigido. Éste es el pensamiento que deberá darte energía, inspirarte humildad y responsabilidad. Vivir con egoísmo es un crimen, sobre todo cuando se ha pronunciado con frecuencia el término vida divina, dedicación. ¿Y acaso no es vivir egoístamente el estar continuamente esperando, el contemplar perezosamente sin ganar prójimos para tu Dios? La cobardía es un egoísmo. ¿Y qué otra cosa es tu indolencia, sino una cobardía? Si no temieras el ser desconocido, el sufrir, te encerrarías en tu epicureísmo espiritual. Sí, esa contemplación personal, cuando no se resuelve en una dedicación, es una búsqueda de uno mismo. «Apóstol de la vida divina bajo todas tus formas», ¿a quién has evangelizado? ¿A quién has ayudado a descorrer el velo que oculta el hombre a si mismo, es decir a Dios? ¿Has dejado brillar tu luz delante de los hombres? ¿Eres humilde de espíritu y penitente? ¿Has dado gloria a Dios?

¿No piensas que con ese método de resquebrajar las creencias de los demás, sin hacerles aceptar las tuyas, puedes causar más mal que bien? Respuesta; tu utilidad no está en el lado negativo. Busca el punto común de su fe con la tuya, ponte en su terreno, aprecia el lado bueno y aprovechable de su dogma, pero demuestra en qué y por dónde es incompleto, explica en qué es vicioso, y rectifica.

Persuade, en lugar de destruir. Las lluvias que fructifican son las ligeras y dulces; los torrentes asolan, destruyen, y sólo dejan a su paso la desolación desértica. La espada exterminadora con que deseabas armarte da muy malos resultados en manos del hombre, incluso con buenas intenciones, incluso contra el error o la perversidad. Se corre un gran riesgo de matar al enfermo, al extirpar violentamente la enfermedad; resulta parecido y peligroso como en el caso del cirujano (de almas), y cabe además el peligro de hacer despertar el orgullo y el despotismo. Le hace falta una gran pureza moral y un gran sentido para adivinar al prójimo. Lo más seguro, desde luego, es la caridad, la caridad que todo lo perdona porque todo lo comprende, que soporta, pone de relieve, ilumina, gana y mejora. Combatir, sí, en último extremo, pero siempre lleno de espíritu de caridad; y agotar en el amor incluso la severidad, como hace el padre con el hijo; hacer del látigo caricia, y de la espada un favor, y pedir al ángel del castigo que vive en nosotros que nos corrija en primer lugar y nos bendiga; tomar como propio solamente las imperfecciones, e inclinarse ante Dios, que habla por nuestra conciencia, que se revela en nuestras palabras, que quiere obrar sobre el hombre por medio del hombre, a fin de humanizar sus actos, para ennoblecer a sus hijos y dejarles su gloria, pues el amor consiste en olvidarse, y Dios, supremo amor, se olvida por encima de todo. ¿No es este el verdadero culto, la verdadera manera de predicar a Dios y de combatir el mal? ¿No es la de Jesús? Solamente habló con vehemencia contra la hipocresía, y su método religioso fue siempre la mansedumbre infinita, la piedad profunda, el amor y el perdón. ¿Y no ha hecho más su dulzura que cualquier otra fuerza, y su paciencia más que lo violento, y su sufrimiento más que toda salud, y su muerte más que cualquier vida?

De esta manera, no te preocupes por el resultado; no pretendas medir con tu visión de hombre. Crea, o mejor, reconoce, ideas; haz buenas obras, deja fluir, como un manantial, el bien y la verdad que Dios ha puesto dentro de ti, y confía después, para el resultado, en la mano que guía el mundo; ella sabrá aprovechar tu obra en sus infinitas tramas. Ganar un alma es la buena obra por excelencia. ¿No resulta claro, a pesar de la alteración embrutecedora, de la petrificación que las sectas y las doctrinas han hecho sufrir a esta idea? ¿Acaso no sigue siendo divina la figura de Jesús, a pesar de todos los apóstoles, de todos los escolásticos, de todos los papas y de todos los sacerdotes? El mal es sólo la miseria del bien; y el error una caricatura de la verdad. La obra de los siglos sobre el cristianismo consiste en liberarlo cada vez más de sus formas, de sus símbolos, aislarlo de sus envolturas superpuestas, a descubrir cada vez mejor su luz suprimiendo poco a poco las pantallas coloreadas que nos lo transmiten.

La religión de Jesucristo es aquella cuyo pontífice y cuyo Dios es el propio Jesucristo. Jesús es medio y es fin. Nos lleva a Dios, y Dios nos lleva a él. Es idea y vida. Todas nuestras confesiones son formas, maneras de concebir la existencia. Son piedras más o menos transparentes, pero coloreadas, que nos envían, alterándolo, individualizándolo, el fuego puro que suponen. ¿Y podemos estar seguros de que el propio Jesús haya consumido toda especialización, todo debilidad, en la llama redentora del santo amor? ¿Acaso no sufrió un desarrollo? ¿Es que extrajo oro de la religión universal de la ganga judía? ¿Logró, incluso, en vida, la perfección? ¿No es cierto que fue en la cruz donde conquistó la liberación suprema del pecado y del error, con su muerte, y se rescató a sí mismo, rescatándonos? Quizá Dios realizó

todo en él, pues el hombre ideal es el hombre divino, o sea, Dios en el hombre.

Ser en un solo día todo lo que se debe ser equivaldría a la redención definitiva.

(De noche). Por último, te has tropezado con tu castigo: creías que la aspiración equivalía a la fuerza, has creído decretar la inspiración, violar la musa, burlar el azar, realizar tu destino por tu cuenta, y has sido castigado, castigado con la esterilidad, la aridez, el descontento. Sin brillo, sin animación, sin lozanía. Y ahora te das cuenta, sientes toda la pedantería, la estupidez, la pretensión aburrida y absurda que contienen las pocas frases de prueba que has ensayado. Veamos; incluso aquí mismo haces frases. Eres horriblemente improductivo. ¿Por qué? ¿No será porque quieres mandarte en lugar de obedecerte? Quieres ser literario, siendo así que por tu gusto serías un didáctico; y quieres ser elocuente en medio de una ausencia absoluta de elocuencia.

Tienes que preparar la imaginación, despertarla, acogerla, esperarla, pero de ninguna manera evitarla o violentarla. Y respetar el talento, pues es un don de Dios, una superioridad que la voluntad no puede alcanzar. La producción es el más bello atributo del hombre, pues es en lo que más se parece al creador.

Visitas: el canciller señor Viridet me ha comunicado que la elección de la tesis correspondía al señor Fazy. De esta forma, volveré a encontrarme frente a él. ¿Es hostilidad, o vigilancia inquisitoria del maestro? Es la tercera o cuarta precaución que toma, y con anterioridad al fracaso sufrido por el señor Jung. 1. Primero quiso que el concurso fuese ante jurado. 2. Se hizo nombrar miembro del jurado, e hizo que nombrasen también a una mayoría política entre la cual

los únicos imparciales eran Cherbuliez y Colladon, quiero decir no políticos, o de otro color, y se los sustituyó por los señores Raisin y Chenevière. 3. Ha hecho prevalecer, en contra de Vüy, la idea de un tema de tesis prescrito. 4. En contra de Viridet la elección misma del tema.

Si todo este trabajo no está encaminado a favorecer al señor Mülhauser, que no está eliminado en absoluto, como piensa Chenevière, o incubado al calor de una extraña inquietud por esta pobre cátedra, quizá sea una bonita manera de hacerme pagar la indiscreción de la visita que tuve la desgracia de hacerle a mi llegada, concretamente, el día que redactaba su *Revista*, gracias a una torpeza de mi guía y consejero Guillermet.

¿Se trata de parcialidad, desfavor o solamente desconfianza?

¿Seré excluido, disuadido o solamente vigilado?

En los dos primeros casos, ¿no es un error apartarme del partido conservador, sin pasarme a los radicales, y arriesgarme a un fracaso, a una pérdida económica y a un desagradable antecedente por un resultado tan poco seductor, por una plaza que apenas me tienta (porque no hay que olvidar el gimnasio, y además es mucho mayor la parte correspondiente a la historia literaria que la de estética)? ¿Estos escrúpulos están dictados por la pereza o por la prudencia? ¿Quizá te gustaría triunfar fácilmente, sin lucha? No, pues has pedido que hubiera concurso. Lo he pedido, sí, pero ante un tribunal imparcial. Ahora bien, de un jurado de siete miembros, solamente dos, o a lo más tres, no están predispuestos contra mí. Y como uno es el presidente, quedan cuatro contra dos.

¿Es suficiente mi adhesión, bastante mitigada por las tendencias actuales, para luchar contra las prevenciones

poco favorables y en circunstancias tan sospechosas? ¿Justifica la ventaja los inconvenientes? En el caso de lograrlo, estaría poco contento; pero lo estaría aún menos si fracaso; y sólo tengo dos probabilidades contra cuatro.

¿Qué es, por tanto, lo que me ata? Por una parte, un principio de honor, puesto que he comenzado y además he pedido un plazo; y sobre todo un oscuro compromiso de conciencia, que no me permite dejar pasar una oportunidad de ser útil. Y una esperanza aún más vaga de que una vez en la academia podría actuar mejor que desde fuera, y que al cabo de un año podría quizá aspirar a la cátedra de filosofía, con la facilidad de palabra ya adquirida, con una clientela de estudiantes, con una experiencia. Claro que el año me haría mucha falta para ponerme al día, y valdría más adquirir mis méritos dando cursos libres, sobre temas que me interesasen y me aprovechasen. Actualmente un fracaso me causaría mucho más perjuicio que el éxito de un curso. ¿Qué conclusiones debo sacar de toda esta palabrería?

1. No conozco nada de los partidos políticos, y sólo pretendo ser útil a nuestra enseñanza, e intento hacerlo así presentándome.

2. Si me rechazan, haré mi doctorado, redactaré mis viajes, me dedicaré a mi filosofía y haré unos cursos.

3. Si me eligen, ganaré nuestra juventud para la filosofía, por medio de la estética, la psicología y la literatura; y al mismo tiempo cultivaré la palabra y el estilo, me ejercitaré en la enseñanza y prepararé mi carrera de escritor o mi candidatura a la cátedra de filosofía.

Pero todo esto exige fuerza, talento. ¿Me va a pasar, como esta mañana con la imaginación, que voy a decretarlo para al final ser traicionado por él? Experiméntate, pruébate. ¡A la obra! En la obra se ve el obrero. Sólo vale la fuerza, y el

único síntoma de la fuerza es la obra realizada. Buenas noches; son más de la una.

Domingo, 18 de febrero.—1. Para la filosofía te faltan dos cosas; el amor ardiente y la búsqueda sincera de la verdad, cualquiera que ésta sea. El valor de proclamarla y sostenerla por encima de todo. En otros términos, careces de una enérgica necesidad de convicciones que debería ocupar el lugar de tu voluptuoso vaivén en las verdades presentidas; y también el valor de las convicciones propias, el valor para el martirio moral, más prolongado, más doloroso, menos conocido que el otro. En otros términos, la entera lealtad, el culto ferviente a la verdad, la inflexible rectitud contra uno mismo y el sacrificio total del yo, del éxito a la medida del mundo, de la vida por la verdad. Puedes y debes tener atenciones respecto a los demás; sólo por caridad puedes velar la verdad, pero nunca por egoísmo. Cuando la verdad sólo puede perjudicarte a ti mismo, puedes decirlo con la conciencia tranquila; pero cuando te resulte útil, deberás sopesar y meditarlo bien. O sea; lealtad, valor desinteresado y caritativo.

2. Me he sentido profundamente triste pensando que ningún alma se aprovecha lo más mínimo de la mía, que no encuentro una expansión total. ¿Está mi vida desinteresada, libre de egoísmo, de amor a la comodidad, de temor al sufrimiento y de terror a cualquier deber doloroso? Mientras recorría solo las Tránchées, a la hora del crepúsculo, bajo una bella, dulce y alegre atmósfera de primavera, he sentido las melancolías de la soledad, de la inactividad del alma, una dulce y triste pesadumbre. Bajé por el camino que lleva a la casa Bernier, y recordé y volví a ver mil imágenes de mi infancia, en cada rincón, en cada árbol, en cada piedra, en el patio de la casa, en las grandes acacias que se alzan cerca del triángulo de césped, ya desaparecido, donde jugábamos.

Papá, mamá, mis hermanas, mi hermano, toda la infancia, los vecinos, los amigos, los compañeros, los Rébe, tía Souqui, los Davin, los Custot, Luisa Poitevin, y otras mil impresiones lograron vida, murmurando cada una su gracia, todas preciosas y encantadoras visitantes de antaño. El arbolito que habíamos plantado con Laurent ha crecido y es ahora grande. ¿Por qué ha sido precisamente este árbol el que me ha hecho sentir con más fuerza los veinte años transcurridos? He sentido en toda su fuerza las raíces invisibles que nos ligan al pasado, toda la poesía de la infancia que se saborea con el corazón lleno de tristeza. ¡Con cuánta dulzura vamos recogiendo los jirones del alma prendido por el niño en cada rama, en cada matorral! Cuánta dulzura he sentido al encontrar esta poesía, que sólo había sentido en los otros, en mi corazón. ¿Por qué esta desconfianza de tus sentimientos? ¿Por qué huir constantemente de lo que te atrae? ¿Por qué ese temor a la emoción? ¡Ah! ¿Por qué? Pues porque cuando se retira deja sentir con más intensidad el vacío; y obliga, crea una sed que luego no sacia. Desde que estás aquí, dos o tres muchachas provocaron en ti el deseo de volverlas a ver, y son precisamente las que evitas encontrarte. Es cierto que sabes que eres impresionable, incluso para lo que no puede encadenarte, para lo que no es la atracción central, y el temor a equivocarte y equivocar es más fuerte que la llamada y la dulzura del deseo.

3. Cena en la Monnaie[41], cena fría, pues la nueva criada que debe suceder a Peronne todavía no ha llegado. Las dos pequeñas están tomando un cariño vergonzosamente desordenado al caniche, sin que lo eviten; darían cualquier disgusto a su padre por no privar de un capricho a su perro. Siempre se encuentra una manera de hacer malo lo bueno por el exceso y la debilidad: ¡pobres padres! Todo redunda

en su perjuicio. He hablado mucho de Laura con la tía. La señora Bremond sólo dice una frase: casadla. No anda equivocada; desprovista como está de un contrapeso interior, y bella y viva como es, Laura está a merced del primer error. El miércoles la llevo al baile.

4. ¡Una pasión, una ambición! Ojalá una de ellas se apodere de mí para obligarme a hacer algo.

5. Acabo de leer maravillado las 133 primeras páginas del Pascal de Vinet. Si me hubiese quedado alguna duda sobre la exactitud de la frase de la señora Necker (creo), cuando dice que los libros nos gustan en la medida y proporción de los pensamientos propios que encontramos en ellos, la lectura del Pascal la hubiera disipado por completo. Me parecía como si cada frase hubiera sido escrita por mí, tal como en efecto las había ya pensado. ¡Qué lucidez psicológica y qué belleza de alma las de Vinet! Pascal era un genio, pero menos de lo que se pretende; el hombre es más admirable que su obra, y su apologética, a pesar de sus esfuerzos, cae dentro del circulo vicioso. Las preguntas que hace a las religiones parten de una conciencia cristiana y sólo encuentran por respuesta al cristianismo, como es natural. Los criterios apriorísticos de la revelación resultan involuntariamente deducidos del hecho mismo. Para llevar al hombre al cristianismo, no hay que tomar al hombre moderno de la sociedad cristiana; hay que pensar en los budistas, en los musulmanes, etc. La manera como Pascal plantea la parte necesaria del misterio, de lo sobrenatural, etc., no pasa del estado de hipótesis, o se apoya cuando menos en varias hipótesis. Se nota demasiado la ausencia de conocimientos históricos y de aclimatación en estados de alma distintos al nuestro (religiones orientales, politeísmo, etc.). El libro agarra, y sirve de prueba a un público bastante extenso, pero no es válido como tal para un espíritu

desprovisto de prevenciones o presunciones, y situado por encima de nuestra civilización especial. Teología, filosofía y ciencia exceden el nivel de Pascal. Esto no disminuye su grandeza; cada gran hombre no es más que un anillo; pero nuestro espíritu francés encuentra trabajo en acomodarse al punto de vista de la marcha de la verdad religiosa y filosófica.

Lunes, 19 de febrero.—Laura. He intentado prevenirla en una carta contra ella misma, a propósito del baile. La idea de reanudar una correspondencia me parece muy feliz; es más fácil escribir una serie de cosas que decirlas; las observaciones establecidas y escritas se releen y se concretan mejor; y podemos resultar más útiles y verdaderos. Es una manera de aconsejar, de vigilar, de criticar, de analizar, de relajamiento. Hay que mostrarle el mundo, el conocimiento de sí misma, la vida moral, los peligros de la imprudencia; hace falta una especie de curso de moral, de enseñanza maternal y paternal, de iniciación progresiva en las esferas que aún ignora: deber, libertad, buena reputación, sacrificio, conveniencias, pasiones, caracteres, etc. Aunque no siente necesidad de todo esto, le hace mucha falta un contrapeso interior, una salvaguardia moral contra las tentaciones y seducciones, una vida moral, en fin. Para despertarla a esta conciencia habrá que servirse del diario íntimo, de esta correspondencia, de la lectura, de la conversación.

El diario la acostumbrará a recogerse en sí misma y a darse cuenta.

La correspondencia la dirigirá, la empujará en esta búsqueda, planteándole las cuestiones, y además la ayudará con consejos y soluciones.

La lectura completará sus conocimientos, llenará su imaginación, ejercitará su juicio y formará su pensamiento.

La conversación le servirá para formarse ideas, para ganar confianza, para rectificar el fondo y las formas.

Martes, 20.—¿Puede conocerse el sujeto? Podemos dudarlo, pues al estudiarse a sí mismo el sujeto se hace objeto, el cual puede volver al sujeto objeto a su vez, el cual puede tomar por objeto los dos a la vez, y así hasta el límite que la fuerza de atención imponga; son como dos espejos enfrentados y reflejándose, y después reflejando sus reflexiones, y las reflexiones de sus reflexiones, y las de éstas, etc., hasta donde el ojo pueda seguirlas y el crepúsculo permita verlas.

Conocer es un acto. La ciencia concierne, pues, a la moral.

Obrar es seguir un pensamiento. La moral es, pues, del dominio de la ciencia.

Hay una moral de la ciencia (una virtud intelectual, un deber del pensamiento).

Hay una ciencia de la moral (una inteligencia de la libertad, una ciencia del deber).

¿Qué significado tienen, pues, los tres órdenes de Pascal? (corporal, intelectual, espiritual).

¿Acaso la voluntad se libera de la inteligencia lo mismo que el pensamiento lo hace de los sentidos? ¿Qué hay que pensar y cómo interpretar esto, que parece tan verdadero y sugestivo? Se trata más bien de tres esferas, tres formas de existencia, en cada una de las cuales estamos por entero. Es cierto que tendemos hacia la libertad completa; ahora bien: en la primera forma, antes de la inteligencia no existe libertad; en la segunda, la inteligencia se libera del universo; en la tercera, falta liberarse de sí mismo.

El término sería la libertad absoluta; toda la existencia es una serie de sucesivas liberaciones, de despojamientos interiores, de metamorfosis ascendentes y cada vez más concentradas, más etéreas, más espirituales hacia la libertad. La liberación de la propia voluntad es ciertamente la más dolorosa, la más prodigiosa; y esto es lo que la religión llama la salvación, la conversión. Pero la inteligencia no ha quedado por debajo; ha subido con Dante. *La divina comedia* es el símbolo inmortal de la ascensión de las almas, o de la gravitación divina. La inteligencia no se equivoca cuando quiere comprender todo el hombre, sino cuando quiere ser todo el hombre. Es una forma de vida, pero no es toda la vida. Tiene derecho a penetrarlo todo, pero bajo su especial punto de vista. La inteligencia y la voluntad se sirven recíprocamente de continente y contenido, de sujeto y objeto, de medio y de fin. La una atrae a un punto único del universo y a sí misma, y la otra deduce de ese punto un segundo universo, libre y voluntario. Son las dos tuerzas espirituales, análogas a las fuerzas centrípeta y centrifuga.

Miércoles, 21 de febrero, por la mañana.—Vanidad. Después de predicar a Laura, necesito predicar al predicador. Me vienen oleadas de amor propio ridículas. Júzgate a ti mismo, y da ejemplo a tu hermana. Sé amable y no vanidoso; benevolente, y no egoísta; verdadero, y no halagador o ingenuo. Para gozar y aprender, olvídate. Para observar, para estudiar los caracteres y los sentimientos, dilúyete. Precisamente lo que debes dar es la misma cosa, una observación justa, una advertencia que haga reflexionar, una imagen que agrade. El baile es la vida poética, decías; pues debes darle tu personalidad y procurar captar la de los demás; intentar llegar al núcleo, adivinar el eje de las otras personalidades. La clave de esta búsqueda la tiene en la frase de Swedenborg: el hombre es como su amor. Hay que

descubrir el gusto fundamental en medio de sus gustos; adivinar el alma en medio de sus rasgos; lo permanente, en lo movible, y lo real en lo aparente. Nunca nos conocemos a nosotros mismos; el piropo más delicado resulta todavía una verdad, un descubrimiento de nuestros sentimientos; revelarle a una mujer lo que es, o adivinarla, es, creo, lo que más debe halagarle. Ser hábil, dice la señora Tourte (*La hija del pastar Raumer*) no consiste en halagar directamente, sino en mostrar, indirectamente, el efecto que los demás producen en nosotros. El incienso disimulado es un perfume de segunda categoría; cuanto más delicadeza posee una mujer, más sutil deberá ser el perfume. De forma que, 1.º, adivinar, con la vista, el oído y la simpatía, e indicar que se ha adivinado, con tanta más sutileza cuanto más desarrollada sea la persona en cuestión: éste es el fin. 2.º, la conversación de baile es cosa difícil por el tema y por el tono. Respecto al tema: eliminar todos los temas impersonales, de conocimiento puro. Hay que buscar las impresiones comunes, y por consiguiente las observaciones, los recuerdos en los que haya alguna relación. Partir de cualquier cosa cercana, y salir en seguida de la trivialidad. Por ejemplo, a partir de lazos y colores, llegar a la pintura, o pasar del panorama del salón a un paisaje; y del paisaje a los viajes; de los nombres de los que os rodean, a los caracteres, a las posiciones sociales, etcétera. Los temas son: la sociedad, la naturaleza, los viajes, el arte, el atuendo, siempre desde el punto de vista de los gustos, del gusto y de la individualidad. El tono debe ser movido, gracioso y colorista, evitando lo mismo el lugar común que la afectación; natural y penetrante; de apariencia independiente, dispuesto a todo, pero fiel a su propósito. Tener un fin único; adivinar, y servirse indiferentemente de todos los recursos, ingenio, gracia, sentimiento, simpatía, silencio e interrogación, para

alcanzarlo. Buscar para agradar el lado fuerte, y el débil para preservarte.

2,30 h. de la madrugada. Regreso del baile de Ferrier. Laura terminó con jaqueca. Además, se sintió decepcionada y desilusionada: ¿No es más que esto? ¡No lo encuentro tan bonito! Los hombres eran feos y estúpidos, el ambiente común y despreocupado, los tocados descuidados, pocas mujeres interesantes. El baile sin gracia, confuso. El placer no valía desde luego una jaqueca, ni una tarde perdida, ni el precio del coche (cinco francos), ni los gastos de *toilette* de Laura (cerca de 40 francos). Es una lección a la que debo sacar algún provecho.

No es, pues, la sociedad que nos conviene a Laura y a mí. A mí me gusta la gente culta, con o sin riqueza. Laura encontrará lo que le conviene en la clase letrada: profesores, médicos, ministros, jueces. Quiero que tenga un marido distinguido, con el cual yo pueda entenderme, y que no la decepcione en seguida. Suponiendo que yo logre ser profesor, tendré que elegir mis relaciones, e introducir a mi hermana entre las gentes de mi clase.

¿Llevarla a vivir conmigo (y Julia)? Considerar esta idea.

Viernes, 23 de febrero.—Hoy he considerado muchos sentimientos, todos en la gama melancólica y grave: aislamiento, renuncia, primavera, deber, piedad, matrimonio, etcétera. Me cuesta trabajo encauzar el torbellino para fijarlo. El día comenzó con un despertar cansado. Tenía oprimido el corazón a causa de un sueño penoso: me veía amado por una mujer a la que yo no amaba, y ello me hacía entrever una vida de dolor y de sacrificio. Después escribí una nota a Laura, un poco seca. Luego leí dos tomos de la señora Long (*Realidades de la vida doméstica*, 1845). Paseo por los bastiones. Apoyado en el musgo, aspirando el viento

a pleno pulmón, he llorado; mil pensamientos bailaban en mi cabeza. La vida seria, la vida moral, la necesidad del deber, del dolor, surgen con frecuencia en mi horizonte. El severo estudio de uno mismo ayuda enormemente a ver con claridad. Pero lo que tú necesitas es el estudio del prójimo, la simpatía. Aplica a tu alrededor los ideales que dejas flotar en la lejanía. El deber está muy cerca de nosotros. Deberás considerar como deber todo cuanto bien puedas hacer, olvidándote de ti mismo. El bien hay que hacerlo a la manera de los otros, y no a la nuestra. Al querer imponerles tu propio ritmo de pensamiento o de sentimiento, los fastidias, los alejas. Hay que descubrir su individualidad, su talento; apreciar su posición y su naturaleza, y respetarla. Dominar el pronto celo con el respeto a cada alma individual. La divina pedagogía no conoce ningún específico exclusivo; tiene tantos métodos como alumnos. Con el único e idéntico objeto de desarrollar la totalidad del hombre, y de hacer penetrar al hombre en la vida divina todo lo más posible, cualquier medio le sirve, todos los caminos son buenos con tal que se los proponga. La paciencia es la señal del celo puro; la flexibilidad infinita es el carácter del amor. Y la sagacidad es la recompensa por el verdadero desinterés. No buscando el éxito propio, sino el de la obra, se elimina la vanidad del procedimiento, y aceptamos lo que sea. Esta consideración pone de relieve los errores de mi manera de influir sobre mis hermanas. La utilidad no la lograré prodigándome, sino midiendo mucho la justicia y la oportunidad de cada advertencia.

Miércoles, 28 de febrero de 1849, por la mañana.— Sembrador, años 1838 y 1839. ¡Qué cosecha de pensamientos en este inagotable Vinet! Siempre maravilloso en su análisis adivinatorio, de penetrante rectitud, de finura sutil, producto de un sentido moral infinitamente delicado. Su mirada va

derecha al centro y al fondo, y no sufre desviación ni refracción porque es perpendicular al objeto. El escritor le sirve para aislar al hombre, y lo que en el hombre le preocupa es su región íntima, su relación con Dios, su conciencia. Busca siempre el carisma, el don característico y especial, el individualismo íntimo y único de cada autor, y la medida en el cristianismo. Cuando ha encontrado el eje de la vida, el motivo de toda la orquestación de un escritor, hace nacer y evolucionar en él el resto. Su lucidez moral y psicológica le permiten interpretar los vestigios más fútiles. Todo está para él sujeto a enigmas, todo es símbolo significativo, con una significación moral. Lo que no es originalidad, individualidad, personalidad, le resulta insípido, vacío, impío. Siente horror por el panteísmo. Y por aquí se llega a su lado débil. No conoce bastante la vida objetiva, el alma por encima del alma individual, como por ejemplo el alma de una familia, de una nación, etc. Desconoce la solidaridad. No tiene sitio para el rescate de todos por todos, para la vida de conjunto. Tampoco puede explicar el origen de las lenguas, de los estados, de las religiones. Es demasiado, exclusivamente subjetivo.

Sábado, 3 de marzo, de noche.—Responsabilidad. ¿No estás perdiendo tu vida? ¿No estás matando tu porvenir con la indolencia, la timidez y la dispersión? Desconoces los dones que Dios puso en ti, y no te atreves a considerar lo que debes ser y serlo. Confundes la intención con la fuerza, es decir la voluntad propia con la voluntad de Dios. Necesitas a toda costa adquirir una superioridad; esto quiere decir una especialidad. ¿Para qué cosa tienes más talento que cualquier otro? O mejor, ¿dónde encuentras tú la paz intelectual, la satisfacción? En la serena majestad de los grandes pensamientos y de los horizontes amplios; en la filosofía de la historia y de las religiones. Me entretengo

mucho tiempo en las esferas inferiores; pero sólo en la cumbre de la alta montaña de la contemplación me siento lo que soy. Pontífice de la vida infinita, brahman adorador de los destinos, plácida ola reflejando y condensando los rayos del universo; contemplación, en una palabra, es lo que me atrae. «Ser dueño de mí y del universo». Ser la conciencia de todo y de mí mismo, y simbolizarla para el prójimo, por medio de la palabra, en alguna obra imponente y solitaria. Al querer realizar demasiado tu derecho a lo particular, a lo finito, a lo contingente, te pierdes, y vuelves a caer de las cimas eternas.

Miércoles, 18 de abril de 1849.—Una, vez más he abandonado mi diario. Vuelvo a él con dos títulos y dos deberes más. Soy tío desde el 23 de marzo, y profesor (de estética y literatura francesa en la academia) desde el 10 de abril. Mi vida se perfila más nítidamente y echa raíces más sólidas. Inicio con esta primavera una nueva carrera. Pero no sin reservas y sin inquietud. Mi pecho me persigue y me priva del impulso de la esperanza, de esa vigorosa alegría que es condición de cualquier éxito, y que sería tan natural a mi edad y con mis posibilidades de porvenir.

El domingo último (día 15) hubo otro acontecimiento familiar, la elección nacional de un pastor para la ciudad como sucesor del dimitido señor De Fernex. Franki, que todavía la víspera tenía todas las probabilidades, perdió por culpa de dos líneas de la *Revue de Genéve*, que lo recomendaba, su candidatura, y sólo obtuvo 368 votos contra 507 que reunió el señor Jacquet, el elegido… *sic transit gloria mundi*. Por lo demás, no se trata de nada grave; las cosas no corren prisa, y quizás valga más para Franki no ser acaparado todavía por sus funciones pastorales.

El concurso para la cátedra ha durado tres meses. Quedó abierto el 10 de enero, y se cerró el 10 de abril. De los seis candidatos inscritos de oficio u otros (señores Blanvalet, Mülhauser, Barbezat, Hornung, un profesor de Macon y yo), quedé solo en el campo de batalla y ya sólo he sufrido las diversas pruebas, a saber las cinco lecciones delante del jurado en la sala del gran consejo, del lunes 19 al lunes 26 de marzo, a desarrollar sobre temas anunciados algunos con dos horas solamente de anticipación (1. ¿Qué es lo bello en las obras del espíritu? 2. Los clásicos y los románticos), y los otros con un día, dos y tres de anticipación (3. Diferencia entre las literaturas en Francia en los siglos XVIII y XIX. 4. La literatura francesa del imperio. 5. Lo bello moral). Mi fuerza fue creciendo a medida que me enfrentaba con los ejercicios, y la última lección resultó bellísima y armó algún ruido. Y por último, la tesis, preparada con diez semanas de lecturas y escrita en cuatro días, del 27 al 30 de marzo, impresa al mismo tiempo, y que apareció corregida, encuadernada y satinada el 2 de abril por la mañana[42]. Intelectualmente el ejercicio no me cansó, pero me hizo sufrir del pecho.

… Cecilia, siempre a cuestas con sus glándulas linfáticas, no sale de su cuarto, y muchas veces ni siquiera de la cama, desde hace tres meses y medio, en espera de que la campaña y el movimiento instalen médicos distintos a los que su madre no quiere consultar…

Ocurre con el diario íntimo como con la oración y con la vida moral, que cuanto más descuidado se lo tiene, menos atractivo resulta, y cuanto menos lo usas menos ganas tienes de hacerlo. Pero los detalles lo hacen necesario; pero dejar acumular los intereses es condenarse a perder los detalles. Esta tarde me sentí con fuerzas, pero estas primeras páginas, en lugar de aumentarlas, las han hecho desaparecer. Las diez en mis dos relojes… Voy a acostarme. El viernes, pasado

mañana, tengo que iniciar dos cursos, y aún no sé lo que voy a enseñar. Ya es hora, por mi fe, de ocuparme de ello. Mis escasos éxitos de los últimos tiempos me dan temeridad; hay que tener cuidado. (He conseguido diez días de plazo).

Viernes, 20 de abril.—Hoy hace seis años que salí de Ginebra por última vez. Cuántos viajes, impresiones, observaciones, pensamientos, formas, cosas y hombres no habrán pasado desde entonces por delante de mí y en mí. Estos últimos siete años han sido de los más importantes de mi vida: noviciado de mi inteligencia, iniciación de mi ser en el ser.

Por tres veces, esta tarde han caído torbellinos de nieve (impenetrable). ¡Pobres albaricoques y ciruelos florecidos! Qué diferencia con seis años atrás, cuando los bellos cerezos adornados con sus ropas verdes de primavera y cargados de ramilletes de boda me despedían, con ocasión de mi partida, a lo largo de las campiñas valdenses, y las lilas de Borgoña me lanzaban a la cara, a la imperial, bocanadas de sus perfumes…

Domingo, 22 de abril de 1849.—Paleta. Impresiones muy variadas. Esta mañana, antes de las diez, he leído una parte de las novelas de Voltaire, detestable lectura, si vamos a juzgarlas según los preceptos de Rousseau, pues sólo conducen a la inmoralidad.

Risa de mono instalado en la destrucción.

Se sale de ellas impuro, malo, burlón, árido e irreligioso. Al lado de estos sepulcros vacíos y corrompidos de Voltaire, Rousseau y su Julia aumentan increíblemente de valor. Y cómo nos ponemos a amarlo y a respetarlo, con todos sus sofismas y su implacable orgullo, por su calor moral, por su energía de odio y de amor.

Por la tarde, larga visita a los Cherbuliez. La conversación, muy interesante, versó sobre Dickens, y sobre todo acerca de Theod. Abauzit, del cual intenté hacer un análisis completo. Por las exclamaciones de la señora Cherbuliez, de su hija y de su marido, veía que mis opiniones eran acertadas, y a veces tan justas que se les escapaba un gritito involuntario. La satisfacción de conseguir plenamente algo puede dar cierto amor propio, lo siento. De forma que me porté con más malicia que de costumbre, y aunque sabía que son amigos de Abauzit, y por consiguiente que mi franqueza no podía perjudicarlo cerca de ellos, sin embargo hubiera podido dejarme arrastrar menos, pues en este tipo de maledicencia psicológica hay poca caridad, y he dado toda la impresión de halagarme con la severidad aplicada al prójimo, mientras en mi interior solamente sentía el placer objetivo e intelectual de un análisis bien hecho. Pero este ejercicio es peligroso, y sólo debes hacerlo entre personas de las que estés muy seguro, o en tu diario.

Estoy asombrado, pero feliz, de ver mi actual frialdad de sentido, que no es en absoluto frialdad de corazón. La tentación puede inflamarme fácilmente, pero mientras no se presenta estoy tranquilo y sin apremios, y en lo tocante al corazón me siento en el medio de esa simpática imparcialidad que es la imparcialidad poética; me siento a propósito para gustar las pasiones, sin caer preso de ellas; vivo objetiva y no subjetivamente.

Laura me causa pena: es demasiado poco hermana. Vive completamente al margen de mí, no me pide nada y me da muy poco salvo algunas ternuras. Yo, que sólo querría abrirle los brazos, animarla, participar en sus penas y en sus placeres… Y me obliga a dejarla andar sola su camino. Ni me cuenta lo que hace, ni mucho menos sus proyectos; hace dos meses le he enviado una larga carta íntima, y aún no me ha

respondido; se niega a tocar el piano delante de mí, me esconde su cabeza porque se ha cortado el pelo; bagatelas o casas serias, todo se traduce en lo mismo: se siente molesta ante mí, no quiere intimidad, porque no quiere dejar romper el círculo inflexible de su yo, porque no admite sufrir un examen, y teme, en caso de ser adivinada, recibir un consejo. ¡Pobre Laura! ¡Ojalá no tengas que sentirlo un día!

Jueves, 26 de abril de 1849, por la mañana.—1. Ayer he estado triste todo el día: triste pensando en Laura, triste al comprobar las nuevas manchas que se inscriben en el firmamento de mi visión, y que emborronan con su paso inevitable las frescas imágenes de los árboles y de la lejanía sobre la que amo detener mis ojos cansados; triste, viéndome solo, triste ante los pensamientos lascivos que varias páginas de las *Cartas persas* han despertado en mi interior, triste a causa de mi sensibilidad y mi sequía, de mi aburrimiento y de mi falta de orden, etc. De repente eché a la vez de menos la salud, la esperanza y la actividad. Como el alivio contra todo lo que me falta sólo en el trabajo y la lectura lo encuentro, cuando este alivio me falta, cuando mis ojos se debilitan y los siento caer, un angustioso vacío se apodera de mí. Estoy atormentado con una contradicción: no tengo la simplicidad de aceptar una vida sencilla, ni la energía suficiente para crearme otra. Mis facultades languidecen; no tengo las relaciones que me harían falta, y no hablo con nadie de cuantos me rodean de temas verdaderamente interesantes. Estoy perdiendo mi año más bello, mi año vigésimo octavo, cuando el deseo de vivir y el despliegue de la voluntad en una obra recia y útil deberían sostenerme y animarme. En fin, a ver si el dolor sirve para algo positivo. Consulta esta aguja fiel; ella te acusará tus faltas. Y tu falta consiste en haber vuelto a caer en el egoísmo, pidiendo a los demás en lugar de darles; y en el olvido de Dios, al ejercer el

pensamiento y no la conciencia, mostrándote sentencioso en lugar de ser religioso, dejando de rezar y de santificarte; en el olvido de tu verdadero yo, de tu deber, de tu grandeza, cediendo a la cobardía, a la pereza, siguiendo la dirección de tu vista, dejando escurrir tus fuerzas por las hendiduras de tu alma, en lugar de encauzarlas, de hacerlas brotar en un sentido concreto; de haber cedido en lugar de haber querido. En otros términos, debilidad, desorden, egoísmo; éstos son tus errores.

Has dejado perder el equilibrio interior, descuidando tu salud, no concediéndoles sus derechos a tus músculos, a tus ojos, etc. Las penas, los suspiros no significan nada, hay que poner remedio; hay que recobrar la fuerza.

2. Esta mañana, antes de comer, di un bonito paseo, costumbre Berlinesa olvidada y que sería conveniente reanudar. Necesitas reanudar tus contactos con Ginebra en todos los sentidos, volver a echar raíces en todas direcciones, rehacerte y restaurar tu infancia, estudiando los lugares, las gentes, las sociedades; en una palabra, impregnándote de esta vida. Este embebecimiento te serviría como una renovación vital; es un deber; es condición necesaria para tu influencia. Hay que convertirse en ginebrino, vivir en esta naturaleza, en esta nacionalidad, para poder obrar sobre ella, para tener derecho a hacerlo. Asimilarte a tu pueblo. Esto te sacará de tu aislamiento, de tu orgullo; es al mismo tiempo una ocupación y un placer. Paseos variados y en todas direcciones; preguntas a todo el mundo; visitas a talleres, al gasómetro, a las colecciones de arte, a los museos, al arsenal, etc.; introducción en los círculos, sociedades, etc.; y después tomar parte activa en la vida política y religiosa.

Domingo, 29 de abril, por la noche.—Familia: continúa el frío con Laura; su carta, llena de sospechas, procede de un

amor propio ofendido, con una sequedad poco animadora. Ha confirmado mis temores; no quiere intimidad, y no desea ser observada ni consejo alguno. Por desgracia, tiene en su naturaleza algo de gata. Firme, voluntariosa, susceptible, pero no sensible, su vida es sólo superficial. He fracasado pidiéndole más. Hay que dejar todo esto a un lado, y tratarla como a una chiquilla sin seriedad, entreteniéndola y dejándola entretener. Carece de sentido moral, pero no tiene prisa. Ni el honor, ni el ejemplo, ni la reprimenda ni la oración la conmueven o la cambian. Lo que desea es ser amada sin condición, con sus defectos, tal cual es, recibir sin dar, ser adorada pero no mejorada. Dos partidos a tomar: o tener paciencia, sin gruñir ni aconsejar, y dejarla hacer por su cuenta; tiene poca capacidad y poco espíritu, y no conviene pedirle más, o bien protestar silenciosamente. Este segundo camino no daría con ella resultado alguno, pues no lo comprendería; lo tomaría por un increíble rencor de amor propio herido. De modo que, paciencia, y vuélvete superficial. Sólo que, sin nuevas demostraciones, deja ver que adivinas. No aprecies; penetra. Di; te gustaría esto, piensas esto otro, pero sin decir si está bien o mal.

He pasado el día en la Paumière. Cecilia nos inquieta a todos, y sobre todo la manera estúpida como su madre, que la ama tanto, cuida un mal cuya sola duración es ya de por sí grave. Los Roux, los Guillermet, los Cavagnary, los Amiel de la Monnaie, todos están de acuerdo en este punto. La manera como Cecilia tosió en la cena era tan dolorosa que daba pena. Esta muchacha se está consumiendo; y sus padres, ciegos, no quieren consultar a las personas del oficio. Mucho me temo que se estén preparando crueles pesares.

Jueves, 3 de mayo de 1849, por la noche.—Mi pobre amigo, estás triste. ¿Por qué? Porque no ves manera de seguir viviendo, y no estás todavía resignado a la impotencia y a la

muerte. Necesitas abordar este porvenir de frente, y habituarte a él. Tu débil pecho te obligará seguramente a renunciar a la carrera profesoral, pues estás aún extenuado de una sola lección dada ayer. ¿Pero cómo ganarás tu vida, si te falla la palabra? Vida acortada, sin duda nada de matrimonio, carencia de salud y de dinero, imposibilidad de ejercer la carrera, inactividad exterior. En una palabra, que si no cuidas tu salud serás un ser condenado e inútil.

No eres un hombre. Un hombre debe ser fuerte, viril, lograrse un puesto al sol, luchar contra los hombres. Un enfermo del pecho es algo triste y lastimero, y es inútil para su familia, para el estado, para el arte y para la ciencia. Sólo le queda ejercitarse en la paciencia y en la conmiseración. Si no hubiera nacido... Supongamos que puedo evitar la tisis que aflora; siempre seré frágil, débil, sufriente, y mi energía, mi esperanza, se frustrarán por culpa de un pecho de papel. ¡Oh naturaleza! ¡Qué cruel compensación a mi independencia y a los libres arrebatos de mi juventud!

Consideremos tu posición con sangre fría. ¿Renunciar a la carrera profesional? ¿Y qué hacer, entonces? Pues robustecer tu salud, ¡caramba!, y vivir con economía, dedicado a la ciencia y a los afectos. ¿Pero son realizables los dos últimos puntos? Aquí no tengo en qué ocupar de manera suficiente ni mi corazón ni mi espíritu. Y para ir al extranjero hace falta más dinero y más salud de la que tengo. Quedarme, sin puesto, pobre, sin un sentimiento que llene mi alma, y vivir de nostalgias o de resignaciones, inútil y más o menos aislado, y quizá durante mucho tiempo. ¡Qué sombrío porvenir!

Pero abordemos la situación por el lado bueno. Aún me queda dinero para no morir de hambre. Pues a vivir, entonces, pobre soñador, contemplando el universo y

apartado de todo; medita sobre la vida y prepara tu itinerario de ultratumba. Con tu naturaleza inquieta, inconstante y blanda, no puedes hacer nada mejor. A grandes proyectos, pequeño viaje; a grandes esperanzas, pequeño provecho. Devuelve tu destino a manos del padre de los espíritus. Tú haz lo que creas mejor, y déjale el resto. Querer lo que Dios quiere es la única ciencia que nos proporciona el reposo. Aparentemente, no eres de los que iluminan a los otros; conténtate, al menos, con haber sido iluminado tú mismo. Nunca has sentido la seguridad interior del genio, el presentimiento de la gloria ni de la felicidad. Nunca te has imaginado célebre, grande, y ni siquiera marido, padre o ciudadano influyente. Esta indiferencia ante el porvenir, esta total desconfianza son sin duda signos. Lo que tú imaginas es siempre vago, indefinido, celeste; no debes vivir, porque ahora no estás capacitado para hacerlo. Manténte en orden; deja que los vivos vivan; no cuentes para nada con tu averiado caoarazón, y dedicate a resumir tus ideas, a hacer el testamento de tu pensamiento y de tu corazón: esto es lo más útil a que puedes dedicarte. Renuncia a ti mismo y acepta tu cáliz, con su miel y su hiel, no importa. Haz descender a Dios sobre ti, llénate de su esencia, convierte tu seno en templo del espíritu santo; haz buenas obras, procura hacer felices y mejores a los demás. No tengas ambición personal, y encontrarás fácil consuelo en la vida o en la muerte, pase lo que pase.

Y como tu salud es la condición para un bien futuro, en el caso de que lo estorbase deberías sacrificarle tu sitio. Para asegurarte, consulta los dos o tres mejores médicos de Ginebra. No te permitas ninguna pena voluntaria.

Sábado, 12 de mayo de 1849.—El jueves fui a visitar al señor Prevost en su casa de campo de Aire. El doctor, color bizcocho y piel de Rusia, que al principio no quería

recibirme, pues está enfermo, una vez introducido ya no quería dejarme marchar. Tuve que tragarme toda la historia de Francia, desde la batalla de Bouvines hasta la nueva república. El objeto de la visita quedó reducido al mínimo. A través de innumerables anécdotas sobre la gente respetable, sobre la familia Maumari, sobre mis tíos, mi madre, mi padre, etc., por fin salí a relucir yo y mi estado. Le gustaría tratarme con regularidad este verano; me ha aconsejado continuar estas seis semanas, antes de renunciar, y si llevo adelante la idea de dejarlo todo para robustecer mi salud, me recomienda mejor Roma o Río de Janeiro que Madeira; en una palabra, un sitio donde pueda emplear mi tiempo y preparar alguna obra que me mantenga relacionado con los vivos. Si Laura pudiese casarse este año, mi libertad sería mucho más grande. Uno puede columpiarse entre el mundo antiguo y el nuevo. Éste ofrece muchas seducciones: naturaleza, porvenir. Quizás atravesaría el océano como Colón, y llegaría a nuevas tierras, promesas de porvenires ignorados, etc. ¿Y quién sabe si no podría asociarme a cualquier expedición científica?… Q dar la vuelta al mundo. Seria excelente remedio para sacudirme al hombre viejo, para borrar el resto de los prejuicios, y sobre todo para conseguir un físico sólido y órganos enérgicos. Una metamorfosis y una liberación de más.

Hoy sábado, jornada perdida en gran parte; dormí de cinco a ocho de la tarde, en pleno día, como consecuencia de un deslumbramiento que me había forzado a cerrar los ojos. Podría decir, casi, que me dormí de tristeza. La suerte de esta pobre Cecilia me oprime el corazón. Su madre, la misma que le dio la vida, se la quita ahora con esa insensata testarudez en negarse a los remedios y a la ciencia.

Desde hace ocho días empleo toda mi fuerza de persuasión en destruir esta postura. Por medio de André

Roux, que ha sostenido con su hermana una lucha de hora y media, he intentado decidir a la madre a consultar con los médicos; inútil. Por medio de Francis, cuyos cuidados han sido invocados, intenté exigir del padre una consulta; inútil.

Con una carta, esta mañana, y otra vez por medio de Eugenio, he reanudado el asalto del padre, indicándole medios indirectos y directos de lograr una consulta; inútil.

Después de haber exagerado hasta el límite la seguridad, ahora están en la fase de la resignación; Eugenio y mi tío consideran a Cecilia, ya, como caso perdido, y no quieren contradecir y contrariar a esa madre obstinadamente ciega, por temor a hacerle perder el ánimo; como si la muerte de su hija no fuese motivo suficiente para hacerlo.

¡Qué sacrificio de sangre humana! ¡Pobre madre! La lección deducible de toda esta horrible historia no es otra que las consecuencias de la superstición, el homicida y sanguinario poder de los prejuicios, el crimen de la ignorancia.

Una madre que ama tanto a su hija, y sin embargo hela ahí cavando su sepultura con sus propias manos, sin dejarse influir por ninguna súplica, impertérrita en su infernal constancia. Parece ya vértigo y demencia. Había una cuarta posibilidad, que era conseguir que la propia Cecilia lo pidiera. Eugenio se ha encargado de sugerírselo con mucho tacto mañana. Pero carece de autoridad y de vista, y lo he dejado después de haberlo aleccionado durante más de una hora, con el presentimiento de que el abogado perdería su causa. ¡Ojalá me equivocase! Mi plan consistía en hacer leer a Cecilia (sin dejárselas, bien entendido) las líneas siguientes, escritas anoche:

(Variante, después de haber hablado con Eugenio):

Cecilia tiene resignación. ¿Tendrá energía? Su situación es ya muy penosa; cuanto más tiempo la priven de remedios científicos, más grave se pondrá. Pero hay medios. Si Cecilia tiene piedad de sí misma, si quiere, causándole una gran pena a su madre, ahorrarle otras mucho mayores, o peor aún, deseará, provocará, y si hace falta exigirá la consulta de médicos notables.

Y este deseo surgirá espontáneamente, sin haber sido sugerido por nadie; pues el deseo sólo tiene valor si proviene de ella.

O sea: 1, petición; 2, petición espontánea; 3, petición reiterada; dirigirse al padre y a la madre al mismo tiempo, juntos; 4, exigencia inmediata; cada día el mal aumenta.

Observación: esta petición sólo puede ser hecha por la enferma. De esta manera no se pueden negar a ello. Una consulta, un examen sin plan consiguiente no estropea nada y puede servir de mucho.

«Si Cecilia quiere evitarle remordimientos a su madre, pedirá por su cuenta, y si es necesario pechará con la responsabilidad de exigir una consulta con dos o tres médicos conocidos.

»Ante la improbabilidad de convencer a su madre, se dirigirá entonces resueltamente a su padre, y de esta manera le dará una fuerza que no tiene.

»Es algo que no se le puede negar a una enferma, si ella lo desea. Y tiene que desearlo, por piedad hacia ella misma y por consideración hacia sus padres y amigos.

»P. S.—Este medio es, desde ahora, el único para llegar a una solución que resulta ya indispensable».

* * *

El mismo día. Cecilia tiene valor; ojalá tenga perseverancia. Sobre todo, por su cuenta y sin consejo, que lo tenga bien presente. Sin este punto, todo es inútil, y más perjudicial aún.

No me faltaron ganas de firmar: un amigo en nombre de varios; o bien hacer firmar, mejor, a los Roux, los Amiel-Joly, yo mismo; en una palabra, el mayor número de familiares posibles para pesar más en el ánimo de la muchacha, y darle más coraje, al mismo tiempo que aligerar nuestra responsabilidad compartiéndola. Después que leí la carta a Fanny, a Eugenio y a tía Fanchette, tuve que renunciar, no sin resistencia y sin pena. El uno teme que la enferma se afecte; otro dice que no hay derecho a predicar la rebelión, a sembrar la discordia; y además, quizá sin esperanza. ¿Y si la tía pierde la cabeza sin que salven a la sobrina? Todo esto es cierto, justo, prudente; pero cuando hay que salvar una vida, lo imprudente se hace prudente y hay que correr el riesgo del jaque; y la circunspección bordea los límites de la dureza, y casi de la cobardía.

Por otra parte, el celo da derechos; ¿basta acaso desear el bien para hacerlo? Alix está demostrando todo lo contrario. Pues bien, es igual; anoto, para ver más tarde, la idea de que una temeridad en casos semejantes es casi sabiduría, porque creo que dejar hacer es dejar que la entierren. Hoy he cedido a las razones ajenas; si mi conciencia así me lo exigiese, volvería a consultarlos, y sólo a ellos. Pero la situación parece ya siniestra. Ayer, tía Fanchette no ha podido ver a Cecilia encamada; hoy, Franki no ha podido entrar en la casa. Cierto que todos estos impedimentos tienen explicaciones sencillas, pero entreveo bajo todo ello una significación fatal.

La posibilidad de la carta me parece prácticamente irrealizable, aparte de que Eugenio, si fracasa, hundirá el terreno bajo su peso. Dos palabras con el primo Gosse: convencer a Marin de que lleve por su cuenta y al azar a alguien como Rilliet o Bizot. Es lo único, ya, que se puede hacer. ¡Pobre Cecilia! Nadie tiene influencia en la casa. Haría falta un pastor, un señor Prevère, como ocurre con Reybaz y Luisa en *Presbítero*, novela que acabo de releer, y que ofrece una curiosa analogía con el drama lúgubre de la Paumière. También en el libro un prejuicio obstinado cava la fosa de una muchacha querida. El medio más sencillo, escribir a Alix, no serviría de nada. Es una locura intentar convencerla, cuando el hijo, el hermano y el marido se han estrellado ya contra su testarudez. Causarle remordimientos sería una crueldad superflua; y más espanto del que tiene, difícil; y ternura… ¿pero para qué, si la que tiene le hace sufrir enormemente? ¡Enigma inconcebible y asesino! Incluso comprendiéndolo, no se comprende nada. Una madre vampiro, pasa; pero un vampiro par amor es más raro. Ciertas hordas salvajes comen a sus viejos para ahorrarles una muerte lenta y los gusanos del sepulcro. Alix come solamente a su hija, para preservarla de la madurez y de los cuidados del prójimo; esta ternura es más avanzada que la de los salvajes.

Jueves, 17 de mayo de 1849, por la mañana.—¡Muerta!… ¡Ha terminado el sacrificio, la víctima está consumada! Mártir de un prejuicio, en la flor de su juventud, Cecilia expira solitaria, sin voz, sin reproche, y se apaga entre los brazos de su madre, que no la cree muerta, lo mismo que no podía creerla gravemente enferma. *¡Sancta simplicitas!* Por no decir *tetra, nefanda, exsecrata simplicitas.* Eugenio ha venido anoche a darnos la noticia, prevista, ¡ay!, pero inesperada. Yo le daba todavía unas semanas de vida. Cada

mañana nos decían: «Va un poco mejor...» El cielo ciega a los que quiere perder, decían los antiguos.

Cecilia ha expirado ayer, miércoles, 10 de mayo, a las dos de la tarde, en el momento en que yo estrechaba la mano de su hermano en la plaza de la antigua posta. Tenía quince años, cinco meses y tres días. Bella, distinguida, aparentando cinco años más de su edad, tenía todo lo que hace falta para morir joven, y sobre todo una buena madre... ¡Ni siquiera la han velado esta noche, último y fúnebre deber, última atención para con los muertos, tan saludable para los vivos! Ni siquiera a última hora mandaron llamar un médico para intentar los supremos esfuerzos y asegurarse de que todo estaba completamente terminado. ¿Y si se tratase de un letargo, y Cecilia, al abrir los ojos esta noche, se encontrase en su caja? Moriría de espanto y de abandono... Dejemos esto, pues me pongo amargo. Y no faltan razones.

Recuerdo, el lunes, día de la mudanza de mi hermano, el suspiro de compasión de los dos tíos a la vista de la mala elección de los mozos y del desorden del embalaje. Jacques añadió: «¡Inexperiencia de la vida!» Ayer noche, mientras intentaba dormir, estas palabras me vinieron a la memoria y comparé la inexperiencia de la joven pareja con la de la vieja. Ésta sabe preservar mejor sus colchones y sus muebles, pero la otra sabe conservar mejor sus vivos, y no se espanta de lo que no tiene importancia. Ojalá la otra tuviese menos experiencia, también.

Vi a Cecilia por última vez hace diez días. Debía haber vuelto, después, y lo hubiera hecho si ella estuviese sola, pero la presencia de la madre me producía indignación. Me la figuraba cómplice de un asesinato. Todavía me persigue la última mirada de mi pobre prima. No la interpreté mal, no: presentía su fin; creo que si no hubiese habido testigos,

habría estallado en sollozos. Había una contradicción entre la firme expresión de su actitud, de sus rasgos, y el fondo de su mirada, y yo pensé: «Siente que está en malas manos, no tiene confianza, pero se resigna». Lo he hecho todo, lo he intentado todo para derribar el muro de lazareto con que la protegieron; pero tengo una pena profunda, y es la de que haya partido, que se haya ido sin haberse sentido apreciada, adivinada, sin haberme sido posible endulzar sus últimos días al menos con una de esas conversaciones graves y dulces, elevadas y consoladoras, como me hubiera gustado, y como ella hubiese necesitado. La mañana de su muerte pidió a Dios en voz alta que se la llevara consigo.

Otra vez queda abierta la fúnebre carrera de muertes de familia, tan activamente frecuentada en mi infancia, en que tantos lutos llevé (un hermano, dos hermanas, tres tías, padre, madre), y cerrada, gracias a Dios, desde hace quince años (1834, fecha de la muerte de mi padre). Y ya la tenemos otra vez abierta, y quizá para más de una víctima. Alix, y quizá yo, somos los que tenemos menos probabilidades de sobrevivir… Vivir para ver.

¿Y Carolina? Cuando quiera besar a su hermana, a la vuelta de su viaje de placer, le enseñarán un rectángulo de césped en el cementerio.

Escribo estas líneas en la finca de Bon, cerca de Chêne, en el camino llamado de la Montaña, a cinco minutos de la iglesia protestante y del cementerio… Es nuestra residencia de verano; hoy es la tercera noche que nos acostamos aquí, pero llueve sin cesar. Las dos casas contienen tres familias: Guillermet y Ninet en una, Bon en otra, donde también vivimos una dama anciana y yo; es decir, ocho personas mayores, un bebé, y por otra parte un ama de cría, tres criadas y un jornalero. Cuando llegue Laura, la guarnición

alcanzará la cifra de 15 cabezas. La vida es campestre, con jardín, huerto, huerta, granja, tres vacas y cinco o seis fanegas de terreno.

2 h. Día de la ascensión, y ascensión también de las almas. La partida es más fácil con un cielo tan gris, tan lluvioso y malsano. Esta mañana, Franki y yo hicimos la visita de pésame, de 10 a mediodía. Bajo el cielo oscuro, las nieblas frías se arrastraban aún por las montañas del valle. Al descubrir en medio de este paisaje mate y silencioso la casita amarilla de la Paumière, capilla terrosa de mi pobre prima, me conmoví.

¡Qué asco se siente por la humanidad al ver el poco efecto que produce una muerte, incluso en una familia! Qué poco tiempo lleva hacerse a la idea y lo bien que todos se arreglan para vivir al lado de una tumba. Una muerte es como una piedra que cae al agua; unas cuantas ondas alrededor, luego el hundimiento, y por último la calma y el olvido. ¡Oh Dios mío!, ¿qué pasa con nosotros? ¿Y con nuestro egoísmo?

Cuánto sufrimiento, para los verdaderamente afligidos, ver tantas caras indiferentes, que sólo aparecen como comparsas de las catástrofes; oír tantos consuelos triviales, tanta pregunta estereotipada... Hay motivos para adorar la soledad, desde luego.

¡Morir es eso, entonces!... Ser inscrito en el ayuntamiento, el visitador que viene a tomar el pulso, algunos amigos se llegan a estrechar las manos a padres y familiares mientras la costurera amaña abajo un vestido negro, y se mandan tarjetas de participación. Y la muerta se queda sola... ¡Pluf! Ekelhaft, como dice Hamlet. En lugar del culto tierno, piadoso, respetuoso que se les rinde a los muertos en Alemania, en lugar de ^as flores alrededor de los restos, de las palabras religiosas y consoladoras de los cantos, con las

que se honra la última visita, y de las que se dejan penetrar los asistentes; en lugar de esos preparativos graves y solemnes, de esa poesía melancólica de los últimos deberes, de un recogimiento tan agradable, tan penetrante, tan saludable; en lugar de todo esto, ¡cuánto hielo! ¡Cuánta vulgaridad! ¡Qué indignidad, incluso! ¡Qué envilecimiento de la muerte, si la muerte pudiese ser envilecida! Comprendo el horror y la antipatía por el calvinismo, que favorece involuntariamente esta pobreza, sustituyendo las manifestaciones citadas con esta austeridad sombría y dura. Sin religión y sin poesía, la muerte es una cosa repugnante, y el hombre un bruto. Qué espantosa diferencia entre la habitación mortuoria de Cecilia y la de aquel estudiante de Berlín (Rossell), a cuyos funerales asistí hace tres o cuatro años. Aquél, cuya familia, sin embargo, estaba lejos, a orillas del Rhin, fue llevado a la tumba con más lágrimas, más flores y más oraciones que Cecilia, la virgen de quince años, muerta entre los suyos. El hombre se honra honrando al hombre, se ennoblece purificando y santificando la muerte, se fortifica celebrando su inmortalidad, se eleva en contacto con Dios. Al escamotear el fin, convirtiendo el féretro en algo vergonzoso, el coche fúnebre en un objeto de disgusto, y reduciendo el último deber a una furtiva mirada, se ultraja la majestad humana y se elude la lección divina.

No he podido pronunciar una sola palabra fingida de consuelo, pues todavía no he perdonado a los padres su conducta. Entré en la habitación mortuoria solo con Eugenio. Quise contemplar por última vez aquellos rasgos pálidos, los labios azulados sellados para siempre, los grandes ojos cercados por las marcas del sufrimiento y cerrados para siempre; he querido depositar sobre aquella frente helada, pero pura todavía, un beso de adiós. Y no sentí la repugnancia por los cadáveres que antaño experimentaba,

repugnancia brutal y bárbara, egoísta e impía, en el fondo. Incluso tuve una singular y terrible ilusión: por dos veces me pareció escuchar un suspiro. ¡Adiós, pobre Cecilia! Siempre se van antes, de aquí abajo, los mejores. Ni te han comprendido, ni te han cuidado. Yo te conocía poco, pero hubieras sido distinguida, y sólo siento no haberte podido servir. Siempre tendrás un lugar en el cementerio de mi corazón, y yo lo visitaré alguna vez.

Domingo, 20 de *mayo.*—1. El viernes, a las cuatro, fuimos invitados a los oficios fúnebres; tres mujeres, tía Fanchette y las señoras de Marín y de André Roux acompañaron a la madre en su dolor, mientras seis familiares se disponían a acompañar el féretro a Plainpalais (no a Chêne). Mi cuñado rezó los servicios fúnebres antes de la partida. Sólo había un coche, ocupado por el padre y el hermano, los tíos Frederic y André Roux, Guillermet y yo. En el coche, la conversación no fue que digamos muy comedida. En el cementerio llovía a mares. Una honra de una treintena de personas. Un detalle llenó al tío de ternura; alguien había hecho cubrir el borde de la fosa con unas brazadas de hierbas florecidas, que sirvieron para cubrir la caja y amortiguar el golpe doloroso de la tierra que cae. El primo Amalric, que venía de Montpellier, llegó a uno de los extremos de la llanura cuando el coche negro pasaba por el otro. Sobre la caja no había ninguna corona indicando juventud ni virginidad; los padres se habían negado a esta ofrenda. Vuelta a la Psumière. Por singular coincidencia, Cecilia descansa al lado de una vecina de la infancia, muerta recién casada, la señora Eugenia… Bachelard. Tendré que reunir en algún momento todos mis recuerdos sobre nuestra pobrecita muerta de quince años. Esta noche es demasiado tarde.

2. Lecturas: ayer, sábado, releí la primera mitad de Jocelyn, bajo los lilos del ángulo del jardín, acompañado por

los chirridos de los grillos y de las alondras, y bañado por el aire puro y oloroso. ¡Qué dulce y suavemente entra esta poesía en las venas! ¡Cuánta alma, y cuánta ternura! Nunca me habla resultado tan evidente su falta de realidad y de veracidad en lo tocante al paisaje.

3. Hoy he hecho mucho ejercicio físico: tiro de pistola, juego del barril, bolos, etc. Servicio en Chêne, improvisado por Franki, para nuestro asombro. Recibí a los Guillermet, y a Laura, que pasaron la jornada. Laura está débil y enervada por sus espantosas jaquecas. Después de comer, Fanny, Laura y yo visitamos la Paumière. Estaban allí los Amalric, con los Roux y los Cavagnary; después de esta ausencia de seis o siete años, la prima Jenny Bonnet no me ha reconocido, y el primo Agustín me encontró convertido en un hombre. El tío Jacques está ya bastante animado, y la tía abatida, pero tranquila. Mis hermanas se han puesto de luto, que por lo demás les queda muy bien. Presta a sus rasgos un no sé qué delicadamente melancólico que la coquetería podría explotar con éxito. Fanny estaba muy comunicativa; el éxito en el juego del barril, el paseo, el espléndido día la volvieron a sus antiguos enredos de chiquilla: se colgaba de nuestros brazos, no paraba de bailar, siempre con una canción en los labios; estaba joven y adorable. Laura, tras haber saltado de alegría, terminó dolorida, con los ojos fatigados, el corazón agitado y las piernas cansadas; fue necesario coger un coche. Habrá que ponerla en cura.

Miércoles, 23 de mayo de 1849.—Laura se ha venido junto a nosotros; ésta es su primera noche. Ha llegado agotada por su larga e intolerable jaqueca. La encuentro desmejorada, con ojos lánguidos y aliento entrecortado; no ha querido comer nada. Carece de lastre y medida; unos momentos parece llama y tempestad a la vez, y una hora más tarde asemeja el agua estancada, turbia y mate. No sabe

dominarse, no quiere vigilarse, y prefiere navegar a la deriva, dejando flotar la salud, el trabajo, los años a merced del viento y de lo desconocido. 1, hay que crearle hábitos; 2, equilibrarla, es decir devolverle la salud de cuerpo y de alma, deberá ser nuestra meta; 3, hacerla condescendiente. La mejor manera será soltarle todo el carrete posible, pero sin abandonarla; ensayar las advertencias indirectas, al oído, los apartes, que interesan a modo de secreto y no hieren el amor propio. Hacerle su estancia aquí agradable, y atrayente mi compañía. Aprovechar la experiencia adquirida con su último desdén. Exigirle muy poco; pero permanecer firme, no perder desconsideradamente el puesto que su última falta me ha proporcionado.

La finalidad, la he señalado más arriba (orden, sumisión, equilibrio).

El medio: 1. Intentar conocerla mejor; viéndola actuar y haciéndola hablar. Examinar sus conocimientos positivos.

2. Influirla, por insinuación directa (amor propio), animándola indirectamente (emulación), con la autoridad del afecto, y utilizando, muy poco lo de la edad y de la superioridad; y no usarla nunca intimidando.

Las cualidades más convenientes con ella son la prudencia, la alegría, la gracia, el afecto y la firmeza. No exigirle seriedad, ni profundidad, ni concentración, ni atención. Ella tiene pasiones y gustos, y poca fuerza moral e intelectual. Sus características más particulares son la vida estética y nerviosa, el vivísimo sentido de lo que encanta y el deseo de dominar y de agradar. Llamar fe a aquella cosa de la cual se pretende apartarla; ella arruinaría su salud por conservar un encanto, y no tendría miedo a la tisis si creyera que su mirada iba a ser con ello más atractiva, y más bonitos sus rasgos. Hace falta, por tanto, darle una idea respetable de

mi gusto, y al mismo tiempo mostrar una decidida inclinación por la salud, por el estado normal y vigoroso del alma y del cuerpo, ridiculizando la languidez, la afectación y las maneras mimosas. Pedir y exaltar ante todo la naturalidad, la verdad del carácter; y luego la lozanía elástica, el coraje de la conciencia pura, el reconocimiento de la salud. Mostrar la negligencia de la salud como una ingratitud para con Dios y para con la naturaleza, como un espantapájaros de los pretendientes, como una torpeza, un acto de mal gusto, un olvido malintencionado. Estimulando así la vanidad; el amor propio, se les obliga a cooperar al fin deseado, a ayudar a la obra de sentido común. Ante todo, hay que estudiar bien sus gustos; ayudarla a distribuir su tiempo, establecer horarios para leer y trabajar juntos; paseos; estudio de las plantas.

Direcciones de conducta con mis colegas.

1. Ganar mis espuelas y conquistar títulos poniendo celo e inteligencia en los trabajos oficiales. El más joven y más reciamente nombrado debe ser el más activo, y dar su propia medida. Presencia de ánimo; facultades de combinación y de administración. Imaginarse con exactitud el conjunto de requisitos a cumplir. Celo y capacidad (de organización y de persuasión).

2. Modestia y flexibilidad. Ayudar, condescender, hacer fáciles y agradables las relaciones. Evitar sobresalir, y destacar la opinión de los demás mejorándola. Pedir excusas por tu parecer, reconociéndolo como bueno.

3. Dignidad y respeto. Estar lleno de atenciones y de mesura; poner cuidado en las palabras. Recordar la inferioridad de la edad y de la experiencia dentro de la igualdad de títulos.

4. Naturalidad y elegancia. Ser sencillo, pero cuidadoso del aspecto, del tono y del lenguaje.

Se trata de hacer al mismo tiempo un buen trabajo, amigos, y de conquistar la consideración. De esta manera servirás a los estudios, a tus colegas, a tu porvenir y a tu presente. Haciéndate amable y útil, aseguras tu situación y te la haces más fácil.

Jueves, 24 de mayo, por la mañana.—Tiempo delicioso, tranquilo, fresco y puro. Largo paseo matinal. He sorprendido el oxiacanto y el agabanzo con brotes a punto de florecer. Los senderos imprecisos y salubres aparecían esmaltados de miles de florecillas multicolores. Los Voirones aparecían rematados con una franja de bruma deslumbradora, especie de crin luminosa, que servía de marco a la pendiente umbría. Y el Salève cubría con matices aterciopelados sus oscuras pendientes, que mostraban los desgarrones iluminados de sus gargantas cortadas a pico. Trabajo en el campo. Dos asnos devoraban con avidez un arbusto espinoso. Más allá, tres niños que provocaron en mí un deseo inmenso de besarlos. (Me da vergüenza ser tan feliz). Gozar del ocio, de la paz de los campos, del buen tiempo, de la holgura; tener conmigo a mis dos hermanas; descansar mi vista sobre los campos aromáticos y sobre los jardines florecidos encerrados entre pintorescas montañas; oír cantar la vida bajo la hierba y sobre los árboles; sentirse tan dulcemente feliz, cuidado, apacible, ¿no es demasiado para mí? ¿Lo merezco? Ah, gocémoslo sin hacer reproches al cielo por su benevolencia; gocemos con gratitud. En seguida vendrán días malos, numerosos. ¿Quién sabe si Laura no nos causará inquietudes? ¿O si yo podré enseñar este invierno? No tengo presentimientos de felicidad. Aprovechemos, pues, más ávidamente el presente. Ven, alegre naturaleza, sonríeme y encántame. Esconde por algún tiempo mis

tristezas y las de los otros; no me dejes ver más que los pliegues de tu manto de reina, y esconde las miserias bajo la magnificencia. Esta tarde ya veré el luto.

Visita a la Paumière. Carolina ha vuelto ayer; me ha enseñado la última carta de Cecilia, del 3 de mayo, donde le dice que se muere. Desde Saint-Genis hasta Ginebra fue un llanto continuo; habían salido a su encuentro. ¡Cosa asombrosa! En medio de tanta novedad, a su llegada a Lyon, Carolina soñó toda una noche que tenía en sus brazos a su hermana moribunda.

Viernes, 25 de mayo de 1849.—Trieste, a pesar del día magnifico, mejor aún que el de ayer, y más cálido y acariciador. La causa es que he sentido nuevamente la cuerda, el pecho me hizo sufrir; una mala noche basta para aplastar el ánimo de esta manera. Sentirse tan delicado, frágil y lastimoso en medio de tanto vigor y alegría de la naturaleza, y además estando en la edad de la fuerza, con un porvenir, con amor por la vida y con aptitud para grandes cosas, es penosísimo, y, lo que es peor, paralizador. Cada flor aparece picada por un gusano, el ojo pone una mancha en medio de cada estrella; en cada canto de pájaro el oído escucha un chirrido o una burla secreta. Y este sentimiento inclina a la melancolía, a la resignación, a la pereza y a la indolencia. Y desaparece la energía para querer, para calcular, para proseguir..., ¿para qué? La desilusión es inmensa. Detesto esta poesía tísica, esta vida pálida, sufriente, castrada, esta anemia de la inteligencia y de la voluntad. Me gusta la fuerza, y soy débil; mi simpatía se inclina hacia lo que no tengo; y ni siquiera me agrada lo que poseo, de modo que incluso mi disgusto resulta aumentado con la repugnancia por lo que tengo. Si al menos encontrase consuelo quejándome, convirtiendo en incienso mis penas, tejiendo con mi seda quimérica la tumba de mis

esperanzas…, pero todo eso me hace alzar los hombros, pues sé que son hipocresías de la impotencia, mentiras de la vanidad estúpida. La naturaleza mata todo lo que ha nacido débil; y en la historia y el recuerdo sólo permanece lo fuerte. Ya lo he dicho, contra mí: sólo lo fuerte tiene derecho a existir. Es la sentencia del destino; aunque haya de aplastarme, no por ello dejo de reconocerlo, pues soy imparcial.

Admirable puesta de sol. Laura está mucho mejor; recupera su vivacidad, su malicia y su animación. Me parece que está más tierno y más afectuosa. He tirado a pistola con nuestros dos señores; Laura ha probado.

Sábado, 26 de mayo.—¡Uf! Siento el corazón mal y el ánimo agotado. Llevo cuatro horas recorriendo catálogos de anticuarios, entre ellos uno de 470 páginas y 10 000 números. Esta retahíla fatigante de nombre y títulos agota sin instruir, disgusta en lugar de animar. ¡Menudo derroche de papel! ¡Cuán poca cosa es el hombre más grande para un librero! Dos líneas de más en su catálogo, lo mismo que seis pies para el sepulturero. ¡Cuántos libros, Dios mío! ¡Cuántas líneas, y qué vana e imposible parece la erudición! Si leyese veinte horas diarias durante veinte años, y tras haber perdido el sano juicio y la vista, sólo habría amontonado una modesta biblioteca. Cada cual nos hacemos una pequeña cavidad en la montaña del conocimiento: cada erudito no es más que un conejo. Y en revancha, ¿para qué leer tanto? Gracias a la imaginación nos apoderamos del mundo, y por medio de unos cuantos libros buenos y de la meditación entramos en Dios. La erudición encarnizada, hace más daño que bien, produce más desesperación que goce, hunde en vez de levantar y encadena más a la tierra de lo que libera del mundo. ¡La ciencia! ¡A buena hora! ¡Semejante batiburrillo! Lo mejor es procurar adquirir lo duradero,

comprender el universo, habituarse a los horizontes divinos, encontrar un tesoro fuera del alcance de los gusanos y del óxido. Entrar en comunión con la vida eterna, con la vida universal. He aquí los dos puntos de mira, las dos únicas atracciones y las dos recompensas.

Domingo, 27 de mayo, de noche.—Vinet dice de manera excelente que dos almas no se poseen definitivamente más que en Dios, que para amarse bien hay que mezclarse en el infinito. Yo lo siento a veces con los que me rodean, con mis hermanas y mi cuñado, a los cuales sin embargo me siento vivamente unido. Pero mi comercio con ellos resulta, a pesar de esto, superficial, parcial. No les noto necesidad de infinito, y no hay manera de entenderse sin esta necesidad común. Ni son posibles esos expansionamientos totales, bienhechores, durante los cuales volamos derechos hacia horizontes celestiales. Franki, al que aprecio y quiero, es una naturaleza práctica, diligente, positiva; servicial y hábil, bueno, pero es mi antípoda intelectual. Sus cualidades predominantes son la conveniencia y la previsión. Todo esto me causa un enorme vacío, pues mi mejor parte, la más profunda, queda sin empleo. Debo hacerme a una forma sencilla de vida, pues así no me haré entender y turbaré sin fruto alguno a las demás naturalezas distintas y más simples. ¡Exigencia incómoda, insoportable hipocresía! Caminar cubierto con un velo, protegido con una máscara; qué melancolía y qué suplicio. Ser desconocido incluso por los seres amados resulta una cruz; y es esto lo que pone en los labios de los hombres superiores esa sonrisa dolorosa y triste; es la amargura más dolorosa para los hombres que se consagran enteramente a la humanidad; es quizás lo que más dolor ha debido causar al corazón del hijo del hombre; es la copa del sufrimiento y de la resignación. Si Dios pudiese sufrir, sería la pena que todos los días le

causaríamos. También él, y sobre todo, es el gran desconocido, el soberanamente incomprendido. ¡Ay! ¡Ay! El deber consiste en no cansarse, no enfriarse, alegrarse con lo que hay, y no preocuparse por lo que falta; ser indulgente, paciente, simpático, benévolo; espiar la flor que nace y el corazón que se abre; esperar siempre, como Dios; amar siempre. La manera como aquí se habla de ciencia, de pastores, de la carrera eclesiástica me ha rebelado siempre; viven pendientes de la manera, de la forma, de la exterioridad; pero yo no discuto, pues el desacuerdo está en lo esencial. Continuamente me asombro, sufro sorpresas. ¿Por qué? Veamos:

1. Con los esposos, tienes que resignarte; su carrera está marcada, y además eres su huésped. Con Laura, debes procurar más actividad.

2. Crearte relaciones espirituales o fomentarlas: Frey, Heim… ¿Y por qué no estrechar las relaciones con los estudiantes de Neander, con los wingolfites[43]?. Allí encontrarías corazones abiertos. En aquella época erar sarcástico y negativo, y cierto desdén te predisponía contra la amistad.

Lunes, 28 de mayo de 1849.—Enfocas mal tu situación en relación con los tuyos. Procura hacerlos felices a su manera. Y en lugar de quejarte, olvídate. La vida es corta; intenta hacerla dulce, y esta dulzura terminará recayendo sobre ti. Tu corazón no encontrará lo que desea, pero al menos sí todo lo que puede tener. Resígnate, vigílate, domínate. Tu carácter resulta excesivo: o todo o nada. En cuanto tienes un reproche que hacer, cambias todo. Tomas todo en serio, olvidando excesivamente que una enorme cantidad de cosas son indiferentes y no deben distraerte con su interpretación. En lo tocante al afecto, no tienes paciencia ni destreza

alguna. Si no te escuchan, si no te comprenden, si no te entienden, te entibias o te afliges en demasía. Tranquilo y sereno para los indiferentes, resultas apasionado, susceptible, exigente para los que amas. La ternura te vuelve despótico, y prefieres la privación completa a la posesión a medias. Siempre todo o nada. Puedes ser cruelmente desgraciado y hacer desgraciados a los demás; las regiones intermedias, insípidas, uniformes y superficiales, te hacen saltar de hastío y de rebeldía. Y desgraciadamente es ahí donde tienes que aclimatarte. Ardoroso, vehemente, mi imaginación lo lleva todo hasta el final; quiero lo que puede ser; vivo atormentado por el ideal, que me hace la vida penosa. Por otro lado, soy bien fácil de conllevar. Todo lo que necesitaría es un afecto sincero, vivo y profundo; tengo pocas ambiciones, incluso ambiciones de felicidad. Pero el tener la apariencia sin la cosa, el principio sin el fin, el atractivo sin la posesión, la falsificación sin la plenitud me resulta un suplicio. Lo que detesto es el resultado fallido. Un mal sermón, una mala defensa de una buena causa, la expresión falsa de un sentimiento verdadero, un ejemplar defectuoso de amistad, de fraternidad, de amor; lo detesto y me irrita los nervios. Veamos, supérate hasta la indulgencia; domina el ideal con suficiencia tal que su caricatura no te lo pueda fastidiar, para no ver lo feo, para poder considerar solamente, entre las cenizas, la brasa. Cubre tu pena y tu irritación con tu serenidad misericordiosa; reduce el circulo agitado y turbio a no ser más que un remolino en tu océano reposado; pide a Dios su paz, y, confinando en un rincón de tu alma esas penosas ondulaciones, o bien dejándolas en la superficie, como esas olas que levantan las tempestades, retira tu vida interior más profunda a esas zonas impasibles en las que las variaciones de los vientos y de los días nunca llegan. Cuando la sensibilidad está viva, la homogeneidad de

humor sólo se encuentra a cierta profundidad. Tu refugio contra las penas de la vida pasajera están en la religión y sus divinos abismos. No confíes tus destinos a nada perecedero. Contemplación, oración, dedicación y trabajo han de ser tus remedios. Ama, obra, y no pidas nada para ti a los demás, ni siquiera a tu sangre.

Acepta como dones imprevistos y gratuitos la salud, la felicidad, las atenciones, las señas de afecto; de esta manera duplicarás los goces de lo que te sea concedido, y no sufrirás por lo que podrías aún desear.

Acepta, pues, la felicidad como un don, sin esperarla.

Y haz felices a los demás, tal como ellos lo entienden.

Combate tu naturaleza inquieta, oscura, exigente, susceptible.

Refúgiate en lo inalterable, en lo eterno, en lo divino.

* * *

De noche. 10 h. La ociosidad de Laura me entristece y me persigue. Me cuesta trabajo ponerle buena cara, cuando le reprocho su indolencia, su pereza, su indocilidad. Después de la cena hemos dado un largo paseo bajo el claro de luna, frente a frente. Inicié una conversación serla sobre el empleo de su tiempo, la finalidad de su vida, sus deberes, etc. He estado insistente, apasionado; he utilizado los ejemplos, el reproche, la persuasión, en detalle y en conjunto, para indicarle lo que tenía que hacer, los defectos de su temperamento, las exigencias de su posición y de su edad, los medios de llegar a conocerse, los deberes a realizar, los fines diversos, interesantes que podía proponer a su trabajo. Todo inútil; no comprende el deber; sólo quiere lo que le gusta, y no quiere obrar sobre sí misma. Trabajo perdido. No tiene vida moral, conciencia de sí misma, ni quiere tener. Es, como ya decía, inexpugnable. Se le puede hacer todo el mal

que se quiera, pero poco bien. Hay que dejarla seguir sus pendientes. Guiarla hacia el orden, la sumisión y el equilibrio, como yo esperaba, es una vana esperanza. No le importan la verdad ni el bien. Las dos maneras de excitar su atención consisten en interesar su imaginación y su amor. Conocerla e influir en ella, y no guiarla o impulsarla. No se tomaría la menor molestia por un imperio, y con mucha menos razón por comprenderme. No tiene la menor curiosidad por conocer algo de mis estudios, interesarse en mis problemas. Es una niña mimada, personal, caprichosa, despreocupada como una salvaje, gentil, acomodaticia y cariñosa como una gata, de carácter formado y tenaz; un espíritu limitado con una viva imaginación; un alma poco amante, pero exigente, susceptible, y que no sospecha su profundo egoísmo, a pesar de su atracción sensual e imaginativa hacia las flores, los elefantes y todo lo que es mono. Es una mujer hecha, difícil para convivir, sin coraje, de educación incompleta, seductora, a pesar de todo, pero terrible como la ola.

Miércoles, 30 de mayo, por la mañana.—Quisquilloso. Cuidado con ese humor al que tienes tanta propensión cuando estás seco; y estás seco cuando no amas; al no encontrar entonces placer o interés en nada, procuras molestar el placer del prójimo.

Rousseau. Ayer he leído todas las *Confesiones.* ¡Qué tristes lecciones pueden sacarse de allí! Y sobre todo tú. Rousseau fue el artesano de sus desgracias, y a pesar de su apología, se ve claramente que su espíritu inquieto, móvil, sospechoso, y su orgullo prodigioso, su extrema inestabilidad, su timidez absurda, torpe y orgullosa le impidieron encontrar la felicidad a la cual aspiraba. Nunca ha sabido vivir con los hombres, siempre demasiado por encima o por debajo, en la admiración o en la aversión. Muchos de sus defectos son

también los tuyos, y justamente los más desgraciados: lo excesivo; o todo o nada; la inaptitud para los medios compromisos; la exigencia inquieta, susceptible; el desorden de las ocupaciones, y la debilidad ante las tentaciones; la falta de presencia de espíritu, y la preferencia a tratar con la pluma mejor que con la boca, lo cual más tarde es embarazoso; la enorme timidez ante las mujeres; yo la he tenido incluso en grado más fuerte.

No he tenido tiempo para buscar otros muchos rasgos que me han asombrado de pasada. Resultado de ello es la aprensión intuitiva de mi poca suerte para ser feliz y para hacer feliz; y ahora lo veo concretamente. Es más lo que sufro por lo que me falta, que lo que disfruto con mis hallazgos. Tengo una singular disposición para estropearme el placer; o mejor, la misma disposición analítica que me resulta útil en el estudio me perjudica en la vida.

Diferencias. En lugar de su impetuosidad, yo estoy lleno de irresolución, que es aún peor. Soy menos torpe con los hombres, pero igualmente tonto con las mujeres, si bien menos apasionado, menos sensible. Quizás tengo más orgullo aún en un sentido, pues el terror a ser mal recibido me hace con frecuencia cerrarme completamente, a pesar de la vivísima necesidad de expansionamiento y confidencia. También odio el sometimiento, incluso el hábito, aunque en medida menor que él. Siento profunda aversión por las exigencias sociales cuando traban excesivamente mi libertad, como sucede con las visitas por hacer, y sobre todo las que recibimos. Pero no estoy condenado a hacer mal papel; puedo, como cualquier otro, quedar muy bien, e incluso brillar; tendría que vigilar, a ese respecto, mi vanidad, que me lleva a ser altanero, arrogante o hiriente. No sé ganarme a los otros, ocultar mi sentimiento; mi espíritu posee destreza suficiente, pero mi carácter no se

adapta bien. Yo pliego, curvo o aplasto la resistencia; no sé persuadir. Soy muy rígido, salvo cuando la flexibilidad me divierte; entonces le cojo gusto. Pero es insoportable para mi franqueza, cuando tengo interés o un deseo, disimularlo para realizarlo por la vía indirecta. Puedo reducirlo, pero no mentir o disimular. También para pedir algo necesito esperar a lograr una total indiferencia con vistas al resultado, e incluso entonces la posibilidad de un fracaso, de una negativa, me consume.

Y además soy perezoso, y tengo el defecto singular de empezar siempre por lo menos urgente, de aplazar lo necesario. ¿Por qué? ¿Por qué no conviertes tu deber en tu placer? Pues muy fácil. En primer lugar, por insubordinación contra cualquier voluntad, aunque sea la tuya, por rebeldía contra el deber, contra la molestia; y después por inconstancia: haber determinado lo que corría prisa significa haber pensado en ello, y ya tenemos un motivo para pensar en otra cosa. Por pereza: para retrasar el momento crítico, el esfuerzo positivo. Por irresolución, a fin de aplazar el momento de tomar un partido, de formular una opinión, de salir de lo posible, dominio amplio, confortable, indefinido, para reducirse a un solo punto. Y también un poco por imparcialidad, para abordar incógnitamente el tema, examinarlo antes de ponernos a ello, sin precipitación, sin exclusividad ni subjetivismo; verlo al desnudo, sin idea preconcebida, y sin ser esperado.

También tú eres más extenso que profundo, más observador que escrutador, más pensador que filósofo, más variado que consecuente. Empiezas una enormidad de cosas y no terminas nada. Te apasionas por un estudio, y en seguida lo dejas plantado. Has intentado varios tipos de existencia, superpuestas en vez de ligadas las unas a las otras. No eres el mismo viajando que en reposo; cuando

haces ciencia, te olvidas de tus conocimientos científicos; cuando estás en Francia, te da la impresión de haber soñado, todo lo relativo a Alemania. En este todo para todos, tú no eres tú. Aprende a fundir en una originalidad todas esas sustancias varias, todos esos hombres heterogéneos que hay en ti. Persigue tu propia síntesis; produce y experimenta. Concéntrate. Aquí estoy, en el campo de lo intelectual.

Ser tú, espiritualmente. Desprenderte de todo lo que no has asimilado.

Borrar el yo, moralmente. Sustituir gradualmente el egoísmo por el amor a Dios, a los otros, al deber; por la piedad, la bondad, la justicia. Dedica cada día algún tiempo a la purificación, a separar del corazón el egoísmo y el espíritu de prejuicio. Y aparte de la función crítica, producir: ideas, acciones. Y hacerte por las noches las siguientes preguntas: ¿Qué has aprendido u observado? ¿Qué has sentido? ¿Qué has hecho o producido?

31 de mayo de 1849.—He encontrado una modificación bastante feliz de mis programas detallados, para la enseñanza en tres años; ello me deja un año entero para la estética, pero me obliga a preparar seis cursos, tres de ellos en el semestre de invierno, y tres en el verano. He escrito al principal para ganarme un aliado en el asunto de mi petición de excedencia temporal. Frialdad con Laura todo el día; a costa de su animación de ayer con nuestros vecinos los Ninet, hoy sufre una buena jaqueca. De noche hubo un poco más de acercamiento. Fuimos los cuatro a la Paumière, acompañando a Jules y a su madre. Carolina, entre sollozos, ha deslizado en la mano de Laura algunos recuerdos de Cecilia, para Laura y para Fanny. También las primitas de la Monnaie tendrán su parte. Cecilia amaba mucho a Luisa, a la cual espantaba, por su parte, cosa curiosa. La pobre madre

está tranquila, pero delgada y afectada; sonríe cuando se le distrae, pero tiene la expresión envenenada. Eugenio, sensible y bueno, no deja un momento de tener atenciones delicadas. Ante algo común, la familia se manifiesta más unida, más cordial, más abierta. ¿Por qué este cambio no se habrá verificado más pronto y ha tenido que pagar un precio tan cruel? Amémonos y hagámonos la vida agradable, pues es muy corta, y no nos preparemos penas irremediables olvidando nuestros deberes. Vivir con los seres amados como si fuera el último año, el último mes. Apagar los reproches, despertar la indiferencia, avivar el afecto con el saludable pensamiento de la separación y de la muerte...

Sábado, 2 de junio de 1849.—Mis relaciones con Laura son fatigantes; una larga serie de equívocos encubiertos y reconciliaciones, de enfados y caprichos alternativos. Su pereza, su mala voluntad, su tono poco conveniente, la necesidad que debiera tener y la aversión que siente por las advertencias y los consejos; el deseo que tengo de servirla y la pena que me produce el verme rechazado; la inquietud que me producen sus preocupaciones y mis molestias, todo esto me irrita y me molesta. Por dos veces ya, he estado a punto de irme. Ella me hace mal y yo no le hago ningún bien. ¿Para qué seguir? Por otra parte, es un ejercicio increíble. Desgraciadamente, me resulta imposible llegar a la indiferencia: o adoro, o detesto, y no puedo ocultar la menor sombra de descontento. Me resulta imposible la hipocresía. Me doy cuenta que soy apasionado y celoso, y me alegro de haber cerrado la puerta a las pasiones, pues me hubiesen devorado. Mi sentencia es: todo o nada. ¡Oh Epicteto!, ¿dónde está tu calma?

Domingo, 3 de junio de 1849.—He calmado en buena parte mi angustia. Una lectura prolongada del evangelio y la oración, han traído cierta paz a mi corazón irritado. He

sufrido mucho. He reconocido que mi dolor no era puro, pues no era religioso, sino que el amor propio herido, la necesidad de dominio, el secreto rencor, la búsqueda de mí mismo aumentaban, y sobre todo infectaban su amargura. He podido decir: lo que Dios hace está bien hecho; la cruz que te impone está bien elegida. Busca su voluntad y renuncia a la tuya. No eres bastante grande, ni bastante bueno para mejorar al prójimo.

Un pensamiento sobre todo me ha asustado: tu sufrimiento ha llegado hasta la aversión, primer pecado. ¿Acaso acabarás haciendo mal porque no consigues hacer bien? ¿No comprometes toda tu influencia futura, destruyendo toda relación y haciéndote conocer mal, mostrándote caprichoso, sombrío, taciturno, seco? ¿No faltas al deber fraternal?

¡Singular naturaleza, la tuya! En cuanto tienes un reproche contra alguien, cambias por completo, no sólo con esa persona, sino con todas; justificas, por así decirlo, *a posteriori*, los errores que contigo han cometido antes. Necesitas franqueza y entrega completa, quejarte inmediatamente y ser perdonado o perdonar en el momento. Dejar incubar dentro de ti un pensamiento penoso es una perturbación espantosa. Ahora bien, con tu hermana no puedes hablar, pues ni te comprende ni te escucha: y de ahí esa perpetua y dolorosa irritación. Te haces insoportable, insociable, frío, rudo, desgraciado, y cada vez menos comprensible, y rechazas como con placer los primeros pasos que imitan una reconciliación sin serla. Decididamente, no puedes guardar nada en el corazón, y si quieres hacerlo, te devora. Y la mancha se extiende a todo tu ser interior. Un solo remordimiento tiene repercusión en toda tu vida. Eres apasionado, pero inconstante. Sufres mucho, pero olvidas. Hasta ahora, tienes poca experiencia de

la vida, sentimental. Tu serenidad intelectual te ha engañado; eres sombrío, atormentado, más nervioso en tus afectos que una mujer. Tu imaginación trabaja, exagera, multiplica, sobre todo en lo negro. En esto reside tu mayor parentesco con Rousseau. Con una viva aptitud para la felicidad, probablemente serás, sin embargo, más desgraciado. Inquieto, soñador, analítico, lo estropearás siempre todo, pues vas derecho al defecto, porque tienes sed de perfección, y al mismo tiempo sólo pides lo posible. Tu apasionado corazón lucha con tu cerebro frío; al hacerte depender de otros, estás jugando con tu destino; pero no puedes evitarlo, pues no te bastas, y condenas el egoísmo, pero sin llegar a la abnegación completa. No puedes vivir sin Dios; y menos mal, porque quizá el santo amor te preserve, o te sirva de consuelo. Concluyendo: (Precaución). No veas por doquier malas intenciones; juzga a la gente según su medida, y no por la tuya; vigila tu sensibilidad y tu susceptibilidad.

Condiciones exteriores: en cuanto hayas cometido una equivocación, confiésala; no guardes nada en el corazón; si se trata de algo que pueda hacer bien, dilo; y si no puede hacerlo, descárgate ante Dios, y reza hasta haber perdonado; no te acuestes sin haber perdonado en tu corazón.

Condiciones interiores: purifica perpetuamente tu corazón, y no desees tu satisfacción, sino el bien; saca por lo menos de la vida su enseñanza; predica con el ejemplo; ¿podrías proponer tu conducta de los últimos días como modelo?; no; luego has dejado que vengan a mezclarse en ella malos instintos a un buen sentimiento.

Ayer tarde, a propósito, pasé una hora, durante el crepúsculo, estudiando la magnífica metamorfosis de las nubes. He comprendido y estudiado la parte del arte que

corresponde a las marinas. ¡Cuánto drama encerrado solamente entre el cielo y el mar! ¿Por qué, ¡oh naturaleza!, no dejaremos que tu inmensa voz hable con frecuencia en nuestro propio silencio? Sólo me reconozco en la calma, y en la serenidad contemplativa.

* * *

2 h. He leído las *Poesías variadas* de Saint-Beuve. Melancolía, amor, penas, lamentos, todo esto me traspasa.

Eres un tonto y un ingenuo. Estás solo, ocupándote en husmear tu corazón, y no ves dos cosas: 1, que es por falta de amor por lo que conviertes los afectos en algo tan tempestuoso; 2, que pierdes lastimosamente tu vida esperando, suspirando o desesperando en lugar de obrar como hombre y recoger los frutos que a tu edad corresponden. ¡Por Dios! Necesitas acción, distracción, sociedad; te hace falta sacudirte urgentísimamente esa modorra blanda y dolorosa, inventar ocupaciones, hacer proyectos, buscar amigos, atraerte a los jóvenes, y no consumirte, en pleno verano, en el tedio y la soledad. Te roes como un hipocondrio. El papel del hombre consiste en violentar la fortuna. No te reblandezcas de este modo en la quimera, tan cerca de las faldas. Hazte hombre; es la manera de encontrar la alegría, y con ella la fuerza y la salud. Avergüénzate dé tu blandenguería, sacúdete esa capa triste y desea vigorosamente algo. La vida no es tan árida como parece. Hazte comprender, busca a los hombres, aprende a hablar, a influir. Sólo el esfuerzo da sabor a la vida; hay que vencer y domar, crear y destruir para sentirse hombre. Borrarse como una sombra, con la inquietud en el corazón y el desdén del hartazgo en los labios puede ser astucia de zorro que encuentra las uvas demasiado verdes. Carrera, riqueza, consideración, gloria, todo esto no es quizá tan

vano; y no es manera de honrar el infinito, envolverse blandamente en el manto del disgusto en presencia de lo finito.

El abatimiento, la timidez y el desdén son a la vez una cobardía y una ingenuidad. Huye del abatimiento como de un veneno y un pecado. La melancolía que se goza en sí misma es un egoísmo culpable, es incluso una ofensa a Dios, que quiere el gozo y no el dolor, y una depravación del espíritu que convierte en estado estable lo que no lo es, y en alimento una medicina. El dolor, como ya he reconocido, es una advertencia divina, es el signo de un error, la prueba de una desviación, una llamada a la rectificación. El hombre que sufre no está en estado normal; todo sufrimiento es una expiación; solamente la expiación es solidaria, y a veces pago las faltas de mis antepasados o de mis conciudadanos, de igual manera que mis faltas hacen sufrir a mis familiares, a mis hijos, a mi país, etc. Restringiendo la noción de solidaridad, el protestantismo es un pecado contra la verdad humana, y la redención, única, resulta inexplicable.

Vinet no puede llegar nunca a una buena soteriología.

A medida que descubro las razones de mi sufrimiento, vuelve la calma. Comprender la propia enfermedad moral ya es curarla a medias. La pena es amiga del misterio, lo mismo que los topos de la oscuridad. La luz las mata. ¡Adelante! Además de la acción, tienes el refugio de la inteligencia: dos recursos. ¿Bastarán? Inténtalo.

4 de junio. Seis de la mañana.—Un sueño es sólo un sueño, y sin embargo anotemos el que me ha despertado. Me hizo reflexionar como si fuera una realidad. Pasaba por un ayuntamiento y me fijé en las negras planchas de madera que servían para fijar sobre ellas los anuncios de bodas en caracteres blancos; un nombre, en cabeza de columna, me

llamó la atención; sólo recuerdo el principio y el final, Van… quin; y, debajo, el mío: Amiel. No sé por qué estos nombres se destacaron tan desmesuradamente ante mi vista. Me quedé como deslumbrado. Sólo dos personas llevaban el segundo nombre: una hermana y una prima, y al parecer una de las dos iba a casarse sin que se me hubiera consultado lo más mínimo. Y sentía que se trataba de mi hermana… No podría describir la tempestad de dolor y de indignación que se apoderó de mí. Estuve a punto de levantarle la mano a la señora Bremond, que se encontraba por allí, en la calle, y buscaba una justificación para conducta semejante; y eché a correr. Llevaba la desolación dentro del cuerpo. Una voz me llamó, y me encontré con Laura, a mis espaldas. Sin mediar explicación alguna, quiso hacerme firmar ante un oficial de policía un largo documento del que arrancó su propia firma. Yo me negué con violencia, y entonces ella firmó de nuevo. Laura estaba completamente cambiada. La frente audaz y resuelta, la voz y la mirada que ya le había notado cuando el otro día me había pedido las cartas que le acusaban, y que, es cierto, yo le había ofrecido en el momento de la reconciliación; de nuevo me encontraba ante el ser indomable y disimulado, encubierto bajo un infantilismo voluntario y calculado. Se trata solamente de un sueño, pero muy instructivo. Sí, tienes que prepararte para todo, incluso para eso. Tu hermana, a quien tantos tiernos consejos has dado, quizá disponga de su destino, llegado el momento sin pedir consejo a tu afecto. Se las arreglará por anticipado para que su decisión sea irreparable. Podrá convertir sus propios designios en impenetrable secreto para los que la aman. Tienes que hacerte a la idea. Nunca lo hubiera creído posible; ahora me siento fortalecido. Más que desaprobar, me lamento; su ingratitud me aflige y su imprudencia me alarma. Pero no

quiero seguir amando para mí y exigir lo que no quieren dar. No esperaré felicidad alguna de Laura, y la seguiré amando. Aunque llegue a frustrar mis esperanzas más queridas, no tengo derecho a rebelarme.

¿Por qué apartar esta copa y buscar otros problemas? El primero a resolver ha de ser el arte de la vida, el dominio de sí, la virtud. Aprende a conducirte; para un filósofo es más útil que aprender un idioma más o devorar cien volúmenes.

¿Por qué pedir más de lo que das? Cierto que, si pudiese recibirlos alguien, o comprenderlos, o si fuesen provocados o deseados, darías tu intimidad toda, tus secretos pensamientos; pero, en resumidas cuentas, no están dados… tú te calumnias. ¿Has acaso escrito alguna carta que, en el caso de haberla recibido tú, te hubiera hecho bendecir la mano del autor y estarle agradecido?

Entre la amarga sonrisa, que ridiculiza el engaño del corazón, la fe en los errores profundos y el gozo detestable del orgullo que saborea un dolor que le hace despreciar a los otros y proclamarse superior a todos los hombres (Rousseau) y la resignación religiosa, el perdón tranquilo y la melancolía divina, la elección no ofrece duda posible. Hay que tener piedad, piedad del mal. En el hombre que te hiere hay que ver siempre un instrumento, ya sea un instrumento divino, ya sea un instrumento ciego. Todos los hombres están enfermos; su enfermedad es su yo malo, enemigo encarnizado del otro yo. No hay que irritarse contra el hombre, sino compadecerlo lo mismo que nos compadecemos de nosotros mismos. La vida es un largo desprecio, un prolongado mal entendimiento con Dios y con los demás hombres. El único enemigo es el mal; los hombres son tus hermanos, y hay que amarlos precisamente por su maldad, lo mismo que una madre rodea de mayor ternura al

hijo deforme. Jesús, ayúdame a sostenerme en esta manera divina de considerar las cosas; vuélveme paciente y misericordioso. He entrevisto muchas veces los santos gozos del camino doloroso, y desearía con todas mis fuerzas que mi voluntad vaya detrás de mi imaginación. ¡Ayúdame a realizar lo que tanto he soñado! ¡Haz que tu ideal y divina figura me ilumine como un astro con sus penetrantes rayos! Triste y sublime faz del hijo de Dios, del coronado de espinas, serena palidez de la ternura celestial, sed inextinguible del cielo y del infinito, inefable melancolía de ese rostro vuelto hacia las miserias humanas, y que nunca en la tierra, en vida, encontró una mirada comprensiva, ¡oh modelo de la paciencia indefectible, de la esperanza imperturbable, del invencible amor, sígueme en mis pensamientos y en mi vigilia, en mi trabajo y en mi reposo, en mis pensamientos y acciones! ¡Oh Jesús, hijo de María, déjame llorar a tus pies mi propia debilidad y la de mis hermanos!

Martes, 5 de junio. 10,3 h. de la noche.—¡Cuánto he suspirado esta tarde por esta privación del don poético! ¿Por qué no podré cantar? Cierto que el silencio me ha preservado mucho tiempo, pero ahora me aliviaría. La intimidad de la musa supliría la falta de esa otra intimidad que tan vivamente necesito y que se me escapa.

Tengo un aspecto indiferente, sin simpatía; y esto me procura mucha más aflicción que perjuicio.

He empleado el día en leer una parte de los *Pensées d'Aout* y de *Joseph Delorme*, y medio tomo de Nisard *(Hist. Lit)*. ¡Cuán poco soy, qué poco puedo y qué poco quiero! ¡Qué pronto me canso y me harto!

¿No será que mi orgullo es mucho más grande que mi sensibilidad? ¿No ahogarías, acaso, un sentimiento tierno

antes que mostrarte débil, insuficiente a ti mismo, antes que implorar al prójimo lo que puede serte rechazado? La extrema vergüenza y el terror al sometimiento me harán luchar heroicamente contra cualquier inclinación, si no vencerla. No se trata de una suposición, sino de experiencia. Y me horroriza sobre todo que se burlen de cosas para mí sagradas, la profana curiosidad por conocer mis intimidades, y haría falta una pasión fortísima para espantar los mil escrúpulos de mi delicadeza, perpetuamente en sobresalto. En mis afectos soy británico, y quiero un interior cerrado.

Miércoles, 6 de junio de 1849.—… La impresión más agradable es la que me ha dejado la joven huésped de los Cavagnary, la gentil Augusta, y esta impresión me baila en la cabeza. Cara deliciosa, de ojos y cabellos oscuros, gracia sin trabas, amabilidad francesa, acariciante y modesta. Nacida en Milán, de padre bernés y madre italiana, educada en París, ha viajado mucho, y posee esa delicada flor de lenguaje y educación que aquí abunda tan poco. Todo esto me gusta mucho; pero hay algo que me fastidia, y es que la joven no se quedará mucho tiempo aquí. Esta combinación de Alemania, Italia y Francia es precisamente lo que yo deseaba; quizás haya cierto exceso en la parte francesa. La primera impresión ha sido muy favorable, y en algún repliegue de mi imaginación ha surgido un brote de novela. Durante el resto del día me he mostrado diez veces más amable y afectuoso de lo que es normal en mí. La encantadora muchacha tiene un carácter de distinción elegante y de lozana delicadeza muy seductor; es demasiado bonita, incluso vestida de paño. Tengo que intentar volver a verla pronto, y no hacer el ingenuo. Desgraciadamente, soy de esa raza imbécil de los que nunca aprovechan la ocasión al vuelo, temerosos siempre de equivocarse, y se pierden con la indolencia.

Jueves, 7 de junio. Cinco de la tarde.—He leído el tomo de las *Consolations*, de Saint-Beuve, y una parte de *Joseph Delorme*. Ignoraba que Saint-Beuve hubiera subido desde tan abajo; siento haber dejado este libro varios días en manos de mi hermana pequeña. El número de partes poco castas es bastante considerable. ¡Cuánto afectan estos sufrimientos en su afeminamiento! ¡Cuántos encantos enervantes y cuánta miel envenenada encierra esta naturaleza, esta vida sufriente, pensativa, amante, voluptuosa, débil y acariciadora! Su naturaleza tierna, simpática, entusiasta, inconstante y serpentina es una expresión excelente de ese romanticismo íntimo que convierte la melancolía en su atractivo y su estudio, su orgullo y su pena, y que no quiere curar y goza con sus suspiros, con la media ilusión de la sinceridad. Después de haberse dejado arrastrar a esta sensibilidad excesiva y haber sentido aumentar gracias a ella la vida, hay no obstante que reconocer que no se trata de poesía sana, sana con la salud del alma. A la dulce y dolorosa piedad va unido un matiz de desdén y reproche. Nos enervas, poeta, y te enervas. Ahora bien, la verdadera poesía debe elevar, fortificar, purificar. La poesía viril debe sacar una enseñanza del dolor, como Anteo, remontarse después de haber llegado al fondo de las tristezas, recobrar el vigor en el propio abatimiento.

Hoy es *corpus*. Tenemos con nosotros a la prima Julia, y a Luisa, a las cuales he llevado esta mañana a ver las procesiones y los altares de Chêne. Esta fiesta de primavera tiene su poesía; pero, a pesar de mi buena voluntad, la afectación se me ha aparecido en toda su desnudez, y los gestos de los maceras y de los niños del coro, de los artilleros me han molestado. La piedad de los asistentes es algo que siempre he respetado, pero que no justifica el uso que de ella se hace. Hay tanto automatismo, tanta materia

muerta, tantos símbolos inoperantes, tantos gestos vacíos en la ceremonia, sin contar ya la lengua incomprensible, que resulta difícil no ver el real envilecimiento de todo cuanto el rebaño hace por imposición.

Cuando pensaba que la custodia contenía, para el sacerdote, el Dios del cielo que nos colma de magnificencias, y que el pobre se creía, con su cachito de oro y su estola reluciente, majestuoso, me resultaba increíblemente chocante. Y sin embargo este sentimiento de desdén es injusto, pues todo es relativo; si a mí el cielo me habla de Dios, a muchos de los asistentes, probablemente, aquel trozo de oro y aquellas casullas blancas les producían una impresión más religiosa aún. Y además está la intención, que es lo que cuenta; querer honrar a Dios es honrarlo, de la forma que se mire.

Prefiero no pensar en la señorita Augusta. Mi imaginación adorna y exagera demasiado; hay que desconfiar de este espejismo. Si no estuviera yo en juego, la cosa sería distinta; como novela de imaginación es muy bonita, pero antes de enamorarse hay que considerar las cosas todo lo fría y claramente posible. Cuando el gusto toma partido, se pierde en seguida la visión certera. Por una aventurilla puede perderse la cabeza, pero tratándose de un amor hay que conservarla. Pero yo no quiero una aventura; un profesor, ¡bah! Lo que quiero es un amor completo, profundo, suficiente y duradero, el amor conyugal de Swedenborg. Me encantan las aventuras, y encuentro bonitos y seductores estos arrebatos; pero faltaría a mis principios cediendo voluptuosamente a una ilusión que no siento; y sentiría además grandes remordimientos jugando con la felicidad del prójimo por puro placer. Quiero merecer mi estima, y aparecer a la mirada divina puro, sincero, serio y honesto. En estas ardientes cuestiones en las que se deciden nuestros

destinos hay que emplear todas las facultades y toda la gravedad. Seria odioso y absurdo que hicieses el bufón, el fanfarrón, obrando con ligereze, y que te envilecieses a placer tasándote por debajo de tu valía real. También tienes que rendir cuentas a Dios de tu felicidad, pues él la desea, pero de tu verdadera felicidad, de la misión de tu alma. 1, Cualquier amor que no mejore, es malo; 2, cualquier amor que no pueda ser concebido como un mejoramiento ilimitado, como una educación infinita, no es el bueno; 3, cualquier amor que no sea grave en el fondo, que no repose en el pensamiento religioso y del infinito, no es más que una idolatría temporal, un error, un mal.

Las combinaciones exteriores sólo tienen un valor muy secundario, aunque real; sin este acuerdo fundamental, cuyas condiciones ya he reconocido en otra parte, lo demás es un fantasma. Estas condiciones exteriores son, por orden de importancia: la salud, la familia, la persona, y, en último lugar, la fortuna o la posición social.

No es demasiado asombroso que estas ideas me preocupen. Todos mis amigos están casados o se casan; yo me siento bastante solo; el cumpleaños de Franki, ocho meses solamente más joven que yo, y ya padre de un niño y que podría tener dos, me ha hecho pensar que ha cumplido mejor que yo su función de hombre.

Viernes, 8 de junio. 10,3 h. de la noche.—... He ido a cenar a casa, de los Amalric, en Plainpalais. Recepción cordial. La primita, gordezuela, despierta, decidida, da la impresión de encontrarse muy satisfecha de su existencia y muy a gusto en su piel; anda muy estirada para no perder ninguna de sus ventajas. Es más dulce, acogedora y verdaderamente simpática que hace algunos años. La felicidad y la salud le sientan bien, y gana mucho. El bueno de Agustín, cándido y

dulcemente jovial, alto, delgado y servicial anciano, con su risa ingenua y comedida, respira la misma serenidad afable de siempre, a pesar de los seis años transcurridos desde nuestro último encuentro. Más débil, más delgado, con un color más oscuro, sigue con su inalterable confianza y aceptando todo sin murmurar, lo mismo que sin temeridad.

En el Café du Musée esperé la hora de la visita al rector, con el cual he conversado largamente acerca de mi petición al departamento y sobre los programas detallados. Cuando salí de allí era demasiado tarde para ir a la biblioteca y fui a los baños del Ródano, en la isla; agua maravillosa y baños miserables; lindas vecinas, contempladas por una rendija del tabique; estas bañistas de largos camisones blancos sumergidas en el agua azul sorprenden poéticamente, aunque la visión apenas dure. Yo he gozado pictóricamente, sin voluptuosidad. El baño me ha refrescado mucho…

Laura tenía mala cara; estaba pálida y débil. Su maldita falta de veracidad, y su uso de la exageración, hacen que nunca se sepa cuándo hay que compadecerla. A veces hay mucho cálculo en sus dolencias, y otras hay enorme coraje en su disimulo. Esta mezcla de bueno y malo hace inexplicable su conducta y enigmático su comportamiento. «Pérfida como la ola», cambiante como la nube, incierto como el viento, proporcionará a veces placer, pero quizá nunca felicidad. El sentido moral, la noción del deber, el respeto al prójimo están todavía dormidos en ella. Es una naturaleza incompleta, mal desarrollada. Hay que medirla según su medida, y no por la del hombre verdadero. Tenaz, disimulada, ávida de caricias, de atenciones, de halagos y delicadezas, adora la adoración y siente curiosidad por el éxito; pero sobre todo de perfecta independencia, protestona contra cualquier obligación, restricción o prescripción; es nerviosa, irritable, caprichosa, de imaginación despierta y

simple, de personalidad invencible, pero mimosa; ardiente y blanda; brillante, bonita, apasionada un día y arrugada, amarilla, terrosa, fea y vieja al siguiente. Lámpara mágica de la pasión, llama avivada al menor soplo, que arde sin sentir su propio calor, endeble y poderosa, sólo le falta conciencia para ser distinguida y buena. De momento sólo es seductora o repelente, sirena de cola de pez y de flancos.

Sábado, 9 de junio.—He fechado hoy mi carta de la Bonbonnière, es el nombre que he encontrado para nuestra casa de campo. Así, cada habitante podrá ser un bombón; la nodriza, de leche azucarada; el señor Ninet, el diablillo de los petardos; Laura, coriandra, etc. Hay toda una mitología y una simbología de pastelero por crear.

En resumidas cuentas, jornada moralmente descolorida, pobre e insípida.

Viernes, 15 de junio de 1849.—En mi clase (de segundo curso) de esta mañana, he cometido el error de exigir algunos ejercicios, sin estar seguro de la exactitud de la exigencia; he debilitado mi autoridad mostrándome sin orden. La cantidad de nombres que se me escapan todavía perjudica enormemente la disciplina. Los muchachos sólo resultan tolerables cuando se los conoce a todos individualmente. En la segunda clase (de primer año) improvisé una revisión de las figuras de retórica. Después de comer estuve estudiando los diccionarios de la academia, de Boiste, Bescherelle y Barré (suplemento de la academia). Tengo ganas de leer de cabo a rabo el diccionario de la academia; he calculado que necesitaría tres semanas a diez horas diarias.

Tu timidez podría llevarte a imprudencias irremediables: como no te atreves a hablar, escribirías cartas sin remedio. Ten cuidado. Una vez roto de cierta manera, el hilo del

afecto ya no puede volverse a unir. Tu entereza de carácter te llevaría a romper con tu hermana menor, pero debes negarte a esto, por deber. Una u otra vez podrás serle de utilidad; no debes amputarte esa posibilidad. Puedes llegar incluso a reclamar una explicación; pero que esta explicación sea benévola, y no amarga, y aplázala todo el tiempo que creas necesario para no aumentar la herida. Laura nunca será lo que tú querrías que fuese; nunca será la hermana que te haría falta, inteligente, afectuosa, simpática. Nunca conocerá las profundidades de tu alma, y tú nunca serás para ella lo que te hubiera gustado ser, un amigo íntimo, un guía en el camino hacia nobles regiones. Lo más que puedes esperar, incluso arreglando los estropicios actuales, es una amistad superficial, un respeto temeroso, quizá, poca apertura por temor a encontrar algo que no sea halago, piropos o atenciones bonitas; pero nada esperar más allá de la cortesía, de las caricias y de una amistad condicional. Siempre terminas cayendo en tu eterno defecto, que sin embargo te hace sufrir bastante: ahondas demasiado y ves siempre demasiadas intenciones. Toma las cosas de la vida más sencillamente, sin afectarte tanto, y más alegremente. Buenas noches. Sé más ingenuo y más indulgente.

Domingo, 17 de junio de 1849.—Hoy fue la fiesta escolar en Chêne, y el reparto de premios. Perusset, comisario del departamento, llegó en el coche oficial con su madre. Mal sermón del señor Segond, sin ningún tacto, desaprobando a los padres en un discurso dirigido a los hijos. El tiempo, al principio bueno, se estropeó, y los juegos de la tarde para los niños estuvieron a punto de suspenderse. Paseo hasta Fossard con Franki. El Foron estaba majestuoso, después de la, lluvia; la vuelta fue deliciosa. Franki me leyó un buen sermón que acaba de terminar, sobre la liberación del pecado

por la verdad; le he propuesto muy pocas modificaciones. Recibí la visita de Lefort con Ed. de Pury, llegando a Neuchatel para pasar algunos días aquí. Por la tarde, en ausencia de Laura, estuve muy alegre; decididamente, su proximidad me fastidia, me estropea el carácter. Sin embargo, aunque me haga pasar malas cenas, pues para el buen apetito hace falta tener el corazón claro, empiezo a acostumbrarme. Incluso me voy sistematizando, y para evidenciar mi muda protesta, evito toda comunicación espiritual con ella, no interesándome por nada que le concierna, puesto que no puedo interesarme en la totalidad. Me gusta más esta frialdad, evidentemente artificial, que una tibieza que resultase natural. Hay más amor en esta cólera que en la indiferencia. Sin embargo, temo que la ruptura pueda llegar a ser definitiva si no dejo algún cabo de salvamento; y no sé si aun así... Esta noche me duele un poco el pecho.

Viernes, 22 de junio.—... Adert es el modelo del empirismo malicioso, del sentido común limitado, del positivismo ginebrino, en todo lo que tiene de molesto, de mezquino y de vulgar. Todos convierten lo que es en única medida de lo posible, y dicen: es así, luego así será, así debe ser y no puede cambiar. Mala psicología, metafísica nula, estética limitada, política amputada, moral vulgar, a mi parecer. Tengo que buscarme relaciones en otro ámbito: Naville, Heim, Humbert, etc. No sé verdaderamente de qué hablar; acabo consumiéndome e irritándome.

He ido a buscar a Laura y volvimos andando. Idéntica ausencia, siempre, de respeto por la verdad, de franco abandono y sinceridad, de lastre. La misma obediencia de siempre a las pasiones momentáneas, igual instinto de dominación egoísta, imperiosa o languideciente, dulzona o agria. Le gustan las ternuras y las caricias, pero es su

momento de triunfo, y no de derrota, y las convierte en arma, en lugar de sentirse disminuida; las utiliza, pero no deja que sean utilizadas con ella. Así, está expuesta a todos los peligros. Ardiente, sensual, bonita, caprichosa, ligera, sin principios, con todo esto podría llegar lejos, siguiendo las tentaciones. Su virtud es negativa.

Sábado, 30 de junio de 1849.—He perdido casi todo el día con algunas páginas de mi trabajo[44]. Me ha costado mucho tiempo fijar las ideas. Para hacerse un juicio sobre Malherbe, hay que juzgar el siglo de Luis XIV, y para esto es necesario tener en cuenta el destino de Francia, y determinar el verdadero genio francés. ¡Casi nada! He escrito sin brío, y he visto con horror hasta qué punto de monotonía puede descender el estilo falto de brío. No tengo gracia ninguna; me hace mucha falta adquirir alegría y espontaneidad intelectual, no decir siempre cosas ordinarias y muy estudiadas, y arriesgar un poco la imaginación. Cuando no me oxido, me consumo.

He escrito a la señora Long, a la que visité ayer, sobre algunos puntos mencionados en nuestra conversación. ¿Cómo tomará esta tentativa? Esperemos. Visita a los primos Cavagnary, pero no pude ver a sus pensionados y no me atreví a preguntar si podría saludar a mi preciosa baronesa de Stroehl, bernesa, según me he enterado. Cuando se es tonto, tímido y sin capacidad de disimulo, la abstención evita la demostración excesiva del deseo. Cuando realmente deseo una cosa, se acabó la tranquilidad y la comodidad. Todo esto me vendría muy bien, y si en la nobleza encontrase la nobleza de alma, sin los prejuicios pasados de moda, el título de baronesa no asustaría tan poco como el de la señora Clermont. Pero el problema se presenta a la inversa. ¿Qué ofrezco yo? Supongamos que mi persona, mi título y mi posición resultan de agrado: mi ambiente y mi

familia nunca serán convenientes para una muchacha noble. Haría falta un afecto invencible, por una parte, y una gran superioridad de espíritu. Este caso es demasiado novelesco para tenerlo en cuenta. Lo mejor es arrojar la escala, y no volverla a ver.

Martes, 3 de julio.—Billete casi indescifrable de la señora Long; espiritual, modesto y religioso. Es muy interesante ver con qué tacto las mujeres distinguidas saben al mismo tiempo animar y llamar al orden, ser a la vez francas y reservadas. Desde lo alto de los principios religiosos y de la experiencia de la vida, conservan una especie de superioridad llena de gracia, incluso frente a los hombres que realmente las dominan. Si no tuviese a mis pies este fardo de tristeza que me causan mis relaciones domésticas, podría gozar más el fruto de estas relaciones; pero debo cultivarla. Es indispensable el conocimiento de alguna mujer de clase.

Claro de luna incomparable. No podíamos abandonar el jardín perfumado con el olor de las rosas y los naranjos. Franki, Fanny y yo nos entretuvimos haciendo proyectos de habitación para este invierno, de pensionistas, etc., bajo el cielo purísimo y tierno, a la luz dulce y soñadora del astro del misterio. Laura, siempre con su jaqueca, se acostó temprano. Mi actitud de protesta es falsa: presta a toda mi conducta una extrañeza perjudicial. Y me estropea decididamente el carácter. Y esta sequedad forzada se convierte en real, y me vuelvo malo, porque sufro.

Domingo, 15 de julio de 1849.—A primera hora de la tarde estuve alegre, todo lo alegre que puedo estar en presencia de Laura. Felizmente ella es discreta y compartimos tácitamente el lugar. Es igual, tendré que alejarme. Cualquier acercamiento sólo sería superficial. ¿Para qué aceptar esta

cruel comedia? He intentado variar, veces escribirle una carta, y he renunciado. Al revés que el sauce, yo no me curvo y me rompo; he renunciado a hacerlo. Escrita y firmada, la ruptura no tendría remedio. Cuando reflexiono sobre lo que han sido mis deseos, la felicidad de la intimidad, la dulzura, de encontrar una amiga en mi hermana, una confidente, un alma que formar, un espíritu que adornar...; cuando pienso en todas las delicadezas de que hubiera sido yo capaz si hubiese encontrado en ella afecto tierno y simpática curiosidad..., resulta penoso comparar aquellas esperanzas con la seca indiferencia en que me veo arrinconado, sin hablarle, sin mirar siquiera a la hija de mi madre, condenándome a ignorarla, es decir a no darme por enterado de su presencia, dejándola completamente al margen de mi vida, porque ni ha querido entrar en ella, ni abrirme la suya. Estoy sufriendo esta posición hace dos meses, y he pasado días y noches de amargura y angustia, de aislamiento y de hastío, como no había sufrido desde hace años, e incluso tuve ideas de suicidio. Pero esta espantosa indiferencia es lo que menos me hace sufrir; lo horrible es que estoy hecho de una sola pieza, y no puedo tener un solo sentimiento amargo sin que la totalidad lo padezca.

Mi baronesita está comprometida; final de la novela, pero soy muy torpe, muy susceptible y demasiado orgulloso para poder hacer alguna vez una. En todos los niveles, por mis necesidades y mis gustos, nunca tendré energía para contradecir una opinión ni la debilidad de someterme a ella; soy indolente y ambicioso, orgulloso y temeroso. Fatal combinación. Me gustaría la compañía de una cultura aristocrática, con corazón por encima de los prejuicios de casta. Lo que yo deseo es la aristocracia personal, la nobleza moral, el alma, la distinción y la comodidad que permiten su conservación.

Martes, 17 de julio.—Te hace falta curar la soledad con la sociabilidad y la sociabilidad con la soledad: desengáñate; la soledad no te conviene, por lo menos esa soledad incompleta o en familia. Es increíble la cantidad de sentimientos límite por lo que he atravesado esta tarde. Exasperado contra Laura, furioso con el señor de Candolle, que no me devolvió el saludo, no hice más que rumiar desafíos, ruptura, explosión, cóleras; tengo los nervios excitados y veo todo de color negro; enveneno cada dolor hasta convertirlo en úlcera, tomo todo a lo trágico. Necesito expansión, movimiento, simpatía, éxito, alegría, gente. El rato que pasé fuera me hizo mucho bien, y de noche me sentía más tranquilo, y me río de los agudos sufrimientos de antes...

Miércoles, 18 de julio.—Esta tarde he calmado en mis brazos a Laura, cuyos fortísimos dolores de cabeza le arrancaban sollozos. La piedad ha roto el hielo. Otra vez estamos en marea ascendente. La lectura de *Catherine*, las distracciones exteriores y la reflexión me habían, por lo demás, predispuesto a un cambio de actitud. Va que no se puede ser feliz, vale más, al menos, hacerse la vida agradable, y resignarse jugando. El otro camino, más difícil, sólo lleva a un mayor dolor y a un exceso de orgullo.

Viernes, 20 de julio.—¡Qué lozano y poético resulta una amiga de la infancia! Amistad siempre un poco emocionante, protectora y ligeramente tierna, atracción que une el casto interés de la fraternidad al picante idílico de una aventura, que permite apretar la mano cuando agradaría besar la mejilla, y mantiene los corazones en el límite indeciso y virginalmente encantador de un afecto medio expresado y medio retenido. ¡Cuántas emociones delicadas y dulcemente voluptuosas han nacido de esta larga intimidad!

Domingo, 22 de julio de 1849.—Esta tarde, en la Terrassière, vi a las señoras de Cavagnary y a la señorita de Stroehl.

He experimentado unos extrañísimos celos. Ver con placer cómo un hombre ama a una persona con la que nos gusta flirtear, pero estar en cambio celoso de otro que *sólo* querría también flirtear; permitir de buen grado un amor, pero no la competencia en la aventura. Estos celos se parecen mucho al amor propio de los autores. Yo me lo explico así: dar a otro la parte que yo dejo libre, es natural; pero sufrir la competencia en lo que yo reclamo es dejar invadir mi terreno.

Toda mi alegría del día perdió color ante el disgusto del último momento. La baronesita parte para casarse. Me he despertado de mis juegos diurnos para situarme de nuevo en mi vida verdadera. ¡Su distinción eclipsa todo cuanto me rodea! Pero si bien yo puedo alcanzar ese nivel, me resulta completamente imposible hacer subir también todo lo que me rodea. ¿Y cómo resignarse a ofrecer menos de lo que se recibe? Aquí es donde reside la fatalidad del rango, de la sangre, de las clases, de la fortuna, nula para el individuo, para el pensador, pero enorme en la vida. ¿Qué sociedad podría yo ofrecer a una muchacha noble?, ¿a una mujer de mundo, debiendo permanecer encerrado yo en mi gabinete?, ¿a una mujer encantadora que me tendría en ascuas al no poder vigilarla constantemente? El amor, por ser de orden divino, se ocupa poco de estas naderías de orden humano; pero éstas, en su bajeza, regulan el mundo, y al igual que los malos espíritus, encuentran su beneficio en el mal que hacen. Respuesta. La razón habla bien, pero está mal informada. No conoce exactamente ni el rango, ni la fortuna, ni el carácter, ni la familia, y sermonea en exceso demasiado pronto. Casi tengo derecho a recurrir a un mentor más

informado. Sin embargo, creo que la partida está perdida, pero el corazón susurra.

Domingo, 29 de julio, por la noche.—La consigna de la vida debe ser indulgencia y perdón.

Pienso de nuevo con confusión en toda mi indignación respecto a C. y en mi injusticia. Qué duro he sido en mis sospechas y cómo se vuelven ahora contra mí. ¿Dónde ha estado el dolor profundo?, ¿y dónde la aflicción pasajera? Precisamente donde yo no los puse. ¿Por qué he olvidado ya ese consejo tan humano, tan verdadero, justo y tierno; no juzgues?

No condenes, tampoco. ¿Cómo voy a tener valor para hacerlo, después de haber reconocido que albergo en mi seno los elementos de todos los vicios y de todos los crímenes, de haber aceptado que soy capaz de todos los males, mientras que no estoy muy seguro de ser apto también para todas las virtudes? En este caso tengo una esperanza, y en el primero se trata casi de una certidumbre. En mis épocas de amargura, de aversión y de cólera, he sentido avidez de todos los atentados. El odio es la madre de todas las potencias del infierno, de la misma manera que el amor es el padre de todas las maravillas del paraíso. Sólo hay dos campos espirituales, dos banderías para los ángeles y para los hombres: el egoísmo y el amor. El que no ama, habita las tinieblas, y es sectario de Satán. Con tu apasionada naturaleza, con tu desdichada propensión a envenenar todas las heridas, en cuanto te dejas infectar por un solo mal sentimiento, la gangrena de invade rápidamente.

El jueves por la tarde llevé a tomar el té a casa del profesor[45]... al doctor Wieseler. Noto que procuran inclinar a la joven hacia mí, y en efecto, la cosa resulta conveniente. Pero hay una objeción previa. No estoy muy seguro de

poder continuar mi carrera, ya sea por salud, ya por asuntos políticos; de modo que necesito poder vivir prescindiendo de eso; es decir, que mi mujer deberá aportar una dote. De modo que ando con mucho cuidado para no turbar la tranquilidad de nadie, y no ligarme a mí mismo. Desde luego hay en la familia excelentes elementos de sociedad: afición por el estudio, simpatía por los intereses espirituales, carácter respetuoso, afectuosos, etc. Les gusta viajar y se mueven bastante. En la casa, leen buenos libros: Milton, Schiller y quizás Virgilio en su lengua; de costumbres simples y trabajadores, las mujeres se ocupan de la casa y cultivan la música; pueden tomar parte en una conversación elevada. Desde luego hay en ella una buena compañera para un hombre de estudio. Buena salud. Y prevenida en mi favor. Algunas objeciones: vista mala, y además sólo siento cierta inclinación tranquila, y no un tirón vivo y profundo: claro que no se trata de un límite definitivo, pues somos educables. ¿Somos armónicos, y profundos? Quizá.

¡Qué divertido! Nuestro ministro de instrucción pública corrige mis pruebas. Mientras se hacen levas de armas, él se deleita persiguiendo las comas y proponiéndome variantes de sinónimos. He recibido, referente a este importantísimo asunto, una carta toda de su puño y letra, y luego una segunda, y he tenido que hacerle dos visitas. Entre otras proposiciones, preferiría *rière-soi* en lugar de *d'arrière-soi.* Ahora está en mis manos, pues me bastaría divulgar ese detalle para cubrirlo de ridículo: ¡el jefe de la instrucción pública confundiendo el modismo de la calle del Temple con el francés!

Hoy he ido hasta Orlier, donde había pasado seis semanas con mi madre, el año de su muerte (1832), hace diecisiete años. He reconocido todo, a pesar de haber llegado por

senderos desviados. ¡Cuántos recuerdos! ¡Pero qué devastación!

Tristeza: todo pasa y pasamos nosotros. Nada sigue vivo de cuanto había allí hace diecisiete años: pensionistas, patrona, mi madre, etc. También murió el niño de diez años que jugaba en el patio, y yo presencié mis propias ruinas en aquel campo de ruinas. Parece como si todo naciese para morir. La muerte es el gran secreto, el fin de toda la naturaleza. Estos pensamientos me venían a la cabeza. Renuncié a ir a vivir a Orlier. Quizá vaya a tomar una cura hidropática al Albis, cerca de Zurich. Prevost me lo aconsejó.

Weissenburgo. Jueves, 9 de agosto.—He leído las diez primeras *Provinciales* de Pascal. ¡Qué hábil gradación! Lo que más me asombra es su talento expositivo, el de formular y transferir la fórmula (talento de geómetra) en sus equivalentes; la ordenación de sus medios, entre otros del patetismo y de la indignación. El lenguaje es firme, sobrio, vigoroso, dialéctico. No posee el acabado de Rousseau; Pascal es acero templado, pero desigual, y Rousseau es el acero pulido. La ficción de Pascal tiene enormes improbabilidades; dramatiza crudamente, pero resulta un poco forzada. Los jesuitas resultan demasiado mirones. Pascal es infinitamente más irónico, pero Rousseau, en sus cartas sobre la montaña, expone menos y razona más. Ambos se ayudan con parábolas. El uno populariza la teología, y el otro la política; el primero llama a los fieles, y el segundo a los ciudadanos. Se les puede comparar por su construcción, por su manera de narrar, de razonar, de influir; por su lenguaje.

Estas aguas dan sueño; tengo la impresión de que cada vez estoy más delicado, en lugar de fortalecerme; he leído

algunas páginas y me cansé. Mañana tengo que escribir al médico a D'Espine explicando algunas cosas.

Después de comer, paseo por la montaña. He visto una arriesgadísima pasarela, una sola cuerda de 306 pies que atraviesa un farallón de 400 pies de profundidad, inclinada desde la parte izquierda a la derecha, y sujeta a unos pinos. La manera de pasar consiste en suspenderse de ella por un bastón de madera al que va sujeto el cuerpo por medio de cuerdas, y que se desliza arrastrado por el peso. Vimos pasar tres niños, dos perros y un hombre. Para ir a pie desde el punto de partida al punto de llegada hace falta una media hora, y de esta manera, a vuelo de pájaro, se hace en un cuarto de minuto.

Weissenburgo. Viernes, 10 de *agosto.*—Esta tarde jugué dos partidas de ajedrez con el señor Mertz, dándole la reina. Es un aburrimiento no encontrar en ninguna parte eco suficiente, ni para hablar, ni para jugar, ni para correr. Esto me obliga a pensar en toda la aridez, el aislamiento, el egoísmo y la frialdad de mi vida. No vivo en contacto con la verdadera existencia moral, con la energía, el amor, la piedad. Vivo en medio de una luz crepuscular y helada, como las sombras de Homero, sin ninguna ligadura viva, sin palpitación del corazón, semimuerto, semitransparente, hastiado, latente. Me da la impresión de estar esperando la atmósfera en la que mis órganos podrían desarrollarse, en la cual me fuera posible salir de este limbo, de este estado de larva, de esta torpeza. Amar, hacerse amar, es la finalidad que nunca deberíamos olvidar. Esta vida oscura me aburre y me debilita; y si me habitúo a ella es por indolencia, por apatía. Y sin embargo, poder hacer una obra de envergadura, dejar un nombre, servir a la ciencia, a mi patria, crear una familia, es algo bello y deseable. Pero todo esto me parece

tan mezquino al lado de las posibilidades reales; mi ideal impreciso es tan ambicioso, que yo mismo me aburro.

Entre mi voluntad y mi inteligencia hay una enorme desproporción. La primera es tan débil e impotente como amplia y rápida la otra. Tengo poco carácter, porque un carácter es una forma limitada, y lo establecido, lo circunscrito me espanta. Siempre idéntica ausencia de resignación, el horror al sometimiento, la antipatía por los límites. Mi enfermedad es un mal moral; es orgullo. No sé aceptar y reconocer mi vocación; es decir, el fin para el cual estoy hecho, lo cual excluye todo lo demás. Gran arte y gran virtud, la de saber resignarse, circunscribirse. El secreto de la paz estriba en reconocer el dedo de Dios en la vida propia. Yo he conocido la paz, pero ya no la tengo. No me siento en mi camino, me faltan varias cosas.

No vivo en la familia, ni en el estado, ni en la ciencia, ni en la iglesia, como sería mi deber, y esto es lo que me mantiene en perpetua agitación. Pero no es tanto por falta de ocasión como por falta de verdadera personalidad. Hay que atreverse, intentar, querer. El papel del hombre consiste en hacerse un destino, lo mismo que en esperarlo el de la mujer. Tú no eres hombre ni mujer; escoge, pues, entre energía o resignación.

Te haría falta ser amado, animado, aguijoneado; pero sobre todo comprendido. Si sigues esperando, perderás lastimosamente tu vida.

Proponte un fin modesto, realizable, y, en nombre del cielo, alcánzalo de una vez. Lo que en la vida hay que perseguir no es lo más imaginable, sino lo más realizable. Gran principio que jamás tienes presente.

¡Sé hombre! Hombre verdadero, hombre virtuoso, hombre completo, hombre animoso, hombre bueno…; en esta palabra

está encerrada toda la moral.

Weissenburgo. 12 de agosto. Domingo.—La noche pasada he tenido un sueño atrozmente largo y doloroso; me veía agonizante casi un día entero, con el cráneo hundido, la mandíbula rota y la pierna fracturada, resultados de una matanza roja hecha en Ginebra a traición. Y me había puesto en semejante estado el coronel Lynk, en medio de una fiesta militar, elegida para estas vísperas sicilianas protestantes.

Weissenburgo. 13 de agosto de 1849. Lunes.—Nuevo crimen, la pasada noche: sueño infanticida. Sin duda voy camino de pasar revista a todo el código penal.

¿Para quiénes somos realmente necesarios? Para aquellos a quienes hacemos felices. Pero yo no hago feliz a nadie. Podría morir, sin que mi muerte importara demasiado. Algunos corazones amigos lo sentirían, pero nadie me lloraría. ¿Llegarían a seis los que soltasen algunas lágrimas por mí? ¿Y veinte que, un mes después de mi muerte, me recordaran? ¡Qué poca cuerda me ata a la vida! Soy un pasajero peregrino. Apenas he rozado la vida familiar, apenas conocido en la academia, estoy siempre de incógnito, preparándome para una plaza que no me hará falta, inspeccionándolo todo y no echando raíces en ninguna parte. La independencia se expía; no se está atado por nada, pero nada está tampoco atado a vosotros. Eres libre, pero estás completamente solo; ligero de ala, corazón triste. En esta vida sólo hay un refugio contra el duelo o el egoísmo: el amor de Dios. Cuando no se tiene una familia a la que servir de centro, hay que ligarse a otro centro cualquiera: entonces os reclama la familia de los espíritus.

Weissenburgo. 14 de agosto de 1849. Martes.—He leído buen número de odas y épodos de Horacio, con un aprovechamiento diverso. Es el poeta literato, el hombre de

gusto, ingenioso, orfebre de la lengua, con el espíritu de su estado, y felices reminiscencias republicanas o masculinas, pero epicúreo, inteligente, voluptuoso, escéptico, cortesano, diestro y amable. Se nota demasiado el arte, la pena, la destreza. Es encantador y asombroso, pero no estamos ante la inspiración franca, ante el sentimiento cálido y verdadero, ante el poder del entusiasmo; en una palabra, tiene ingenio, pero no talento; sagacidad, y no carácter; presta una admirable claridad a la sentencia y al verso, pero apenas inventa otra cosa que la forma. En Horacio, la poesía es una gracia, y no una potencia. Es prodigioso en sus miniaturas, encantador en su detallismo. Pero tiene demasiada poesía ficticia, se nota que es una creación hecha a retazos, se siente el acabado de las obras de segunda mano. Me gusta más Béranger, con el cual tiene bastantes puntos de contacto, pero que tiene más corazón. Esta es la frase; Horacio no tiene corazón; ahora bien, la sensibilidad es la más importante cualidad del poeta. La imaginación, el estilo y el arte vienen luego. Con todas sus bellezas, los poetas antiguos no pueden decididamente bastarnos. Les falta un sentido, el sentido de los modernos, el sentido del infinito, del amor. Sus horizontes nos atosigan, su moral es demasiado mezquina; no tienen nada que decir a nuestras necesidades más urgentes, las más verdaderas, las más poéticas. Su hombre no es el nuestro. Se ve que el mundo ha cambiado, que han bajado un nuevo telón. No es que su hombre nos resulte falso, pero si incompleto; es sólo una parte del hombre moderno; está todo entero en nosotros, pero nosotros no estamos enteros en él. En otros términos, el hombre moderno y su poesía contienen al hombre antiguo y la poesía antigua, pero los desbordan. Ha habido metamorfosis ascendente.

Weissenburgo. 15 de agosto. Miércoles.—Agradable paseo con la señorita d'Ecoppey, solos, por el antiguo camino, de los baños, bastante difícil, e incluso peligroso, aunque ella camine como una cabritilla. Me ha asombrado que me hayan confiado tan fácilmente esta linda muchacha, y desde luego fueron muy inmerecidas las miradas de las señoras con que nos cruzamos a la vuelta, si tenemos en cuenta el partido que saqué al paseo: deslizarse, cogidos de la mano, por una cornisa a unos centenares de pies por encima del sendero practicable. Bonita situación para usar de galanterías. Pero la galantería es falsa, y me revuelve si es un juego. En una palabra, que si estuviera seducido, no serviría para seductor.

Weissenburgo. 17 de agosto. Miércoles.—Existen ciertos inconvenientes cuando se tiene una mujer de envergadura; el marido recibe siempre un trato de considerada protección, aunque no sea ningún pato. Pregunta: ¿vale más tener una mujer bonita, cariñosa, sumisa y buena, que una mujer desarrollada, superior, pero desgraciada, y sin atractivos exteriores? Se trata del debate entre la gracia y el mérito, entre la belleza y la inteligencia, entre el carácter y el talento. Quizá la elección deba ser así: pedir, ante todo, alma y ternura; y después, si se trata de elegir entre belleza y superioridad, sacrificar la primera, pues sólo la segunda dura. Si hay que poner en el platillo la superioridad, y en el otro lado los encantos y la ternura, decidirse por la segunda parte. El corazón es lo indispensable; después vienen los adornos intelectuales, y por último los adornos físicos.

Salud, alma, inteligencia, belleza.

Weissenburgo. 19 de agosto de 1849. Domingo.—Acabo de terminar el retrato de Chenedollé por Saint-Beuve (Revue *des Deux-Mondes*, junio de 1849). He pasado por un sinnúmero de sentimientos distintos. El instinto literario y el

amor a la gloria; la melancolía, el abatimiento, etc. Delante de mí surgieron las figuras de Rivarol, Chateaubriand, *madame* de Beaumont, Joseph de Maistre, Klopstock. Pero una sobre todo me persiguió sobremanera, la figura de Lucile, esa imagen vaporosa, apasionada y triste, tan pronto desaparecida, genio-mujer, según el delicado crítico. No sé por qué me recuerda otro nombre, otra cara, también desaparecida demasiado pronto, y cuya promesa de brillo se mostraba escondida tras la gracia. Lucile me hace pensar en Cecilia, aparición que ha conservado para mí algo misterioso e impenetrable. Algunas miradas que yo había sorprendido en sus ojos, me habían hecho pensar, y después de su muerte vuelvo con frecuencia a esto como a un enigma. ¿Quizás mi fantasía sobreañade algo al modelo? Sin embargo, hay algo extraordinario en esa muerte muda, que no ha revelado su secreto, ni una angustia, ni una pena, ni una esperanza. ¡Cuántas facultades, cuánta gracia y distinción, y sin duda inmensidad de sueños, guardados enérgicamente, sellados con el sello del silencio! La condena envolviéndose en su manto para morir y no dejando traslucir ninguna de sus debilidades. Es de un estoicismo pavoroso, en un alma de quince años. De Lucile ha salido la Amelia de René; Cecilia merecerla también convertirse en un modelo.

(De noche). He visitado a mis gentiles vecinos de la antigua casa. La señorita de Ecoppey ha estado más alegre y más agradable que nunca. Echo de menos sinceramente a esta encantadora delicia, de pisada firme, mirada viva, carácter alegre, y cabellos negros tan graciosamente rizados; tan alerta y tan confiada, tan abandonada y sin embargo inocente; emprendedora y resuelta, sin embargo buena y fácil de llevar. No olvidaré nuestras excursiones a las Echelles, a la Passarelle, al Chalet, y sobre todo la que hicimos solos al viejo camino en ruinas de los antiguos

baños, en que el apoyo de su mano fue tan frecuentemente necesario, y el peligro hacia la familiaridad natural y deliciosa. Su madre, que ha venido a buscarla, con su tío, es una mujer aún vigorosa. Si vuelvo a pasar por Yverdon, tendré muchísimo gusto en ver de nuevo a mi graciosa morenita, que podrá guiarme por las laderas del Jura como yo la escolté por los flancos de nuestros montes.

Weissenburgo. 20 de agosto. Lunes.—Nieve en las cumbres cercanas; el torrente lleva un caudal considerable y brotan cascadas a lo largo de toda la garganta. He hecho un buen ejercicio, entre dos chaparrones, lanzando al torrente los troncos amontonados en sus recodos y en los bordes. Subí hasta las Echelles. Contemplé un largo rato los circulitos monótonos y sin número de las maderas que flotaban en los recodos hasta que la suerte los ponía en la línea de corriente que llevaba afuera; así giran los oscuros destinos de la mayoría de los hombres que fracasan, mientras la fortuna arrastra sólo a uno de cada mil. Estudié también el fenómeno de las maderas estancadas en plena tormenta, detenidas al final de una caída, removiéndose y agitándose, hundiéndose y volviendo a salir a flote, en el mismo lugar y sin seguir la veloz corriente de agua. El agua de la superficie volvía atrás, y sólo la del fondo corría hacia delante, de manera que para continuar su descenso los troncos tenían que sumergirse, lo cual pretendían hacer constantemente. Buena imagen de ciertas naturalezas superficiales a las que nada enseña el curso de la vida, pues hay que entrar en nuestra alma, sumergirse en las profundidades para encontrar el hilo del manantial divino y dejarse guiar por él. Ciertos progresos, y los mejores, sólo pueden hacerse al precio de esta inmersión bautismal. El grano arrojado en tierra, para aportar mucho fruto, tiene que perecer, dice la parábola.

La señorita Robert, linda muchacha de veinticinco años, es un ejemplo tranquilizador de la virtud de nuestras aguas; llegó hace seis semanas, muy enferma, hasta el punto de no poder subir siquiera la escalera, y ahora está completamente recuperada, y con un excelente color. Sus ademanes son fáciles y seguros, con un algo fuerte y decidido; tiene una mirada aterciopelada, inteligente y ligeramente burlona. No me gustan mucho las mujeres que tienen este temperamento tranquilo y burlón; me pone incómodo. Yo no doy importancia a la lucidez de una muchacha. Me gusta la seria madurez de los modales, y el porte majestuoso, pero en el tono grave, y no con matices burlones. La señorita Robert parece, por lo demás, muchacha de fortuna, y su influencia se impone a su alrededor instintivamente.

Weissenburgo. 21 de agosto de 1849. Martes.—Releyendo mí disertación, la he encontrado muy mal escrita. Me queda mucho por hacer, antes de poder escribir unas páginas cuidadas, y sin embargo tengo que conseguirlo. En primerísimo lugar, me hace falta más gravedad, modestia y autoridad; tengo que hacerme hombre y despojarme de las apariencias imberbes de la frase, de los asertos a rajatabla, de las paradojas del adolescente, la fogosidad juvenil, que se dejan tolerar sin más consecuencia. Adquirir fuerza y madurez para el pensamiento, y pureza y gusto para el estilo.

No tengo memoria fácil; para recordar una cosa (una forma, una palabra) necesito haber reaccionado a ella y haberla reproducido. Lo que observo simplemente sin hacer un boceto mental y haberlo fijado en mi imaginación, sólo me deja una impresión, y no una forma.

Weissenburgo. 22 de agosto de 1849. Miércoles.—¿Cómo puede un hombre gustar a una mujer? Probablemente,

realizando su idea del hombre. Para la muchacha vana y superficial, las cualidades exigidas serán la belleza física, la elegancia de vestido, los modales seguros, la impertinencia de buen tono. A medida que una mujer se desarrolla, se refina, se eleva, su medida cambia: pasa de lo exterior al espíritu, del espíritu al alma, de lo aparente a lo sólido. Reclama entonces carácter, coraje, una fuerza, una superioridad cualquiera, y después la superioridad moral, los principios. Y quiere estar orgullosa de su elección, y por consiguiente lo preferirá digno a los ojos de los demás. Si la mujer es seria, reclamará en primer lugar una base religiosa, y después un desarrollo moral seguro, y luego carácter, y luego ternura, inteligencia, y sólo en último lugar belleza y elegancia. En resumen: piedad, moralidad, carácter, sensibilidad, inteligencia, cultura, modales.

Si los modales no descansan en una cultura, si ésta no recubre una inteligencia, y así sucesivamente en sentido ascendente, el hombre es incompleto e insuficiente. Creo que una mujer debe considerar dos partes en el hombre: la parte relacionada con el sexo femenino, y la otra que atañe a los hombres. En la primera, exigirá delicadeza, sensibilidad, respeto, lealtad, religión, y en la segunda, energía, conocimiento, superioridad de algún tipo. Una mujer desea al mismo tiempo ser amada y protegida; por eso busca a la vez ternura y fuerza. Si la vanidad no ha destruido su equilibrio normal, la mujer debe preferir admirar a aquel a quien ama, que ser admirada por él. Querrá serle indispensable, pero no deseará ninguna otra debilidad por parte de él. Lo fundamental es el carácter; el resto sólo suministra indicios: modales, conversación, fisonomía, atenciones, son meros síntomas para ella. La mujer es una adivinadora perpetua, mientras que el hombre sólo lo es cuando se lo propone. Siempre al acecho, faro eternamente

iluminado, la mujer raramente reposa sobre ella misma, y busca siempre algo, incluso en su reposo. Busca su sueño, el brazo sobre el que podrá apoyarse, el corazón hecho para el suyo. La vida, hasta que se produce este encuentro, es una lámpara mágica, en la que cada imagen es una deformación del perfil perseguido, y el ojo, tras cada aparición, parece volverse y decir: no es esto. Y continúa dando vueltas, y el sueño o la observación vigila cada giro. En el fondo es la misma cosa para ambos sexos: es su atracción recíproca, cada uno busca su complemento. Puede decirse que el propio don Juan sólo busca una mujer; y que la vida entera de cada mujer transcurre buscando un hombre, su hombre. De modo que para determinar lo que debe caracterizar el atractivo, hay que reconocer lo que corresponde a las condiciones generales de la atracción y a las condiciones individuales, o lo que agrada al sexo como conjunto, y después a cada mujer en particular según la escala espiritual a que esté adscrita.

Atracción de sexos: 1, el hombre por la mujer; 2, la mujer por el hombre.

Condiciones generales: relativas a la mujer; relativas al hombre.

Condiciones individuales: es un tema que hay que continuar: filosofía moral, filosofía erótica (Baader), etc., fundada en la filosofía de la naturaleza (misterio de los sexos).

Weissenburgo. 23 de agosto de 1849.—Paro, los conservadores, el término radical no tiene otro sentido que inmoral, ladrón, imbécil, destructor, y no representa ningún principio, ningún sistema; no aíslan el partido de los individuos, la doctrina de sus representantes. Niegan a los tahitianos el derecho a rechazar el cristianismo en vista de

los vicios de los cristianos que se lo ofrecen, y quieren hacer responsable a una teoría política de los vicios de sus representantes. Creo que es una actitud sin justicia alguna. A los conservadores les reprocho:

Parcialidad; reprochan a sus adversarios las personalidades y ellos se las permiten; les reprochan asimismo la sospecha sistemática, pero ellos la practican; hacen pesar sobre ellos la solidaridad de las faltas de su partido en otros estados, y no lo aceptan respecto a ellos, etc.

Visión limitada; se someten al texto, andan siempre buscando vueltas a las cosas; se refugian constantemente en el terreno jurídico, en cuanto se trata de historia y política.

Vacío; saben lo que no quieren, pero no lo que quieren. Son reacios, pero carecen de iniciativa.

Y tienen de bueno: la honestidad general, el conocimiento más seguro de los negocios, el respeto a la ley y a los derechos adquiridos, a las personas y a las cosas. En una palabra, son sin comparación más estimables; pero son estrechos y sin coraje, miopes y torpes. Me gustan sus personas y su carácter, pero no su manera de ver. Los estimo, pero no los admiro. Conclusión: en nuestros radicales, no me gustan las personas ni la teoría; y en los conservadores, aprecio las personas, pero poco las máximas. ¿Cómo hacer? Juzgar a las personas desde el punto de vista moral, y procurar conocerlos en su carácter; atacar las doctrinas indiferentemente. Respetar a los hombres; combatir las ideas.

Consejos; deber; tienes el deber de hacer estos cursos lo mejor posible, concentrar tus fuerzas de pensamiento, de expresión, de imaginación y de cálculo, para enseñar de la manera mejor.

Te lo debes a ti mismo, es tu obligación.

Interés; tienes enemigos, y te vigilarán con malevolencia; tienes que hacer callar a estos maliciosos, adquirir tus títulos, convertir las promesas en realidades; hacer las cosas mejor que tu antecesor, si quieres justificar tu posición. Si fracasas en esta prueba, tu carrera puede perderse.

Atractivo; esta rama es la más seductora; estudiada con profundidad, te reserva inagotables goces científicos; artísticos, si despiertas el talento de la juventud y te haces querer, si consolidas la academia y haces honor a la enseñanza; si preparas una reputación sólida de pensador, unida a cierto talento de estilo y de expresión, serás muy bien recompensado por tus trabajos.

Guárdate de la seducción de la paradoja: busca lo verdadero, no lo divertido. No ser exclusivista, ni decisivo; mostrar la insuficiencia, completar.

Claridad, solidez, profundidad, brillo, perseguir las cualidades necesarias antes que las superfluas; no empezar a bordar hasta tener un sólido cañamazo; construir solamente sobre andamiajes inquebrantables. Explicar antes la arquitectura del curso que su escultura, su pintura y su música.

Profundidad, lógica, totalidad, punto de vista fecundo.

Estimular con la personalidad y con la enseñanza, teniendo siempre presente que el fin no consiste en la exposición pura de la ciencia, sino en el estímulo por medio de la exposición de la materia. El profesor es un orador que se ayuda con la ciencia, y su meta son sus oyentes. De modo que hay que distinguir el sabio de la enseñanza, pues hay que elegir uno de ambos papeles. Se trata de dos tareas para cumplir sucesivamente: trabajar en primer lugar para sí, y en sí; y después reanudarlo para los demás. Antes de

modificar la forma según las circunstancias, hay que dominar plenamente el objeto. Antes de ser profesor de estética hay que ser esteticista.

Para ser esteticista, o buscar la filosofía de la belleza, hace falta tener antes la suma de lo bello: la práctica antes que la teoría.

Para embeberse de belleza, hay que cultivar en todos los sentidos la propia facultad estética; y sobre todo hay que tenerla.

El profesor debe enseñarse en primerísimo lugar, mostrar lo que puede y debe hacerse haciéndolo él mismo. Deberá ser el primero de sus oyentes, el mayor de sus alumnos.

Deberá ser sincero, verdadero, imparcial, sensible, sagaz. Deberá sentir como el artista, crear como él, y además analizar como el filósofo. Deberá reproducir y decir el porqué; sentir, comprender y hacer comprender.

Tener siempre presente, gracias a la intuición, la mayor suma posible de belleza, a fin de vivificar su palabra por las formas de la naturaleza y del arte; ser a la vez pensamiento e imagen, fórmula y representación. Iluminar siempre la teoría con la aplicación. Dar al mismo tiempo que la esencia de lo bello, su vestimenta, su irradiación y hacer presentir su extensión, por medio de ejemplos tomados de todas las artes, sin distinción. Para no dejar escapar ninguna de las sensibilidades de sus oyentes, cualquiera que sea su cultura individual.

Ser sencillo con la juventud y fuerte con los oyentes más avanzados. El señor Pictet era demasiado conciso y no improvisaba: intentar evitar ambos obstáculos.

Transportar ascensional y propedéuticamente al oyente hasta el horizonte del arte universal y de la belleza absoluta,

es decir a la esfera filosófica. Y llevar después la ciencia a su verdadero nivel (por medio de la historia).

Alojamiento invernal. Una sola alternativa: o independiente, o en casa de Guillermet.

Independiente. ¿Puedo seguir en casa de Bonguyod? NO, no es sitio para un profesor. Necesito por lo menos dos cuartos. ¿Los encontraré con la orientación que me conviene? Y después comprar muebles; una lata, en mi situación indecisa, dependencia: ¡bah! De 500 a 600 francos de muebles, es un trimestre. ¿Y los traslados ulteriores? Imaginando ya solucionado lo del apartamiento, queda por resolver la parte comidas…, ¿dónde? ¿En casa de Fanny? ¿En el restaurante? La falta de pequeñas preocupaciones, el hastío, el temor a la soledad, corren el riesgo de producirme, si caigo enfermo, una depresión espantosa. Lo que necesitaría es ser independiente y sin embargo tener las comodidades y los cuidados de la familia. Lo mejor sería vivir en el mismo rellano que mi hermana. Pero necesito sol, y tranquilidad. Prefiero sacrificar la vecindad que la salud o el bienestar, pues no podría, ni no, trabajar. Sería excelente idea vivir en el campo. Y hay muchas más probabilidades de estar bien: reposo, buen aire, ejercicio, luz, etc. Asociarme a las investigaciones de Franki.

Y si este proyecto resulta irrealizable, encargar al tío Jacobo que me busque algún arreglo. ¿Y un apartamiento en casa del tío Federico? ¿Y en el sur, en nuestra casa de Cendrier? Nunca; sería para mí criminal. ¿Y en la calle de las Granjas? ¿En casa de Laurent? ¿O en la de la señora Achard? Lo más tentador sería desde luego la casa de Laurent: bonita vista, casa alegre, gente extraña, buena mesa, facilidad para hacerse servir, independencia.

Considerar dos cosas: 1. Lo que mi posición exige: apartamiento conveniente, posibilidad de recibir, y por consiguiente buena apariencia, facilidad de hacerse servir, etc. 2. Las conveniencias de salud y alegría.

Weissenburgo, 27 de agosto. Lunes.—Fenómeno curioso observado por la señora Latour desde Pressy: proyección, antes de la aurora, de diez a veinte globos, mayores que el sol, y de todos los colores del arco iris, partiendo del punto donde el sol debería aparecer, con una elevación progresiva de 25 grados, y volviendo a descender en semicírculo hacia el mediodía, como un manojo de colosales lámparas romanas.

Lavey. 31 de agosto de 1849. Viernes.—Esta tarde me han investido con el grado de caballero de la Orden del Santo Silbato, después de muchas pruebas. Esta farsa me ha ayudado a romper un poco el hielo, y animado por ver primera en esta sociedad. Encuentro en general nuestras gentes llamadas de arriba; me gusta aplastarlos, desdeñarlos o evitarlos. Estos republicanos que en el extranjero adquieren títulos y condecoraciones muestran una máscara molesta. Tienen más altanería que los duques y los pares, y en vano se intentará buscar lo que les confiere este derecho. ¡Curioso malhumor! Vale más reírse de una ridiculez que agriarse.

Lavey. 2 de septiembre. Domingo.—Ayer por la noche hubo juegos variados y ruidosos; mar agitada; torneo, prendas, etc. La mujer Van Muyden es una bella mujer joven, grande, opulenta, de ricas y redondas formas, de elástico y majestuoso porte, rebosante de salud y de alegría de vivir. Viéndola de cerca y tan animada, me han llegado a gustar mucho sus ojos brillantes y ligeramente maliciosos, y las alas del deseo me han acariciado la piel. Es instruida, tiene

talento, ingenio, un carácter recto y franco, confiado y fácil. Su aliento en mi mejilla y su mirada me producen cierto trastorno. Todo lo contrario me sucede con la baronesa Henry; aunque es linda, joven y elegante, me disgusta, con su aire doliente, exigente, frágil, y su vocecita; mujer de cristal, pequeña amante con la que no se sabría qué hacer.

Consulta. El señor Cossy me ha aclarado perfectamente mi caso. Tengo los pulmones enfisematosos, lo cual excluye automáticamente la tisis, y no es peligroso, pero predispone a los catarros y al asma. Todo lo que ayude a disminuir mi sensibilidad externa (duchas) e interna (los antiespasmódicos y las terebentinas) me conviene. Esta afección se complica con otra, la irritación nerviosa. La configuración del pecho, la percusión, la auscultación y la exposición de los síntomas y de las observaciones diversas que tenía que presentar concluyen en idéntico sentido. El enfisema se llama en París un certificado de larga vida.

Lavey. 4 de septiembre. Martes.—¡Enorme imprudencia! Deberé darme por contento si evito una enfermedad. Excursión a las salinas de Bex; tres horas de paseo por los helados subterráneos. Una vez dentro, ya no quise retroceder. Primera falta: llevaba una camisa de tela que ha estado a punto de helarme cuando el sudor se enfrió. Segunda falta, antes de entrar me sequé al sol, lo cual no me ha secado. Tercera falta, agoté mis fuerzas. Y, claro está, he sentido tirones en el pecho, dolores en la nuca y punzadas. De vuelta, estaba muy inquieto, aunque la última hora de marcha había sido buena. El señor Cossy me ha tranquilizado. La excursión me llevó desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde. Fui hasta Bex en ómnibus y el resto lo hice a pie.

Lunes, 10 de septiembre de 1849.—He empezado la preparación de mis cursos de invierno, con un cálculo de horas para el reparto de los trabajos. El resultado me ha asustado sensiblemente. ¡Qué año más abominable! Tengo que preparar nueve lecciones por semana, a partir de hoy, hasta finales de marzo; es decir que necesitaré trabajar de diez a once horas diarias, y levantarme regularmente a las cuatro de la mañana, para tener la esperanza de llegar al final. ¡Y cuántas lecturas necesarias se quedarán apenas sin tocar!

Lunes, 17 de septiembre de 1849.—Estado interior. Desde mi vuelta, el estoicismo ha hecho progresos, pero quizá enfadoso. Ya no sufro tanto, e incluso nada, con Laura, desde que la he eliminado francamente de mi vida, y por consiguiente ya no reclamo la entrada en la suya. La posición que ella me ha propuesto la acepto y me acomodo a ella. Hay algo en esto que debe parecer a los no iniciados singularmente duro y egoísta, el verla así excluida de mis

proyectos; pero se trata de una necesidad de conservación personal; no podemos vivir juntos, la separación es mejor para los dos. Todo sería reparable, incluso su independencia altiva, y-su ausencia de rectitud, la falta de veracidad. No tiene la más mínima sinceridad consigo mismo; es terca, jamás se arrepiente de nada; falta absoluta de sinceridad con los demás, carencia de horror por la mentira; y por consiguiente me deja en la más absoluta inseguridad; no puede haber explicación franca, ni confianza. Si se le pudiese decir lo que hay encima del corazón, aunque siguiese lo mismo, todo estaría a salvo. Pero su orgullo es inflexible. Una vez, en mayo, lo he doblegado, y quizá no me lo ha perdonado. Disimulo sequedad, independencia: me es imposible sacar algo en limpio de este panorama, a pesar de toda la serie de encantos, de calidades y atractivos que felizmente van asociados al conjunto. Una mujer como Laura me convertiría en un tirano, una especie de Barba *Azul*, y entonces los infortunados seríamos dos. ¿Adónde va a parar esto, sin embargo? Cuando la veo sufriente o pensativa, sé muy bien lo que necesitaría, pero no puedo decirle nada, pues de nada serviría. ¿Un beso y una reconciliación de unos cuantos días? ¡Paz frágil! ¡Ah, rectitud, bien inmenso del cielo! Se puede odiar, tener arrebatos, cometer crímenes, pero si se es verdadero nada está del todo perdido.

Jueves, 27 de septiembre de 1849.—Cronología retrospectiva. Hasta los cinco años he vivido en la calle del Ródano, casa Filliol, donde nací, lo mismo que las dos hermanas que vinieron a continuación, María, muerta de un año, y Fanny, o sea, de 1821 a 1826.

1826-1831: cinco años en Plainpalais, en la casa Bernier; después de una estancia muy corta en los Petits-Philosophes.

1827: entrada en el colegio. Frecuentes estancias en casa de la tía Fanny, en Granja Bonnet y después en la Cuisine (dos fincas de campo). Tío Leblanc. Abuela Amiel.

1831: fuimos a habitar nuestra casa de Cendrier, 109, en la ciudad.

1832: verano en Orlier, con mi madre; muere el 20 de diciembre.

1833: mi padre toma a la señorita Delille como gobernanta. Mis hermanas van a Cormondréche, y yo pensionista a casa de los M.[46], en la calle Basse de la Croix d'Or.

1834: muerte de mi padre, el 28 de noviembre. Estaba yo en tercero de colegio.

1834-1841: siete años en casa del tío Frédéric (casado), primero en la calle Traversiére, después en la plaza del Ródano, y después en la Monnaie, en la carretera de Lausana. Jubilado en 1835. En 1836 terminé el colegio. Cuatro años de auditorio. Sociedades de bellas letras de Zofinga; viajes a pie por Suiza, etc.

1841: El 11 de noviembre, partida para Montpellier. La revolución del 22 de noviembre. Llegada a Nápoles el 11 de diciembre.

1842: viaje por Italia, hasta finales de julio. Vuelta por los Alpes. Viaje al Oberland. Concierto federal en Lausana, el 1 de agosto. Vuelta a Ginebra el 2 de agosto. Estancia en Ginebra del 2 de agosto de 1842 al 20 de abril de 1843. Pensionista en la pensión Drouin, en el bajo de la Pelisserie.

1843: 20 de abril. Partida para París. Dos meses en París. Viaje a pie por Normandía y Bretaña. Baños de mar en Trouville. El 28 de septiembre, salida para Bélgica. Subida del Rhin. Llegada a Heidelberg, creo que a fines de octubre.

De noviembre a agosto, estancia en Heidelberg, en casa de la familia Weber.

1844: 15 de agosto, salida. Viaje de seis semanas. Nuremberg, Bamberg, Dresde. Llegada a Berlín a mediados de octubre.

1844-1848: estancia en Berlín.

1845: viaje a los países escandinavos (en otoño).

.1846: viaje por Holanda. Baños en Norderney. El Rhin; Alemania occidental.

1847: curso en Harz, en Pentecostés. Curso de Rugen. Baños de Heringsdorf.

1848: salida el 20 de agosto. Sajonia, Bohemia, Austria, Baviera, Wurtemberg. Estancia en Tubinga, de seis semanas, del 12 de octubre al 2 de diciembre. Estancia en Zurich, tres semanas, del 2 al 21 de diciembre. Vuelta a Ginebra, el día de navidad, tras cinco años y ocho meses de ausencia.

En resumen, doce años en la casa paterna, cinco de ellos en el campo y siete en la ciudad, en la calle del Ródano y en la calle Cendrier; desde entonces casi no he vivido con mis hermanas. Ocho años en casa de un tío.

Ocho años más o menos vagabundos; vida de viaje, de pensión, sin fijación, estabilidad ni enraizamiento en ninguna parte.

Desde el punto de vista intelectual, siete años de infancia y escuela lancasteriana, nueve años de colegio, cuatro años de auditorio, siete años de viajes y estudios; (1849) un año de lucha, oposición, y posición adquirida; entrada en una carrera positiva.

Para el corazón, vida pobre, desconfiada, dolorosa, sin expansionamientos, carente de costumbres familiares y de

hábitos patrióticos; perpetuo análisis personal y ensimismamiento, personalidad, alegrías y penas solitarias.

—Respecto al espíritu, voracidad de saber y de lecturas; carencia de orden, receptividad improductiva; nada claro, maduro o acabado. Educación autodidacta, sin superior y sin guía. Fantasía, indecisión, austeridad, sarcasmo muy hondo; temor a los hombres y susceptibilidad. (Todo esto incompleto, por rectificar).

Lunes, 1 de octubre de 1849.—Molestias sin fin con el departamento y el principalado, respecto a seis horas de gimnasio que intentan imponerme, y que yo no puedo ni quiero aceptar. Intercambio de cartas y memorias. Revisiones miserables de emolumentos; intentan nada menos que hacerme dar 200 lecciones gratuitas, y hace quince días que me hacen perder el tiempo haciendo de nuevo un programa ya terminado, y concluido hace tres meses con el señor Pons. Se muestran evasivos en las respuestas, eluden las preguntas precisas que yo les hago, para dejar siempre en el aire, o bien lo que tengo que hacer, o bien lo que habré de recibir. Es latoso y pesado. Carecen de palabra, de franqueza y de claridad. Para terminar, he ofrecido ceder hasta 500 francos de mis honorarios legítimos, dando 216 lecciones (3 acad., 3 gimn.), y tienen la falta de delicadeza de ofrecer en mi lugar 600 a cualquiera para dar lecciones supernumerarias y fuera de mi cátedra. Tres cartas al señor Pons, una de ellas muy larga. Dos al señor Betant, dos al rector y una al vicerrector.

Ayer domingo contesté a una carta de agradecimiento de la señora Decoppet d'Yverdon, que me había escrito por la tesis enviada a su hija (19 de agosto de 1849).

Lecturas: he releído y resumido todo el evangelio de san Juan. Me he convencido de que Jesús no era trinitario; que

hay que creer sólo eh él, y descubrir la imagen verdadera del fundador tras todas las refracciones prismáticas a través de las cuales él llega a nosotros, y que lo alteran más o menos. Rayo luminoso y celeste caído en el medio humano, la palabra de Cristo se rompió en mil irisaciones y sufrió mil desviaciones. El trabajo histórico del cristianismo es, de siglo en siglo, sufrir una nueva metamorfosis, despojarse de una nueva cáscara, espiritualizar cada vez más su inteligencia de Cristo, su entendimiento de la salvación.

Me quedo estupefacto ante la increíble cantidad de judaismo, de formalismo que subsiste aún, diecinueve siglos después de haber proclamado el redentor que era la letra lo que destruía, y que el simbolismo estaba muerto. La nueva religión es tan profunda, que todavía hay no la comprendemos bien, y tan atrevida, que incluso hoy resultaría blasfema para la mayoría de los cristianos. El centro de esta revelación es la persona de Cristo; revelación, redención, vida eterna, divinidad, humanidad, propiciación, encarnación, juicio, Satán, cielo, infierno, todo esto se ha materializado, ha adquirido consistencia y ofrece la extraña ironía de tener un profundo sentido y ser interpretado carnalmente, especie de moneda falsa en sentido inverso, que vale más que su valor de cambio. El atrevimiento y la libertad cristianas están por reconquistar; la herética es la iglesia, con su vista ya turbia y su timidez de espíritu, quiérase o no, hay una doctrina esotérica; no se trata de un yugo, sino de una fuerza de las cosas. Hay una revelación relativa: cada cual entre en Dios en la medida en que Dios entra en él, y como dice (creo que es Ángelus), «el ojo por el que veo a Dios es el mismo por el que él me ve a mí».

Si quiere triunfar sobre el panteísmo, el cristianismo tiene que absorberlo; Jesús podría ser tachado, para los pusilánimes de hoy, de un odioso panteísmo, pues ha

confirmado aquella frase bíblica: «Vosotros sois dioses», y también san Pablo, que nos dice que somos de la raza de Dios (Juan, 11, 35. *Hechos*, 17, 28), etc.

En nuestro siglo, es necesaria una nueva dogmática, es decir, una explicación más profunda de la naturaleza de Cristo, y de las luces proyectadas por ésta sobre el cielo y sobre la humanidad.

Miércoles, 10 de octubre.—Laura sufre de la cabeza; ha trabajado mucho a ganchillo y calcetando en las últimas semanas, en regalos para Fanny, para la prima Jenny, para el primo Amalric, para mí. Una estupenda cualidad es su celo y su amor por los niños. El otro día hice la prueba frenológica con su cabeza; confirmó singularmente lo que ya sabía sobre su carácter. Imaginación y vivacidad, reemplazando a la sagacidad, la bondad y la reflexión; testarudez sin contrapeso intelectual alguno; disimulo sin respeto. En una palabra, apetitos vehementes, tenacidad, impetuosidad imaginativa; la altura y la anchura de la parte de atrás de la cabeza se estrechan y descienden a medida que avanzan hacia delante (justamente al revés que mi cabeza); en suma, ni libertad moral, ni libertad intelectual, y sometimiento a la pasión, por un lado, y a la sensación, por otro: vida anímica, y todavía no espiritual.

Domingo, 14 de octubre de 1849.—Negocios. Ayer he salido con Fanny a hacer compras para mi apartamiento; cinco pares de cortinas y una cama de hierro. Heme aquí, ya, a vueltas con los muebles. Es caro y pesado, y quizá agradable. Recuerdo haber experimentado ya este mismo sentimiento de bienestar de la propiedad, esta particular seguridad que nace de la estabilidad. Ya veremos. Por el momento, llevo consagrados 400 francos a enraizarme, y es sólo una parte de lo necesario; es un gasto considerable en una partida no del

todo seria, pues todo este acomodo es solamente provisional. Si mi cuñado se establece pronto, o si me da la ventolera de establecerme, todo se habrá perdido. Pero ésta era la única solución, salvo irme a una pensión. Tiempo detestable; los embalajes están terminados, y mañana será la mudanza.

El señor Longchamp me ha expuesto su *Delenda Carthago*: exclusión absoluta de los eclesiásticos de la enseñanza. Según él: 1, no hay libertad posible para la ciencia mientras los eclesiásticos dominen el tinglado; 2, irreconciliable antagonismo entre la sangre francesa (extranjera, calvinista, todo uno) y la vieja sangre ginebrina; entre el pueblo-mujer, comprendido en este apartado el clero y la sangre francesa, y el pueblo-hombre de los Calvino (invasor el uno, formalista, disciplinario; e independiente el otro, dubitativo, investigador). L. desea la libertad científica; ahora bien, el pueblo-mujer, el clero protestante y sobre todo el clero católico es su extintor; de modo que exclusión, etc. Yo le he explicado la enorme contradicción que hay en combatir el exclusivismo con el exclusivismo; que existe asimismo contradicción entre querer, por una parte, una iglesia nacional, y pretender la no intervención del clero en la enseñanza; en encolerizarse contra un antagonismo sólo curable por la separación de iglesia y estado, y no desear dicha separación, etc. L. es hombre honesto y sagaz, pero apasionado y poco práctico, una naturaleza de oposición. Esta conversación me ha venido a confirmar la exactitud de los resultados de mi tesis: la Ginebra de los libertinos no ha muerto, sino que revive; la inoculación protestante tiene una importancia secundaria. La latente discordia reaparece. El elemento viejo ginebrino está compuesto de independencia, indisciplina y sátira, crítica indócil y originalidad, y el elemento francés ha impuesto la forma, ha domado, disciplinado, pero también formalizado; el escollo de la

independencia es la anarquía. El elemento ginebrino puro es el fermento irreductible, incristalizable, es la oposición encarnada, y es también la renovación, la búsqueda, la profundidad, la invención. Desgraciadamente no puede sistematizar, construir; es sobre todo crítico. Forma la naturaleza ginebrina; el otro es su cultura, su disciplina exterior. La historia de Ginebra es la serie de compromisos seculares intentados entre ambos elementos opuestos, forma y sustancia, educación y carácter, raza nueva y antigua raza, instintos e instituciones. El hombre natural y el hombre nuevo. La movilidad y la costumbre o la tradición, la emancipación, la autoridad.

Miércoles, 17 de octubre.—Segundo día en nuestra casa de Paquis. Todo está en completo desorden; ventanas sin cortinas, muebles obstruyendo el paso, cajas y cajones amontonados: un verdadero campamento en medio del propio bien, batiburrillo caravanesco en el centro de sus equipajes. Han hecho falta dos días completos para trasladar nuestra doble vivienda de Chêne y de la ciudad. Felizmente, el diluvio ha parado precisamente estos días; cierto que se reanudó anoche con una fuerte tormenta, adornada con gran profusión de rayos que atronaron por una o dos horas nuestras cabezas.

La casa es encantadora, salvo que podría tener menos ventanas. Situada en el centro de un bonito jardín encerrado entre muros, a poca distancia del lago, y a seis minutos del puente de los Paquis, es nueva, elegante, coquetamente limpia y acabada. Propietarios muy serviciales, muchas dependencias, numerosos pabellones, aislamiento sin soledad, tranquilidad; mucho aire, sol, verde; en fin, lo necesario para prometernos una alegre estancia. Los puentes suelen ser muy fríos, y la distancia (veinte minutos hasta el de San Pedro) es muy incómoda en ciertos casos; y tenemos

pocos vecinos, etcétera. No importa; con todo, creo que es un buen cambio.

Jueves, 25 de octubre.—El martes a las tres comencé a ejercer en la facultad de letras. Me ha molestado, e incluso herido, el no ver a ningún profesor, ningún amigo, salvo Augusto Bouvier y mi cuñado, en mi comienzo académico. Sin ser en absoluto partidario del aparato, me gusta un poco más de conveniencia y de formas, y sobre todo un poco más de interés. Esta circunstancia me llevó a tristes reflexiones sobre el real aislamiento de cada hombre, sobre el mío particular, y me ha inspirado sentimientos pasablemente misantrópicos. Y además, existe una contradicción entre lo que gustaría, querrían y aconsejarían los oyentes ginebrinos, y lo que yo quiero darles. Si diese un curso de ateneo, con un título por lección, una improvisación divertida, aguda, aventurada, espiritual sobre una serie de temas más o menos graduales, con imágenes, ejemplos, resúmenes brillantes, todos me alabarían. Resulta facilísimo ser espiritual en ese sentido. Pero el rigor metódico, la severidad de pensamiento, la exposición completa; en una palabra, la ciencia en lugar de la elegancia literaria me dará diez veces más trabajo y será un reproche más que me hagan. Esto me hace muy molesta la carrera académica en Ginebra. Nuestros estudiantes son demasiado jóvenes y demasiado desprovistos de cultura, demasiado mecánicamente acostumbrados a hacer cuadernos para pasar los exámenes, para excitar al profesor. Me gustaría tener por oyentes hombres, pero nuestros hombres cultivados son todos conservadores, es decir que me señalan con el dedo por prejuicios políticos. Y además nadie anima a los jóvenes, y parecería apartarse de lo usual aprender algo de nuestros menores. En una palabra, no hay un medio científico, que es donde yo querría vivir. Tal es la situación, en toda su

desnudez. Habría que crear ese medio, ese interés, superior a los partidos, en contra de las costumbres inveteradas, contra la actual corriente, contra el carácter nacional, es decir, contra el pasado, contra el presente y casi contra el futuro de Ginebra, en la medida en que el carácter de un país permite pronosticar su porvenir. ¿No es esto romperse la cabeza contra lo imposible? ¿O cuando menos gastar la vida en una lucha cuyo resultado, aunque fuese la victoria, me parecería ridículo y de escaso valor? Y por otra parte, ¿ofrece quizá alguna ventaja el trabajar en un terreno limitado, conocido, que después de todo es mi patria, o secretas compensaciones?

A decir verdad, conozco poco a los hombres de aquí, y no me atraen.

No me gusta nuestra clase de espíritu, ni nuestro carácter nacional.

No estoy en la atmósfera que me conviene ni donde yo convengo.

Mi poco valor, aquí, ni se desea ni es apreciado.

Nuestra juventud antifilosófica e irrespetuosa no me hace mejor acogida.

Luego parece que no deba considerar mi residencia aquí más que como cosa provisional. Haré aquí un grado, me ejercitaré en la palabra y en el arte de escribir, fortificaré mi pensamiento, consolidaré mis conocimientos, y desde esta meta me orientaré hacia el punto donde pueda obrar mejor, es decir donde deba actuar, donde mi deber me llame. ¿Quizá en París? O acaso me retire de la acción, y me haré hombre de gabinete, pensador y escritor; encerrarme en mi observatorio con mi lámpara de estudio para contemplar, escrutar la marcha de las estrellas y los pueblos, y ser útil a mis compañeros de camino revelándoles lo que veo en las

brumas del horizonte. Convertirme en Espinosa, Ballanche, Joseph de Maistre, Schelling, mucho mejor que hacerme hombre de acción, que me aburre y me disgusta profundamente.

Necesito tres regiones intelectuales superpuestas:

1. De enseñanza, de iniciación. Para esto sería necesario que mi cultura fuese completa y que mis cursos no me sirviesen de aprendizaje; hechos para mí. Tender la mano a la juventud; ver lo ideal a través de lo real. No ver los individuos, sino la especie. Esperar siempre.

2. De producción literaria. Trabajar sobre el público francés, por medio de la vida corriente (investigaciones, análisis, etc.), que es sólo un medio, por medio de alguna obra de consideración.

3. Vida profunda y esotérica. Ciencia, meditación, contemplación, beatitud religiosa. Felicidad secreta. Vida del arte.

(Ver 11 de agosto de 1849 y 27 de septiembre).

Vida dedicada a la juventud y a la patria.

Vida dedicada al gran público.

Vida dedicada a lo eterno y a lo infinito.

La primera sólo será posible en un ambiente de simpatía, pues entregar el corazón a quienes no lo distinguen de cualquier montón de desperdicios, abrir el acceso del santuario a los que irrumpen en él como en un *cabaret*, obligar a beber a los que no tienen sed, y convertirse en conserje a sueldo en vez de verse rodeado como un guía, como un amigo, convertir el alma en mercadería, ¿no es espantoso? Sí, pero recuerda, en revancha, que la ciencia no es una propiedad. Tu corazón te pertenece por entero, y sólo se da a cambio de algo. Pero la verdad es de derecho común.

En este sentido tú eres un recipiente; tú has recibido, y tú debes dar. Retener la verdad es una simonía.

Para esta vida, deberás:

1) Adquirir fuerza, poseer tu especialidad.

2) Ser humilde y flexible en tu enseñanza, acomodarte a las necesidades y a las fuerzas de tus alumnos.

3) No querer decirlo todo, sino solamente lo útil, lo comprensible. «Todo está permitido, pero no todo es edificante».

4) En cuanto a la forma, amoldarte a las exigencias de la enseñanza oral: amplitud, nitidez, facilidad, bienestar. Poner tu ciencia en botellas, incluso en frascos de cristal, si es posible. Disminuir la dosis y halagar el gusto. Resultar más atrayente que extraordinario.

El lunes 22 reanudé el curso en el gimnasio, a las once. He empezado mis lecciones de poética por la filosofía del lenguaje. La segunda lección ha sido mejor que la primera; estoy resuelto a mantener a este rebaño en orden y respeto, con severidad y seriedad. Humbert ha comenzado bien.

El gimnasio libre se ha abierto con 25 alumnos, dicen. Según todas las apariencias, en las elecciones próximas el actual gobierno caerá. Si esto me costase mi puesto, casi me alegraría. Libre de toda molestia, trabajaría en una memoria, me doctoraría en Tubinga o en cualquier otro lado; y en la primavera abriría un curso libre, al mismo tiempo que trabajaría para la *Revue des Deux-Mondes*, para hacerme conocer en Francia. Reconquistaría la independencia, y sólo trabajaría a mis horas, a mi gusto, para un público de mi elección. A ver qué pasa, pues.

He releído todo el último cuaderno de mi diario íntimo. He notado un número considerable de vueltas sobre el mismo tema, sobre los mismos pensamientos, por puro

olvido, pues en esta repetición había inferioridad y progreso. Convendrá hacer un cuadro de materias para tenerlo siempre presente e ir completando.

Viernes, 26 de octubre.—El tío Federico ha venido a calentarse a mi chimenea: cada vez más torpón, cada vez menos apto. Es capaz de ahogarse en un vaso de agua y de tropezar en un grano de arena. Es la honestidad y la conciencia personificadas, pero sin carácter, sin energía y sin vivacidad de espíritu. Lleno de orden, de rectitud, de resignación, de paciencia, carece en cambio de virilidad y de vista. Es un hombre imperfecto, blando. Los tres hermanos no se parecían en nada. El uno, bilioso, fuerte, vigoroso; el otro, sanguíneo, flexible, diestro, emprendedor y tenaz, y un tercero linfático, decaído, blando, lento, concienzudo. El mayor, hombre de acción y dominante; hombre de negocios y de buen gusto, el pequeño; y el tercero, hombre de orden y conservador, hombre cándido, de su casa. El primero manejaba los hombres; el segundo maneja las cosas, y el último se deja manejar por unos y otras, esperando más que creando su suerte, y procurando arreglarse en su caparazón para no tener que construir otro nuevo. Se pierde en los detalles y adora las minucias. Es laboriosamente perezoso, y trabaja mucho para hacer poco. En mi carácter tengo afinidades con mi padre y con mis dos tíos; pero muy pocas en el espíritu. Sin embargo tengo que reflexionar en esto último. Quizás me convenga trasladarme a su nivel práctico, o intentar situarlos en mi vida intelectual, antes de pronunciarme.

De los tres hermanos, el mayor tuvo seis hijos, Jacques tres, y Federico dos.

La sangre de los Amiel tiene unas características comunes que encontramos en todos sus miembros; una ligera

tendencia a dominar, a la susceptibilidad y a la testarudez; carácter algo áspero y poco manejable; más entero y voluntario que educable y fácil; retrastilidad con los hombres, independencia. A pesar de la mezcla de sangres de los Momari, Roux y Joly, los hijos que llevan el nombre Amiel, a pesar de sus indiferencias individuales, tienen estas características en común: son de naturaleza difícil y poco flexible; todos difíciles de educar, sometidos a caprichos, a momentos imprevistos de malhumor o de loca vivacidad. Fanny, Eugenio y Carolina más testarudos, por inercia y lentitud, más resistentes pasiva que activamente, forman otro grupo; Fanny, con sus ojos azules y su espíritu lento, con su calma templada, está quizá en el extremo. Todos los demás tienen ojos pardos, el temperamento cálido, más bien bilioso.

Su orden intelectual sería como sigue (del menos al más): Carolina, María, Fanny, Eugenio, Laura, Luisa, (Cecilia), Fritz[47].

Sus posibilidades de felicidad: (Cecilia), Laura, Fritz, Luisa, vivos y nerviosos; Eugenio, María, Carolina, Fanny, más flemáticos.

Su aptitud para prestar un servicio: Laura, (Cecilia), María, Fritz, Eugenio, Luisa, Fanny, Carolina.

Laura es la que tiene más imaginación, pero casi la de menor inteligencia. Es viva y apasionada, pero esclava de sus instintos y de sus inclinaciones.

Carolina es la más dulce; Fanny la más regular; Luisa la más tierna; María, quizá, la más benévola; Eugenio es un buen chico, y honesto, fino y flexible, pero de una ligereza específica innegable, y sin vigor de ningún género. Como bien dotados, sólo veo a Luisa; la única distinguida era nuestra pobre Cecilia, o quizá sea obligado decir nuestra

feliz Cecilia. Era de temple noble, de espíritu impetuoso y fuerte, de curiosidad universal, de carácter imperioso, de pensamiento grave. Tenía la aptitud de las grandes cosas, necesidad de enormes horizontes. De vista rápida, inteligencia amplia, curiosidad ardiente, memoria grande; era una magnífica organización, aunque quizá un poco ácida y dura, como un fruto verde.

En cuanto a los atributos externos: Cecilia era bella; Laura, cuando está animada, tiene un fulgor apasionado muy notable, su perfil, su boca y sus ojos adquieren una seducción pérfida, y las formas bellas acusan raza y fuego; es una criolla; Maria será excitante; Fanny tiene un atractivo dulce y tranquilo; Luisa tiene la parte alta de la cara pura y delicada, y la mandíbula colgante, maciza, un poco simple; Eugenio tiene una cara borrosa, pequeña y sin carácter, y es la única nariz pequeña de la familia. Como hombre, yo estoy mejor repartido, pero peco por lo contrario; mis rasgos están demasiado marcados, y siempre he parecido mayor de lo que soy. Muchas veces me he encontrado feo, pero ahora me parece que soy muy pasable, y la expresión inteligente predomina sobre el resto. Mi talla, mi cara, mis manos acusan vigor y delicadeza, irritabilidad y timidez. Soy una mezcla aún mal fundida de juventud y madurez, de fuerza e indolencia, de quimera y espíritu positivo, de tenacidad y descuido, de audacia y de blandenguería. Mi peor defecto es la inconstancia, que me hace derrochar estupendas facultades, y comprometer mi porvenir; que ha hecho estériles largos trabajos, y quizás acabará por impedirme dejar otra cosa que esperanza, si muero joven, o penas, si alcanzo la edad madura. Para confiar en mí, y para tener fuerza, necesito el éxito, y en cambio lo desdeño, por pereza, por desilusión, por una ambición más alta. La inmensidad de mi ambición me ha curado siempre de las ambiciones.

¿Cómo entusiasmarse con algo pequeño cuando se ha gustado la vida infinita?

Sábado, 27 de octubre.—Habría que ser muy ingrato para no estar agradecido por mi felicidad. Estoy en los años de la plenitud; tengo una carrera cómoda, y en el fondo la más agradable de todas las posibles; tengo tiempo libre, salud, bienestar material, una bonita casa. Todo me invita a retirarme, a producir, y mi deber es al mismo tiempo mi placer, pensar, meditar, expresar, y el tema es mi tema favorito: filosofía, poesía, religión. Me falta, es cierto, un eco, un público, compañeros de trabajo, un interior propio. Pero en este momento no noto la privación, y no quiero despertarla. La ausencia de un medio favorable me aflige a veces cruelmente, pero no me siento arrastrado al matrimonio, prefiriendo abstenerme que un posterior resentimiento irreparable. Tengo mucho pliego a los lazos definitivos: fracaso en la investigación, malestar económico provocado por la incertidumbre de mi posición, y todos los embarazos posibles, a cambio de una promesa de tranquilidad. Como no puedo tener lo que quiero, prefiero un cero en el cociente matrimonial que un matrimonio inconveniente. Me volvería feroz e hipocondríaco. Mi talento para atormentarme es demasiado poderoso para atreverme a una cosa así. En mi actual posición, sufro un poco, mi felicidad no es muy grande; pero más vale esto que un sufrimiento atroz, en aumento al tenor de las circunstancias exteriores, irremediables, en el caso de una unión viciosa. Antes de aceptar semejante estado, hay que aceptar sus posibilidades, y sólo pensarlo me espanta. O sea, que no estoy maduro. No hay que forzar el tiempo, ni las vocaciones.

Y sin embargo es penoso, frío y triste no tener un eco, un guía, un consejo, alguien que nos anime, que critique

nuestros trabajos; nadie para incitarme a una noble ambición, para descubrirme mi fuerza y la medida real de mi talento. En el fondo voy caminando solo, y Ginebra, desde este punto de vista, apenas la siento como patria; ni lo es de mi espíritu, ni tampoco de mi corazón. Sólo lo es para mis recuerdos y mi sangre.

En el fondo, la dificultad es la siguiente: tu primer interés apunta a la cultura; el tiempo gastado en ganar dinero, en lograr una carrera, en actuar, en acomodar, en gozar, en crearte una familia, por ejemplo, te parece derrochado o robado. ¿Y no es falsa esta consideración? Tu fin no debe ser solamente intelectual. Tu fin debe consistir en ser hombre. Y ser hombre es también hacer felices a los demás, transmitir la vida, mezclarse con los hombres, ser ciudadano, ser activo. Cierto que cada hombre tiene su misión especial y que muchos pensadores han vivido al margen de una familia, de preocupaciones y de deberes (Platón, Leibnitz, Kant, Cousin, san Pablo, Neander, etc.). Por el contrario, Sócrates, Krause, Schleiermacher, Hegel, Schelling, etc., han sido completamente hombres. Hay que hacer un verdadero examen de conciencia, y la decisión no hay que remitirla a la cobardía o al egoísmo, sino que habrá de decidir la voz interior, despojada de toda influencia, limpia de todo, fraude; es lo que hay que hacer.

Lunes, 29 de octubre de 1849.—La enorme cantidad de malhechores que infectan el país nos obliga a armarnos. Cada día se da un nuevo caso. Me resultaría espantoso hacer correr la sangre de un hombre, por la mera diversión de la ferocidad; tiemblo ante la sola idea de hacer una herida; matar es otra cosa muy distinta.

Miércoles, 31 de octubre de 1849.—La noche está clara; víspera tranquila y lunada de «todos los santos». Los

espíritus pueden danzar sobre las hogueras; en el paraíso es la noche de Walpurgis; los 365 000 santos vienen a reclamar parte de culto, su ventana sobre los jardines de la vida, su segundo de reinado y de veneración.

Acabo de escribir dos billetes, a la señora Long y a Carolina.

Hoy eché a tres alumnos de la clase del gimnasio. El castigo ha caído precisamente sobre los primeros del grupo: Hentsch, Doy y Long. Estos mangarranes tensan la cuerda y quieren ver hasta dónde pueden llegar. Pronto lo sabrán con exactitud.

En la academia ha habido una considerable reducción de mis oyentes. Las dos lecciones sobre la parte filosófica de la estética los ha decepcionado, sin duda. Soy demasiado rígido para doblegarme ante le necesidad de agradar. Intento hacer bien y violentar, si es necesario, al oyente, pero nunca darles el gusto. Sólo obedezco a las exigencias del objeto, y la precaución oratoria, el cuidado de predisponer y captar me repugnan. Expongo, pero no persuado. Dejo la verdad al desnudo. Más que inexperiencia, por mi parte, se trata de orgullo y desdén. Lo mismo me ocurre en la vida; me impongo, pero no gano. Rompo, en vez de doblegar. No quiero conquistar hombres, sino que sean lo que deben ser; y no los trato según sus deseos, o según sus pretensiones, sino por lo que realmente valen. No soy orador, ni hombre práctico; en el fondo desconfío, temo o desprecio a los hombres, y sólo amo, estimo o venero al hombre. No sé obedecer ni mandar; no sé vivir con mis semejantes. La mayoría me inspiran desconfianza, cólera, compasión o desdén. Debes vigilarte: tienes que adquirir confianza en ti, benevolencia, práctica.

He comprado *Levaría*, de Jean Paul.

Improviso muy mal en la clase; no tengo memoria ni presencia de espíritu; en lugar de sentirme estimulado, me noto frío y distraído. Quizá deberé prescribirme la abstención de mis notas, para obligarme a la verdadera improvisación.

Siguiendo el procedimiento de Franklin, he hecho un cuadro de preceptos a seguir, divididos en grupos de dos, uno referente al espíritu y el otro al carácter, y he pensado atenerme cada semana a una consigna para observarlos mejor. La pareja de esta semana son el dominio de mí mismo y la previsión, con sus preceptos «mantén la palabra», y «mide las posibilidades».

Sábado, 3 de noviembre.—Enorme falta: en mi lección de hoy he estado vergonzosamente pobre, y enrojecía ante mi propia palabrería, que no decía nada y lo decía mal. En el banquillo, quiero decir en la cátedra, no tengo ningún arranque, ninguna vivacidad; estoy frío, estéril, y lo que es peor, distraído. Observo mi propia tontería y la actitud de los demás; pero no estoy en lo mío, no invento. Es necesario que esta lección te sirva de algo.

Tienes que: 1, preparar la lección por lo menos con una semana de anticipación (haberla preparado); 2, haberla escrito en su totalidad, por lo menos todos sus pensamientos y detalles (haberla escrito); 3, ejercitarte en la improvisación, a solas (haberla improvisado).

Mientras no consigas la garantía de la abundancia, estarás preocupado, inquieto, molesto. La improvisación es un arte que tiene sus exigencias, y hay que estudiar con conciencia.

Ayer tarde he sostenido una larga conversación con Julia, que tomó el té con nosotros. Recuerdos de infancia, los Lyanna, la familia de mi madre, los Baujon, juventud de Julia, su noviazgo, amores de mis padres, carácter de mi

padre, anécdotas diversas. ¡Cuántas enseñanzas en todos estos recuerdos! Bendición de una infancia feliz; horribles consecuencias de la debilidad de carácter; espantosa fealdad de la rapacidad y de los intereses materiales entre parientes; deber expiatorio de hacer feliz a mi mujer, pues mi madre no lo fue en su matrimonio, etc. La vida de huérfano tiene sus dolores y sus tinieblas; pero según Julia, y según mi sentimiento, ha sido mejor para mí educarme solo que seguir en las manos paternas. Mi padre ya hundió mi virilidad e hizo mucho mal a mi infancia. ¿Qué hubiera sido yo bajo su presión? Machacado, aturdido. Creo reconocer su obra en mi desconfianza y en mi timidez, porque, del niño indomable que yo he sido, según todos los relatos, ¿cómo pude transformarme en el adolescente temeroso, solapado, triste y pensativo en que más tarde me convertí?

Martes, 6 de noviembre.—Mucho más contento de mi lección de hoy; sin embargo, no he improvisado todavía realmente. El tema fue bastante nuevo, la educación estética. Durante la tarde he estado demasiado inerte en mi lectura de un capítulo de Jean Paul. Decididamente, después de las siete me va mucho mejor escribiendo que leyendo. F. B. guarda cama desde hace tres días: desvanecimientos, crisis nerviosas. Tengo que hacerme reproches con respecto a Laura. Me dejo llevar otra vez por mi irritación interior, no pudiendo acostumbrarme a esta ausencia de cordialidad, a esta perpetua reserva, ni tampoco al papel que yo mismo juego. Teniendo siempre alguna cosa en el corazón y ninguna esperanza, aparento poseer siempre una segunda intención y no amar con franqueza, cosa muy cierta, pero que sólo es una impresión. No ser consultado ni sobre las lecciones a tomar, ni sobre las lecturas por emprender; ignorar las relaciones, las visitas y el empleo del tiempo de una joven hermana; no atreverme a pedirle algunos

servicios domésticos; no encontrar sino una independencia altiva, y lo que es mil veces peor, disimulo y falta de rectitud; no poder ni romper completamente, ni reconciliarse seriamente; deber conservar siempre los dolores y no tener jamás perdones que otorgar; desear ser útil, desear dar afecto y no poder hacerlo; tener necesidad de fraternidad y no poder presentar otra cosa que un rostro frío; para no ser severo, esta hipocresía dolorosa es un suplicio. ¿No abarca también a la debilidad y al amor propio ofendido? Sí, hay un orgullo, un orgullo refinado en este dolor. Eres lo bastante orgulloso como para sentir que te falta, pero eres demasiado orgulloso para mostrar lo que sientes, para mostrar lo que te falta. Querrías ser adivinado, pero no puedes ayudar. Me equivoco; lo has ensayado sin obtener nada, y ya no puedes volver a intentarlo. Contra la mala voluntad, no hay otro recurso que el coraje y la resignación digna. No saldrás de ti, sin el renunciamiento. No busques tu voluntad, tu satisfacción. Olvídate y ruega por el bien de tu hermana. No le pidas nada y dale lo que ella puede recibir (nada de reproches que la agríen, sin hacerla entrar en si misma, porque sería un castigo en lugar de una bondad), sin esperar una respuesta, sin esperar docilidad ni reconocimiento. Pídele al cielo mansedumbre, serenidad y prudencia.

Todos tus esfuerzos deben estar dirigidos y concentrados en un solo punto: tu carácter. Todas las otras fuerzas no son sino armas para la voluntad. Tienes poco carácter porque eres débil, irresoluto, inconstante e inquieto.

Defectos a combatir: debilidad, irresolución, inconstancia, inquietud.

Virtudes por adquirir: firmeza, decisión, perseverancia, serenidad.

Medio: la voluntad.

Obstáculo: la pereza.

Miércoles. 7 de noviembre de 1849.—El paseo de la tarde fue maravilloso. Cegador y tierno paisaje de otoño, con un lago cristalino, lejanías nítidas, aires dulces, montes nevados, follajes amarillentos, cielo límpido; la calma era penetrante, con esa fantasmagoría propia de los últimos días buenos. No podía dejar la terraza de los Fáquis; en el agua transparente jugaban dos cisnes, envolviéndose y sumergiéndose en los anillos ondulosos y concéntricos. En la lejanía, dos barcos rayaban la pulida superficie del espejo marino. Todo respiraba esa apatía acariciadora y esa luz encantadora de la belleza que huye y que se adorna con sus últimas galas. ¡Qué morada más deliciosa! ¿Por qué es necesario que cada acercamiento a alguien venga a turbar mi interior, a afligirme, a herirme? Y esto, ¿casi a diario? En cada respuesta entreveo una reticencia, o una alteración de la verdad. Una vida aparte, siempre.

Jueves, 8 de noviembre.— A. S. me puso decididamente mala cara, y se volvía de una manera evidente. Me hizo mucho bien, pues me devolvió la libertad. Quizá su frialdad tenía algo de embarazo, y esto me proporcionaba una nueva ventaja. Lo principal es que el mío disminuyó notablemente. ¿Sería un disfraz? Extraña cosa, este perder la nitidez de las propias facultadas y la comodidad precisamente cuando sería más necesario poseerlas; y extraño también que su recuperación anule la seducción. ¿O acaso es señal de la inclinación a luchar, del amor engañoso, del que anula? El verdadero amor, el grande, el poderoso, debe servir para revelarnos a nosotros mismos, para inundarnos de luz serena, y no para turbar nuestras consideraciones; hace ver mucho más claramente, y no menos; presta luz a la mirada

interior, y no echa polvo a los ojos. Si este criterio es cierto, resultaría prodigiosamente útil. Pero su seguridad queda puesta en tela de juicio por la sencilla razón de que el yo comprometido por la timidez, o por el deseo de agradar o por la urgencia de felicidad, el yo interesado es un yo emocionado y privado de su serenidad. También aquí hay que combatir el egoísmo y desear sólo lo noble, lo divino; y entonces, si, la mirada pura ve con exactitud. El amor debe ser el complemento de tu naturaleza; desconfía de todo lo que te prive de la conciencia del yo, o sustituya la evidencia por la seducción. Tu norte, tu brújula ha de ser el alma profunda, armónica, educable; mucha alma, un alma serena. Olvidar esto es prepararte para futuras amargas desilusiones. En la tempestad hay que saber utilizar los conocimientos aprendidos durante la calma; los resultados de la meditación deben ser aplicados en la acción. He recobrado la sangre fría que en vano buscaba los últimos meses. Verdaderamente nunca saqué tanto fruto de media hora. Y todavía no logro comprender la razón, pues no me he expresado bien al decir expresión fría; era más bien molestia. Y ni me ha afectado ni halagado. Simplemente me sentí algo molesto al principio, y libre después. Las aventuras se van Igual que llegan; son pájaros que vienen a cantar en nuestras ramas, y que llegan o se largan sin consultarnos. ¡Y el hombre tiene el orgullo de creerse libre! Libre, en efecto, de ver su corazón entregado al pillaje; libre de verse siervo o liberto, por un capricho cuyas razones se le escapan, juguete de un poder burlón o benévolo; pero en última instancia esclavo de lo desconocido, humilde víctima de los caprichos de su naturaleza. Puede resistir al sentimiento, pero no crearlo o destruirlo. ¿Quizá lo administra? Ni siquiera; sólo tiene derecho a veto.

Viernes, 9 de noviembre.—La sobremesa de la noche se me ha ido en parte cuidando a mi sobrinito, y en parte construyendo las 36 figuras geométricas diversas (llamadas enigmas chinos), con siete piezas de madera de tamaño variado, compuestas por cinco triángulos, dos de ellos pequeños, uno mediano (equivalente a dos pequeños), y dos grandes (igual a cuatro pequeños), y un rombo (igual a dos triángulos pequeños) y un cuadrado (igual a un rombo). Estas siete piezas equivalen a 16 triangulitos, pero las cinco dimensiones diferentes crean un sinnúmero de dificultades.

Si no tienes cuidado, todo tu tiempo se te irá en un puro derroche. Mano firme. El mínimo de trabajo deben ser seis horas diarias. Y cuatro de las seis tendrán que estar liquidadas antes de las diez de la mañana, hora de mi aseo y de salir para el gimnasio.

Sábado, 10 de noviembre.—Hoy he visto al señor Tissot, pobre padre inconsolable, y al señor Cherbuliez, agobiado de lecciones a destajo, triste suerte a su edad, con un hijo que mantener en París y una hija por casar. Estoy perseguido por los boletines electorales; hoy he recibido por correo el boletín radical por tres sitios distintos. Las elecciones de Ginebra preocupan en cierto modo a los espíritus en el extranjero; las direcciones de patriotas y los patriotas mismos afluyen, sin contar con los descuideros, ladrones, etcétera.

Entre las caras sospechosas se cuenta cierto capuchino al que se ve en compañías muy variadas; yo ya lo he visto con una especie de aventurero grandote, de barba negra y gafas verde oscuro, pero de cuello de toro y botas de pesado tacón de cobre que hablan más de un carnicero que de un hombre de gabinete. Estamos infectados de vagabundos, y los días de

elecciones suelen ser también los de los golpes. Estas gentes tienen un olfato sutil de pájaros de presa.

Esta mañana he leído la satírica apreciación de la literatura francesa por Jean Paul, y esta tarde el largo prólogo de Vaugelas (*Notas sobre la lengua francesa*). El contraste es muy atractivo. Mi opinión sobre Francia va poco a poco adquiriendo cuerpo; esta opinión es más oposicional que simpática. Me molesta, pues ello me perjudicará durante toda mi carrera. Quizás observando y repitiéndome con frecuencia que, después de todo, la nacionalidad francesa es la que menos me disgusta, que la lengua francesa es la mejor para mí, acaso pueda tomarlas gusto, y llamarlas mías.

Lunes, 12 de noviembre de 1849.—Elecciones del consejo de estado, más numerosas que ninguna anterior. Hasta aquí todo ha ido en orden. Conversación bastante larga sobre los probables resultados de la victoria de uno u otro partido.

A esta hora, el escrutinio está cerrado. Los destinos de Ginebra de los próximos dos años duermen en la urna. ¿Cuáles serán?

Martes, 13 de noviembre.—Política: la lista rosa (radical) ha vencido a la blanca por 600 votos. Cerca de 11 000 votantes; el antiguo consejo de estado ha sido reelegido; el señor Decrey, con 5500 votos (máximo); el señor Guillermet, con 5400. Tendremos que aguantar este régimen dos años más. El radicalismo se hundirá por su propio peso, se gastará, se descompondrá con tanto uso. Y desaparecerá a causa de las finanzas. Claro que puede arruinar a mucha gente, e incluso al país, antes de arruinarse personalmente. Los jefes envilecen la causa por su inmoralidad privada o su incapacidad.

Miércoles, 14 de noviembre.—Explosión de alegría, durante todo el día; los vencedores desafían con insolencia a los vencidos, que han tenido además la decepción de la esperanza, El *Journal de Géneve* renuncia oficialmente a la polémica cantonal. Es como abandonarlo todo por falta de ánimo.

Jueves, 15 de noviembre de 1849.—He estado duro y poco cortés con Laura; le reprocho sobre todo la imposibilidad de reparar los errores que cometo con ella, pues es esto lo que más me pesa. No puedo dominarme. Lejos de ello, soy imparcial e inclinado a la indulgencia; pero a su lado, el horror a la hipocresía, por una parte, y el doloroso contraste de lo que es con lo que deberla ser, por la otra, me hacen severo y sombrío, seco y frío. Y no puedo estar un rato solo con ella. Me gusta la nitidez de corazón, y con ella me resulta imposible. Y sin embargo tengo que dominarme, pues le hago falta. Hace falta que la produzca en el mundo, que le proporcione placeres, y que a ser posible la case; porque no es feliz, y su carácter se agriará más, y además es mi deber de hermano. Larga visita a la prima Julia; hemos charlado del pasado y del presente, de la mezquindad de las discusiones políticas ordinarias, de la juventud de nuestras dos hermanas, de su propio aislamiento, de los numerosos obstáculos que encuentro a la idea de casarme; de la felicidad que da la franqueza y el arrepentimiento, etc. Charla afectuosa, abandonada y flotante. Mi prima apenas puede elevar el sentimiento hasta la intuición exacta, pero tiene un corazón cálido y sensible, y un presentimiento delicado y adivinador; es una naturaleza noble, generosa, sacrificada, educada en la escuela del dolor, herida por los golpes y desgarrada por las espinas de la vida. La comprendo perfectamente, pero no estoy seguro de hacerme comprender bien por ella; mi manera viril de querer

conocer, mientras ella se contenta con sentir, nos impone dos lenguas distintas.

Hoy he observado muy mal los dos adagios de esta semana:

No aplaces.

Derecho a la meta y mirando al frente.

En lugar de ir mejorando, tu carácter se estropea. Esa mancha negra en lo que concierne a Laura es como la señal de tormenta en el horizonte; amenaza y oscurece todo tu cielo. Eres más frío, más irritable y más concentrado que hace un año, pero menos, sin embargo, que este verano. No te acuestes con una falta, sin haberla reconocido y llorado.

Hoy, visita a nuestro museo, y en particular a la sala de las escayolas. Nunca me había dado cuenta tan claramente del afeminamiento, la moderna coquetería, la gracia en el fondo sensual, aunque en apariencia más púdica, que hay en la *Venus* de Canova. Es una admirable criatura, vergonzosa de su desnudez, huyendo del baño; no es la Afrodita, la diosa, tranquila y serena en la explosión equilibrada de su belleza. La cabeza esclava del *Afilador*, las extremidades, etcétera. Los bustos de nuestros compatriotas Bellot, Dumont, Bonstetten, Bonnet, Sismondi, Rousseau, y los de Platón y Bentham me han interesado mucho. El retrato me encanta irresistiblemente; en el fondo, soy un psicólogo.

Desde hace algún tiempo siento gran atracción en reunir y completar mis recuerdos de infancia. Con antiguas servidores (Françoise Drevoux), con familiares y con camaradas suelo terminar siempre con este tema. Todos estos detalles multiplican la vida, que no es más que un ramillete de recuerdos. ¿Acaso estoy volviéndome viejo? No, creo que se trata más bien de un rejuvenecimiento de espíritu. T es, también, la necesidad de poseerme, de

convencerme de mi individualidad, de mi verdadera naturaleza, de mi vocación: es astrología, pero en sentido inverso. El hombre estudia al niño para adivinar su destino posterior a partir de sus primitivos rasgos. Es una consecuencia de mi temperamento contemplativo y tímido para la acción. Me gusta más ver lo que he sido y lo que seré que serlo. Tengo más de conciencia que de voluntad, y más de inteligencia que de hombre.

16 de noviembre. Ocho de la mañana.—Esto no es exacto, y necesitarla, por el contrario, acción; cuando me creo nacido para monje y contemplador, me creo también ingenuamente lo que el zorro decía diplomáticamente: están demasiado verdes. Por el contrario, la acción me resulta buena y saludable; el éxito duplica mis medios, y sólo perderé mi rigidez y mi susceptibilidad en el trato continuo con mis semejantes. Lo soledad es madre del orgullo y de la timidez. La fuerza y la seguridad sólo nacen de la lucha, de la prueba. No olvides que tu necesidad primordial es el equilibrio.

Ahora bien, la cualidad fundamental para las relaciones sociales reside en el equilibrio interior, en la supresión de todo tipo de polarizaciones y tensiones especiales, y en centrarse, encontrar el reposo, redondearse: dispuesto a todo, recogido sobre uno mismo, y diferenciándose solamente según la naturaleza de los que se aproximan a uno. Un salón es uno especie de baño curativo en que el espíritu especializado durante toda la jornada se distiende y recobra sus formas naturales. Y en él se ven hombres, y no matemáticos, financieros, arquitectos o gramáticos. La mujer, de por sí y con anterioridad central, facilita y exige esta centralización, esta humanidad, que no es egoísmo, ni mucho menos, sino todo lo contrario. Ser. verdaderamente hombre consiste en tener un yo intelectual y no un yo egoísta, mientras que cada uno tiende a la desaparición de la

originalidad y al desarrollo de su preocupación personal. El hombre que se considera como órgano de un conjunto superior, como miembro del cuerpo de Cristo, como templo del espíritu santo, como representante de la divinidad, es a la vez humilde y animoso en lo que le concierne. Respeto y adoración por el Dios que hay dentro de nosotros, respeto y amor por el Dios que hay dentro de los demás hombres. Estas son las condiciones de la dignidad humana y de la verdadera sociedad. Aislar el yo, o separar los individuos de su idea, de su conjunto, es el envilecimiento de uno mismo y de los otros. Cuando a nuestro alrededor vemos almas, inmortales, la vida adquiere una dignidad olímpica que todas las bajezas, todas las vulgaridades y todas las miserias no deben bastar para borrar. Amor y piedad son los dos sentimientos del hombre ideal; amor hacia todo lo que tiene un reflejo divino, lo mismo en la naturaleza que en el alma; y piedad por todo lo que impide, enturbia o mancha dicho reflejo. Amor para cualquiera de las metamorfosis de lo divino; tierna piedad, es decir, todavía, amor, para las manifestaciones desviadas, para el mal en todos sus grados.

No hieras, no rechaces; la cólera del hombre no suple la justicia de Dios. ¿Quién eres tú para mostrarte despiadado? ¿Para pronunciarte y para juzgar? Soporta y ama. Pide a Dios caridad, que no es hipocresía, que no es ilusión; entonces tus caricias no serán una mentira ni una argucia, Ama, en tu hermano que te inspira distanciamiento, al Dios que está también en él. La caridad es perdón, y es también prudencia; es algo que se da a los otros, y no importuna ni en su buena intención; es paciente. En tu profunda y secreta irritación hay la misma proporción de bien que de mal; has buscado tu voluntad, tu satisfacción; y has resultado ofendido al encontrarte con que te desconocen. Has herido porque te has sentido herido; esto es devolver mal por mal.

Caridad es amor y piedad, prudencia y paciencia. Olvidarse de uno mismo, olvidarse incluso del propio derecho, por amor a Dios. Esto es lo que hay que hacer. Tú eres peor que los otros, pues has recibido mucho y das en cambio muy poco, y te pasas la vida esperando. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Tú, que constantemente caes en los mismos errores, no tienes derecho ninguno a sentirte herido porque alguien se comporte de la misma manera respecto a ti.

Pero esta celestial serenidad, oh Dios mío, forma del amor inmutable y de la piedad infinita, es muy difícil para los pobres hijos del barro. Es la luz del santo de los santos brillando en una esfera casi inaccesible. Nuestra mirada se enturbia con el sueño, se vela con las lágrimas, se cierra con el cansancio, se mancha con las pasiones. Y la luz divina le escapa por su brillo, de la misma manera que nosotros escapamos a ella con nuestra debilidad. Dios está en nosotros, pero es prisionero de nuestras faltas. Los antiguos tenían razón cuando decían que el más bello espectáculo concedido a los inmortales es el de la lucha del hombre bueno enzarzado con el destino (Séneca), y es sobre todo la lucha universal del hombre consigo mismo, del yo bueno contra el malo, del bien contra el mal. El universo es un campo de batalla. Y la vida es un triunfo perpetuo sobre la muerte; y el bien la incesante derrota del mal. ¡Oh santo espíritu, ven en nuestra ayuda, libérate a ti mismo, ayuda a la libertad a librarse de sus ropajes, y a la mariposa a reconquistar, o mejor, a conquistar sus alas!

He recibido por fin el libro de Trottet (*Acerca de la cuestión social o condiciones de la paz interior*), París, Ducloux, 1849, 83 págs. Be compone de dos partes, las condiciones materiales (o económicas), y las condiciones espirituales, resumidas estas últimas en la que sigue:

transformación de la iglesia católica y protestante, en el cristianismo de san Juan. Mi impresión general es de que, a pesar de todo su mérito, el libro resulta fallido, y en particular no es práctico, cual era su intención serlo (pág. 3). Explica muy bien las condiciones, los postulados, pero no da medios, salvo en la primera parte, y se trata de medios ingenuos. La parte económica tiene escaso valor; la parte religiosa muestra lo que deberá venir, pero no termina en ninguna solución. Transformemos el catolicismo y el protestantismo en juanismo, es algo que se dice pronto. Pero ¿cómo? El pensador se queda en el séptimo cielo del pensamiento. No es un libro circunstancial. No quiere nada concreto, no se dirige a un público concreto. Su único resultado visible es haber ampliado infinitamente el problema, y abierto un bello horizonte histórico. ¡Pero para muy pocos! Estilo pesado, pretencioso, y lenguaje excesivamente individual. La conclusión práctica es, en el fondo, negativa: sin una nueva religión no es posible la paz social. Por lo demás, lo mismo Frey, Pressensé, Trottet que yo, llegamos al mismo punto. Varios pasajes de mis dos últimos trabajos (tesis Ronsard) indican y presagian este mismo hecho. Estamos igualmente cansados del catolicismo y del protestantismo, y no queremos un simple panteísmo, ni un simple humanismo. Yo estoy más lejos aún, y busco, por encima de los tres grandes apóstoles, Pedro, Pablo y Juan, aislar lo que pertenece en puridad al maestro, y no aceptar más cristianismo definitivo que el de Cristo. Incluso san Juan vacila en su concepción de Jesús, es decir, en su concepción del hombre, y de las relaciones del hombre con Dios. Sería conveniente escribir una crítica del folleto en la *Revue suisse*, la *Biblioteca universal* y el *Journal de Géneve.*

17 de noviembre de 1849. Once de la noche.—En mi lección de hoy hablé peor que nunca, y hubiera debido leer. Terminé

la primera sección de la introducción o parte inductiva de la estética. Esta primera sección es la preparación subjetiva (filológica, psicológica, pedagógica). Me queda por hacer la preparación objetiva (polémica, histórica, filosófica). Este camino es seguro, y el método exhaustivo y completo. Si pudiera terminar el curso sobre esta proposición, los demás tratados de estética estarían presupuestos en el mío, lo mismo que todas las iglesias están trazadas en San Pedro de Roma. Por ejemplo, la estética toda de Jouffroy está comprendida en dos o tres capítulos de mi parte preparatoria. A la de Vischer le falta mi primera parte, etc.

Malos pensamientos esta mañana al levantarme; me humillé ante Dios, acto purificador. Hay que penetrarse de la omnipotencia de Dios y de la frase de Jesús (creo que de san Pablo): «Vuestros cuerpos son el templo del espíritu santo». Es bella la oración católica de las vírgenes: «Que diez ángeles guarden mi cabecera, diez mis pies y diez mis costados». A veces no bastaría menos para domar el animal que hay en el hombre, las inclinaciones del esclavo. Schiller llamaba al hijo de Goethe el hijo de la sirvienta; los hombres, hijos de Dios, son hijos bastardos, y tienen sangre bestial en las venas. Las pasiones de la tierra y las tentaciones de la carne son la marca de nuestra bastardía. Una falta pagada con un sufrimiento pesa menos en la conciencia que la que parece impune; muchas veces la clemencia afecta más al culpable que el castigo.

Domingo, 18 de noviembre. Once horas.—Largo paseo matinal por Pregny; Borel y Bourdillon fueron los únicos en predicar. Paisaje invernal, con viento del norte y lago azul. He notado que en invierno toda la naturaleza tiende a dos colores que no existen, el blanco y el negro, incluso las nubes. El año dispersa todos los colores, de la misma manera que Goethe los hace nacer de la oposición primitiva entre el

negro y el blanco, la sombra y la luz. El año es un prisma. La nieve, al fundirse con la tierra, reproduce en los campos y las flores toda la gama cromática. Encuentro con el señor Huber-Saladin, galopando en albornoz negro; altivo y descortés. ¡Y yo que estuve a punto de enviarle mi último folleto a París!

Lunes, 19 de noviembre de 1849. Once de la noche.—Esta mañana he perdido un tiempo considerable en ordenar, fijar y atar las fundas de mis sillones, sillas, etc. ¡Es divertido, tener tantas hermanas y primas y tener que ocuparse uno mismo de todas estas bagatelas domésticas, a falta todavía de preparar la lección del día! La mala voluntad me irrita singularmente, y desgraciadamente la descubro en cada detalle, por parte de cierta persona.

Paseo vespertino con la prima Julia. Tiempo excelente, fresco y claro, con una atmósfera de una transparencia extraordinaria. He leído a mi prima muchos testimonios relativos a las cadenas galvánicas de Goldberger, que parecen ser muy eficaces contra los reumatismos, las neuralgias y los entorpecimientos de la circulación y de las funciones nerviosas en general.

Martes, 20 de noviembre.—larga conversación con Abauzit, en el Café de Correos y en casa, sobre Munier de Mornex, sobre Proudhon, sobre la necesidad de una predicación más viva y contemporánea; hablamos también de Rigl, de Bobrik, de Charles Beck, de Harweg, etc. Siempre el mismo, curioso, llevando la conversación por el lado que más le interesa, a vueltas siempre con el reverso de todo, astuto y desilusionado. ¡Curioso pastor! Pues persiste en este disparate. Su vida, después de todo, es bien triste; siempre errante, burlándose de todo y sin amor por nadie, sin hogar, pues no vive con su madre, en rodaje espiritual y corporal

por diversos lugares y ciencias, da más lástima que envidia. Inteligente tipo, pero completamente estéril, improductivo, sin originalidad ni centro sustancial. Es un epicúreo de espíritu, astuto por inclinación, hombre de gesto, muy nervioso, sin calor, ni sangre, ni corazón. Sutil, frío, fino, elegante, cauteloso y ficticio, ha desperdiciado una carrera en la diplomacia, que era lo suyo. Los Cherbuliez están de acuerdo conmigo. Su única pasión es el amor propio, lo cual lo hace sociable y algunas veces bueno. Pero se burla de su propia bondad. No tiene horror por el crimen, pero le horrorizaría ser engañado. Su única felicidad consiste en conocer el final de las cosas, la anécdota escabrosa, el lado vulgar de las gentes. La vida es, para él, una comedla, y la medida del hombre su habilidad. En el fondo, es tímido, temeroso, poco emprendedor; su audacia de paradoja o de acción es pura fanfarronería. Es una mujeruca. No tiene originalidad ni fuerza de ninguna especie; es un bonito parásito del banquete de la inteligencia. ¡Mosca de diligencia!

He aquí unas cuantas líneas que he encontrado en las *Memorias* de Byron. Escritas por F. Moore, a propósito del matrimonio de su amigo, están en relación con un pensamiento que me ha preocupado siempre. Escritas sobre el genio, podrían ser también verdad para el espíritu inquieto, que es el mío:

«Lo cierto es que pocas veces los genios de un orden superior pueden acomodarse a la calma de los afectos familiares».

La desgracia de los grandes espíritus, dice Pope, consiste en que son más admirados que amados. El estudio continuo de sí mismo, los trabajos, todas las costumbres del genio tienden a separar a quien las posee, o mejor, a quien está

poseído por ellas, de la generalidad de los hombres. Mártir de sus propias facultades, ni entiende ni es entendido; y reparte el oro a manos llenas en un país donde sólo la calderilla tiene posibilidades de uso. Tienen una intuición de su grandeza, pero hace falta cierto grado de paridad para sentir y hacer nacer un afecto. Alguien que reuniese los dones más brillantes del genio y la moderación de sentimientos, la dulzura de carácter que hacen posible la felicidad doméstica, sería sobrehumano. No creo que pueda ponerse en duda la incapacidad para encontrar la felicidad en el matrimonio de aquellos que por sus sensaciones están tan lejos de la rutina ordinaria, los que viven en una atmósfera superior a la nuestra. Bacon, Newton, Gassendi, Galileo, Descartes, Bayle, Boyle, Locke, Leibnitz, Hume, y muchos otros filósofos han vivido en el celibato. Los poetas, raza más inflamable, caen con frecuencia en la trampa siempre preparada, y su desgracia ha venido a dar más razón aún a la predicción general (segundo volumen, capítulo 18). 7 Bentham lo mismo. Mujer e hijos son rehenes entregados a la fortuna (Bacon). Las grandes cosas han sido hechas siempre por hombres sin hijos (Bacon).

He quedado bastante contento de la lección de hoy, el capítulo polémico. Más fácil, ya, pero falta todavía confianza y despreocupación. Asistió a ella Le Fort. Me hizo algunas observaciones, pero escasas. Alabó la abundancia de los ejemplos, pero desaprobó mis indicaciones del fin hacia el que caminamos. He pensado en esto a veces, y creo que lo tendré en cuenta. Hay que dejar a los oyentes esperar y buscar, y no asustarlos con las dificultades venideras. Ocupar al oyente en el presente; todo lo más hacer comparaciones con el pasado, y guardar para si el porvenir.

Miércoles, 21 de noviembre. Medianoche.—Bello folleto de Pelletan (18 de noviembre) sobre las *Confesiones de un*

revolucionario, por Proudhon. Surge, ¡por fin!, alguien que empieza a entender a Proudhon. Apenas cien páginas de sus *Contradicciones*, en 1848 (notas), anteriores a cualquier revolución, me hablan bastado para comprender el alcance y la táctica de Proudhon. Me gustó y lo admiré, a pesar de sus blasfemias. Es el hombre del presente. Cuando lo leo, siento palpitar todo mi cuerpo; y esto no me sucede con casi nadie. Lo escrito por él me resulta familiar como mi propio pensamiento. Ese estilo de acero me hace temblar de felicidad. Lo que marca con su hierro al rojo, dice Pelleter, quedará marcado. Es un terrible y poderoso espíritu. ¡Ejemplo de lo que puede llegar a ser la dialéctica hegeliana en manos francesas! Es la escuela que debemos estudiar. Me maravilla, pero no me deslumbra, ni me arrastra; corresponde a mi individualidad, pero no la allana; sus faltas y sus errores no se me escapan. Me electriza. Proudhon es la ciencia, la metafísica convertida en energía práctica, pulverizadora y engendradora. Con un solo golpe de su maza anonada a los pusilánimes, a los eclécticos, a los habladores. Es el ímpetu sabio, la fogosidad querida, precisa, dueña de sí misma. Ofrece la muestra de una bella unión de los contrarios. ¡Y qué escritor! Su tinta es una solución alcalina de pólvora de cañón. Su rayo, llama y trueno, no desvía el proyectil de su pensamiento una línea más arriba o abajo del camino señalado por su mente. ¿Será acaso el Prometeo de la revolución social? Así espero. A su lado, los demás son pigmeos; él comprende los pros y los contras, y su rectitud es inexorable.

No me gusta conversar con Abauzit de cosas serias. ¿Por qué? Primero pensé que eran celos secretos, repugnancia a dejarme explotar. Pero no; se trata más bien del sentimiento de profanación que siempre me inspira; se introduce, gruñón curioso, en el santuario de los pensamientos más recónditos;

pretende levantar el velo de Isis, y no para adorarla, sino para ridiculizar su misteriosa belleza. No tiene respeto ninguno. Igualmente odiosas me resultan, y en la misma medida me molestan la presunción de la incompetencia que la irreverente curiosidad de la frivolidad. Ambas se resumen en un mismo sentimiento: profanación. La profanación de la inteligencia me rebela y me indigna casi tanto como la del corazón. Si la fe consiste precisamente en el serio amor, en la sinceridad de alma, para la verdad lo mismo que para la santidad, en la ciencia lo mismo que en la religión, hay que creer para ser digno de comprender. Procul *este profani!*

Jueves, 22 de noviembre de 1849.—He visitado a Ernest Naville. Su biblioteca filosófica es muy completa. Buena cabeza, pero tiene demasiada confianza en sí mismo. Tiene aspecto de no dudar nada, y parece encontrarse muy a gusto en su piel. Por lo demás, tiene un excelente corazón y un amplio espíritu. Me gustaría verlo más de cerca, lo mismo que a Scherer. Pero no quiero adelantarme demasiado. Por carácter, rango y capacidad, soy de su misma clase, de forma que, si no me aceptan, tanto peor para los demás, más que para mí.

Esta tarde he traído bajo el brazo dos volúmenes de Byron, el *Consejero del pueblo*, de Lamartine; las *Confesiones*, de Proudhon. Leí este último, en buena parte, con inmenso interés. Me entraron ganas de hacer una crítica, o de escribirle a Proudhon rindiéndole un homenaje. Es el cerebro más grande de la Francia actual, el único dialéctico vigoroso. Hay varios rasgos reveladores de esto:

«Odio todo lo que no consigo adivinar. Lo mismo que Edipo, yo habría matado la esfinge. La vida es el pensamiento. Mi soberana, la ironía. Estoy agobiado de estudios, y casi embrutecido de meditaciones. Mi única

vanidad estriba en la seguridad de que ningún hombre ha obrado con más premeditación, con más reflexión que yo. ¡Jesuitas de cualquier graduación, entre vosotros y nosotros la guerra es sin cuartel!»

El enorme interés de este prodigioso libro consiste en ver la posesión de sí mismo de ese espíritu tan ardiente; la ironía de décuple fondo, con la cual ilumina las profundidades de las profundidades y hace maniobrar a la sociedad, como una serie de argumentos a la vez que se estudia él mismo. Es bello y sublime ver esta calma impasible, esta seguridad profética de táctica, esta audacia indomable que somete cielo y tierra, con los decimales de su álgebra. Proudhon es el Leverrier del socialismo, el Bonaparte de la pluma, el titán de la ironía, una rara muestra dé inteligencia humana. Cada vez siento con más evidencia que sólo los grandes hombres son hombres, y que lo que llamamos hombres corrientes son solamente el esbozo o la caricatura del hombre. Sólo el ideal es verdadero, sólo el modelo es real; sólo cuenta el genio. Pero Proudhon quedará reducido a esfinge él mismo, será para la mayoría de los lectores una pitonisa. Porque, cosa notoria, este formidable revolucionario solamente escribe para los pensadores; sus trabajos incendiarios van dirigidos a sus iguales. La fórmula está calculada para el pueblo, pero el teorema es para el sabio. Metafísico panfletista, sus fuegos artificiales son verdadera metralla; deslumbra a los que no comprenden, y traspasa a los que comprenden. Es Rousseau convertido en geómetra e incorpóreo. La única pasión de Proudhon es el pensamiento. Pero este pensamiento es despótico, fulgurante, irascible. Su defecto está en quedarse en la metafísica de Feuerbach, en el humanismo; no reconocer o más bien no llamar a Dios más que fondo inmutable, inerte y muerto sobre el que la vida se agita; y naturalmente, en su definición, Dios = el mal; y de ahí su

horror a la providencia. En lo que atañe al hombre, sólo anota en la cuenta de Dios el instinto, y no ve que la razón y la libertad son también divinas; en otros términos, que no salimos de Dios ni siquiera combatiéndolo, y que renegamos de Dios precisamente con Dios. Una enorme cantidad de pensamientos de este libro son también mis pensamientos. Decididamente, soy de una raza muy parecida a la de este hombre, y me ha inspirado siempre una simpatía irresistible. Qué bien comprendo su desprecio, y, por otra parte, su irascibilidad. En este autócrata de la didáctica hay mucho de Calvino. Ha quemado a todos sus correligionarios en la hoguera inexorable de su palabra. Y esta imperturbable clarividencia inmoviliza con la mirada de piedra del comendador. ¡Qué cabeza!

Viernes, 23 de noviembre de 1849.—Mi rincón está hoy muy agradable; una luz rosa se filtra a través del calado de la pantalla del globo esmerilado de mi lámpara de pie, y presta a los muebles forrados de blanco, al mueble guarnecido de oro, a todo este ángulo de mi habitación una media luz coqueta, elegante, interior, que recuerda mucho un saloncito. Mi sofá, apoyado en la gran mesa redonda cubierta con un tapete escarlata con dibujos negros y adornada con libros de grabados, añade cierto aire elástico al ambiente perezoso del ...¡ojo!... o a los dulces ocios de la charla.

Heim, a pesar de habérselo pedido, no ha venido. Si no estuviese tan seguro de él, creerla que hay por su parte enfriamiento o mala voluntad. Es la segunda o tercera vez que cuento con él en vano, y no me manda una sola letra de explicación, ni el domingo (hace quince días) que me hizo esperar inútilmente toda la mañana, ni esta tarde. ¿O acaso lo estoy importunando demasiado? No, son estúpidas mis sospechas. Simplemente, significo para él menos de lo que a

mí me gustaría; pues yo desearía verlo cada semana, y apenas lo entreveo cada mes. ¿Le habré hartado metiéndome demasiado en su vida? Su exagerada discreción me ha vuelto un poco egoísta con él. Es un amigo demasiado precioso para no reparar en la medida de lo posible mis errores, si los he cometido.

Domingo, 25 de noviembre. Diez de la mañana.—Anoche leí el tercer volumen de las *Memorias* de Byron; un volumen de Diderot *(Salones de 1765 y 1767 y algunas cartas)*, por vez primera. Naturaleza borrascosa, genio desigual, fogoso, de mal gusto, confuso y cínico. Abunda en pensamientos brillantes, pero se preocupa de las contradicciones. Se nota al hombre apurado, ocupado, disperso; pero franco hasta la grosería, de imaginación impetuosa y lleno de conocimientos enciclopédicos en desorden. También resulta curioso el tono; en su crítica, lo mismo con sus pensamientos que con el público, es de un descuido y una indelicadeza poco habituales; era el tiempo de la camaradería y de la realeza de la gente de letras. Los términos son de una crudeza asombrosa (nalgas, culo, son palabras muy frecuentes); se pregunta por qué las venus no tienen pámpanos en sus partes, y querría que los pechos de la virgen y el chisme de Ganimedes fuesen aptos para ser palpados —historia del presidente De Brasses—, lo que dice de Balduino, de Parocel. Su carta galante a la señora de…***; las frases licenciosas son, en esta última, verdaderamente porquerías. Este tono pinta tanto la época como el individuo, pues Diderot flagela con ello las malas costumbres. Su pose adamita delante de la prusiana Therbouche, etc.

Hay que entrar con buen pie en el año 1850, último de la mitad del siglo, y publicar en un año los «pensamientos seculares», el pronóstico del siglo XIX, el horóscopo de nuestra civilización; una filosofía de la historia para Francia;

algo más positivo, más geométrico, más vigoroso que Bailanche; verdadera astrología. Señalar la meta a que tienden nuestras ciencias todas, nuestras artes, nuestras revoluciones, los síntomas del nuevo mundo, de lo que L. Blanc apenas conoce una mínima parte, a pesar del título de su revista (*El nuevo mundo*).

Por la noche. 10 h. Hace once meses que no recibo carta de mi querido amigo Frey; le he escrito en enero, y enviado mi tesis en abril, y nunca pasa una semana, o incluso un día, sin que piense en él. Aunque me debe carta, he estado muchas veces a punto de escribirle; dos cosas me lo han impedido: la molestia de escribir en alemán y el temor a hacer una carta frívola o entrecortada. Es casi pereza y amor propio. Y sin embargo Frey es quizá mi más profundo e íntimo amigo, disputado a medias por la admiración y el afecto. ¿Creerá que soy un ingrato? Después de haber sido su huésped, y confidente de su alma, sería espantoso por mi parte.

Seguro que no hay nada de esto; pero una carta suya me haría feliz; pero no basta tener razón; hay que demostrar que no se han cometido errares, al menos voluntariamente. La negligencia, crimen en la vida pública, lo es también en la amistad. Contrario: *La vigilancia*, opinión de Goethe. *Orden del Halcón* en Weimar.

Me gusta estar en sociedad, pero esto se convierte en malestar y suplicio cuando se prolonga demasiado. Lo que es simple placer me causa muy pronto un gran vacío, y el tiempo adquiere cierta plenitud sólo en virtud del cultivo del pensamiento o de la voluntad. Por eso los círculos, las veladas en las que se pierde el tiempo, me entristecen. En el momento en que no aprendo nada, dejo de interesarme y comienza a invadirme el aburrimiento. También recibir

visitas me resulta cada vez mayor tortura. Hará falta, si no quiero convertirme en un salvaje, aprender a sacar partido de ellas, encontrarles una utilidad, aunque sea simple ejercicio de paciencia, o de lenguaje, o de cuestionario. Frecuenta poca gente y selecciona cuidadosamente las relaciones. Ve, si te apetece, a mucha gente, pero íntima con el menor número.

A pesar del tiempo acuático, el abuelo y dos primas de la Monnaie han venido después de comer. No puedo apenas concebir la falta de curiosidad de Franki; casi no lee, sabe poquísimas cosas, y ni siquiera tiene idea de las exigencias de la vida científica. Enseña historia, y apenas consulta otra cosa que manuales. «Su provisión está repleta», como dice la señora de Launay. Por eso es hombre práctico. Sus anteriores trabajos con un capital de cuya renta está viviendo ahora, pero que no aumenta nunca. Mi provisión, aunque incomparablemente más grande, nunca termina, ni estará lista jamás. De la misma manera, una vez que ha dado sus lecciones y ganado su pan, considera la jornada concluida, y el resto es tiempo libre. Está en el extremo opuesto de mi diagonal; hay espíritus prácticos y teoréticos; y en sentido transversal, definidos y progresivos; o es posible que pertenezca al otro eje. Me resulta imposible encontrar en Franki un solo punto de contacto, por esta razón, y mucho me temo que, a pesar de mis esfuerzos por acercarme a él, me encuentre desdeñoso, excéntrico o disimulado. Las facultades y las tendencias, el fin y los medios de ambos no tienen relación alguna, y sólo estamos a gusto juntos tratándonos superficialmente. Es por Fanny y por su niño, y en ellos, donde nos encontramos. Los lazos de sangre y los afectos comunes acercan lo que está dividido por otros conceptos. Hay que respetar la individualidad, estimular las partes más cercanas a la mía y dejar el resto en

la sombra. Aprender de él la buena disposición, la prontitud de resolución, y la destreza de relaciones con los demás.

Si mi hermana se decide a marchar a una cura valdense, me veo de nuevo lanzado a la vida errante de las pensiones; mi instalación habrá resultado inútil, y la casa quedará abandonada. Es duro. ¿Qué haré? Es difícil de decir, ahora. Hay, sin embargo, una cosa segura: que perderé una gran felicidad y que lo echaré mucho de menos. La vida vagabunda es insípida. ¡Si Laura fuese diferente! La melancolía está siempre dispuesta a atenazarme la garganta. Sólo veo molestias domésticas por todos lados: pensión, habitación particular, matrimonio, ninguna de estas cosas me tienta. Todos estos emplastos de felicidad me fastidian, me asustan o me molestan. Sólo querría una buena alma que se encargase de mí; sólo quiero soñar y pensar. Las inconveniencias me convierten casi en poeta, pero no veo resultados positivos. Vamos, viejo corazón inquieto, cállate de una vez y vete a descansar. El sueño, por lo menos, trae la paz. Me viene a la memoria el epitafio del cementerio de Dorothée, en Berlín:

¡Para descansar de la vida,
no hace falta un sueño tan largo!

La inquietud, la pereza, la irascibilidad, la timidez, la melancolía y la imaginación son terribles obstáculos para la felicidad, y son los míos. ¡Detestables necesidades! ¿Cuándo seremos incorpóreos? Es innoble e indignante esta dependencia del alojamiento, de la alimentación, de un aire determinado y de una situación. Exaspera tanto cuidado del animal propio. Quizás fuese más sencillo tratarle sin gran preocupación y dejarle caminar un poco a la buena de Dios.

No estás solo; alguien vigila por ti, y todo cuanto te ocurre no es gratuito. Este pensamiento dulce y consolador

quita a la vida su áspera aridez. Ni el orgullo ni el abatimiento son buenos guías, sino el ánimo y la esperanza, la firmeza resignada y la religiosa serenidad. Gracias, mi ángel bueno, por recordármelo.

Lunes, 26 de noviembre de 1849.—Día importante. Medida por la suma de las ideas visitadas una jornada puede ser inmensa, y son solamente las nueve de la tarde. Acabo de leer, en parte, las estupendas conferencias de Pressensé sobre el *Cristianismo desde el punto de vista social.* Todas convergen hacia el mismo punto, claro que es el punto capital, Secretan, Trottet, Pressensé, toda la escuela de Vinet, la necesidad de una renovación religiosa, la hora del dios amor; el problema político y social lleva al problema religioso. Se nota una gran superioridad de estilo y de verdades secundarias, siempre encaminado hacia Idéntico fin. He pensado mucho en un trabajo comparativo sobre Proudhon y el neocristianismo. Pero habría que extender y ahondar el tema, hasta ese horóscopo de que hablaba anteayer. Sí; sociedad, arte, política, religión, teología, ciencia, todo está hoy en renovación; todo prepara una nueva época. Todo tiende a una mejor inteligencia y práctica de la libertad; hay que renovar a Dios para renovar la sociedad, y creo en un neocristianismo, es decir, en una más primitiva, en una mejor concepción de Cristo y de su obra. Pero hay que absorber las ciencias naturales, el álgebra económica, el panteísmo, etc. La verdad será más amplia y más sorprendente que la utopía, como siempre ocurre. En este estadio, la poesía saldrá de la prosa; las nuevas relaciones, de la economía social; la religión, de la ciencia... El torrente de las antinomias hierve; voy a detenerme aquí, para no resultar exclusivo o interminable.

Me molestan tanto la trivialidad y el plagio, que desde el momento en que veo mis ideas ya expuestas y defendidas,

ya no tengo humor para continuarlas. Y como soy indolente para publicarlas, continuamente me pasan bajo mis propias barbas. Sin embargo, la verdadera conciliación del panteísmo proudhoniano con la nueva iglesia todavía no está expuesto, y yo podría explicar mi manera de verlo.

Lo mismo que Byron, necesito un golpe exterior para hacer brotar las chispas de mi propio pensamiento. El pensamiento del prójimo, por oposición, me revela el mío propio.

El consejo de estado ha prestado juramento, en San Pedro; gran solemnidad, música. Discurso atronador del señor Carteret, demasiado sonoro incluso para el amplio templo. ¡Pardiez! ¡Qué presidente (de gran consejo)! ¡Qué voz de tribuno! Su discurso, elogio demasiado feroz de los consejeros y de la democracia ginebrina, y amenaza de bastante mal gusto para el partido conservador, minoría muy importante, me ha hecho el efecto, con todo, de ser sincero, aunque de un apasionamiento bastante brutal. Y después, discurso inesperado del señor James Fazy. El sol inundaba los vitrales. El juramento individual, con la mano sobre la *Biblia*, es bastante majestuoso. Fazy tiene siempre un algo demasiado ligero y mundano, en contraste con su dignidad republicana. Su fisonomía no inspira seguridad; aguda y tensa, sin serenidad ni apertura, es la de un líder, pero no de un jefe de estado. Por lo demás, sus modales tienen cierta elegancia de hombre de mundo, que faltan en cambio a su cabeza, más bien fatigada y vulgar.

Me crucé con una muchacha a la que me hubiera gustado seguir, pues su expresión me impresionó. Es curioso que con un corazón tan impresionable como el tuyo solamente hayas sido rozado por el amor, sin consecuencias serias. Cierto que, ya por azar, ya por premeditación, no has tenido tiempo

de reforzar las impresiones vivas causadas por una cara contemplada una vez; y aunque tiemblas ante el amor, porque en él se decidiría tu destino, lo evitas y lo huyes. En razón de tu carácter, el infierno sería necesariamente un infierno o un cielo, y tú prefieres todavía la palidez de los limbos a esta lotería decisiva. Una mala mujer te convertirla en un demonio, un Barba Azul, un misántropo feroz. Esto me recuerda el enigma cuya solución habla encontrado, del domingo 18 de noviembre, en mi paseo a Pregny. Ahora sólo lo veo con vaguedad.

Naturaleza: tímida, elástica.

Temperamento: cambiable, apasionado, melancólico.

De esto se deduce que espero a los otros o las cosas, que soy más reactivo que activo, no me impongo, y continúo siendo circunspecto o indolente. Mi reacción presenta un doble aspecto.

En mi carácter reacciono similarmente;

en mi inteligencia, oposicionalmente.

Y en los dos casos llevo las cosas hasta el extremo, a causa de mi naturaleza apasionada. Esto explica mi conducta en la vida y en la ciencia. En la primera soy siempre total, pero cambio por completo según los que se me acercan; en la segunda, tiendo al complemento, al equilibrio. Esfera, en el primer caso; candidato a la esfera, en el segundo.

Carácter: soy para cada persona lo que ella es para mí; instintivamente me hago similar; con los orgullosos, soy más orgulloso que ellos mismos; con el niño, soy niño; con los secos, seco; con el taciturno, taciturno; con el independiente, indomable; con la mala voluntad, despiadado; con el malo, feroz; tierno con los buenos, y todo efusión con la ternura. Puedo odiar y adorar, matar y morir. La altanería, el dominio, el desdén o la astucia despiertan en mí la

resistencia inflexible, pues combato con las mismas armas, sólo que más duras aún. Soy como un espejo en el que se reflejan las imágenes de cada individuo, agrandadas. Mi carácter tiende al amor, a la fusión; cuanto más separada está una naturaleza de mí, más fuertes resultan los rasgos de su imagen enemiga, y esta imagen es una realidad, una realidad armada que sale del espejo para combatir o retirarse llena de desprecio.

Consecuencias: elegir bien tus relaciones, o tu mujer, si es que llegas a casarte alguna vez, pues lo mismo puedes convertirte en ángel que en demonio. No puedes vivir con Laura, pues acabarías siendo diez veces peor que ella misma.

Necesitas amor para no estar celoso; porque el mérito que se quiere independiente te repele simplemente por esto, y aparece la imagen.

Inteligencia: esto es mucho más evidente. Buscas el complemento. Y de esto, tu conversación oposicional; tus estudios por pares contradictorios, etc.

En cuanto un individuo demuestra no estar en comunión de amor contigo, entonces intentas escapar o dominarlo. Hay tres únicas alternativas posibles: o unión, o ruptura completa, o victoria. Si no debo amar, me alejaré o me impondré; de ordinario, me alejo, pues prefiero la independencia al dominio, por despreocupación. El otro triángulo, atracción (simpatía), indiferencia, aversión (antipatía), se resuelve en la primera: ruptura, amor, aplastamiento. Mis únicos refugios son la soledad o la tiranía, en donde es imposible el amor. Es, sencillamente, el resultado de mi naturaleza apasionada, que dice: «O todo, o nada». Por eso convierto un solo error en agobiadora montaña, o un punto invisible en inflamación. Carácter difícil y peligroso.

Clarividente, desconfiado, susceptible, vindicativo, la mera sospecha con respecto al prójimo no te deja ser. Lo mismo que Byron, tú has detestado siempre la hipocresía, y te resulta imposible responder a una sospecha con un acto que la disipe, no tanto por el orgullo poco amigo de justificarse como por nobleza: el acto bueno parece falto, e imitar la virtud es una abominación.

¡Feliz Pressensé! Lo que es se lo debe a su mujer. Yo necesito una compañera semejante para mí. ¡Qué feliz podría ser con este incentivo! Mi hielo se convertiría en cristal, y mi cristal concentraría los fuegos del sol que ahora lo acarician al deslizarse sobre él.

Miércoles, 28 de noviembre de 1849. 11,45 h. de la noche.— Ayer noche puse orden en mis finanzas, tracé un cuadro de mis ingresos, calculé mis gastos y las economías que tengo que hacer, cada año. Nunca lo había hecho. Si restrinjo mi presupuesto a 2000 francos, podría ahorrar 3.5000 al año. Esto sería de gran utilidad, para reparar mis brechas, y para el porvenir. Mis ingresos vienen de tres fuentes distintas. Mis rentas (2300-2400); mi puesto (3500, con los casuales), y mi pluma (¿500?). En total, 6200 francos, más o menos. O sea, que puedo ahorrar casi 4000 francos.

Ha cesado el espantoso viento de ayer. Pero los fosos están helados. El frío se ha anticipado mucho, este año. No me afectó mucho este viento del polo. Mi cuarto, demasiado grande, es difícil de calentar convenientemente, y aun cuando arde la leña todo el día veo mi aliento subir hacia el techo, como la columna de humo de los israelitas.

Franki y Fanny han pasado la velada en casa de los jóvenes esposos Bret, y no paran de hablar de la torpeza de la joven mujer, naturaleza al parecer apática, fría, tímida y poco desenvuelta. Todas las señoras (las de Cougnard,

Henry, y Guillermet) temían la invitación, y fueron, a su pesar; ¡encantadora reunión!

Jueves, 29 de noviembre. Medianoche.—Maravilloso claro de luna anaranjado, contemplado desde el puente de la Machine; el lago, azul pálido; la lancha correo dejaba un surco brillante, dorado, en medio de los otros reflejos rojizos de las linternas de gas, que formaban un circulo completo a partir del puente desde donde yo miraba, siguiendo los muelles de la derecha y la izquierda para reunirse con las linternas del puente de los Bergues.

Volví a ver a la señorita S., que iba a una velada, acompañada por su padre y su madre. Ella me interesa como amiga, pero nada más. Lejos de ella, pienso en ella. Y cuando estoy cerca, sólo siento el placer del atractivo. Y sin embargo me gusta. Su mirada me pareció bastante inquisitiva. Como si dijera: ¿soy algo para usted, que tanto placer me causa? Yo respondí con la cordialidad de siempre, pero sin acento insinuante o tierno. Mi timidez real es deplorable, pues se deja interpretar falsamente.

Viernes, 30 de noviembre.—Esta tarde hice una visita bastante larga a la Monnaie. Tuvimos una conversación animada, incluso un poco fuerte, sobre mis dificultades sociales, sobre las molestias de crearse relaciones, sobre la torpeza espiritual de los politicastros actuales, la monotonía, las injuriosas prevenciones, mezquinas, y despreciables, en circulación, sobre el embrutecimiento que ejerce la política, tema fácil y favorito. El bueno del tío, siempre optimista, modesto y tímido, debe encontrarse orgulloso y exclusivista; conoce tan poco a los hombres en su aspecto malo, y conoce tan mal a nuestros pobres importantes ginebrinos... Aunque quizá, por otra parte, sienta cierto contento secreto al ver que alguien lleva su nombre con tanta gallardía. ¡Servil yo!

¡No van bien dirigidos sus reproches! Ingenuos… Yo les enseñaré que soy más orgulloso que cualquiera de ellos.

Esta tarde he leído los seis primeros números del *Consejero del pueblo*, de Lamartine. No sé qué pensar de este hombre. Siempre estoy fluctuando entre las opiniones directas del señor Huber, de la señora Long, etc., y sus escritos. Unos me alejan y me indignan; los otros me atraen y me interesan. Los primeros dicen: charlatanería; y los otros: honestidad. Hay que llegar a una conclusión, decidir, pero no hoy.

La tía Fanchette se muestra visiblemente reservada; porque cree que le oculto algo, y parece algo picada (más exactamente, discreta), y ligeramente preocupada. La edad influye en ella y concentra, si no sus afectos, por lo menos su actividad espiritual en los afectos. Algunas insinuaciones confidenciales sobre A. de S. le han seducido, y me encuentra ingrato, por el trabajo que entonces se tomó, y cree que desde entonces estoy frío y circunspecto, y que yo no lo tengo. Yo no me opondría a que me preguntase; pero lo que no puedo hacer, en estos negocios sentimentales, es exponer al mismo tiempo las preguntas y las respuestas, y la buena de la tía no me pregunta nada. Lo que sí podría hacer es probar si la he comprendido bien, y comprobar la exactitud de mis sospechas.

Jornada muy mal empleada. He trabajado poco, he pensado poco, he leído poco, y charlado regularmente. El tío Jacques me ha explicado su sistema de educación. Él deja a sus hijos en completa libertad, y sólo les impone su experiencia cuando se lo piden; Eugenio tiene también completa confianza en su padre. El tío tiene un excelente corazón, pero fuera de los afectos de familia sólo ve engaño, fraude, malicia, y se comporta en sociedad como en bosque

lleno de ladrones, rogando al cielo que le procure pan y desvíe las piedras hacía los otros, como dice riéndose.

Medianoche: el hogar negro, heladas las manos…, a la cama. Dejemos para mañana la historia del idealismo estético.

Sábado, 1 de diciembre de 1849.—Eterna tristeza de verse perpetuamente extraño a sí mismo, de tener que recomenzar lo que se ha pensado, sentido; ardilla espiritual, siempre dando vueltas en su jaula, en lugar de avanzar. ¡La memoria!, que tanta falta me haría, la dispersión, el vagabundeo enciclopédico, todo contribuye a lo mismo. Pero el resultado es consecuencia, sobre todo, de la debilidad del recuerdo. No olvido completamente, pero tengo poca memoria para el recuerdo, que es la única útil, la única a nuestra disposición. Silencio profundo y perfecto. Todo duerme. Oigo latir el reloj de la chimenea, y también mi reloj de plata sobre la mesa, y mi corazón; medidas sincronizadas de la huida del tiempo, cuya cruel significación siento poderosamente en mi alma. Sí, duerme, vela, piensa, digiere, llora, ríe, es lo mismo; el tiempo te lleva con idéntica velocidad; la arena se agota, los minutos de tu vida caen uno a uno en el gran pozo, esperando que tú mismo caigas en su foso y que llegue la noche que te impedirá trabajar. La vida, según el sabio, es un constante ir y venir alrededor de la tumba, un aprendizaje de la muerte. Tú no piensas bastante en esto. ¡La muerte! Es algo parecido a esta hora, hora de tinieblas, de silencio, en que sólo arde mi luz, mientras las últimas brasas crepitan en el hogar. ¿Eclipse del mundo de los vivos, con la lámpara de la conciencia y el rescoldo del amor como único asilo en medio de tanta oscuridad? ¿O acaso, más bien, semejante al estado en que me encontraré dentro de un momento, cuando la lámpara esté apagada, y muerto el rescoldo, y yo dormido, soñando sin saberlo? ¿Es

una continuación del pensamiento, un sueño hibernante, una espera, un entorpecimiento, un temblor, una nada? ¿O liberación, ascensión? Todo es posible, pero ¿qué es, en realidad? Lo ignoro.

En este momento, pienso que la muerte sea el lado de sombra de nuestro globo espiritual, nuestra noche. Pero una noche con aurora y despertar. Y en esta noche, el desarrollo espiritual no se detiene, sino que continúa, inconsciente. Toda la vida, entre el nacimiento y la muerte, es un período consciente, un día, etc.; Y la noche acusará, en sus sueños, las emociones del día, y las almas justas dormirán sobre almohada diferente que las almas malas. Nuestra carrera no termina tan pronto. La naturaleza, la filosofía, la religión, la creencia universal nos garantizan una continuidad. Y aunque esto no ocurriese, la consecuencia es la misma: haz bien, ama a Dios, y confíale tu destino en paz. Que lo corte o lo prolongue; él sabe lo que hace. Domina tu terror infantil, duerme en paz, y pide por todos.

Domingo, 2 de diciembre. 11,15 h. de la noche.—Encuentro con Martín (Alex.) y Aubert. Hablarles, bien; pero proponerles verlos con frecuencia, despertaría la circunspección inmediatamente. Siempre lo mismo. Y también yo, más orgulloso que todos los orgullosos, pero asimismo el más tierno de los tiernos. En lo que a mí respecta, pocas veces me quedo atrás, y todos despiertan en mí su semejante, un doble, según apunté ya el otro día. Los independientes me hacen desagradable; los irónicos, acerbo; los desconfiados, inaccesible a la confianza; los altaneros, inflexible; los simples, cordial; los honestos, bueno; los afectuosos, simpático; los previsores, encantador.

He leído el cuarto tomo de las *Memorias* de Byron. Hombre dolorido, desordenado, febril, genial. Con

predominio del desorden de conducta, de estudios, etc. Y esta laguna tendrá consecuencias inmensas en toda la vida del genio. Se juzgará siempre mal, quedará indeciso ante los enigmas que se le presenten, pitonisa arrebatada, profeta caprichoso, a ratos, a ráfagas, siempre expresando, pero sin saber comprender; presa de su inspiración, verdadero poeta, por oposición al pensador.

Lunes, 3 de diciembre.—He leído los tomos 1 y 10 de las *Memorias* de Casanova, el inquieto, ligero, lioso e intrigante galán veneciano; gran personaje del siglo pasado. Qué difícil resulta conciliar los diversos tipos de mujer, tal como aparece en todos los escritores de buena fortuna (Brantome, Byron, Montaigne, Richelieu, etc.) y la mujer soñada. La mujer, desde el episodio de la manzana, ha sido el mayor enigma del hombre, su tentación, su infierno y su paraíso, su sueño y su pesadilla, su miel y su hiel, su rabia y su felicidad (Byron, Rousseau). Cierto que para conocerla no hay que acumular las contradicciones, sino resolverlas, tener un principio psicológico lo bastante serio para abarcarlas.

Martes, 4 de diciembre de 1849.—Al volver esta tarde, cené solo, y experimenté un increíble sentimiento de vacío y una particular congoja. Hubiera querido ver gente, pasar la velada en alguna parte, estar con seres hermanos, y no a solas con mi lámpara, en mi amplia sala, con las paredes por toda compañía. Este silencio me pesaba. Después de mi clase he ido a visitar a Cherbuliez, a la señora Latour y a Bordier. El pobre señor Latour se va. En su casa encontré un toscano interesante, petulante y serio, irritable y exclusivista, hombre ya maduro, que se convirtió al protestantismo. Es un italiano ardiente, pero desprovisto de sentido práctico; sincero, pero apolítico en grado sumo. Se ha irritado contra Carlos-Alberto, contra Gioberti, el papa, Thiers, Luis-Napoleón, etc., de una forma divertida. Multiplicad este

hombre por diez millones y sabréis por qué los italianos son impotentes. Y sin embargo es respetable, porque es completamente sincero y verdaderamente religioso. Se llama Bicchi, y es un proscrito.

Jueves. 6 de diciembre de 1849.—Me han hablado con admiración de la señorita de T., conocida de mi prima. He estado tentado de ir a visitar a los[48]…, para volver a ver esta cara, que es en efecto bella. Pero temo ser inoportuno, y me molesta parecer un asiduo, precisamente porque no lo soy; claro que, si lo fuera de intención, me repugnaría todavía más dejarlo suponer. Con esta naturaleza sombría y recalcitrante, si no me caso alguna vez será un suplicio. El remedio está en volverse muy sociable, en apariencia disipado, muy conocido, omnigalante: de este modo podría ser sumamente cortés sin levantar sospechas, y marchar de acuerdo con tu corazón sin hacer frente a las púas de la ironía, esa profanadora infame. Es lo mismo; se trata de debilidad. Mejor sería ser menos vulnerable. Es el inconveniente de la soledad. Aprender a bromear, a manejar la broma defensiva; aprender también a ocultar el secreto, a disimular, a ser dueño de sí mismo, son las dos necesidades principales de la vida. Saber guardar el secreto propio sin afectación, y tenerlo garantizado gracias al encanto juguetón y alegre; impenetrabilidad y alegría, he aquí dos grandes cualidades por conquistar, para navegar cómodamente entre los hombres. Y en lugar de esto, tú eres torpe y serio, te dejas adivinar los pensamientos y te ofendes. Haz un esfuerzo y empieza a practicar un poco, el arte de la vida.

Viernes. 7 de diciembre.—Esta tarde he hojeado los catálogos de Didot, y cinco libros recibidos (Platón, Aristófanes, *Moralia*, de Plutarco). He releído detalladamente y despacio la primera mitad de las *Confesiones* de Proudhon. Lo juzgo con más frialdad, pero sigo admirando la

asombrosa fuerza de su mente, el vigor de su carácter y de su pluma. Y sin embargo…, se trata de un francés, es decir, que explota más que inventa. Su metafísica no tiene nada de original; es la de Feuerbach y de Strauss. Toda su potencia está orientada hacia la aplicación; claro que se trata de una potencia inmensa. Reaparece el elemento francés práctico. La manera de refutarlo es demostrar la insuficiencia de su metafísica, de su teología; atacar la inmanencia; ahora bien, la inmanencia es la sustancia de Hegel. O sea, que no puede hacerse nada contra Proudhon sin derribar a Hegel; y contiene gran parte de la verdad, si no toda la verdad. Su filosofía de la historia es de un rigor soberbio. Proudhon es la aplicación francesa de Hegel; el francés es el explotador por excelencia de las teorías, igual que los ingleses lo son de las realidades. Pero siempre es el alemán el inventor de los principios.

Son las doce y tres cuartos. Mi lámpara se está quemando, y mis ojos muy fatigados.

8 de diciembre de 1849.—Variante: soy un terreno fertilísimo que rinde el doble de lo que en él echan; si agua fría, yo doy hielo; si siembran simpatía, recogerán afecto; si afecto, ternura; y si ternura, adoración. Pero si echan desdén, recogerán desprecio; y si orgullo, un orgullo más fuerte aún; y si plantan maldad, germinará ferocidad; y de la circunspección, desconfianza; y de la desconfianza, odio. La independencia altanera producirá en él indiferencia sistemática; e inexorable silencio el disimulo; y la astucia explotadora se encontrará con la ironía defensiva; y el espíritu de dominio despertará el instinto de tiranía, y la resistencia el anonadamiento. En resumen, el bien y el mal se pagan en su misma moneda; dad y recibiréis, negad y os será negado; cerraos y seréis excluidos. Mostraos como luz, llama o piedra, y encontraréis inteligencia, amor o

inflexibilidad. Yo he sido respectivamente más místico que los místicos, más egoísta que los egoístas, más desolado que los hipocondríacos, más circunspecto que los prudentes y más generoso que los pródigos. El principio de mi carácter es reacción de igual naturaleza, pero más fuerte que la acción. Y el de mi inteligencia, el equilibrio por el complemento (o por el contrario). Todo en mí tiende, por tanto, a la unidad: unidad por amor, con las totalidades homogéneas; unidad en espíritu por conciliación de los contrarios. Lo contrario, precisamente, que lo que me había prescrito: ser uno mismo por el pensamiento, tener una personalidad intelectual, borrar el yo moral, renunciar a uno mismo, destruir la personalidad egoísta. Crear el egotismo, destruir el egoísmo; he aquí el doble medio de realizar la misión humana, de hacerse miembro del cuerpo de Cristo. ¿Acaso lo que tú haces es pensar y amar, es decir, ser original e impersonal? No, o no todavía bien. Tú aíslas, es cierto, poco a poco tu originalidad intelectual, pero no amas todavía a los que no te aman (como el publicarlo), al menos de cerca, en contacto con ellos. El hombre antiguo vive todavía, sobrevive aún por encima del nuevo; lo mismo que algunas hojas secas al lado de los brotes primaverales, lo mismo que los primeros dientes, junto con los nuevos. Conocerse es ya mucho; vencerse, purificarse, es mucho más.

Consecuencias: el matrimonio será para mí un infierno o un paraíso; un contrato de tortura o un lazo de felicidad. Es decir que tengo 99 probabilidades contra una de ser desgraciado, y si la mujer resulta de mal carácter, quizá bárbaro y criminal.

He recibido una nota de V. La pobre señorita parece contenta. Es difícil, por lo demás, que sus problemas no le dejen una amargura; pero el silencio y el tiempo le

resultarán más benignos que un método directo; he hecho, por tanto, bien en esperar un año, día a día, antes de contestar.

De noche. Hoy, sábado, clase particular para mis estudiantes; sólo asistieron tres. Al repasar mi curso, surgen dos observaciones: 1, que era metódico y bastante bien conjuntado; 2, que no lo sabía de memoria. No tengo presencia ninguna de ánimo; se gasta toda en el papel. De esta forma no puedo improvisar siquiera una sola lección. La improvisación es la presencia de ánimo oratoria, el pensamiento abreviado y puesto en acción. Seria de lo más provechoso para mí ir haciéndome a la improvisación. Sería aprender a pensar pronto, con exactitud y sin trabas, principio de la potencia práctica, a hablar cálidamente, con pureza, con claridad, es decir a deslumbrar y convencer, realización de dicha potencia. Esto cambiaría la base de mi cultura, y la meta de mis esfuerzos: en lugar de desarrollarme para mí, introducirla como término de mi actividad la acción sobre los otros. Y en lugar de dar solamente ciencia, ello daría también influencia; y en lugar de la simple libertad personal, la autoridad exterior. Quizá injertar este segundo fin sobre el primero sería ampliar mi vida; trabajar primero en mi liberación para procurar después la del prójimo. Añadir al pensamiento la acción; a la meditación la ambición desinteresada, es decir, la entrega. ¿No es una ampliación del deber intentar ejercer la parte legitima de influencia? No es suficiente respetar; hay que dar. Prohibirse influir sobre los otros (moral negativa, mosaica), es poco; hay que hacer por ellos lo que desearías que ellos hiciesen por ti (moral positiva, Jesús).

Improvisar. Cristianismo: los dos extremos del argumento parecen singularmente diferentes. 7 sin embargo, los eslabones van formando la cadena: improvisación, presencia

de ánimo, acción, influencia, amor; ya están enlazados unos a otros. Con estas ideas no deja de estar relacionada la biografía de Lacordaire (por Lorrain, 1847, en Lovaina), que he hojeado esta mañana; y mis conversaciones con el profesor Cherbuliez, y Abauzit, sobre Boucher; y un capítulo de la *Antropología* de Lindemann, y la introducción de Cormenin a su libro de los oradores, etc. (Lamartine). Sin embargo, la improvisación tiene graves inconvenientes. Su principal escollo consiste en reemplazar la meditación, favorecer el parloteo, la volubilidad, el deseo de efecto, etc. Respuesta: la improvisación científica no tiene ninguno de los peligros de la improvisación oratoria, porque supone una meditación previa, pues se trata del pensamiento llegado a su punto de madurez, a su clarificación, a su posesión completa. Adoptar el criterio hegeliano: la verdad no puede ni debe enseñarse más que en su estadio de claridad perfecta.

De modo que: no hay que enseñar lo que no sabe perfectamente; no se sabe lo que no se ve muy clara y completamente; sólo se ve con claridad aquello que se sabe expresar, y, por tanto, hablar, improvisar, da la medida de la ciencia y debe ser la condición para poder enseñar.

Esta segunda serie de consideraciones me demuestra que la improvisación, esencial ya para la acción, lo es más aún para el individuo mismo. Un ejemplo concreto, que sirve de prueba para los dos casos, es el de Naville. La perfección de su exposición improvisada procede precisamente del último punto; y su influencia depende del primero.

Pero la improvisación es un arte que requiere un largo aprendizaje; felizmente, dicho aprendizaje no es externo al pensamiento, y aprovecha por sí mismo el resultado, aparte. La improvisación es la forma de la elocuencia. Preparando

mi curso de retórica para este verano, podría ensañar la teoría y la práctica de frente.

Te estás durmiendo, amigo. ¿Qué haces con tu energía? Sientes tus facultades en pleno desarrollo, estás bien dotado, has estudiado mucho tiempo. ¿De qué te sirve todo eso? ¿Qué quieres producir? ¿No tienes una misión? ¿No tienes aspiración alguna de gloria? ¿Es que no vas a dejar ninguna huella de tu paso entre los vivos? Una miserable enseñanza, artículos dispersos, murmullos, críticas, ¿qué es todo eso? No olvides que ahora tienes que crearte una fuerza, y demostrarla. La fuerza sólo se demuestra por el efecto, por la acción. Y la única acción posible viene de la energía. La energía debe producir, inventar. Se trata de obras, no de intenciones, ni promesas, ni esperanzas. Las intenciones están bien para la debilidad; prometer es bastante para la impotencia. Pero la fuerza exige una obra. El hombre se mide por sus obras. Reclamar en función de tu valía es injusto; sólo tienes derecho a hacerlo a la vista de tu obra. Y sólo vales realmente lo que vales para los otros. Tu valor social es tu valor útil. Este pensamiento debe por si solo agotar muchos descontentos y acritudes. Ni digas: venid a medir mi valía; demuéstrala. Podría, es poco; haz. Hazte hombre hecho y derecho, hombre fuerte. Estás aún demasiado vacilante, eres demasiado joven. Ha venido el tiempo de la cosecha. Sé hombre con los hombres, hombre en la ciencia; conquista tu puesto, gánate las espuelas; desdeñar es más fácil que vivir. El desdén es un límite del espíritu, dice *madame* Staël. Están demasiado verdes... Ten cuidado de que la debilidad no se disfrace de magnanimidad. Medianoche y media.

Domingo, 9 de diciembre de 1849.—El alma del egoísta es como el aguilucho dentro del huevo; está separada de la vida real por una cáscara de piedra. Para lanzarse al sol de Dios,

para respirar el aire de los cielos, para conocer el infinito y la vida hay que haber roto el huevo. El huevo, que se le presenta al egoísta como un templo, es una tumba. Y nuestro mundo, nuestra vida terrenal no es otra cosa que un hueco, que podría abrirse a otra existencia. La vida eterna no es más que una serie de aperturas. Dios se revela en sucesivas resurrecciones. La adaptación de los gérmenes es un prodigioso símbolo de la vida del espíritu. Nuestro universo futuro es para nuestro universo actual lo que el universo visible para el feto encerrado en el seno materno. Nuestra vida es un período fetal; y cada estadio es el embrión de otro estadio superior. Nuestra ley es la anamorfosis. Cada punto de la materia debe convertirse en germen; cada germen, en alma; cada alma, en materia de un alma más pura, etc. Revelación continua, ascensión universal hacia el padre de los espíritus. Dios se multiplica y crece, como ya he dicho en uno de mis aforismos. Ésta es la moralidad de la creación, el fin de todo el drama infinito.

He empleado varias horas en releer y adornar de notas marginales uno de los cuadernos de mi diario íntimo, explicaciones y aclaraciones. Me resulta aburrido, por su eterna preocupación personal y moralizadora. La ausencia de hechos se debe a la división del trabajo; pensaba reservar los hechos para otros cuadernos paralelos; proyecto reducido a descripción detallada. Ser, en adelante, más concreto; indicar más notoriamente los hechos y las situaciones. Anotemos, por ejemplo, el estreno de mis estupendas pantuflas, así como de mi bonito chaleco de terciopelo escocés, la compra de muchos libros en los anticuarios suizos (por mediación de Glaser), y en París (por mediación de Desrogis), y unas cuantas lecturas estéticas, en los últimos tiempos, para mi curso.

Mejorar el diario. Estudiarme un poco menos a mí mismo y volver la lente al exterior. Indicar en breves trazos las gentes y las cosas. Hacer más pintoresco, más impersonal lo relativo a psicología y moral. ¿O quizá esto deba ser materia de otro cuaderno? Esta contemplación egoísta es agobiante; fetichismo o ascetismo fastidioso, deberá en adelante ceder el sitio a otras consideraciones. Tú te conoces bastante bien; obra, en lugar de charlatanear tanto. Menos pensamientos y más obra positiva. Sé más concreto; sé más impersonal; más conciso y más completo: cuatro mejoras.

Martes, 11 de diciembre de 1849.—Me he enterado con indignación de los actos de vandalismo realizados en nuestros paseos: árboles y bancos arrancados, etc. El gobierno acaba de dar suelta a sus bárbaros para destrozar las puertas y causar los mayores destrozos posibles, a fin de que el consejo federal no pueda volverse atrás y tenga que rematar nuestras fortificaciones.

Miércoles, 12 de diciembre. Medianoche.—Heim acaba de irse, y mi hermana y su marido vuelven. La tarde de la Escalada es nuestra. ¿Y qué he hecho yo? La he pasado en el rincón de la chimenea con mi amigo Heim, leyendo diversos fragmentos de este diario, hablando de la fe, de la memoria, de la voluntad, de la felicidad, del deber, del matrimonio, etcétera. Siempre vacilante, desconfiado de sí mismo, inconcreto, doloroso, sensitivo, a la vez que bueno, honesto, atento. Heim es un perpetuo suspiro, retenido o emitido. Es una pasta sustancial, pero blanda, sin cocer. Gravita hacia el pensamiento, pero sin llegar a él, y lleno de gratitud cuando se le lleva hasta allí. Es la duda, la oscilación, la indecisión, la flaccidez en persona. Desgraciado en su espíritu, en su posición, no puede situar ni su inteligencia ni su vocación al nivel de sus pensamientos, de sus necesidades reales. Lo que

en él predomina es su perfecta sinceridad, la simpatía, el respeto y la benevolencia.

Debo estar agradecido de mi suerte; he sido un privilegiado, y lo soy aún; cuando pienso en la enorme cultura que se me ha ofrecido, y en la que todavía se me ofrece, en mi ausencia de inquietudes materiales, me da vergüenza mi felicidad. Hace falta que esta vergüenza redunde en beneficio ajeno. Hay que ayudar, con la bolsa, con la palabra y con la pluma, a tus hermanos a elevarse cada vez más en esta comunión en la vida superior.

Ayer noche me picó el aguijón del apostolado; grano de incienso ofrendado con rabia y aversión en el altar de Astarté la curiosa, no la voluptuosa.

Jueves, 13 de diciembre de 1849.—Una idea: no casarme si no es con una extranjera, por muchas razones. No me encadenará a Ginebra; en Ginebra, no me fijará en una categoría infranqueable; y además no tendré nuestros mil prejuicios locales. Tesis general: me gustan muy poco las ginebrinas, y no mucho más los ginebrinos.

He dedicado todo mi día a releer mi diario íntimo desde diciembre de 1847; cinco cuadernos, con unas 280 páginas. He anotado cosas al margen y establecido relaciones de temática. ¿Qué impresiones me ha hecho esta larga lectura?

1. Una vida bastante llena de emociones, de pensamientos.

2. Con dos partes monótonas y fastidiosas, las recaídas de inconstancia y de debilidad; y en segundo lugar las relaciones con Laura. El lamento es una pesadez.

3. Lo más interesante son los análisis psicológicos de personas, las críticas de obras literarias o poéticas, los paisajes, en una palabra, los temas objetivos, por una parte; y en los temas subjetivos, los grandes horizontes, las

quimeras, las esperanzas, los escapes. Pero hay que cortar por lo sano los lamentos sobre ti y sobre los otros.

Repara tu error en lugar de describirlo; olvida el error del prójimo en lugar de explayarte en él. Y sobre todo, aprovecha los buenos consejos ya consignados. Pon tu cuidado entero en seguirlos, más que en encontrarlos.

Desdoblar este diario, relegar lo exterior a otra serie de cuadernos. El cuaderno de los hechos, el de las impresiones y el de los pensamientos deberían estar separados y marchar paralelos. El verdadero diario íntimo es el de las impresiones.

Otra consideración, resultado de la lectura del diario. El yo afeminado, lamentable, me cansa pronto; mi sufrimiento busca un remedio; la energía viril, la fuerza serena y el equilibrio vuelven por vía natural. Me gusta la fuerza, la salud, la madurez, y el dolor me lo recuerda. Pero soy cambiante, inconstante, por culpa de la imaginación, y por debilidad de carácter, y sólo recobro la fuerza por la resistencia. También me ha chocado la dureza de ciertos juicios, o más bien la aparente dureza con la que juzgabas a ciertos familiares, amigos o simples extraños; ya sé que es por imparcialidad de pintor, coquetería de fanfarronear; pero hubieras debido dejarlo ver con más claridad: cuando mientes te haces más frío, más seco de lo que en realidad eres. La crítica debe ser simpática.

Viernes, 14 de diciembre de 1849. Horas de la mañana.— Virginidad viril, merecerías un templo por tu grandeza, y los pueblos antiguos cometieron una equivocación olvidándote. No haber dado todavía, a los veintiocho años, tus fuerzas a ninguna mujer, como dice Pitágoras; o, como Goerres dice, no haber saboreado aún; o no haber conocido, en términos de Moisés; o, como los novelistas franceses, no haber

poseído aún, es un fenómeno, o más bien una rareza de la que ninguno de cuantos conozco puede ofrecer otro ejemplo. ¿Es un bien o un mal?, ¿una estupidez o una virtud? He ahondado con frecuencia en esta cuestión. Haber dormido en todas las camas de Europa, desde Upsala a Malta y desde Saint-Malo a Viena, lo mismo en los chalés que en los albergues, junto a las pastoras bretonas o vecino de las muchachas napolitanas, y no conocer la voluptuosidad más que en la imaginación; haber tenido un temperamento precoz entre los más; haber leído las cosas más perjudiciales; haber tenido las más seductoras ocasiones, antes ya de los veinte años; ser curioso hasta el crimen, y mucho más en lo relativo al amor; ardiente y sempiterno vagabundo, ¿cómo es posible que haya regresado al hogar natal con mi inocencia de chiquillo? Son muchas las causas, elogiosas algunas para mí, pero yo lo atribuyo a mi ángel de la guarda, a mi natural honrado. *Púber, liber; liber miser*, tal es el resumen de dos cartas del viaje último escritas a Bordier. ¿Quién me ha guardado? El respeto hacia el prójimo. Siempre he sentido horror a hacer daño, a arrastrar a otro al mal. La idea de corromper me resultaba insoportable, y la muchacha o la mujer a quien no hubiese podido perjudicar sería indigna de' mí. Y nunca pude resolver este dilema moral.

La sinceridad: debiendo aconsejar a mis dos hermanas, permanecí puro para no ser hipócrita. Porque odio la hipocresía. Y no pudiendo admitir ni el vicio descarado ni la simulación, no cedí.

La imaginación: centuplicando la cosa, lo mismo la voluptuosidad que el remordimiento; la imaginación me ha preservado con el espanto en la misma medida que me tentaba con la seducción. Y el cuarto guardián ha sido mi fabulosa y estúpida timidez. Jamás pude decir a una mujer

una palabra deshonesta, e incluso me cuesta un gran trabajo no enrojecer cuando otros las dicen. Me he sonrojado con frecuencia por otro y en su lugar; más que por mí mismo; era el testigo que se abochornaba, y no el culpable. Esa estúpida timidez me ha dejado algunos remordimientos que aún subsisten: lamento mucho más los besos que hubiera podido y debido dar en Estocolmo, en Cherburgo y otros lugares, que otras acciones censurables. Esos recuerdos de casta voluptuosidad me resultan queridos; tienen mayor perfume para mí que la posesión completa para un libertino.

También fue poderoso guardián la desconfianza en mí mismo. Sabía que cualquier chispa se convertiría en incendio; que una vez suelta la apasionada furia tendría que comprimirla más que reprimirla. Tuve miedo de mí y no me atreví a abandonarme. Recuerdo haber rechazado a G., que me arrastraba y a la que estrechaba en mis brazos, ambos ya medio locos. Tuve entonces miedo al tigre de la pasión, no osé arrancar la mordaza a la bestia feroz, abandonarme a mí mismo. Y después lo sentí, sobre todo cuando supe que mis escrúpulos para con ella le hacían demasiado honor y demostraban excesiva delicadeza. Más que apagarla, aplasté la tentación. Acaso fue una tontería: no se es completamente hombre mientras se ignora a la mujer. Pero preferí la ignorancia al remordimiento; para mí era un sacrificio que otro cualquiera, menos devorado que yo por el ansia de saber, acaso no comprenda. Además, me había jurado a mí mismo ser tan heroico como la mujer pura, que no entrega la flor de su castidad y su corona de virgen sino a quien le ofrece a cambio la guirnalda de esposa. Me había jurado hacer a aquella que conquistara mi corazón una ofrenda exquisita y rara: la virginidad de mis sentidos con las primicias de mi alma, un amor grande, completo, sin rotura ni mancha; para poder aceptar sin enrojecer el don

equivalente, a fin de poder abrir ante sus ojos toda mi vida, y dejarla hundirse en mí sin miedo a encontrar algún fango en mis recuerdos, ni rivalidad, siquiera en sueños.

Si esto es una necedad, te doy gracias por ella, Dios mío. También el ideal es un sueño, pero un sueño que prevalece sobre todas las miserias de lo real.

Renunciar a la manzana de la ciencia es para un hijo de Eva exceder en mérito a su madre; pero no soy yo quien lo ha conseguido, sino mi ángel bueno, mi instinto, Dios en mí. Yo quise morder el fruto, pero fue él quien paralizó mis labios; yo quise pecar y he pecado; pero él me libró. Por esto no puedo sentirme orgulloso, sino emocionado, reconocido, humilde.

Empecé el *Rig-Veda* (traducción de Langlois).

En cuanto me acerco a uno de estos monumentos antiguos, me caen escamas de los ojos. Me siento hombre primitivo, treinta y ocho siglos más joven. La facultad de la transformación, de la simplificación, es un don precioso. Yo puedo simplificarme sin límites, olvidando mi medio, mi época, y hacerme de otra edad; puedo olvidar tal o cual sentido, volverme ciego, convertirme incluso en un ser inferior al hombre, animal, planta… Puedo meterme en mi cuerpo, sentirme en el limbo física y espiritualmente. Simplificación, igual a liberación de toda esclavitud; simpatía, igual a liberación del yo.

Sábado, 15 de diciembre de *1849*.—Hay una gran cantidad de nuestras caras que me inspiran una repulsión involuntaria; una especie de rencor por anticipado. Es mi amor propio que se pone a murmurar. Quería quedar quieto, pero no puedo. Debería estar en relación con nuestros hombres de cierta distinción, como me ha ocurrido en otros países, pero no lo estoy; e incluso me parece poco probable

que llegue a estarlo. Esta comparación poco ventajosa no contribuye a mejorar mi humor; dado que a la reserva respondo con la altanería, y a la desconfianza con la repulsión.

Efecto singular del ejemplo: por todas partes sólo hacen llegarme noticias de matrimonios. Y esto me da más deseos. El santo estado me inspira más miedo que ganas; porque el matrimonio prosaico me repugna, y el incierto me espanta.

Una extranjera de cierta facilidad y que reuniese las cualidades morales ya señaladas, podría hacerme reflexionar. Pero quiero ser tentado, y no proyectar a sangre fría.

Domingo, 16 de diciembre de 1849.—La música de iglesia es la parte del culto que despierta en mí mayor cantidad de pensamientos y de sentimientos. He experimentado la sequedad de mi vida, la íntima dulzura de la fe sencilla, la penetrante virtud del culto en común, de la solidaridad fraternal insuficiencia del individualismo; verdad relativa del catolicismo; conventos, votos, etc., han desfilado por mi imaginación mientras tocaba el órgano. La impresión más viva es la de la tristeza, el sentimiento de cierta aridez, consecuencia de la estancia demasiado exclusiva en la inteligencia. No amo suficientemente; no amo a Dios con todo mi corazón, ni sobre todo a los demás como a mí mismo. Amar es perdonar, socorrer, darse; el signo del amor es el sacrificio. Y tú no te das, ni sientes por ahora necesidad de hacerlo. Te has secado. La sed del alma, esa devorante necesidad de infinito, de santidad, tú no la sientes, Lo que invade todo el horizonte es el grano negro; el punto doloroso, marchito, agrio, que gangrena todo el organismo. Tus falsas relaciones con uno de tus allegados te ha vuelto

seco, egoísta, y esta equivocación ha repercutido sobre toda tu vida moral.

Todavía esta tarde he estado duro con Laura. Su contacto me paraliza y me hace mal. El dolor es señal de un estado anormal; pero no veo medio de que acabe. Me he hecho prestar el cuaderno de mis cartas. Laura ha arrancado de él las páginas de diario íntimo con que terminaba. Algunas líneas que quedaban me han emocionado. Quizás el cuaderno entero hubiera decidido mi conducta. ¡Atroz enigma! ¡Siempre la duda! ¡Oh franqueza, franqueza del odio o del amor, ven a nuestra alma! ¡Hipocresía, disimulo, malditos, cadáveres de mentira, sepulcros blanqueados que sólo encerráis ceniza y desolación!

Pobre corazón, cuántas ilusiones te han acunado, cuántas esperanzas te acariciaron, y total para acabar en la aversión. Pero, Dios mío, el odio sólo es el amor agriado; y tu impotencia para el estoicismo y la indiferencia es una prueba de la persistencia del amor. Tu cólera y tu repulsa son la protesta del afecto, su rebeldía, que se prueba insubordinándose, que llama la atención golpeando.

He releído una parte de la recopilación de estas cartas. De ellas podrían sacarse varias cosas para el diario de Franki.

Tengo un pensamiento: ¿Por qué no ensayar unos *Pensamientos y fragmentos* (como Joubert) en la *Biblioteca Universal*? Estos cuadernos íntimos servirían de mucho. El inconveniente está en abrir el taller, entregar mis graneros al pillaje. Y la ventaja sería que me daría a conocer, mostrando los sondeos o los jalonamientos ensayados vertical u horizontalmente.

Lunes, 17 de diciembre de 1849.—Me he sumido en una profunda meditación y he notado, además del efecto ordinario de pesadez de la vista (un mes de meditación

asidua me volverla ciego), una sensación curiosa. Aunque de pie no sentía peso, mi cuerpo me daba la sensación de flotar y estar girando en el espacio como un planeta. Me sentía con precisión dentro de mi organismo, libre de él, experimentando así lo que la teoría proclama. Este fenómeno es análogo al éxtasis, al sonambulismo, etc.

He concebido el yo como una esfera de tres ejes; y así ha quedado explicado el papel de la ciencia y del arte, de la virtud y del poder, del egoísmo, de la religión y del embrutecimiento. No puedo entrar en detalles. Es la tercera de estas figuras enciclopédicas a la que llego. Fijan e iluminan el pensamiento.

Las gafas, en la clase, me dan regularmente dolor de cabeza.

Miércoles, 19 de diciembre.—Estoy descontento de Adert; ha eludido la respuesta a una carta. Hay en esto toda una historia cautelosa que no me gusta. Los conservadores ginebrinos apenas sospechan todo lo que influye en ellos la aversión que se siente por sus personas. Su orgullo, sus desdenes, mezclados con una hipócrita cortesía, irritan e impacientan, cuando no agrian. Una conversación sostenida esta tarde con el señor Joel Cherbuliez me ha confirmado en mi antipatía contra el carácter ginebrino, lleno de sequedad, de pedantería, de orgullo y de ironía. Negar los odios de razas, de clases y de castas en Ginebra resultaría una puerilidad; explicarlo es más interesante; curarlo no parece más fácil que cambiar la espalda de un jorobado. Dejemos este tema irritante.

Lectura beneficiosa esta tarde (de siete a nueve), una historia contemporánea por la señora Long, de la cual he recibido una pequeña tarjeta. Beneficiosa, porque al leer sus libros, reconozco siempre la sequedad de mi vida, mi

distancia del verdadero medio moral, me siento mal. Reconozco la enorme cantidad de vanidad, egoísmo y dureza de la que debo aligerar a mi corazón. Me doy cuenta de la impresión que causo probablemente a la autora, la de una inteligencia ricamente dotada y desarrollada, la de un corazón noble en instintos, pero que busca su propia justicia, vale decir, en una falsa religión, en una pobre vida moral y sin felicidad ni caridad. Y bien, ¿no es acaso cierto este juicio? Es probable y he aquí el porqué: mi cristianismo, positivo en sí mismo, se manifiesta negativamente ante lo que me rodea, y en consecuencia carece de culto; del enfriamiento inminente, languidez inevitable. Toda religión verdadera debe convertirse en culto y vida. Porque el culto es una noción colectiva. Y cuando es preciso servirse de otros símbolos dándoles otro sentido, o dejándolos de lado, vale decir, quedándose solo, la sinceridad por una parte y la tristeza por otra os anulan, os hielan; y vuestra religión se queda inerte. Y después, el yo terrenal, la pasión, la indolencia se aprovechan de esta inercia y ni la censuran. Esto no prueba tampoco la falsedad objetiva de mi religión; más bien su falsedad subjetiva.

También es cierto que vivo en el egoísmo, sin servir a nadie, pero a pesar de todo hay algo que me dice que si yo fuera feliz, si fuera amado, es decir, alentado, regañado, comprendido, seria de otra manera. La eterna costumbre de encerrarme, de sufrir y huir solitariamente, consecuencia de mi orfandad, de mis aspiraciones ardientes y de mi desarrollo al azar, me ha dado este egoísmo prestado. Soy extraordinariamente susceptible, irritable, vulnerable, retractable, desafiante; pero en el fondo amo. Y han sido precisamente esta ausencia de afecto iluminado y esta eterna soledad moral las que han hecho a mi personalidad enérgica, a mi egoísmo aparente y hasta un poco real. Sin embargo,

ante la felicidad que me embarga al ver a la gente feliz y al tratar de contribuir a ello, siento que no estoy seco: la larga sequía sólo me ha encogido. Es cierto que este año me ha sido más bien funesto y que me ha endurecido hacia ciertas cosas. Siempre vuelvo a esta piedra de escándalo.

Una frase de *madame* Long me ha parecido muy a propósito para mí, cuando habla de la felicidad que supone para una mujer ver sus sentimientos, apenas producidos, caer en una inteligencia masculina que inmediatamente los respalda, los fortalece. (Orden inverso que en la fisiología; el hombre deposita un germen en la mujer, que lo desarrolla; el espíritu de la mujer deposita un germen en el del hombre, que hace su gestación completa y lo eleva al rango de idea).

Jueves, *20 de diciembre de 1849*.—Por fin escribí mi carta-aniversario a Prey, de Zurich; le llegará un año justo después de mi salida de su ciudad, de su casa, donde viví tres semanas. Nunca le agradecí lo bastante las inmensas molestias que produje en sus costumbres y trabajos.

Primera lección de Ad. Pictet (sobre poesías épicas): solamente general. He tenido la satisfacción de comprobar su total acuerdo con las definiciones que yo he dado de la literatura, de la prosa, de lo poesía, de la literatura comparada, del sentido estético, etc. ¿Por qué, dichas por él, tienen autoridad, atraen a la gente, mientras que explicadas por mí parecen tan sencillas? Porque soy un hombre joven; porque no tengo una reputación. Consecuencia: tienes que labrarte una, ya sea con la pluma, ya con la palabra. Por una parte, escribe; da un curso brillante para el gran público y sobre todo para las mujeres, y empezarán a tenerte en cuenta.

Conferencia de los profesores del gimnasio, en casa del director. Asunto de exámenes.

Pequeña velada en casa de Cherbuliez, como despedida al poeta Hartmann. Estaban, además, los esposos Hervé, un tal señor Kunz, orientalista, muchacho cándido e interesante, con la cara mofletuda. En la mesa me senté entre el padre y la hija, a la cual un baile, ayer, prolongado hasta las tres de la madrugada, dejó sin voz. He tenido poco ánimo; siempre me falla la cota de malla de la alegría, y soy demasiado abierto, demasiado incapaz de una simulación jocosa, se me debe ver como a la luz del sol.

He estado ligeramente embarazado cuando se habló del matrimonio, y casi sentí un arranque de pésimo humor parecido a los celos contra el señor Hartman, quien estaba en un aparte interminable. Los celos no son otra cosa que la vanidad en el amor; he sido vanidoso. No es ni siquiera amor propio, sino una especie de amor propio singularmente torpe, ya que es reacio y va en contra de su evidente interés, se muestra mal, cuando le convendría mostrarse bien. Soy un ser sombrío y que a menudo se encabrita: tomar en cuenta esta tontería y tratar de adquirir cierta mundanidad y una coraza mejor templada.

He leído una parte de las *Poéticas de vida*, de Horacio. Desprecio a los poetuchos y a los frívolos literarios. Si no es la más enérgica de las necesidades, la poesía es la más fútil de las inutilidades, la más frívola de las puerilidades.

Lamentable accidente, producido por una de esas minas que se emplean para acelerar la destrucción de las fortificaciones. Varios niños heridos. (El 21). Eran siete u ocho; cinco fueron llevados al hospital, uno murió y dos sufren amputaciones. Espantoso. Negligencia homicida que deshonra a la administración y acusa una despreocupación poco democrática por la vida de los ciudadanos.

Lunes, 24 de diciembre. 8 h.—La irritabilidad, la energía vehemente rugen en mi interior. Creo sentir también la fuerza del aplastamiento. Creo muy posible sentir aquellas rabias de cuarenta y ocho horas de Byron. ¿Debo estar contento o apenado por encontrar tanta pasión en mi indolencia, tanto ácido y tanta hiel, a pesar de mi apatía o mi simpatía? Y sin embargo, es síntoma de debilidad de energía el dejarse influir por las circunstancias, por los hombres, estar polarizado, modificado, envenenado contra nuestro agrado; salir de uno mismo por medio del furor no es ser lo bastante fuerte, no es ser dueño de uno mismo. El poder, el vigor moral, consisten en domar una gran fuerza. La pasión es una fuerza, pero el hombre apasionado es débil.

Martes, 25 de diciembre de 1849. Navidad.—Ayer, lunes, descontento con mi lección del gimnasio. Estaba de mal humor, y triste de echar mi bisutería a los brutos, por no decir mis perlas a los cerdos. Exigí que se preparasen para ser preguntados todos los días, bajo pena de exclusión de la clase. Esta severidad ha asustado; pero yo sé que Wartmann lo hace.

Deben saber que yo exijo trabajo; si es espontáneo, mejor; si no, debe ser reproductivo.

Hace un año justo que volvía a Ginebra, después de una larga ausencia. Hagamos una recapitulación, moral y domésticamente, del año. La revisión intelectual y social la dejaré para el 31.

Revisión familiar: una muerte, un nacimiento, ningún matrimonio. Perdí a mi prima, de dieciséis años, pérdida cruel; y he sido tío de un glorioso varoncito. Salvo con Fanny y los suyos, no veo lazos muy íntimos con nadie, sino más bien al contrario. Estoy mucho más aislado de lo que pensaba; me gusta la independencia, pero no hasta este

punto. Hay que ser de más utilidad, hacer servicios, entrar en las vidas, para echar algunas raíces. Hacer felices a los demás, si se quiere ser llamado y requerido. El tío F. y la tía han envejecido; cada vez más débiles con sus hijos; felizmente. Luisa toma medicinas, pero su pecho reducido y sus hombros caídos me inquietan. Los Amiel-Roux apenas se han repuesto de la espantosa herida. He aprendido a conocer a Euguenio bajo un aspecto nuevo e interesante. Laurent sigue como siempre. Nuestro matrimonio G. marcha bien; F., excelente ama de casa, pero a veces demasiado tenaz; y poco atenta a lo que pasa fuera de su casa; tiene mucho juicio, esta cualidad ginebrina tan útil. Mi compadre se ha ido a Heidelberg.

Revisión moral: He aprendido un poco a vivir entre personas; frecuentación de inferiores y superiores; mi carácter se ha formado un poco; he notado que, al contacto con algo, se endurecía en seguida. Mis relaciones con los estudiantes, con el principal, con mis colegas, con el departamento, me han dado cierta seguridad, me han hecho hombre.

He experimentado diversas emociones sentimentales, y aplastado algunos brotes nacientes de intriga. En mi familia, he sufrido mucho; he perdido muchos días; exasperación, odio, ilusiones, dolores, melancolía, he tenido muchas experiencias instructivas. He profundizado más en el conocimiento de mí mismo, como carácter. A falta de otras sensaciones más dulces, he hecho un aprendizaje de afecto.

El contacto con una pareja, los detalles prácticos de todas clases, han iluminado mis ideas sobre lo posible. He razonado un poco sobre el presupuesto de una familia. He mezclado una cierta dosis de prosa en mi poesía, lo cual no

deja de ser útil. La mezcla no es aún suficiente, pues no sé arreglar mis asuntos, y soy un niño grande en estas lides.

Religiosamente, no he hecho progresos, salvo que tengo menos esperanzas y soy más humilde; y he tenido mayor número de caídas. No ha disminuido mi disgusto por el formalismo religioso, por la hipocresía falsa. He madurado, en el sentido de que soy menos absoluto, menos confiado, y llego con más facilidad a la imparcialidad.

Sin embargo, la crisis de la virilidad no ha pasado; todavía dura la época de muda. Quedan restos del muchacho en mi inconstancia, en mi intemperancia emprendedora, en mi larga espera y mis amplios pensamientos, en mi timidez unida a mi orgullo, en mis vacilaciones de todo tipo, en mi derroche de trabajos. El signo de la virilidad moral es la fuerza, la seguridad, la consecuencia, la autoridad, la previsión. Recuerda que estás en el momento precioso de la producción. Las obras fuertes nacen en la encrucijada de la juventud con la madurez; es ahora cuando el hombre da su medida. Si quieres dejar huellas de tu paso, es el momento de obrar, de poner los cimientos de tu obra. Todo cuanto has hecho hasta ahora no es nada.

Lo has sacrificado todo al porvenir, a tu desarrollo.

Ha llegado la hora de la cosecha. ¿Qué vas a hacer? No olvides el triple aspecto de tu vocación: Sabio, profesor, escritor. Has probado con el profesorado, pero es solamente un esbozo; aún no tienes ningún galón en las otras dos carreras. Tienes que ganar tus espuelas en la ciencia, en la palabra y en el estilo; ésta es tu tarea próxima, en lo exterior. Tu deber interior consistirá en establecer en ti un equilibrio, desarrollar todo el hombre. Y repartirte entre la soledad y la acción, entre el cuerpo y el espíritu, entre la inteligencia y el sentimiento, etc.

Realizar el hombre general, ser hombre armónico; educación total.

Realizar tu originalidad; procurarte tu puesto particular. Educación especial. Es, en resumen, lo que ahora debes proponerte. (Sabio, profesor, escritor).

Crearte un lugar social, demostrando tu valía con tus servicios y no con tus pretensiones; este tercer punto, completo. Haz un cuadro para 1850, y frecuéntalo a menudo, para no olvidarlo.

Triple fin próximo: individuo solo: humanidad; original: sabio, profesor, escritor; lugar social.

Domingo, 30 de diciembre. Medianoche.—He escuchado un notable discurso de confirmación de Munier. El hombre de imaginación ha apuntado durante todo el discurso al orador; ambos se han casi fundido en la peroración, que ha sido magnífica: «Soldados de Jesucristo», etc.

Al final del día, paseo con los señores Guillermet, padre e hijo. Mucho frío, y una maravillosa puesta de sol pura y anaranjada, que prestaba su color a los campos nevados. No hemos visto, sin embargo, un solo trineo. Esta mañana, el agua se iba helando en mi vaso, a medida que la vertía; medida de temperatura en mi dormitorio. Visita a la Monnaie; conversación declinante; la pobre madre es torpe, pues ya no pregunta. Me cree taciturno y circunspecto, cuando en realidad me encantaría hablar, con el corazón en la mano. Estupenda velada en casa de los primos C., a cuatro, incluido yo; me quedé casi cuatro horas, y tomé el té. En cuanto la que me priva de mis medios hubo partido, recuperé la comodidad, el humor, e incluso el verbo. Eres un imbécil, querido amigo. La molestia era recíproca, lo cual no deja de ser halagador. ¿Hasta cuándo el amor a la independencia te hará ahogar cualquier inclinación? La

señorita de T. es muy linda, natural; pero me parece superficial y mundana. Se habló mucho tiempo de magnetismo, de sonambulismo, de aparecidos, de Italia, de viajes, de Cecilia, del señor Lupi y de su sonámbula, etc. Am. es una chica de mucho talento, llena de savia, con fuerza y coraje para todo. El ajedrez no se movió de su sitio, y era el motivo de mi visita. ¿Por qué no voy con más frecuencia? Había adivinado bien a Cecilia; todo lo que Am. me dijo esta tarde ha venido a confirmar mis conjeturas.

Los fenómenos de sonambulismo, magnetismo, etc., son las erupciones del mundo oculto sobre el cual caminamos y que olvidamos. Nos abren, como los volcanes, perspectivas vertiginosas a una vida subterránea, profunda, oscura, y también escapes luminosos hacia el mundo superior de los espíritus. Ignorarlos o no poder constatarlos es condenarse a la monotonía del alma, pues es desconocer sus relaciones con las existencias inferiores y sus contactos con los seres superiores, y su puesto, en general, en la escala infinita de la creación; es cerrarse a la historia, cerrarse al porvenir, y negar sobre todo la inteligencia de la muerte.

Lunes, 31 de diciembre, medianoche.—1849 ha muerto; el nuevo año se ha iniciado. Una tumba más en el abismo pasado. ¿Dónde estaré el año próximo? Heme aquí en 1850. ¿Qué haré de estos doce meses que se inician? En lugar de perder la tarde errando alrededor de la chimenea de Franki, mientras jugaba una partida de cartas con su padre, hubiera hecho mejor en ocuparme de estas consideraciones.

Hemos cambiado regalos, Fanny, su marido y yo. Acabo de colocar en mi mesa redonda los presentes que tengo que distribuir mañana. Este cuaderno se terminará con el año.

Ginebra. 3 de enero de 1850. Jueves, de noche.—1. Nada importante. Tomas la vida a contrapelo; hay que abordar a

las personas por su lado bueno, para hacer agradables las relaciones, en lugar de envararse contra el lado débil. Hay que ser condescendiente, y no absolutista; hay que disgustar al prójimo lo menos posible; no herir y no agriar voluntariamente a nadie. No crearse enemigos; por el contrario, procurar no tenerlos. Tú eres cándido como un niño, y no sabes lo que es tener enemigos, lo que puede la calumnia.

Tú desdeñas y prescindes. Este orgullo irrita mucho más a los enemigos arrivistas y pacientes. Eres imprudente por tu orgullo, torpe por tu envaramiento, vulnerable por tu candor. El desprecio a los hombres es una cosa innoble, e inevitable cuando se respeta al hombre. Si consigue forzarte a la lucha, odio, tú debes tener fuerza para odiar vigorosamente y marcar con tus uñas la espalda de aquel con el cual te enganches. ¿Pero para qué servirá esto? Lo que más me repugna es la cobardía de los que me perjudican, que me evitan y desconsideran; son muy cautelosos, y nadie se deja ver. Mostrarse, claro, es ya exponerse. ¡Raza de lobos! ¡Odio universal! ¡Bonita cosa!

Viernes, 4 de enero de 1850. Por la mañana.—Intentemos esta doble recapitulación (ver el 25 de diciembre para la *Revue morale*).

II. Revisión intelectual. ¿Qué he aprendido? ¿En qué aspectos he ganado algo, este año? Mi horizonte no se ha visto aumentado, pero he mirado más de cerca algunas partes del paisaje, tales como la historia literaria francesa y las cuestiones de estética; en particular, el estado de nuestra literatura suizo-romana, que me ha ocupado de dos a tres meses, desde enero a marzo; ocupaciones académicas, reglamentos y exámenes, durante el mes de julio; viaje da salud durante todo el mes de agosto; y después seis semanas

de preparación para los dos cursos que habrían de comenzar en octubre. Y, por último, dos meses y medio de clases, día a día, seis por semana, tres en el gimnasio sobre filosofía de la lengua y poética francesa, y tres en la academia sobre estética; de estas últimas he perdido dos, por no estar preparado.

En cuanto sabio, he cultivado un poco mi especialidad; como profesor, he adquirido cierta seguridad y algún hábito, aunque no he tenido el placer de entregarme a la verdadera improvisación; como escritor (tercera forma de mi especialización), ejercité bastante poco mi pluma, pues solamente escribí mi disertación, un artículo sobre Ronsard, un artículo para el *Journal des cours*, un pequeño verso y mi correspondencia; mis lecciones constan solamente de notas. Pero si bien he descuidado el talento, mi gusto, en cambio, se ha asentado, y aguzado mi vista; ahora mi facultad crítica se ha fortalecido, y asesto los golpes en el centro. Juzgo con mucha mayor exactitud, y con tranquilidad; me parece que el *Scharfsinn*[49] y el *Tiefsinn*[50] se han ayudado mutuamente. Las analogías y las diferencias se me aparecen con igual nitidez. Soy más hombre en el pensamiento que en el carácter.

Pero he cometido dos grandes errores:

1. He dejado romper mis amarras con Alemania.

2. Respecto a los idiomas, no he practicado ninguno de los que no sé, y no he empezado el inglés, que sin embargo hay que saber.

3. No he mostrado ambición alguna, he descuidado mi fama, al darme a conocer con algunos trabajos en revistas, etcétera. Por mi indolencia, me dejo cubrir por la sombra. Soy indiferente al renombre, antes de haberlo conocido.

4. He descuidado el arte de escribir, tanto en la prosa como en el verso.

5. Aún no me he creado hábitos de lectura, recursos regulares para mantenerme al corriente del movimiento histórico y científico. Continúo en lo provisional, gruñendo y echando de menos, pero sin echar raíces.

III. Situación social. Decididamente, es el lado más débil. En Ginebra continúo sintiéndome un extraño, aislado como un hombre tranquilo en medio de hombres apasionados, llenos de cóleras, rencores y rivalidades. He excluido a los conservadores, los cuales, en igual medida que sus adversarios, no toleran la indiferencia. Yo quiero que la ciencia, lo mismo que la religión, la enseñanza y la iglesia, queden fuera y por encima de las disensiones de partido; y no me quieren reconocer esta actitud. Quieren forzarme al compromiso con una bandera política: no pueden creer en la imparcialidad. Los partidarios del gobierno no me perdonan el haber retrasado, en la medida de mis fuerzas, una desorganización tras la que anda su venganza. Tengo la impresión de estar viviendo una situación precaria, sin raíz, que me priva de cualquier bienestar y me impide hacer cualquier proyecto para el porvenir. De la conversación con Adert, deduje que han minado el terreno a mi alrededor y bajo mis pies; me han encerrado en un círculo de aislamiento, al cual, por su parte, contribuyen mi retiro y mi desdén por las intrigas: sin ser un Gulliver, estoy atado por los liliputienses a quienes desprecio.

Sin embargo, no abandono por debilidad: no te desanimes demasiado pronto. Quizá no resulte imposible agrupar alrededor de la idea nacional e histórica a todos los que dejen el radicalismo y el partido conservador.

Preparar a los jóvenes en este sentido, reunir a los estudiantes. Demostrar la imparcialidad practicándola; demostrar también tu fuerza, por la calma y algún golpe espectacular: equilibrio de poder, no de inercia.

Autonomía de la iglesia y de la ciencia.

Relaciones del estado con estos dos poderes, estas dos funciones sociales.

Limpiar los establos de Augias y las grandes cuestiones humanas de todas las porquerías de los intereses personales, de todas las miserias hipócritas, que se sirven de aquéllos, pero de nada les sirven, en cambio.

Pero para esto hace falta una filosofía del estado; hay que poner en claro lo que todos embarullan, cada uno por su lado.

¿Empezará esta labor de limpieza el curso de Ch. Chenevière? Habrá que ver. Ánimo: la verdad tiene que abrirse camino a viva fuerza, para sobrevivir y servir. Como ironía, siempre termina por sucumbir. La fuerza es la vida, y la vida es la acción. Acción, pues.

Entenderte con tus amigos sobre la conveniencia de aceptar la cátedra de filosofía. Demostrar claramente a Naville que tú persigues un fin impersonal, que defiendes una causa, y no lo haces por egoísmo alguno; sin interés. Espero que no será tan cerrado como el señor Sayous.

En cuanto a tus intereses, considerarlos como precarios; y, por tanto, no casarte más que con una muchacha que te deje pecuniariamente indiferente, y con una extranjera que te deje libre de compromisos y te permita la expatriación.

Viernes, mediodía.—Acabo de concluir un asunto muy penoso. Un carpintero, al cual había encargado dos ornacinas de madera para unos bustos de porcelana, me exigió un precio desorbitado (40 francos), asegurándome que

no se cómo, al encargárselo, habíamos estipulado el precio en 15, y dos personas a quienes consulté me aseguraron que el trabajo no valía más, le envié 22 francos; pero he quedado con el temor de equivocarme y con la seguridad de que me engañaban. Sufro.

Viernes, 4 de enero de 1850. Medianoche.—Las palabras de la señora Long me bailan en la cabeza; desde luego, esta muchacha me convendría en muchos aspectos; pero necesito adquirir la independencia respecto a mi puesto, para no ser esclavo, es decir, que hace falta una dote. Hay que dejar, de una vez para siempre, clara la situación y el porvenir que me esperan en Ginebra.

Sábado, 5 de enero.—La incalculable ventaja de este diario consiste en favorecer la continuidad de conciencia; sobre todo permitiéndome reanudar, relacionar y añadir. En caso de desgracia, sería la primera cosa que pondría a salvo.

Este inventario podrá servirme para más adelante.

De noche. Jornada terriblemente vacía. Debido a una ronquera, no he salido de mi habitación hasta la tarde. Paul Marin, y luego Laura, y después Franki me ocuparon mi corta mañana. Después de comer, desorden y malestar. He revuelto mis carpetas, hojeando, ordenando, hasta sentir náuseas de impaciencia. Comprendí la inmensa importancia del método, del orden, de los hábitos.

Hay que arreglárselas para estar siempre dispuesto y libre.

Para estar dispuesto, no hay que dejar nada en retraso, no acumular.

Ahorrándose los desórdenes confusos, no teniendo otra cosa que arrastrar que uno mismo, podemos emplear todas nuestras fuerzas en el presente y el futuro.

En mi caso, la confusión viene siempre de las correspondencias, los libros, los papeles, cuentas, proyectos,

etc.

Hay que regularizar su periódica desaparición.

Liberarse de la obstrucción es triplicar las fuerzas.

Contra el agobio de los libros, está el espacio y las bibliotecas.

Contra el de las cartas, hacen falta compartimentos.

Contra el de las ocupaciones, hay que hacer un esquema del empleo del tiempo.

Copia de ciertos pasajes característicos que encuentro en algunas cartas dedicadas a mi hermana la mayor.

* * *

1. «Uno de mis gustos y de mis preocupaciones consiste en amueblar mi imaginación con formas. He tenido particularmente ocasión de hacerlo en estos últimos tiempos. He releído con atención la *Historia del arte*, que me ha hecho repasar en la memoria los edificios, las estatuas, los cuadros, etcétera, que he visto en todos mis viajes. Estoy al acecho de paisajes, grabados o pinturas, cualquier tipo de representaciones que puedan ayudarme a penetrar en el círculo de las formas todavía desconocidas, formas de países, de animales, de lugares, de razas humanas, etc. Ahora estudio en la biblioteca real las planchas de antigüedades de Méjico, de Céltica, de Egipto, y me he propuesto pasar revista completa a los monumentos de oriente y de Europa, Por otra parte, he visitado los cosmorama, los diorama, las representaciones ópticas. En ellas se pueden ver los fenómenos astronómicos (sistema solar, eclipses, mareas), y también los paisajes de Palestina, Egipto, Grecia y España; Gropius, Lucerna y Friburgo; en Milentz, el espectador está en el fondo del mar, como los dioses marinos, rodeado de conchas, con el océano encima de la cabeza, en el cual nadan

los peces y navegan los barcos, mientras más arriba todavía planean las aves acuáticas y los pájaros voladores. Un museo de cera permite al espectador conocer algunos personajes históricos. Los periódicos ilustrados te ponen al día sobre todos los acontecimientos contemporáneos, desde la toma de Méjico hasta el ataque de los piratas de Borneo, y desde las fiestas de Petersburgo hasta las procesiones de Pío IX. Encuentro muy agradable poder trasladarme a voluntad a Río de Janeiro, al cabo del Norte, en Laponia, al puerto Jackson en Australia, a Dublin, al Japón o al golfo de California, o conocer a los tártaros, a los albaneses, a los patagones, los papúes, los húngaros; en una palabra, sentirse sobre nuestro pequeño planeta en familia. En mi caso, me interesa tanto lo que ocurre en el cabo de Buena Esperanza como lo que pasa en Heidelberg o en París, y 4000 o 5000 leguas de distancia no significan nada en este aspecto.

»La distancia es un enemigo que acabaremos eliminando. Cuando el telégrafo eléctrico recorra con sus redes todos los mares, nuestro pensamiento estará presente en todas las partes del planeta, lo mismo que los de un ministro de Francia lo están en todo el territorio de su reino, al igual que nuestra voluntad lo está en nuestro cerebro y en el dedo meñique de la mano. Cuando viajemos a la velocidad del viento, nuestros cuerpos se liberarán también, en cierta medida. El fin ante el cual no nos detendremos en el camino de la industria es el someter nuestro planeta lo mismo que el caballero a su caballo. Una decena de siglos bastará quizá para esta tarea. Si de tiempo en tiempo viniésemos a visitar a nuestros colegas, como hace Pitágoras, veríamos muchísimas cosas nuevas. Quizá esto te resulte extravagante, pero es completamente serio».

(Berlín, 23 de diciembre de 1847).

* * *

2. «La mayor revolución actual es la paz, y 1848 será el doble de 1648. Veremos la paz de Westfalia democrática, por contraste con la paz autocrática. La era de los pueblos sucede a la de los reyes. Desde Méjico a Constantinople, el mundo occidental está en una crisis fundamental. Nuestro siglo verá grandes cosas, créeme. Todos los caminos conducen a este mismo resultado. Vivir es interesante. Nuestra especie está haciendo ahora un serio trabajo. Si queremos apreciarlo, hay que ver girar nuestro globo desde la luna, y seguir con la mirada el movimiento de todos los pueblos».

(Berlín, 9 de marzo de 1848).

* * *

3. «Los detalles cronológicos que nos daba el profesor Lepsius sobre Egipto me han abierto repentinamente prodigiosas perspectivas sobre la historia primitiva de nuestra especie. Me hará falta poner en claro cierta cantidad de intuiciones geológicas, astronómicas y filosóficas que he reunido sobre este punto. Nuestro pobre Adán, y la supuesta creación del mundo cuatro mil años antes de Cristo, resultan chistes recientes de la humanidad. Los huesos de nuestros padres son más viejos que eso.

»Juzgar nuestra época desde el punto de vista de la historia universal; la historia desde el punto de vista de los períodos geológicas; la geología desde el punto de vista de la astronomía, es una liberación en la cual resulta ventajoso situarse. Cuando la duración de la vida de un hombre o de todo un pueblo se nos aparece tan microscópica como la de un moscardón, y, por el contrario, la vida de un insecto nos ofrece perspectivas tan infinitas como las de un cuerpo celeste con toda su inmensidad de naciones, nos sentimos a

la vez muy pequeños y muy grandes, y dominamos desde la altura de las esferas nuestra propia existencia y los pequeños torbellinos que agitan nuestra pequeña Europa».

(Berlín, 19 de julio de 1848).

* * *

4. «De modo que has reconocido y penetrado el enigma del amor. Esta palabra, tan comentada en todas las lenguas por la naturaleza y la moral, por la religión y la poesía, no tiene fondo, y ofrece por ello mismo una infinidad de aspectos. Cada cual comprende una parte de éstos; pero cuantos más lleguemos a conocer, más inagotable se nos presenta su perspectiva. San Juan y santa Teresa, como Heloisa o Lespinase, mueren de avidez ante el éxtasis o tiemblan de turbación cuando, más allá del cielo conquistado, ven insinuarse otros cielos cada vez más ricos. El misterio de darse para pertenecerse, de prodigarse para enriquecerse, de no ser nada para serlo todo, este misterio, absurdo para quien no tiene inteligencia, es decir, la posesión, sublime y maravillosa para quien la adivina y la resuelve, es y será el cenit de la existencia espiritual; es la clave del mundo moral, el tesoro del santuario divino».

(Berlín, 16 de mayo de 1848).

Miércoles, 9 de enero.—Hoy he sentido volver la elasticidad, la energía, el ánimo: al menos en parte, porque han venido a frenarlo una crisis de vista y un dolor de cabeza. Estudié el libro de Boutigny (*La física de los cuerpos en el estado esferoidal*), muy de tener en cuenta. Bien venidos, tanta audacia y tan amplios horizontes.

¿Qué es lo que le caracteriza?

Lucidez penetrante de observación; rapidez y audacia de analogía; invención fácil e inagotable de combinaciones y experiencias; perseverancia de meditación. Boutigny,

Leverrier y Proudhon son espíritus de idéntica línea. Rigor matemático, audacia e impetuosidad de imaginación, fe en el pensamiento, rapidez de acción, independencia, ambición. Es la alegría enérgica, la claridad francesa. Savia y oportunidad.

Viernes, 11 de enero de 1850.—He pasado una estupenda velada, junto a mi bella lámpara y a mi chimenea llameante. Me avergüenzo de mi bienestar, de mi tranquilidad, tanto calor, tanta luz, tanta salud; mientras tantos otros sufren. El pensamiento del prefacio de Pelletan me viene a la cabeza: «La única expiación del ocio es que aproveche al prójimo», porque esa calma se paga en trabajo, en producción útil. ¿Produzco en grado suficiente? «Rescatar el tiempo», dice san Pablo. ¿Bastan para pagar mi deuda dos cursos y algunos artículos de revista o de periódico? Creo que no. Absorbo más de lo que doy. En mi medida, soy un ocioso, un improductivo. No cumplo mis posibilidades; lo que hago podría hacerlo otro. Y tú debes precisamente hacer lo que ninguno otro puede hacer por ti. No te atreves a ser tú mismo, y aplazas continuamente el momento de mostrarte en toda tu plenitud. Una vez más, prometer está bien a los veinte años, pero ahora es el momento de recoger la cosecha.

Se me ocurre algo. Empezar un carnet psicológico para el estudio de mi sobrinito. Ya tiene nueve meses y medio: es igual; más vale tarde que nunca.

Domingo, 13 de junio de 1850.—¿Por qué no dedicaremos a la purificación del alma la mitad del tiempo y de los cuidados que ponemos en el aseo del cuerpo? Y sin embargo, la limpieza física es sólo un símbolo de la pureza espiritual. ¡Ah! Si la higiene moral fuese procurada y observada con la misma intensidad que la material, tendríamos muchas

menos razones para avergonzarnos delante de nosotros mismos y ante Dios.

Dos veces la astilla: ayer y anteayer. Estas pastillas opiáceas que tomo antes de dormir deben contribuir a hacer voluptuoso el sueño.

Lunes, 14 de febrero.—Muy mal comienzo. Todavía no tengo fuerza suficiente para leer impunemente libros licenciosos. Ello perjudica mi vista, mi memoria, mi energía, al mismo tiempo que mi corazón. Ese polizón de La Fontaine acaba de jugarme una cuádruple mala partida. El librero me ha enviado esta tarde cinco o seis volúmenes en cuarto: las obras completas de Montesquieu, de La Fontaine, una parte de Aristóteles, los *Pequeños poetas franceses* y el *Teatro de la edad media.* He leído un poco de Parny, de elegancia insípida, y los Cuentos del fabulista libertino. Todas sus excusas del prefacio son mentiras; estos cuentos sólo pueden dejar indiferentes a los viejos. ¡Qué infamia, la de todas esas bellas señoras que se alimentan de cuentos parecidos, y piden insistentemente nuevas series! Cuando he leído a Montaigne, a Brantome, Rabelais, las Memorias de Richelieu, las mil y una Memorias *del siglo XVI, del XVII*, las *Cien novelas nuevas*, etc., me ha costado cierto trabajo no despreciar el sexo. ¡Innoble literatura, toda esta clase de literatura francesa en que los temas lúbricos ocupan cinco sextas partes de las obras, en todas sus formas! La cantidad de libros crapulosos que se publican en Francia e Italia es inconcebible. ¿Ya se ha halagado, excitado, congestionado bastante a la bestia humana? ¿Se ha especulado ya bastante sobre sus sucias inclinaciones, sobre sus impuros ardores? Algunos animales viven entre excrementos; falanges de escritores viven de la lujuria. Y cuando pienso en todo lo que sucede, aparte de lo que se lee y se escribe, imagino lo repugnante que debe resultar nuestra raza a los ángeles.

¡Repugnante raza humana! ¡Viles! Felizmente, la luz es inmaculada, y el fuego y la muerte purifican y destruyen todo, y la infancia reanima la lozanía humana, cual esas plantas jóvenes que germinan en el fango de las cloacas.

También hojeé Montesquieu. Me ha interesado su autorretrato. Es un egoísta del tipo Montaigne, clarividente y frío, curioso, inteligente y meditativo, fuerte, viril ante la investigación, un hombre de estado un poco gentilhombre, un hombre serio de un siglo poco serio, y que tenía algo de su siglo.

Miércoles, 16 de enero.—He encargado guantes pesados para hacer gimnasia en casa. También he comprado unas botellas de vino de España para tener algo que ofrecer. ¿No convendría reunir algunos amigos (Heim, Lecoultre, Lefort, Cougnard, etc.)? Intentemos desentumecernos este invierno.

Jueves, 17 de enero de 1660.—Escribí a Saint-Beuve enviándole dos separatas (Ronsard-Berlín), sin guardar copia, cosa que me aburre. Le hablaba de la decadencia francesa, del embrutecimiento por la política, del aburrimiento que Ginebra inspira a sus habitantes, de la crisis futura en París; le preguntaba acerca de la *Revue des Deux-Mondes.*

Viernes, 18 de enero. Medianoche.—Acabo de volver del teatro, al que llevé a F. B. y L. A. Cantaba Alboni en *La favorita.* En dos años que llevaba sin verla, ha ganado en redondez y en talento. Actualmente está casi deforme a la vista, ¡pero qué voz admirable! órgano incomparable, con una amplitud de tres octavos y más, de una suavidad de marfil, aterciopelada, asombrosa en su abundancia y plenitud. Ciencia y método perfectos, limpidez, medida, y sobre todo opulencia. Alboni canta como los demás hablan, sin esfuerzo y sin la menor coquetería. Se nota la seguridad

real del maestro. Pero: 1, es más lo que gusta que lo que conmueve; podría tener infinitamente más alma; no es muy dramática; 2, su físico es un terrible obstáculo en escena; 3, es una asombrosa y voluptuosa cantante de concierto. Allí, en el teatro, toda la ambientación, el estrépito de conjunto le perjudican en lugar de servirle.

Los dos arias de *¡Oh Femando mío!...* y *Vete a otra patria* han sido los únicos momentos luminosos en esta pobre representación. El primero ha sido el más perfecto, porque Alboni vale más para el sentimiento unitario que para el desgarramiento patético. Tiene demasiada salud, demasiada energía, contornos y alegría vital para ponerse a expresar a fondo un dolor. Su alma no arrebata su cuerpo, pues tiene ya, a pesar de no haber cumplido treinta años, la envergadura de una matrona. Y además, me extrañaría que no esté encinta: su traje lo hace sospechar, y la señora Cavagnary también lo ha notado.

Hemos estado en los primeros palcos. La sala estaba llena, y el público era escogido. De todas las coronas de ayer sólo queda una para hoy; Alboni salía para Lyon después del espectáculo. ¡Bonito régimen para la voz! Claro que la suya no inspira la más ligera inquietud: tiene energía tranquila y solidez de encina.

Lunes, 21 de enero de 1850.—La biografía de Galloix[51], por Gaullieur (*Revue suisse*, enero 1850) me ha sorprendido. Esa impaciencia, esa torpeza que han devorado al pobre genio febril sobre el peligro de otros muchos, e incluso el mío, en cierta medida.

Desafiar la seducción es tentar a Dios.

Solamente el joven inexperto dice y escribe todo lo que piensa. Sólo dice la verdad, pero de la verdad sólo menciona lo que es útil. No escribas todo lo que estarías dispuesto a

decir. Piensa que lo escrito queda. De modo que no escribas: lo que es dudoso; lo que puede resultar desagradable o perjudicial para otro; lo que puede, sin necesidad, perjudicarte a ti mismo.

La presunción perjudica la fuerza. Ceder a cada cual y a cada cosa su derecho, respetarlos, es la mejor manera de hacer aceptar nuestras reservas y nuestras críticas. Sé modesto, para ser en realidad más fuerte.

Esfuérzate por incorporar la fraseología a la lengua literaria, si quieres obtener en francés algún éxito y cierta influencia. Flotar entre la terminología vulgar y una terminología demasiado individual es una manera de encerrarse en la oscuridad y la extrañeza.

Miércoles, 23 de enero de 1850.—He leído varios capítulos del *Levana* de Jean Paul. Delicioso. ¡Qué riqueza y qué lozanía de imaginación! ¡Qué sensibilidad imaginativa! Y qué bien profundiza en la sensibilidad femenina. Y sin embargo yo tiendo hacia el misoginismo; el espíritu de contradicción me ha hecho llegar a esto.

¿Por qué las mujeres se detestan entre sí? Ah, porque se conocen demasiado bien. ¿Qué cosa desprecia a una mujer tanto como otra mujer? Y está, además, el sentimiento de la astucia, de la duplicidad, de la incapacidad de verse (que les atribuye Jean Paul), de todas las mezquindades, puerilidades, pobrezas del sexo; todo esto se me ha aparecido con más claridad que nunca. La naturaleza femenina, a la que tantas veces he adorado, sólo me ha inspirado hoy desdén. Hace algún tiempo que noto estas sensaciones; siento menos placer en compañía de mujeres que antes; ya no me excitan, sino que me aburren. Creo entrever tres causas de esto: desencanto producido por la edad; más clarividencia, pero también más egoísmo. Retrocediendo otra vez hacia mi

propio interior, sin apertura, porque no sé a quién abrirme, ni a quién amar con total abandono, me voy endureciendo y secando. Si hubiera amado y si amase, me transformaría. Creo sentir en mí un individuo completamente distinto del que represento, pero hace falta la varita mágica para sacarlo de su letargo.

Velada en casa de la prima Julie Brandt. Nos ha reunido a diez en su pequeño departamento y se ha esforzado en festejarnos. Salvo los dos Guillermet, todos éramos jóvenes, solteros, quiero decir célibes casaderos. Nuestra gente joven carece de sencillez, o de gusto: estas veladas se hacen eternas. Laura ha estado conveniente, pero incluso despótica en su misma conveniencia. No me asombraría que la señorita Guiret le hubiera dado algunos consejos respecto a mí, pues noto que lucha contra mi frialdad, pero sin hacer nada para aclarar o eliminar su causa. Las naturalezas de hierro me vuelven de acero; la tenacidad me vuelve intratable. Hace tiempo que le doy vueltas a una carta en mi cerebro, pero he retrocedido veinte veces ante su realización, porque resulta evidente que una aclaración haría irremediable la ruptura, y aunque por mi gusto soy partidario de la claridad a cualquier precio, sin embargo, para ella y para el exterior, y para mi conciencia religiosa, me pregunto si mi deber apunta semejante conclusión. No juzgues para no ser juzgado, dice Jesús. Me temo que con esa carta sólo busco mi satisfacción personal, y temo, no poder romper definitivamente, puesto que Dios tampoco lo hace con nosotros.

Viernes, 25 de enero de 1850.—Visita al profesor Scherer, perteneciente al oratorio. He cometido un solo error: no dar, siempre y más, todo mi yo. He hablado de las relaciones entre ciencia y fe, autoridad, situación actual del papado; de la raza eslava, de los destinos franceses, de nuestra juventud,

del materialismo inminente, de la aristocracia de la inteligencia, de la universidad de Estrasburgo, etc. Él continúa, aunque sin plaza.

Sábado, 26 de enero.—¿Por qué mides siempre mal el tiempo? La causa no estriba solamente en una debilidad de previsión, sino también en un capricho del orgullo. Al igual que la liebre, cierras los ojos para no ver lo que te limita y lo que te achica; dejando impreciso lo posible, te parece que puedes mucho más, y ni cien fracasos seguidos destruirán esta presunción.

Esto descontento de mi cabeza y de mi corazón, hoy. Detestable lección en la academia. No llevaba notas, y la presencia inesperada de un extraño, vestido con un horrible levitón castaño claro, me hizo repetir las cosas sin cesar y divagar; me sentía avergonzado, impotente, embarazado. Y estuve hecho un charlatán, aunque deteste a los charlatanes. Visitas a la señoras Long y Cherbuliez. He estado seco, sin simpatía, hasta resultarme insoportable a mí mismo. Cedo siempre a esta desastrosa inclinación a atacar a las personas por el lado que ofrecen más diferencias conmigo. Y luego, está sequedad parcial que invade toda mi vida interior… Me siento egoísta, duro, indiferente. Problema sin solución: no puedo cometer un error sin resentirme por entero de él; ahora bien, el error en cuestión me parece irremediable.

Martes. 29 *de enero de 1850.*—Hace unos tres meses, me impuse tres obligaciones relacionadas con mis lecciones: tenerlas preparadas con una semana de anticipación, escritas e improvisadas. Esto no es posible, pero deberías al menos exigirte a toda costa:

Tener tu lección preparada y anotada la víspera del día correspondiente.

Estudiarla el día mismo que debas improvisarla.

Recuerda el fracaso de tu lección del sábado. ¿Se repetirá hoy? Sería una vergüenza.

Miércoles, 30 de enero.—Lección en el gimnasio: panorama de todos los géneros poéticos, y cuadro sistemático de veintidós géneros líricos, antiguos y modernos, de nuestra literatura francesa. Lo principal de fácil aplicación para mi curso de verano.

Ejercicio de bolos en nuestra terraza, con el suelo reluciente de gotas de lluvia. Recorrí, uno a uno, todos los macizos de nuestro recinto, de arbusto en arbusto. Siento cómo la vista se aletarga. Noto cómo cada vez soy más ajeno a la naturaleza, ya no veo bien, y miro en conjunto. Me va absorbiendo la vida abstracta. Ya no puedo observar. Es indispensable volver a lo concreto, a lo individual, a lo determinado, aprender de nuevo a observar y experimentar. Además de lo que pueda hacer en ello la dirección de mis estudios, la debilidad de mi vista, ya sea por las vigilias, ya por el uso de las gafas, es una segunda causa de este alejamiento de la naturaleza; una tercera, muy eficaz, creo, es la timidez, pues la falta de costumbre de mirar de frente a los hombres y de curiosear me habitúa poco a poco a no mirar tampoco los objetos naturales.

Mi pariente Edouard Lyanna no fue a la cita que le di.

Esta tarde viví con Goethe, y un poco con Schiller. Leí las 65 primeras páginas del primer tomo de *Goethes's Philosofhie* (colección Schütz); releí en parte el estudio de Caras sobre Goethe. Aprendí de memoria la obra *órfica* de las 5 Urwortw: «Felicidad, fortuna, amor, necesidad y esperanza», que son las cinco palabras fatídicas de cualquier vida, más ricas que las estrofas que las desarrollan. Leí también algunos artículos del *Diario morfológico.* Después de todo, la vida de Goethe tiene algo frío y repugnante. No piensa más

que en sí mismo; carece de corazón, de generosidad, de religión. Su esfera es la naturaleza; apenas entra en la de la libertad. Permanece ajeno a los grandes dolores, a las ideas que hacen marchar el mundo, a la historia, a la filosofía. Nunca me ha atraído menos que al terminar los exaltados panegíricos de Caras y Schütz. Rica organización, pero muy incompleta.

Schiller tiene una vida más generosa, más moral. Pero este culto de Hoffmeister, que dedica cinco tomos a su biografía, resulta algo difícil de soportar. Hay que tener poca vida personal para arrastrarse de esta manera por todos los recovecos del ajeno desarrollo. ¡Qué lejos de nosotros ya estos tiempos, y cuánto tiempo libre hace falta ya para interesarse durante tantos años y volúmenes por el eterno paralelo entre Goethe y Schiller!

Se me ha ocurrido una idea: ¿Por qué no escribir un libro? Poner de relieve los distintos *Weltanschauungen*[52], hacer entrar en colisión todos los mundos. Título: *Caleidoscopio*.

He pasado la tarde solo. Mi hermana y su marido se fueron a casa de unos amigos. Cuidé una media hora del pequeño Julio: me dediqué a estudiar esta alma de diez meses que ya empieza a mostrar su corola.

Jueves, 31 de enero de 1850.—He soñado que Laurent Custot tenía en su mano y leía uno de mis antiguos exámenes de conciencia, que yo tenía ya olvidado pero que sin embargo reconocía palabra por palabra.

Nada, pues, se olvida, y el alma medita y rumia en sueños el pasado. ¿Por qué no puede hacer otro tanto después de la muerte? Conviene pues acumular un tesoro de buenos pensamientos y buenas obras. Y además un tesoro de impresiones, de formas, de imágenes, pues con la desaparición de los sentidos desaparece la posibilidad de

cualquier novedad, al menos respecto a este mundo y a esta vida. Observar, estudiar, sondear todo lo posible este mundo mientras permanecemos en él, pues es la materia de nuestro espíritu; purificar el corazón, elevarse en el bien, por amor al prójimo y caridad, entrar en Dios, pues él es el alma de nuestro espíritu.

De este modo sólo nos llevaremos nuestro yo, el alma. Y cuanto más rica, más desenvuelta, más abierta a cualquier evolución, más inclinada hacia el infinito sea, más bellos destinos ulteriores le esperan. Nuestra vida es una gestación. Al morir sembramos un grano: nuestra alma. Y por la flor que de él salga podrá juzgarse la vida anterior. De modo que nosotros labramos nuestro propio destino, en el sentido de que podemos desnaturalizar la obra divina de la educación de nuestra psique, de que Dios nos solicita perpetuamente, pero que nosotros podemos abrirnos o cerrarnos a su pretensión. Dios no puede dar el paraíso, de la misma manera que no puede dar la libertad. Porque el alma que no está dispuesta para una situación, no puede disfrutarla: un malo se moriría de hastío en el paraíso. El paraíso no es un lugar, sino un estado de alma: es la felicidad. La felicidad consiste en estar en armonía con la misión propia, querer con Dios, estar en Dios.

Pregunta: ¿Quién está en mejores condiciones al morir, el ignorante lleno de supersticiones estrechas, que nada comprende en el mundo, pero honesto, piadoso, sumiso, resignado, deseoso del bien y humilde, o el hombre inteligente, el pensador que comprende mejor los designios de Dios, el poeta que posee el mundo en su imaginación, egoístas y orgullosos? En una palabra, si existe un divorcio entre la inteligencia y la voluntad, ¿cuál de los divorciados es menos desgraciado?

Respuesta: el primero de estos hombres representa una bella especie; el segundo es un ejemplar mucho más bello de una especie inferior. El Dios de la santidad es mucho más profundo todavía que el Dios de la verdad.

¿No habrá acaso entre los hombres una jerarquía análoga a la serie animal? Los hombres-sensación, hombres-imaginación, hombres-observación, hombres-razonamiento, hombres-pasión, hombres-acción, hombres-inteligencia, hombres-moralidad, hombres-religión, etc. Y cada uno de ellos obtendrá lo que busca; forma como Dios castiga e ilumina. Si lo que busca es falso y relativo, tendrá un infierno relativo.

Todos los hombres buscan a Dios, incluso el avaro, el degenerado, el criminal; pero Dios consiste para uno en oro, para otro en voluptuosidad, para el tercero sangre, para todos su ideal, su secreta pasión, su amor fundamental.

Revisión del mes de enero.

1. El hombre. Salud buena: cabeza y estómago funcionan perfectamente. Sólo hay que apuntar un aumento de moscas volantes, como consecuencia de las largas vigilias; y la voz ha sufrido, la primera semana, con una tos violenta, y la segunda, a continuación de una lectura en voz alta (de Buffon), durante un cuarto de hora, y también a consecuencia de la vuelta del tiempo benigno y de las lluvias. Por tanto, no leer en voz alta; luchar por medio de tonificantes contra la ronquera que me produce el calor húmedo. En quince días me bebí una botella de jerez: el día que bebo me siento bien; después, no sé. No he hecho bastantes ejercicios físicos: uno o dos paseos, a lo sumo. Solamente los ejercicios gimnásticos preliminares de la mañana...

Nada escrito, salvo mis cursos y mi correspondencia: ¡ah!, sí, un articulito: «Las dos Inocencias», para el *Diario de los cursos.*

De forma que quien ha funcionado y aprovechado es el profesor. Ya entiendo mejor mi papel en el gimnasio, y me voy desenvolviendo. En la academia he perdido un poco el hilo, llevo retraso sobre mi plan, no he ganado nada en el aspecto improvisación, porque no tengo un momento de descanso, y estoy continuamente apurado. Tampoco tengo tiempo para ser original: floto entre el individualismo y el plagio, al no poder asimilar a placer.

Una velada en casa de los Roux. Y está casi todo. Ni bailes, ni conciertos; ninguna cara nueva. No conozco y no me hago conocer. La juventud se esfuma, sin que me dé cuenta. Es cierto que la sociedad es aburrida, vacía, y que una vez que la abandonamos nos volvemos hacia el estudio; pero es igualmente molesto no tener eco, ni éxito, ni consideración, ni distracción, ni conversación. Entonces nos oxidamos, nos volvemos perezosos.

III. Conservar más los amigos: encontrar tiempo para dedicar a la familia. Ampliar más las relaciones. Conversación.

El medio para lograr todo esto consiste en la distribución del tiempo.

1. Pierdes demasiado tiempo después de las comidas.

2. Haces durar demasiado tus visitas.

3. No tienes bastante orden en tu trabajo, y pierdes muchas fuerzas y tiempo, entre otras cosas, buscando tal libro o tal papel.

Vigilancia y orden. E irás lejos.

Vigilancia: hacer todo a tiempo; no dejar escapar la ocasión; presencia de ánimo; repetirse que cada momento tiene su valor, que cada acto tiene mil consecuencias, saber arriesgar en todo momento el porvenir y la vida. Vigilancia en la soledad, en la sociedad, en las palabras y los escritos, en los actos.

Orden, no exagerado e inflexible, sino más bien nada concreto, y crearse unos hábitos. Utilizar todos los minutos. Compensación: aflojar el arco, saber perder el tiempo, recogerse, ceder la voluntad.

Receptividad: relajar el pensamiento. Descanso.

Nota importante. Lo esencial y asombroso de Goethe (según el estudio de Carus) es el lugar accesorio asignado a los productos, en comparación con la importancia de la personalidad. El negocio importante es el hombre, y sus obras son guijarros que va dejando en el camino, como el pequeño Pulgarcito, flores o follaje de las que se despoja y se separa; la concha que el molusco abandona; la piel de la que se escapa la serpiente; la crisálida que hace la mariposa; las obras son jalones hacia atrás, marcas fijas para saber encontrar el camino recorrido. La cosa necesaria y capital es la vida: vivir, es decir, renovarse sin cesar, despojarse, mudar continuamente, mantenerse en progresión, educable, perfeccionable, extendible, metamorfoseable; esto es lo importante. Y esto es lo que yo he soñado siempre.

Pero metamorfosearse por la producción; convertir la producción en la fuente de Juvencio, o más bien en la crisis de renovación y progresión, escala de Jacob, medio de poseerse cada vez mejor y de espiritualizarse cada vez más. Esto es lo que debo aprender, y sobre todo practicar. En lugar de la reacción puramente exterior, obrar hasta conseguir la producción objetiva.

Empresa para desembarazarte; produce para liberarte; la fecundidad conserva la juventud.

Viernes, 1 de febrero.—Jornada penosa: al sonar la hora, mis dos lecciones apenas estaban preparadas. Suplicio de Damocles. En el gimnasio, era la última lección del semestre. En la academia se me ocurrió un feliz pensamiento sobre la analogía del desarrollo espiritual y planetario.

Tengo sobre la mesa mis gomas para la gimnasia de brazos. No estoy muy seguro de que sean convenientes para el pecho. La vista, torpe y turbia. Posiblemente, mi sifón para lanzar agua no sea un hallazgo feliz. Ello se deberla a dos errores, ocasionados por otros tantos perfeccionamientos.

Esta tarde he leído dos folletos de Pelletan (*La borrachera, El sabbat*), y dos números, los últimos, del *Consejero del pueblo.* No sé por qué mis malditas conversaciones con Lavey me habrán llevado a esta desconsideración hacia Lamartine. Me resultaría muy agradable admirarlo y simpatizar con él. Es cruel aprender a desestimar, ver hundirse así un renombre heroico. Ver envilecerse al hombre, es una humillación personal. ¿Y si fuese un error?

Tengo sueño, por cansancio de la vista. ¡A descansar! Y sin embargo, son sólo las once menos cuarto. Mañana, bañe.

Sábado, 2 de febrero.—Pereza. Me quedé en cama hasta las nueve. Mi naturaleza va cambiando. Antaño no podía velar y trabajaba mejor por la mañana. Este invierno me ocurre lo contrario. Velo hasta muy tarde y me paso la mañana en la cama. El otro día me levanté muy temprano, y la lámpara me hizo tanto daño a la vista que tuve dolor de cabeza todo el día.

Anteayer volví a ver, en casa de los Roux-Vacheron, un libro oblongo de fábulas en prosa, con grabados toscos, el

mismo (no el mismo ejemplar, claro) con el que me divertía a los cinco años. Este recuerdo de la infancia me produjo una fuerte impresión: uno se queda asombrado al volver a encontrarse y medir el tiempo. También he notado que todos los grabados que recordaba eran los que representaban hombres. Las formas animales dejan mucha menos huella. También noto (salvo que se trate de una ilusión frenológica) que a medida que vivo más inmerso en lo general, el lugar asignado en lo alto de la frente a la penetración se hincha, mientras que la correspondiente a la observación individual, entre las cejas, se abate. En todo caso, mi espíritu sufre esta compensación, sobre todo desde que mi vista se debilitando y acortando.

André me decía (¿o lo he soñado?) que con su calvicie le había aumentado la timidez. Como me pasa a mí con la miopía. El fracaso corporal repercute con fuerza en el alma. Tocado en cualquier punto, todo el individuo se debilita. Este deterioro es de un efecto completamente opuesto a la herida heroica. La primera acusa nuestra debilidad, y la segunda nos recuerda nuestra fuerza. Por eso una desanima y la otra vigoriza.

Por rehacer. Todo mi curso de estética no pasa de ser un ensayo; no es aún de mi propiedad; sobre todo desde *Lo bello en la naturaleza*, no he tenido tiempo para adquirir ideas y perspectivas originales, y apenas hago otra cosa que reproducir. Este sentimiento de opresión, de obsesión, de plagio, me pesa y me agobia. Constantemente aplazo el momento de ser original, autónomo, personal. Para esto hace falta: 1, tiempo; 2, la captación inmediata de las cosas; 3, la comprobación y acuerdo con todo un sistema genético. En cambio, mi actual precipitación me obliga a la yuxtaposición y al plagio de conjunto, si no de detalle. Como he pretendido hacer una estética completa, esto mismo va a

mermarle originalidad. Se trata de un estudio preparatorio, un viaje rápido a través de las fuentes. Un primer curso es, en realidad, el programa del segundo, sobre el mismo tema.

Es sobre todo el índice de lo que hay que evitar, y un poco también de lo que hay que hacer.

Sábado, Dos de la madrugada.—Acabo de regresar del baile dado por la señora Cavagnary, en la Servette (casa Brunet).

Amenaïde ha estado encantadora, y su madre también. Volví en su coche. La linda Pons, niña mimada, pero dulce y atractiva, ha intentado en cierto grado acapararme. Laura era la mejor hecha y de belleza más personal. He bailado como si no tuviera veintiocho años y la toga profesoril. Me ha entretenido, e incluso hecho bien. El profesor Cherbuliez, padre excelente, se ha aburrido toda la noche para que su hija pudiese divertirse.

He propuesto a Amenaïde intercambiar lecciones de alemán por otras de inglés. Ha aceptado. Sólo falta combinar los horarios; pero ahora casi siento haberle hecho la proposición. ¿Y por qué? Es que temo ligarme a ella con estas relaciones más frecuentes. Hay vida, savia, actividad, solidez, capacidad, hay corazón; ¿por qué ese temor? Quizá porque hay también demasiada independencia. Y no quiero dualismos; una vida demasiado independiente en una unión seria. ¿Y el orgullo, además?

Después de todo, soy frío, desinteresado, distraído; y no busco complementos fuera de mí.

Domingo, 3 de febrero de 1850.—El baile me viene bien en todos los sentidos, salvo en lo que concierne a la vista. Tengo el aire más reposado, me siento dispuesto y fresco, pero mis manchas voladoras me persiguen y guiño continuamente los ojos. Esta mañana no he podido ir a la iglesia, a causa de una revisión del trabajo de Franki. Me

eché a las tres y no me despertaron hasta las ocho. Largo paseo por el puente de los Bergues, único lugar practicable, debido a la invasión de lodo, a pesar del sol. He visto desfilar a gran cantidad de amigos, conocidos, familiares; cada rostro fatigado iba a buscar el calor y la luz, reflejados por el espejo azul del lago. He leído unos cuantos *Pensamientos de agosto*, de Saint-Beuve, que me han impresionado; hay uno que parece escrito por Heim. Desgracia y deber son los dos polos del alma hacia el bien, hacia la verdadera vida. Los poetas serios son los mejores amigos del corazón, consuelo y guías de los espíritus jóvenes y ávidos de felicidad. ¡Dulce y santa poesía, cuántas lágrimas no has enjugado y hecho verter!

La señorita R. es una muchacha amable, culta y cariñosa, con mucho gusto y una buena dosis de mundo. Me ha gustado bastante. He estado desagradable y severo, porque no puedo ser simpático con nadie, y un sentimiento penoso vela mi frente y mi corazón. Y además me he mostrado poco natural, algo rebuscado y pretencioso: cosa inevitable, por otra parte, cuando se vive alejado de la bondad, en contacto con la vanidad. Acompañé a estas señoras. Creo que se sorprendieron al verme dejar a mi hermana a la puerta de casa, sin subir. Nuestras relaciones deben llamar la atención y causarme perjuicio; lo siento. Pero ¿qué hacer? Pasé una hora en la Monnaie. Supe que la señorita de Stroehl no ha salido de Ginebra y se ha disgustado con los Cavagnary. ¿Estaré de alguna manera relacionado con este asunto? Hay que procurar enterarse. No me asombraría. ¡Qué estúpidas se vuelven mis novelas en mis manos!

He notado que Amenaïde creía al pie de la letra mi proyecto de residir en Alemania, y que Ginebra no era más que un apeadero. ¿Dónde ha sabido o adivinado esto, que sólo tiene de cierto la segunda mitad, y esto incluso en mis quimeras vacilantes?

Lunes, 4 de febrero.—Me han dado la lata a la hora de la comida, preguntándome por qué no seguía el ejemplo de todos mis amigos, incluso los más jóvenes. Cuanto más se espera, decían, más difícil resulta casarse; porque, añadía F., el velo de la ilusión se retira cada vez más de nuestros ojos. Es cierto, pero cada cual busca su felicidad donde cree encontrarla; yo tengo diecinueve probabilidades contra una de ser infeliz en mi matrimonio; y no he encontrado nada que me convenga definitivamente: y por consiguiente prefiero una calma fría a una lotería dudosa. Abstenerse es más fácil que soportar, y yo practico el primer consejo de los estoicos antes de meterme con el segundo. Creo que un matrimonio que paralizase o desviase mi vocación sería una falta o un error. Ahora bien, la desviación se produciría lo mismo como consecuencia de la pobreza o de la melancolía doméstica, que son los dos riesgos del matrimonio; la educación por el dolor o la miseria es buena, pero anularía todo mi pasado y cambiaría el curso de mi vida. Si la providencia me lo impone, no tendré otro remedio que aceptarlo, pero sería una temeridad atraerlo voluntariamente sobre mi cabeza. Sigue pareciéndome que lo que debo desear es una extranjera que me convenga como persona y que aporte cierta dosis de holgura.

Visita a la señora Long. Felizmente, estaba sola. Dulce e íntima conversación; me encontraba mucho mejor dispuesto, más simpático, menos reservado que de ordinario. La epidermis moral; la poesía que brota de la desgracia; la poesía serena y la del desgarramiento, Grecia en oposición al mundo moderno, la armonía interior, la ligereza de la imaginación, Saint-Beuve y la naturaleza femenina, la impotencia del análisis objetivo en las mujeres; el misterio de cada destino de mujer; por qué cada mujer entierra con ella el resultado de su vida, de sus experiencias, de sus

dolores; en qué grado de barbarie seguiríamos si el hombre hubiera sido tan egoísta; horror de la señora Long por las biografías, imposibilidad de penetrar en los demás —silencio lleno y silencio vacío—, del trato de usted con los hijos o con Dios; esperemos y esperando —oscilación entre el respeto y la confianza, entre el temor y la familiaridad—. En el cristianismo quedan vestigios del Dios celoso del judaismo; esta noción de Dios es una ofensa, y el Dios del amor se revela en todas las cosas, en lugar de ocultarse; he hecho callar la batería del pasaje del *Viejo testamento*, con una contrabatería del *Nuevo*. Que la ignorancia voluntaria no es un mérito; que hay que mostrarse humilde, pero orgulloso dé la propia especie, y que los limites individuales no existen para el hombre y la humanidad en conjunto. Sobre el escaso número de hombres de éxito.

Visita a los Bremond. Las señoritas quebradizas: osteología del baile. F. B. va a pasar una temporada en Clarens.

Martes, 5 de febrero de 1850.—Comencé dos lecturas importantes; el discurso de Guizot (¿Por *qué ha tenido éxito la revolución inglesa*?), y *Hombres y costumbres del siglo* XIX, por Phil. Chasles. Muchas ideas, las más atrevidas, de este último, lo son asimismo mías. Experimentaba al leerlo la viva contrariedad de sentirme despojado, robado antes de tiempo. Ya está dicho lo que yo esperaba decir.

Jueves, 7 de febrero.—1, lecturas. He pasado todo el día en China. Dos dramas, el *Pi-pa-ki o Historia del laúd* y *El círculo de tiza*; dos cuentos (*El rey de los dragones, El león de piedra*), y la mayor parte de las *Misceláneas póstumas*, de Abel Remusat; todo ello me llevó nueve horas, aproximadamente. Las necesidades de la enseñanza me han hecho olvidar mi desdén por las generalidades vacías, y la ignorancia

dogmática, de algunos profesores alemanes. Para pronunciarse sobre el conjunto hay que conocer los detalles; la filosofía de un tema debe ser la quintaesencia de la realidad, y no su presuntuosa suposición. Renusat es un tipo muy curioso: burlón, elegante, espiritual, a pesar de combatir a Voltaire, tiene su mismo tono. Su guerra encarnizada contra el neologismo y el romanticismo es mordaz, sobre todo cuando pide una renovación de la literatura vieja y caduca por influencias orientales. Da la impresión de ser más vivo y más abogado que consecuente.

Lunes, 11 de febrero.—Lírica. He experimentado esta mañana una sensación de alba, de lozanía, de blanca helada y de cielo puro de invierno, es decir, de elasticidad y de esperanza que no había sentido desde hacía tiempo. Esta tarde encontré a F. B. y le acompañé, a la calda de la tarde; experimenté una ternura deliciosa, y sin embargo dolorosa, al volver a los recuerdos infantiles; sentí el susurro de compasivas melodías y de gusanos en germen. ¡Cuántos pensamientos, experiencias y placeres concentrados en una sola cabeza, que ha crecido con nosotros! Es esto lo que falta en mis relaciones con mis hermanas: tenemos pocos recuerdos comunes. ¿Lágrimas del corazón, sois más dulces que amargas? ¡Oh tristeza soñadora, melancolía que penas sin desesperar, que ves cómo la juventud se esfuma y la irresistible huida del tiempo te arranca a ti mismo, tú eres de verdad penetrante; y no querría ignorarte! He tenido las lágrimas en los ojos, me he encontrado con mi yo más poco frecuente, tierno y sensible, gracias a las circunstancias; mientras que de ordinario soy duro, indiferente, y me encuentro ocupado y no tengo tiempo para descansar.

Martes, 12 de febrero.—Aunque tengo valor, me falta audacia y seguridad. Sería capaz de escribir una carta peligrosa, y no me atrevo en cambio a despreciar con la

mirada. Y soy tímido, teniendo energía. Ten cuidado, la falsedad es debilidad, y tú eres débil.

Visita a la señora Long; estaba con su hija y la pensionista. Hablamos de exámenes, de Saint-Beuve, de la felicidad que deben sentir las plantas, las piedras, etc. Esta pobre mujer, cansada siempre de la vida, del pecado, etc., sueña con el anonadamiento, y mientras aguarda la otra vida desea ser roca, cualquier cosa menos vivir. Hemos hablado de animales, de algunos rasgos de ternura conyugal (el canario hembra, los conejos), de costumbres fúnebres (la hormiga muerta en hormiguero extraño).

Miércoles, 13 de febrero de 1850.—Carta al señor Betant. He empezado con cierta ironía, para acabar con una especie de emoción. El recuerdo de haber sido su discípulo, de haber faltado a las atenciones que esta posición exigía me ha perseguido. Me sentí lleno de lástima y también de perdón. He reconocido que la irritabilidad del amor propio me había cegado e impedido ver claramente mi deber de deferencia y reconocimiento. Y sin embargo es bien sencillo, mucho más dulce e incluso más hábil, el ser modesto, recordar las obligaciones propias, y cumplir primero con la gratitud hacia los demás que con la propia dignidad. El otro día he debido parecer duro al señor Ch., y poniéndome en la perspectiva del propio señor Betant, comprendo que esté doblemente ofendido, por llevarle la contraria y por mi excesivo orgullo. Lo que la lucha me había impedido ver, se me aparece ahora con toda claridad. O sea, que soy apasionado: nueva prueba, nueva razón para desconfiar de mí mismo, y para no obrar más que con la aprobación de mi conciencia.

Sábado, 16 de febrero.—El señor Petit-Senn me devuelve, falta de franqueo y sin una sola línea de su mano, la epístola

de Monnier que yo le había hecho llegar con franqueo. Es la tercera incorrección significativa que cometen conmigo. Parece como si no les agradara verme. No he tenido respuesta a mis dos últimas cartas, y he sido recibido con cara indiferente en mi última visita. El patriarca me trata sin cortesía ninguna. No soy lo bastante cortesano para él. Claro que es por deferencia, y no por placer, por lo que cumplo mis deberes hacia él. De naturaleza frívola, espiritual, traviesa, tiene un talento agradable, pero un poco loco; no tiene suficiente pensamiento o fuerza para atraerme seriamente. Como sé disimular muy mal mi sentimiento, el irritable poeta lo habrá adivinado y me habrá clasificado definitivamente. Lo siento, pero picado ya desde el principio, no le reprocho esto otro. Después de todo, está en su derecho, y su edad desarma cualquier rencor. Ir a verle dentro de tres o cuatro meses, en junio, por ejemplo. Por sus amigos Gide y Chenevière podría saber si he comprendido correctamente sus intenciones.

Lunes, 18 de febrero de 1850.—Largo paseo solitario, alrededor de la ciudad, puerto, Tranchées, etc. He vuelto melancólico y afectado; sólo he visto preocupación y pesares en todas las caras, salvo las de los obreros vestidos con monos. Nunca el lado fugitivo, fastidioso de la vida se me aparece mejor que en estos paseos al sol y entre la muchedumbre. El monótono círculo del nacimiento, el sufrimiento y la muerte pasaba, monótono, por delante de los ojos. Disgusto, abatimiento, quimeras. No somos efemérides de otro rio Hypanis. Pero por lo menos los que han transmitido la vida, los que han prestado su brazo a un ser a través de esta insípida jornada han aceptado su tarea. Pero yo, paseante solitario, espectador, ¿la he cumplido? ¿No es más humano haber sido esposo y padre que seguir siendo hijo y estar solo envuelto en el manto de la

contemplación? Este escrúpulo me perseguía, incluso a través del bienestar de mi independencia, y el matrimonio se me aparecía no como una necesidad, sino como un deber; no como una felicidad, sino como una disposición. Veo muy dudoso que llegue alguna vez a arriesgarme en él; no tengo confianza en mí; los riesgos prevalecen sobre las posibilidades; lo desconocido me produce siempre más espanto que esperanza; lo irreparable me angustia. No veo ningún matrimonio en el cual me gustase ser el jefe. ¡Oh, sí! Naville y Scherer. Mi naturaleza inquieta no quiere fijarse definitivamente. No me hago a la idea de tener que quedar en Ginebra, y no sé dónde me gustaría estar. Estoy desenraizado, y sólo pido una cosa, mirar, pensar y sentir, pero sin obrar; y no es que la acción me repugne, sino por escepticismo, despreocupación e independencia. Quiero ofrecer a la vida las menos agarraderas posibles sobre mí. El destino me parece malo, y yo recojo las alas, las patas, etc. Prefiero abstenerme que correr el riesgo, y padecer por ausencia que por desgarramiento. ¿Por qué? Pues porque todo muerde mi carne, y nada se desliza. No tengo fácil la mueca, ni dichoso el carácter.

Hoy, lunes 18, no he tenido lección. Leí toda la parte del arte de la *Estética* de Krause. Mañana entro en el estudio de las artes particulares. Sigue siendo él quien me causa mayor sensación de totalidad, y su clasificación de las artes me resulta la más satisfactoria. Al entrar en mi ventana abierta, el sol me ha traído una melancolía primaveral, un sentimiento de vacío, de *sehnsucht* sin objeto, de aspiración indecisa, que no es otra cosa que el sueño del infinito, la sed de lágrimas, y la gota de miel amarga en el fondo de la flor de la vida.

Martes, 19 de febrero de 1850.—He leído la última obra de Guizot (*¿Por qué ha tenido éxito la revolución de Inglaterra?*):

gravedad, vigor, bello estilo con dos características: la abstracción siempre en lugar de lo concreto, y por otro lado la eterna ponderación de cada frase en dos miembros, y de cada idea en dos mitades; y por lo tanto estilo abstracto, dual, en fin, sin inversión y lacónico, estilo jurídico, más que oratorio o histórico. Pero perfecto de sabiduría, de precisión, de sobriedad y autoridad; con la matemática exactitud de los sinónimos. (Algunas faltas, no obstante; enemigos de él; fundar una revolución, por dos veces). Está bien, pero impacienta. El doctrinario se deja siempre ver, y también el pedagogo.

Miércoles, 20 de febrero del 50.—De noche, de once a una, devoré el último tomo de *Poesías* de Musset (1840-49); ¡cuánto bien me han hecho! Sí, el centro del poeta lo componen el corazón y la sensibilidad. Todo lo demás es auxiliar. Sí, la creación es todo, y la teoría apenas una pequeñez. La estética no es el arte, de igual manera que la inteligencia no es la vida. Varias de esas poesías me han impresionado, y volveré sobre ellas para meditarlas. Quizá pruebe a hacer un artículo sobre este tomo; medio, también, de ver si estoy en malas relaciones con la *Biblioteca Universal*; tercera consideración, enviarlo al autor.

Jueves, 21 de febrero.—He leído la recopilación de los *Pensamientos de Lutero sobre la música*, por Beck, 1825. Lutero coloca la música inmediatamente después de la teología. La religión de Cristo es religión de alegría. No quiere un solo maestro de escuela que no sepa cantar. Con muy mala opinión sobre todos aquellos que no aman la música. Por el contrario, los que gustan de ella, son buenas naturalezas, buenas para cualquier cosa. Quiere establecer como base de la educación la música, toda la matemática, con las lenguas y la historia. La música es el enemigo de Satán, pues espanta los malos pensamientos, emociona,

afecta, alegra, facilita la intervención del espíritu santo (Elíseo, David, Saúl).

Estoy asustado de la manera como te aíslas. No ves a los conservadores y no frecuentas a tus colegas. Amas la sociedad, pero detestas las molestias y apenas deseas recibir visitas, que podrían interrumpir tus ocupaciones. Decididamente, no sabes vivir.

El hombre aislado es débil. Con tu conducta, cometes pues una imprudencia social.

El aislamiento adormece el espíritu; imprudencia, pues, también intelectual.

El aislamiento aburre e irrita, y por consiguiente, es una torpeza.

Tienes un grave defecto, eres un exclusivista; agradar te parece un halago, rebajarse. Incluso si se tratara de hacer un servicio, no sabrías agradar; y mucho menos hacer perdonar una negativa. Te gustaría ser amado, pero no quieres tener que agradar; y en cuanto alguien no es para ti todo, no es nada. Rompes, pero no te amoldas. Eres demasiado franco, y demasiado orgulloso. De esa manera debes resultar desagradable a casi todo el mundo, salvo a unos cuantos íntimos. En lugar de mostrarte mejor de lo que eres, te rodeas de espinas, como la castaña, y repeles y picas en vez de atraer.

¿Qué es agradar? Es ocuparse de los otros, hacerles ver nuestras atenciones, nuestras deferencias; ponerlos de relieve, hacerles sentir su valía, ponerlos contentos, situarlos en su terreno, en su idea favorita. Para agradar hay que olvidarse de uno mismo; agradar es ocuparse del prójimo anulándose uno mismo. Sus condiciones y sus medios, han de ser pues la modestia, la previsión, el respeto, la prisa, la presencia de ánimo. Esto me aclara mis errores y me

reconcilia con esta atención, que es al mismo tiempo que una gracia, una prudencia. Las causas de mi rigidez han sido y son, en parte, el orgullo, la preocupación por mí mismo y la exigencia personal. La otra causa, espiritual, consiste en la tendencia a criticar, a ver lo que falta, en lugar de lo que existe, a aplastar el hombre con el ideal, en lugar de compararlo con el grado inferior.

Debes pues dedicarte a agradar, porque por un lado tienes que combatir tu egoísmo y tu orgullo, y por el otro, facilitar la felicidad del prójimo, y forjarte también una posibilidad de ser útil. Disgustar es la garantía de la falta de éxito; no hay que contrariar a las gentes a quienes se quiere servir. Y volvemos a la necesidad de frecuentar más gente, y de aprender a ganar y a persuadir el corazón de los hombres, mientras que tú sólo sabes forjar y destruir.

El respeto a los demás es el lado pasivo, y el amor al prójimo, el lado activo de la verdadera cortesía, considerada como acción moral. De modo que, si persistes en no enmendarte, serás más que imprudente, torpe y tonto; cometerás una falta.

Recuerda, para ayudarte en esta dirección de la voluntad, lo siguiente:

1. Que todo hombre es superior a ti en uno o varios aspectos; que el más ignorante puede enseñarte muchas cosas; que el más malo posee quizás cualidades que tú no tienes.

2. Que todo lo que tienes, lo has recibido; y recibido en préstamo, para, a tu vez, darlo.

3. Que cualquier vida es interesante, todo hombre, un tesoro de observaciones; de manera que sal de ti mismo, mira, escucha, consulta, pregunta. Triunfa sobre tu timidez,

que se cubre con la máscara desagradable y mentirosa de la indiferencia.

De noche, 11 horas. Vengo de una velada en casa de la señora Long. He aplicado mal mis resoluciones; me he aburrido, cierto, pero por mi culpa, por indolencia; pero he dejado caer la conversación con mi vecino Paul. La mayoría de las caras me aburren, y además no veo bien. La señora Lombard (banquera) ha sido la única que me interesó. Hubiera preferido estar con los jóvenes, que es hacia quienes me inclino más, pero había entre ellos dos de mis alumnos, *dunque*… Por tedio, he estado frío y presuntuoso. Ese gran bobo de Rieu el mayor me agotó la paciencia. En una palabra, no he estado amable.

He sido malicioso durante todo el día. Tengo que vigilar este defecto, pues no tomar a la gente en serio es herirlos en la parte más dolorosa. Esta tarde he estudiado el vocabulario inglés. ¿Estaré mañana en vena para mi lección? Magnifico claro de luna.

Viernes, 22 de febrero. Medianoche.—He oído esta tarde a la señorita Lavoye en *No toquéis a la reina* (música de Boisselot). Es encantadora, acariciante, graciosa, con un timbre de voz fresco y tierno, pelo ceniza, dientes de perla, sonrisa maravillosa. Su interpretación estuvo perfecta de nobleza, de expresión y de elasticidad, y su gusto para los adornos, exquisito. Sigue siendo el tocado de actriz (en *La embajadora*) y el gran vestido de reina (satín blanco y oro) de esta noche, lo que le sienta mejor, de los seis trajes que le he visto. Esta música tiene buenas partes, pero es en general ligera, superficial, arbitraria; su ritmo es vivo, claro, pimpante. Vaulair ha estado mejor que en *La favorita*, Bousquet estuvo muy bien; Adrienne tiene la voz mordiente, y Moreua es flexible, tiene aplomo. A Vaulair le falta la *vis*

cómica, tiene aspecto virgen e impotente, cosa que lo hace parecer ridículo en los papeles de galán que tiene siempre que representar. Es un capón haciendo de gallo; no puedo expresar de otra manera el malestar grotesco que sus arqueos de cajas y sus manifestaciones de fuerza producen en mí.

Esta noche, al volver, disfruté un claro de luna espléndido. Por mi ventana entraba un rayo, a través de las cortinas; esta poesía nocturna me ha hecho soñar tres cuartos de hora. Para mañana, mi lección sobre la música.

Sábado, 23 de febrero.—He estado preocupado, distraído, torpe en mi lección de inglés, porque el asunto L. me andaba por la cabeza, pues ha pasado la semana y nada se ha arreglado; también pudo haber contribuido a ello la ausencia de una de las monitoras. Se acostumbra uno con facilidad a las caras agradables. En mi visita a la señora Long he estado oscuro. El tiempo, incomparable, dulce y puro; la puesta del sol, deliciosa; un claro de luna italiano. He acertado en las descripciones de las características de las dos escrituras de muchachas. Me han enviado otras (la una de la noche).

Domingo, 24 de febrero de 1850.—Persiste un tiempo argelino; ni una nube en el azul inalterable del cielo, y las noches son claras como los días. Ligera brisa del norte y puesta del sol anaranjada, sobre un lago azul claro, en una palabra, magnifico. He pasado casi todo el día al aire libre. Mis ojos lo necesitaban.

Lunes, 25 de febrero.—Pocas horas de trabajo. Mi lección de mañana está muy atrasada; tengo demasiadas cosas y muy poco sitio. He oído a Ch. Chenevière; siempre idéntica afluencia. Ha hablado con mucho sentido de la tolerancia absoluta, de la abolición de las confesiones de fe, porque de las tres relaciones que pueden mantenerse con Jesús, de

inteligencia, de sentimiento y de voluntad, la primera, fuente del dogma, era la menos esencial. El único dogma es la fe en Jesucristo salvador, o en el evangelio aceptado como palabra divina. Quiere una iglesia individualista de libre adhesión, y no proselitista. El estado sólo debe intervenir en nombre de la moral. He estado muy contento, salvo algunos ejemplos, pruebas por el contrario, y también a excepción de la refutación de la utilidad de las confesiones, que no me ha parecido concluyente.

Estupenda lección de Ad. Pictet sobre Aquiles y Ulises, los dos focos de la elipse poética griega; conclusiones sobre Homero, etc. Tenía delante de mí, en el vestíbulo, dos caras preciosas, una mujer joven y una muchacha, que me han distraído mucho. No podía apartar mi vista de la última, delicada, soñadora, dulce y simpática. Cabello negro partido en dos, expresión alegré, cerco nacarado en torno a sus grandes ojos vivos y tímidos; la belleza me será siempre prohibitiva. Pero tenía aspecto delicado, y algunos temblores nerviosos, gentiles pero inquietantes. ¿La volveré a ver? Soy demasiado desinteresado, y desconozco la medida de lo posible.

Larga conversación con Laura sobre su desplazamiento. Está abatida, fatalista, desanimada, fanática de independencia, apasionada de contradicción, siempre dividida entre dos deseos igualmente opuestos. Pero se ha mostrado dé una franqueza inhabitual en varios puntos: amor propio, matrimonio, su carácter difícil, semejanza con papá, amor de libertad absoluta, etc. Le he hablado de los inconvenientes de todos los tipos de su actual posición; se resiste a todo cambio, deseosa de unir las palmas del heroísmo a las voluptuosidades de la resistencia, y a las dulzuras de la costumbre. He estado triste toda la tarde. Si

no la detenemos en esta pendiente, será un destino perdido; una salud en quebranto y un porvenir arruinado.

Martes, 26 de febrero de 1850.—Decididamente, debo cuidar mis ojos. Hace dos días que la sangre se me agolpa en las sienes. No tengo presencia de ánimo. Me aburro mucho; mi aislamiento me ha pesado mucho hoy. ¿Por qué no voy a ver a mis colegas, a nuestros artistas, o invito a mis antiguos camaradas? Me encierro, y luego me quejo de mi soledad. ¿No es esto un contrasentido?

Viernes, 1 de marzo.—Noticia terrible. Emmanuel Frey, alma grandiosa, pensador profundo y religioso, mi amigo, se ha ahogado voluntariamente en el Rhin, en el puente de Seckingen. Estoy trastornado, consternado, desolado. Torbellinos de remordimientos y de pesares han asaltado mi mente. Todo cuanto amo se destruye y se marchita; mi mirada está maldita. Durante toda la tarde he estado ahondando este abismo, y he recordado la aspiración ardiente de Frey hacia la muerte, sus audaces creencias en el derecho al suicidio, asociadas a sus profundas contemplaciones, a sus penosas alucinaciones, que me habían contado confidencialmente los Schinkel. ¡Es horrible! La más fuerte naturaleza que me había sido dado conocer, en la que se daba la increíble alianza de una necesidad contemplativa, moral, mística, poderosamente intensa, con un vigor especulativo y una exigencia de pensamiento prodigiosos; cabeza enérgica y corazón profundo, con una curiosidad ilimitada, capaz de aprender todo en unos cuantos días, incluso el chino. Y una voluntad de acero, unida a una naturaleza dulce y tímida. Se privaba de dormir, o de comer cuando quería pensar o trabajar, y esto durante días, casi semanas. Salud de roble, infatigable, mejillas redondas que las vigilias o los ayunos no mermaban. ¡Qué pérdida, para la ciencia y para mí! ¿Y su última carta, qué

contiene? ¿Sus manuscritos? ¿Qué ha pensado de mí, el único a quien se lo ha dicho, el único en comprenderlo? Si hubiese estado en Zurich en agosto de 1849, como deseaba, ¡quién sabe!, quizá viviría aún; pues no se quitó la vida hasta fines de diciembre. ¡Terrible, terrible!

Lunes, 4 de marzo de 1850.—He seguido hasta las Tranchées a la linda oyente de la conferencia de Pictet.

Miércoles, 6 de marzo de 1850.—Amargura y desánimo son mis enemigos actuales.

Las dos virtudes a lograr, por consiguiente, serán resignación y actividad. ¡Oh! Me siento cansado, disgustado, inerte ante el enorme estrépito incesante de la vida, harto de nuestra charlatanería de pluma y de boca, saciado de escribir después de otros diez mil y lo mismo que estos diez mil. No tengo ambiciones, ni gusto por una carrera, ni la esperanza en una reputación, ni valor para fundar una familia, ni una clara intuición de mi deber, ni conciencia de mi valor. Tengo un profundo sentimiento de vacío, de tedio, de desilusión. Felizmente, me distraigo incluso con el tedio.

Jueves, 7 de marzo.—Tarde de oscura melancolía. La soledad del corazón, el aislamiento social, el odio y la cólera me han perseguido durante horas, y anduve en mil debates, bajo un sol magnífico, en el más azul de los días bellos. Las lágrimas alternaban con la rabia. Yo no sirvo para la felicidad, y no sé vivir. Un pensamiento, sobre todo, me atormentó constantemente: Las gentes que me convendrían, aquí, parecen no querer nada conmigo, y me molesta dar los primeros pasos. La clase cuya compañía desearía, por su educación y cultura, es la que no se me va a ofrecer, y mi orgullo infinitamente susceptible e irritable destruye cualquier contacto, en lugar de favorecerlos, y me vuelve salvaje hasta el punto de hacerme huir de mis antiguas

relaciones, por lejanas que sean. Contradicción, pues, entre gustos y posibilidades, entre necesidades y porvenir. Esto me exaspera.

Incubar completamente a solas las penas y no tener consejos ni consuelo, hace más agrios aún estos momentos penosos. Constantemente me viene el recuerdo de Frey.

Viernes, 8 de marzo.—He pensado mucho durante los dos últimos días en redactar mi credo, pues de vuelta al propio centro, el culto y la confesión son necesarios para esta religión y esta creencia. Se trata de un punto fijo, y yo, cuya única costumbre es vacilar, fluctuar, buscar, vagabundear, comprendo muy bien la urgencia saludable de los hábitos; precisamente por mi falta de perseverancia para regular y utilizar mi impetuosidad. ¡Ay! Cuántos puntos en común, en realidad, con esta hermana a la que veo sin lastre, y hecha para ser desgraciada. Regularse y resignarse, orar y velar, esperar y trabajar son los únicos sostenes de la vida.

Trabajo para disciplinar el cuerpo y la inteligencia; oración para fortificar el alma.

Sábado, 9 de marzo de 1850.—Paseo antes de comer. He leído el extraordinario tratado de Hegel sobre la pintura (120 primeras páginas del tercer tomo de la *Estética*): asombroso, de hechos y de pensamientos, de orden y de seguridad. ¡Qué gigante! Da siempre la impresión de saberlo todo, de haberlo visto y leído todo; está constantemente presente en su obra, sin emocionar ni apresurarse.

De noche, 11 horas.—Ni una nube; de día luce un sol de mayo, y la noche parece de agosto; y las mañanas ya no vienen cubiertas de hielo. La señorita de T. estaba encantadora, con su gorrito negro sobre sus ojos azules, de paseo, con un libro en la mano. Pero es un poco frívola, y sin embargo, tiene clase. Mi amarga irritación se esfumó, y he

podido gozar del cielo, que ni habla mirado en dos o tres días, tan cubierto estaba con mis negras nubes.

Jueves, 14 de marzo de 1850.—Hoy he experimentado alternativamente en la naturaleza los sentimientos de tristeza y de bienestar, y en la sociedad los de arranque y amarga molestia. Solo, me siento feliz, pero en contacto con los hombres, con las clases sociales, sufro y me irrito. Soy demasiado altanero para someterme, demasiado orgulloso para fingir, demasiado soberbio y torpe para ganar y halagar, de modo que o me planto contra el destino, o cierro los ojos. Pretendo ser apreciado por mi valor, y no quiero inclinarme ante ninguna demarcación ficticia e impersonal, de clase, de fortuna, de grupos.

Procura chocar los menos posibles con los hombres. Aprende a prescindir de ellos. Y sin embargo, intenta conocer un poco mejor las gentes entre las cuales tienes que vivir, pues vives como un ermitaño, *ignotus, ignorans* (ignorado, ignorante). Avergonzarse por aprender lo que no se sabe, o no atreverse a preguntar algo necesario es puerilismo leporino. No tienes raíz ni lugar en Ginebra; sería muy conveniente conquistar éste y echar aquéllas.

Viernes, 15 de marzo.—Hoy he improvisado abominablemente, sin continuidad, deslabazadamente. No tengo presencia de ánimo, ni memoria. La precipitación me priva de toda originalidad, y me arrastro entre recuerdos; y sin embargo era una excelente ocasión para lucirme, pues no había más que tres o cuatro oyentes y en absoluto molestos. Y sin embargo he estado más torpe que nunca.

Sábado, 16 de marzo de 1850.—Terminé mi curso de estética con una lección sobre la poesía dramática, con el divino Augusto como único oyente. Mi primera gran experiencia ha terminado. Saquemos nuestras conclusiones:

1. El método y el prurito de totalidad han prevalecido sobre los demás intereses e impedido la originalidad.

2. Tener en adelante más en cuenta a los oyentes.

3. Intentar ser interesante.

4. Ser individual.

5. Improvisar.

Por lo demás, no hay mucho tiempo que perder, y desde mañana mismo tengo que pensar en el plan de mis dos cursos, y empezar a reunir mis materiales. Del 18 al 25, notas y preparaciones, mañana para un curso, y tarde para otro. Del 25 al 31, redactar las cinco lecciones de la primera semana, por adelantado. Hacer dos carnets para las direcciones e ideas confusas, para cada uno de los cursos.

Domingo, 17 de marzo.—¿Qué reproches tengo que hacerme?

1. He olvidado totalmente, y abandonado, las resoluciones del 31 de enero, y en general desde el momento en que anoto un consejo se me olvida.

2. Poca vida moral. Ya no lucho, mi vida se va abatiendo, se vulgariza, se va haciendo fría, egoísta, monótona; y dejo que vayan echando raíces cuatro malos hábitos:

a) De lenguaje.—Palta de elegancia, de gusto: trivialidad; apenas abro las verdaderas, sólidas y profundas zonas de mi alma.

b) De trabajo.—Trabajo precipitado, sin continuidad, provisional. Olvido mi porvenir, mi desarrollo. Me reservo, me voy apagando, me adormilo.

c) De enseñanza.—Tengo que aprender todo, y me falta presencia de ánimo e inventiva; y la energía de mi cerebro va en rápida disminución.

d) De conducta.—No consolido de una vez mi posición; no me busco relaciones; me borro y me escondo estúpidamente.

Me olvido excesivamente de que la cosa importante es la personalidad y las notas, plumas, materiales, no son más que los andamios: que hay que procurar llevar todo en uno. Y además, que el valor del hombre es su valor útil, lo que produce para los otros. Procuremos incrustar bien este doble pensamiento en mi espíritu.

Acabo de leer dos capítulos de san Mateo: La relación de Jesús con Juan, y con Satab (capítulos 2 y 3), es de una profundidad grandiosa. La relación de la nueva religión con la antigua del espíritu santo con el arrepentimiento —la naturaleza de las tentaciones y la manera de vencerlas, aparecen reveladas en pocas palabras. Toda tentación se puede resumir en el egoísmo, del cual son tres aspectos la codicia, el orgullo divino y el orgullo humano (las tres tentaciones de Jesús). Y la manera de evitarlas consiste en atrincherar el yo detrás de Dios, postrar todo pensamiento egoísta; y por eso las respuestas vienen siempre en forma de textos sagrados: está escrito que..., etc. El modelo de todas las tentaciones, la tentación suprema y única de la criatura consiste en tomarse por centro, ponerse en lugar de Dios, desviar y apoderarse de una parte de su gloria. La apropiación, el aislamiento, el egoísmo, son la base del pecado, del orgullo, de la tentación. Toda la obra de la religión estriba en poner a Dios dentro de sí, en lugar del yo, y esto es la salvación, la vida eterna; es el fin último de la existencia. Es la idea de la idea, el contenido íntimo de la idea que cada individuo persigue a través de todas las metamorfosis de su psique. El centro del hombre es Dios; la verdadera individualidad es la universalidad: el hombre divino, el hombre-dios es, pues, el verdadero hombre. La revelación cristiana reposa sobre esta maravilla.

Jueves, 21 de marzo.—A las nueve de esta tarde, Fanny ha dado a luz un segundo hijo, al que apadrinaré. A pesar de haber nacido con un mes de antelación sobre lo previsto, como consecuencia de imprudentes fatigas a las que Fanny se ha expuesto en los últimos días, parece sano y despierto, pero es muy pequeño. No ha gritado, es dulce, tranquilo; quizá se inclinará hacia el lado materno. Frunce sin descanso la frente, y se acaricia con la lengua los labios en todos los sentidos. Según mi costumbre, mi falta de presencia de ánimo y de presencia de sentimiento no me han permitido apreciar de momento el peligro que había. He quedado inerte, como si nada extraordinario hubiese ocurrido. Todos los pensamientos y las emociones me vienen más tarde. Realmente, no vivo en el presente, que sólo se me aparece en su prosa insignificante: vivo en el pasado o en el futuro.

Buena parte de la familia ha estado aquí ya esta noche: los parientes Guillermet, el tío F., su mujer, Andr., Laura, F. B. La asistió el doctor Stroehlin; el parto ha sido normal, y todo pasó en cuatro o cinco horas a partir de los primeros dolores serios.

22 de marzo de 1850. Medianoche.—Cuando veo el bienestar de las gentes de una pieza, y cómo se contentan con su suerte, lo echo de menos vivamente. Yo, desde que ando cerca de la erudición, me siento inclinado a ella; oscilo entre el exterior y el interior, entre todas las ciencias, entre el arte y el pensamiento, la filología y la teología. En una palabra, me agoto en esfuerzos dispersos, en proyectos opuestos, y malgasto sin producir nada una enorme cantidad de esfuerzos que bastarían a otro para distinguirse en cualquier rama. Lo único que consigo es sentirme débil, novicio, impotente para todas las carreras. ¡Miseria y angustia! No veo que Naville, Scherer, Chenevière, Hornung, etc., se atormenten tan ingenuamente. Mi vida no

tiene reposo, y por tanto yo carezco de fuerza y de autoridad; ni originalidad, ni holgura. Estoy aplastado bajo los hechos, bajo la materia. Y como consecuencia de todo esto, me estoy volviendo imbécil y triste.

Domingo, 24 de mareo.—Hoy he estado dos o tres veces brusco, sin atenciones, sin delicadeza; no trato a los demás con miramientos bastantes, y no me doy cuenta cuándo y cómo hiero. Intentar adivinar al prójimo me parece una indiscreción, y soy grosero casi por timidez y por escrúpulo. ¡Singular refinamiento! En mí, la timidez y el orgullo se apoyan y se aumentan recíprocamente, y un defecto produce inmediatamente el defecto opuesto.

Lunes, 25 de marzo.—Esta tarde estaba en mi fase de divagación poética y de ternura general, no exclusiva. ¿No es éste el bienestar del desvanecimiento libre y lujurioso? *Das Ewigweibliche zieha uns hinan*, como dice el dístico de Fausto. Amaba el sexo, y más ampliamente la vida, pero sin intención personal, sin exigencia, sin especialidad. Este placer intelectual es vivo, seductor; pero nada, sin embargo, comparado con las voluptuosidades del corazón, con la emoción religiosa, o incluso con el arrebato amoroso. No sé si llegaré a amar alguna vez; no tengo fe en mí ni en la felicidad, ni en los otros; tengo el sentimiento continuo de lo precario, de la fragilidad, de lo pasajero, y no me aferró a nada. Desconfío de la vida, y me encojo para sufrir menos. Pero no disfruto de la verdadera felicidad; y en contacto con los hombres me siento desgraciado, irritado, arañado y agriado. No vivo, espero vivir, y esperaré sin duda bajo el olmo; pues las costumbres se adquieren, las barreras se alzan las aversiones se fortifican, las desconfianzas se multiplican, la timidez aumenta.

Aplazar, retrasar, esperar; ésta es la enfermedad incurable del hombre.

Jueves, 28 de marzo. Ocho de la mañana.—Esta mañana he estado constantemente perseguido por varios pensamientos, varias quejas contra mí mismo.

1. Impotencia. Soy un cometa sin núcleo. No tengo centro sustancial, ni sistema, ni convicciones, ni metafísica. Y de esta manera, todos mis trabajos son precarios. A cada uno que emprendo, debo rehacer de nuevo todo el andamiaje; me olvido, olvido mis propios resultados. No tengo continuidad, y sin continuidad no hay resultado. Por consiguiente, ni fuerza, ni confianza en mí. Ni autoridad.

2. Inutilidad. Cuando comparo mi vida con la de Franki, que tiene un año menos que yo y es jefe de una institución, amo de casa, esposo, padre de dos niños, redactor de un periódico, y alimenta a varios servidores; *pater familias*, en una palabra, con toda la serie de deberes que del título se derivan, y yo, que para nada sirvo, ni a nadie, apenas a unos cuantos estudiantes, y que me deslizo inadvertido, sin lugar en ninguna esfera de la sociedad, sin raíces, sin importancia, sin deberes; casi un cero, como valor útil; cuando así pienso, mi respeto por los demás y mi humildad aumentan considerablemente.

3. Sequedad. No ser útil para nada es serlo solamente para uno mismo, y de ahí se deriva el egoísmo con toda inminencia. Mi círculo se restringe cada vez más. A veces me aíslo y me aburro en mi propia familia. El problema está en saber si el matrimonio me haría salir de esta vida neumática. El matrimonio como escuela de dedicación, ¿no es un deber? Acaso me suceda, como al filósofo antiguo, decir que es demasiado pronto, y luego demasiado tarde. Mantener y hacer felices a los demás, transmitir la vida; salir de uno mismo, en fin, de esta agobiante pesadilla, es digno de consideración.

El buen tono solamente se adquiere con buena compañía; en soledad, nunca lo aprenderás. Tus escollos son la vulgaridad, la rigidez, la molestia. Lo mejor que puedes hacer, al no poder aspirar a la gracia, a la vivacidad, a la destreza, sería disminuir tu reserva, tu simplicidad, tu dignidad. Y debes también combatir tu ilusión, que te hace encontrar a los demás demasiado importantes y a ti insignificante, en sociedad. Y sobre todo, cultivar la presencia de ánimo.

Sábado, 30 de marzo de 1850.—Esta noche he tenido un sueño extraño, pesadilla por su intensidad, pero no por su naturaleza. Alguien en quien he pensado mucho todos estos días me ahogaba casi en sus brazos, cuchicheándome al oído: «Valor, pregunta a mi padre, y verás». La obsesión era tan poderosa, que me desperté sofocadísimo, y sólo me repuse razonando sobre la alucinación, que todavía persistía. Singular poder de la imaginación, que eleva los sueños a un grado tal de realidad. Para un espíritu supersticioso, este sueño tendría cierto valor, pues responde directamente a las objeciones que se hubiera hecho él mismo a sangre fría. Pero ésta es precisamente la causa del sueño, o al menos la ocasión que lo hace nacer. Y sin embargo, existe una nueva posibilidad de combinación, pues estoy seguro de que esta idea no se me había presentado, y, por consiguiente, el sueño la ha inventado, y no reproducido.

Domingo, 31 de marzo. Pascua.—Tengo la vista muy cansada. Estoy distraído, disperso, y la lección de filosofía me angustia; mi espíritu está deshecho por este vaivén entre dos regiones tan opuestas, el retiro en mi propio interior y la proyección fuera de sí, la metafísica y la imaginación. Creo que habrá que elegir, pues me destrozo los nervios y acabaré reducido a la impotencia más absoluta.

He hojeado la «Introducción» de Hegel a su *Historia de la filosofía.* Cuando mi dispersión tropieza con esta concentración, es tres veces penoso.

Mañana inicio mi sesión de verano, con lecciones diarias; 65 lecciones, y la revista de miles de obras de arte y no sé cuántos sistemas de filosofía. Quiero entrar con buen pie. La cosa en sí me interesa mucho, pero tiene el inconveniente de esta sorda inquietud de no estar preparado a tiempo, de verme derrotado por el tema, de resultar trivial, etc.

Lunes, 1 de abril de 1850.—He comenzado mi curso de *Historia del arte.* Improvisé con más facilidad, pues había dedicado una o dos horas a asimilar mi propio trabajo. Pero he fracasado en la preparación de la lección de mañana; no podré empezar todavía el curso de historia de la filosofía. No estoy en la corriente: ni en la corriente de las ideas, ni en la corriente de los hechos. Tengo que volver a zambullirme en esta sola, y no resulta cosa fácil. Tengo el don del olvido, en un grado sumo, no sólo en cuanto a la memoria, sino en todo mi ser. Me encuentro ajeno a mi propio trabajo, a los pensamientos de la víspera, a mi vida deshace un año. ¿Prueba esto que todavía no he hecho nada verdaderamente personal, seriamente original, salido de mi sustancia y centralmente representativo? Escaparé a todos estos pensamientos, porque no están en mí más que como accidente. ¿Basta esta explicación? Acaso todo se deba a que mi naturaleza es crítica, y no productiva, y a que mi interés está centrado en la conciencia de mi acción, más que en mi acción misma. Todos los actos tienen para mí un único valor accidental, en cuanto ocasiones de la reflexión. Mi memoria, más que de primer grado, es de segundo: recuerdo haber observado, más que la observación misma; o haber sentido, más que el sentimiento. Es la memoria abstracta, logarítmica, sublimada, por oposición a la memoria concreta,

directa, positiva. Y se me escapan las formas particulares, las evoluciones episódicas, las preocupaciones parciales de mi ser, y sólo queda presente la conciencia de mi ser, del yo. En este caso, estoy mucho mejor conformado para la psicología que para las demás ramas. ¿Quizá seré un psicólogo observador de nacimiento, y estoy luchando presuntuosamente por un papel más importante? Me siento más inclinado a las totalidades, a lo completo, que al orden; a la curiosidad, que al pensamiento; a la absorción, que a la producción; a la erudición y a la crítica, que a la originalidad y a la invención. Tengo más impulso que continuidad, más imaginación que sensibilidad, más indocilidad e independencia en el carácter que en el espíritu. Soy paciente para comprender, pero impaciente para ser comprendido. Lo que más rápidamente me aburre es mi propia inclinación, y tiendo continuamente a los contrarios para restablecer el equilibrio interior alterado. Cada vez que me someto a juicio, las cuentas quedan arregladas y se abre una nueva página en blanco. O sea, que me metamorfoseo por la crítica pura y simple, y avanzo, si es avanzar olvidar hasta ese punto las propias experiencias, y poseerlas sólo implícitamente. Mi felicidad consiste en tener conciencia, y hace falta que esta conciencia se cicatrice, se oblitere. Ésta es mi desgracia.

Martes, 2 de abril. Once de la noche.—Acabo de llegar, bajo una lluvia implacable, en una noche negra. He oído el *Jerusalén* de Verdi, ejecutado por Duprez y sus alumnos. Ha sido una velada magnifica, a gran orquesta, una representación muy cuidada; en una palabra, la fortuna nos deparará raramente algo semejante en Ginebra. En cuanto a la obra, en lo que puede juzgarse por una primera representación, es poderosa, rica en melodía y en armonía, y quizá adolece de excesivos sacrificios al gusto francés para el

ritmo entrecortado de los coros; hay también demasiado cobre y demasiada fuerza en los fragmentos vigorosos. Los cantores son todos de clase, sus vestidos magníficos, bellas sus voces. La señorita Poinsot ha estado sublime en su gran aria, y en otros varios pasajes; está en la línea de la señorita Viardot, pero es desigual, menos perfecta en las partes sensibles, recogidas, elegíacas; donde está brillante, grandiosa, es en la fuga. Su voz es de una potencia, de una pureza, de un volumen admirables; su alto talle, flexible, elegante, elástico, aumenta el efecto de su canto; criatura soberbia, en toda la magnificencia y la presunción de su fuerza, de su juventud, de su belleza. Duprez ha estado cautivador. Balanqui (en el papel de Roger, bajo) ha rivalizado dignamente; Oswald estuvo suntuosamente bello, rico y brillante en su papel de conde de Toulouse, uno de los hombres más bellos que sea dado ver. La señorita Joly tenía sólo un papel de acompañante. Los solistas, dúo, trío, cuarteto, sexteto y coros se combinaban con acierto. Prouvier (el legado) no ha dejado de pasear. Fue una función de gran ciudad, casi un *ballet*. Estuve en el patio de butacas, cerca del señor Sandoz; y mi hermana en los palcos del segundo.

He reanudado el curso de Vatke sobre la filosofía de la religión, para la introducción, y el resumen histórico de la filosofía griega. Me parece que los elementos son la parte más difícil de la ciencia; de lo que menos se sabe es del punto de partida y de la dialéctica pedagógica. Mis estudios filosóficos fallan en sus mismos fundamentos. Siempre he caminado a saltos, en lugar de marchar al paso, y buscado el fin antes que el principio. Y es muy duro volver a empezarlo todo de nuevo.

He encargado una buena cantidad de libros en casa Desrogis y en casa Kanke, de Zurich. He comprado

demasiado; tengo que parar el ritmo de compras de filosofía, y hacerme con más manuales de ciencias positivas (astronomía, física, ciencias naturales, historia, etc.).

Miércoles, 3 de abril de 1850.—Concentrarme me resulta ahora dificilísimo, y no puedo volver a ponerme en situación filosófica, ni siquiera la que ya he conocido y experimentado; estoy distraído, ajeno, sumido en la memoria, en la imaginación, en la pasividad. No puedo definir seriamente la filosofía.

Viernes, 5 de abril de 1850.—La suerte está echada, he debutado en mi curso de filosofía, y con mucha suerte, lo cual me ha aliviado mucho. Ayer me acosté a medianoche, y a las cuatro y media estaba ya en pie. Mi lección inaugural, y sobre un tema importante (¿Qué es filosofía, que es historia y qué es la historia de la filosofía y la historia de la filosofía griega?), estaba aún sin preparar, y la clase era a las diez. Para veinticinco oyentes. Lefort, que asistió, me dijo que había ido muy bien, y que estaba sólo asustado de la inmensidad de la lección. Esta tarde me ocupé del arte egipcio. Tengo los ojos cansados. He visto el árbol genealógico del tío Fred. Hojeé la gran obra de Gervinus sobre Shakespeare, en la Sociedad de Lectura.

Sábado, 6 de abril de 1850.—La ausencia de relaciones habituales, sobre todo con iguales, me vuelve tímido o pedante; no sé provocar la comodidad en los otros, ni ponerme cómodo yo mismo. El expansionamiento no es recíproco. Con el más vivo deseo de hacerlo nacer, nunca logro exponerme yo mismo. Estúpida discreción; especie de egoísmo nacido del embarazo; falta de atención derivada de la falta de atrevimiento; excesivo respeto que se parece al desdén; piel de lobo sobre cuerpo de cordero; extraña mascarada en que un sentimiento toma apariencia del

contrario, y donde la debilidad se convierte en brusquedad. Consulta, interpela, elige, estima a los otros y muéstrales esa estima. Agradar es casi un deber.

Domingo, 7 de abril de 1850.—Esta noche he tenido sueños muy agitados, y tengo la cabeza pesada. Me levanté tarde. Después de desayunar, exploré minuciosamente todos nuestros brotes primaverales, desde el perejil hasta los rosales, y desde las lilas hasta los albaricoques. El aire es de una dulzura increíble, con una ligera humedad, y la atmósfera está muy vegetal, acariciadora y fecunda.

Siento que la conciencia diurna es completamente distinta que la nocturna, como dicen Kerner y la escuela de los magnetizadores; de noche estoy más recogido, menos distraído, más serio; durante el día, por el contrario, campan por sus respetos los prejuicios, las seducciones, las ilusiones del contorno. Es la oposición entre el mundo exterior y el mundo interior; entre la concentración y la proyección; entre el hombre religioso y el hombre mundano, entre el hombre esencial y el hombre movible; así pues, vemos alternativamente *sub specie aeterni et temparis*, para hablar como Spinoza. La conciencia nocturna nos pone en presencia de Dios y de nosotros mismos, en una palabra, de la unidad, y la conciencia diurna nos vuele a poner en relación con los otros, con el exterior, en una palabra, con la diversidad.

Consecuencias: Un proyecto debe ser examinado bajo estas dos luces: la vida debe comparecer ante este doble tribunal. La conciencia, al igual que el planeta, tiene rotación, su lado de sombra (donde aparecen las estrellas, el pensamiento del infinito, la contemplación), y su lado luminoso (donde todo brilla, donde los colores y los objetos se cruzan, deslumbran, aturden). La vida completa presenta

estas dos caras, el alma humana da vueltas en Dios lo mismo que el planeta en el cielo, y su iniciación ascendente es la sucesión del infinito y de lo finito, de la totalidad y del detalle, de la contemplación y de la acción, de la noche y del día. No hay que sentir ni desaprobar una u otra tendencia; hay que armonizarlas, pues las dos están en los caminos divinos, ambas son buenas, siempre que se ayuden mutuamente.

Esto me explica por qué las ideas que me perseguían al despertarme se me aparecen ahora, unas horas más tarde, de manera completamente diferente. He caído en la dispersión diurna. Estas ideas se referían al matrimonio. He aquí lo que me parecía entonces:

Todo lo que es indisoluble, sólo debe ser contratado en la plenitud de la conciencia, *sub specie aeterni.* En consecuencia, todo lo que pasa, consideraciones de belleza, de orgullo, de vanidad, de riqueza, ventajas exteriores, debe ser reconocido, penetrado, rechazado como motivo fundamental, pues tarde o temprano surgiría el remordimiento. Engañar o engañarse, ceder a una tentación arrastra siempre crueles resultados. La felicidad es forzosamente recíproca, y sólo se encuentra dándose.

Un matrimonio que te hiciera olvidar tu vocación y tus deberes, que te impidiese mirar continuamente en tu interior, que no te mejorase, en una palabra, es malo.

Un matrimonio que te resultase como un encadenamiento, una esclavitud, un ahogo, no tiene valor alguno. La esclavitud sólo desaparece donde hay amor, y el amor sólo es cierto si es central y si puede considerarse como eterno; y sólo es eterno lo que puede crecer, desarrollarse, aumentar sin cesar. Un matrimonio que no fuese aspiración infinita, como dos alas, el matrimonio temporal, no te ofrecería

ninguna felicidad; y no vale la independencia, y te dejaría un malestar incurable, un sentimiento, un reproche, un sufrimiento sin término. El verdadero matrimonio debe ser, realmente, una peregrinación, un purgatorio, en el sentido elevado del dogma católico. Debe ser el camino hacia la verdadera vida humana; y el único punto de vista digno de él es el religioso. De modo que, mientras no sientas el matrimonio como una necesidad para cumplir tu vocación de hombre, o mientras una determinada unión no te ofrezca una perspectiva diferente, abstente. Hay una sola cosa necesaria: ser lo que se debe ser, realizar la misión y la obra propias.

En mi movilidad y mi deseo de comprender todos los puntos de vista, atravieso por mil tentaciones y me abandono yo mismo. Y de esta manera llego, después de muchas revueltas, al punto adonde he llegado otras muchas veces. Doble felicidad: el ocio me permite entrar en mí mismo; este diario íntimo me da luz a voluntad, y puedo consultarlo como a una sibila, pues todos tenemos en nosotros un oráculo siempre dispuesto: la conciencia, que no es sino Dios. (Ver 4 de enero de 1850, 20 de noviembre; 8 de noviembre de 1849, etc.)

Acabo de releer durante más de dos horas este diario, o, más precisamente, de hojearlo. A pesar de todo, veo que me he olvidado, que me he perdido en los detalles, y me siento extraño a mí mismo. Razón de más, ésta, para consignar lo que pasa, para procurar aumentar el contrapeso dedicando un tiempo mayor a la contemplación nocturna, a la segunda conciencia. También me parece que cada vez soy menos variado, menos atrevido, menos interesante, y que el diario pierde en calidad conforme aumenta. Pero no importa; es mi farmacia, y debe intentar ser mi espejo, y no entretenerme.

(De noche). He mostrado mi diario a la buena de la tía Fanchette, y le he enseñado los retratos de familia; ella me ha sugerido sus modificaciones, pero protestando contra su propia inserción, en el proceso verbal; y pidiéndome con amabilidad que le legase estos cuadernos.

Lo que me impide hacer cualquier proyecto es que no me siento todavía asentado, que todo me parece precario y provisional en mi actual estado; que sueño aún con otro destino, y que la esfera de lo posible extiende por doquier, en torno a mis miradas, sus horizontes cambiantes. Orgullo, ambición, movilidad o presentimiento, siento espanto por lo definitivo, por lo irremediable, y vivo continuamente a la espera. ¿Será falta de juicio, o de resignación, o de carácter? ¿Se trata de un sentimiento condenable, o legítimo? Me cuesta trabajo discernir. Desde luego, no tengo el don del sentido común, de la medida de lo verosímil, de la vista práctica. Acostumbrado a la vida sin límites del pensamiento, detesto tropezar con los estrechos límites que imponen los prejuicios, las voluntades, las exigencias del prójimo. Hijo de la libertad espiritual, me mantengo al margen de la opresiva necesidad. Y no intentando nada, todo sigue siendo para mí posible; en cuanto quiero obrar, me tropiezo con diez mil obstáculos. El instinto de independencia y de conservación me impide exponer la pata o el ala al peligro del férreo engranaje de la realidad. He vivido más libre que un soberano, dedicado sólo a no depender de ninguna voluntad, y renunciando más bien a toda autoridad. Pero la independencia se paga, ya sea por el aislamiento, ya por la inexperiencia, ya con la falta de aptitud que de ella se desprenden. Por consiguiente, no he tenido una sola acción, un solo elemento dramático en mi carrera, pues no he chocado con ninguna voluntad. Cualquier acción compromete; ahora bien, comprometerme

asusta a mi instinto de independencia, que se apoya en mi defensa de mí mismo, mi falta de ánimo. Y por consiguiente soy irresoluto, indeciso, tímido, dubitativo; en una palabra, tengo poco carácter, en el sentido absoluto del término. Y al no saber vencer los obstáculos, forzar las cosas, ganar a los hombres, mi sabiduría, toda ella negativa, consiste en evitarlos. Y al no poder resolver el problema del matrimonio, lo invierto; y al no poder concluir y decidirme, me abstengo. Si la prudencia consiste en conocerse y no arriesgarse más allá de las propias fuerzas, por lo menos me queda la seguridad de que soy prudente. ¡Pero qué pobre señor! Inconstante, dividido, sin firmeza, inquieto, inútil, sin ofrecer la menor seguridad al prójimo, falto de confianza en sí mismo: hay motivos bastantes para dimitir de la vida, que es lo que yo hago. Soy un globo que flota en las nubes, acunado por los vientos, dorado por los rayos del poniente y de la aurora, sujeto al suelo por un delgadísimo hilo, o, mejor aún, por el tubo por el que me alimento de gas; si alguien cortase el tubo, si perdiese mi patrimonio, el globo caería. ¿Qué seria, en ese caso, de mí? No conozco las necesidades, ni la adversidad, ni el dolor, y es en estas pruebas donde se forma y se mide la valía del hombre. No soy más que un niño caprichoso, un soñador sin energía, una inutilidad. Y sin embargo, tengo una misión…

Conclusión: un hombre sin carácter no es nada, y tú tienes poco carácter.

El carácter sólo se forma con la acción.

La acción exige una vista práctica y un aprendizaje.

Por tanto, debes medirte con los hombres y no evitarlos.

No hay más hombre serio que el hombre fuerte, y la fuerza se mide en el esfuerzo. Si quieres significar algo, muéstrate.

Antes de pensar en una mujer, hay que responder a los dos preguntas siguientes:

1. ¿Puedes mantenerla, y a los futuros hijos posibles, aun en el caso de que te arruinases y perdieras tu plaza?

2. ¿Puedes comprometerte a un afecto constante?

3. ¿Puedes, en tu actual posición, casarte con una muchacha sin dote, o sea, depender exclusivamente de tu plaza, y por tanto del capricho y del azar?

Martes, 9 de abril de 1850.—Mucho menos contento con mi segunda lección de filosofía. No he conseguido estar completamente claro, y los muchachos empezaban a estar impacientes. Encuentro con Wartmann y Humbert en la Sociedad de Lectura; el primero me habló del segundo para la cátedra de filosofía, y me he dado cuenta de que no estoy completamente desinteresado de esta cátedra, a pesar de mis repugnancias, ya sea directamente, ya por el peligro que corre mi posición, una vez cubierta la plaza del gimnasio: en efecto, la estética resulta superflua en nuestro método académico; quizá he cometido una imprudencia.

Pasé la tarde en la Monnaie. Charlamos abundantemente: recuerdos de mi padre, de mi madre, de mis hermanos y hermanas muertos, de toda clase de asuntos domésticos. Tomaron parte en la conversación Andrienne, Jenny, el tío y la tía. Cada vez que pienso en la vida de privaciones, en la severa economía de mi abuelo y de mi padre, me doy cuenta de lo mucho que les debo, pues no sería lo que soy sin el ocio que sus trabajos me han permitido. Pero qué existencias más pobres, más circunscritas, más insignificantes han llevado estas dos generaciones de las que procedo, y que yo casi he ignorado, pues desde los doce años he estado libre y en la holgura. ¡Qué estrechez de horizonte, que monotonía de trabajo, de preocupaciones, de pensamiento! Sí; el trabajo

es sagrado, y también es sagrada la solidaridad entre generaciones, pues el padre trabaja para sus descendientes, y el sudor de la frente, la abnegación de vidas enteras gastadas para economizar un pequeño capital, debe convertirse en pensamiento en la mente del nieto. Sólo la lucha contra la materia hace posible el espíritu, y es el sufrimiento de los unos lo que permite la liberación de los *otros*. De esto se deduce un gran deber, y Pelletan lo ha formulado muy bien.

Y más aún, este período de servidumbre dura aún en mi familia, y yo soy el único hombre libre, el único *ingenuus*. Por consiguiente, debo ser útil a los demás miembros, y, además, no puedo, mientras esté en Ginebra, pensar en la mano de una muchacha de raza antiguamente libre, que parecería renunciar a su libertad al concedérmela, mientras por mi parte parecería ingrato y orgullosamente desconsiderado hacia los míos al buscarla. No quiero tener que avergonzarme, ni avergonzar a nadie. Pertenezco a la pequeña burguesía, emancipada por el trabajo; y personalmente, a los hombres libres; pero el matrimonio no es sólo la alianza de dos individuos, sino de dos familias, y lo que personalmente me conviene puede resultar, a pesar de ello, imposible o inconveniente, debido a la segunda razón. Ésta es una de las necesidades exteriores que debes aprender a reconocer y a sufrir, incluso detestando y mordiendo tu freno, e incluso condenándolo como indigno, pues todo límite artificial, extraño al valor individual, es una vergüenza, una indignidad para el espíritu. El alma inmortal, en su majestad, siente repulsión a inclinarse ante las leyes brutales del mundo exterior, y a someter su felicidad o su precio a cualesquiera circunstancias accidentales de origen, fortuna, etc. El hombre siente que la única medida del hombre es él mismo, y que clasificarlo por el traje, la opinión, la casta, el nombre, los escudos, es envilecerlo. Éste

es el principio democrático, bien claro en las proclamaciones, pero infinitamente lejos aún de los usos. Por lo demás, hay que reconocerlo, si una de las familias no puede entrar en la otra, hay una desigualdad moral en el matrimonio.

Miércoles, 10 de abril.—Esta tarde ha venido Heim; estuvimos hablando de él, de su posición, de su agotamiento, de sus proyectos. Excelente, pero sin energía, *sein ewiges Halbiren*[53], su eterna falta de totalidad, su duda invencible le aplasta los miembros. Hemos tocado el tema de la colonización, y después el de la dedicación pura y simple a un desgraciado de cualquier ciudad manufacturera. ¡Qué vida de resignación, de dolorida paciencia, pero angustiosa! ¡Pobre y querido amigo, niebla grisácea en su cabeza, delante y detrás; incertidumbre, indecisión, quimera, con penosas obligaciones, en vez del ocio, la claridad y la utilidad que necesitarías! He aquí tu existencia. Contradicción entre tus fuerzas y tus necesidades, entre tu esperanza y lo posible; dolor en tu inteligencia, en tu cuerpo, en tu corazón, en tu creencia, en tu carrera; lago de amargura por beber, esa vida fatigante.

Jueves, 11 de abril de 1850.—He leído todos los papeles familiares que mi tío me ha enviado el otro día. El paquete de cartas (17) dirigidas por mi padre a su novia me han interesado vivamente, pero con un interés doloroso y triste. La naturaleza de mi padre se me aparece ahora con más nitidez; sus cuadernos de estudios comerciales, su genio inquieto, imperioso, puntual, inventor, preciso, anotador, llevando siempre todo con su claridad práctica y positiva, deseoso de dominar temerariamente hasta el futuro por medio de una previsión casi culpable, abriendo incluso casillas y fechas para las muertes futuras, por ejemplo, de los miembros de la familia; el impulso impetuoso de su gozo, de

su apasionada ternura por la joven rosa de Neuchatel; ese carácter ferviente, voluntarioso, preciso, enérgico, emprendedor, se ofrece ahora a mi consideración mucho más claramente, y este estudio filial me ha llenado de melancolía. Su generosidad ha caído en el olvido, y en el recuerdo de su familia sólo queda su despotismo cambiante y devorador; lo veo en todos los discursos. Y sin embargo, me resulta evidente que si no hizo feliz a mi madre es que la familia de ésta fue culpable de su desgracia. Activo, en buena posición, con un porvenir ya trazado, su vida debiera haber sido más fácil, pero desde su compromiso, las dos hermanas de la bienamada la llenan de preocupaciones, que fueron aumentando cada día por las abominables mezquindades del interés, por las vergonzosas cuestiones de la sucesión. Y estas irritantes y detestables molestias vinieron a agriar su felicidad conyugal, al mismo tiempo que carcomían a la pobre joven esposa. Conclusión de esta dolorosa historia de familia, tan pronto terminada, y entremezclada de tantos lutos: 1, al casarnos con una mujer, nos casamos con una familia: atención; 2, los caracteres firmes pueden resquebrajarse con la lucha de la vida: el acero tiene idéntica suerte que el plomo, y el mismo final el vigor apasionado que la debilidad y la indecisión.

Tiemblo ante la sola idea de la montaña de sufrimientos que puede brotar del huevo de una sola falta, de un solo error. ¡Qué fúnebre cosecha de existencias, la que nació alrededor de nuestra cuna! Y el núcleo de estos dramas, que ocultan tantas familias, y que devoran tantas vidas, el ser deforme, ciego, abstracto, especie de ídolo mejicano, de apetitos feroces y al que hacemos ofrenda de tantos corazones sangrantes es el interés. ¡Oh! Nuestras almas inmortales, nuestra dignidad humana, nuestra grandeza celestial están constantemente amenazados por este cáncer,

por este gusano roedor escondido en el centro de nuestros perfumes divinos. La ley suprema es formidable, la venganza es inflexible: el mal se castiga a sí mismo, la falta es proporcional al castigo, o mejor, a la ira del Dios celoso, y afecta todo el contorno del culpable, arrasa, anonada y purifica todo lo que hay a su alrededor.

La familia, fuente de delicias, es también la fuente de los dolores más atroces; igual que la leche, néctar o veneno, depende. Cada familia es un intento de vida humana; cada una desarrolla el germen oculto en el ramillete de boda. Y sólo un germen divino puede dar un fruto delicioso. Y el que haya sembrado la vanidad, recogerá la desilusión; y quien la pasión, cosechará la saciedad; y quien el interés, la aridez; y quien el egoísmo, mil torturas. La vida es el más ingenioso de los verdugos, y la pena afecta siempre a la más sensible de las fibras. Si el germen ha sido el amor desinteresado, la dedicación, la necesidad del deber, del perfeccionamiento en Dios, si Dios ha sido el provocador, el cómplice y el testigo, entonces existen grandes posibilidades de felicidad, y la adversidad misma sólo podrá velarla, pero no destruirla. El matrimonio religioso en su principio y su móvil es, pues, el único viable; puesto que lo que sigue no son sino consecuencias del comienzo, cada falta engendra un organismo de miseria; y el huevo de buitre nunca dejará de producir un buitre, por mucho que lo pongamos a incubar bajo de una paloma.

Nosotros somos nuestros propios verdugos; heme otra vez frente a este pensamiento solemne, que nos pone en presencia de Dios y del orden eterno del bien. Debemos obrar y examinarnos y sondear nuestras conciencias con prudencia. En este encuentro con los destinos de mi familia veo algo providencial, que me obliga a meditar sobre la enseñanza que de ello se desprende, en un momento

precisamente en que mi imaginación anda errante por las regiones del matrimonio. La luz viene cuando se hace necesaria, cuando el ojo se abre para buscarla.

Viernes, 12 de abril de 1850. 11,45 h. de la noche.—Esta tarde he continuado mi peregrinación a través de las tumbas familiares. Mi punto de vista ha sufrido hoy ligeras modificaciones; creo que todas las desdichas entre mi padre y mi madre se deben a una mujer que aún vive. De esta larga lectura de papeles y correspondencias se desprende que es a esta mujer, genio malo de nuestra casa, a su mala conducta, a las horribles preocupaciones y penas que a su alrededor provocó, a quien hay que culpar de todas aquellas catástrofes, que todavía viven en el recuerdo de algunas almas afectuosas, muy ligadas a mi madre (la prima J. B., la tía F. A. y el tío F. A.). Los malos han sobrevivido a los buenos; el vicio no siempre desgasta; a veces, conserva, y son otros los que sufren y mueren por él, si no para él. Y esta mujer tiene la desfachatez de escribirme con un tono cariñoso e insinuante, como la más inocente. Si el desprecio y la piedad no me frenasen, creo que haría enrojecer esa frente que no sabe enrojecer desde hace treinta años. Las cartas o papeles de mi madre, o a mi madre, que se remontan hasta sus doce años, me han ayudado a penetrar en toda esta vida pasada, en medio de toda esta generación en parte desaparecida, en Auvernier, Peseux, Neuchatel. He contemplado a mi madre, niña, en Aarau; de muchacha, en Auvernier; crecer en medio de los trabajos, de los estudios, de los placeres; reina de un circulo bastante animado, abierta siempre su alma de muchacha amable, modesta, acariciadora, y sin embargo orgullosa. Todos estos detalles diarios, estas confesiones de cada noche a su hermana mayor, a esta mujer que llegaría a matarla de vergüenza y de dolor, son maravillosamente sinceros, ingenuos, amables, y a

veces picantes y alegres. También a veces los pensamientos son melancólicos, y cierta noche de siniestro presentimiento, en que el porvenir se le abre, en la que oye un gran grito sin poder descubrir de dónde ha salido, extiende en el fondo de aquel idilio un velo negro de mal agüero. Imposible también no resultar asombrado por la repentina madurez que sucede, repentinamente, a los caprichos de muchacha, en el momento de la irrupción del novio esperado o, más bien, soñado; parece imposible que las cartas de junio de 1820 sean de la misma mano que las de marzo.

Sábado, 13 de abril de 1850. Seis de la madrugada.—Tiempo caprichoso de abril; llueve, hace viento y sale el sol en el mismo día, y la vegetación se desarrolla con rapidez. Cada mañana noto alguna novedad. Desde hace ocho días, los melocotoneros y los albaricoques están florecidos; las lilas ya dejan entrever sus racimos; los perales y los rosales apuntan sus brotes frescos y puntiagudos; el césped reverdece, y un arbusto cuyo nombre desconozco ha echado sus flores color limón; el castaño siembra de estrellas la extremidad de sus ramas. Las hayas se adornan ya con su verdor naciente; las muchachas corren en busca de violetas, y el ruiseñor ya ha celebrado la proximidad de la primavera; lo oí anteayer, en la avenida de la Voie-Creuse, cantar sobre las encinas despojadas, pero acorazadas en su espeso corpiño de musgo. Esta mañana sólo el cielo no es primaveral: negruzco, pesado, antipático; las nubes descienden hasta muy abajo, en la montaña, y el horizonte se muestra cerrado, oscuro, feo. Ayer presencié una curiosa puesta de sol; al este, todas nuestras montañas secundarias y el paisaje estaban negros, severos, mientras el circo nevado, más arriba, aparecía teñido del más bello color rosa; el contraste era más fuerte de lo que recordaba haber visto nunca. Al oeste, el cielo fríamente claro estaba surcado por

un laberinto de nubes atravesadas por los rayos de luz, pero de colores extraños, invernales, noruegos. Era un paisaje polar, de aspecto inhóspito y colores ligeramente salvajes.

De ocho a once he pasado tres horas estupendas en casa de los primos C. El inglés, el piano y otros mil temas de conversación hicieron volar rápidamente las horas; no podíamos acabar. La señorita F. estuvo encantadora; ha tocado un aire a cuatro manos, y me ha pedido un tomo de Chateaubriand; todo lo linda y graciosa posible. *No sé* exactamente de qué hemos hablado: Swedenborg, telegrafía sin hilos, magnetismo; de la señora Duprez, de la señorita Delisle, baile, poesía, del alma que sale del cuerpo a voluntad; a propósito de *La divina epopeya*, me han enseñado un proyecto de paraíso en 24 o 30 regiones con titulares: los impetuosos, los importantes, los sentimentales, etc. Yo estaba con Sócrates y con la señora Cher., en la región de los ponderados. En fin, hubo equilibrio de seriedad y alegría, de utilidad y diversión, y al separarnos lo hicimos muy contentos unos de otros. Interesante conjunto. Estoy encantado, pero no enamorado. Para esto último hay que entrever profundidad, infinito, y no entro lo suficientemente hondo en esos bellos ojos; veo delicadeza, sí, lozanía, sensibilidad, pero nada más, de momento. Me siento atraído, pero no cogido; cautivado, y no cautivo. He estado más satisfecho de mí que lo corriente, más cómodo, más sencillo, mejor persona; y me parece que han agradecido mi buena voluntad.

Por C. y por mi vecino Kunclerc he conocido muchos detalles sobre la coqueta señorita de St. y la linda señorita de F. Por una parte he reconocido mi imprudencia, y por otra mi tontería; el atractivo y el orgullo me han atraído a partes iguales. En los palcos estaba mi linda y encantadora carita de la lección de sánscrito, que, según dicen, cuenta nada menos

que con una cuarentena de admiradores; lo que hace poco honor a mi memoria es que he bailado con ella en el baile Delar y no la he reconocido. Es la señorita Ber. Pero hay algo muy triste en su familia hay varios casos de afecciones cerebrales; el tic que me había llamado la atención estaba, pues, demasiado bien observado.

Esta noche me encuentro de mejor sentido común y menos novelesco que de costumbre sobre ciertos puntos, porque he aclarado dos o tres cuestiones. Vivo en la más completa ilusión; felizmente, lo sé y no obro bajo esta influencia. En el fondo, el sentido común es algo de mucha utilidad; tan útil, que sin él no hay acción ni éxito posibles en los negocios de este mundo. El sentido común es la medida de lo posible, pero yo sólo conozco la medida de lo que debiera ser; el ideal es lo opuesto al sentido común, lo mismo que lo poesía lo es de la prosa, y la acción es sencillamente prosa. Mi fuerza, si tengo alguna, no está, pues, en la acción, sino en el pensamiento. No soy práctico, sino teórico. Y no estoy hecho tampoco para el arte, sino para la ciencia. ¿Y para qué ciencia? La ciencia psicológica, literaria, artística (?).

Viernes, 19 de abril de 1850.—No vale disimularlo; lo que más me cuesta es emplear el tiempo regularmente y según lo previsto. El desorden, la irregularidad, lo imprevisto no me dejan un solo momento. He hecho planes cien veces, he distribuido mis horas en el papel, y quizá no he seguido estos cuadros siquiera una vez. ¿He cometido un error haciéndolos, o un error no siguiéndolos? Quizá ambas cosas a la vez. La irregularidad es la inconstancia, desperdicio de fuerzas, enervamiento de la voluntad. Carezco por completo de orden y de hábitos. Otra consecuencia: a veces noto un sentimiento de fatiga, pero nunca tengo la impresión de haber redondeado una tarea, de haber cumplido

convenientemente una jornada, porque me falta la medida de lo que debiera y podría realizar. La única medida objetiva que ahora poseo, el único deber concreto es el de preparar mis lecciones para la academia; pero cada vez la prueba vuelve a empezar, y no sé cuánto tiempo necesito para prepararla. Otra consecuencia: inquietud, desasosiego, derroche. ¿Alcanzaré alguna vez la serenidad, siempre tras ella? ¿Existe serenidad sin orden, sin la interior seguridad que da el derecho reconocido a cada cosa, derecho en el tiempo, en el espacio, en la atención?

Sábado, 20 de abril. Once y media de la noche.—Lección sobre China, Media y Persia, desde el punto de vista del arte. Pasé la primera parte de la tarde en Plainpalais, en casa de la prima Julia, con Laura, que parecía estar decidida a marchar este verano a Vandoeuvres: ¡por fin! Laura ha estado muy agradable y cariñosa con la prima, casi alegre. Después de una ligera merienda en el convento, vuelta bajo la lluvia, cada vez más fuerte. Laura está maravillosamente hecha: es elegante, flexible, grande; tiene raza, y el pie y el talle son de un trazo irreprochable. Es una chica muy linda, con la única desventaja de la nariz, pero incluso su perfil resulta a veces noble y ardiente.

Causar placer a los otros: idea muy sencilla y que siempre olvido. De ordinario sólo me interesa la verdad, y pongo una especie de fanfarronería instintiva en no halagar a los demás, ni en sus ilusiones, ni en sus gustos, ni en sus inclinaciones; en ponerles el espejo al revés. Y claro, siempre ando tropezando, y no gano nada: choco y no agrado.

Martes, 23 de abril de 1850. Siete de la mañana.—Qué desagradable me resultaría ponerme enfermo; cuando la salud me falta, quedo completamente desarmado. No me gusta la cama, y la ociosidad me aburre mortalmente. La

fragilidad de mi bienestar, mi debilidad ante la enfermedad, la felicidad de estar en familia, y sin embargo siento demasiado aislamiento todavía, cuando la apatía y el malestar nos persiguen, son cosas que he experimentado durante todo el día de ayer.

Tristes jornadas las que pasamos solos en cualquier hotel o en una habitación amueblada. Como he dicho con frecuencia, la independencia se paga. El cuidar y ser cuidado, mezclar nuestra vida con la de otros seres frágiles lo suaviza todo, y el mal que despierta testimonios de amor es un bien. Resulta evidente que la familia es la escuela de la simpatía, del placer y del dolor en común.

(Tarde). Lección sobre Plotino. Subí a la Sociedad de Lectura. Proudhon se ha escondido y trasladado desde París a Doullens: su adiós es a la publicidad de notoria firmeza y grandeza. El socialismo, sin él, pronto será decapitado.

Antiguo conocimiento: la señorita Guignar, que me había interesado bastante en la velada de Petit, por su conversación delicada y reservada, ha venido a inscribir a su hermana pequeña para los cursos del Fort de l'Escluse. Está más fresca que entonces, y su costumbre de elección un poco sobria iba muy bien con esa expresión que tanto me gusta en la fisonomía de las prometidas, expresión de recogida felicidad, de alegría grave, de confianza contenida, de discreta serenidad, que las coloca entre la despreocupación o la timidez excesivas de la muchacha y la seguridad también excesiva de la recién casada. Este estado incierto y rico en emociones opuestas de temor y de esperanza, de impulso y de vuelta, presta al rostro un atractivo particular.

Miércoles, 24 de abril de 1850.—Estoy perseguido por las ideas de felicidad, ternura, matrimonio, y paso dándole

vueltas horas y horas. Desconfío hasta de los impulsos que parecen voces interiores, pues ya las he experimentado y sé que muchas veces son simulaciones de la imaginación; para salir de mi incertidumbre sólo me queda, pues, la triste moral estoica: abstente. La idea de tener que depender de mi plaza me resulta odiosa, y de ella seguiré dependiendo si sólo consulto mi corazón para elegir compañera. En fin, dejemos este caos.

Esta tarde he leído los diez primeros libros de las *Confidencias* de Lamartine. Y es precisamente esto lo que me ha devuelto a la realidad de la vida. También yo me he asombrado de la pobreza de la mía, de mi indolencia; no dispongo del medio que me haría falta. Me invade el sopor, estoy por debajo de mí mismo, ningún estímulo de gloría, o de servicio posible viene a visitarme. No vivo con el corazón, ni con el pensamiento, ni con la acción; no tengo alegría, entusiasmo ni autoridad. Estoy hilando la seda de mi mortaja y dejo pasar los años adormeciéndome ingenua e infructuosamente. «¡Qué lástima!», como bien dice la señora Necker…

Desde que habito nuestro agujero ginebrino, colocado bajo la campana neumática del aislamiento y del hastío, la inercia, la apatía y el sopor son la forma de tristeza que me invade más frecuentemente. No vale la pena tomarse él trabajo: éste es el desesperado resultado al que mi pereza y la poca simpatía que encuentro me conducen.

Sí. el fondo de mi existencia está vacío. El amor, la ambición, la gloria, la esperanza, ninguno de estos poderosos móviles de la actividad me sirven de acicate. Tiendo al bien, pero lánguidamente. Soñador indiferente, no tengo ahora el deseo de nada; el yo me cansa, y todo me lleva a mi yo; todos los fines próximos de mi actividad me agobian con su

mezquina importancia. Me veo amenazado por el tedio, ese encantador spleen inglés, que el torpedo del hastío engendra más rápidamente que la lima de la pena.

Leyendo el delicioso episodio de Graziella *(Confidencias)*, pienso: y sin embargo, yo nunca hubiera tenido tanta crueldad. Puedo carecer de valor en las cosas de amor, pero nunca he obrado por egoísmo, y si bien tiemblo ante la posibilidad de dejarme coger, temo la otra de perderlo; me da miedo despertar una emoción, encadenar e inspirar ilusiones aunque sean poco profundas. Es lo inverso de la fatuidad, y en esta ingenuidad y esta timidez hay bastante generosidad. Los ejemplos de vidas de mujeres maltratadas, desgarradas, destrozados por la ligereza de los hombres me han inspirado siempre una gran piedad, que nunca olvido. Soy, por consiguiente, al mismo tiempo, demasiado tonto, demasiado tímido, demasiado indeciso, demasiado fanático de independencia y demasiado respetuosamente generoso para haber tenido una pasión. Detesto engañar, y detesto engañarme. ¿Cómo diablos tejer un romance con estas dos brutales dueñas del corazón, estas dos glaciales guardianas? ¡Pero también, cuántas chispas apagadas, cuántas llamas ahogadas por la represión o la distracción! En fin, me aburro mortalmente. Me callo.

Jueves, 25 de abril de 1850.—Deliciosa mañana de primavera, que empleé en pasear por la parte de las aldeas de Saconnex. El campo parecía terciopelo; los ciruelos y los cerezos ofrecían sus copas floridas; trigos y campos verdean con alegría; cielo puro, aire fresco y suave, pájaros, hayas semidesnudas, pinos nacientes; he recobrado la calma y el bienestar. Pensé una serie de cosas, entre ellas una poesía: *Los tres espejos.*

La medida definitiva de un hombre, me decía el otro día, es doble; fuerza y bondad. Sin fuerza, no cuenta, y sin bondad, la fuerza disminuye.

Domingo. 28 *de abril.*—Revisión del mes de abril. Salud: he padecido dos días como consecuencia de un enfriamiento, debido a las lluvias, y que me había turbado. Desde entonces, me siento ligeramente calenturiento. Mi vista se fatiga con frecuencia; sobre todo después de ciertas tardes, como, a veces, en invierno. Las lecciones me cansan el pecho, sobre todo cuando no hay una atención absoluta.

Intelectualmente. Me parece interesante dar los dos cursos; la prueba de la enseñanza filosófica va por buen camino. Sólo que corro el riesgo de volverme temerario y dejarme acosar por las reparaciones. Necesito mantenerme fresco, en actividad e individualidad.

Moralmente. Me han asaltado diariamente reproches de todas clases, invitaciones interiores, etc., sobre el capítulo de mi estabilidad. La lucha entre mi independencia y la necesidad de fijación, entre lo útil y lo deseable, entre la fría razón y las quimeras atractivas, entre el impulso y la repulsión, ha proseguido.

Socialmente. He descuidado mi correspondencia, he dedicado poco tiempo a algunas partes de mi familia (aquí, en la Monnaie, a Jul. B.), y he visto poco, muy poco, a los A. Roux, L. A., etc. En el aspecto amigos, sólo he frecuentado a H. Bordier, Edm. Scherer, un poco a la señora Long, y los Ch., y esto de tiempo en tiempo; no olvidemos a los Cavagnary, con quienes he pasado varios sábados por la tarde. Es casi todo. Ninguna invitación hecha o recibida, apenas algunas visitas aisladas han venido a interrumpir esta vida solitaria, tranquila, regular y monótona. No he echado una sola raíz de más; y sin embargo me siento menos

retraído y mejor dispuesto. Vivo como un misántropo, y sin embargo amo al mundo.

Placeres. Uno o dos paseos; cuatro veladas musicales; las reuniones de los sábados.

¿Qué reproches tengo que hacerme? Desorden en el trabajo. Indolencia y tiempo perdido. Sequedad, frialdad, petrificación de mi vida. Olvido del porvenir, letargo, indiferencia, pereza, desdén. Mi fatal aforismo, todo o nada, me ha hundido; y me he resignado con nada. No soy nada, ni en el círculo familiar ni en la ciencia, ni en la sociedad, ni en el estado; al no poder ser lo que debería ser, ocupar el puesto que me pertenece, me complazco en disimularme, en borrarme. Mi orgullo equivale a mi pereza. Retrocedo ante la vida, y sólo cojo de ella lo indispensable: astucia de liebre, que cree, escondiéndose, escapar a su enemigo, y, perdiendo el tiempo, hacerse olvidar; y que convierte el aplazamiento en sabiduría, y la inactividad en método, y la muerte anticipada en filosofía de la existencia. De todos mis deberes, apenas he cumplido uno: el de profesor, y aun... Pero respecto al prójimo, respecto a mi talento, respecto a mi país, como ciudadano, como amigo, como pensador, como hombre, he olvidado por completo mi tarea. Incluso me he desviado del anclaje del deber. Es mi satisfacción, y no mi misión, mi agrado, y no lo justo, la voluptuosidad (¿qué importa que sea intelectual?), y no el deber, el egoísmo, y no la virtud, lo que ha dominado, en forma de dirección invisible, mi pensamiento y mi voluntad durante este mes. Es el yo, y no Dios, quien ha reinado en mi alma: primera causa de descontento. Inconsistencia y anarquía incluso en este ámbito: segunda causa de malestar.

He deseado poco, he deseado mal; caminado y más caminado mal en una pésima dirección. Necesario resultado

de semejante inventario moral. Hay que rectificar la meta, fortalecer la voluntad. Tomar por faro a Dios y al deber, y por divisa: energía y perseverancia; es el consejo conclusión de este examen.

Acabo de hojear, hacia atrás, las páginas de este mes. Lo aburrido de este diario es que hace mi vida aburrida con su eterna y detestable recaída sobre mí mismo. Pero ¿sería de otra manera *Diario íntimo*? Podría anotar lo que pasa a mi alrededor, y a veces me siento tentado. Pero ¿no sería sustituir el verdadero motivo de las *Memorias* por cualquier otro? Hace tiempo, había pensado en una serie de carnets paralelos, cuyos títulos persisten. Y más tarde, en dos solamente: exterior e interior. Falto de tiempo, no hice más que seguir el rastro ya trazado.

Visitas directas, invitaciones, paseos premeditados, participación en reuniones, reuniones, etc. Informaciones simpáticas, ningún medio es excesivo en este sentido. Hay que considerar los deberes sociales como deberes, es decir, dedicarles tiempo, espacio e interés. Serán un medio de arrancarte a tu aislamiento, a tu torpeza, de enraizarte en el suelo de la patria, al cual sólo podemos atarnos por los mil hilos de los afectos de todos los tipos; y también ser útil, pues hay que amar y conocer, ser amado y conocido, para poder prestar algún servicio, para tener alguna autoridad y algún valor. Deja ya, pues, de tener ese aspecto de extranjero en tu país. Hay que vivir la vida sobre la cual queremos influir. Pero resulta que las gentes, las cosas, las instituciones, te resultan más o menos desconocidas. Y tú conviertes esta ignorancia en sistema y te desinteresas más allá de lo normal, quizá más por amor propio que por verdadero gusto. Es agradable sentirse en casa cada uno, estar asentado como un niño y actuar como un hombre. El

alejamiento, el aislamiento, fuentes del hastío, engendran también la inutilidad.

Entra asimismo en el mundo de los intereses, de los móviles reales, de las inquietudes y de las preocupaciones, de las pasiones positivas. Aprende a conocer a los hombres, procurando no llegar ni a despreciarlos, ni a detestarlos. Pon el ojo, ya que no la mano, en las cosas del mundo, para vivir al ritmo de tu tiempo.

Viernes, 3 de mayo de 1850.—Bella lección de Scherer sobre el fundamento positivo del cristianismo, cuando la autoridad (la de la iglesia, de la parábola, de los milagros, etc.) ha sucumbido ante la crítica. Queda el hecho religioso, y la concepción histórica. El dogma es inevitable, pero no es religioso. El objeto de la fe es la persona de Jesucristo, ideal real, hombre Dios, revelación, reconciliación de hecho, oferente de la conciencia, de la vida eterna y divina, y por solidaridad, sufriente con nosotros y nosotros salvándonos en él. La fuente de la fe es triple: autógrafa, testimonios y tradición. Aquí no hay la autógrafa; testimonio (san Juan); tradición (los tres evangelios).

De acuerdo completamente en todo. Sólo me queda una duda, acerca de la naturaleza milagrosa de la persona de Jesús; sobre este punto deja un misterio, y no alcanzo bien su pensamiento.

Visita al pintor Hornung; le he visto crear una cabeza de monje a la acuarela, y es un curioso espectáculo. Los primeros trazos, puros y de una dignidad ideal, se han ido aplomando, espesando, a medida que los trabajaba más; el personaje deseado por el pintor se muestra a través de una serie de metamorfosis, de máscaras y despojos sucesivos. Veinte, treinta, cincuenta personajes pasan y desaparecen. Sucesión fantástica, antes que el pincel se detenga y quede

fijada la forma definitiva. Imagen profunda de la evolución psicológica de una idea, de un carácter, de la vida, en una palabra.

El parecer de la señora Long me persigue con insistencia, y cierta persona está con frecuencia presente en mi imaginación; cada vez pienso en ella con más asiduidad, y su encuentro me ha causado un vivo placer. Pero siempre choco con el mismo obstáculo: no tengo holgura económica suficiente para atender sólo a mi gusto; mis pequeñas rentas no llegan para una familia, y mi plaza es algo muy precario, de lo que mi honor no me permite ser esclavo. Así que, aunque la educación, el carácter, la capacidad, la piedad y la dulzura me convengan, tengo que apartar mi pensamiento de ella, aunque se aferre imprudentemente a mis sentidos. Tendré, no obstante, que instruir este proceso en su debida forma; porque si quiero detenerme, hay ante todo que salir de esta actitud ambigua, mala para mí y para otras personas. La debilidad puede parecer oblicuidad; y la indolencia falta de delicadeza, y el epicureísmo de corazón falta de sentimientos, y el desinterés tendencia interesada. Tengo conciencia de los móviles honorables, y hace falta que tenga además la evidencia. Hay que mostrarse franco y valeroso frente a uno mismo y para con los demás; es, además, el partido más conveniente.

Anuncios de matrimonio: R.; D. Es muy divertido ver el ardiente interés y la curiosidad con que nuestras damas se ocupan de este eterno tema, eternamente joven, es cierto; pues el único drama de nuestras existencias uniformes la única crisis irremediable, y después interesante por la edad, la indumentaria, las emociones, del que tenemos la suerte de ser espectadores. En el fondo, los nacimientos, las muertes y los matrimonios son los verdaderos poemas burgueses, los grandes negocios de la vida en familia; son las batallas, las

revoluciones, las coronaciones de la existencia individual, y las conquistas de las muchachas, por mi fe, valen tanto como las de los generales; pueden costar lágrimas, pero también lágrimas de alegría. Si yo tuviese más vida subjetiva, y más necesidades prácticas, me gustaría incluso ser actor en este drama.

Sábado, 4 de mayo de 1850.—He holgazaneado toda la tarde, con un bello sol primaveral, en la hierba, escuchando los grillos, al borde del bulevar Saint-Jean, y a lo largo del Ródano por Sous-Terre. Estuve contemplando el discurrir del río, y los jóvenes brotes que verdean en las hayas, y toda esta vida que viene y va. He descompuesto la enorme y melancólica elegía de la naturaleza, reflejada en el hombre. Sentí el peso de la soledad, más aún que su encanto, o, mejor, experimenté dos series mezcladas de sentimientos, ningún deseo presente y vago malestar futuro. En general, salvo en el estudio, noto un vacío, ya sea en sociedad, ya en medio de la naturaleza; se trata de una impresión nueva. Creo que apenas podría, ya, viajar solo, vivir solo, como he hecho tanto tiempo. Decididamente, no me basto. Siempre esta letanía perseguidora… Si hay que enrolarse en el bando respetable, conviene al menos que sea a tiempo. Tener sesenta años cuando el hijo sólo tiene veinte es bien triste.

Mi indecisión nace de la apasionada necesidad de independencia; pues tomar partido por algo es una limitación; un partido irreparable e irrevocable es una de las cosas más difíciles de lograr, sin un impulso interior. Pero yo desconfío de todos mis impulsos, los critico, los socavo y los mino. Y además, la situación no tiene salida. Y yo he preferido siempre la ausencia de un bien que la posibilidad de que dicho bien pueda convertirse en un mal; mi moral instintiva ha sido siempre privarse, abstenerse, temor a lo peor.

Martes, 7 de mayo.—He pasado una tarde de mujer. Lasitud indolente después del almuerzo; después terminé el tercer tomo de *madame* Necker sobre la existencia femenina, desde el matrimonio hasta la vejez y la muerte. Tras la lectura me asaltaron enorme cantidad de sentimientos y pensamientos; permanecí con la cabeza entre las manos durante no sé cuánto tiempo. Recé, escribí cartas ficticias, repasé mis recuerdos de todas clases, procuré, en conciencia, hacer luz sobre mi vida, reconocer la naturaleza de mis deberes particulares. Después de detenerme en Estocolmo, en Civitavecchia, en Heidelberg y en Weissenburgo, volví aquí. El destino humano, la vanidad de todo este clamor, no sé qué influencia enternecedora, enervante y sin embargo consoladora, se insinuó dentro de mí. Corrí tras uno de esos sueños medio religiosos, medio fantásticos, de felicidad, de pasado, de futuro, que deben bailar tantas veces ante los ojos pensativos y recogidos de una mujer ocupada en sus largas labores de aguja. ¿Por qué espantar esas horas de ternura? Son muy poco frecuentes, y hacen mucho bien, a mí por lo menos, amenazado siempre por la rigidez y la sequedad de mi aislamiento. Me siento más vulnerable, es cierto, pero, sin embargo, mejor después de estos riesgos de corazón, tan parecidos a las lágrimas. Concedo más interés al sufrimiento, pero dejo más sitio al espíritu de sacrificio. ¿No es una ganancia? Es reconfortante ser visitado en esta torre de cristal donde vivo por algunos rayos penetrantes de la vida real; me hago el efecto de un autómata, más que de un hombre. Las preocupaciones, los sufrimientos, las esperanzas, las alegrías, las ambiciones, las pasiones de los hombres me tocan de la misma manera que el agua al cisne, sin mojarlo. Me siento extraño, suspendido en el aire, un imponderable; es precisamente en eso en lo que soñaba instintivamente, ver vivir sin vivir; el sueño resulta nulidad,

y sin embargo gozo de este estado de paz, ya sea porque esta felicidad es fría, negativa, ya porque temo no tener derecho a ella, y mi conciencia vive inquieta e incluso reclama. ¿El temor al dolor es un instinto legítimo de conservación o un egoísmo culpable? Mi secreto tormento consiste en no ver con claridad mi deber, en no sentirme necesario para nada, y, por así decirlo, notarme demasiado libre. Cuando mi conciencia me dice: sé hombre, sé hombre completo, sé como corresponde a tu edad, sé digno de tus dones, de tu posición, etcétera, me parece que no lo soy. La inutilidad, la esterilidad y la impotencia se alzan ante mí como las tres cabezas del cerbero interior, y me ladran sus confusos reproches, y la criminal cuestión actual une su voz al concierto. No sé simplificar nada; por el contrario, tengo un desdichado talento para extender, aumentar, complicar. Lo posible, lo ideal, lo mejor, lo completo me impiden siempre coger el bien. Me espanta el arrepentimiento, o lo que es igual, tengo horror a la acción. Me mantengo fluido, sin cristalizar jamás. No sé obrar y renunciar al mismo tiempo. Y por consiguiente sólo vivo virtualmente, en potencia; no realizo, o no realizo más que lo que pudiera ser considerado como virtual, provisional, es decir, cursos, ensayos, lecciones. Y asimismo, para mí, soy precario, tornadizo, variable; no tomo en serio ninguna de mis opiniones, ninguno de mis deseos, acciones, porque soy mudable hasta el infinito. Todo cambia, y yo mismo cambio; y por eso apenas afirmo otra cosa que el cambio, y juego con todas las apariencias. Es el punto de vista budista, y el de Heráclito; este punto de vista lleva al epicureísmo, al escepticismo. Hay que compensarlo con la idea del deber: como punto fijo, el alma inmortal, y así puede mirarse la linterna mágica; pero el deber prescribe le acción, y la acción exige lucha con la realidad. El deber tendría, pues, la verdad de haceros sentir

la realidad, el mundo positivo, al tiempo que es liberaba. Esta es la verdadera brújula. Mi liberación actual es frágil, pues cualquier enfermedad, la pobreza, un pesar o un sufrimiento pueden convertirla en lamento.

La enorme cantidad de pensamientos exactos, finos y profundos que abundan en *madame* Necker me asombra y me encanta. Tienen cierta limpidez evidente de la verdad, que excluye la incertidumbre.

Jueves, 9 de mayo de 1850.—Día de la ascensión. He quedado poco satisfecho del discurso de Franki, esta mañana, en el templo nuevo; todo en imágenes, pobre de pensamiento, patetismo exterior, y de estilo monótono; dos tipos de frase (atributo antes del sujeto y después del sujeto) se repetían constantemente. Nuestra iglesia nacional me deja una impresión de absoluto vacío; si la iglesia disidente no me atrae más, ya no sabré a qué culto consagrarme. Sí, el aislamiento es duro; pero el rebaño humano es desesperante. Frialdad, ceguera, pereza, falta de espíritu, de osadía, de infinito, hoy todo me ahoga, verdaderamente. No poder admirar, amar con toda franqueza, abrir el pensamiento de uno, confiarse totalmente, ampliamente, es horrible. Siempre medias palabras, medias creencias, circunspección, sospecha, maledicencia, calumnia incluso, ¡asqueroso! Esta tarde he pasado una o dos horas en casa de los Cherbuliez; me han hecho saber que tenía reputación de panteísta, y en el sentido más absurdo de la palabra; cada trimestre me entero de un nuevo epíteto, todos acogidos con idéntico desdén; y sin embargo, todas estas cosas dejan huella y mancha. Yo sólo me justifico delante de mis amigos; pero quizá tenga que rogarles que no permitan que se me calumnie en su presencia. Esta tarde estaba en vena. La muchacha me ha parecido superior hoy a sus padres, por la delicadeza, las aspiraciones e incluso los modales. Aunque he hablado de

prisa y sobre muchas cosas, he tenido la impresión de que me comprendía y que nos entendíamos. Modesto en el fondo de mí mismo, tengo sin embargo tono autoritario y presuntuoso. Hay que desprenderse de esta debilidad, que en realidad no es otra cosa que fanfarronería y postura.

El sentido del infinito es la demarcación actual de los hombres para mi consideración. Sólo me entiendo con hondura y siento simpatía por los que lo poseen. Los materiales y los que tienen alma son indiscutibles. Los hombres son virtualmente iguales e idénticos, pero, de hecho, profundamente diversos. Sólo nos entendemos con los hombres dotados de idénticos órganos, o más bien que han desarrollado los mismos órganos, y en un grado análogo. Para cada uno, los semejantes están repartidos en dos círculos, el círculo vago y abstracto, el círculo restringido y determinado.

El día siguiente. Este diario refleja muy mal e insuficientemente los hechos y las impresiones; no alcanza su doble fin. Me doy perfecta cuenta al releer las líneas dedicadas a la jornada completa. Habrá que desarrollar el talento de expresar mejor el estado interior, y sin más palabras. Mis obstáculos son y han sido el deseo de totalidad y la fría objetividad. Quizá fuese más verdadero el abandono lírico; la conciencia crítica podría presentarse un día o dos más tarde, releyendo. Conviene no juzgar demasiado pronto, sino simplemente expresar y anotar. En este método habrá también una ventaja de forma; sin duda, de esta manera haré frases y no periodos, y esto me perjudica prodigiosamente cuando quiero escribir de una manera continua; pues la costumbre echa raíces y este giro se instala en la manera propia.

Sábado, 11 de mayo de 1850.—Angustia y reconocimiento han sido las dos consignas de esta tarde, pasada fuera de casa, bajo el sol más brillante de primavera. Angustia, porque me perseguían el vacío y el hastío, y mi espíritu y mi corazón no tienen el alimento que necesitarían, y no tengo contacto ninguno espiritual, y me devano los sesos y me acongojo. He visitado nuestro cementerio, campo de Dios, donde he sembrado tantos muertos de mi familia y amigos. Pasé allí más de una hora y media: los pájaros cantaban; había algunos niños cogiendo flores sobre las tumbas. La visita me hizo bien, y los versos de un epitafio de Berlín: «Qué menos que un sueño así para descansar la vida», me bailaban en los oídos, susurrantes. Estuve evocando a todos los que fui dejando en el camino, maté incluso a los que me rodean, y me acosté yo mismo en la losa fúnebre. Esta contemplación me ha calmado, y luego he podido gozar con más pureza la maravillosa jornada.

Reconocimiento: pues he reconocido toda una serie de dolores, en comparación con los cuales mis problemas son puro infantilismo. La tumba de Cecilia, que en vano he buscado, me ha hecho pensar en su madre; después he visitado a Bordier, que está en su tercera recaída; Heim tiene una fiebre nerviosa, y a Jul. Brandt lo he encontrado encorvado y retorcido a causa de una espantosa crisis de nervios; el señor Tissot, el pobre padre, no estaba en su casa. Éstos sí que son dolores, y yo ya no tengo valor para quejarme, y gracias a Dios puedo olvidarme de mí mismo a la vista de estas diversas pruebas. Este contacto reconforta. En lugar de producirme melancolía, me hace más activo, más decidido. De hecho, es el hombre quien labra su destino, quien crea su suerte, quien debe emprender y combatir, en lugar de apiadarse, ablandarse o consumirse.

Domingo, 12 de mayo de 1850.—Esta tarde he sentido un tedio abominable, una verdadera ira contra esta existencia de vegetal. Todos mis conocidos tienen su círculo de familia cerrado, y para pasar algunas horas juntos, para compartir mi vida, aunque sólo sea un domingo, no tengo a nadie. He merodeado como un alma en pena, a lo largo de las Tranchées. Estoy perseguido por un dilema. Por un lado, no quiero depender de nadie, ni confesarme que necesito otra persona, y, por la otra, no me basto, y la soledad me pesa. No quiero pedir, y no puedo privarme. Este debate entre mi orgullo y mis necesidades, entre mi posición y mis aspiraciones, entre lo real y lo deseable está muy claro; no me engaño, pero no puedo resolver la dificultad.

Un buen impulso me ha llevado hasta casa de tía A., para quien el terrible mes de mayo, este fatal aniversario, es la estación de las lágrimas. Hemos charlado un poco confidencialmente. Después ha llegado gente: la tía Fanchette y las cuatro señoras Cavagnary, lo que sumaba un total de nueve; estaba también presente el tío. La conversación, los juegos al aire libre y una larga charla con el tío en el jardín disiparon mi tristeza. Por la tarde acompañé a todas estas señoras a Montbrillant, y para no provocar celos, he tenido la descortés picardía de no ofrecer mi brazo a ninguna. Esto me habrá conseguido sin duda una mala nota, pero dedicarme eternamente a las señoras maduras es un deber un poco exigente. No importa; he cedido a un movimiento de malhumor y también de embarazo; estaba temiendo cometer un pecado contra el uso, y no quería reconocerlo. El amor propio es un compadre malicioso; y sin embargo no comprende sus intereses, a pesar de ser refinado.

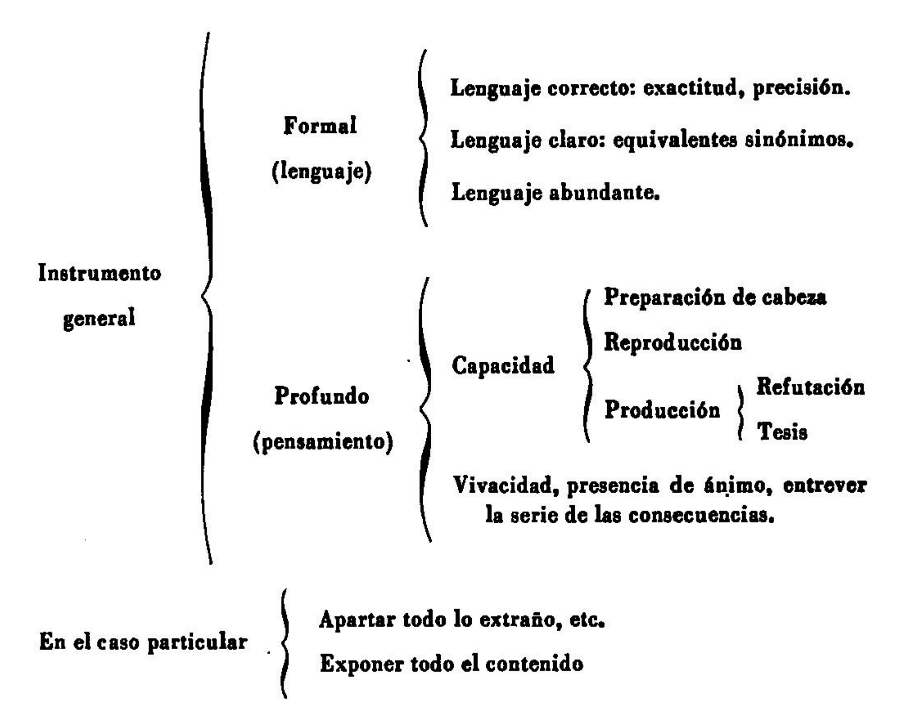
Hoy he sentido con bastante urgencia la necesidad de crearme un círculo propio. Y me he enfriado notablemente

respecto a cierta linda persona. Me ha parecido demasiado amiga del placer, de los éxitos frívolos, de las disipaciones; es cierto que es una niña, pues sólo tiene diecisiete años; y una niña algo mimada, pero de buen corazón, franca, vivaz, y con una gracia picante y maliciosa. ¡Qué caprichoso soy! El mismo pensamiento que el otro día me hacía llorar, hoy me deja indiferente. Las mil metamorfosis de las nubes en el cielo resultan insuficientes como imagen de la variedad de impresiones, antipatías y simpatías que puede sentir un corazón humano, sin ser el de una mujer.

Miércoles, 15 de mayo.—Nuestros albaricoques y perales están en fruto; las lilas estallan, y por doquier aparecen los colores en nuestro jardín. El castaño se muestra cubierto de blancura; están doradas las grosellas, y sobre las ramas de las acacias apenas verdecidas el ruiseñor teje sus filigranas de marfil. *Asor* juguetea en la hierba vigorosa que llega ya hasta las pantorrillas. En revancha, las dos criaturas chillan a coro o en un solo. Y con todo este barullo, con el trabajo imaginable no puedo arrancar de mi alma el *letalis arundo* del hastío, del vacío, del malestar, y miro al porvenir sin placer alguno, y a mi alrededor sin sosiego. El dolor es una advertencia, un preservativo: ¿qué partido sacarle?

Viernes, 17 de mayo de 1850.—Lecturas: Ayer leí tres cantos de *La divina epopeya*. Hoy he tenido la desagradable idea de hojear las *Joyas indiscretas*, novela sucia de Diderot, llena de alusiones y malicias sobre las personas y la época, pero cuya moraleja, y sobre todo algunos capítulos, son de una grosería y de una impureza verdaderamente desagradables. ¿Qué es el amor, y qué las mujeres, desde este punto de vista? ¡Sociedad fétida y corrompida aquella cuyas costumbres y tono se traslucen de estos cuadros!

Esta mañana he asistido a una conferencia entre Scherer y Naville, acerca del principio de autoridad en materia de fe. Ha sido notable. Scherer es más teólogo, y Naville, más filósofo, y Scherer tenía más razón. Pero quedé maravillado ante la capacidad de improvisación de su adversario; habla como un libro, y a cualquier objeción imprevista responde con un discurso de media hora, bien deducido, encadenado, sin lagunas, sin vacilaciones, preciso, elegante: tiene una seguridad, una facilidad y una claridad que produce el bienestar en el oyente. ¿Cómo se ha educado para llegar a improvisar así? Quizás con el hábito de la preparación de cabeza. Semejante improvisación exige a la vez fuerza de cabeza, clara intuición del cañonazo lógico, y libertad de movimiento, de imagen para el detalle y el presente a medida que pasan; y la perfecta obediencia del lenguaje al pensamiento, la seguridad de una clave que permita ocuparse solamente de la técnica.



Pero este esbozo no significa nada; el *Quintiliano* y el *Orator de Cicerón* tratan de todas estas condiciones, tan numerosas, de la improvisación.

Domingo, 19 de mayo. Pentecostés.—Ayer di un largo paseo con Laura después de la gran oración, hasta el Fin del Mundo, y volvimos siendo ya noche cerrada. Le he hecho algunas consideraciones sobre su porvenir y sobre el funesto estado de salud que está buscándose.

Hoy he comulgado, creo que por vez primera desde mi vuelta. ¿Por qué lo hago tan pocas veces? El principal motivo no está en la frialdad, sino en la dificultad de conciliar mi punto de vista cristiano con el punto de vista ordinario.

Yo me creo cristiano, pero discípulo solamente del maestro, y opuesto al judaismo y a la ortodoxia grosera de nuestras iglesias. He comulgado en espíritu con los padres y

con los grandes hombres del cristianismo, agrupados alrededor del maestro, y no con nuestros teólogos actuales. He buscado en ello mi edificación directa, pues el camino por el que cada uno llega es cosa indiferente, y he sentido una inmensa paz después de esta fusión de corazón, después de esta íntima unión con todos los miembros pasados y presentes del cuerpo de Cristo. Fue en la Magdalena, con el señor Barde, donde renové nuestros sacramentos.

He encontrado a la pobre prima excesivamente abatida; la crisis nerviosa dura ya hace diez días: ¡qué martirio! Quería un doctor, y pude encontrar a M. D. Visita a la señora Long; descontento de mí, de mi estúpida manera de perjudicarme a placer; le he dejado creer que mi única vida es la intelectual, y que me bastaba a mí mismo, mientras la realidad es que desde hace meses siento precisamente todo lo contrario; y no he abordado el punto delicado, la elección aconsejada por ella. Tengo aspecto de suficiencia, indiferente, imperturbable, contento de mí mismo, sin vida moral, inteligencia egoísta y fría, que pasa a través de la vida y de los hombres sin pedirles nada, sin aportarles nada.

Le hago el efecto de un limaco siempre encerrado en su concha.

Siempre cometo la tontería de llevarla a un terreno que no es el suyo, y de no atreverme a ser bueno, sensible, débil, simpático. No me atrevo a ser verdadero, y me dejo de mejor gana juzgar mal. Mi timidez, mi falta de costumbre de abandonarme, mi horror por la apañen hipócrita me vuelven falso. Valgo más de lo que hago ver.

Miércoles, 22 de mayo de 1850.—Por la tarde me dediqué a las funciones de propietario, estaba solo: vigilé, arranqué y cuidé nuestras fresas, nuestros rosales y nuestros frutales. Después estuve tirándole de la lengua a la pobre y honesta

muchacha que ha venido hoy a fregar los suelos. Tiene una historia modesta, y sin embargo interesante, llena de lealtad y resignación. No hace falta ir a buscar la virtud lejos, pues con frecuencia está entre nosotros. Obligada a ganar la vida a los diez años, engañada y frustrada por su hermano mayor, abandonando el servicio porque no tenía tiempo para cumplir con sus deberes religiosos, es sencilla, no tiene amargura, y está satisfecha con su pobreza. Este relato es más instructivo, y hace más bien que cien declamaciones. Cuán cierto es que los pequeños para el mundo son los grandes para Dios. Visita a los Caguary. Nunca me he sentido más indiferente, y sin embargo estaba muy bonita, y parte dentro de dos o tres semanas. Soy un muchacho singular. Pero no; conozco perfectamente las causas de mi enfriamiento. Hasta mañana, un paralelo agradable, pero sin conclusión posible.

Jueves, 23 de mayo de 1850.—Tarde agotadora: la he pasado en casa de los Cherbuliez, en Hauterive, con las señoritas C. y T. No están acostumbradas a las recepciones, y todo lo que han hecho fue llevarnos a recorrer durante tres o cuatro horas los tajos del Ródano, y con su mejor intención; me temo que han descuidado un poco a esas chicas. Pero su franca cordialidad ha hecho más que compensar su poca torpeza. De estas tres muchachas, la una carece de costumbre, pero tiene mucho fondo y mérito; la otra es muy bonita, y llena de gracia y de exquisitos modales, pero es menos cultivada, más ligera y menos capaz; la tercera tiene conocimiento del mundo y del buen tono como la segunda, pero es menos joven y menos linda que ellas. No he tenido presencia ninguna de ánimo, y me he dedicado al ejercicio físico en vez de proponer preguntas psicológicas, críticas de personas y de caracteres, tema siempre atractivo y que permite como ninguno jugar. La

naturaleza indiferente, objetiva, curiosa, ha predominado constantemente hoy en mí sobre la naturaleza subjetiva, simpática, necesitada; dentro de mí guardo muchas variedades de hombres. No he tenido un solo momento de ternura, ni siquiera concentrada, en medio de mi despreocupación alegre y traviesa, y sin embargo… Pero no, era la mejor disposición de ánimo para juzgar y para comparar lo que deseaba comparar. Parece que mi barco ha largado de nuevo amarras y se aparta de la orilla. He recorrido un camino, y se me han aclarado dos puntos confusos. ¿Será quizás completamente libre? Por mi fe, tanto peor. Regreso, en trío, al claro de luna: delicioso.

Mi ahijado ha cumplido hoy dos meses. O soy tonto, o muy raro: no vivo en el presente, y la despreocupación se asocia a la timidez y me vuelve cada vez más obtuso, y estúpidamente satisfecho, cuando precisamente habría que no estarlo. Con ocasión de las partidas, de las muertes, etcétera, me siento insensible y asombrado; sólo más tarde me llega la impresión; prueba de que estoy realmente ausente, lejos del presente, más bien en retraso que adelantado varias horas y a veces varios días.

Viernes, 24 de mayo.—He concluido la edad media filosófica. He empleado la tarde con el administrador Choisy en nuestra casa del Cendrier. No me resultó difícil romper el hielo y reanudar el contacto con nuestro inmueble: pero los recuerdos de la infancia, la oscuridad de las escaleras y toda aquella vida penosa, estrecha, dolorosa, me ha beneficiado poco. No sé por qué extraña timidez no me atreví a probarle a la señora Lee. que no la había olvidado, ella, que conoció a mi madre; pero me prometí volver, para decírselo en presencia de menos gente, pues el tío F. y Guill. estaban con nosotros en esta excursión. También intenté entender algo de nuestros asuntos municipales.

Domingo, 26 de mayo.—Excursión vespertina, a pie, con Jules G. hasta Vandoeuvres, para ver a Laura; la encontramos en Leonillina, en casa de los Marc., que nos hicieron quedar con mucha insistencia. Laura estaba abatida, dolida, en parte por la soledad, y en parte por el aburrimiento; y el tristón de Heimwech la ha andado persiguiendo los últimos días. Pobre chica, nunca la había visto tan contenta, tan emocionada de verme; era verdadero sentimiento. Es evidente que se encuentra descentrada, y que no tiene lo que necesita. ¿Cómo poner remedio a esto? He hablado a menudo de este problema, y todavía ayer con el primo Amalric, y con F. No hay más salida natural que el matrimonio, o, pero esto sería ya menos bueno, llevarla conmigo, en el caso de que yo me casase, cosa tan aleatoria...

Jueves, 30 de mayo, 11 de la noche.—Deliciosa jornada, en Salève. Cinco, tres muchachas y dos caballeros, incluyéndome a mí. Todo ha salido a las mil maravillas. Tiempo despejado al principio y al final del día, y magnifica tormenta en medio, extendida a todo el horizonte y sin embargo sin afectar el lugar ocupado por nosotros. Un coche nos llevó hasta Etrembières a primera hora de la mañana, y nos recogió en Collogne a las ocho de la tarde. Conversaciones, admiraciones, algún peligro, y por la tarde canciones, y circuito galvánico en el coche, todo, en esta jornada accidentada y en definitiva encantadora. Éramos los mismos que en Hauteriva, pero mucho más alegres, con más ganas, y nuestras tres compañeras me han gustado, cada una en su género, en medida parecida. La señorita T. estaba guapa en demasía, bajo su sombrero de pastora. Am. resulta siempre agradable, con su espíritu alegre, emprendedor, vivo. La señorita C. se ha tomado la revancha; es indiscutiblemente, más seria, más desenvuelta y más sensible a la verdadera belleza y a la verdadera grandeza, y

si la sociedad redunda en su desventaja, en medio de la naturaleza recobra su superioridad.

De esta excursión me he traído unos cuantos recuerdos agradables y tiernos, unas remitas de musgo y la carga historiográfica de la jornada, con el pensamiento melancólico que sigue hasta la tumba a cualquier jornada sencilla y pura, expirante: ¡Ya no volverá a repetirse! Por mucho que la vida o la muerte nos zarandeen o nos lleven, todos los que hemos estado allí no volveremos a encontrarnos, o al menos siendo los mismos. Fragilidad, vanidad, metamorfosis, lo mismo que la gota de amargura en el fondo de cada flor, igual que el secreto veneno escondido en cada alegría. ¿Pero por qué este triste pensamiento? ¿Por qué no decir: ¡un nuevo día hermoso!? A cada día, su afán, agradezcamos pues al cielo el presente y encomendémosle el futuro. Es más dulce concebir la vida en estos términos, por lo que paladeo mi impresión.

Viernes, 31 de mayo.—Esta tarde Fr. ha recibido su semestre de la casa de Cendrier, y me ha enseñado las cuentas, intentando hacerme compartir su indignación; es necesario que me ocupe de los asuntos económicos; al menos tal es la conclusión de esta conversación, conclusión que yo he sacado mentalmente. Esta indolencia resulta ya un desorden, y tanta timidez una ingenuidad.

Sábado, 1 de junio. Medianoche y media.—Nuestros rosales han comenzado a florecer ayer. Laura me ha escrito desde Vandoeuvres, una carta llena de tristeza; le he contestado inmediatamente, al no tener previsto ir a visitarla mañana. He recibido una gran cantidad de convocatorias para la semana próxima. Esta tarde, inglés; de mis dos compañeras del jueves último, E. T. tiene todavía afonía, y Am. está muy bien. Después de haberse cogido de la mano, de haber

cantado juntos y compartido toda la familiaridad que una excursión a pie por las montañas produce, resulta curioso volverse a ver, cortésmente, y estudiar en las fisonomías la transición, y la vuelta a los convencionalismos sociales. En cierto sentido, esta vuelta es penosa, y se parece a una decepción, a un pesar. La vuelta al lazo, tras la emancipación, resulta dura; y después de la alegría afectuosa, menos agradables las relaciones en cierto modo ceremoniosas de la vida ordinaria. Parece como si se hubiera sido amigo y ahora sólo hubiese un conocimiento; había ciertas uniones, y ahora se produce la desunión. ¡Suerte y desgracia! Entre hombres no sucede así, y una vez que se ha subido la escalera ya no se baja con tanta facilidad. ¿Quizás sea esto un bien? ¿O será mi culpa? Soy estúpidamente desinteresado y cándido.

Esta tarde una señora ha venido a pedir autorización para que su hijo conozca a mi hermana pequeña. La cosa me ha gustado sólo a medias; hemos hablado de ello largamente con Fr., y decidido lo que había que hacer para aclarar la situación y los intereses.

Lunes, 3 de junio de 1850.—Hemos obtenido algunos informes sobre el candidato conyugal de anteayer, que no me parece tener u ofrecer grandes posibilidades.

Miércoles, 5 de junio.—Fanny, su marido y yo hemos ido de excursión a Pressy, después de comer, para ver a Laura y comunicarle las proposiciones del otro día. Tal como esperaba, no le han hecho la menor gracia. Quiere más que eso, pues el joven está en la fábrica.

Viernes, 7 de junio.—Ayer he tenido una jornada de trabajo feroz: he corregido 180 temas de ortografía y de 40 a 50 composiciones (para las dos primeras clases) del colegio, y dado de 8 a 10 precios. Mi día fue devorado casi por

completo por este trabajo, y al final lo dediqué a ese doctor extranjero.

La lección de hoy salió mal, y he perdido bastante tiempo. Primer baño de Arve de la temporada. Cené en casa de los Amalric. Visité a Jul. Brandt. Decidí con Pr. ocuparme de mis asuntos y de la administración de nuestra casa de Cendrier, que está en vergonzosa ruina. Tenía un tema extraordinario para la lección de estética de mañana, pero he tenido dos horas de trabajo esta tarde, y luego una sesión de premios para el gimnasio (de 5 a 7) y después reunión con los «ministros», con lo cual voló la totalidad de mi tiempo.

Siento una creciente repulsión por todo lo que es mal gusto y de mal género en el lenguaje, en los modales, en las costumbres; y esta delicadeza inoportuna me pone en situaciones incómodas con gran cantidad de gente, incluso entre mis relaciones ordinarias; así, esta tarde, con la señora Bd., con el profesor Rd., etc. Todas estas vulgaridades me hacen un efecto parecido al olor a queso.

Hace un calor pesado y agobiante; el cielo está cargado, y la luz muy difusa. Encontré a Am. mal vestida; a la señorita Berte, con un lindo vestido de verano, y a la cual me hubiera gustado ofrecer lo que ella esperaba con inquietud, en la puerta de una tienda de música en la calle del Hotel de Ville; ¿y qué es lo que yo tenía?... : un paraguas.

Todo este clamor y la precipitación de mis ocupaciones me dispersa de manera singular y no he tenido placer ni pena, porque hace varios días que no tengo sentimiento alguno.

Sábado, 8 de junio. 11 de la noche.—Tímido y triste. Triste, debido a una ausencia; triste a causa de mi ingenua timidez, que me hace ocultar lo que siento, cuando sería natural, dulce, e incluso necesario mostrarlo. He estado estúpido y

frío toda la tarde, precisamente para no mostrarme sensible, y he hablado de cien bagatelas precisamente para evitar la única cosa que me interesaba. Soy tan indolente como estúpido, y tan apto para sufrir como torpe. Todo me perjudica, lo mismo mis cualidades que mis defectos, y mi respecto a mi delicadeza tanto y más que mi orgullo y mi alejamiento. Es un hecho que no me he atrevido a pronunciar una palabra con aire amable, que expresase una pena o una esperanza, y no he aprovechado ninguna de las numerosas ocasiones que se me brindaron, ni en el camino hondo donde se llegaron a mi encuentro, ni en el largo paseo que siguió. He debido parecer en extremo limitado. Pero hablemos de otra cosa.

Domingo, 9 de junio.—Esta tarde ha sido inigualable; en la Terrassière se escuchaba calificar de absurda y criminal la abolición de la pena de muerte, y en la calle de los Chanoines llamarle asesinato jurídico. Y todo a propósito de ese mal bicho de Richard. Idéntica energía de convicción, pero convicción contradictoria; eso es el hombre.

Lunes, 10 de junio de 1850.—Esta tarde sentí una especie de repugnancia ante el trabajo por hacer; mi molino me cansa, necesito variedad y cambio. De noche, sentí un vacío y un abatimiento ciertamente crueles; la languidez del aislamiento empezaba a penetrarme, y sentí necesidad de afecto. M. ha venido a visitarnos de noche. Salí para informarme de algo, pero llegué a la puerta y no me atreví, temí que mi interés fuese inoportuno o notorio; y sin embargo se trataba de una enferma. Esta timidez salvaje y asustada de mi infancia no ha desaparecido; la encuentro de improviso; Rousseau pasaba veinte veces delante de la pastelería antes de atreverse a entrar, y era menos tímido y vergonzoso que yo.

En verdad, no sé conducirme, y necesitaría alguien que se preocupase de mi felicidad, pues yo soy demasiado indolente para hacerme cargo de ella. Y no sé sacar partida ni de mi posición, ni de mi edad, ni de mi tiempo; me consumo, me canso, languidezco y me devoro de impaciencia, falto de un consejero claro y benévolo. No sé qué hacer con mi corazón; nadie quiere cogerlo, y yo no puedo conservarlo más tiempo.

Martes, 11 de junio.—He tomado mi segundo baño en el Arve. Lección sobre filosofía moderna en general. Esta mañana a las seis ajusticiaron al asesino Richard; dicen que el gentío era inmenso, y venido incluso de muy lejos. He visitado a Scherer; tiene una encantadora mujer y cuatro hijos. La casa es preciosa, en el campo Gaussen, en las Grottes.

Miércoles, 12 de junio de 1850. Once y media de la noche.—Soy demasiado orgulloso para actuar con destreza, y he luchado toda la tarde contra mi tontería; pero no he podido dominar mi inoportunidad, y he estado descortés hasta resultar duro, en vez de triunfar sobre mi embarazo. De modo que no me he despedido, y, por consiguiente, no he hecho los conocimientos necesarios para una relación posterior, y sólo he dejado por toda reparación unas cuantas quejas. Esto es imbecilidad. Siento de nuevo lo que ya me ha ocurrido a veces a lo largo de mis viajes: la tristeza de partir, la ansiedad de romper las ataduras, incluso las más tenues, pues toda hora dulce, cualquier recuerdo agradable es un lazo, y cuando la juventud, la gracia y la distinción aderezan y sazonan tales relaciones de amable familiaridad, la ruptura de las mismas resulta dolorosa. En mi caso hay siempre algo que las envenena: mi estupidez, mi timidez y mi torpeza. Siempre la misma falta: el horror a la hipocresía me vuelve falso; el respeto extremo me hace grosero, y la extrema desconfianza en mí mismo, absurdo; el temor a herir las

conveniencias me convierte en un salvaje ineducado. En una palabra, nadie trabaja en su propio desfavor tanto como yo, y mi mayor enemigo es mi carácter.

Sábado, 15 de junio. Once de la noche.—Acabo de terminar una aburrida novela de Sandeau *(La caza de la novela)*, verdadera y moral, pero helada y abstracta como cualquier tesis a demostrar: aquí, se trata de que el amor verdadero y sencillo es más rico y fecundo en emociones que todas las novelas; que la vida real es más variada que la vida imaginada; que la realidad tiene más poesía que la imaginación; que la novela de Dios es mejor que la del hombre. Yo no lo he dudado un solo momento, pero la *Gabrielle*, de Augier, demuestra infinitamente mejor esta misma verdad. Entre Sandeau y Sand hay una gran distancia. Aquél es mucho menos natural, menos verdadero, menos profundo, menos artistas; sólo tiene talento, mientras que Sand tiene muchas más cosas.

Lo que más me perjudica es no tomar en serio el presente; siempre me parece que no es nada; y continuamente lo dejo escapar todo, porque aún no ha llegado el momento. Sólo vivo para el futuro; incluso de mi propia vida, soy espectador y no actor. No vivo, espero vivir.

Lunes, 17 de junio.—Leí una segunda novela de Sandeau, *Mademoiselle de la Seiglière*, infinitamente superior a la *Chasse au Roman*, más verdadera, más franca, y por otro lado mucho mejor preparada y terminada que *Marianna*. Se trata del conflicto entre la antigua y la nueva sociedad, entre la nobleza de cuna y la nobleza personal: conflicto que aún no está dirimido, pues el prejuicio aristocrático es secular, fuente de amargos dolores que todavía se renuevan con frecuencia. ¿Quién no ha sufrido alguna vez sus consecuencias? ¿No los he sentido yo más de una vez? ¿Y no

los sufriría mucho más a menudo sin mi indolencia y mi desdén? Y sin embargo, sólo el hombre es la medida del hombre, y apreciar su valor en cualquier cosa que no sea su personalidad es envilecerlo; es hacer de un paño, o de un cuadrado de terreno, o de un trozo de papel, o del azar físico de la generación; en una palabra, de una cosa, el aspecto principal, del cual el hombre no sería más que un apéndice; es la brutalidad feudal, y, cosa curiosa, la concepción del hombre está envilecida por la idea misma de la nobleza, y un gentilhombre no vale ni siquiera un hombre. Yo creo en la aristocracia de las costumbres, de los modales, de la vida y del pensamiento, y me gusta; pero no creo en la aristocracia del nacimiento. Creo en la distinción individual, en la élite de las almas, en la nobleza divina, y no en la nobleza humana.

Jueves, 20 de junio de 1850.—Decididamente, necesito relacionarme con los hombres, aprender la esgrima y el tiro con pistola, hacerme un sitio al sol, y mi rango. Vivo como un niño, como un pájaro sobre la rama, escondiéndome por pereza y por absurda vergüenza. No tengo los modales ni la presencia que conviene a mi carácter. Es un hecho indiscutible, y se puede reconocer sin envidia, que sin amante y sin duelo uno se queda torpe e infantil; lo mismo con los hombres que con las mujeres. Los violentos hombres de mundo sabían muy bien lo que decían; y sin sentir mi ingenuidad inmaculada, comprendo que se depende de esta doble inocencia. La audacia y la práctica no se conquistan en la soledad, ni en la reserva. El mundo es una trama de pasiones e intereses. Tú has evitado intereses y pasiones, y no eres de este mundo y no te conoces.

Sábado, 22 de junio.—Ch. de Bernard. Estilo muy castigado, elegante, pintoresco, más pleno que el de Sandeau. Caracteres reales y precisos; intriga bien llevada,

pero se ha excedido en la frecuencia de la burla y la ironía en el tono; demasiada descripción y demasiado recurso a los blasones, o a la historia griega y romana. Se ve en él un hombre de mundo, que conoce igualmente bien su París que la provincia, el derecho y el arte heráldico, y que sobre todo ha observado bien la sociedad aristocrática y las clases nuevas. Su esfera está casi siempre en la intersección de estos dos órdenes, en el cruce de las dos especies de hombres y de costumbres. Es mucho más escéptico e indiferente, menos grave y serio que Sandeau. Fino, espiritual, cuidadoso, mordaz, avizor, es un escrito distinguido y que se vigila.

He terminado mi cura de novelas, iniciada hace diez días. Ha estado compuesta de nueve novelas, con un total de quince tomos, a saber: dos novelas de G. Sand, dos de Jules Sandeau, una de Dickens y cuatro de Charles de Bernard; todo, como adorno de mis lecciones diarias y como distracción de determinadas molestias.

Martes, 25 de junio.—Estos calores me vuelven más irritable que de ordinario; más impaciente de contradicciones, más dispuesto hacia el interior, aunque no visiblemente. Casi nadie me agrada, y resulto salvaje e incivil.

Viernes, 28 de junio.—La mitad del talento consiste en intentar agradar, y tú no tienes ese deseo; y cuanto más empeñas tu amor propio en evitar el agrado, más rígido te vuelves, por temor a parecer que te inclinas. Este único defecto te impide ya la literatura.

Ten cuidado; intenta atemperar tu originalidad; atrévete a ser natural; respétate, tómate en serio, en lugar de borrarte y aplazarte. Sé una mónada.

Sábado, 29 de junio. Siete de la mañana.—Las noches son asfixiantes; me he agitado mucho, y soñado. Entre otras cosas, con una escena pastoril, una declaración de las más vivas, con pantomima *ad hoc*, al borde de un riachuelo. La pastora era la bella E., pero me parece notar que me atraen más la gracia y el sexo que la persona en sí; no era tanto ella como el amor, lo que yo buscaba; era la ternura impersonal, la pasión abstracta y general, a la manera francesa. En el sueño, yo no actuaba con este refinamiento, pero ya despierto, me parece que lo había. Esta encantadora muchacha visita con frecuencia mis pensamientos; y sin embargo, fríamente, encuentro una enorme cantidad de cosas en ella que no me convienen. Pero no sería yo joven si el corazón obrase con sentido común, y con circunspección la fantasía; si la aventura no simulase, para confundir, amor; y, por lo demás, la aventura podría convertirse en amor descubriendo más el fondo del cáliz de este alma, todavía demasiado velada en su brote apenas entreabierto. Mi demonio adiestra con más cautela la voz contraria que la favorable, y me dice que vale más no comenzar lo que no debe continuarse, y turbar el reposo en vano. Tendré, pues, que calcular de nuevo mis posibilidades de hallazgo, que no son muchas, pues quiero una extranjera.

Martes. 2 *de julio.*—Día mal empleado. Comencé el libro de Hartmann (*Krieg um den Wald*). Pasé la tarde en Vandoeuvres, para acompañar a Laura, que parte mañana para Russin. No entiende una palabra de las necesidades de la vida, y es de un infantilismo increíble en lo tocante a todas las cuestiones positivas. Su fulminante imaginación no está contrarrestada ni con el sentido común, ni con la claridad de ideas. A pesar de su finura, de su destreza, incluso de su espíritu, y aun siendo mayor de edad y tenacidad, parece enteramente menor por su conducta. Y lo

divertido es que Leo. me considera una especie de terrible Barba Azul y ella parece una dulce víctima, incomprendida, desdeñada, mal apreciada. Me he dado cuenta de esto varias veces, entre otras hoy. ¿Y cómo acostumbrarme? ¿Qué relación existe en esta naturaleza tornadiza entre su aspecto y la totalidad? ¿Y cómo van a juzgar lo mismo los que sólo conocen un aspecto que quienes comparan todos los existentes entre sí?

Jueves, 4 de julio de 1850.—La primera parte de la tarde la dediqué a pagar cuentas y hacia las cinco hice una escapada hasta Hauterive. Encontré al trío. Lo estupendo en esta casa es que siempre se encuentra de qué hablar, y las conversaciones giran constantemente sobre temas interesantes y desinteresados: literatura, educación, moral, viajes, historia, psicología, etc. Si los modales y los hábitos carecen de distinción, la inteligencia y el espíritu están, en cambio, desarrollados, y se respira una atmósfera de cultura general que me hace mucho bien a mis pulmones oprimidos por inanición. Si mi plaza fuese una cosa segura, o si de una manera u otra tuviese unos miles de francos más de renta, creo que la señorita S. me tentaría; ofrece cuando menos muchas condiciones, y las más sólidas, de cuantas yo exigiría a una compañera. Es seria, con un carácter altivo, inteligente, instruida, tiene sentido, es religiosa, educable, y lo que le falta creo que podría adquirirlo... Sí, pero en el actual estado de cosas, acercarme a ella es reanudar subterráneamente la carrera de su padre, pobre carrera, penosa, llena de dolores secretos, de privaciones, de humildad y de anonimato; andar buscando dinero, todavía, a los cincuenta años; vivir en la buhardilla, llevar la ropa hasta sacarle brillo; y eso no sería nada, pero hacerle sufrir en el alma las consecuencias de su carga, vivir recluido, aislado, eclipsado; dar vueltas a la noria de su destino, y verse

absorbido por las preocupaciones domésticas de la educación de los hijos y del pan cotidiano; pasar del rango de hombre libre al de hombre dependiente; de la existencia más general a la existencia puramente privada; endosar el abrigo de plomo de la penuria, con sus innobles pero imperiosas preocupaciones de estricta economía, de cálculo desolador. ¿Es prudente sujetar a las alas la bola de la indigencia, cuando el alma pide volar? ¿Es sabio? ¿Virtud, acaso? ¿O bien es una fanfarronería? ¿No es un pecado? ¿Un error? Incluso desde el punto de vista religioso: tontería para el mundo, temeridad ante Dios. *That is the question.* La libertad que da la holgura es sólo una preparación para la libertad real; pero sin ella, la otra es un sueño. Y no es por voluptuosidad, o por epicureísmo más o menos disfrazado, por lo que yo quiero la holgura; es como mera condición de la dignidad, de la majestad humanas; para poder levantar la cabeza hacia el cielo, hace falta no estar obligada a inclinarla hacia el suelo; la vida del espíritu exige una liberación de la materia.

Viernes, 5 de julio.—Se ha apoderado de mí un vago y profundo malestar ante la idea de volver sobre los montones de notas que contienen mis cursos de este año, y sólo mi curso de estética. La necesidad de sumergirme de nuevo en ellos, de deducir un plan, pues he olvidado conservar los cuadros abreviados de cada lección, me produce fiebre, de pura aprensión. Me siento profundamente incómodo; nada me agrada; este vacío infernal, esta ausencia de verdadera sociedad moral, de expansionamiento cotidiano, me han perseguido hasta hoy. Cuánto más feliz con su carrera está el joven Victor, animado, comprendido, controlado por todo su ambiente...; siempre he deseado y pedido en vano tener un amigo, un apoyo, un confidente asiduo, una hermana inteligente y simpática. Y cuando encontré un amigo, él no

estaba en situación de aconsejarme. Sin un acicate, sin un confesor, yo nunca haré nada, falto completamente de ambición. Me resultaría muy agradable sentirme reñido, iluminado, impulsado por un espíritu benévolo y perspicaz. ¿De qué sirve cerrar los ojos? El hombre necesita afecto, simpatía, comunión espiritual, y todo esto me falta; por consiguiente, es natural que sienta vacío. Cuando digo: esto me falta, debiera añadir: en el grado que exige mi naturaleza, pues no podría mostrarme ingrato y olvidar todo lo que tengo.

Pero a pesar de los beneficios reales de que disfruto, me siento demasiado aislado, y, en cierta medida, inútil para todo el mundo. Puedo morirme sin desgarrar profundamente el corazón de nadie; lo sentirían, pero no me llorarían. Este pensamiento es muy doloroso. Evidentemente, yo no he vivido.

Domingo, 7 de julio de 1850.—H. se ha casado ayer. Estoy disgustado con él; no demuestra reconocimiento ninguno, y ni siquiera civismo, respecto a mí; fue su tío quien me dio las gracias por el servicio, sin embargo importante, que le hice en el gimnasio; ni siquiera me devuelve mis visitas; ni el más pequeño acto positivo de amabilidad. Colaboro en su dote, y ni se le ocurre avisarme para su boda. Vamos, ni que fuera mi deber obligar a los ingratos. Siempre lo encontré poco abierto y poco franco, aunque afectuoso y cariñoso. Cuando pienso en todo lo que sé de él de carácter ridículo, y todo lo que me debe en Ginebra, y en las muchas muestras de afabilidad que le he testimoniado (dos veces, regalos de libros en Berlín, sin haber recibido jamás correspondencia), lo encuentro sencillamente imprudente. He podido perjudicarlo, y le he hecho bien: dos razones para estar a bien conmigo, e incluso para mimarme, y nunca lo hace.

Domingo, 14 de julio de 1850.—La ingrata prometida de Laurent va a «casarse de nuevo», iba a decir, apenas tres meses después de una ruptura tan delicada como insuficientemente motivada. ¿Por qué una coqueta tiene tanta garra sobre la suerte de un hombre honrado? ¿Pero por qué, también, un hombre rudo comete la torpeza de enamorarse de ese modo de semejante chica, teniendo tan pocas posibilidades de asentarla? Una falta y un error asociados. ¿Cuál merece menor excusa?

Lunes, 15 de julio.—Paseo nocturno y solitario por la orilla del lago, con luna poniente y un cielo iluminado por frecuentes suspiros eléctricos; una música de cobres rozaba las olas grisáceas y soñolientas. Sentado en un banco, con la cabeza entre las manos y el espíritu perdido en una larga quimera, sentí languidecer mi corazón y deseé no estar solo; recé; también fui feliz, y se me apareció claro que era la alegría y no la tristeza la que me conduciría al cielo, y que el Dios de la bondad me atraía con más fuerza que el Dios de la justicia. Me avergoncé de mi disipación, de mi inmersión en lo finito, en lo perecedero, en lo fútil, mientras mis graves afectos por lo infinito, lo eterno, se iban evaporando en los rayos desecadores de las preocupaciones cotidianas. Para sentirse hombre y para vivir, hay que amar, rezar, llorar. Y yo, a fuerza de privarme de expansionamiento íntimo, de verdadera e inteligente simpatía, corro el riesgo de volverme completamente estéril. Con mi familia sólo puedo emplear la parte más exterior de mí mismo. Mi vida profunda no tiene eco… Qué desierto… ¡Venga! Apaguemos esta lámpara que no alumbra siquiera un tintero vacío, soplemos sobre estos tristes pensamientos, durmamos.

Sábado, 20 de julio de 1850.—Malas noticias de Divonne. El señor Droin ha venido el miércoles a hablarnos de una crisis nerviosa terrible de Laura. Fanny marchó allá el mismo día

para pasar la noche, y su marido la fue a buscar al día siguiente.

Martes, 23 de julio.—Esta tarde he leído más de la mitad de *Waverley* (Walter Scott). He tenido algunas visitas, J. Bon., y dos estudiantes. De noche, por delante de la terraza de los Paquis, desfile de una flotilla de barquichuelos, con música y luces; parece que esta sociedad vuelve todos los martes y los jueves.

Vendaval lúgubre; oscuro velo cubriendo el plenilunio; los árboles gimen y se arremolinan tumultuosamente, como la caballería en un encuentro; tiempo temible para los pobres barcos. En Saint-Pierre suenan las once. Demos fin a esta oscura y vacía jornada, que no me ha dejado tiempo siquiera para salir, y en la que, sin embargo, a pesar de no haber estado ocioso, no hice nada.

Jueves, 25 de julio de 1850.—Llevo dos días sin ir a la ciudad; en general, me he vuelto blando, apático, y no tengo tiempo ni ganas de nada. Siento que todo se me escapa al mismo tiempo: talento, originalidad, arrestos, bondad, piedad. Me estoy haciendo árido, indolente, hastiado, sin presencia de ánimo, sin energía.

Me voy apagando; el óxido se incrusta en mis resortes, me aletargo y languidezco, y ya no me reconozco; Ginebra surte el efecto que tanto me temía. ¿Qué es lo que me falta?

1. Libros: estoy perdiendo todos los contactos que mantenía en Alemania, y aquí no puedo estar al corriente de nada de lo que me interesa.

2. Personas: no tengo sociedad intelectual, y termino cayendo sobre mí mismo.

3. Un consejero.

4. Una meta: no encuentro nada que me entusiasme, y todos esos fines de enseñanza, de rutina, de carrera

mezquina, de asentamiento, me parecen muy poca cosa.

5. Y también un afecto.

He cometido muchas faltas. No me he aprovechado de lo que encontré, y lo he abandonado todo por desánimo: no he tenido coraje ni habilidad. He cometido el grave error de no conservar los pocos conocimientos y talentos que tenía, y de dejar todo a la buena de Dios, lo mismo que la administración de mi casa. En particular, para conservarse dispuesto y adquirir seguridad hay que escribir. Y ahora cada línea me cuesta un esfuerzo grande, y la improductividad aumenta con el espíritu crítico. Olvidas excesivamente que la acción, la invención y la producción son lo que presta valor al hombre, y que el individuo se mide por sus obras.

Y tú te anulas a placer, pues no hablas, no actúas, no escribes. Si continúas en esta forma, eres hombre muerto. ¿Cómo dominar esa apatía, esa inercia, esa pereza que amenazan con convertirse en enfermedades crónicas?

Un viaje a París, para reavivarte la sangre y despejarte.

Una temporada en los Alpes, para concentrarte, simplificarte y tomar alguna resolución seria, proponerte un fin, crearte un deber o una ambición.

¿Crees conveniente un tratamiento caliente o frío, sociedad o soledad? ¿Cómo crees que puedes desgarrar ese velo de apatía? Necesitas calor y luz, ambición y coraje. ¿Quizá ambos procedimientos sean complementarios?

Martes, 3 de septiembre de 1850.—He interrumpido este diario un mes. ¿En qué lo he empleado? Viaje a los Alpes (ver mi cuaderno de viajes), del 31 de julio al 31 de agosto. ¿Cuál ha sido el resultado?

Me fui agitado, apático, hastiado, irritado, cansado del trabajo, fatigado de mí mismo, impaciente respecto a los

demás, pero con buena salud. Y vuelvo impedido de la rodilla, pero cambiado. He recobrado la serenidad, las ganas de trabajar, el celo, el gusto por el deber, la esperanza y la benevolencia. Estoy contento del resultado.

¿A qué debo todo esto? 1, a la interrupción de un trabajo que se había convertido en mecánico e inerme; 2, al contacto con la naturaleza, que opera a la larga y silenciosamente, que distrae y reposa, y devuelve dulcemente el equilibrio; 3, pero, sobre todo, al trato, pues en realidad me ha apaciguado el contacto con el prójimo, con corazones buenos y espíritus cultivados.

De ello se desprende una lección. No puedo privarme de su trato; debes ceder al instinto de sociabilidad, en parte como deber y en parte como medida higiénica. Como hombre, tienes necesidad de hombres; necesitas intercambio, acción y reacción, influencia recíproca. Desconocer esta necesidad, o, sin desconocerla, no crearle una salida, es obstinarte en el lamento en soledad, es incubar voluntariamente una enfermedad moral, una acritud que puede convertirse en veneno.

Y lo que más bien me ha hecho es encontrar un hombre, haber hecho un amigo, en la persona de Scherer, ex profesor en el oratorio. Este invierno lo veré con frecuencia. Este invierno tengo que organizarme de manera completamente distinta que el anterior, dedicar decididamente un espacio a la vida social, a los ejercicios físicos y a los intereses circundantes.

He visto a Laura en Divonne, donde he pasado tres días, del 28 al 31 de agosto. Cada vez que me acerco a ella, revive en mí la convicción de que no podemos vivir juntos; y sin embargo, ella gana. He descubierto involuntariamente un pequeño secreto que me ha explicado ciertas aprensiones

inexplicables, y que me obligará quizá a dar un paso muy penoso, y que precipita un proyecto que hubiera podido verificarse por sí solo. Pobrecita; las lecciones de la prudencia le costarán caras.

He pasado los tres primeros días de mi regreso en la cama, con esté inconveniente de la rodilla que no se me quita desde el 12 de agosto; días fructuosos y que nunca sentiré, escuela de paciencia y de coraje. Mi hermana se ha mostrado afable conmigo. He recibido muchas visitas, toda la familia Amiel-Roux, salvo Carolina (Eugenio está de vuelta), todos los Amiel-Joly (salvo el tío, María y Laurent), Heim, Chenaud y sus dos acólitos (Roched y Bretegn). He hecho interesantes lecturas: *El espía*, de[1] Cooper; *Los puritanos*, de W. Scott. Ahora devoro con una inmensa atención el *Diario íntimo* de Frawy Baader, el teósofo bávaro. Me impresiona mucho, y encuentro series enteras de mis propios pensamientos, que estoy encantado de ver despertarse nuevamente, cuando más útiles han de serme.

Me. siento en una calma, un bienestar, una plenitud de mis facultades, una posesión de mí mismo, muy centrado y equilibrado, eminentemente favorecido por la formación de algún gran proyecto. Oigo una voz que me dice que es el momento de pensar en mi porvenir, de fundar algo, de emplear mi vida, de mostrarme como hombre. Estoy en ese momento favorable del desarrollo en el que todos los hilos se cruzan, donde inciden todos los rayos, en la edad de la fuerza y la producción. ¿Cómo lo aprovecharé?

Volviendo al gran fin, durante tanto tiempo olvidado: la liberación de la religión futura, la concepción de la idea verdadera y completa del hombre. Decir qué es el hombre es fundar una filosofía de la naturaleza, de la religión, de la historia, del lenguaje, de la moral, etc. Cada hombre es una

integral del universo; el filósofo intenta integrar la suya, comprenderse. Mi deber consiste en exponer mi concepción de mí mismo, deducir mi sistema, bueno o malo. Y si es sincero y me satisface, será siempre bueno. Mi deber ha de ser emplear todas mis fuerzas. Si son insuficientes, no soy responsable. Hacer lo posible es hacer lo debido. Querer, dicen, es poder. Lo que es más cierto es que poder es deber.

De noche. El pastor F. B. ha estado aquí, de visita, dos horas, y acaba de irse. Me duele el pecho. Este buen y antiguo amigo se ha vuelto el hombre de la minucia, de los consejos interminables, del decoro, de las reglas. Hablando con él, no salgo de mi asombro. Excelente corazón, pero inteligencia obtusa como la de una vieja; siempre sin salir del lado corriente de las cosas y las personas, las cuestiones de procedimientos, de personalidades, las convierte en asuntos de estado. Es la encarnación de la pequeña ciudad, en su aburrimiento y en su virtud. Es viejo antes de tiempo, y no se ha librado de su fiebre nerviosa, que ha atemperado sus cualidades, pero ha apagado su talento. Líbrame, Dios mío, del orgullo, pues el castigo es muy fácil. ¿Y qué soy yo por mí mismo? ¿Qué tengo que no haya recibido? En nada soy superior a mi amigo, pues mi cabeza puede volverse tan pobre como la suya, y en cambio él ha hecho mucho más bien que yo; pero tiene la propiedad de agotar mi paciencia, con su manía de ponerse a divagar en mi propio terreno, en lugar de dejarme ir hacia el suyo. Lo trato con brusquedad, y quizá lo hiero. Aún no sé conducirme con los débiles que se creen fuertes. O bien nunca los tomo en serio, y se pican, o los temo en serio y los contrarío. Regla: combatir solamente con nuestros iguales. Mostrarse benévolo con los débiles-tímidos; con los débiles-tenaces, hacer concesiones, y representar cortésmente, desviando siempre las preguntas en litigio. Con los fuertes, buscar el lado o punto en que se

difiere; con los débiles, empunto de contacto. Independencia, respecto a los primeros; simpatía y suavidad para con los segundos.

Después de cada visita, tengo que restablecer mi equilibrio, como el lago turbado por la piedra. Ayer, Chen., con su naturaleza inquieta, activa, penetrante, febril, un poco burlona; hoy, B., con su pesadez maciza sus prejuicios mezquinos y tus torpes maneras, me han turbado de idéntica forma; el uno por atracción y el otro por oposición.

Se me han ocurrido una serie de aforismos que no he anotado, por no tener a mano cuaderno. El día ha sido menos rico en sensaciones que el de ayer. Una observación curiosa: influencia del local sobre el pensamiento. Mi estado interior era completamente distinto en la cama que delante de la mesa de trabajo; aquí estaba como mundanizado, secularizado, y no podía encontrar las mismas impresiones que en el estado horizontal.

He escrito una legión de billetes, y una carta a Laura proponiéndole Celigny.

Miércoles, 4 de septiembre.—Miserable corazón humano, la vanidad se filtra en los impulsos más puros. Ha encontrado medio de insinuarse entre mi pensamiento y mi pluma, mientras escribía una nota de condolencia a un pobre viejo, víctima de una apoplejía y medio paralítico. Infernal La Rochefoucauld, hubiera gritado Byron, tienes razón cuando dices que en la desgracia de nuestros mejores amigos hay algo que no nos inspira ninguna pena. Este algo, en mi caso concreto, fue el pensamiento de que causaría un placer, que sacaría provecho de mi nota, etc. Satánica pequeñez; me da vergüenza.

¿Por qué no consigo escribir para los demás con la misma sinceridad que empleo en este diario? Sólo aquí la palabra es

adecuada al sentimiento, y la pluma sigue al corazón sin intermediario alguno, sin reflexionar, sin combinar, sin mirarme sin pensar más que en la exactitud. La preocupación literaria es el enemigo de la verdad, de la sencillez. Sólo Pascal, dice Vinet, ha logrado un estilo perfecta y exclusivamente verdadero. Pensar en el estilo es ya rebuscado, es ya un cisma interior. ¿Cuándo se fusionarán, dentro de mí, el escritor y el hombre? Es un problema moral: cuando ya no tenga vanidad, y tenga más fuerza moral y confianza en mí. Ser verdadero es ser fuerte.

Viernes, 6 de septiembre.—He recibido una amable nota de la señora Ch.; y una carta en extremo interesante de Edouard, que se ha hecho acróbata en Nauvoo, sobre el Mississippi. Esta carta ha disipado una gran humareda en la que siempre veía envuelto a Cabet. La enviaré a la *Revue Suisse*; es una prueba del sumario instruido ante la opinión pública.

Lunes, 9 de septiembre.—Mi fuerza es, sobre todo, critica; quiero tener conciencia de todo, saberlo todo. Mi rasgo destacado es la elasticidad, la educabilidad, la receptividad, la fuerza de asimilación y penetración. Mi bienestar, y hoy lo he encontrado, consiste en sentir vivir en mí el universo, ver en todos los progresos de la ciencia y de las artes progresos personales, sentir todos los talentos, los genios, los hombres todos como mandatarios míos, como si fueran mis órganos, mis funciones; vivir la vida universal, y, por consiguiente, olvidarme de mí mismo. Soy objetivo, y no subjetivo; más contemplativo que ambicioso; el fin, para mí, es comprender, y producir es sólo un camino para comprender mejor.

Soy más conciencia que voluntad. Mi verdadero atributo es el de pensador. Curiosidad enciclopédica, *homo sum, nihil humani*, etc. Psicólogo, interesado en las metamorfosis del

espíritu, antes y en la humanidad. Multiplico mi ser limitado por la infinitud de las formas equivalentes ascendentes o descendentes.

Y sin embargo tengo un escrúpulo. Este proteísmo que me resulta tan querido y me parece un privilegio es, en sí mismo, una cautividad, pues me ha convertido en crítico, en detrimento de mi actividad, existente, creadora. Mi ya larga costumbre me ha impuesto, pues, una forma, a alguien tan multiforme, o más bien tan enemigo de la forma como yo. Me encuentro prisionero de la tendencia crítica, analítica, reproductiva. Es un límite, una petrificación, una privación, una disminución de mí mismo. Sí, desde el punto de vista de mi crecimiento armónico, de mi cultura individual. Y quizá no, en la perspectiva de la fuerza, de una carrera, del éxito, pues sólo se logra algo sometiéndose a irnos límites, y la autoridad se adquiere desde una forma determinada, y sólo se llega lejos en una actividad por la especialización. ¿No vale más verter todo el peso intelectual del lado que pesa más? ¿O bien, *totus teres atque rotundus*?

Miércoles, 11 de septiembre de 1850.—Creo conocerme y olvido que sólo conozco una parte pequeñísima de mí mismo, el yo expectativo, el yo solitario, no habiendo pasado todavía por la ambición ni por el amor. Sólo conozco en mí al ermitaño, al espíritu curioso y estudioso, al corazón circunspecto, al joven hombre inexperto, reflexivo, orgulloso, tímido; Pero lo que sería como ciudadano, como amante, como esposo; en una palabra, en todas las circunstancias de la vida humana, en el paso a través de las pasiones y los intereses, lo ignoro. He vivido a régimen, me he mantenido al margen, he estudiado, mas no experimentado, y sólo conozco la vida en mi imaginación. Sólo soy un adolescente, y por consiguiente no puedo estar seguro de mí. ¿En qué me convertirían el dolor físico, la

miseria, los reveses, las traiciones, el renombre, la autoridad, la riqueza, el talento? ¿Cómo soportaría la prueba de las penalidades, de los reveses, del éxito? Apenas puedo sino presentirlo. Sé que soy excesivamente violento y apasionado por la naturaleza, que llevo dentro el germen de todas las malas inclinaciones, lo mismo que de las buenas, y por eso me mantengo sujeto, reservado, con el freno presto. Me sé irritable y vulnerable en exceso, y por eso prefiero la abstención a la pérdida, la reserva al posible fracaso; y disminuyo el número de mis posibilidades para ofrecer el menor blanco posible al destino. La desconfianza es la madre de la seguridad, y prefiero luchar contra mi avidez que contra mis pesares. Irresoluto, vulnerable, no vivo, para no sufrir, para no equivocarme y tener que arrepentirme. ¿Pero es prudencia la prudencia privativa? ¿Y la ausencia de tormentas puede dar experiencia? En el fondo, creo que lo que explica mi reserva es la necesidad de independencia, el temor a entregar mi libertad a las circunstancias, a los hombres, a las pasiones, a las obligaciones, y, por otra parte, el temor a no saber liberarla, reconquistarla, es decir, la previsión y el sentimiento de mi debilidad. Envuelto en la red de los negocios y los intereses, no hay más alternativa que la sumisión o la dominación; hay que obedecer o dominar. Ahora bien, obedecer me repugna, y dominar me molesta, pues no me gusta la astucia. Y de esta manera, me mantengo al margen, y compro la independencia al precio de la autoridad. Que me dejen libre, y renuncio a la influencia. Comprendo perfectamente esta conducta instintiva; es razonable; pero reconozco también con precisión que seguiré siendo un niño y no contaré jamás entre los hombres, si continúo así. Para ser un hombre hay que luchar, hay que practicar la vida, afrontar y ganar las batallas. Sin triunfo, sin autoridad, sin crédito, sin haber

ganado la propia vida, sin haber hecho su carrera, amado, sufrido, no se es nada. El hombre se mide por sus victorias. El mismo *Fabius Cunctatur* tuvo que vencer para ser proclamado gran capitán. ¿Y cuáles son tus victorias? La escuela del dolor es la que hace a los hombres. Para completar una apariencia varonil hacen falta las cicatrices del combate. Esquivar el dolor y el combate es destreza, no fuerza, y si hacemos nuestra carne a las mañas, no recogeremos gloria.

Acabo de leer varios retratos literarios de Planche, que me han causado bastante impresión; los de Lamartine, V. Hugo, Delavigne, y sobre todo los de Mérimée, B. Constant y Saint-Beuve, donde trata la cuestión de los tres amores: de sentido, de cabeza y de corazón. De acuerdo con este análisis, he tenido que reconocer que estoy flotando entre los dos últimos, si bien tendiendo al primero, y que la irresolución del héroe de *Volupté* amenaza con resultarme igualmente funesta. Pero yo respondo como Baader: *Ich heirate nich ais wenn ich muss*, es decir, que hace falta que una persona sea necesaria a mi vida para poder comprometerme en una unión irrompible. Pero todavía no he encontrado una mujer con la cual, a sangre fría, me resulte soportable la idea de vivir siempre. En el matrimonio hay una cosa incalculable, espantosa, porque es absurdo: habría que conocer antes y a fondo, para poder prometer sin juramento temerario, y sólo se adquiere conocimiento suficiente después del juramento. Prometer lo desconocido a la persona desconocida, comprometer el futuro de un corazón del que siempre se ignora una parte a un corazón del que se ignora la mayoría, y de una manera irrevocable, es algo maravilloso. Lo único seguro, en todo eso, es el juramento. El resto es más o menos una lotería. El juramento conyugal es, pues, algo así como

jurar ganar a un juego de azar. ¿Pero quién se juega la felicidad a una tirada de dados, sin echarse a temblar?

En este juego formidable no hay más que una garantía, ni más solución al enigma que la idea religiosa. Si los esposos son religiosos y depositan su promesa entre las manos del Dios de la santidad, nunca habrá pérdida total, aun en caso de error. La paz doméstica parecerá felicidad conyugal. Pero para esto hace falta una religión sincera, verdadera, purificante, activa, y no la religión formalista que simula de ordinario la otra. En resumen, el matrimonio conserva siempre un elemento más o menos considerable de azar, que ninguna penetración o prudencia puede eliminar; este elemento puede devorar la felicidad de los esposos; sólo la religión es capaz de anular su poder de destrucción y de reducirlo al estado de fermento y de estimulante. Consecuencia: el matrimonio no religioso es una lotería en la que casi ninguna papeleta, gana. El celibato y el aislamiento son un sufrimiento de privación, y el matrimonio puede convertirse en un sufrimiento muy distinto; el uno es la ausencia de felicidad, y el otro puede ser un infierno.

Me parece bastante difícil que me atreva nunca a decidirme, en esta materia. Mi horror por lo desconocido, mi desconfianza en mí mismo y en el destino, mi repugnancia profunda por una promesa temeraria, mi terror ante lo irrevocable tienen muchas probabilidades de aliarse con mi inextinguible necesidad de libertad para desviarme y detenerme en el momento de tal tentación. Y si mis inclinaciones cediesen, los motivos desinteresados y los escrúpulos morales dejarían oír su voz. La confidencia y la confesión de P. me han servido de mucho; su horrible suerte, sus tardíos reproches, su desgarramiento interior, después de su matrimonio con una, no obstante, dulce, excelente y

sumisa muchacha, bien podrían repetirse en mí, sobre todo si no me acompaña la suerte en la elección. Y tengo tal miedo a un matrimonio poco logrado, y las posibilidades en favor son tan escasamente numerosas que no, no...

Terminé el primer tomo de Planche (Scribe, Sandeau, etcétera); en el segundo, los retratos de G. Sand y Ed. Quinet. Tiene algo aplastante, pero también macizo; una seguridad de oráculo, una ironía despreciativa y sulfúrica. Pero también una intuición mordiente, mano firme y segura, palabra inexorable, impasible seguridad y desdén pontifical. Su análisis de las obras, de las condiciones del arte, del juego de las pasiones es penetrante, fino, riguroso. Pero si conoce al hombre en sus pasiones, en cambio conoce muy mal la evolución religiosa; sólo llega a sus problemas, pero nunca a las soluciones. El cristiano más simple, que haya pasado por las angustias del corazón y haya encontrado la paz más allá del arrepentimiento, puede enseñar muchas cosas a estos sutiles conocedores del alma humana. Estos no conocen la mejor parte del hombre. Comprender las heridas, describen todos los síntomas, pero no curan ni saben nada de remedios. Vinet es muy superior a Planche y a Saint-Beuve; penetra más hondo y juzga mejor. Nunca, hasta hoy, esta superioridad se me había aparecido con tanta evidencia. Me creía influido por las simpatías nacionales y protestantes. Ahora lo reconozco imparcialmente y con independencia.

Conversación con Laura. He hecho un progreso visible. Está más seria, más franca, más sencilla. ¡Si pudiera al mismo tiempo volverse buena chica, desear el bien, portarse lo mejor posible! ¿Quién sabe? Hemos hablado de su invierno futuro, de algunos trabajos; parece haber recobrado el celo, el gusto. Me ha gustado. En Divonne he logrado mi doble fin: su salud y su cultura. Ahora necesita agua fría y buen tono. Sus nervios están más fuertes, y su tacto más

delicado. Se porta mejor y se presenta más compuesta. La higiene y los modales, el cuerpo y el alma han salido ganando con esta prueba. El tratamiento se continuará con la vida tranquila y plena de un presbiterio. Volver a fundir su carácter y su constitución seria, ciertamente, un resultado inesperado, prodigioso. No sé por qué, pero tengo esperanzas, contra toda esperanza. Quizá sea para animar mis esfuerzos.

Jueves, 12 de septiembre de 1850. Diez de la noche.—Lo más interesante del día ha sido la nueva pareja, en su luna de miel. Ella, una niña de diecisiete años, locuela y reidora, muy ordinaria, pero buena chica. Y él tiene un aspecto ingenuamente encantado, gozoso, alegre. Se hacen monerías de la manera más divertida y con una completa despreocupación. Ch. es tan niño como su mujer, a pesar de tener trece años más. Siempre el mismo cabeza loca y turbulento, de espíritu impetuoso y carácter sin solidez. Lo que le ha encantado en su mujer es la graciosa frescura, la sencillez de espíritu. No está celoso, aunque ella bromea con un amigo de su hermano con una familiaridad de modales que escandalizaba un poco a nuestro tímido lucernense. No me gustaría una mujer semejante. Tan pronto juguete, como amita de casa. Darme por completo, a cambio de una naturaleza específicamente tan ligera, me parecería una especie de degradación consentida, de rebajamiento moral. Mi punto de vista puede variar, pero ahora deseo una compañera, no una súbdita; una amiga, no un juguete; una mujer inteligente al mismo tiempo que amante; un pensamiento y un alma, a la vez que un corazón afectuoso. Ch. necesitaba rejuvenecer, volverse cándido, necesitaba una posición, pues hubiera temido cualquier resistencia a sus caprichos; candor, estabilidad, maleabilidad, y unos cuantos atractivos, es cuanto ha buscado y encontrado. Con qué

despreocupación ofende a sus amigos, aceptando sus invitaciones y no asistiendo a las citas (lo mismo que Bord. y alguno otro que yo sé).

Viernes, 13 de septiembre.—Ayer, en el momento de dormirme, tuve la intuición clarísima de la naturaleza de Ch., pero ya no la tengo; apenas me queda un recuerdo descolorido. Pero me doy perfecta cuenta de mi propia evolución cuando me remonto al tiempo en que Ch. me turbaba tan profundamente y era para mí un enigma penoso. Yo no veía el vicio secreto, la debilidad inconfesable bajo aquellas brillantes facultades, bajo aquella organización poderosa en muchos aspectos. Tiene una triple desgracia; carece: 1, de continuidad, siempre vagabundeando, bromeando, ensayando y abandonando, flotando en sus convicciones y en sus voluntades, entregado por completo a sus caprichos, esclavo de cada tentación; 2, de centralización; está demasiado pendiente de los demás, necesita deslumbrar, asombrar; en cuanto está entre gente, se monta y se espolea; continuamente está sobre la cuerda floja o en una emboscada; temperamento inquieto, febril, curioso, activo; fuego fatuo de rápidos resplandores, mariposeando sobre un agua turbia; 3, sentido común, tacto, medida, y, por consiguiente, autoridad, seriedad. Derrocha sus medios, disipa su actividad, volatiliza sus pensamientos, lanza miles de chispas, como un fuego de artificio, sin iluminar ni encender.

En resumen, está admirablemente provisto para la navegación de altura; provisiones, cañones, mapas, velas, quilla, mástiles, gallardetes, obra viva, tripulación escogida, nada le falta, salvo la brújula, el timón y el lastre. Lleno de fuerzas múltiples, no sabe lo que quiere, no sabe querer, y mide mal sus fuerzas. Está hecho para hundirse, pero su ligereza específica le impedirá durante mucho tiempo

naufragar. Un final semejante para semejantes promesas, el naufragio de facultades tales tiene algo de melancólico. El destino es despiadado, y cien cualidades no bastan para evitar una falta. ¡Ah!

Clarividencia. Sagacidad. Penetración. Perspicacia. Adivinación. Intuición. ¿Cuáles son las diferencias? ¿Y los contrarios?, etc.

Separemos primero la intuición y la adivinación, que son métodos de conocer, pues las otras cuatro son cualidades de la inteligencia. Las cuatro indican la aptitud para descubrir la verdad que se esconde, a atravesar los velos que la cubren. La clarividencia y la perspicacia caracterizan sobre todo la aptitud inclinada hacia el estudio moral, aplicada particularmente al conocimiento del corazón humano. Sagacidad y penetración son cualidades científicas más generales. La sagacidad descubre las diferencias, distingue, separa. La penetración descubre las causas, las relaciones, combina, compara. La perspicacia, o penetración moral, descubre los motivos disimulados, las intenciones en determinado caso dado, los resortes invisibles del carácter. La clarividencia es esta perspicacia evolucionada en el sentido de habitual y menos desinteresada, más práctica, pensando en su utilización.

Sagacidad sola se aplica también a las cosas, por ejemplo a las observaciones. Y así, se dirá la sagacidad de un naturalista, la penetración de un pensador, la perspicacia de un moralista, la clarividencia de una madre.

La intuición consiste más bien en ver a la vez todas las relaciones de una cosa, y la adivinación en presentir las cosas ocultas o futuras; lo opuesto a la primera es la descomposición analítica; lo opuesto a la segunda es la observación. La intuición es un método filosófico; la

adivinación, un método poético. La intuición persigue la verdad, y la adivinación un secreto.

Simplicidad. Ingenuidad. Candor. Bonachonería. Jovialidad. Franqueza. Todas estas expresiones se refieren a la verdad del carácter. Pero la simplicidad se aparta de todas las demás en que puede pertenecer al carácter en sí mismo, en reposo, mientras que todas las demás sólo son aplicables al carácter en acción, manifestándose. La simplicidad puede ser una manera de ser, y las otras cinco son maneras de hacer.

Jovialidad y franqueza son más especiales que las otras tres; expresan maneras particulares de mostrar la alegría y de manifestar el pensamiento. La ingenuidad, el candor y la bonachonería revelan el ser de una manera más general, expresar toda la personalidad, por los actos, los ademanes, las palabras, etc. La ingenuidad ignora lo que hay que callarse o suprimir, y se muestra sin quererlo y sin pensar en unas conveniencias que desconoce. El candor ignora, no ya los convencionalismos sociales, sino incluso las desviaciones; es una forma de la inocencia que ignora el mal. La bonachonería se da por lo que es, sin pretensión y sin desconfianza, deseando el bien al prójimo y creyéndolo a su vez bueno. La ingenuidad no sospecha la burla; el candor no comprende la mentira; la bonachonería no comprende las reservas o las deja de lado. Ingenuidad de espíritu, candor de alma, bonachonería de maneras; todas desaparecen en contacto con la vida. Los salones hacen perder la primera; los malos la segunda, y las mujeres la tercera. El candor es un instinto que, transformado en virtud, se convierte en rectitud, honestidad, probidad, las cuales conocen el mal; la astucia, la mentira, pero las rechazan. La bonachonería se convierte asimismo en jovialidad, y la ingenuidad en franqueza.

Gruñón, amargo, moroso, hipocondríaco, melancólico, desagradable, reñidor, peleador, bronco, salvaje rudo, contrariado, sombrío, triste.

Familias: 1, triste, sombrío, hipocondríaco, melancólico; 2, gruñón, amargo, moroso, quisquilloso, reñidor, peleador, bronco; 3, desagradable, contrariado, rudo, salvaje.

Todos estos epítetos expresan cualidades desagradables e incluso insoportables, al menos los de las dos últimas familias, que implican una relación con el prójimo. La primera familia pinta estados morales, que permanecen en el individuo y que en primera instancia sólo lo hacen sufrir a él. Hay graduación, desde la tristeza, que puede ser buena o mala, hasta la hipocondría, que es una enfermedad peligrosa, la tristeza hecha carne.

La segunda familia pinta los caracteres difíciles de abordar; pero que niegan al prójimo, más que imponérsele; más penosas negativamente que directamente.

Por el contrario, los caracteres del tercer grupo son activamente temibles. El carácter gruñón es un defecto desagradable, y que conserva algo de pueril. El espíritu amargo lo ve todo negro, estropea el porvenir, no espera más; el carácter moroso echa a perder el presente, no le gusta nada, murmura sordamente e imagina contrariedades, molestias por doquier. El pesimista es más bien amargo, y el hipocondríaco, moroso. Cuando la acritud interior fermenta más tiempo, el carácter se hace más agresivo; se vuelve reñidor, si todo le irrita; peleador, si busca, y, en caso de necesidad, inventa motivos para reñir, cuando no se presentan; bronco, si mezcla al descontento una especie de baja envidia y de secreto rencor; quisquilloso cuando le gusta multiplicar los picotazos de las espinas, etc.

Asiduo, laborioso, paciente, constante, perseverante, persistente, testarudo.

Agrupar en familias, y después por graduación. Separar las esferas.

Impersonal, personal; propio, figurado; general, particular; estado, acción; sentido absoluto, sentido relativo.

Agrupar los sentidos en pirámide, en función los unos de los otros, en genealogía.

Definiciones directas, o por los contrarios. Etimologías. Separar y comparar.

La paciencia es una virtud; la testarudez un defecto. El trabajo asiduo hace avanzar la obra. El hombre laborioso escapa a muchas tentaciones. Se es constante en los principios, y perseverante en los esfuerzos; la persistencia es vecina de la inoportunidad. El trabajo laborioso es más por perseverancia que por la sola asiduidad; ésta no basta. La constancia es la fidelidad a la propia naturaleza; la perseverancia es la fidelidad a un fin. La una se mantiene ella misma contra las fluctuaciones del exterior; la otra tiende, a través de mareas y obstáculos, al punto que desea alcanzar.

Domingo, 15 de septiembre.—Franki ha vuelto solo. Su aire pedante, omnisciente, sin haber mirado ni tocado nada, de admiración por sí mismo, causa contrariedad, agota la paciencia. Se respeta más que todos los genios presentes, pasados o futuros, y esta vanidad perjudica su mérito sólido y real. Tiene la irritabilidad excesiva de un advenedizo de la cultura, y su enérgico pensamiento no ha podido civilizar ni sus modales, ni su lenguaje, ni su estilo, ni ninguna de sus manifestaciones. Une a la rudeza del campesino, y al amor propio enfermizo del ciudadano, un talento filosófico respetable. Alrededor de un carácter seguro y de un espíritu

bien organizado, se han acumulado una serie de inconvenientes. Molesta mi sentido estético, mi tacto, mis gustos, y sin embargo lo estimo y lo respeto; pero deseo tenerlo a distancia.

Lunes, 16 de septiembre.—Todavía no he empezado a pensar en mis cursos; continúo mi cura de distracción. Necesito despolarizarme, recobrar mi libertad, mi elasticidad comprometida por un trabajo monótono. Temo la petrificación, el encorvamiento intelectual, la pedantería; y para defenderme, utilizo las lecturas imprevistas, los trabajos a la ventura, la variedad.

Jueves, 19 de septiembre de 1850.—Larga visita de P. Bodier, que me ha traído a su hijo Pedro. Casi no tengo ningún punto de común con él, salvo nuestros recuerdos. Actualmente no significamos nada el uno para el otro, pero si lo fuimos en el pasado, en cambio.

La amistad puede, por tanto, convertirse en costumbre, y sobrevivir a sus causas, que han sido siempre una atracción, una similitud presentes. En lo desaparecido amamos lo que ha sido; y se acaricia una ilusión para impedirle que se esfume. Digamos, con más propiedad; la estima continúa, pero los espíritus ya no se entienden. Se anhela la misma cosa, pero el punto de vista es completamente diferente. Algo en común subsiste, pues, a pesar de la transformación que produce la vida, y que hace la vida misma. Es el fantasma del hombre que he conocido, pero no el fantasma de la amistad, al cual estrecho la mano. El lazo sujeta el corazón, pero no la inteligencia. ¡Pensamiento consolador! Y sin embargo, no podría vivir con él, porque chocaría con todas sus costumbres y sus convencionalismos, y él impacientaría constantemente mi pensamiento.

Sábado, 21 de septiembre.—He acabado, con gran trabajo, una crítica literaria de *Jeanne de Vandreuil*. Me ha llevado dos días. Para quince malas páginas, es enorme. Lo que me molesta es que no tengo confianza alguna, ni memoria, en cuanto agarro la pluma. La preocupación de lo inmediatamente venidero, de las muchas maneras de expresarme, y del lector, me priva de todo abandono, de toda facilidad; y me envaro, pierdo la destreza, la inventiva, la espontaneidad. Ya comprendo que no es tanto con el esfuerzo sobre sí mismo, como por el ejercicio continuado, por lo que adquiriré la facilidad de estilo, primera condición para el éxito literario. Aprenderé a confiar en mi impulso, en vez de enmendarlo eternamente, y a recorrer mis millas sin mirar continuamente atrás. Desde el momento en que me pongo a escribir para un público, empiezo a pensar en la expresión más que en la cosa expresada; pierdo mi lucidez y me vuelvo artificial y superficial. Absolutamente lo mismo que en sociedad, donde el temor a herir las conveniencias me priva de mis medios y me hace caer sobre los lugares comunes. Lo que hay que hacer es despreciar la frase y perseguir el pensamiento, pensar en las cosas y no en las palabras; ser semejante a mí mismo, ser verdadero.

Me faltan moldes de frases, y temo resultar monótono. Mi vocabulario es más rico que mi sintaxis, y fraseo mal.

Lunes, 23 de septiembre. Por la mañana.—Tengo la cabeza fatigada, de haber soñado mucho. He revivido *El último día de un condenado*, sobre mi propia persona. Culpable de homicidio involuntario, y condenado a muerte, he recorrido todas las impresiones preparatorias, y me he despertado antes del patíbulo. Tribunal, jueces, sentencia (escrita sobre mi pecho), visitas en mi prisión, lecturas piadosas, etc., no ha faltado nada.

Al despertarme he podido observar el origen del sueño y su filiación. El punto de partida fue la ejecución del profesor americano John Webster, de que ayer hablaba la gaceta. Y después he visto en sueños a Bobet, de Neuchatel, que había herido a alguien con una maza. Y me convertí en él, pero en el mismo juego maté a una persona. Y después volví a ser yo, durante toda la noche de autos. No había a mi alrededor nadie de mi familia; por lo menos sólo he tenido impresiones de grupo, salvo una de mis hermanas, a la que tuve que suplicar que me dejase a solas mis últimas horas, pues estaba turbándome con sus bienintencionadas pretensiones de distraerme. O sea, que una lectura y un sueño se han combinado para un segundo sueño. Y en las pruebas definitivas tengo el sentimiento del aislamiento, y no cuento con el afecto más que en el umbral mismo del suplicio.

Las palabras de Jesús me vinieron al pensamiento: «Trabajemos mientras hay luz, pues pronto caerá la noche en la que nadie puede trabajar». La intensidad del sueño me ha hecho salir dos canas que ayer no tenía. Pero he soportado la proximidad de la muerte mucho mejor de lo que hubiera podido pensar.

Miércoles, 25 de septiembre.—Juicio de Saint-Beuve sobre el estilo de M. de Broglie (*Constitutionnel*, 12 de agosto de 1850).

Estos artículos parecen tratados; tienen casi la extensión requerida. Se reconoce en él un espíritu grave, metódico, elevado, preciso y claro en sus deducciones, y que se goza a veces en el detalle, no sin placer… Yo sólo me permitiría una crítica de la manera como estos artículos están concebidos y compuestos. Están bien, son ingeniosos, son profundos, pero resultan un poco densos. Este, concretamente, carece de claridad y de luz, unas aclaraciones aquí y allí. «Antes de

emplear una palabra bella, hazle sitio», ha dicho un crítico excelente... Se nota demasiado el espíritu serio que se ha aplicado por entero a la cosa misma sin inquietarse lo suficiente por el efecto sobre los lectores. No es que falte cierto ingenio placentero, pero el placer resultante va difuminándose en la continuidad misma, en el encadenamiento de la aplicación y de la profundización... Sin este defecto, sería perfectamente literario. Pero las medidas literarias, si se me permite hablar así, están un poco excedidas. 7, en general cualquiera que sea el tema a tratar, el autor se remonta a los orígenes, a las causas; parece como si se complaciera en tomar todo desde el principio, y en descender desde allí hasta la conclusión externa, sin olvidar un solo eslabón de la cadena. No posee en la medida necesaria la ligereza francesa. Aparte de esto, estos fragmentos críticos son de primer orden, y dignos de una alta estima.

Con esto veo que estoy hecho para la ciencia, y no para la literatura, pues esta ligereza me cae antipática. También yo soy pesado, concienzudo, metódico. Mi pequeño trabajo sobre Jeanne de Vaudreuil huele a lámpara, a torno y a lira.

Viernes, 27 de septiembre. Seis de la tarde.—¿Cuál es el resultado concreto de este año?

Socialmente, mi posición no ha mejorado; he vivido retirado bajo mi tienda. No me buscan, y no hago por remediarlo, pues dar el primer paso, cuando puede existir la sospecha de una debilidad, es una bajeza y una tontería. Me he apartado cada vez más claramente de todo el cotarro de la *Biblioteca universal*, gente vulgar, políticos estrechos y apasionados, sin filosofía y mediocres en todo, salvo en la satisfacción personal. Sólo mantengo relaciones con un reducido grupo de hombres jóvenes distinguidos: Lecoultre,

Naville, Hornung, Heim, Scherer, Chenevière hijo, Cherbuliez. En una palabra, que estoy aislado, y me vuelvo cada vez más insociable, en medio de esta vida desagradable; ni frecuento los salones, ni tengo relaciones científicas. No intento ser tolerado, ni sospechoso; quiero ser tratado con honor, con lealtad, de igual a igual. La indiferencia, el desdén, el orgullo y la dignidad han tenido que sustituir al agrado y al bienestar. Y he resistido a las ganas de aplastar que a veces me han invadido. Nuestra miserable ciudad apenas tiene vida desinteresada, objetiva, general; las querellas del momento, las rivalidades y los odios entre la gente, las disensiones mezquinas han invadido todas las esferas. Quienes aman los debates de principios, los horizontes más amplios, la osadía del pensamiento, la independencia del espíritu y de la vida, no tienen otro remedio que soportar el hastío y la molestia circundantes.

Moralmente, me he sentido con frecuencia inquieto, perseguido por la idea de lo provisional, de lo incompleto de mi vida; e incluso he pensado en soluciones quiméricas, que no me han llevado a solución alguna, pues me faltan los elementos necesarios para decidirme.

Científicamente, he seguido dos cursos, que me han enseñado muchas cosas, y he leído bastantes libros. Pero he inventado poco, me he dedicado más bien a combinar. La precipitación me ha frustrado toda originalidad.

Literariamente he hecho dos trabajitos independientes: en julio un pequeño poema en prosa sobre el Mont Salève, y en septiembre una crítica literaria sobre J. de Vaudreuil.

En total, el año ha sido pasable, bien de salud, ocupado, pero con preocupaciones familiares, vejaciones personales, y va a terminar mal, pues yo cojeo y Laura padece crisis nerviosas.

Domingo, 6 de octubre.—He estado muy frío con Laura; en cuanto deja de sufrir, aparece al desnudo el interior, y la veo como antes: incapaz de confesar un error, con una personalidad asombrosa, en cuanto deja de observarse, y de una irreverencia hacia la rectitud y la verdad que me sublevan. No puedo estar medio día en su compañía sin convencerme por centésima vez de que es imposible vivir con ella. Tontería, faltas, cólera, no me hacen efecto, pero la mala voluntad me enerva, y la astucia me hiela. Y su independencia altanera me repugna.

Lunes, 7 de octubre.—Cada mañana me despierto con la cabeza algo cansada; sueño tremendamente, y la otra noche, por ejemplo, he leído en sueños no sé cuántas folletos y disertaciones, muy serias y bastante difíciles. Pero apenas me hube despertado, el recuerdo de todo ello se volatilizó, y sólo recordaba esta sentencia: «Los espíritus originales tienen un sello», pero el sello no basta, y les hace falta demostrarlo. Es decir, que la originalidad virtual no es nada sin su aplicación efectiva; que el talento necesita el apoyo de la voluntad y de la habilidad; que la capacidad sin la ambición, el genio sin la energía y la aptitud sin la audacia no llevan a nada ni cuentan para nada. La fuerza se mide por su efecto, y los hombres por sus obras; el talento es sólo una promesa, y no es el mérito. La gloria corona y premia las victorias ganadas, pero no las esperadas. El genio latente es pura presunción. Todo lo que puede ser debe llegar, y lo que no llega es porque no era nada. Si bien en moral la intención es esencial, en política, en literatura, lo que importa es la acción. En la esfera divina, querer es poder; en la esfera humana, querer es poco, hay que poder. ¿Y cómo probar que se puede? Haciendo.

Demuestra lo que puedes, haciéndolo tú mismo. (Chenier).

Hoy casi no he leído: un tomo de Lamartine (*Pasado, presente y futuro de la república*, 1850), en el que me interesé más por el método que por el fondo. Preguntas, ejemplos, simplificación, ordenación, fórmulas, imágenes, etc. Es amplio, sencillo, abundante, un poco palabrero, de una majestuosa popularidad, de una bonachonería palabrera. Bella inteligencia, pero ¡qué inagotable molino de palabras! Es realmente fatigoso.

Estoy indignado con la mezquinería de mi ambición, que encuentra presuntuosas mis aspiraciones a la *Revue des Deux-Mondes*. Para cualquier otro, yo diría: ¡vaya cosa! ¡Buen título de gloria! ¡Qué ambición liliputiense! Y estaría orgulloso de llegar a ella. Esta vanidad me da toda la medida de mi actual nulidad. Mi deseo me hace ver mi carencia total. Ésta no es una razón para retroceder. Por lo demás, si tengo éxito, este infantilismo desaparecerá rápidamente. Es la total ausencia de éxito, lo mismo que la abstinencia absoluta de vino, lo que debilita la cabeza.

Las pruebas son siempre buenas. Despiertan la conciencia de la fuerza, y, por consiguiente, la seguridad, que es una especie de modestia; pues estar seguro es conocerse, saber lo que se puede hacer y lo que no.

Viernes, 11 de octubre.—Hoy he reflexionado sobre varias faltas: 1, en mi ausencia de habilidad, en mi poca previsión, cuando viajaba, al no haberme hecho con más relaciones; nunca he pensado en mis intereses; 2, en el inconveniente de esta falta de presencia de ánimo; 3, en mi engaño perpetuo; no acabo de entrar en las bambalinas de la vida, cierro los ojos ante los hilos de las marionetas humanas, y permanezco fuera del juego: el secreto del juego está en acertar, el móvil de la intriga es el interés, y sus actores son las pasiones. El derecho, el comercio, la banca, la política, la economía

social, la ambición; en una palabra, toda la esfera de las actividades en sociedad me resultan completamente extrañas. Soy tonto como un filósofo de comedia italiana, ingenuo como un adolescente, bobo como un mirón de feria: y sin embargo, este papel me pesa y soy desconfiado; cuando no se sabe nada del mundo, cuando se tiene el candor conventual, hay que decidirse a aprender, pero a mi edad es difícil y humillante.

La palabra, igual que la música o la pintura, la frase literaria, llegan a molestarme lo mismo que los ritornellos triviales que se repiten en todas las óperas. Los estorninos de la literatura, lo mismo que los rascadores de guitarras, como los alumnos de todas las artes, son una raza fastidiosa. Para escribir hay que tener una personalidad robusta, un pensamiento enérgico. Sed hombres, y no escritores. El talento, sin una personalidad sobresaliente, es fastidioso.

Me ha afligido, en mi salida, comprobar lo débil e incierta que está mi vista; la luz, a pesar de su palidez, me producía lágrimas. ¡Atención!

Lunes, 4 de octubre. 10,3 h. de la noche.—Empiezo mi año treinta. ¿Qué he hecho por mi familia, por mi patria, por la gloria, por el porvenir? Ya no se trata de vivir al día, de aplazar, de esperar el porvenir. Hay que fijar las vacilaciones, acotar el campo de las posibilidades, plantear un fin definitivo. Incluso es ya algo tarde. ¿Qué quieres ser? ¿Qué te propones? ¿Quieres echar raíces en Ginebra? ¿Casarte? ¿Formarte como sabio o como escritor? ¿Quieres estancarte en el círculo reducido de tus simples funciones, dormirte perezosamente, oxidarte en la inercia, como tantos otros? ¿Cuál es tu ideal, tu modelo, tu deseo, tu secreto pensamiento? Es necesario que te lo confieses y obres en consecuencia. Tú te las ingenias para no sufrir ningún

fracaso, no arriesgando ni intentando nada. Hay que proponerse un fin, y vencer. Sal de esta indolencia, de esta indiferencia hacia tu suerte; enfoca tu imaginación hacia el empleo de tus fuerzas y de tu vida.

Pero vigila también al tentador, en este examen. Descubre tu deber y no tu placer; entrégate a la ambición pura, no a la ambición egoísta.

Martes, 15 de octubre.—He releído todo este cuaderno del *Diario íntimo*, y he añadido anotaciones marginales. Me han asombrado dos cosas en esta lectura: mi poca memoria, pues había olvidado una gran cantidad de cosas escritas y sentidas por mí mismo, el ritmo saltarín en esta apreciación cotidiana de una naturaleza movediza, saltos inevitables, pero que dan unos resultados parciales y a veces pueriles. Comienzo a cansarme de este estudio estéril y solamente curioso, y a desear provecho, progreso, acción. El oficio de espejo no me basta, quiero realizar. Llego a avergonzarme de esta contemplación perezosa y egoísta, epicureísmo literario, curiosidad moral, que es sólo una máscara de la moralidad. La moralidad no consiste en conocerse, sino en vencerse; la inteligencia se hipertrofia cuando desborda la voluntad; la conciencia de uno mismo no es aún la buena conciencia; la lucidez que se asocia a la pereza, la visión del mal que no conduce a la enérgica indignación, la intuición del bien que no lleva al enérgico esfuerzo, son formas de cobardía.

Scerer ha venido, aún convaleciente de su gastritis, con los rasgos agrios y la expresión fatigada, a verme, aprovechando la suavidad del sol de octubre. Estoy encantado de conocerlo; hombre de gusto y mucha ciencia, erudito, perspicaz, objetivo, imparcial, curioso, sería el hombre que me hace falta, si fuese un poco más comunicativo; pero incluso tal como es, me resulta simpático

y me siento ligado a él. Tiene espíritu científico y literario, abierto al mismo tiempo a la poesía que a la filosofía, sagaz, escrutador, analista. Tengo muchas analogías con él, y nos entendemos con medias palabras, cercanos como estamos por nuestros estudios y por la orientación de nuestros espíritus. Para mí, resulta de un valor inapreciable, en este desierto de hombres. Inapreciable don tener este compañero, este émulo, este confidente y jefe de línea; porque él ha realizado, mientras yo sólo he deseado, y ha hecho lo que yo solamente pensé hacer.

Rousseau, Lamennais, Joseph de Maistre, Ballanche, son tipos que me bailan ahora ante los ojos. Nunca seré simpático; la imponente grandeza, incluso amenazadora, clarividente, me resultará, en cambio, más accesible. Me gustaría ser fuerte y dejar la marca de mi sello. Por el momento, lo mejor que puedo hacer, con éxito, es la crítica estética y el análisis psicológico, pues son las únicas formas literarias que he ensayado y practicado algo. Hasta ahora, he tenido éxito en cuantos géneros he intentado; así, por lo menos, me han hecho pensar algunos buenos sufragios, desgraciadamente poco numerosos; pero he intentado muy pocas cosas. Soy de este tipo de hombres que poseen mucha mayor capacidad de audacia, y que quieren mucho menos de lo que pueden. Necesito que me animen, éxito, por una parte, y confianza, facilidad, práctica, por la otra. Pero ¿por qué no esperarlo así? Mi divisa habrá de ser: «atreverse y querer», precisamente porque es lo que me falta.

El relato, la descripción, el análisis, el movimiento oratorio, el método riguroso, el colorido, la abstracción, no tienen secretos para mí. Puedo manejar el lenguaje histórico, de viajes, de crítica literaria, de estética, de teología, y un poco el de la elocuencia; tengo, si, que formarme un lenguaje filosófico, y estudiar el idioma jurídico y económico. El de

las ciencias naturales y exactas me resulta familiar. Aparte del derecho, las finanzas y la administración, tengo que aprender la terminología del teatro, y la del gran mundo. En una palabra, conozco bien el lenguaje de los libros y de la naturaleza, pero me falta el vocabulario social, la lengua de los hombres. Pero puedo completar mi instrumental; tengo sentimiento y sentido filológico, y sentido de la precisión, de la analogía, del ritmo, de la palabra y de la frase; en otros términos, estilo. Con esto, lo único que me hace falta para ponerme a escribir es cultura y decisión. La pluma es un instrumento, pero hace falta sobre todo saberse servir de él, y más en Francia. Después, se puede ya ser pensador y erudito. Estamos en el caso de aplicar la frase de Bacon: *Scientia et Potentia in idem coincidunt.*

Tengo que considerar mi actual tarea de profesor como un deber para el presente, pero sólo como un medio respecto al futuro, medio de aprender a hablar, a escribir y a vivir con los hombres. Hace tiempo que te tenido este pensamiento, pero después lo he olvidado.

Miércoles, 16 de octubre de 1850.—1. Esta noche he soñado mucho. Pasé por una prueba espantosa. En un gran banquete de nobleza, al que había sido invitado como escritor, mis dos vecinos me insultaron, buscando una réplica que les permitiese recurrir a las armas. A esto siguió una violenta escena; yo interpelé al anfitrión en voz alta, para avergonzar a aquellos dos insolentes camorristas, y luego los reté a un duelo a martillazos, arma en cuyo manejo todos seríamos igualmente novicios. Mi timidez, mi inexperiencia en las cosas de honor y en las costumbres sociales me fastidiaban mucho en semejante circunstancia. Este sueño es una advertencia: hay que completar una enorme laguna en mi educación, la ausencia de defensa contra el insulto o la mala fe; la ignorancia de las armas y

del derecho civil o criminal. Sólo me siento seguro en presencia de lo conocido, como persona de imaginación, y me espanta lo desconocido; y el peligro, en cuanto lo calculo, deja de asustarme. Aunque la vaguedad me turba fácilmente, pues mi fantasía se puebla en seguida de fantasmas, ante el peligro definido tengo bastante sangre fría. Lo he comprobado muchas veces. Más que de valor, carezco de presencia de ánimo, y mi timidez es más bien una mala vergüenza del amor propio, el temor al ridículo, que el temor directo al peligro. O sea, que soy vanidoso, pero no poltrón. Y lo que temo es resultar torpe, mostrar mi poca maña y mi inexperiencia, dejar ver mi embarazo, la falta de costumbre.

Tienes que pensar en tu defensa personal: paz armada.

2. Aquiescencia, adhesión, consentimiento, adopción, admisión, asentimiento, sanción, ratificación. Se admite lo que podría ser rechazado, por ejemplo una suposición; se adopta un sistema; se consiente en un acuerdo; la aquiescencia puede otorgarse a un deseo; nos adherimos a un principio, y damos nuestro asentimiento a una opinión, a un acto. Adopción y admisión son transitivos y reclaman un objeto; los otros cuatro se predican sin más. Se espera el asentimiento, se mide el consentimiento, se aguarda adhesión, se supone aquiescencia. El soberano ratifica lo que se hace en su lugar, y sanciona una ley propuesta. Los esposos, los iguales, los superiores consienten; el razonador admite; la voluntad ganada concede; la conciencia presta aquiescencia, el espíritu se adhiere, la simpatía da su asentimiento, la inclinación adopta.

Lecturas… Prefacio, introducción y dos primeros capítulos, últimas páginas y notas del libro de Vinet sobre la iglesia y el estado. He quedado mucho menos contento de lo que esperaba, por lo que recordaba, ya en el fondo (lo

encuentro abstracto, exclusivo, impetuoso, a pesar de sus indiscutibles méritos), ya en el estilo (violenta a menudo la analogía); tiene algo de puritano, de sequedad en su nitidez, en su corrección, en su precisión; carece de impulso, de calor, a pesar de su arte, de su trabazón; es más correcto que puro, más gramatical que literario, más vehemente que elocuente. Las últimas palabras explican este defecto por la obra en sí. Su estilo, eminente por todas sus cualidades sólidas, carece en cierta medida de imaginación, y a veces de gusto. Es la virtud claustral, la regularidad, la conciencia, la puntualidad, lo que le caracteriza, y no la vena, la inspiración, el brillo, el encanto. La rigidez, el deber, el cilicio se traslucen por doquier; la belleza es menos ascética, es de una naturaleza más feliz, más confiada. Escribir era para Vinet una virtud. Y por eso sólo ha llegado al buen estilo, y no al estilo bello. El moralista atemperaba al literato; el elemento ético sometía y absorbía el elemento estético.

He encontrado a S. Martin en la terraza de los Paquis; el lago, algo encrespado, tenía reflejos anaranjados y azules; el Mont-Blanc lucía un bellísimo tinte rosa dorado, mucho más grandioso y rico que el rosa de Buet, y flotaba entre un cielo color lila tierno. Estas tonalidades otoñales tienen una gracia y una variedad deliciosas, y los días buenos se suceden y sólo alternan con las noches claras. La luna se filtra a través de las cortinas azules de mi cuarto, y acaricia mi colcha con su misteriosa luz. Se hace tarde, y aunque resulte agradable este poco de paz y silencio, mis ojos reclaman un descanso.

Viernes, 18 de octubre.—Desde hace dos días, los despiadados visitantes no me permiten salir a contemplar la puesta del sol; vienen a retenerme precisamente en este momento delicioso de los rayos furtivos y de los reflejos

purpurinos. Los hubiera echado por la ventana, si su inoportunidad no tuviese justificación.

Esta tarde he leído a Heim mi crónica alóbroga; la encuentra frustrada. Yo he intentado resolver en ella dos o tres problemas; Heim me aconseja, mejor, simplificar y perseguir uno solo. No he conseguido fusionar la prosa y la poesía, ni lo positivo en lo ideal; el interés individual no se ha generalizado, y el fragmento sólo vale, pues, como recuerdo para los actores. Ser poético, sin inventar nada, sin añadir una intriga, un diálogo, en una palabra, permaneciendo en la perspectiva del cronista, es, dice, irrealizable. Quizá. En el fondo, todo el secreto consiste en hacer mover unos caracteres; acción, en lugar de descripción. Nunca he intentado hacer novela, ni cuento, etc., es decir, poner en juego al hombre. Sólo he pintado cosas o ideas, y sólo he hecho vivir seres concretos. Es una audacia que me da la impresión de cometer una indiscreción. Y así como en la vida evito, por así decirlo, mirar los corazones, sorprender los pensamientos secretos, los móviles, los intereses, las pasiones individuales, y sólo los estudio en general, psicológicamente, idéntica discreción pongo en mi trabajo, que se vuelve incapacidad, literariamente. Mi sagacidad es puramente formal, teorética, abstracta; quiero conocer para conocer, no en busca de provecho, o por desconfianza, malicia o dominación. Los hombres son para mí tipos, problemas, más que fuerzas o realidades. Mi conocimiento del hombre es abstracto, y no concreto. El filósofo generaliza, el poeta individualiza. Uno busca el hombre, en los hombres, la abstracción; el otro quiere hombres vivos. Debo reconocer que vivo entre abstracciones, y que si quiero imprimir movimiento a los seres, necesito operar una transformación en mí mismo. El analista es el enemigo del poeta, y el decorador es sólo su

criado. Anatomizar es lo contrario de engendrar. Dugal Stewart y Shakespeare. Un carácter poético debe nacer y vivir como un animal completo y distinto.

Sábado, 19 de octubre. Medianoche.—Esta tarde he recibido a unos cuantos amigos. De nueve, faltaron cuatro; es mucho, y precisamente tres de los más importantes, los señores Cherer y Lefort (que avisaron), Naville y Cherbuliez, a quienes esperamos inútilmente. Es desagradable para el anfitrión, que hace doble gasto; pero más aún para el amigo, que ve su fin comprometido hasta el fracaso. Lo provechoso de estas reuniones es, en primer lugar, que se aprende a ser agradable y a hacer el papel de anfitrión, en el cual estoy algo torpe; y después, sobre todo, el estudio de los convidados, y el expansionamiento o el choque de los espíritus. Tres cartas que les he leído (una de Edouard Lyanna, y dos en verso de Monnier) han hecho derivar la conversación hacia los sistemas socialistas, y sobre la poesía; el dogmatismo y el catecismo; san Agustín, Tertuliano, Fénelon y el debate entre las naturalezas que han caldo y que no han producido caída; las instrucciones religiosas de los iletrados; el puesto de la memoria en el desarrollo religioso; pero sobre todo la discusión del valor poético de Monnier, han acaparado casi cinco horas de conversación. Sólo con Helm me entiendo bien, y estoy de acuerdo en el principio y en los detalles en la mayoría de las cuestiones, porque es abierto, simpático, accesible, imparcial, generoso y benévolo. No tiene brumas en el espíritu ni en el corazón. Hornung carece quizás de sentido artístico, es demasiado protestante, resistente, pero está lleno de sugerencias, de independencia y de amplitud de pensamiento. Lecoultre me es simpático en todas las cuestiones de moral, de pedagogía, de vida interior; pero sus simpatías literarias son demasiado exclusivas. Cougnard es enérgico, lógico, sincero, pero sólo

ve en una dirección, está hecho de una pieza, y su espíritu, lo mismo que su corpachón, cruje en cuanto se ve en la necesidad de hacer otros movimientos que los familiares y habituales. Pertenece al número de los solitarios, de las personas especiales, que han profundizado algo, pero que se orientan difícilmente y miden todo por el mismo rasero. Ha trabajado la predicación, la música y algunos clásicos y autores favoritos. Se ha logrado una originalidad notable, pero su facultad crítica está poco cultivada. Franki Guillermet se ha mantenido al margen de casi todas estas cuestiones, por resultarle terreno un poco extraño. Los tres primeros son desinteresados, generosos, atentos. Bordier es decididamente muy limitado, pero excelente. De estos seis, solamente uno logrará fama: Hornung; otros dos podrían alcanzar fama, pero sólo en la predicación (Cd. y Lee.). Heim sólo hará bien; es improductivo y receptivo. Hornung tiene más seguridad y originalidad que yo, más erudición y especialidad; pero es menos universal, menos equilibrado, y sólo ha vivido en los libros; le llevo la ventaja de una mayor flexibilidad de naturaleza, más completa, y de mayor variedad de estudios, además de mis viajes, mis conocimientos directos de hombres y cosas, de monumentos, etc. Y además, yo tengo la facultad de metamorfosearme. Yo soy más crítico, y él es más productivo. Su trabajo sobre la historia del derecho es una obra de verdad.

Durante toda la discusión literaria, sólo Heim y yo teníamos en cuenta el pro y el contra, la cara y la cruz de las preguntas. En una palabra, sólo nosotros dominábamos el tema, porque éramos los únicos dialécticos, Heim por hábito de sentimiento, por necesidad e instinto de justicia, y yo por hábito de espíritu y por necesidad de totalidad. He cometido el error de acalorarme, doble error, como dueño de la casa, y como parte en la discusión. En lugar de afirmar, hay que

demostrar; y probar, en este caso, crear, hacer dialéctica, tranquila y persuasiva, en lugar de hacer aforismos fragmentarios e impetuosos. Debía haber resumido, cosa que me hubiera resultado fácil, pues conozco la causa del disentimiento; y librarme de la impaciencia contra la oposición.

Lunes, por la mañana, seis y media.—Nuestro pensionista tiene singulares extrañezas, y si le sobreviene cualquier sacudida un poco brusca, es muy capaz de volverse loco; se emborracha de música, cantando con todos sus miembros, abriendo el paraguas en la habitación, poniendo las botas sobre la cama, y disfrazado de brujo; un *sabbat* de mil demonios, en una palabra. El domingo por la tarde, que pasó enteramente solo, se diría que requirió la ayuda de dos gatos, de un perro, de uno o dos visitantes, y todos sus muebles y sus dos instrumentos (piano y cello) entraron en danza. Parece que este alboroto es de su agrado; pero resulta mucho menos para sus vecinos, sobre todo en esta casa, que no es de cristal, pero sí de cartón, y desde mi habitación escucho todos los ruidos, desde el granero hasta la cueva. Vendedores, coloquios de cocina, estrépitos de gineceo, campanillas, diálogos en el cuarto de Franki, gritos de alegría o gemidos de los dos niños, alborotos en la escalera o palabras en el jardín, todo el ruido procedente de seis personas y de seis habitaciones me llega directamente y me acosa sin piedad. De madrugada, o muy tarde, me dejan tranquilo. Hay que vivir cuando los demás duermen. Habrá que hacerlo así…

La espina y la falta. Moralidad: estás debilitando tu sentido moral, y dificultas tus proyectos. Tienes que concentrar todas tus energías y deseos en un solo punto: tu trabajo de este invierno, progresar. Y sobre todo, menos charlatanería.

Mediodía. Este diario no es ni será nunca completo; pues no contará las palpitaciones de remordimiento, de humildad, de arrepentimiento, ni las preces de recogimiento, ni todas las peripecias de la vida moral y de la vida religiosa. Acabo de pasar una hora o dos prosternado. He visto reabrirse el pozo cerrado. Soy mejor. La sequedad, el egoísmo, el hielo desaparecen. Mi diario no contará lo mejor ni lo peor de mi alma; no puede, y no debe; la conciencia no puede desvelar sus últimas profundidades más que a Dios; su pudor debe ser respetado. He conocido dos cosas: 1, cuánto había dejado desviar mi centro de vida hacia el egoísmo, lejos del deber, del sacrificio, de la piedad, de la energía moral y purificadora, orientándolo todo hacia el intelecto, duro con los demás, indiferente o indulgente conmigo mismo; lleno de orgullo, de vanidad, de mezquindad; esclavo de las cosas; 2, la necesidad de reponer cada día el aceite de la lamparilla, de remozar las buenas resoluciones, de impedir el endurecimiento, la coagulación de la vida interior, la dispersión, la mundanidad.

Hay que defender la llamita contra los soplos interiores y exteriores. Hay que recogerse, y no por curiosidad moral, sino por humildad. La vida es una lucha. Cada día debe ser un combate. El valor de un hombre se mide por sus victorias, decía. Y las más bellas victorias son las victorias sobre uno mismo, viejo e imperecedero adagio. ¡Qué lejos me parece quedar el tiempo en que seriamente intentaba mejorar cada día! El centro de mi vida se ha desplazado hacia el intelectualismo. Y por eso mi indiferencia, mi amplitud, pero también mi blandura, mi fácil contentamiento. El pecado me apena, pero no me causa horror. Ya no siento aquella enérgica necesidad de santidad personal. Mi naturaleza, que en mi adolescencia era esencialmente moral, se ha vuelto, después de mi larga estancia en Alemania, después de la

liberación de mi pensamiento, con el descuido de mis obligaciones religiosas, intelectual y estética. Como ya he anotado en este diario, mi piedad adolece de falta de hábitos, de un culto. Y es que, aislado, y sin un punto externo de apoyo, sin confraternidad, recaigo y me olvido. La iglesia es necesaria. Precisamente por haberme vuelto objetivo, olvido mi responsabilidad, mi imputabilidad subjetiva. Y me paro: quizá Cougnard tiene razón, y el análisis puede hacer degenerar en placer psicológico un dolor legítimo y merecido. No se trata de convencerse, hay que vencerse, enmendarse, anularse ante Dios, hasta llegar a sentirlo lo único bueno, lo único puro, fuente de todo nuestro valor, mientras que en nosotros sólo hay mal, todo el mal. Hay que llorar hasta sentir la propia renuncia, la nada individual, hasta sentirse obrero de Dios. Sentirse órgano de Dios, soldado del ejército inmortal, depositario de un talento prestado, templo del espíritu santo, condenado en el corazón y salvado en el alma, la paz consistente en no ser nada. «El que se da todo entero a Dios, dice el *ángelus*, recibirá enteramente a Dios». Palabras profundas, beatitud olvidada, tesoro de otra época, conquista de mi juventud, de nuevo os he encontrado. ¿Podré conservaros? Reanimar y mantener la sensibilidad de la conciencia, la delicadeza del sentido moral, la exigencia de la necesidad religiosa. La dignidad del hombre, dice J. de Vaudreuil, consiste en sus necesidades; la paz difícil es la señal de la grandeza moral. La serenidad es una armonía reconquistada a diario, de la misma manera que la vida es una perpetua victoria contra la muerte.

La ley del espíritu, lo mismo que la del cuerpo, es el rejuvenecimiento cotidiano. No comemos una sola vez a la semana... Pues también el alma reclama su pan cada día. La vida fisiológica, ese símbolo omnipotente, esa eterna enseñanza, debe guiarnos e iluminarnos siempre; el espíritu

también tiene una circulación, una alimentación, una actividad plástica, una excreción. Necesita aire, luz, calor; pues nos sumimos en Dios lo mismo que en la naturaleza, y la vida visible solamente es la manifestación de la invisible.

¡Vivir! ¿Estoy enteramente vivo, con el corazón muerto, y con mis aptitudes más generosas adormecidas? De tanto buscar la serenidad sólo en mí, sólo obtengo su caricatura. Mi mal estriba en dejar distanciar mi voluntad de la inteligencia, en contentarme con una reconciliación del espíritu; en no transformar continuamente mi visión en vida, mi intuición en sentimiento, y en olvidar que toda la existencia no es más que este esfuerzo por juntar la imaginación alada con la voluntad coja, por poner el corazón al nivel de la cabeza, convertirse de hecho lo que se es en esperanza, realizar el ideal, hacer entrar en el arca no un solo miembro, sino toda la persona. El germen de la redención caído en la inteligencia debe ramificarse por todo el ser, cada vez más. Y el nuevo hombre ha de ser un hombre completo, y no un hombre fragmentario. El nuevo hombre es el hombre divino. Mientras el antiguo yo, el hombre egoísta, carnal, refractario, impenetrable, conserve una porción del territorio, existirán dos señores, y por consiguiente habrá discordia, y, por tanto, lucha y dolor, e imposibilidad de paz. La paz sólo es posible por la unidad, y sólo hay unidad en el bruto y en el ángel. La carne y el espíritu —el hombre viejo y el nuevo—, el pecado y la salvación, la muerte y la vida eterna, las tinieblas y la luz, la esclavitud y la libertad son otros tantos sinónimos de esta misma y única lucha del mal y del bien, del hombre y de Dios. La teología, la mitología, tienen maneras diversas de expresarla. Su expresión moral es el combate del egoísmo y del amor. El hombre, cuanto más egoísta, tanto más malo; y cuanto mejor, más amplio será su amor, más profundo, más

total. El egoísmo forma una serie decreciente por debajo de cero, cuyo término se representa con el nombre de infierno; y el amor es una manera creciente cuyo término viene expresado con el nombre de paraíso. El egoísmo es la raíz, el principio y el resumen de todo mal. El amor es el lugar ocupado por Dios en el hombre. Ama, es el albergue de la religión y de la moral, el precepto, la recompensa, el bien y la felicidad, la salvación y el cielo.

Martes, 22 de octubre de 1850. Siete de la mañana.—Muchos sueños; ya de madrugada, era con E. F. Ayer me acosté temprano, y sin embargo, al despertarme por las mañanas, mis ojos están siempre cansados; los siento débiles, y secos los párpados. Necesito frotarlos, abrirlos algún tiempo al aire fresco, hacerles verter una lágrima, para poder servirme de ellos. Hace años que lucho por emplear mi jornada según un plan establecido y prescrito, sin vagabundear e ir a donde la inclinación me lleve. Ahora quiero intentar ser más imperioso.

Hace un viento violento, con lluvia y cielo cubierto, desde ayer.

Ayer repasé mi curso de estética, y anoté una serie de consejos para mi enseñanza; pero aún no he podido decidir si modificaré mi antiguo curso, adoptando una exposición diferente, es decir, otro método, o si repetiré el mismo, flexibilizándolo, purificándolo de muchos elementos plagiados, eliminando lo inútil y accesorio. Quizá me decida por esto último. Y, sin embargo, hay que pensar en los que seguirán el curso por segunda vez. Conviene que lo encuentren variado. Exigirme la improvisación; esto cambiará, por lo menos, el detalle, si no la marcha.

Miércoles, 23 de octubre de 1250. Diez y media de la noche.—Esta tarde he releído el libro de Tissot sobre *La salud de la*

gente de letras, y hojeé las obras completas de Montesquieu, leyendo los índices y buscando los temas interesantes. No puedo explicar bien, todavía, la impresión que me causa este singular estilo, de una gravedad coqueta, de tan concisa despreocupación, de tan fina fuerza, tan malicioso en su frialdad, tan imparcial al mismo tiempo que tan curioso, entrecortado, contrastado como notas tocadas al azar, y sin embargo así querido. Creo adivinar una inteligencia grave, impasible, recubriéndose de ingenio, pretendiendo molestar tanto como instruir. El pensador tiene buenos modales, el jurisconsulto se acuerda del maestro, y un grano del perfume de Gnido entra en el santuario de Minos. Es un bello libro, en la medida en que esto era posible en el siglo XVIII. El rebuscamiento, si existe, no está en las palabras, sino en las cosas. La forma corre libre y despreocupada, pero el pensamiento se escucha.

Viernes, 25 de octubre de 1850.—He recibido una nota seca, impertinente y fría de Celigny, que me ha creado un combate interior, y me costó trabajo vencerme. Creo haberlo conseguido; pero que no me tienten muchas veces así, pues no siempre podré dominarme, ni tendré siempre tiempo. Felizmente, he reconocido algunos errores por mi parte, y he podido concluir en indulgencia. Cada cual tiene una espina, y yo la mía. Hubiera sido difícil encontrar un carácter que me sublevase más y me agriase con más frecuencia. Prueba de que es eso lo que me hacía falta para humillarme, y para mejorar. ¿Sabré emplear dignamente esta Jantipa providencial? Si soportase dignamente esta prueba, después valdría mucho más. En mi sufrimiento hay mucho egoísmo. Y el medio de sufrir más útilmente será purgarla y no devolver mal por mal.

Esta tarde he hablado largamente con Franki sobre las posibilidades de un diario. Él renunciará a la empresa. El

pequeño Jules ha llorado y gemido en su cama mucho tiempo; está demasiado agitado para dormir. Veo que me resulta mejor dar salida a mi malhumor que guardarlo. Me he quejado un poco a Franki del incivilismo de Laura, y creo que mi susceptibilidad se ha evaporado.

Conservar el sentimiento penoso es comprimir el vapor, es correr el riesgo de una explosión peligrosa. El experimento que permite la amistad es la válvula de seguridad de las pasiones, la prudencia del corazón, la suavización de la pena.

Lunes, 28 de octubre de 1850.—No sé gozar de la vida. Siempre embarazado con mi trabajo, siempre recomenzando y nunca manteniéndome en mis conquistas; carezco de libertad y no hago nada bueno. No me procuro placer, ni lo produzco, tampoco. ¿Por qué? No tengo memoria (19 de septiembre de 1350), y sólo sé que puedo saber. Y sobre todo no llego a conclusión alguna, dejo siempre de lado todas las cuestiones y todos los trabajos posibles, acumulados. Nunca cumplo una tarea prevista.

Conclusión; asimilarme mi propio trabajo y llegar a dominarlo; ceder sus derechos a la vida exterior, a los sentidos, a la sociedad, etc.

Martes, 29 de octubre de 1850.—Pensar es fatigante, y la pereza de espíritu tiene muchos recursos, y se crea mejor un largo trabajo de asimilación que de invención. El pensamiento es un trabajo; un trabajo en el sentido doloroso del parto. Hace falta coraje y fuerza para abordarlo resueltamente. Leer diez libros es más fácil que encadenar diez ideas de una manera original. El alma se echa atrás, ante este sufrimiento fecundo; lo mismo que Proteo, no se decide a afrontar su oráculo más que después de mil intentos de evasión, y ya encadenada. Mi amigo Sch. también me

confesó su resistencia a coger la pluma, a proceder espiritualmente. Desde hace dos días estoy eludiendo la batalla con mi pensamiento respecto a mis lecciones de introducción al curso de historia de la filosofía.

Ayer había comenzado a agrupar algunas ideas; después abrí uno, dos, tres libros, y por último me dediqué a analizar una introducción de Hegel. Hoy me he tropezado con una enorme dificultad de terminología, y como consecuencia me he dedicado a un ensayo sobre terminología filosófica, que me ha conducido al ensayo de psicología de Bautain; y me he puesto a estudiar y extraer la psicología intelectual y la psicología moral de este autor: tres tomos.

Sábado, 2 de noviembre de 1850. Once de la noche.—Ayer he comenzado mis lecciones, y con bastante aprensión, con la sangre en la cabeza y las ideas mal redactadas. Siempre me costará un gran trabajo improvisar, pues no me oigo, estoy preocupado, distraído, inquieto. No soy bastante dueño de mi tema, y me falta seguridad. Me hace falta seguridad y confianza para recobrar mis medios, para hablar a gusto, para inventar, para desarrollar, pintar. Y sin embargo, lo conseguiré. Hoy, por ejemplo, había un evidente progreso respecto a ayer. Y me he cansado también menos la voz. Había 25 o 30 oyentes. ¿Cuándo llegaré a conocer la emoción oratoria, la atención simpática que sostiene y anima?

Domingo, 3 de noviembre.—Maravilloso día, de una suave limpidez, de un encanto penetrante y dulce, de una belleza recogida y acariciadora. Estos últimos bellos días otoñales tienen un atractivo muy particular. La naturaleza, cual una amante a la hora de los adioses, parece cargar su última mirada con todo el poder de su magnetismo, mezclando a la vivacidad de su ternura no sé qué insinuante languidez. La

he aprovechado bien, por la mañana en el puente de los Bergues, y por la tarde en un paseo por el lago. He contemplado y saboreado los riquísimos matices de los follajes, la transparencia vaporosa del aire, la gracia de los contornos, los variados juegos de luz en el espejo blandamente ondulado de las aguas; las barcas de velas latinas, henchidas por una débil brisa del norte, los pueblos escalonados como un encaje sobre la curva profunda y azul del lazo, los paseantes de las orillas, y los bateles de dos o cuatro remos que nos cruzaban o nos adelantaban; incomparable Mont-Blanc, a todas horas… He visto bastante. El señor Glog y yo hemos remado hasta Montalégre, al pie de la ciudad de Byron.

Impresión singular: contemplar, holgazanear, gozar, vivir la vida ordinaria me resulta completamente nuevo. Esto me ocurre muy raras veces. Mi vida casera, mi aislamiento social, y el aislamiento en que me sume mi vista en disminución, y mi timidez que aumenta en proporción inversa, me vuelven cada vez más furtivo, más extraño a cuanto me rodea. Ya no conozco los lugares, las cosas y las gentes. La falta de tiempo, el retiro y la mala vista, sobre todo esta última, me hacen cada vez más impalpable, me impiden cada vez más hacerme visible, ocupar mi puesto al sol entre los hombres y mis conciudadanos; me desvío, me difumino, me disimulo; soy desconocido, soy una abstracción, un libro, una idea, no cuento. Y además, no vivo; proyecto vivir. Tiendo a no ser más que un hombre de gabinete, un hombre de pluma. No me mezclo con los hombres, y expió esta soledad. Necesito prestar atención a esta extenuación. Ponerme más en contacto con la realidad, con la vida, los hombres y las instituciones. Salir de la abstracción, de lo general, en provecho de lo concreto, y del

comercio de los libros, en beneficio de la experiencia personal.

Viernes, 8 de noviembre de 1850.—La enfermedad me anula en seguida. Me siento tan poco sólido, que en cuanto un punto se suelta todo el resto amenaza con deshacerse. En realidad, cada vez me encuentro más vulnerable y delicado, y esta mañana estaba a la vez molesto de cabeza, de pecho, y por la rodilla; tembloroso, acatarrado, tosiendo, sangrante y cojo: demasiado. Me siento decrépito, y la necesidad de velar por mi salud, de cuidar mis ojos, mis pulmones, mis riñones, y ahora mis articulaciones, me resta confianza en el futuro, me quita esa elasticidad temeraria, condición para cualquier empresa animosa y dote de la juventud. Economizar, vigilar, racionar los esfuerzos y las esperanzas, es sabiduría, pero también es vejez; es usura del cuerpo, y, por consiguiente, debilidad del alma.

Es muy curioso cómo me siento derivar hacia todo lo que he temido y despreciado: físicamente, la debilidad, la fragilidad. Intelectualmente, el formalismo, la ciencia abstracta y desprovista de hechos reales.

Moralmente, la vida de gabinete, de libros.

Socialmente, la vida de misántropo, aislado.

Por una ironía del destino, estoy convirtiéndome en lo que esperaba no llegar a ser nunca: incluso, obeso.

Domingo, 10 de noviembre de 1850. De noche.—Me siento singularmente cansado de mí, de mi cuerpo averiado por tantas partes, fatigado como un barco en dique, necesitado de reparación. De esta impotencia ambulatoria derivan la torpeza abdominal y la incómoda obesidad, plétora de sangre en la cabeza, debilidad e irritación de la vista, ausencia de paseos y, por consiguiente, delicadeza creciente. Es curiosa este triste sentirme usado, frágil, antes de los

treinta años; salvaje a la edad de la acción, indolente a la edad de la ambición. Las imprecisas ausencias de felicidad, ese penoso sentimiento, que yo llamaba el vacío dominical me han vuelto a invadir a pleno sol, a la vista de gentes alegres, de matrimonios jóvenes; en una palabra, de gentes que viven.

Me produzco el efecto de un aparecido, de un muerto, en medio de la muchedumbre, pues estoy solo, desaparejado, aburrido. Y sin embargo, ¿por qué? Siempre esta aversión a la soledad, unida al orgullo que no quiero confesar; esta espera que se niega a dar el primer paso, esta necesidad a la que me resisto como a un sometimiento: es decir, pura contradicción. La indolencia y el orgullo me hacen el mismo servicio; la una me impide proseguir lo que me conviene, y el otro me prohíbe hacerme necesarias las personas a quienes yo no lo soy; y además, la timidez me frena y me paraliza.

Necesitarla alguien que se ocupase de mi felicidad, que me impulsase, me dirigiese, me animase, para discutirla conmigo: una madre, una tía inteligente, una hermana clarividente. La suerte no me ha deparado este punto de apoyo. Para todas estas cosas íntimas, apenas si encuentro apoyo en mí mismo, y esto me adormece y me molesta. Ya sé que hay uh punto de vista desinteresado: tal como eres, eres mucho menos útil, menos fuerte que si estuvieses casado. La seguridad, la felicidad, la responsabilidad del mando son ingredientes necesarios para la formación del hombre, y el estado, la vida, necesitan hombres. En tu actual estado eres incompleto, aburrido, sin peso. Concedido esto; pero ello no quita que apenas conozco a nadie, que no puedo intentar conocer; que la clase de mujer que me gustaría no voy a encontrarla en Ginebra, y que, además, apenas tengo

posibilidades de hallarla: en suma, el principio continúa muerto, y las circunstancias lo ahogan.

Miércoles, 13 de noviembre de 1850. Once de la noche.—Respecto a Ginebra, el régimen actual se abona para otro trienio, por lo menos, pues para un triunfo de la oposición conservadora habría que cambiar en dos años el gran consejo, y un año más tarde el consejo de estado. Las posibilidades de caída han disminuido infinitamente, y el sistema radical sólo puede perderse de una manera voluntaria y por sus propias faltas. Sería curioso tener un período político y legislativo sin oposición, ni siquiera de un miembro.

Jueves, 14 de noviembre.—Mala jornada. Me levanté tarde. Corrección de pruebas. Cuentos y novela, algunos encargos, una carta a H. Bordier; recibí la visita de despedida de F. B. y su hermano, e hice una larga visita a la señora Scherer.

Entre estas mujeres cultivadas, y en medio de esta vida escogida, me encuentro nuevamente en mi medio, en mi elemento natural. Es un círculo de gente en el que me encantaría vivir. No me gusta el fasto y el brillo, sino el recogimiento, la distinción, la educación, la elegancia. La vulgaridad de los detalles, del lenguaje y de las costumbres, la mezquindad molesta me hieren. Me gusta la vida libre, general, de amplios horizontes, y en nuestra existencia burguesa ordinaria hay mil ataduras liliputienses que rebajan el alma. Se vive por sus raíces inferiores, y uno se ve forzado a ocuparse dé innumerables pequeñeces. No es mi vanidad lo que reclama, sino mi dignidad. Lo que reprocho a nuestra vida ordinaria es la trivialidad, la pequeñez; sumidos en el tiempo, en el detalle, en la minucia, en el cálculo, olvidamos nuestra alma, nuestra vida inmortal, nuestra espiritualidad infinita; nos empequeñecemos, nos

debilitamos, nos envilecemos. El águila se vuelve gallina; el pájaro fiero, libre, aventurero, se vuelve tímido y grosero ciudadano de corral. Nos volvemos capones. La poesía, el arte, el entusiasmo, el genio, el sacrificio, pasan muy por encima de nuestras cabezas, y nosotros pastamos inclinados hacia el suelo. Nuestro lugar se vuelve reducido, en lugar de ensancharse. La vida burguesa (*Philisterhaft*) nos empobrece; la pobreza es una esclavitud; yo quiero la libertad espiritual, la dignidad humana. Y como la encuentro en un circulo, tiendo hacia él. Es muy sencillo.

Viernes, 15. Siete de la mañana.—Ingrato y débil; ingrato indirectamente, respecto a lo que me ha sido dado, pues he suspirado por otra cosa; débil por ceder a la pereza y a la tentación, poniendo lo necesario después de lo superfluo, al no hacer ayer nada útil. Me olvido de que tengo deberes serios, que mi tiempo está comprometido, mi trabajo pagado, y que, por tanto, una lección mal explicada es un error reflexivamente cometido, una prevaricación moral. Y al mismo tiempo, es una tontería, pues ninguna falta cae en saco roto, y tu castigo surge en forma de perjuicio propio, de rebajamiento, de hacerte reo de un reproche de los demás y tuyo propio.

La primera nobleza, la única verdadera, es la nobleza de corazón, no manchar jamás nuestro honor, respetar la persona, el alma y el cuerpo, y no permitir que nada las degrade jamás. La verdadera nobleza consiste en el respeto a sí mismo; pariente de la moral, que es el respeto por el deber; y de la piedad, que es el respeto por Dios, fuente del deber y padre del alma humana.

El respeto de uno mismo comprende limpieza, pureza, probidad, dignidad, etc., y se extiende al carácter y a la inteligencia, al cuerpo y al alma. Prohíbe toda acción y todo

pensamiento que tema la luz, que, confesado, haría enrojecer. Cierra el santuario al exterior, pero para mejor vigilarlo en su interior por la conciencia. El respeto de uno mismo no es el orgullo, no es su alteración egoísta, lo mismo que el orgullo permitido, prescrito, moral. Excluye todo lo pequeño, lo bajo, lo vulgar, es decir, siempre egoísta, pero con un egoísmo mezquino, en provecho de las esferas inferiores del *ego*. Nada de falsas vueltas, de cobarde disimulo, de sórdidos cálculos, y puesto que todo esto ya repugna, resumámoslo en una palabra, digámoslo ya: ¡Nada de mentiras, ni de mentiras a medias!

El respeto de sí mismo es el pudor del carácter, la salvaguardia de la moralidad, la esencia de la nobleza personal, el guardián de las virtudes, la carta de crédito entre los hombres, lo mismo que la humildad es el pasaporte para el cielo; es la base del derecho; es la condición de la autoridad y de la estima, de la sólida amistad y del amor duradero. Es una virtud, pues resulta difícil de conservar en medio de las mil transacciones tácitas, de los silencios o de las palabras que mienten a medias. Y quien dice virtud, dice fuerza.

Jueves, 21 de noviembre de 1850.—Cosa singular, y triste confesarlo: el círculo de los más próximos por la sangre, es con frecuencia el menos próximo por el corazón. ¿Dónde empieza, por ejemplo, para mí, la intimidad? Más allá. ¿Quién, en dicho circulo, se inquieta por mi vida interior? ¿Quién me pregunta si soy feliz, quién se preocupa por mis proyectos, por mis pensamientos, por mis esperanzas o por mis penas? El roce es superficial, y el amor se queda en la comunicación de las penalidades exteriores, de los sufrimientos materiales, visibles, corporales. Existe un lazo verdadero, pero bastante grosero, que no llega a la simpatía, a la entrega total. ¿A cuál de mis allegados podría leer este

Diario íntimo, por ejemplo, en la seguridad de ser comprendido, buscado, y de no provocar la sonrisa o el aburrimiento? El afecto que no llega hasta la intimidad, el lazo que no significa simpatía, la ternura que no crea una comunidad de vida, son lo máximo que puede dar, en la mayoría de los casos, el circulo de familia, o al menos en el caso particular. Me dejan seguir mi camino, trazar mi surco, soñar, sufrir, intentarlo todo solo; se preocupan ligeramente de mis ocupaciones, fijándose en el contorno, en la superficie en contacto directo con la persona que considera.

¿Por qué? 1, porque, en el círculo de familia, la necesidad de independencia está en pugna con la inclinación en cierto aspecto ordenada, y, cuanto menos se respeta, menos también se desea; lo que gusta y se admira en otros, no se quiere admirar, reconocer en los propios hermanos y hermanas; reticencia, frialdad, reserva, molestia; 2, por temor de amor propio; temen más mi sagacidad de lo que desean, quizá, mi indulgencia; 3, por ausencia de puntos comunes; mi larga ausencia no es un obstáculo, sino al contrario: es que no dan la vuelta completa a mi ser, lo pierden de vista en todas las direcciones, y hace falta igualdad en afecto; 4, por indiferencia; no soy necesario a nadie; es más, quizá molesto; o por lo menos mi ausencia no molestaría por ningún motivo. Esto es, en parte, culpa mía, y ello probaría que no he sabido hacerme útil.

En resumidas cuentas, respecto al afecto, hay que encontrar la igualdad o la dedicación. En mi caso no hay igualdad moral, ni por tanto penetración inteligente; y en lugar de la dedicación, tenemos la independencia. ¿Cuáles son mis defectos, ahora? No he respetado bastante, ni he mostrado interés; tampoco he deseado bastante, ni llamado, ni provocado; ni dado, y tampoco he procurado hacer

servicios, o agradar. O sea: respeta, anima, da, y no esperes ni exijas nada.

Sábado, 23 de noviembre de 1850. Once y media de la noche. —He dado la lección sobre Heráclito; este filósofo me ha impresionado por su profundidad y su belleza. Después de la clase, hice dos visitas. 1, al señor Bungener, al que di una lectura y he tenido el placer de contentarlo. Hablamos de Voltaire, del arte de escribir, de Alex. Dumas, de la fecundidad literaria, de las molestias y los placeres de la producción; 2, a la buhardilla. Han estado encantadores, y yo me mostré un poco quisquilloso. Leí la carta icariana, hablé del concierto, de la señorita Louis y de su romántica aventura en Heidelberg con una muchacha rusa; de la bella inclinación de la señorita Ferr. por la individualidad, etc. La madre estaba feliz entre los dos hijos, y el grupo formado por padre e hija era gracioso. Reciben muy bien al amigo, pero desearían ponerlo un poco más al corriente de lo que pasa. Son excelentes y dignísimas personas, y siempre me produce placer una hora pasada con ellos. Pero todavía no he logrado el tono conveniente en su compañía; no soy completamente natural, y me mantengo siempre diferente a mí mismo por un matiz de ligereza indiferente o burlona, que en el fondo sólo es una armadura de flotador; y me hago un daño, para permanecer más libre. Lo serio, que sin embargo no me falta, lo evito casi siempre; sé que les molesta tanto como a mí ese giro, esencialmente ginebrino, burlón, pero lo adopto instintivamente, precisamente para no agradar, para no entregarme, como medida de conservación. Una ligera capa de ironía reafirma, aísla, despide las miradas inquisitivas como un escudo bien pulimentado, y deja correr por su superficie, sin mojarse, las lágrimas de la simpatía, lo mismo que el cisne nada sin mojarse. La burla benevolente es, pues, un escondite, una

defensa, un preservativo y un talismán. A veces hace más penetrante, y sobre todo menos penetrable. Yo nunca lo empleo con el primer fin, sino siempre para lo segundo. Es mi «fluido británico»; me escondo tras la frivolidad lo mismo que la sepia en su nube de tinta. (Analogía entre Ginebra e Inglaterra desde este punto de vista).

Miércoles, 27 de noviembre de 1850.—Visita a la Monnaie; toda la familia estaba ausente. Encontré al tío en el camino; nunca tiene nada que decir y es incapaz de dar detalles sobre alguien, ni siquiera de su familia; tiene la discreción o la indiferencia más diplomática de cuantas conozco. Es esencialmente solemne, y todo lo que no es rigurosamente directo, no lo considera como sucedido; no adivina, no observa, no pregunta; se aísla como por placer, y sólo conoce lo oficial, lo ritual, lo indispensable. Es la etiqueta escrupulosa del amor propio aliada a la bondad del corazón, y a la debilidad de carácter. Hombre excelente, pero blando, lento, débil, tímido, y, por desgracia, susceptible, aunque en el fondo nada rencoroso. Su voluntad es recta, perfecta su conciencia, pero su inteligencia es perezosa y limitada, y su espíritu y su carácter estropeados por muchos pequeños reveses. Su vida es limitada y monótona, y su falta de energía ha tenido fatales consecuencias para su felicidad y para la educación de sus hijos.

Viernes, 29 de noviembre de 1850.—Larga conversación con la tía F, en la oscuridad, sobre la familia de mi madre, y la aversión que la mayor parte de sus miembros me han inspirado siempre.

Lunes, 2 de diciembre de 1850. Por la mañana.—Tras nueve horas de sueño, tengo la impresión de no haber dormido; claro que han sido nueve horas de sueños tan agitados que me siento como si hubiera velado y trabajado. Ahora me

acuerdo nuevamente de tres actos, cada uno repleto de escenas; al despertarme, los recordaba con toda claridad, pero ahora se esfuman. Más o menos era así: primer acto, el amor naciente; segundo acto, el amor desarrollado (NB. las heroínas eran dos personas diferentes);' tercer acto, la vida política y social. Había conversaciones a solas en los salones, excursiones por las montañas, asistencias a cursos, era presidente del consejo federal y hacía un soberbio discurso de toma de posesión, conciliador y aplaudido; oí una larga oración del señor Druey, vulgar, pesada, populachera, pero diestra. Wartmann, Humbert y Bungener estaban mezclados en todo esto. Hace algunas noches, también en sueños, leía una serie de opúsculos y libros. En suma, tengo que reconocer que en la mayoría de estos sueños hay: 1, un germen positivo tomado de mi vida consciente; 2, una enorme cantidad de elementos combinados, ampliados, ramificados; 3, y a veces también novedades, relacionadas con la parte antigua por lazos de contraste. Mis sueños (los míos, pues nada quiero prejuzgar sobre los sueños más puros, más espirituales y adivinatorios) son más bien un juego de la imaginación, esta loca de la casa, introduce en el inmenso bazar de mi memoria, y los teje, los entremezcla, los multiplica, los entrelaza, etc.; muchas veces los eleva también al grado de ideales, los ennoblece (por eso hablamos y actuamos incomparablemente mejor). Mi antigua definición vuelve: el sueño es el reflejo de las ondulaciones de la vida inconsciente en el techo de la imaginación.

Lunes, 9 de diciembre de 1850. Once de la noche.—La cosa más importante ha sido una sesión de sonambulismo en el teatro. La señorita Prudence (magnetizador señor Lassaigne) me ha causado profunda impresión. Estaba en el escenario, muy cerca del sujeto, y estudié con intensa curiosidad estos fenómenos misteriosos, que han sido de cinco clases

diferentes. Me he convencido de su realidad; la mayor parte de los que he observado no soportan la posibilidad de una superchería. He redactado una relación de los mismos, que iba a enviar al *Journal de Genéve*, pero cambié de opinión. Empiezo a darme mejor cuenta de esa vida excepcional, que abre profundos escapes a la vida misma. Lo que he visto, lo he visto; no soy de los que niegan lo que no quieren ver, y no quieren ver lo que temen reconocer. Los espíritus fuertes son los espíritus débiles; estos presuntos amigos de la verdad son los cortesanos de la mentira. La observación imparcial es moral y tónica.

Deploraba, con Rey, la estupidez de las pasiones políticas, que impiden servirse de la publicidad de un periódico, bajo pena de hacerse solidario de las opiniones del mismo. Quería enviar un trabajo, y he tenido que renunciar.

Tengo unas enormes ganas de relacionarme directamente con la sonámbula; quiero además, pedirle perdón por haberla hecho sollozar el sábado, con una estupidez cruel, pero que me ha dejado remordimientos durante dos días.

Martes, 10 de diciembre de 1850.—Las objeciones de Naville contra la autenticidad de los fenómenos de la otra tarde me han hundido un poco. Habrá que aclararlo.

¡Qué vida más movediza! Me parece ya como si la lectura de Lerminier, la sesión del sábado, etc., estuvieran a una distancia infinita, y fuesen cosas viejas. La rotación interior de mi pensamiento me lleva rápidamente lejos de mí, y el yo de hoy apenas cuenta en la lejanía del de ayer. Y tampoco tengo consistencia, continuidad. Obro por capricho, a tirones. El carácter, la dignidad, la fuerza, consisten en ser fiel a sí mismo, perseverar en la voluntad, en la inclinación. El azar, la tentación, lo imprevisto juegan un papel demasiado importante en mi vida; mis horas no son todo lo

sagradas que debieran ser. Y no tengo tiempo para nada, a fuerza de tenerlo para todo; derrochando, nos empobrecemos, y ampliando horizontes nos volvemos esclavos.

Jueves, 12 de diciembre de 1850.—(Mañana). Día de niebla, aniversario de la escalada; dedos helados, sin biombo ni alfombra, mi habitación no está nada acogedora. Acabo de hojear los cuadernos de este diario, cosa que me divierte y a veces me instruye. Buscaba su lado moral, quería descubrir ciertos enigmas; ahora, entro menos en mí, me analizo menos, porque me conozco mejor. A cada edad corresponde un espíritu diferente. Y a los veintinueve años se sueña menos que a los diecinueve. También noto que este diario no es halagador, en su sinceridad, y que incluso exagera el defecto de todo diario, la personalidad. Como estas páginas sólo se ocupan de mí, da la impresión de que yo no me ocupo de nadie. Este carácter egoísta me repugna a mí mismo; pero es inevitable, por la naturaleza misma de estos fragmentos diarios. También cada día descubro un lado nuevo en la individualidad de mis prójimos, en lo ajeno; veo mis opiniones en éste, en aquél, en todas las cosas y en todos los personajes, rectificarse, ampliarse; pero en estas páginas sólo trazo mi biografía, y, por consiguiente, el acento recae sobre el *ego*. Y sin embargo, este inconveniente es grave, pues engendra otro, y es que me aburro a mí mismo y ya no me intereso, ni en él presente, cuando escribo, ni cuando releo. Hay que seguir, no obstante, pero desinteresadamente, sin ninguna vanidad elegíaca o ditirámbica: este carnet debe tener una finalidad triple: moral: examen de conciencia, enmienda y critica; biográfica: anotación de lo que hago cada día, lo cual alguna vez podrá interesarme; psicológica: se trate de mí, o de otro, lo mismo da; se trata de consignar

la meteorología interior de un hombre, una serie de hechos ciertos, de posible consulta.

Una utilidad doble, pues, impersonal y personal. Y como el lado general, moral, psicológico, debe prevalecer, habrá que suprimir los nombres de los individuos en todo lo que es sólo individual, y sobre todo en las cosas desagradables. Deseo retener la cosa; sólo tengo derecho sobre mi observación, pero no sobre las personas.

Viernes, 13 de *diciembre de 1850.*—Aniversario del cumpleaños de Cecilia; hoy hubiera hecho diecisiete años. Dios sabe el día que habrá pasado la madre. Empleé dos horas en una mala carta; estaba poco animado y helado; era en respuesta a una nota de Celigny.

Ayer fue la fiesta de la escalada. Franki reunió a toda su familia y la trató magníficamente. Los vinos y el champán alegraron las caras y los corazones. El centro de la mesa era un pavo magnífico, trufado; doce convidados rodeaban la mesa; diez Guillermet, el pensionista y yo. Dos máscaras, las canciones y el vino cálido proporcionaron la alegría durante toda la tarde, que terminó con los torbellinos de La Habana y las tormentas cromáticas del piano. Los padres estaban encantados, hablando de sus hazañas de 1815 en el puente del Arve, etc. La abuela se escondía tras las cortinas del umbral, y el estrépito no cesó un momento. Y sin embargo, no era el goce puro. Yo estaba muy preocupado por cuanto de grosero hay en este tipo de placer, de poco espiritual, de poco expansivo, de poco amable en este gozo pasablemente sensual, que es más bien aturdimiento que liberación. No me gusta ver a los hombres de edad perder, por poco que sea, la actitud propia de su edad, y dejarse invadir por la burla irreverente. *In vino veritas*; el vino es revelador, lo cual no quiere decir que sólo revele cosas nobles y dignas, sino al

contrario. La embriaguez traiciona al hombre, a veces en su favor y a veces en contra; y la simple chispa participa en este privilegio. ¡Desgraciada lucidez! Tú envenenas mis goces, afilando despiadadamente los cuchillos de mi mirada. ¿Por qué no puedo olvidar, engañarme, aturdirme? ¿Por qué el pensamiento de lo mejor, la angustia del bien, la persecución del ideal vienen a estropearme momentos que podrían ser relativamente felices? ¡Ah, sí!; lo que me falta es la seguridad, el reposo que da el amor, un amor, que ha encontrado, que siente su fuerza y su calma. En mi serenidad, que sólo es indolencia u orgullo, hay siempre un sufrimiento secreto, una necesidad insaciada, un vacío mal soportado. Me siento pobre, despedido, inestable; siento cómo me vuelvo cada vez más duro y egoísta, por esta necesidad tan antigua en mí de vigilarme y aislarme. No siendo necesario a nadie, y siempre arrinconado en el fondo de mí mismo, desconozco el ejercicio del amor filial, fraternal, conyugal, que mezcla completamente dos vidas. He podido dar algo de mi yo, pero no puedo darme entero. Siento que un solo amor profundo cambiaría la totalidad de mis relaciones con los hombres. Lo necesito. ¿Me será concedido alguna vez? Soy ya bastante malo. ¿Llegaré a serlo aún más?

Sábado, 14 de diciembre de 1850.—Lo que me falta, sobre todo, es continuidad, constancia. He empezado mil veces mi plan de reforma; pero me pierdo de vista, olvido lo escrito, lo que quería, lo iniciado, y cada vez parto de cero, en lugar de adicionarlo, de poner uno tras otro mis esfuerzos. Éste es mi mal desde que soy adolescente. Siempre he querido ser constante, y nunca lo logré. Mi derroche, este moverme constantemente, mi movilidad olvidadiza me han preocupado siempre, pero cuanto más me objetivo, más me olvido, y menos influencia ejerzo sobre mí. Conservar el

aceite en la lámpara, y la voluntad en el alma, y un sentimiento en el corazón, y un designio en el pensamiento, y la piedad en la conciencia, y un punto de vista en el espíritu; ésta era mi aspiración, porque es también mi laguna; la ambición deja traslucir la falta; las divisas proclaman mucho más lo que se desea ser que lo que se es.

La inconstancia es el desorden moral; de la misma manera que la pereza es la impotencia moral. Por siempre, volveré sobre los siguientes puntos: constancia, orden, energía, y sus contrarios resumen muy bien mis defectos; inconstancia, desorden, pereza. Y lo que también me paraliza es el sentimiento de lo incompleto; yo quería perseguir el arte de la vida, en su totalidad y en su ritmo, pretendiendo obrar con toda seguridad. ¡Ah! Pero sólo se aprende a vivir después de haber vivido; y sin embargo hay que vivir. Dos círculos concéntricos:

I. Vida oculta, íntima; vuelta hacia Dios: culto, oración, etcétera; vuelta hacia la acción: trabajo, perfeccionamiento.

II. Vida manifiesta, exterior: en el círculo de la familia, en la vida civil (vocación, etc.), en el estado, en la ciencia, en la iglesia (vuelta al primer punto).

Martes, 17 de diciembre de 1850.—He leído la tercera carta de un laico (Ver-Huel): *Crisis del protestantismo en 1850.* Resulta ser una prodigiosa ampliación de nuestra crisis local, y del asunto Scherer. Éste debe de estar muy contento de tener trombones de tanto renombre. Ya lo tenemos convertido en reformador o anticristo, la quintaesencia de Vinet, etcétera. La carta está, por lo demás, llena de penetración y de aciertos felicísimos, pero es un enigma perpetuo, una abstracción constante y penosa; a fuerza de medias luces y de suposiciones sólo le resulta inteligible a los actores y a un número muy pequeño de iniciados: y

aparte de la oscuridad, la generalización exagerada resulta también otro defecto.

Jueves, 19 de diciembre de 1850. Por la mañana.—Pero, en general, he cometido un considerable error; he estado presuntuoso y ruidoso, y he dejado mal mi pabellón; me he impuesto, estaba volcado, pero he sido poco amable; molesto en el fondo por la mala vista, he cometido la tontería de ocultar mi molestia en el exceso opuesto, la seguridad, iba a decir la arrogancia de palabra y de porte. Imposibilitado de ver, de observar, he hecho ruido, por hacer algo. No he tenido, por tanto, buen gusto, ni tacto; he estado vanidoso, excesivo de palabra, y he debido contrariar, y me he disgustado a mí mismo. Observaciones:

1. El arte de la conversación consiste en hacer resaltar a los demás.

2. El tacto social consiste en no herir, en esfumarse y no en afirmarse, ni sobre todo en querer ser el primero. La primera ley de un salón ha de ser la igualdad. Tienes que variar tu punto de vista; en lugar de perseguir la verdad caminando sobre las personas, hay, por el contrario, que poner de relieve y estudiar a esas mismas personas. Nada de dialéctica; el objeto es, en este caso, la persona, y no una abstracción. Mis costumbres de gabinete o de escuela me perjudican en sociedad. ¿No podríamos distinguir los hombres abstractos (insociables), de los sociales (que tienen en cuenta a las personas in *concreto*)?

3. Podría emplearse mejor la velada; esos interminables fragmentos de música tienen todo el aire de un telón obstruyendo el vacío, de un sustitutivo. Sin danza ni juegos, la frialdad nunca desaparece del todo, y sólo el azar decide la elección de las personas con quienes se entabla conversación. Sólo conozco un poco a las personas con

quienes he hablado ¡Qué gran privación, la miopía! ¡Aunque me vuelva estúpido!

Pasé toda mi tarde con Platón (Ritter, Trendelenbourg, etcétera); estudié los argumentos notables de Cousin, y leí una parte del *Filebo* y todo el Fedón. Estoy maravillado, como Catón. Siempre volvemos a empezar, e ignoramos lo que nos ha precedido. ¡Con cuánta dificultad entra la verdad en las venas del hombre! ¡Qué moral, qué dignidad, qué penetración! ¿Está permitido preguntarse qué más nos ha enseñado el cristianismo acerca del alma, de su divinidad, de su inmortalidad, su purificación, su relación con el cuerpo? Nada, quizá, pero ha convertido en religión lo que era filosofía, es decir, dado a todos lo que sólo era posible para unos pocos. ¿Y cómo ha podido hacerlo? Mostrando un hecho, un ejemplo, en lugar de una idea, poniendo una persona en lugar de una verdad impersonal, probando la divinidad del hombre con la presencia de un hombre divino, del hombre-Dios: porque sólo el hecho, lo concreto, la personalidad, la vida, influyen sobre la masa de hombres, esa masa siempre infantil. Pero puede ponerse como objeción a un Sócrates predicando con el ejemplo, poseído por la necesidad de convertir a la virtud, y muriendo sereno y alegre; es también una personalidad, y sublime. Y a esto responde: Sócrates no se eleva hasta la noción de pecado; el mal, para él, es algo exclusivamente corporal, y el bien asunto sólo de la inteligencia. Su pensamiento es puro, pero menos religioso que el de Jesús; y su vida, irreprochable, pero menos santa; y, sin embargo, la enorme diferencia estriba en la grandeza del amor. Sócrates ama a sus amigos, sus conciudadanos, sus leyes, la patria; Jesús ama a todos los hombres. Sócrates se las arregla con la desigualdad humana, la desigualdad de los destinos; Jesús arde en deseos de salvar a todos sus hermanos; Sócrates llama a los hombres

hombres, y Jesús ve en ellos hermanos. El carácter específico de la religión cristiana no consiste, pues, en la revelación de la naturaleza divina del hombre, sino en la fraternidad, la caridad, el amor ardiente, y además, el cristianismo es una revelación, más que una enseñanza, es decir que muestra realizado lo que anuncia, pero dejemos esta distinción, pues también Sócrates muestra lo que prescribe, y digamos: Sócrates revela la moral y la religión moral; Jesús revela la santidad y el amor fraternal. Uno es un sabio y un amigo, y el otro es un salvador y un hermano. Pero las nociones de pecado y de santidad las encontramos también en la India, en Palestina; la idea del Dios-espíritu, la del Dios único, no son ningún patrimonio especial. El elemento verdaderamente distintivo es la salvación en Jesucristo. ¿Y qué es esta salvación? Es la victoria sobre el egoísmo, la comunión en el amor de Dios y de los hombres, la posesión de Dios por la devoción y el sacrificio; es la renuncia a si mismo (lado negativo), el holocausto del yo, y el segundo nacimiento; el fénix del hombre nuevo que ya no vive para sí, sino en Dios, en quien vive Dios, y Dios concibe como amor, amor infinito. Ser cristiano es no ser ya uno mismo, sino ser amor, es decir, ser Dios, ser en Cristo, lo mismo que Cristo es en su padre. El bautismo como símbolo de purificación, de renacimiento (lado negativo), y la eucaristía como posesión presente de la salvación, son los dos sacramentos. Pecado y redención, renuncia y amor, son los cuatro ángulos de la pirámide cristiana, cuyo vértice es Jesús, y cuyo centro es la conciencia religiosa.

Sábado, 21 de diciembre de 1850. Once de la noche.—He oído un sermón de Noël de Bret (sobre el texto: *Paz en la tierra*), largo, bien arropado, bien compuesto y bien escrito, pero poco contagioso, sin persuasión y sin autoridad, con una elocución dura y un poco enfática, de la escuela Munier,

escuela temible para los jóvenes predicadores, porque es formal y exterior, fundamentada en la bella voz y en la frase brillante; en una palabra, sobre la imaginación y no sobre el sentimiento; es el sermón literario, más que el sermón religioso. Incluso llevada al extremo ideal, deslumbra y arrastra, pero no impresiona ni emociona. Pero a mí me gusta más la elocuencia de convicción que la aparencial; me gusta más sentir al cristiano en el púlpito que al hombre de talento. Dadme en primer lugar al hombre verdadero, caluroso, simpático, si queréis ganarme; y después añadid a este corazón ardiente y devoto un pensamiento enérgico, experiencia y penetración, y tendréis ya casi todo el orador, pues tendréis el *bonus vir*; sólo le hará falta hacerse *dicendi peritus.*

A propósito, he descubierto la fórmula de mis imprudencias de lenguaje. Sólo me muestro mordiente y cáustico respecto a una persona, en la medida en que la reconozco versada en otros motivos que el que se discute. Me siento más cómodo para criticarlo cuando estoy protegido por la estima a la misma persona; y solamente critico cuando realmente aprecio; es una especie de infantilismo petulante, que aparenta ser malo sin serlo, pero que puede causar pena y dañarme. Así, la otra tarde, en casa del señor Ch., he dicho una frase bastante agria acerca y contra M. B., impulso que he sentido después, pues sólo se trataba de un juego de palabras, pero que parecía una sentencia cruel (nuestra época comprende todo y no condena nada; M. B. condena todo y no comprende nada). Ten cuidado, pues ésa es la manera de hacerse enemigos irreconciliables, y esta ligereza de lenguaje es poco conveniente a tu edad y en tu posición, aunque no fuese irrespetuosa e imprudente. Procede de un mal instinto, de

vanidad o de malicia: «Decidor de buenas frases, mal carácter» (Pascal).

Domingo, 22 de diciembre de 1850.—1. Escribí a los Weber de Heidelberg una carta de Noël en alemán, y una nota a la señora Scherer.

2. Esta mañana comulgué en la Madeleine. Para sentirme edificado tengo que olvidar nuestros sermones, casi siempre desprovistos de sentimiento del infinito, fundados sobre un cristianismo grosero, carnal, exterior, sobre una concepción muy estrecha de Dios y del hombre, de la salvación y de la vida religiosa. Por encima y más allá de este trino mezquino, me esfuerzo por escuchar una voz más grandiosa, por estar en espíritu en el cristianismo del porvenir, despojado de sus lenguajes mitológicos, de su carácter mecánico, cuando la doctrina del espíritu santo haga saltar este formalismo miserable, este pobre, tímido y pálido cristianismo que impera sobre la conciencia de nuestro rebaño y de nuestros pastores. Si no pudiera alcanzarlo por otro camino y asociarme a una iglesia invisible, diferente, más pura, más amplia, más profunda, la enseñanza de la iglesia me haría repugnar el cristianismo. Los sermones me sirven, lo mismo que las cosas al discípulo de Platón, para despertar el ideal por contraste, y no directamente. Son su insuficiencia y su miseria lo que me habla de la grandeza de la religión. Lejos de ser el Catalejo telescópico que me descubre los misterios del espacio, son para mí la nube oscura que me hace medir mejor la profundidad del cielo estrellado. ¡Singular ironía y extraño fenómeno! ¡Pero qué importa, si el resultado es el mismo, que la debilidad de la predicación ayude en igual medida que su fuerza al brillante resplandor de las cosas predicadas! Ocurre como en la historia, donde los errores humanos son tan útiles a la providencia como las grandes inspiraciones; es como en el arte dramático, donde el poeta

deduce la idea cómica o seriamente, por caricatura o por transfiguración. De la misma manera, el ideal que atormenta puede convertirse en ideal que consuela; basta con desviar la exigencia de la persona hacia lo impersonal, del sermón hacia la impresión religiosa, y en lugar de concluir en la mediocridad del orador, concluir en la grandeza del tema, o bien, descuidando el camino en beneficio del fin, dar las gracias al hombre olvidándolo cerca de Dios.

Nuestra predicación cristiana es de ordinario muy inferior a Platón; éste nos habla mucho mejor del reino eterno, invisible, del paraíso de la pureza, de lo bello y del soberano bien, y concibe al hombre más dignamente, y desprecia mucho más enérgicamente este mundo pasajero, frágil, imperfecto, sin recurrir a motivos de autoridad, de misterio, de servilismo o de terror, sino apoyándose en el hombre mismo, revelándosele en él mismo su propia grandeza y la voluntad de Dios en relación con él. La idea de revelación, en cuanto se materializa y se altera, se convierte en un instrumento de envilecimiento y de esclavitud espiritual para la humanidad, y la religión, leche maternal del hombre, cuando pierde su pureza, insinúa en las venas de la especie el germen de enfermedades temibles. El hombre, al dejarse envilecer, envilece a Dios. El mundo cristiano debe elevar el nivel de la dignidad humana, concibiendo mejor la relación de Jesús con los otros hombres. La liberación de las garras de la teología, de la teología ortodoxa, será un enorme alivio para la conciencia moderna; a ello seguirá una nueva efusión de vida, una nueva fase del cristianismo, o, más bien, la mala teología será derrocada por la presencia precisamente de un nuevo principio, por la realidad de una nueva vida religiosa, o, mejor aún, de una vida que romperá los moldes antiguos y establecerá nuevamente la libertad cristiana. La inteligencia emancipada por la vida, la fe.

Lunes, 23 de diciembre de 1850.—Nuestro pensionista nos ha dado otra vez la lata con su cantinela de aristocracia, de sangre noble, etc. Es curioso ver sobrevivir este prejuicio a todas las creencias, a todas las religiones. ¿Y a qué se reduce la cuestión de la nobleza? ¿Está vuestra nobleza en algún pergamino recibido de un soberano cualquiera, en algún lugar y en un tiempo, el que fuese? Entonces, si se quema el papel dejáis de ser nobles. Y si está en la sangre, mostradla con vuestros actos. La tontería, la ignorancia, el vicio o la ociosidad no son títulos de nobleza. Y si tenéis virtudes, genio, entonces os dispenso de pergaminos. Ciertamente, hay una nobleza, pero sólo una, y es la nobleza de derecho divino, aquella con que Dios consagra a sus elegidos, los predestinados por la musa, o los héroes de la acción, del pensamiento, de la virtud. La nobleza es un privilegio, pero celestial; es individual. Yo sólo reconozco como legítima la nobleza de los dones y la de los méritos, la una, hija de la naturaleza, y de las obras, la segunda. Atribuirse el derecho de ennoblecer es robar a Dios; creer que el valor del hombre puede depender de otro hombre es tener una idea vulgar del mismo; es un infantilismo y una puerilidad necesarias en cierta época a las sociedades, herencia de la tosquedad feudal, que medía el valor del hombre no en lo que éste era, sino en un pedazo de tierra, en un caballo, al azar o a la fuerza. Lo increíble es que la idea bárbara y pagana de nobleza subsista todavía después de diecinueve siglos de cristianismo. Destruida legalmente en Francia, persiste sin embargo en todas partes en las costumbres. Algo tendrá de bueno... Ciertamente, es un símbolo, una verdad de perspectiva, pero mentira en la medida en que corrientemente la entendemos. La soberana nobleza consiste en ser hombre. «Todo cristiano es sacerdote», dijo Lutero, «todo ciudadano es rey», dice la carta americana; «todo

hombre es hijo de Dios», dice Jesús. Decir que todo hombre es noble, es decir poco, es sólo ser mediocremente ambicioso, es ser humilde y tímido, es solicitar el derecho humano, cuando ya el derecho divino ha hablado. Y san; Pablo ha dicho: «¡Sois de la raza de los dioses!» La fatuidad nobiliaria, en lugar de excitar la impaciencia, debierais acogerla con desdén. Os creéis muy altos, y sois bien pequeños.

Y me atengo a esta nobleza personal, la única en que creo. Desde hace tiempo vengo reconociendo que las tradiciones de familia, las costumbres y los hábitos llamados aristocráticos son un modelo de la dignidad humana y de la existencia libre. Y también me gusta la distinción para mis gustos. La mujer, siempre más influida por el ambiente y las costumbres que el hombre, la prefiero de línea fina. No tengo inclinaciones populacheras, y me gusta la distinción, pero me repugna atribuirla a la sangre, a la raza, a la animalidad o a lo físico, o hacerla depender del capricho de un hombre, o convertirla en privilegio. Me horroriza la fatalidad; no quiero depender de nadie más que de Dios, y las fatalidades convencionales, las barreras humanas sublevan mi respeto por el hombre, y por su libertad. Liberación gradual y sin límites; libertad creciente, total; apoteosis ascendente del hombre, querida por Dios y ayudada por él; y esto, para todos, tal es mi divisa actual. La manera de asentar mis opiniones y deshacerme de los prejuicios que puedan subsistir en mí ha de consistir en medir todas las cosas por esta concepción del hombre.

Martes, 24 de diciembre de 1850.—Lo más importante de este destacado día ha sido la sesión particular de magnetismo, un examen más íntimo de la señorita Prudence y de su magnetizador. Treinta y cinco personas de las más relevantes de Ginebra estaban reunidas en un salón de la

casa Stoutz; el programa estaba trazado, y los instrumentos dispuestos. El resultado ha sido un completo fracaso para el señor Lassaigne. Se llevó los 300 francos, pero sin pena ni gloria, y parece ser un charlatán diestro y atrevido. Ninguno de los experimentos del programa, ni la lectura en una caja cerrada, ni una transmisión de la voluntad, ni una sensación simpática del gusto tuvieron éxito. Derrota en toda la extensión del experimento. La influencia voluntaria sobre el pulso apenas se hizo apreciable; lo único notorio fue la acción sobre la aguja imantada. El señor Lassaigne ha recurrido a algunos subterfugios, ha buscado revancha en unas cuantas bagatelas. Sólo dos experiencias en las que el magnetizador participaba directamente han tenido regular éxito: Prudence dio tres veces vuelta a su sillón y caminó hacia la puerta y abrió ésta. Y describió la calda de un niño desde lo alto de una casa. De esta sesión parece resultar:

1. Que la señorita Prudence ofrece ciertos fenómenos notables para la psicología.

2. Que la explotación y la charlatanería han ampliado y dilatado el hecho real.

3. Que el magnetizador no es un hombre serio, sino diestro, resuelto y ávido de dinero, que no ha estudiado su sujeto, sino que lo hace funcionar mecánicamente, y únicamente en busca de provecho pecuniario.

4. Que la magnetizada no parece mucho más respetable, moralmente, y que la escuela y la superchería se han reunido en su persona con unas disposiciones excepcionales.

5. Por lo demás, hay que reconocer que las pruebas de hoy sólo destruyen las pretensiones y la ambición del magnetizador. No ha sabido hacerse obedecer a distancia, no ha podido hacer leer a su sonámbula en la voluntad o la sensación de otro, y ella no ha podido ver a través de una

plancha; este ha sido el resultado. Pero no por ello resulta menos evidente la existencia de una influencia extrema sobre esta mujer por su parte. Si fuera más modesto, y no pretendiera más cosas, habría posibilidad de un segundo examen. Precisamente al final de la sesión intentó situarse en este terreno, pero ya era demasiado tarde. En este retroceso podía verse, o bien una astucia de zorro cogido en la trampa, o bien una confesión de presunción vencida y arrepentida. En resumen, con más honestidad o modestia, la cuestión hubiera sido otra, y creo que el señor L. perjudica la creencia que representa; pues cae en el dilema: o ignorante, o tramposo; y lo único que queda como evidente es su avidez y su aplomo.

Sin embargo, la cuestión del sonambulismo artificial queda pendiente de discusión para mí. La convicción en la realidad y la posibilidad de esta clase de fenómenos subsiste. Sólo que cada vez, en cada caso particular, tengo que examinar si se trata de una falsificación o de oro legítimo. Los hipócritas no deben hacer dudar de la virtud, ni los malos sacerdotes de la religión, ni los pérfidos del honor. No quiero que los charlatanes me hagan injusto, lo mismo que la maldad de algunos no debe crear una misantropía general. ¡Justicia! Esto es lo que hace falta; y la justicia que debemos hacer al fraude es despreciarlo; y la justicia correspondiente a lo imprevisto, a lo nuevo, es la imparcialidad y el examen. Intentaré seguir fiel a esta máxima.

Miércoles, 25 *de diciembre de 1850. Día de Navidad.*—2. Una carta de París me anuncia que, habiendo la *Revue des Deux-Mondes* agotado el tema de *Jeanne de Vandreuil*, no puede exponerse a repeticiones, es decir, a insertar mi artículo. Bordier tenía probablemente razón. ¿Pero qué importa? La respuesta es de una parquedad poco insinuante.

3. Esta mañana, visita a Schoerer; larga charla sobre Platón, san Pablo, algunas parábolas, la señorita Prudence, la predicación, mi idea de los artículos en su revista (el cristianismo ante la ciencia moderna). Le he leído algunas páginas de dicho periódico, la relación de una sesión de sonambulismo en el teatro, y me invitó a cenar esta noche.

4. Sesión de cinco horas en su casa, de cinco a diez de la tarde. No había ningún otro invitado. Sus cuatro hijos (dos chicos y dos chicas menores de diez años) son muy amables. Su sobrina, muchacha de diecinueve o veinte años no tiene nada notable; es dulce, poco habladora, y parece buena y sencilla; habla tres idiomas; su cara denota rectitud, benevolencia, cierta lentitud, tenacidad en sus ideas, pero todo ello poco acusado, vago, impreciso. Hablamos de magnetismo, de los paisajistas, de las *Memorias* de Byron; hicimos experiencias con un pelo y un anillo; intentamos el simbolismo de los nombres de bautismo, etc. En suma, permanecí allí mucho tiempo, sin saber cuándo debía irme, temiendo violentar los hábitos ingleses, que ignoro. Y además hablé mucho e hice hablar poco. He estado a gusto, pero he tensado demasiado la cuerda, y he estado a punto de fatigarme y de fatigar. Malgasto demasiado mi cuerda, y me expongo a las repeticiones, al tiempo que me quedo sin aprender nada.

Lunes, 30 de diciembre de 1850. Por la mañana.—3. He estado perseguido por la voz interior de la felicidad, que era doble; una de ellas decía: vida de trabajo, pero comprendido y amado; y la otra: vida de libertad, pero menos ternura. Han resonado mucho tiempo, y con una insistencia dolorosa. Ante mis ojos desfilaron visiones de felicidad, de abandono, de paz, de inquietud. He sentido el bienestar del corazón prendado y descansado. He rezado para que la luz se haga en mí, he evocado los motivos de la razón despierta,

pero me ha costado trabajo recobrar la calma, dormirme, y no he sacado ninguna conclusión. También noté que la vida nocturna difería de la diurna, y que los pensamientos se presentían, como la tierra, por sus antípodas.

4. Al despertar, mucho tiempo antes de levantarme, he estado dándole vueltas a la relación entre pensamiento y acción, y esta fórmula extraña, medio nocturna, parecía sonreírme: La acción es el pensamiento condensado, concretado, oscuro, inconsciente. Me parecía que nuestras menudas acciones: comer, caminar, dormir, eran la condensación de una multitud de verdades y de pensamientos, y que la riqueza de ideas ocultas estaba en razón directa de la vulgaridad de la acción (como el sueño, que es tanto más activo cuanto más profundamente dormimos). El misterio nos rodea por todas partes, y lo que mayor suma de misterio encierra es lo que se ve y se hace cada día. Por medio de la espontaneidad, reproducimos analógicamente la obra de la creación: cuando es inconsciente, se trata de la acción simple; cuando resulta consciente, es la acción inteligente, moral. En el fondo, es la sentencia de Hegel, pero nunca me había parecido tan evidente, tan palpable: pensamiento es lo único que existe; pero no pensamiento consciente e individual. La inteligencia humana no es más que la conciencia del ser. Es lo que otras veces he formulado así: todo es símbolo; ¿y símbolo de qué? Del espíritu.

REVISIÓN DE MI AÑO 1850

I. Familia. Nacimiento de Henri, mi ahijado; ruptura del noviazgo de Laurent, lo cual ha trastornado al pobre muchacho y acarreado una enfermedad a su hermana, y envejecido notablemente a su madre. En este plano, todo ha marchado sin dificultades; mi cuñado ha aumentado sus ocupaciones, predica mucho, hace algunas instrucciones religiosas, publica un pequeño periódico autografiado, ha cambiado de local para su gimnasio femenino, y constantemente está ocupado en mejoras, ampliaciones y nuevo asentamiento de su posición. Gana 4000 francos al año, y sueña con convertirse en propietario de una granja. Las preocupaciones de Fanny aumentan con la familia y el tren de la casa; se cansa demasiado, aunque le recomiendan cuidado; no se cuida bastante, y sus atenciones se traslucen en su delgadez. El pequeño Jules termina mal el año, tiene fiebre, con desarreglos de estómago, y pasa las noches agitado; ha hecho grandes progresos; es un niño vivo, despierto, inteligente, afectuoso, diestro y gracioso. Henri es grande y gordo, con la cabeza alargada y el labio colgante, de rasgos delicados, y su salud es de momento perfecta, a pesar de estar echando los dientes; pero es de naturaleza apática, y sin duda alguna será una persona lenta con cierta delicadeza; parece inclinarse hacia el lado materno, bien por ser el segundo, ya sea porque tiene menos energía; sin embargo es muy lindo. Nos vamos acercando más a los

parientes de la Terrassière, y en cambio los de la Monnaie parecen más bien ir alejándose de nosotros poco a poco. Su casa resulta cada vez menos agradable, a medida que las chiquillas crecen y que los padres están más preocupados; lo que es la debilidad, y a lo que conduce. Jenny está en París con su prima Br. Mi hermana menor ha modificado sensiblemente su existencia; Divonne, y después Celigny, la han reacomodado considerablemente; es una muchacha linda, bien hecha, grande, fina de talle, de formas elegantes y buena raza; llena de imaginación y de vivacidad, pero siempre biliosa, voluntariosa y personal, necesitada de más rectitud, de simplicidad y abandono, y haciendo sentir en cambio su amor propio y su excesiva independencia. A veces tiene el arrebato de la ternura, pero es una naturaleza fatal con la cual la mía no puede armonizarse, precisamente porque, en contacto con ella, se vuelve igual, por ese fenómeno de asimilación que he comprobado en mi casa. Precisamente lo característico de estos temperamentos tiránicos consiste en no poder arreglarse con sus semejantes. Electricidades idénticas, y por consiguiente repeliéndose; con ella siempre llego a lo mismo, a cada nuevo intento de acercamiento. Me perjudica, y yo le perjudico también a ella. La separación es buena para ambos. Para mejorar, debemos permanecer a distancia.

II. Revisión personal. 1. Salud: el término medio de salud ha sido bueno. Tuve un accidente en la rodilla en agosto, del que todavía me resiento un poco, y algunos desarreglos de cabeza. Solamente la reclusión y la ausencia de aire puro perjudican a mis ojos, y mi vista ha descendido un grado, es un poco más corta y más turbia que el año pasado; las mismas gafas ya no me sirven, y cuando no las utilizo me canso muchísimo. 2. Placeres: muy escasos. Pocas visitas, muy pocas invitaciones, un viaje a los Alpes en agosto,

algunos conciertos. No es éste el lado brillante de mi año. Personas frecuentadas sobre todo; fuera de mi familia, los Cherbuliez, Scherer, Naville, P. Bordier, Long, Wartmann; yo creo que esto es todo. Correspondencia: H. Bordier, Helfferich, los Clermont, el señor Vulliemin, los Weber, Nauvoo (París, Berlín, Heidelberg, Estados Unidos, Lausana); en resumen, apenas correspondencia extranjera. Estoy reducido a las misivas cantonales. Finanzas: he excedido en más de la mitad las previsiones de mi presupuesto, y no he podido limitarme a lo que gano, alrededor de unos 3000 francos; sin embargo, apenas he tocado las rentas.

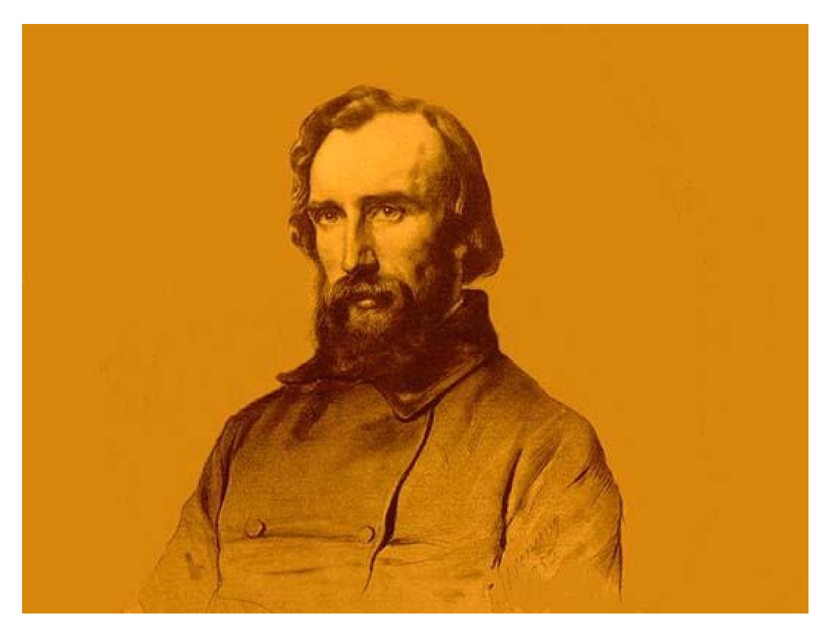
III. Revisión intelectual. He comenzado, y después abandonado el inglés, y reanudado, pero por poco tiempo, el griego; leí algo de latín, pero descuidé por completo el italiano y el español, y apenas trabajé con asiduidad más que el alemán. Esto, en lo que respecta a las lenguas. He hecho un curso sobre la historia de las tres artes plásticas en los pueblos antiguos y modernos, y me he ocupado mucho de la historia de la filosofía, en verano y en invierno, y en su enseñanza he abordado las fuentes mismas. Lecturas: he sacado bastante provecho de la sociedad de lectura, que he visitado como mucho unas cuarenta veces en todo el año, y de la que he sacado muy pocos libros. Casi no leí más que libros comprados, y de éstos, una parte solamente, pero he hojeado gran cantidad de novedades. En resumidas cuentas, ¿ha habido progreso intelectual? No creo. Mas he olvidado un buen número de ideas, desgranados muchos recuerdos e intuiciones; pero en general se va produciendo un afirmamiento. Mi rebaño es reducido, pero mis corderos están bien cebados. Decididamente, mi inclinación apunta hacia la filosofía, en detrimento de los estudios literarios o de las ciencias positivas.

IV. Revisión social. He adquirido un poco más de sentido común, tengo más aplomo y más calma, menos irritación y amor propio, pero también menos esperanza y menos ambición. Mi viaje de agosto me ha sentado muy bien, moralmente; la sociedad y el contacto con gentes cultivadas y amables me ha devuelto el equilibrio personal. Y he recobrado mi tranquilidad y mi serenidad.

V. Revisión interior. Mi religión se ha afirmado, pero en esto mi actitud es, como en política, excepcional, oposicional, aislada. Más que en el presente, vivo en el futuro; tengo la audacia del individualismo, pero sin rechazar la iglesia. Y sin embargo, me siento independiente e imparcial. Mis principios son revolucionarios, y mi carácter moderado, conciliador, conservador. Me siento más firme, más tranquilo, más benévolo, más regular, más sereno. Noto más facilidad en mis relaciones con los hombres. Sólo siento antipatía por el cotarro de la *Biblioteca universal*, y aun así les tendería gustoso una mano con la condición de que desapareciesen. Me porto con menos rigidez y con menos timidez. Durante este año mi corazón ha vagabundeado pasablemente, pero con más discreción que el mariposo. Ha sido rozado por toda suerte de esperanzas e ilusiones, pero sin dejarse llevar muy vivamente. A veces, y con cierta frecuencia, he pensado en la felicidad, pero ha replegado finalmente las alas y preferido la tranquilidad sin goce vivo al goce vivo pero sin tranquilidad. Su temor a lo desconocido, su aversión por lo irreparable, su timidez y su indolencia no han disminuido. Su dilema se ha concretado en las dos posibilidades del sueño de ayer: amor o libertad, y para no elegir entre dos privaciones, no ha escogido. Un toma vale más que dos tendrás.

VI. Consejos. No debes vivir en ese estado salvaje, como un anacoreta. Busca tus semejantes, interlocutores,

relaciones. Si quieres una compañera, necesitas buscártela tú mismo: tus hermanas, tu familia, no te ayudarán en nada, como tú bien sabes. Aumenta tus relaciones con la juventud y con tus colegas. Ten más osadía. Y al mismo tiempo, sé menos imprudente, más circunspecto de palabra, más sobrio de misivas. Y sé también más activo, más productivo. Éste año no has escrito más que dos artículos. ¿Y qué son los artículos? ¿Por qué no vas pensando en alguna obra?



Escritor y profesor suizo. Era descendiente de una familia de comerciantes calvinistas originaria del Languedoc. Después de cursar los estudios elementales y medios, viajó por Italia y por el sur de Francia y Bélgica. Completó su educación en Heidelberg, donde aprendió el alemán, para pasar más tarde a la universidad de Berlín, donde recibió lecciones de filosofía y estética de Schelling y su escuela. A partir de 1849, regresó a Suiza vivió recluido en su ciudad natal, sin familia y con pocos amigos, donde tuvo que sufrir la actitud irónica de sus compatriotas, que ignoraban sus dotes poéticas a la vez que criticaban sus clases de filosofía en la Academia de Estética y Literatura en Ginebra. Ejerció la docencia hasta 1880.

Salvo pequeñas colaboraciones en periódicos y trabajos escolares de escasa difusión, su obra fue publicada después de su muerte, y divulgada principalmente por amigas y discípulas suyas. Aparte de algunas poesías y trabajos de crítica, Amiel debe su fama a los *Fragments d'un journal intime (Fragmentos de un diario íntimo)*, que escribió

minuciosamente desde 1847 hasta unos días antes de su muerte, y que fue publicado en 1883-84 por Fanny Mercier. En él se reflejaba la intimidad problemática del profesor; su tragedia fue una anormalidad sexual producida por una *timidez por supervaloración*, que condicionó toda su vida y sobre la que él dejó lúcidas reflexiones, acumuladas en las páginas de este diario. Su canto patriótico *Roulez tambours! (¡Rodad, tambores!*, 1857) no fue suficiente para predecir el éxito futuro que conocerían estos diarios publicados después de su muerte.

Fragmentos de un diario íntimo permite medir su valor literario en su totalidad, y en él se descubre el drama de un ser atormentado, incapaz de afrontar las dificultades de la vida y de tomar decisiones importantes (respecto a su obra o a su matrimonio, por ejemplo). En él se hallan registrados todos los aconteceres y pensamientos cotidianos, analizados con amarga clarividencia. Analista perspicaz del alma humana, espíritu crítico y cosmopolita de su época, este maestro de la introspección se ha revelado como uno de los escritores más lúcidos y visionarios de su tiempo, a la vez que como exponente de la crisis intelectual que siguió al Romanticismo.

Notas

[1] *Amigo de Amiel en Génova.* <<

[2] *Camaradas de estudio de Amiel.* <<

[3] *Amigo de Amiel, compañero de estudios teológicos.* <<

[4] *Tercer volumen de* La educación progresiva, *consagrado a la vida de las mujeres.* <<

[5] *Eugenio Amiel, hijo de su tío Jacobo.* <<

[6] *Son condiscípulos de Amiel.* <<

[7] *Eliseo Chenaud, otro camarada de Amiel.* <<

[8] *Lo mismo puede ser Francisco Bordier, que su hermano Enrique.* <<

[9] *El teólogo Elio Lecoultre, amigo de Amiel.* <<

[10] *Estudiosa de Platón.* <<

[11] *Pastor de Berlín.* <<

[12] *Historiador alemán, 1805-1871.* <<

[13] *Célebre profesor de historia de la iglesia y de exégesis, en Berlín.* <<

[14] *A lèvre, es virtud.* <<

[15] *Emmanuel Frey, teólogo de Zurich.* <<

[16] *Charles Fournel (1817-1869), poeta francés.* <<

[17] *Palabra ilegible en el manuscrito.* <<

[18] *Se trata, probablemente, del divulgador del krausismo en España.* <<

[19] *Filósofo alemán, perteneciente a la avanzada hegeliana.* <<

[20] *Compatriota de Amiel, estudiante de teología.* <<

[21] *Alemán liberal, refugiado en Suiza.* <<

[22] *Libri-Carruci* (1803-1869), *matemático y bibliófilo.* <<

[23] *Pellegrino Rossi* (1787-1848), *profesor de la Sorbona.* <<

[24] *Hija del tío Federico y la tía Franchette.* <<

[25] *Luisa Amiel, hermana de María Amiel.* <<

[26] *Hija del tío Jacobo.* <<

[27] *Una de las dos hermanas de Amiel.* <<

[28] *Hija del tío Jacobo.* <<

[29] *Otro primo de Amiel.* <<

[30] *Mujer del tío Federico.* <<

[31] *Esposa de Jacobo.* <<

[32] *François Guillermet.* <<

[33] *Prima de Amiel.* <<

[34] *Hermano de Cecilia.* <<

[35] *Una de las dos hermanas de Amiel.* <<

[36] *Médico de Ginebra.* <<

[37] *Consejero de estado.* <<

[38] *Jean-Jacques Chenevière (1783-1871), profesor y rector de la academia de Génova.* <<

[39] *Palabra tachada por Amiel en su manuscrito.* <<

[40] *Probablemente Franki, es decir, François Guillermet, que se casó con una hermana de Amiel.* <<

[41] *Nombre de la residencia del tío Federico.* <<

[42] *La tesis tenía por título «Del movimiento literario en la Suiza romana y su porvenir».* <<

[43] *Sociedad de estudiantes alemanes.* <<

[44] *Se trata del estudio del autor sobre Bonsard y Malherbe.* <<

[45] *Palabra borrada en el manuscrito.* <<

[46] *El apellido está en blanco en el manuscrito.* <<

[47] *Fritz es, en este caso, el autor de esta obra.* <<

[48] *Borrado el nombre en el manuscrito.* <<

[49] *Sagacidad, finura.* <<

[50] *Profundidad de espíritu.* <<

[51] *Poeta genovés.* <<

[52] *Aspectos o concepciones del mundo.* <<

[53] *Su perpetua división.* <<

Índice